¿A quién amarías si no tuvieras miedo?

FIVE BROTHERS

PENELOPE DOUGLAS

CROSS BOOKS

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Advertencia de contenido

Lista de reproducción

1. Krisjen

2. Krisjen

3. Iron

4. Krisjen

5. Krisjen

6 . Krisjen

7. Krisjen

8. Trace

9. Krisjen

10. Krisjen

11. Krisjen

12. Army

13. Krisjen

14. Army

15. Krisjen

16 . Dallas

17 . Krisjen

18 . Krisjen

19. Krisjen

20. Krisjen

21. Krisjen

22. Macon

23. Krisjen

24. Macon

25. Krisjen

26. Macon

27. Krisjen

28. Macon

29. Krisjen

30. Macon

31. Krisjen

32. Macon

33. Krisjen

34. Macon

Epílogo. Krisjen

Agradecimientos

Capítulo extra

Créditos

FIVE BROTHERS

Penelope Douglas

Traducción de Laura Navas



Para el 1438 de Garfield Avenue

Advertencia de contenido

Este libro trata temas emocionalmente difíciles, incluyendo consentimiento sexual dudoso, menciones de violencia doméstica, agresiones sexuales y alusiones al suicidio. Se sugiere a cualquier persona que considere que este contenido podría afectarle que priorice su bienestar antes de decidir si continúa leyendo.

Lista de reproducción

Afterlife, Avenged Sevenfold
Blood in the Water, Ayron Jones
CarelessWhisper, Seether
Coming Down, Five Finger Death Punch
Happy Together, Filter
Heron Blue, Sun Kil Moon
High Enough, Damn Yankees
In the Woods Somewhere, Hozier
Raise Hell, Brandi Carlile
Shout, Tears for Fears
Shout 2000, Disturbed
Something in the Way, MXMS
Take the World, She Wants Revenge
Twist of Fate, Olivia Newton-John
Waking Up Beside You, Stabbing Westward
Where the River Flows, Collective Soul
Whispers in the Hall, Chromatics
Your Woman, GYM

1

Krisjen

«No vayas sola por la noche».

Me agarro el dobladillo de la falda de cuadros y miro detrás de mí. La carretera, sombría y vacía, desaparece en la oscuridad de la nada, igual que un túnel bajo las copas de los árboles. La luna de la medianoche refleja solo la luz suficiente como para que las hojas parezcan azules. La brisa de mediados de octubre acaricia mi rostro, deslizando un mechón de pelo sobre mi mejilla.

Miro hacia delante, sin dejar de caminar. El corazón me late con fuerza en el pecho.

«No vayas sola por la noche».

En realidad, no creo que mis padres me dijeran nunca esa frase, pero el caso es que me la aprendí bien. El mundo está lleno de cosas que quieren hacernos daño porque pueden. Porque se lo ponemos fácil.

Las mujeres no deberíamos tener demasiado músculo. No deberíamos ser muy inteligentes, ni aprender a administrar el dinero. No hace falta que sepamos movernos entre la multitud, ni en una ciudad, ni en un aeropuerto. Tampoco nos toca a nosotras saber qué coche comprar. Además, si hay un hombre, mejor que sea él quien conduzca. Y, por supuesto, que la reserva de la cena sea siempre a su nombre.

Eso sí que me lo dijeron mis padres.

Todo en la vida es cuestión de poder, y no es que me enseñaran que yo no lo tuviera, sino que aprendí que, si no lo demostraba, les caería mejor a los hombres.

El bosque se cierne a ambos lados de la carretera. Siento como si unas figuras inexistentes se hubieran escondido entre los árboles para observarme. Es como si el peligro supiera cuándo estamos desprotegidos para aparecer, en ese momento y lugar exactos. Al menos eso es lo que ocurre en las típicas películas en las que se van de acampada veraniega; el asesino en serie siempre sabe cuándo la chica se aleja del grupo, ¿no? Puede que incluso esté en un campamento distinto al de ella, pero la cuestión es que lo sabe.

Sin embargo, en lugar de dejarme llevar por el miedo, miro hacia arriba. El cielo nocturno, parcialmente despejado, ofrece una lluvia de estrellas tan brillantes que, en realidad, me alegro de estar sola. En lo más profundo de esta oscura carretera, lejos de las luces de la ciudad.

Aprieto la falda del colegio entre mis puños, mientras la suavidad de mi camisa se pega a mi piel húmeda, haciendo que mis pechos se rocen contra la tela.

Júpiter será visible dentro de unos meses. No recuerdo qué planetas se ven en el cielo durante esta época del año, pero sean los que sean, me gusta verlos. Las ciudades costeras de Florida en temporada de huracanes no son ninguna tontería, siempre hay nubes.

No había oído el ruido del motor a mis espaldas.

—¿Te llevo? —grita alguien.

Muevo la cabeza y el corazón me da un vuelco. Al mirar, me encuentro con unos ojos verdes que me observan desde el asiento del conductor de la camioneta. Me salgo de la carretera y me dirijo al camino de gravilla mientras su vehículo se acerca a mí.

Su brazo asoma por encima de la ventanilla. No lleva camiseta. Cada centímetro de su piel al descubierto está bronceado; pecho, cuello y cada músculo.

Trabaja al aire libre. Y a menudo sin camiseta, por lo que parece, porque no tiene marcas.

Un chico del otro lado de las vías.

La gorra, puesta hacia atrás, recoge su pelo negro. Los ojos le brillan de esa forma a la que ya estoy acostumbrada, ya que los hombres llevan mirándome así desde mucho antes de lo que deberían.

Trago saliva.

—No, gracias.

Sigo andando, esperando a que pise el acelerador y siga su camino, pero no lo hace. Los músculos de mis muslos se tensan, preparándose para correr. Me alejo más y más, sintiendo sus ojos en mi nuca.

—¿Sabes lo que necesitas? —dice, y veo su camioneta acercarse de nuevo por el rabillo del ojo—. Una chica como tú debería tener novio.

Un mechón de mi pelo castaño flota en el viento para luego volar directo a mi cara de nuevo. Me vuelvo a apretar la falda; el borde de mi camisa blanca cae casi a la misma altura que el dobladillo.

—Necesitas a alguien que te cuide y te lleve en coche —continúa —. ¿Quieres compañía?

Sus palabras me erizan la piel. Miro hacia delante, hacia la carretera. Más oscuro. Más vacío. Nadie sabe que estoy aquí.

—Ven aquí —dice, casi en un susurro.

Se me seca la boca.

No me lo está pidiendo.

Oigo el chirrido de la puerta al abrirse y me detengo. Me giro lentamente y le veo salir de la camioneta de un salto.

«Corre».

Deja la puerta abierta y baja la barbilla, acercándose lentamente a mí como si yo fuera un perro al que tiene que atar antes de que se escape.

«Corre».

Doy un paso atrás, pero él alarga la mano y juega con el mechón de pelo que antes acariciaba mi mejilla.

Pero no lo mira. Me mira a los ojos.

Es joven. No mucho mayor que yo, pero definitivamente más alto. Más corpulento.

«Está demasiado cerca».

Me doy la vuelta, pero antes de que pueda dar el primer paso, me agarra y me arrastra contra su pecho. Jadeo y siento cómo una de sus manos me cubre el pecho mientras la otra se desliza entre mis piernas.

Exhala en mi oído, acariciando la línea bajo mi ropa interior.

—Dios, qué rico lo que tienes aquí, ¿no? —gime.

Me retuerzo entre sollozos.

—No...

Me mete la mano en las bragas y me acaricia mientras aspira el aire entre sus dientes.

—Sube a la camioneta. —Me da la vuelta y me suelta, pero me empuja contra el vehículo antes de que pueda correr—. Hoy tu hombre soy yo, cariño —gruñe.

Miro de un lado a otro, inquieta al darme cuenta de que estoy bloqueada entre la puerta del vehículo abierta, a la izquierda, y su cuerpo, a la derecha. Me subo a la camioneta, me doy la vuelta y me

arrastro hacia atrás todo lo que puedo, hasta que mi espalda choca con la puerta del copiloto.

Agarro la manilla por detrás, pero el cerrojo hace clic justo antes de que tire. Sigo estirando para intentar salir, pero sus ojos están clavados en mí cuando sube. Cierra la puerta. No puedo moverme. Aprieto los muslos.

Su mirada recorre mi cuerpo hasta mis piernas desnudas, que enseguida cubro estirándome la falda.

—Joder... —murmura paseando la lengua dentro de su boca. Luego pone la camioneta en marcha y acelera.

—¿Adónde me llevas?

—Vamos a algún sitio donde pueda atender a mi nueva novia —responde.

Sus ojos oscilan de un lado al otro mientras mira la carretera. Un hilo de sudor le recorre el pecho y noto cómo se desliza por cada pliegue de sus abdominales. Su pelo oscuro se ve más negro cerca de la oreja, donde el sudor lo ha enmarañado. Veo cómo se muerde el labio inferior mientras mira fijamente hacia delante. Su cuello suave, joven. Cada uno de sus músculos está en tensión mientras mantiene el brazo estirado y aprieta el volante. No tiene tatuajes, tan solo una cicatriz en la ceja, una pequeña hendidura donde ya no le crece pelo.

Clavo las uñas en el asiento detrás de mí.

Debería esforzarme más por intentar escapar. Pegarle. Darle una patada.

Se sale de la carretera hacia un camino de grava y gira bruscamente a la izquierda para llegar a un pequeño terreno rodeado de bosque. La tierra está llena de marcas, ya que aquí es donde suele venir la gente a probar su todoterreno. Sin embargo, el solar está completamente desierto por la noche.

Solo estamos nosotros.

Aparca y apaga el motor, dejando el vehículo casi completamente a oscuras.

Siento unas manos que me agarran por los tobillos para estirarme en el asiento. Se arrodilla entre mis piernas y se cierne sobre mí.

—Quiero irme a casa —le digo.

No contesta.

Me mete la mano bajo la falda, desliza las bragas por mis piernas y por encima de mis zapatos mientras clava su mirada en mi piel desnuda.

—Uf, madre mía, eres una zorrita preciosa.

Me levanta la camisa, baja la cabeza y su boca me succiona un pezón mientras su mano me acaricia entre las piernas.

—Mmm —gime.

Le agarro de la muñeca con las dos manos, justo por debajo de la falda. Tiro fuerte para sacar su mano de entre mis piernas, pero sus músculos se flexionan bajo mis dedos y me sujetan con fuerza. Me lame el pezón con la lengua y luego pasa al otro pecho. Intento empujarle hacia atrás entre quejidos, pero él hace caso omiso y únicamente se centra en su propio placer.

Como si no me viera.

Como si yo hubiera venido aquí para divertirme.

Me pellizca el pezón entre los dientes y una descarga me recorre el estómago hasta acabar entre mis muslos. Le suelto y deslizo la mano por mi vientre hasta la cintura de la falda.

—Claro que sí, tu coñito húmedo está listo para mí, ¿verdad?

«Sí, cariño».

Agarro el mango del cuchillo que estaba escondido en mi falda y alzo el brazo, apretando la hoja contra su cuello.

Se detiene.

Se me dibuja una sonrisa.

Su cuerpo se cierne sobre mi pecho y noto cómo su aliento caliente se acelera contra mi piel. Levanto la cabeza y siento que llego flotando hasta quedar a la altura de su cara.

—Suéltame.

Por Dios, cómo ha parado de golpe. Esto ha sido brutal.

Ahora mismo podría hacerle lo que quisiera.

Lentamente, se coloca en su asiento. Yo le sigo, manteniendo la hoja del cuchillo sobre su cuello mientras deslizo mi pierna sobre sus muslos.

A horcajadas sobre él, me acomodo en su regazo.

—Pon las manos en el techo —le ordeno.

Levanta los brazos, coloca las palmas de las manos sobre su cabeza sin apenas respirar.

El volante me aprieta la espalda. Me inclino hacia él; mis pezones erectos presionan su pecho cálido a través de mi camisa.

Contiene la respiración mientras deslizo la mano que tengo libre hacia abajo, rebuscando en su bolsillo. Saco unos cuantos billetes doblados y los sostengo en mi mano, sonriendo ligeramente antes de dejarlos caer dentro del bolsillo de mi camisa.

Aprieto la hoja con más fuerza.

—Las manos detrás de la cabeza.

Me clava la mirada, pero hace lo que le digo.

Probablemente podría escapar ahora mismo, puede que ni viniera a atraparme; quizá ni siquiera intentara quitarme el arma. Un tipo como él, guapo y acostumbrado a tener a quien quiera, seguramente piense que no vale la pena jugársela más por mí.

Podría irme.

Pero no lo hago.

Me muevo suavemente, rozándome sobre el bulto de sus vaqueros a la vez que deslizo mi mano por su pecho.

—Pensándolo mejor... —me burlo, poniéndome de rodillas para que el pecho que sobresale por mi camisa quede a la altura de su boca—. Me podría entretener un poco contigo, ¿verdad?

Me aprieto contra su boca y él aprovecha mi invitación; me retira la camisa del hombro, dejando al descubierto uno de mis pechos para luego metérselo en la boca. Su lengua caliente mordisquea y juguetea con suavidad, y yo le agarro por la nuca para asegurarme de que no se detiene.

Bajo un poco mientras sigo besándole la boca y susurrando contra sus labios:

—Desabróchate los vaqueros y sácatela.

Subo mis caderas para que pueda obedecerme. Jadeante, se desabrocha el cinturón y se baja la bragueta.

Intenta sujetarme de las caderas, pero le clavo la hoja en el cuello.

—No me toques.

Se aparta y ataco directamente su boca mientras noto cómo la piel dura y caliente de su polla roza mi clítoris.

Lo miro fijamente a los ojos.

—¿Todavía te apetece?

Asiente con la boca abierta mientras respira con dificultad.

—Dios, mucho.

Me entretengo moviendo las caderas mientras le provoco, pero él ya está más que listo. Busca a tientas en la guantera. Primero le beso el cuello y, luego, voy recorriéndole de la mandíbula hasta la sien con la boca.

Entonces se queda quieto y dejo de besarle.

Al mirar detrás de mí, veo que su mano sujeta una caja de condones boca abajo. Como si estuviera vacía.

La tira al suelo y revuelve los compartimentos de la guantera en busca de un preservativo que debe de haberse caído. Por el suelo se van desparramando papeles, servilletas y otras herramientas que no conozco, pero cuando se detiene, sigue con las manos vacías. Cero.

Nada de nada. No tiene protección.

Me tenso.

—Quedaban dos —le digo.

Me mira, lleno de frustración. Vuelve a pasar la mano por el compartimento en vano.

Aparto los brazos de su cuerpo.

—Trace...

Se incorpora en el asiento. Se deja caer hacia atrás y entrelaza ambas manos sobre su cabeza.

—Mierda —murmura hacia el techo.

Se me encoge un poco el estómago; estuvimos juntos hace tres días y en la caja aún quedaban dos condones. Ninguno de sus hermanos usa esta camioneta.

Intento cruzarme con su mirada, pero me evita.

—¿Estás de broma?

Sin darle tiempo a responder, me bajo de sus piernas, vuelvo al asiento del copiloto y dejo el cuchillo.

—Vamos —dice Trace con voz suave—. Por favor, no te enfades, Krisjen.

Me intenta coger de la mano, pero se la aparto mientras me cierro la camisa. Sí, me había desabrochado un par de botones para parecer el cebo de un asesino en serie sexi que deambula por una oscura carretera en medio de la nada.

Vacila un poco, pero acaba subiéndose la bragueta y abrochándose el cinturón al ver que se ha cortado el rollo y nuestro pequeño juego de rol se desvanece para dar paso a la realidad. Vuelvo a tener dieciocho años, me he graduado y ya no voy a un colegio católico. Él tiene veinte y ahora mismo está intentando por todos los medios no enemistarse con una de las mejores amigas de su hermana. Y eso es porque sabe muy bien que se cruzará conmigo muchas veces en la vida.

—Por favor, no me hagas sentir mal —me dice con delicadeza—. No creía que tuviéramos algo cerrado. No estarás enamorada de mí, ¿verdad? Soy un idiota.

Cierro los ojos. Casi me río, porque sí, está claro que es un idiota.

Y yo no estoy enamorada de él.

Sin embargo, ya no puedo seguir mintiéndome a mí misma. No soy especial para él, en absoluto. Probablemente sea la única chica que le haya contestado esta noche. Pero la verdad es que él me gustaba... Me sigue el rollo con mis fantasías y juegos de rol en los que domino a alguien que intenta dominarme.

Bajo la cabeza y me froto los ojos, cansada.

—Krisjen, en serio. —Me coge de la mano—. Lo siento. De verdad que no pensaba que fuéramos exclusivos.

—No te disculpes —le digo. Retiro mi mano de la suya, para evitar sentirme aún más patética—. Tienes razón, no es como si fuéramos a casarnos.

Le miro a los ojos, pronunciando su nombre en mi cabeza. «Trace Jaeger».

Está él y luego Milo Price, mi exnovio.

Los dos hombres con los que me he acostado. Siempre pensé que solo iba a haber uno. Cuando tenía doce años, pensaba que el amor verdadero consistiría en unos cuantos besos apasionados a orillas de

un acantilado junto al mar, con un vestido que ondeaba al viento. Imaginaba a mi gran amor como un poeta que, en secreto, fuera duque y tuviera un castillo. No solo soñaba con ello, sino que creía que, literalmente, sería así. La verdad es que tenía muchos pájaros en la cabeza y poca consciencia de lo desesperada que estaba por un poco de atención.

Pero nada ocurrió como yo esperaba. Estaba en segundo, y a unas amigas y a mí nos habían invitado al baile de graduación. Todo terminó en una fiesta en la que acabé entregándome a mi novio en la cama de un desconocido. Todo acabó en once minutos.

Me he acostado con dos hombres.

Eso de momento.

Porque Trace no será el último.

—Ya habrá otros que me hagan lo que tú me haces —murmuro.

—¿Exactamente lo mismo?

—Probablemente más duro.

Resopla, echándose hacia atrás en su asiento.

—Bueno, ya sabes que puedes recurrir a mí cuando necesites un descanso de tu futuro marido dentro de cinco o diez años. Cuando te haga falta alguien que te lo haga bien y sucio.

Intenta hacerme sonreír, sin éxito. Miro por la ventana. Dentro de diez años... Dios, ¿seguiré necesitando a Trace para sentirme viva?

Me viene una imagen a la cabeza. Mi madre. Pero casi al instante me doy cuenta de que no es ella. Soy yo. Con su pelo. Con su ropa. Con su vida.

Intenta cogerme la mano de nuevo.

—Ven aquí.

Me resisto.

—Ven aquí —susurra.

Vuelvo a retirar mi mano con suavidad antes de que pueda cogerla.

Trace es una persona complaciente. Odia que alguien se enfade con él. Le viene de años esquivando a cuatro hermanos mayores que son puros tornados.

Macon, Army, Iron y Dallas.

Su hermana Liv sale con mi mejor amiga, Clay, pero ella es bastante tranquila comparada con el resto de los Jaeger. Seguro que eso también le viene de años de esquivar a cinco hermanos mayores que son puros tornados. Aun así, los quiere a todos.

Sus padres murieron con dos meses de diferencia hace más de ocho años. El mayor, Macon, se vio obligado a dejar el ejército para volver a casa a criar a sus hermanos. Los únicos recuerdos de infancia de Trace son prácticamente sus hermanos mayores.

—Podríamos tener una cita —dice—. Tienes mi dinero.

—¿Te refieres a tu paga? —Saco los billetes doblados del bolsillo de mi pecho: uno de veinte por fuera y, conociéndole, probablemente uno de cinco por dentro. Se los devuelvo antes de ponerme la ropa interior.

Se vuelve a meter los billetes en el bolsillo.

—Soy un hombre que se gana la vida, gracias.

«Mmm».

—No voy a dejar que me lleves a una cita solo por culpabilidad.

—Bueno, también sigo dispuesto a tener sexo —añade, mostrando su adorable sonrisa—. Al fin y al cabo, todo esto ha sido idea tuya, y me has puesto muy cachondo. —Señala la erección de sus vaqueros —. La parte en la que me robabas me ha excitado que no veas.

Frunzo el ceño, pero solo porque me da rabia querer sonreír. Se está esforzando por hacerme sentir mejor y, por alguna razón, siento el impulso de hacerle saber que aprecio su esfuerzo.

Resulta que yo también soy una persona complaciente.

—Intentaba ser igual de dura que tu hermana y Clay —murmuro, bromeando.

Creía que lo estaba haciendo bien, pero ahora ya no lo sé.

Me acaricia la cara.

—Me alegro de que no seas violenta —dice pausadamente—. Me gusta que seas dulce con la gente. No lo cambies.

Es un detalle que lo mencione, pero ser así no parece funcionarme. Ser dulce solo me convierte en un blanco fácil.

—No cambies, ¿vale?

«Sí, de acuerdo. Lo que tú digas».

—Llévame a tu casa y ya está. —Me arremango y me abrocho el cinturón de seguridad—. Tengo que recoger mi coche.

—Krisjen.

—Está todo bien, Trace. —No le miro—. No somos pareja. Nunca lo hemos sido.

Me he mentido a mí misma. Yo me he hecho esto.

Estoy bastante segura de que siempre he sido un ligue para él, mero sexo sin compromiso. Una noche, en primavera del año pasado, crucé al otro lado de las vías con Clay hasta llegar a Sanoa Bay, que, históricamente, es la primera población de Santa Carmen.

Ahora todo el territorio se llama Santa Carmen, pero en la bahía —donde vive Trace y su familia— no les gusta oír eso. Son posesivos con su tierra y quieren gobernar por separado.

Allí son salvajes.

Nosotros lo escondemos todo.

Son pobres.

Nosotros no.

Son pantanosos.

Nosotros santos.

Clay se enamoró de Liv, la chica mala del lado peligroso de la ciudad, y, más tarde, acabé enrollándome con uno de los hermanos de esa chica.

Pero este nunca ha sido un amor como el de Liv y Clay. Trace no piensa en mí cuando salgo de su cama y, para ser sincera, tampoco es que yo piense demasiado en mí misma.

Gira la llave, arranca el motor y enseguida se dirige a la izquierda, hacia el pantano.

Pasamos por delante del portón de mi casa. Me fijo en que las luces de arriba siguen apagadas antes de que Trace gire a la derecha por el carril oscuro y luego a la izquierda, cruzando el puente y los humedales.

Saco el móvil y le hablo a mi hermano por mensaje directo.

Voy dos segundos a la bahía a por el coche.
Vuelvo enseguida.

Marshall tiene casi trece años. Suele ponerse los auriculares para no oír a Paisleigh si se despierta.

Me llega un mensaje.

¿Cómo sabías que estaría usando el iPad viejo?

Me río para mis adentros.

Porque eres listo, como yo.

Hace dos horas, antes de acostarlos, les he quitado todos los dispositivos electrónicos, excepto el único dispositivo que mi hermano creía mantener en secreto. Quizá debería haberlo hecho. Si mis padres hubieran sido más estrictos con la hora de dormir, puede que ahora estuviera en la universidad como el resto de mis amigos.

Aun así, soy consciente de que Mars va a hacer lo que quiera. Soy lo suficientemente estricta como para que sepa que me preocupo por que duerma bien, pero no tanto como para que me quiera evitar constantemente. Cuando se me parezca un poco, habrá batallas más importantes que iPads o teléfonos móviles.

Te quiero. Dale un abrazo a Jason de mi parte.

A lo que responde:

Deja en paz a mi almohada.

Me río en voz alta y veo que Trace me mira por el rabillo del ojo. Mi hermano tiene una almohada con la cara de Jason Momoa. Es una almohada muy atractiva.

Mi móvil vibra al recibir un nuevo mensaje con una burla de Mars.

Y bonitas flores. Mamá las ha sacado de la basura.

Tecleo a modo de respuesta:

Y yo las he vuelto a tirar enseguida. Buenas noches. Que duermas bien. Te quiero.

Me vuelvo a meter el móvil en el bolsillo y subo el volumen de la radio, mientras Trace me aleja a toda velocidad de esas rosas blancas que he tirado en la basura de mi casa.

Me encanta recibir flores, pero no de extraños.

Me tienta la idea de llamar a mi padre y a mis abuelos para decirles que mi madre está intentando casarme, pero no estoy segura de que les importe en absoluto.

Y a mi padre no le voy a pedir nada. Si no le importa ni mantener a su familia, menos le va a importar que mi madre quiera hacerlo

obligándome a casarme con alguien rico.

Las gotas de lluvia salpican el parabrisas, pero abro la ventanilla, aspirando el aroma del viento. Las tenues luces de Santa Carmen y el suave resplandor de las farolas de gas de Main Street desaparecen en mi espejo retrovisor cuando Trace pasa el puente. Rebotamos en nuestros asientos al pasar sobre las vías, ruidosas bajo los neumáticos. Y la carretera se vuelve más pedregosa a medida que nos adentramos en el agreste paisaje de la bahía.

Pasamos por las viejas cabañas, esas que llevan aquí cien años y sirven el mejor gumbo y marisco fresco de la zona. Nos adentramos por terrenos descuidados, donde los oscuros porches de las casas escondidas asoman entre la maleza.

Me froto las manos en el regazo.

Hay una parte de mí que está dormida y no despierta hasta que llego aquí. Tal vez sea que hace un poco más de calor, o tal vez sea la tierra. Caótica, dominante. Como si los árboles intentaran recuperarla.

Durante cientos de años, los seminoles y los españoles reclamaron, lucharon, vivieron, guerrearon y, finalmente, construyeron juntos.

Y cuando llegaron más europeos y quisieron hacerse con el pantano y las hermosas vistas del mar, la bahía se convirtió en una nación en sí misma, en un muro contra el mundo.

Con el tiempo, las comunidades suelen dejar de trabajar juntas cuando ya no tienen obligación de hacerlo, pero la bahía es única. Incluso después de quinientos años, siguen luchando juntos por sobrevivir. Ese objetivo común es lo que los mantiene unidos.

Santa Carmen también es pura pasión, pero no es tan divertida.

Trace avanza a toda velocidad por el camino de tierra, pasa por delante de algunas casas y tiendas de la calle principal, gira el coche

en U y se detiene frente a su casa. Las luces del porche iluminan la media docena de camionetas y otros vehículos que hay aparcados fuera.

Nos bajamos y veo que mi Rover sigue aparcado al lado de la verja, justo donde lo dejé.

—¡Qué hijo de puta! —brama alguien desde dentro de la casa—. ¡Casi me mata!

Inspiro profundamente. «Iron Jaeger». Uno de los hermanos mayores de Trace.

Reconozco su voz por descarte. Es el único al que rara vez oigo gritar, y las voces del resto ya las conozco. Si esa voz hubiera sido la de Macon, el mayor, probablemente ya hubiera dado media vuelta para marcharme.

Los chicos salen disparados por la puerta principal, corren por el paseo y se adentran en el lluvioso camino de tierra. Sus respectivas novias los esperan junto a los coches, riéndose mientras se protegen del mal tiempo.

La música del interior hace vibrar la casa, la bandera seminola ondea sobre la puerta del garaje. La vivienda es una mansión envejecida de estilo colonial español, donde la hiedra y el musgo trepan por el exterior del antiguo estuco rosa. Inhalo como hago siempre, porque aquí es como si pudieras comerte el aire.

Al atravesar el arco de la pesada puerta de madera principal, oigo que una de las contraventanas del segundo o tercer piso golpea contra la casa. El aire se llena de gritos.

Me asusto y doy un salto cuando veo que más gente se abalanza sobre mí; Trace me coge entre sus brazos y me aparta a un lado. Mientras salen por la puerta, la música para.

—¿Qué coño está pasando? —le pregunto a Trace entre dientes.

Pero Army Jaeger, el segundo mayor, responde en su lugar.

—Un caimán se ha metido en la piscina.

Se pone la camiseta. Su pelo negro está empapado, las gotas de agua resbalan sobre el pulpo gigante que lleva tatuado en el hombro y van deslizándose hacia la parte izquierda de su pecho. Antes pensaba que casi nunca llevaba camiseta porque era consciente de lo bien que le quedaba no llevarla, pero al final llegué a la conclusión de que simplemente lo hace por ahorrar tiempo. Cuando no tiene que lidiar con los líos de sus hermanos, se tiene que encargar de su pequeño. A sus veintiocho años, es el único con un hijo.

—E Iron se ha caído dentro mientras estábamos intentando sacarlo —añade.

Por supuesto. Siempre tiene que haber uno de los Jaeger que esté al borde de la muerte.

—¿Estáis todos bien? —le pregunto.

Hace un gesto despreocupado con la mano mientras, con la otra, coge un bate de béisbol de detrás del perchero. Su pelo corto y oscuro brilla por el agua.

—Sí, pero vosotros estad alerta. Le hemos perdido la pista, pero podría estar merodeando por aquí. Vamos a buscarlo.

«Fantástico».

Iron apura la cerveza de un trago. La ropa empapada le cubre los músculos bien definidos. Lleva el pelo negro peinado hacia atrás, empezó a dejárselo crecer este verano. Su bronceado sigue intacto en cada centímetro de piel, y la vena de su cuello sobresale bajo el tatuaje.

Otro Jaeger se acerca.

—Genial —dice Dallas en tono sarcástico—. Si Trace llama, tú vienes corriendo.

Los ojos verdes de Dallas siempre me miran como si me imaginara en llamas.

Vuelvo a centrar mi atención en los restos de la fiesta y en los desperfectos del salón.

—Corriendo no, conduciendo —puntualizo.

A Trace se le escapa una risa y le lanza una linterna a su hermano.

—Ten cuidado —le dice.

Dallas la coge al vuelo, se echa el pelo hacia atrás y se pone una gorra de béisbol. Es un año mayor que Trace. Veintiuno. Y no le caigo bien.

En absoluto.

Army, Iron, Dallas y Trace. Ya van cuatro.

El hijo pequeño de Army, Dex, no deja de berrear desde el piso de arriba.

—¿Y por qué sigue levantado ese niño? —grita Dallas.

—Porque hacéis demasiado ruido, joder —gruñe su padre, dirigiéndose hacia la puerta.

Una chica lo va siguiendo:

—Army, en serio. Me voy a la antigua habitación de Liv, ¿o qué?

Miro en su dirección. La chica lleva el pelo a medio recoger en una coleta y los labios pintados de un rojo brillante que combina con su falda y camisa ajustados. Cruzo los brazos sobre el pecho para cubrir la mancha de pintura que me eché por ayudar a Paisleigh con sus creaciones artísticas antes de salir.

Pero Army se limita a decirle:

—Ni se te ocurra entrar en la habitación de mi hermana.

Army sale corriendo por la puerta con Dallas. Iron los sigue, apurando el resto de su bebida, y yo aprovecho para preguntarle:

—¿Cómo estás?

No me mira, solo sacude la cabeza y suspira mientras deja la cerveza en el suelo.

Mi abuelo es juez del distrito, y siempre parece tener a Iron en el juzgado, detenido por una razón u otra: allanamiento de morada, robo y, más recientemente, agresión. Le encanta meterse en peleas, aún a sus veinticuatro años.

Por desgracia, su suerte se acabó este verano. Su último arresto se saldó con una fianza, una cita en el juzgado y, finalmente, un acuerdo con la fiscalía. Cumplirá condena y tiene que entregarse en una semana.

No es que sea mi responsabilidad, pero casi siento que no tendría que estar en su casa.

—Iron, ¿vienes? —grita Dallas.

Iron me lanza una mirada, pero sus ojos se ablandan con el atisbo de una sonrisa. Lleva tatuada una serpiente enroscada a un reloj de arena a un lado del cuello. Otros tantos tatuajes más cubren su cuerpo. Nunca me he fijado mucho, pero sé que en el antebrazo tiene una palmera con la latitud y longitud de Sanoa Bay, y un enorme caimán en la parte inferior izquierda de la espalda.

—No hay nada mejor que hacer, ¿no? —le responde encogiéndose de hombros.

Le devuelvo una media sonrisa. Siempre me ha caído bien. Quizá incluso más que Trace. Iron se comporta totalmente diferente entre mujeres y niños. Una vez le vi ayudando a una anciana con la compra. Se paró, aparcó la moto, metió las bolsas en las alforjas y las dejó en su casa para que ella no tuviera que cargarlas. Fue gracioso, porque al principio la pobre anciana intentó pegarle al pensar que se las estaba robando. Ahora se tutean y de vez en cuando le pide que lleve a su marido, en silla de ruedas, al fisio. En moto no, claro.

Iron, Dallas y Army se van. Suenan los motores de los vehículos al ponerse en marcha. Trace sigue aquí, pero no tengo ni idea de

dónde está Macon. El garaje estaba cerrado cuando he llegado, pero si está en casa, estará ahí.

Un hogar sin padres.

Solo cinco hermanos.

Todos en la misma casa.

Creo que alguno de ellos quiere mudarse, pero no sabrían qué hacer el uno sin el otro en el día a día.

—¿Tomamos algo?

Miro a Trace mientras abre un par de cervezas. Su muñeca está cubierta por una pulsera con la misma serpiente enroscada a un reloj de arena. Está forjada en hierro y sujeta con tres finas tiras de cuero alrededor de su muñeca derecha. Todos sus hermanos llevan la misma. Es el escudo de la familia Tryst Six. «Tryst» por su madre, Trysta, y «Six» porque son seis hijos. No me queda claro a quién se le ocurrió el nombre, pero diría que no se lo pusieron ellos mismos.

Trace me tiende el botellín. Odio la cerveza. Estoy segura de que ya se lo he dicho alguna vez.

—¿Dónde están mis llaves? —le pregunto.

—Ya sabes dónde están.

Sostiene una botella en cada mano y le da un trago largo a una.

Le miro y parpadeo.

—¿Podrías ser un caballero e ir a buscarlas, por favor?

La última vez que estuve aquí, salimos todos en su barco y luego me llevó a casa. Pero esta vez no es igual, ahora necesito que me devuelva el coche.

Sin embargo, me sigue tomando el pelo.

—Puede que te hayas dejado alguna otra cosa. Quizá tendrías que ir a echar un ojo.

Arqueo una ceja, interpretando su estratagema para llevarme a su habitación. Y empiezo a subir las escaleras.

—¿Como mi vibrador, por ejemplo? —suelto, refunfuñando—. Lo he usado más aquí que en mi propia casa.

—Qué borde.

Empieza a subir las escaleras detrás de mí, y yo contengo una risa. No me he corrido demasiadas veces con Trace. Aunque, para ser sincera, ni siquiera esperaba lo contrario.

Creo que tampoco es que él se lo currara mucho.

Una vez leí que la mayor parte de las mujeres no consiguen llegar al orgasmo solo con penetración, por lo que deduje que probablemente yo también formaba parte de esa mayoría.

A veces le hacía ir más despacio para que yo pudiera ayudarme a llegar al clímax. En cualquier caso, parece que le he dado bastante uso al vibrador aquí.

Besar, en cambio, se le da bien. Tocarle y estar cerca de él me hacía sentir bien y, durante un tiempo, tenerle cerca me ayudaba a olvidarme de mis problemas.

Al menos durante un rato.

Al subir las escaleras, paso por delante de la puerta cerrada de su hermana y esbozo una sonrisa, ya que sé que dentro de unas semanas la veré, cuando venga a casa para Acción de Gracias. El cuarto de baño y la habitación de Macon están a la derecha y su puerta también está cerrada. Más adelante, está la habitación de Iron y Dallas, y a la izquierda la de Trace.

La de Army está cerrada, los llantos de su hijo han dado paso a la calma. También hay una puerta en el rincón más alejado; siempre está cerrada, nunca he visto a nadie entrar o salir de allí.

—¿Por qué no querías venir a la fiesta? —me pregunta Trace, acompañándome a su habitación mientras me dirijo a su escritorio. Básicamente es un vertedero de cacharros esparcidos por todos lados.

Empiezo a revolver las cosas en busca de mis llaves.

—¿Te refieres a la de hoy o a la de ayer?

Le miro rápidamente a los ojos verdes y veo que sonríe. Aparto la mirada, sintiendo ese revoloteo tan familiar en el estómago. Esa sonrisa espontánea fue todo lo que hizo falta para que empezáramos con ese rollo de una noche hace seis meses.

—Tengo más cosas en mi vida aparte de ti, Trace.

Se oyen portazos en la planta baja y la casa se vuelve más silenciosa a medida que los motores se van atenuando en la lejanía.

—Venga, vamos, señorita Conroy. —Deja una de las cervezas, se acerca por detrás y me coge por la cintura con una mano—. Te encanta venir aquí para ser atendida en los aposentos del servicio.

Sacudo la cabeza, levanto una caja de aparejos de pesca y una pieza de coche grasienta.

—No me necesitas —le digo—. Tienes a muchas chicas merodeando por tu casa.

Miro la cama a medio hacer.

Sus labios acarician mi oreja.

—Me gusta imaginar que te iré viendo por la ciudad durante los próximos cincuenta años, fingiendo ser la típica dulce esposa sureña, cuando en realidad tengo grabada tu imagen debajo de mí. Te veré y tú me verás. Sonreiremos al recordar estos momentos cuando nos crucemos por la acera. El tiempo corre, Conroy. Es mejor que te diviertas mientras puedas.

Hay una despreocupación en su voz de veinteañero que me encanta, pero que siempre me hace dudar. Nunca habla en serio y, después de seis meses tonteando juntos, empiezo a sospechar que lo hace a propósito.

Dejo de buscar mis llaves.

—Sabes que no pienso en ti de ese modo, ¿verdad? Como un sirviente, quiero decir.

En este momento, su familia tiene más dinero que la mía. Mis padres están inmersos en la batalla de su divorcio y, en medio de esa lucha, mi padre no nos ha dejado nada. Por el contrario, los Jaeger probablemente no sean tan pobres como les gusta aparentar.

Pero Trace me toma el pelo.

—Shh, no rompas la fantasía.

Veo las llaves en su mesilla de noche, las cojo y me doy la vuelta para mirarle a la cara.

—Me voy a casa.

—¿Volverás algún día?

La pregunta me pilla desprevenida.

No.

No volveré.

Aquí no hay nada bueno para mí, y ya va siendo hora de que mueva el culo. Necesito planes. Un rumbo. ¿Ir a la universidad, tal vez?

Pero todavía no tengo ni idea de lo que quiero hacer con mi vida.

Nunca he querido ser abogada, agente financiera o directora general de una empresa.

Lo único a lo que he aspirado en mi vida es a que me guste despertarme, y a que alguien cuente conmigo para hacer que la vida de otra persona sea mejor.

Y también a un hombre que me respire. Que me anhele. Que me necesite.

No voy a encontrar nada de eso en la habitación de Trace.

—Igual nos vamos viendo por la ciudad. —Sonrío levemente—. Durante los próximos cincuenta años.

Su mano enmarca mi cara; su nariz casi roza la mía.

—Necesitas un buen recuerdo más que llevarte.

Aparto la boca, y justo estoy a punto de apartarle la mano también cuando alguien llama a la puerta.

—¿Trace? —Es la voz de una mujer.

La puerta se abre y él me suelta. Yo miro alrededor. Una chica morena asoma la cabeza dentro de su habitación. Creo que se llama Carissa, y diría que antes estaba abajo con el ligue de Army.

Me ve, sonríe y se muerde el labio inferior.

—¿Necesitáis algo? —nos pregunta.

La miro fijamente. «¿Ha dicho que si necesitamos algo?».

¿Por qué íbamos a...?

Me vuelvo hacia él, pero se limita a devolverme la mirada.

Se inclina hacia delante, plantando las manos en el escritorio a ambos lados de mi cuerpo y me mira a la cara.

—Dile que esta noche soy tuyo —me dice.

«¿Qué?».

No tardo ni un segundo y medio en darme cuenta de que ella es su plan alternativo. Le empujo y me dirijo a la puerta.

«Dios». ¿Así que o le reclamo yo o le reclama ella?

Cuando abro la puerta, la chica se aparta de mi camino.

—Puedes quedarte —me dice—, podemos jugar las dos.

—Krisjen no es tan valiente —dice Trace como si yo no estuviera allí—. ¿O sí?

No voy a permitir que me lance ese cebo.

—Ahí te equivocas. —Le clavo la mirada—. Puede que algún día lo haga, pero no será contigo.

Y salgo dando un portazo.

«Hijo de puta». Estoy casi tentada de llamar a su hermana y delatarle, pero no le sorprendería lo más mínimo, y a mí aún me queda algo de orgullo.

Además, ella le adora.

Trace siempre ha sido deliberadamente irresponsable, pero a diferencia de Milo, también amable. Poco considerado, está claro, pero nunca había creído que fuera personal. Como tampoco le he querido, no me he preocupado por él.

Pero esta vez sí que ha sido personal. Yo ya sabía que no me iba a echar de menos cuando esto se acabara, pero no le pega nada hacerme sentir así de mal delante de alguien.

La lluvia golpea las ventanas y bajo las escaleras sin ni siquiera darme cuenta de que la casa está en silencio y a oscuras. El parpadeo de los relámpagos alumbra la casa. Abro la puerta principal con la ayuda de las llaves; avanzo con paso decidido, pero me detengo al acordarme del caimán.

Miro a mi alrededor, observo el patio y el camino de tierra más allá de la verja. Solo veo las luces del parque de bomberos de al lado y del taller de reparaciones de enfrente. Más lejos, a mi izquierda, la música retumba en las paredes de un bar. Ya casi no quedan coches en casa de los Jaeger y fuera no queda nadie, ni siquiera el caimán.

Me encantaría que alguien me acompañara hasta el coche, pero no pienso pedírselo a Trace. Aterrizo de un salto en el jardín, cerrando la puerta a mis espaldas, y luego corro hacia el coche. Las gotas caen sobre mi cabeza cuando rodeo la parte delantera del vehículo, pero antes de que pueda pulsar el botón para abrirlo, sé que algo va mal. El coche no está nivelado. Me fijo en que el neumático delantero del lado del conductor está pinchado. Y, justo entonces, lo veo: hay un corte en la goma. Está más claro que el agua.

Echo la cabeza hacia atrás, gruñendo.

—¡Agg!

«Me cago en todo, Aracely». Pero si ni siquiera le gusta Trace, ¿qué demonios le habré hecho yo?

Sé que ha sido ella. Le hizo esta misma putada a mi amiga Amy este verano. Pero ahí lo entendí, porque Amy se había liado con Dallas e Iron, ambos ex de Aracely.

Puedo llegar a entender por qué le irritaba que un angelito como Amy se quedara a dormir aquí y se divirtiera con sus hombres, según ella. Pero, dejando a un lado que Trace nunca ha sido suyo, creía caerle bien.

Supongo que pensaba que me tendría que aguantar hasta que me fuera a la universidad y, al darse cuenta de que no es el caso, me está dando a entender que mis días aquí se han acabado.

El viento aúlla y la lluvia cae en diagonal. Subo al coche y saco el móvil.

Marco el número del servicio de grúa de Maker Street. Sin respuesta. Cuelgo y vuelvo a intentarlo, pero salta el buzón de voz.

Me dispongo a llamar a Clay, pero me detengo al acordarme de que esta noche trabajaba, además de que tiene clases mañana.

Paso el pulgar por encima del teléfono. Mamá, papá...

Milo vendría a buscarme. Seguro que sí. Todos vendrían a buscarme, pero pueden irse a la mierda. ¿Puedo conducir con una rueda pinchada?

Creo que eso dañaría las llantas o algo así, pero decido arrancar el motor de todas formas. Pongo el modo *drive* y piso el acelerador. Pero me tambaleo hacia un lado, como si fuera a volcar, así que agarro el volante con las dos manos para sostenerme.

—Jodeeer —suelto.

Apago el motor, salgo de nuevo a la lluvia y voy corriendo hasta la parte trasera del coche, donde me doy cuenta de que una de las ruedas traseras también está pinchada.

Levanto las manos exasperada.

—Dios, Aracely. Pero ¿tú quieres que me vaya o más bien intentas retenerme aquí? —grito hacia la calle vacía, como si se lo dijera a ella mientras lo observa todo desde el bosque.

«Joder».

Cierro el coche, entro en casa y subo las escaleras. Al abrir la puerta de la habitación de Liv, veo a alguien dormido en la cama y me detengo.

Boca abajo, sin camiseta... No tengo ni idea de quién es, pero no puedo quedarme aquí.

—¿En serio? —me quejo en voz baja.

Estiro de la manta que hay a los pies de la cama, cierro la puerta y vuelvo a bajar. Oigo risas seguidas de gemidos a mis espaldas. Le doy una patada al sofá antes de dejar las llaves en la mesita, me quito las zapatillas y me tumbo boca arriba mientras me cubro con la manta.

Por la mañana tendré un aspecto bien bonito y patético. Ni siquiera podré cambiar la rueda cuando deje de llover, porque ahora me hacen falta dos. Con un poco de suerte, lo máximo a lo que aspiro es a encontrar un servicio de grúa por la mañana.

Le envío un mensaje a mi hermano.

Problemas con el coche. Estoy en la bahía.
Llegaré a casa por la mañana.

Alargo la mano por encima de mi cabeza, para coger uno de los muchos cargadores que tienen por casa, y lo enchufo al móvil.

Las gotas de lluvia atrapan la luz de la luna en las ventanas y los relámpagos llenan la habitación durante un segundo. Por la escalera se cuelan algunos ruidos de fondo: una risa, un sonido sordo, un crujido. Y no puedo evitar mirar al techo mientras escucho.

Cualquiera pensaría que me molesta que sean de Trace, pero lo único que me pregunto es si él hacía tanto ruido conmigo para que alguien que estuviera aquí abajo lo oyera.

Recuerdo que una vez oí a Liv y a Clay el año pasado, durante un partido que jugábamos fuera de casa cuando estábamos en el equipo de *lacrosse*. Ellas eran enemigas, se odiaban, pero como todas estábamos en el mismo equipo, compartimos habitación de hotel una noche. Yo estaba en una cama con Amy, y ellas estaban juntas en otra. Al despertarme, me di cuenta de que mis sospechas eran ciertas. No se odiaban en absoluto. Juro que casi podía oír el sudor bajo las sábanas mientras lo hacían.

Cuando sentí que Amy empezaba a desperezarse a mi lado, activé la alarma del móvil y fingí despertarme, porque seguro que Clay no querría que Amy se enterara así de que le gustaban las chicas.

O bueno, igual solo le gustaba Liv. Y la necesidad que tienen la una de la otra sigue intacta. Yo nunca he sentido eso por nadie.

Nunca he sentido que alguien me quiera más que a nada.

—¿Quieres más?

Pero no es Trace quien lo dice, sino otra persona.

Uno de los personajes de mis múltiples fantasías tontas.

Retrocedo cuando se acerca a mí con un brillo especial en los ojos.

—Solo un poco más —dice provocándome.

Dejo que mis ojos desciendan por su pecho desnudo hasta donde sus vaqueros le cuelgan bajos de las caderas. El aroma del agua en su pelo llega hasta mí. Antes se ha tirado a nuestra piscina, justo después de cortar el césped.

Cierro los ojos, respiro con dificultad y empiezo a sentir ese pequeño cosquilleo en el estómago.

Acorta la distancia entre nosotros y yo retrocedo, chocando con la puerta cerrada de mi habitación.

—¿No tenías que ir a ver a tu jefe? —le pregunto.

Mis pezones se tensan, presionando contra la tela de mi camiseta; mientras me sujeta la barbilla y me pasa el pulgar por el labio inferior.

—Le diré que he tenido que quedarme a negociar una propina.

Una propina... Ah, mmm, claro. Saco algo de dinero del bolsillo y se lo tiendo, pero él sonríe, lo coge y lo tira encima de la cómoda.

Noto cómo me palpita el pulso entre las piernas y meto la mano bajo la manta, presionando justo en esa zona.

Desliza sus dedos ásperos por debajo del dobladillo de mi camisa.

Y mi corazón se acelera contra mi pecho mientras uso mi mano para hacer lo mismo.

Se me corta la respiración a medida que él desliza la tela un poco hacia arriba, un poco más, más. Hasta que la camiseta queda por encima de mis pechos; la deja ahí mientras su mirada calienta mi piel.

El aire fresco de la casa me estimula los pezones, y siento cómo se me erizan mientras aparto la manta hacia abajo y me froto cada vez más fuerte.

Me agarra por detrás de los muslos y me levanta contra su cuerpo.

—Abre las piernas —gruñe suavemente.

Las abro.

Las abro.

Y rodeo su cintura con ellas mientras me lleva hasta la silla del escritorio. Va sacando la lengua, solo lo justo para poder ir saboreando mis labios una y otra vez.

Me aprieto un pecho. Mi clítoris palpitante late con fuerza mientras muevo las caderas hacia dentro y hacia fuera contra mi mano e inclino la cabeza hacia atrás.

Me siento a horcajadas sobre él en la silla y me agarra por las caderas, atrayéndome contra su polla.

—Ahora abre la boca y dame esa lengua, cariño, y no le digas a tu madre lo que hemos estado haciendo mientras no estaba.

Cabalgo mi mano como lo hago con él, sintiendo sus ojos en mis tetas y mi pelo apretado en su puño contra mi nuca. Me muevo más deprisa, sintiendo cómo mis pechos se balancean de un lado a otro, y me muerdo el labio inferior para no hacer ruido. Pero mi respiración es cada vez más rápida y van llegando los suspiros.

Dios, Dios, me...

Me...

Parpadeo una vez y abro los ojos hasta percatarme de que hay una silueta, justo en la entrada, entre las escaleras y la sala de estar. Siento que el calor se extiende rápidamente bajo mi piel.

«Mierda». Jadeo, aparto las manos de mi cuerpo, me vuelvo a bajar la camiseta y abro mucho los ojos hasta que consigo ver más nítidamente la figura.

«¿Qué coño está pasando?».

Se lleva el botellín de cerveza hasta los labios, inclinándolo hacia atrás para beberse un trago.

¿Será Trace?

El corazón me late fuerte contra el pecho

—Dios mío —murmuro. No puedo tragar saliva, tengo la garganta completamente seca.

Mi mirada intenta distinguir su rostro en la oscuridad. No es Trace. Este es más alto, pero no consigo entender quién es exactamente.

Fuera, un manto de nubes cubre el cielo y la luz de la luna; la casa está completamente a oscuras.

Genial. Vamos, de puta madre.

Tiene que ser uno de los Jaeger. Va en vaqueros. No lleva camiseta. Igual que en mi sueño.

Estiro de la manta para que me cubra hasta la cintura. Aún tengo la falda levantada.

Intento calmar mi respiración mientras me froto los ojos.

—Aracely me ha rajado las ruedas del coche —digo—. Saldré de aquí en cuanto consiga una grúa.

Quienquiera que sea no dice nada y, al cabo de un momento, me arriesgo a echar otro vistazo. Sigue ahí de pie.

Creo que me está observando.

Entrecierro los ojos, intentando distinguirle.

—¿Qué? —le suelto—. ¿Por qué me estás mirando?

Con la manta aún cubriéndome, me incorporo y me siento, dejando que mis piernas cuelguen por fuera del sofá.

—Puedes contar esto por ahí si te da la gana —espeto, tanteando en la oscuridad en busca de mis zapatos—. Algún día, tendré esos aires, ese olor y ese comportamiento dignos de un par de tacones impolutos de mil quinientos dólares. Estaré casada con un abogado o un banquero que sepa a pegamento y haga campaña a favor de los valores familiares en la iglesia todos los domingos. Y cuando eso ocurra, podrás decir que una vez viste cómo me follaba a mí misma en tu sofá, ¿verdad?

Entendería perfectamente que se riera de mí. La situación es bastante cómica. ¿Repito mi monólogo para que lo grabe esta vez?

Vuelvo a mirarle, esperando cualquier tipo de respuesta.

—¿Quién eres? —le pregunto.

No le veo la cara. ¿Cuánto tiempo lleva mirando?

—¿Quieres que me vaya? Podría ir andando.

No dice nada. Pero su cabeza se inclina un poco hacia un lado.

—¿O quieres llevarme tú en coche? —le insisto—. Así desocupo el sofá.

Se queda petrificado.

«Joder, pero ¿qué demonios le pasa?».

Genial. Como si esta noche no hubiera sido lo suficientemente mala de por sí, para colmo, ahora estoy atrapada en casa de Trace. Una casa en la que soy muy bienvenida, siempre y cuando me marche por la mañana. Aunque tampoco es que me sienta mucho más cómoda en mi propia casa.

—Trace está arriba follándose a otra —digo en un hilo de voz mientras observo el botellín que cuelga de su mano—. Y es raro, porque me da igual.

Le miro, sacudiendo la cabeza mientras noto que los ojos se me empañan. No tengo ni idea de por qué se lo he soltado, pero tal vez esto haga que se vaya.

—Sigo viniendo aquí porque no tengo otra cosa mejor que hacer. —Me río en voz baja, tan solo un segundo.

Siento un pinchazo en la garganta y bajo la mirada al recordar las risas que nos echábamos Trace y yo. Aunque no le quería, llegué a pensar que no se reía así con nadie más. Porque, desde luego, así era para mí.

—Supongo que... —Aprieto la manta en mi puño—. Supongo que me negaba a pensar que fuera una historia sin importancia, ¿sabes? Porque eso significaría que yo soy una persona tan superficial como...

No termino la frase. Los traumas maternos no resueltos aburren.

—¿Por qué soy así? —Lo cierto es que me lo digo más bien a mí misma, aunque noto que sigue allí, observándome—. ¿Por qué todo

tiene que significar algo? ¿Por qué no hay un punto intermedio entre intensidad y vacío absoluto? Si algo no es suficiente, no significa nada para mí.

Me tiembla la barbilla, seguro que le parezco ridícula. ¿Por qué tengo que llorar?

—Vacío...

La palabra sale de mi boca como un susurro. Ni siquiera le noto respirar. Solo apoya el botellín que cuelga de sus dedos contra su pierna, pero no se va.

Me levanto y doblo la manta.

—No puedo permitirme ir a la universidad —continúo—. Mi padre se llevó todo el dinero con él y, aunque no lo hubiera hecho, los niños...

Me detengo y me quedo mirando al suelo mientras se me saltan las lágrimas.

—No puedo dejarlos solos con ella. —Me atraganto con mis propias palabras.

Después de lo que ha intentado hacerme, ni de coña pienso confiar en ella. Ni tampoco en mi padre. Oculto la parte de que ahora vive en Barony Lane con su novia, a poco más de un kilómetro y medio, y no en Atlanta como creen mi hermano y mi hermana. ¿Cómo iba a explicarles por qué de repente su padre no viene a verlos si supieran la verdad?

—Mi madre quiere que me case con Jerome Watson. —Las lágrimas atrapadas en mi garganta hacen que me duela hablar—. Un abogado especializado en impuestos corporativos de treinta y dos años, al que he visto una vez. Busca a una esposa guapa para poder follársela una y otra vez. Una mujer sana que cuide de su casa y que se quede preñada en poco tiempo, alguien joven y demasiado ignorante e ingenua como para atreverse a desafiarle.

Las lágrimas siguen brotando, pero no me siento triste.

—Tengo miedo. —Exhalo—. Nunca pensé que mejorar la vida de la gente que me rodea implicaría pasar mi vida con alguien a quien no amo.

Parpadeo detenidamente, apretando los ojos un par de segundos.

—Pero qué más da, ¿verdad? —Suelto una risa forzada—. Nada de lo que haga cambiará las cosas, ¿no? Así que, ¿por qué no anestesiarme con zapatos y bolsos bonitos mientras ayudo a mi familia?

Como si eso fuera a distraerme de saber que me han vendido... Mi madre y él hablarán de mi futuro y, pese a lo que puedan llegar a pensar, no soy ni una ignorante ni una ingenua.

Me seco las lágrimas y tiro la manta al suelo. A la mierda, dormiré en mi coche.

Pero entonces él está ahí, su cuerpo se aprieta contra mi espalda, sus manos sostienen mi cintura a ambos lados.

Jadeo.

—No. —Intento apartarle las manos.

«Basta. Basta». Dejo caer mi cabeza hacia atrás, sobre él. Intento empujarle, pero no tengo claro si estoy luchando para liberarme o porque quiero pegar a alguien de la rabia. Las lágrimas resbalan por mis mejillas y aspiro el aire por la boca una y otra vez.

Pero entonces lo siento.

Siento su suave respiración contra mi sien. Sus brazos se deslizan lentamente alrededor de mi cuerpo, uniéndome a él.

Lentamente. Firmes. Fuertes. Cálidos.

Me quedo inmóvil. Su calor me cubre la espalda mientras su pecho sube y baja contra mi columna. Y me relajo lo suficiente para sentir cómo me sostiene. Su brazo rodea mi tripa. Su otro brazo se eleva y su mano acaricia mi mejilla mientras me roza el pelo con la boca.

—Todavía no estamos muertos —murmura sobre la piel de mi sien.

Y entonces me gira la cabeza y, antes de que pueda verle la cara, su boca cubre la mía, conteniendo mi gemido. Su lengua se sumerge en mi boca y no puedo respirar mientras me sujeta con fuerza y me mantiene pegada a su cuerpo.

Joder...

Mis pulmones gritan y el fuego me cubre la piel. Jadeo, aparto la boca e inhalo una bocanada de aire, pero solo pasa un segundo antes de que me apriete el pelo con fuerza y me muerda el cuello.

Cuando una corriente eléctrica me recorre de los muslos hasta la cabeza suelto un gemido. Cierro los ojos y el corazón se me sube hasta la garganta. Mis brazos se quedan levantados mientras estira de la tela de mi camisa hasta que se desliza por encima de mi cabeza.

Aparta su boca de mi piel. Con su brazo aún rodeando mi tripa desde atrás, me baja la cremallera de la falda. Veo que lleva la misma pulsera que llevan todos los Jaeger: tres finas tiras de cuero marrón entrelazadas rodean su muñeca con el emblema de la serpiente enrollada a un reloj de arena en el centro.

Me baja la falda y luego me quita las bragas lentamente. Me coge la mano y la guía hacia abajo, entre mis muslos, hasta que las puntas de mis dedos sienten la humedad de mi clítoris.

—Sigue —susurra, besándome el pelo.

Un ligero sudor me cubre la frente y no puedo moverme. Ni siquiera puedo pensar.

Me devora el cuello y me acaricia los pechos apasionadamente, mientras el calor me sube por las piernas y me recubre todo el cuerpo. Jadeo. Suspiro.

—Ah, Dios —gimo—. Para, para, por favor. No puedo respirar. No puedo respirar.

Pero él se pega más a mí por detrás. Sus vaqueros friccionan entre mis nalgas, consiguiendo que casi rocen con la piel sensible de mi interior, provocándome un intenso placer.

Me muerdo el labio inferior con tanta fuerza que siento un dolor agudo.

Y no puedo parar. Ya nada me importa. Me termino de quitar la ropa interior y vuelvo a apoyarme en él.

Mi cabeza recostada en su pecho. Yo, frotándome despacio. Yo, cabalgando mi mano y sabiendo que él me mira mientras lo hago.

Vuelvo a cerrar los ojos y disfruto de la sensación que me produce notar sus manos sobre mí. Aspiro su piel caliente, que me recuerda a madera, a tierra, a combustible, a grasa de motor. Me encanta que la ropa de los chicos Jaeger lleve la impronta de su trabajo, como también me encanta que solo deban sus cuerpos musculosos a su profesión.

Se le pone más dura. Apoya la barbilla sobre mi cabeza mientras me sujeta la cadera con la mano derecha y me agarra el culo con la otra. Sigo acariciándome el clítoris, empezando a sentir ese cosquilleo. Un poco más. Respiro. Un poco más. Me gusta que me mire. Sus dedos se enroscan en mi piel. Profundos. Insaciables. Me piden que me folle más fuerte.

—Ah —gimo—. ¡Ah!

Arqueo mi espalda mientras los suaves golpecitos de mi mano se van volviendo más rápidos e intensos. Y entonces...

Un sonido profundo emana de su garganta. Me atrae contra su cuerpo cortándome la respiración mientras me besa.

Pero justo antes de que pueda correrme, me lleva al sofá y me tumba boca abajo para quedar justo encima de mi cuerpo. No tardo

en levantar la rodilla para abrirme. Escucho cómo se arranca el cinturón.

Estrujo el sofá en un puño mientras mi estómago presiona contra el frío cuero.

Su mano se apoya en el sofá, presionándolo justo al lado de mi hombro. Y no puedo evitar gemir cuando sus dedos se deslizan por mi columna vertebral.

Siento su aliento en mi oreja.

—Krisjen —susurra, consiguiendo que se me erice la piel—. No se lo digas a Trace.

A Trace no le importará, pero asiento de todos modos.

Con la ayuda de su mano, va introduciendo la punta de su pene en mi interior. Sus manos me agarran con firmeza, justo donde acaban mis muslos y empiezan mis caderas. Y empuja.

Me estiro cuando su polla llega hasta adentro y grito un segundo antes de que su mano me tape la boca.

Su pecho se agita una y otra vez contra mi espalda. Y entonces deja de moverse, su respiración se detiene, y creo que va a decir algo, pero no lo hace. En lugar de hacerlo, aprieta su nariz contra mi pelo e inhala.

Todo mi sexo se contrae a su alrededor y me muevo un poco para aliviar la presión. Está muy adentro.

Para un momento. Se incorpora ligeramente. Luego me agarra de nuevo y me embiste llevando las caderas hacia delante. Una y otra vez. Despacio al principio, dejando que me adapte a él. Después empuja de nuevo. Más intenso. Más rápido. Tanto que lo único que puedo hacer es aguantarlo.

El pelo se me queda pegado a la espalda y aprieto las piernas en torno a él, disfrutando de la sensación que me provocan sus manos al apretarme. Antes he dicho que había venido aquí porque no tenía

otra cosa que hacer, pero ahora no querría estar haciendo otra puta cosa que no fuera esto.

Sus manos se funden con mis caderas, me lame los hombros, me muerde la espalda, y se me hace demasiado difícil que mi placer sea mudo. Ahora me da igual quién mire, solo deseo que no pare.

De nuevo, siento cómo aumenta ese cosquilleo, esa excitación que me lleva hacia el orgasmo. Me empujo sobre los codos y me pego más hacia él. Se inclina sobre mí mientras el sudor resbala por mi espalda y siento su aliento caliente en mi pelo.

Lo siento todo. El aire espeso en mi piel. Las nubes sobre la casa. Y el cuero de debajo, ahora húmedo por mi sudor.

Sus manos me sujetan como para recordarme que sigo viva.

Las lágrimas me arden tras los párpados. Vuelve a juntar más su cuerpo contra el mío, su mano llega hasta mi cuello y me obliga a estirar la cabeza hacia atrás. Mi mano viaja hasta la suya y puedo sentir las tiras de cuero y el cálido metal alrededor de su muñeca.

Arqueo la espalda, recibiendo cada embestida. Sigue entrando y saliendo mientras yo aspiro aire una y otra vez hasta que... mis muslos se llenan de calor, todo mi ser se abre. Y ocurre. El orgasmo estalla dentro de mí. Gimo a través de su mano sobre mi boca. Dios. Me humedezco más y más con cada descarga de placer. Su cuerpo se estremece con sacudidas lentas y breves. Noto su garganta ronca contra mi oído y siento cómo se corre dentro de mí.

«Dios mío». Respiro con fuerza. «Dios mío».

Inhalo y exhalo, intentando calmarme mientras me desplomo en el sofá, exhausta.

Pero antes de recuperar el aliento, oigo su voz en mi oído.

—Algún día —dice mientras me aprieta aún la garganta—. Cuando tengas esos aires, ese olor y ese comportamiento dignos de un par de tacones impolutos de mil quinientos dólares, y estés casada con

un abogado o un banquero que sepa a pegamento y te pasee como si fueras su pequeño trofeo... —Me pasa la lengua por la oreja, jugando—. Me preguntaré si ese señor está jugando a ser el padre de mi hijo.

Mis ojos se abren, atónitos. Mi coño se aprieta una vez más alrededor de su polla mientras él sale de mi interior, se abrocha los vaqueros y se ata el cinturón.

Me quedo tumbada un segundo, el cuerpo ya me duele por su ausencia. Pero cuando me doy la vuelta y miro a mi alrededor, ya no está.

—Hostia puta. —Recorro con la mirada el salón oscuro y vacío—. ¿Quién coño ha sido?

2

Krisjen

Me despierto. No muevo ni siquiera un músculo. Observo la luz del sol que entra por las ventanas. Noto todo el calor de la habitación.

Respiro profundamente. De inmediato, siento dolor de cuello. Tengo la mejilla y la tripa completamente pegadas al sofá de cuero.

Un sofá de cuero.

No mi sofá. Mis ojos viajan observando cada rincón del lugar en el que estoy. El salón de los Jaeger.

Los recuerdos me llegan de golpe.

—Mierda. —Me doy la vuelta. La manta aún cubre mi piel desnuda y siento que el cuello me cruje después de haberlo dejado inmóvil toda la noche.

Parpadeo, dejando que mis ojos se acostumbren a la luz que atraviesa las cortinas. Es de día. Al palpar la manta que tengo encima noto mi cuerpo. Sigo desnuda. Joder, me he dormido.

—Sí, me lo pensaré —oigo decir a Trace mientras cruza el vestíbulo envuelto en una toalla. Luego le abre la puerta a Carissa, la chica de anoche—. Nos vemos.

Cuando ella sale me pongo a buscar mis cosas a toda prisa. Encuentro la camisa del colegio y me la pongo enseguida.

Pero ¿dónde coño está mi falda? Busco en el suelo.

Dios mío, ¿qué he hecho?

—¿Ese no es el coche de Krisjen? —pregunta asomándose por la puerta abierta mientras habla con alguien.

Me agacho y empiezo a tantear bajo el sofá, donde rápidamente doy con el resto de mi ropa.

El olor a beicon y a café inunda el aire, haciéndome la boca agua. Alguien está cocinando. Sea quien sea, ha tenido que bajar las escaleras y está claro que me habrá visto ahí en el sofá, medio tapada. Aprieto los dientes.

Trace vuelve a entrar, cierra la puerta. Como aún sigo medio desnuda, me vuelvo a tumbar, cubriéndome de cintura para abajo.

—Hola. —Me ve en el sofá.

—Hola.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta.

No puedo ni calmar mi respiración y busco las palabras entre titubeos:

—Ehm... Tengo las ruedas pinchadas. Quería esperar a que dejara de llover para llamar a la grúa.

Se sienta en el borde del sofá.

—No, ya nos apañamos. Para algo tendré que servir, ¿no?

Baja la mirada. Y pone esos ojos de amable vulnerabilidad con los que siempre consigue que todos acaben comiendo de la palma de su mano.

Estoy un poco enfadada con él, al contrario de lo que le dije a... bueno, a quienquiera que fuera de sus hermanos anoche.

«Dios, es que ni siquiera sé quién fue de todos ellos...».

En cualquier caso, debería estar bastante más enfadada con Trace. Lo que pasó después de que me marchara de su habitación ha eclipsado todo lo que pasó antes. Aprieto la manta con el puño, mirándole fijamente, pero sintiendo aún al otro dentro de mí.

Ladea la cabeza.

—¿Estás bien?

—Estoy bien. Es solo que hubiera querido irme antes. —Empiezo a incorporarme—. En nada me voy.

—No hay ninguna prisa —me corta—. No me lo tengas en cuenta, ¿vale, Krisjen? Soy un imbécil.

—Tranqui, todo bien.

Me siento culpable. Vale, sí, es verdad que me alegro de haberme marchado de su habitación anoche. Y está claro que lo que pasó después fue muy extraño, pero por otro lado... ¿volvería a hacerlo? Sí.

—Oye, pero una cosa... Conmigo sí que te corrías, ¿verdad? —pregunta, escrutándome con la mirada—. Es decir, que no has estado todo el verano fingiendo, ¿no? Solo te estabas quedando conmigo.

Finalmente suelto una risita entre dientes. No quiero mentirle, pero tampoco me veo capaz de sacarlo de su burbuja. Sinceramente, no es que el tema me haya importado nunca, con Milo tampoco me corría. Lo que pasa es que me gustaba que me tocaran y poder estar cerca de alguien.

Pero anoche...

En el sofá...

Lo que viví fue algo que ni siquiera sabía que existía.

Estoy convencida de que Trace mejorará con el tiempo, pero creo que es imposible que viva algo parecido a lo de ayer con él.

Trace se pone de pie.

—Serás mala... Yo siempre he llegado al orgasmo contigo.

Resoplo, pero en cuanto desaparece en la cocina, me pongo a buscar mi falda enseguida. La veo a un lado de la mesita y la cojo, poniéndome de pie para vestirme rápidamente.

Dallas da la vuelta a la barandilla justo cuando acabo de subirme del todo la cremallera y frena en seco en cuanto me ve. Me quedo inmóvil.

Pasa por mi lado sin apartarme la mirada y, pese a que sus ojos son del mismo color que los de Trace, los tiene completamente distintos.

Bajo la mirada y me fijo en la pulsera que lleva en la muñeca. Se me revuelve el estómago. Lo más probable es que quienquiera que fuera el de ayer siga llevando la pulsera esta mañana.

Entra en la cocina y yo salgo corriendo hacia el baño. Al llegar al final del pasillo, entro en el baño que hay bajo las escaleras. Cierro la puerta con pestillo y me levanto la falda para sentarme en la taza.

Por Dios. ¿Cómo es posible que no frenara lo que ocurrió anoche? Tendría que haberle dicho al menos que se pusiera un condón. Estoy segura de que no estoy embarazada, llevo tomando anticonceptivos desde los catorce, pero los Jaeger tienen fama de ir un poco de flor en flor, a excepción de Liv, claro está.

Cojo el papel higiénico para limpiarme, sintiendo aún cómo sus fluidos han seguido entre mis piernas hasta ahora. Cuando me termino de asear del todo, me levanto y tiro de la cadena. El espejo me devuelve mi imagen.

Vuelvo a respirar con dificultad, pero me quedo mirando mi reflejo, permitiéndome procesar lo ocurrido.

Su pulsera. Su pecho desnudo contra mi espalda. Alto. Su increíble olor. Su sabor: brasa, un toque de burbon y ese gusto final del último trago de cerveza.

Sus pocas palabras fueron un mero susurro. Tenía las manos ásperas y una lengua cálida. Seguramente cualquiera de ellos podría encajar perfectamente con la mayor parte de esa descripción.

Joder.

Observo mi cuerpo de arriba abajo. Parece que aún no tengo ninguna marca visible, pero las noto. Un dolor entre las piernas, una marca roja en el cuello, justo donde me apretó. Noto los brazos cansados y la raíz del pelo sensible, pero es un dolor que no molesta en absoluto. De hecho, cuando lo siento todo me cuesta no sonreír. Lo cual solo prueba que me he entregado completamente a él.

¿Podría haber sido Trace? No es descabellado que se haya sentido cómodo y haya aprovechado la situación. Ninguno de sus hermanos se ha fijado nunca en mí más de la cuenta. No tenía tatuajes. Precisamente Trace aún no se ha hecho ninguno. Aun así, no puedo estar del todo segura de que mi chico misterioso no los tuviera, porque tampoco es que le haya podido observar la piel detenidamente. Solo las manos, las muñecas, tal vez un antebrazo. Iron tiene un tatuaje justo ahí, pero ¿de verdad podría haber distinguido si tenía o no tatuajes en la oscuridad?

Cojo el cepillo que alguien ha dejado en el borde del lavabo y me peino un poco, luego cojo el tubo de pasta de dientes y me pongo un poco en el dedo; me lo paso por los dientes y después me enjuago.

Tengo que irme. Si ha sido Dallas, será de todo menos amable esta mañana. «Dios, por favor, que no haya sido él». Odia a los santos. Nunca ha sido educado conmigo, ni mucho menos amable. Es de los que opinan que las mujeres valemos para una sola cosa.

Y espero de verdad no haber sido yo la que confirmara su teoría anoche.

Salgo del baño. Una vez en el salón, doblo la manta y busco mis llaves en la mesita.

Pero no están.

Giro sobre mi eje mientras observo cada rincón del suelo con atención. Luego me pongo a cuatro patas y miro debajo del sofá. No hay nada. ¿Las habrá cogido alguien?

Oigo la risa de Trace, seguida de las palabrotas de Dallas. Hay al menos otra persona ahí dentro, cocinando. Suelto un gruñido y me aliso la ropa y el pelo mientras doy la vuelta a la esquina para mirar en la cocina.

Army está de pie junto a los fogones, dándole la vuelta al beicon. Lleva puestos unos vaqueros; de su bolsillo trasero cuelga un paño de cocina. Los tentáculos del pulpo que lleva tatuado le cubren el omóplato.

Su hijo Dex, de un año, salta de un lado a otro en el regazo de Trace. Sobre la trona del niño, quedan los restos de su desayuno: cereales y un plátano a medio comer. Lleva puestas un par de zapatillas de deporte blancas con el símbolo de Nike en negro; de hecho, no se despega de ellas. Y es que resulta que ha aprendido a andar y, claro, sus tíos están ansiosos por las nuevas puertas que se le abren: fútbol, trepar árboles, pasear a los perros... Yo creo que aún faltan algunos añitos para que esté preparado, pero eso no les impide comprarle deportivas.

Mis llaves están en la encimera. Dallas se sienta en la mesa y no puedo evitar sentir que clava sus ojos en mí. Tengo que interrumpir a Army, pasando justo por detrás de él mientras cocina.

—Perdona un segundo.

Me mira por encima del hombro cuando recojo las llaves. Uf, no tengo ni idea de cómo han acabado aquí. Cuando me doy la vuelta para marcharme, Trace intenta acercarme a la mesa.

—Siéntate —me dice.

—Para —espeto apartándome.

—Vamos, cuando acabemos de desayunar te arreglo las ruedas. Ahora quédate y comes algo.

—Puedo hacerlo yo sola. —Salgo de la cocina—. No necesito tu ayuda.

—Ya me he encargado yo de las ruedas. —Levanto la vista. Ha sido Iron, que está justo entrando en la cocina.

Intercambiamos una mirada. El sudor le cubre el cuello y el pecho, y no me doy cuenta de que estoy completamente petrificada hasta que me duelen los pulmones por la falta de aire. Camina a mi alrededor, hacia la mesa, y me quedo ahí parada un segundo.

¿Cómo sabía que tenía las ruedas pinchadas? Supongo que eso explica por qué mis llaves no estaban donde las había dejado.

Pero antes de que pueda darle las gracias, Dallas interviene:

—¿Le has arreglado los neumáticos?

Suena muy indignado.

—Su abuelo te va a mandar a la cárcel cuarenta y dos meses, Iron. Cuarenta, mínimo, si te portas bien, cosa que no harás —añade.

—Puede que arreglarle el coche a su nieta le haga ganar puntos —bromea Trace mientras me coge del brazo para atraerme a su lado.

Me dejo caer en el asiento junto a él, pero enseguida vuelvo a levantarme.

No, no me quedo.

—¡No tiene ninguna gracia! —grita Dallas, mirándome desde el otro lado de la mesa—. Lárgate de aquí. Además, según Macon, nada de chicas en la mesa.

—Clay come en la mesa —señala Trace.

—Porque Clay es mucho más que un par de tetas para Liv. —Dallas enarca una ceja y me mira—. Por desgracia.

—Joder, ya está bien —protesta Army enfadado—. Estoy harto de vuestras mierdas —dice dejando el plato de beicon sobre la mesa—. Un poco de paz en esta puta mesa por una vez.

Dallas abre la boca para intervenir.

—Te callas —vuelve a gritar Army antes de que Dallas pueda añadir algo más.

La mesa se queda en silencio. Army vuelve a sentar a su hijo en la trona y, después, todos empiezan a servirse en sus respectivos platos. Es casi cómico lo mucho que se pelean sin parar y la cantidad de veces que Dallas me ha insultado en un intervalo de apenas treinta segundos. Y, aun así, me siguen pareciendo la familia más unida que he visto nunca. Desde que los conocí hace seis meses, los he visto más comiendo juntos de lo que he visto comer junta a mi familia en toda mi vida.

Miro al otro lado de la mesa, donde Iron se ha sentado junto a Dallas. Soy consciente de que le he dicho a Trace que podía ocuparme sola de las ruedas, pero la verdad es que no me habría resultado tan fácil.

—No tenías por qué hacerlo —le digo a Iron—. Pero te lo agradezco mucho, en serio.

—Alguna que otra vez también podemos ser caballerosos —añade Army a mi lado. Levanto la vista cuando me tiende un plato lleno. Para ser él, me muestra una sonrisa inusualmente amable.

Me fijo en que tiene un chupetón justo por debajo de la oreja. Se nota que es reciente por el color rojo-púrpura. Se me acelera el corazón y le miro fijamente, intentando recordar si le besé el cuello o no al chico de ayer. Acepto el plato distraída y me siento en una de las sillas vacías.

—Come —me dice Iron—. El coche tiene algunos problemas y un mecánico tendría que echarle un vistazo. Te acompaño cuando

acabemos.

Asiento, pero no puedo comer, tengo el estómago del revés. Nadie habla.

Miro a Dex, que me está sonriendo. Le guiño un ojo, acordándome de mis hermanos. Saco el móvil y le escribo un mensaje a Mars para avisarle de que llegaré a casa pronto.

Al levantar la vista, veo que Trace me está mirando. Sus ojos se apartan a un lado cuando se encuentran con los míos.

Luego veo que Dallas me mira de reojo, seguido de Iron y Army. Sus respectivas pulseras de cuero y hierro captan la luz del sol que entra por las ventanas. Esas pulseras que tienen grabado el mismo símbolo tatuado en el cuello de Iron y en el lado izquierdo del pecho de Dallas.

Paso la mirada de una muñeca a otra, como si así fuera a reconocer con la vista el tacto de su piel o lo desgastado que estaba el cuero. ¿En cuál de las dos muñecas la llevaba anoche?

—¿Algún rastro del caimán? —pregunta de repente Army.

Levanto la vista y veo que Macon entra en la cocina. El mayor. El jefe de la casa.

Se quita la camiseta grasienta y sudorosa y la tira al cubo de la ropa sucia. Mientras se sirve un vaso de agua, observo su espalda ancha, tonificada, bronceada. Sus músculos compactos enmarcan perfectamente ambos lados de su columna vertebral. Sigo la línea de su espalda, desemboca en unos vaqueros que cuelgan bajos en su cintura. Se dedica a observar cómo el agua llena el vaso como si ninguno de nosotros estuviera allí.

Tiene un corte vertical de cinco centímetros en el lado derecho de la espalda, una vieja herida, otro pequeño en la parte superior del brazo, y seguro que alguno más que no veo. Macon no tiene tatuajes, tiene cicatrices. Tal vez de cuando era marine, o puede que

de la bahía. Tiene treinta y un años y, aparte de Liv, es el único con ojos marrones. Los heredaron de su madre.

Pillo a Dallas mirándome, pero se limita a sacudir la cabeza en otra dirección.

Macon se sienta a presidir la mesa y Army le pone el plato delante.

—Deberías haberme dejado ir contigo —le dice Army—. Aunque lo hubieras encontrado, no habrías podido tú solo con semejante animal.

Macon no dice nada, solo empieza a comer.

Dallas abre la boca, pero Macon le corta antes de que tenga oportunidad de hablar.

—Come y calla.

Lanzo una mirada a Dallas. Tengo que contenerme para intentar ocultar lo que me divierte la situación, porque sé que iba a abrir el pico para quejarse de que estuviera en la mesa.

Al desviar la mirada me fijo en la muñeca de Macon.

Y en su pulsera.

Mi sonrisa se va desvaneciendo. Alzo mi mirada de su muñeca y me doy cuenta de cómo nos ignora mientras mastica.

No puede haber sido él. Es imposible.

Se me revuelve el estómago. La tiene en la muñeca derecha, igual que Trace. El mismo lado en el que la llevaba el chico de ayer en el sofá.

Mis ojos van vagando alrededor de la mesa y me fijo en que todos llevan la suya en la muñeca derecha.

—He llamado a Collins y a Barrow —le dice Iron a su hermano—. Más que nada para preguntar si podíamos esperar hasta el mediodía para que la hierba se secara un poco.

Macon asiente. La lluvia de anoche les ha trastocado el horario, pero seguro que ya están acostumbrados. Así es el clima en Florida.

—Pásate por Trade Winds un día antes, entonces —dice—. Y ponte con el mantenimiento del solárium.

Iron se remueve en su asiento.

—Y ponte una camiseta esta vez —le advierte Macon—. No quiero tener que volver a recibir una llamada más de esa puta gente.

Me muerdo la sonrisa que amenaza con asomarse; todos los sitios de los que está hablando están en Santa Carmen. Los Jaeger aceptan nuestro dinero a cambio de servicios de jardinería, construcción, limpieza de piscinas o carpintería, pero aparte de eso, no quieren ni recordar que existimos.

—Mariette ha llamado —le dice Army, sentándose por fin—. La última persona a la que contrataron acaba de dimitir y nadie quiere el turno de día.

Macon pincha más comida en su tenedor y responde:

—Pues llama a Aracely.

—No contesta.

—Te encargas del tema como sea —masculla Macon.

Tiene unas ojeras kilométricas y, cuando va a levantar la taza de café para darle un sorbo, parece que el brazo le pese cincuenta kilos. Aparta su plato, que apenas ha tocado, y se levanta para salir de la habitación y volver al garaje.

«No te preocupes, Dallas». Seguro que Macon ni se ha enterado de que estaba en la mesa esta mañana.

Me levanto y dejo mi plato junto al de Trace, porque sé que se lo comerá.

—Te espero fuera —le digo a Iron—. Tómate tu tiempo.

Sanoa Bay parece no dormir nunca. Los niños corretean por donde anoche jugaron sus hermanos mayores y sus padres. Nunca consigo diferenciar si la gente acaba de llegar del trabajo o si es que acaba de salir de su casa para empezar la jornada. La música proveniente de cualquier casa o garaje es una constante en las calles, ya sea desde el restaurante de Mariette o desde el bar de al lado después de las cuatro de la tarde.

A diferencia de mi barrio, esta es una comunidad. Lo único que odio de aquí son los caminos de tierra, un recordatorio de que la bahía es solo la parte pobre de Santa Carmen y no una ciudad en sí misma. Si lo fuera, tendría autonomía sobre sus propios ingresos y podría permitirse cubrir unos mínimos, como farolas o aceras.

Iron está inclinado bajo el capó de mi coche, a mi lado. Le oigo hablar, pero no sé lo que está diciendo.

Esta mañana ha sido muy amable. De hecho, se ha mostrado más servicial que nunca.

Pero es verdad que mi abuelo le va a mandar a la cárcel tres años y medio, así que, ¿quizá haya pensado que seducirme anoche podría ser la forma ideal de vengarse de mi familia? Y... ¿puede ser que ahora se esté sintiendo culpable por ello? ¿Ha sido él, entonces?

Army también se ha mostrado bastante atento conmigo. Suele ir de un lado para otro con prisas, agobiado, porque lleva un negocio e intenta proteger a Macon de cualquier cosa que le ponga nervioso. Pero, a ver, yo tengo dieciocho años, ¿qué le voy a importar a un padre soltero de veintiocho? Sin embargo, esta mañana me sonreía, se le notaba tranquilo, ¿por qué?

Dallas estaba tan enfadado como siempre. Imposible que haya sido él.

Y Trace podría haber sido, por la cara que ha puesto cuando me ha visto ahí en el sofá.

Pero ha acompañado a esa chica hasta la puerta, así que dudo mucho que bajara a buscarme anoche y la dejara sola en su habitación. No, definitivamente no ha sido él, está claro. Sé lo que siento con él, y no se parece en nada a lo que viví ayer.

Macon es el único que ha actuado como cualquier día.

Y tampoco creo que sea su estilo eso de acostarse con las amigas de su hermana pequeña. Además, es mucho mayor que yo.

—Krisjen.

Ha sido o Army o Iron, ¿no? Me refiero...

—¡Krisjen!

Parpadeo, volviendo a mis cabales. Iron sigue inclinado bajo el capó, pero ahora me está mirando fijamente. Dios mío, ¿estaba pensando en voz alta?

Parece ser que no, porque él se limita a sonreírme de esa manera que hace que el color de sus ojos me recuerde al de un trébol.

—No tienes ni idea de lo que te estoy hablando, ¿verdad? —me pregunta.

¿Hablar, dice? ¿De qué? Ah, del coche.

Me encojo de hombros ligeramente.

—¿Podrías dejármelo por escrito? Así le paso la nota al mecánico.

Porque tampoco es que vaya a arreglar todo esto yo sola...

Se ríe en voz baja mientras se incorpora y cierra el capó.

—Te llevaré a casa. Déjalo aquí unos días. Yo te lo arreglo.

—No, no te preocupes —le digo lo más suavemente posible—. Es que no voy a volver.

Se me queda mirando. La verdad es que no quiero ofenderle. La noche de ayer terminó mucho mejor de lo que empezó, pero ahora necesito centrarme. Si no me adelanto a mi madre, me va a resolver el futuro como a ella le parezca.

Hace caso omiso a lo que le acabo de decir y se mete las llaves de mi coche en el bolsillo.

—Te lo dejo en casa cuando lo tenga listo, entonces.

—¿Por qué me lo quieres arreglar? —Intento estudiar su expresión. Definitivamente, tengo una teoría al respecto, pero decido no insistir. Si no va a mencionar lo de anoche, o bien es que no fue él, o bien no le da importancia, así que decido seguirle el juego—. Hablaré con mi abuelo si lo necesitas, pero si querías que lo hiciera solo tenías que pedírmelo. Tampoco es que eso te vaya a ayudar, porque apenas sabe que existo...

—No quiero oír hablar de tu abuelo y no quiero que hables con él para ayudarme. —Coge la camiseta que cuelga del manillar de su moto y se la pone—. Ya me lo advirtió la primera vez que me trincaron, también la segunda y, aun así, no le hice caso. Aunque imagino que no haría nada distinto si pudiera echar marcha atrás...

No está mintiendo, le dio unas cuantas oportunidades.

Pero lo que también sabe mi abuelo, tan bien como yo, es que si Iron se apellidara Ames, Collins o Price, su castigo se reduciría a ser el blanco de las bromas del círculo de su padre, mientras este se fuma un puro en el campo de golf y todos se quejan de sus respectivos hijos.

La cárcel rara vez mejora a la persona. Lo más probable es que Iron se pase la vida entrando y saliendo de la cárcel.

Se acerca y me coge la mochila, introduciéndola en la alforja de la moto.

—Me gustaría que estuvieras aquí cuando yo no esté, ¿vale?

Vacilo durante un instante.

—No tienes que follarte a Trace para ser su amiga. —Iron me clava la mirada—. Se siente solo. Dallas siempre está de mal humor, Army es mucho mayor y tiene un hijo, y Macon no habla con nadie.

A Trace le vendría bien saber que estás. Sé que se comporta como un idiota, pero solo tiene veinte años.

Trace siempre me ha caído bien, pero no quiero que me traten como a un trapo. Él y yo partimos desde el lugar equivocado. Y ahora no podemos ser solo amigos.

—Sus únicos recuerdos de nuestra madre son después de que llegara lo peor —prosigue—. Nunca le criaron, a diferencia de nosotros, o de Liv, por ser la única niña. Trace se ha perdido muchas cosas y necesita una mujer en casa.

Sus palabras se me quedan grabadas en la mente: «Después de que llegara lo peor».

Su madre se suicidó hace más de ocho años. Dos meses después de que su padre muriera de un ataque al corazón. Sin embargo, llevaba deprimida desde mucho antes. Eso es todo lo que sé.

Trace nunca habla del tema, y yo nunca he querido presionar a Liv para que me contara detalles. Eran tan pequeños cuando ocurrió todo que dudo que fueran conscientes de lo que le ocurrió de verdad. Macon y Army deben de ser los que mejor se acuerdan.

Sacudo la cabeza.

—No puedo pagarte el arreglo —admito—. Y yo tengo mis propios problemas, Iron. Trace estará bien. Todo va a salir bien.

—Nada ha salido bien hasta ahora —susurra, bajando la mirada un segundo—. Yo ya estoy acostumbrado, pero Trace aún es joven.

Le observo, ambos nos quedamos en silencio.

Está preocupado. Sabe que, si pudiera echar el tiempo atrás, es muy probable que no cambiara nada y volviera a hacerlo de nuevo, porque Iron vive por y para que la gente le dé un motivo para pegarles. Y a pesar de ser así, tampoco se siente bien por lo que ha hecho. ¿Acaso por fin se ha dado cuenta de que su familia le necesita y que en una semana se quedarán sin él durante años?

Se aclara la garganta y saca un juego de llaves que no son las mías.

—¿Tienes otro coche en casa? —me pregunta.

—El antiguo Benz de mi padre.

—¿Y funciona?

—Sí. —Asiento con la cabeza—. En teoría, debería funcionar.

Suspira, y me hace un gesto para que me suba a su moto detrás de él.

—No hace falta que me pagues —dice—. Necesito mantenerme ocupado esta semana.

Arranca la moto y yo acepto el casco que me tiende, me lo pongo y me lo abrocho mientras me siento detrás de él. Le rodeo con los brazos y le agarro fuerte mientras arranca a través del verde y la sombra del pantano. Atraviesa las vías metálicas hasta adentrarse en la carretera de dos carriles, donde sus neumáticos tocan por fin el asfalto.

Acelera y la moto se tambalea. Le rodeo la cintura con los brazos y aprieto mi cuerpo contra el suyo.

Noto su piel dura y caliente bajo mis manos.

Mi amiga Amy me dijo que él era bueno. Al parecer ni él ni Dallas la dejaron dormir.

Me asaltan pensamientos sobre si lo que le hizo a ella se parece a lo que me hizo a mí anoche —si es que fue él—, pero los alejo enseguida.

No merece la pena darle vueltas. No volveré a pasarme por esa casa.

Nos adentramos en el pueblo principal de Santa Carmen, donde un barrendero limpia los restos de palmeras y flores esparcidas por el suelo por la tormenta de la noche anterior. Las macetas colgantes exhiben helechos y plantas perennes que caen en cascada bajo las

farolas. Las tiendas ya están empezando a abrir; relajo los puños y extiendo los dedos, apretando las puntas contra su abdomen, a la vez que el viento me revuelve el pelo por la espalda. Tengo un pensamiento intrusivo: el resto de mis amigos están en clase, labrándose un futuro, mientras se podría decir que yo estoy haciendo la típica vuelta a casa posencuentro sexual. Aun así, me obligo a apreciar este momento. Es mejor que la universidad. Mejor que mi casa.

Ojalá no tuviera que parar. Ojalá pudiéramos seguir por la costa. Irnos a las islas Keys. A Cuba. A cualquier parte.

Suelo sentirme culpable constantemente. Siempre me estoy diciendo que debería estar haciendo esto, aquello y lo de más allá. «No debería sentarme. No debería levantarme tarde. No debería beber, salir de fiesta o saltarme un entrenamiento». Apoyo mi mejilla en su espalda, cierro los ojos y vuelo a través del viento.

Antes de siquiera darme cuenta, hemos llegado a mi casa y veo que la verja está abierta.

Mi madre está en casa. «Perfecto».

Conduce despacio por el camino de entrada y veo el nuevo Maserati de mi madre aparcado a la derecha. Lo compró porque aún sigue casada y, aunque me tiene harta, tengo bastantes ganas de ver cómo reacciona mi padre cuando llegue el primer pago.

Iron se detiene detrás de su coche, evitando que se nos pueda ver desde cualquier parte de la casa que da a este lado. Es un detalle que esté intentando evitar que me eche la bronca. Y es que sabe que ningún padre querría que un Jaeger trajera de vuelta a su hija. Y menos por la mañana.

Aunque me tengo que bajar, me quedo sentada, sin soltarme de él.

—¿Es raro que me guste más esta ciudad ahora que todos mis amigos se han ido a la universidad? —le pregunto. Siento que saca algo del bolsillo—. Es decir, Clay sigue en la ciudad, pero está muy ocupada —digo mientras me bajo de la moto—. Está bien no tener que encontrarme cada día con un montón de caras conocidas de mi instituto. Aunque me dará un poco de vergüenza cuando ellos vuelvan a casa por vacaciones y yo siga sin hacer nada.

Enciende el mechero, llevándoselo al cigarrillo que sostiene entre los labios.

—Al menos tú no estarás en la cárcel.

Las bocanadas de humo se elevan en el aire. No recuerdo que me llegara olor a tabaco la noche pasada. Iron no fuma mucho, pero sí todos los días.

—Cierto —digo.

Si yo fuera él y supiera dónde voy a estar dentro de una semana, me deprimiría. Casi que es mejor que te arresten y te lleven preso directamente, sin que tengas que temer el momento en el que vaya a pasar.

—Podría ser peor. —Me mira por encima del hombro—. De hecho, alguna vez lo será. Mejor quedarse en el momento presente. Nunca se sabe.

«Nunca se sabe», el lema de los Tryst Six. Un recordatorio de que el tiempo es el bien más preciado. Un bien que nadie puede comprar con dinero.

Podemos intentarlo, pero el reloj hace tictac y nunca se detiene. Nunca se ralentiza.

—Aunque no sirva de nada —le digo—, lo siento.

—No es culpa tuya.

—Lo sé. Es solo que... —No estoy segura de lo que estoy intentando decirle. Cometió un delito. Varias veces. Desperdició las

oportunidades que se le dieron. Él lo ha elegido—. Pues eso, que sé que eres buena gente, buena persona.

Lo pienso de verdad, a pesar de que se meta constantemente en problemas.

Se le ablanda la mirada. Con su vista fija en mí, es como si pudiera oír lo que está pensando. Cuando por fin se baja de la moto, se pone a rebuscar en la alforja, mientras el cigarrillo aún cuelga de su boca.

—Sé cómo puedes devolverme el favor —me dice—. De arreglarte el coche, me refiero. Mariette necesita ayuda en el restaurante y, por lo que parece, tú no tienes trabajo.

Saca mi mochila de la alforja.

—Ya te lo he dicho. No pienso volver allí. —Niego con la cabeza.

—¿Harta de buscar el amor en los lugares equivocados?

—¿Eso no es una canción?

Se acerca y me tiende las asas de la mochila. Deslizo mis brazos por dentro, sintiendo sus dedos rozando mi piel, que se tensa cuando un hormigueo se extiende por mi cuerpo.

—Yo también disfruto más de la ciudad durante esta época del año —dice en voz baja—. Los universitarios se han ido y los jubilados en busca de calor aún no han llegado. Durante un periodo corto, esto es solo nuestro. El resto se mantiene prácticamente igual, aquí siempre es verano. Pero refresca un poco por las noches y las calles son lo bastante tranquilas como para oír el viento susurrar entre las palmeras. El aire huele mejor. Los lugareños por fin podemos salir a la calle; ahora nos toca jugar a nosotros.

Su tono es burlón, y juro que siento su aliento en mi cuello.

Tiene razón. Nunca lo había concebido de ese modo. Seamos santos o pantanosos, somos locales.

—Te echaré de menos, pequeña —dice casi en un susurro—. Espero que al menos te hayas divertido durante el tiempo que has estado jugando en Sanoa Bay.

Noto una pequeña ola dentro de mí, que se agita justo debajo de mi ombligo, pero cuando me doy la vuelta, ya está listo para volver a subirse a la moto. Le veo alejarse a toda velocidad, y, por un breve instante, el tiempo se ralentiza mientras él se marcha, gira y desaparece tras el muro de setos.

Un nudo me retuerce el estómago durante un segundo. Ya sé que he dicho que ponía punto final, pero de repente me doy cuenta de que no sé cuándo volveré a verle. Me tengo que obligar a no dar un paso en su dirección, como si quisiera alcanzarle, pero me recompongo para entrar en casa.

Le echaré de menos.

Nada más entrar, suena el temporizador del horno y corro hacia la cocina. Bateman, el canguro de Paisleigh, saca una bandeja de bollos recién hechos del horno. Exhalo. Había olvidado que iba a estar aquí hoy.

—Buenos días —digo en voz alta. Dejo la mochila en la silla junto a mi hermana, que está sentada en la isla de la cocina. Me inclino sobre ella—. ¿En qué estás trabajando?

—Dibujo dinosaurios.

Su pelo, un tono más claro que el mío, está recogido en dos trenzas de raíz invertidas. Sin duda, se las habrá hecho Bateman al levantarla esta mañana. Creo que mi madre no ha peinado a ninguno de sus hijos desde que nací yo.

Echo un vistazo al tricerátops que camina por debajo de un arcoíris.

—Muy bonito —le digo—. Aunque sabes que no eran morados, ¿verdad?

—Es imposible saber eso al cien por cien —responde con demasiada seguridad para una niña de cinco años—. Nadie está seguro de cómo eran, solo se lo imaginan a partir de los nutrientes de sus huesos y de cómo era el clima y la vegetación de entonces.

Pues sí que va a un colegio bueno.

—*Touché* —digo besándole la cabeza.

Mientras ella sigue dibujando aprovecho para preguntarle a Bateman:

—¿Está arriba?

Él asiente a la vez que su mirada se dirige al techo.

Cojo el móvil y subo las escaleras. Ahora mismo, aceptar ese trabajo en el restaurante de Mariette me parece un paraíso en comparación con esto.

Miro mis notificaciones y veo unas cuantas fotos de Liv y Clay desayunando juntas esta mañana. Sonrío. Liv está aquí.

No esperaba que fuera a volver antes de las vacaciones. Va a la universidad en el norte, en Dartmouth. Clay la quiere a más no poder, pero allí hace un frío de narices, así que ella decidió quedarse en la universidad de la ciudad.

Aunque creo que la verdadera razón no es el frío, sino que está reconectando con su familia. Hace años, su hermano pequeño murió de leucemia. Ahora sus padres se están divorciando, pero se sienten más unidos que nunca, así que Clay quiere aprovechar la oportunidad.

Veo también una solicitud de seguimiento de Jerome Watson.

Cierro los ojos y decido salir de las redes sociales.

Paso por delante de la puerta cerrada de mi hermano y me detengo en la puerta de la habitación de mi madre. Sale del baño, con un vestido blanco muy bonito de manga corta, escote cuadrado y ceñido al cuerpo.

Que por cierto es mío.

Está llevando unos cuantos productos de aseo a su bolsa de viaje, así que supongo que esta noche también planea marcharse. Alza la vista.

—Ah, estás aquí, bien —me dice—. Siéntate.

Avanzo con desgana hasta la silla de su tocador, donde veo todas sus joyas amontonadas. ¿Qué está haciendo?

—Me voy a misa con tu hermano —me dice—. Ven tú también.

No ha puesto un pie allí desde que mi padre se marchó hace casi un año. Quería evitar las miraditas y la falsa compasión. Pero yo ya sé por qué quiere ir hoy.

Jerome Watson estará allí.

—¿Por qué no te casas tú con él? —le pregunto.

Mi madre tiene cuarenta, solo ocho más que él. Dos años menos de diferencia que conmigo.

—Porque no pienso tener más hijos —replica.

Pues desde luego que yo tampoco pienso tener ninguno a corto plazo.

—No voy a ir a misa. Y no voy a aceptar su solicitud de amistad, así que puedes dejar de animarle para que se me acerque.

Cierra la cremallera de la cartera de cuero, se quita las gafas y camina hacia mí para coger su frasco de perfume.

—Él será quien se asegure de que tu hermano y tu hermana se queden conmigo en lugar de tener que irse con tu padre y con ese pedazo de culo a sueldo —suelta sin titubear—. Y se asegurará de que no me pudra en cualquier asilo rodeada de ofertas especiales para clientes exclusivos y crema para dentaduras postizas. A ti, querida, te asegurará el estilo de vida al que estás acostumbrada. Lo tendrás todo, Krisjen. —Me mira desde arriba, rociándose de Guerlain al mismo tiempo que enarca una ceja—. Vendrás a la iglesia

conmigo, y él te llevará de vuelta a casa; puede incluso que paréis a comer algo por el camino. Luego, un poco más adelante, le invitarás a una barbacoa en casa, donde te reirás y jugarás con tus hermanos para demostrarle lo buena chica que eres. Como guinda del pastel, le mimarás con esas *focaccias* de cebolla caramelizada, rosbif y queso de cabra que te salen tan ricas.

Se inclina y planta las manos en cada uno de los reposabrazos que tengo a ambos lados. Me giro hacia un lado cuando tengo su cara prácticamente encima.

—Luego pasarás al capítulo de las cenas fuera, en las que permitiré que te traiga a casa cada vez más tarde. Tus vestidos serán cada vez más ajustados y cortos, hasta que, finalmente, yo te haré saber que ha llegado el momento de dejar que te seduzca. Porque por supuesto que querrá una prueba antes de comprometerse.

Pliego los labios entre los dientes para evitar que me tiemble la barbilla.

—Vas a hacer lo que tengas que hacer, y le vas a dejar boquiabierto, ¿lo entiendes?

Trago saliva. Me niego a empezar una pelea.

—Ahora bien, tampoco es que esté loca —afirma—. Soy consciente de que sueno horrible, y está claro que, si mi madre me llega a decir las cosas que te estoy diciendo con tu edad, probablemente la habría querido matar. Pero es que esa mierda de «sigue a tu corazón y persevera» no suele funcionarnos a la mayoría. Tienes que madurar, y eso significa follarte a gente a la que no te quieres follar, porque en el mundo hay una cosa que es peor que eso: ser pobre. Te garantizo que, por mucho que odies a este señor, odiarías mucho más que Paisleigh creciera en un apartamento de mala muerte. Te necesitamos. ¿Lo has entendido?

Joder...

—Piénsalo así, dejaste que Milo te follara porque querías tener un novio popular. —Se sienta en la cama y desliza los pies en los tacones—. De este puedes sacar unos cuantos bolsos y tacones.

Cada músculo de mi cuerpo se tensa cuando mi madre vuelve a desaparecer en el baño. Fantaseo con la idea de meter todo lo que pueda en una mochila y marcharme de aquí haciendo autostop. A cualquier sitio. Seattle. Montana. Alaska.

Sin embargo, jamás abandonaría a Paisleigh y a Mars aquí.

No le deseo la muerte a mis padres, pero a veces tengo fantasías que incluyen su misteriosa desaparición. De todas formas, rezar o huir no me van a salvar. Soy lista, me tocará encontrar otra manera de salir de esta.

Salgo de su habitación, me doy una ducha rápida y me cambio de ropa.

Hoy no puedo estar aquí. Y necesito la ayuda de mi padre.

Ojalá sobornara a mi madre y diera un poco la cara por sus hijos... Ni siquiera tiene que hacerlo por mí, yo ya soy mayorcita.

Pero ellos le necesitan. Si él fuera justo, yo aún tendría opciones.

No se me escapa lo irónica que resulta esa idea: estoy pidiéndole a un hombre que me salve de otro hombre.

Ni hablar. Ya se me ocurrirá algo. Necesito pensar. Y no en la iglesia, precisamente.

Bajo las escaleras casi corriendo y cojo un plátano del frutero. Envuelvo a Paisleigh entre mis brazos.

—¿Quieres pasar el día conmigo? —Ella asiente enseguida.

Cojo las llaves del antiguo coche de mi padre, saco la cartera de la mochila y agarro a mi hermana en brazos sin pensármelo un segundo.

—Prepárale la ropa y el almuerzo de mañana para el cole y luego te vas si quieres, ¿vale? —le digo a Bateman.

Entrecierra los ojos.

—¿Estás segura? —pregunta, pero se ve que la perspectiva de tener un día libre inesperado no le disgusta en absoluto.

—Segurísima. —Prácticamente salgo corriendo por la puerta con Paisleigh antes de que mi madre baje las escaleras.

Siento a mi hermana en el asiento trasero del Benz, la ato en la silla y, como hace un día tan soleado, decido descubrir la parte de arriba para hacerlo descapotable.

—¡Yupi! —Suelta una risita—. ¡Y pon la música a tope!

—Eso está hecho, princesa. —Arranco el coche. La vieja cinta de casete de mi padre sigue puesta desde la última vez que usó el coche. Olivia Newton-John suena a través de los altavoces. Nos dirigimos al único lugar en el que me siento segura, mientras seguimos gritando la letra al cruzar las vías.

3

Iron

Entro en casa y dejo las llaves en la bandejita que hay junto a la puerta. Resoplo por la semierección que aún aprieta contra mis vaqueros. Si es que, joder, parecía que lo hiciera a posta. Estaba apretándose contra mí, agarrándome fuerte, respirándome en el cuello... A punto he estado de saltarme un semáforo en rojo por no prestar atención.

Aracely está en el salón, limpiando una de las mesas auxiliares. Me ve, tira el trapo y se acerca a mí. Un par de mechones caen desde su moño desordenado y se abren en cortina enmarcando su rostro. El delineador marca sus ojos felinos marrones, haciéndolos aún más sexis. Me sigue gustando. Lástima que esté jodidamente loca.

—¿Le rajaste las ruedas? —le pregunto.

—¿Y de qué otra forma podrías haber sido su héroe si no? —murmura dulcemente—. ¿Se ha agarrado bien fuerte a ti en la moto como solía hacer yo?

Está acariciando el bote de cera para muebles que tiene en la mano, exactamente igual que solía... acariciarme a mí.

Me río entre dientes. Rompí con ella cuando éramos adolescentes para no tener que aguantarla todos los días y, a pesar de todo, así seguimos.

—Antes me hacían gracia tus tonterías —le digo—, pero al cumplir dieciocho, maduré de una puta vez.

—Y sin embargo eres tú el que va a ir a la cárcel —contrataca sacando algo de su bolsillo trasero. Levanta un par de bragas blancas de algodón—. Las he encontrado en el sofá.

—Pues no son mías.

Alarga la mano y me tira de la oreja.

—¡Au! —Me aparto—. Joder, Celi.

—Esperaba algo un poco más elegante de una chica de Santa Carmen —espeta retándome. Se refiere a Krisjen.

Me lanza las bragas, las cojo y le respondo:

—Las chicas de Santa Carmen saben que lo que vende es el caramelo, no el envoltorio.

Frunce el ceño y se va. No puedo evitar sonreír cuando la veo marcharse. La echaré de menos.

Le pagamos para que limpie un par de veces por semana. Aunque, sinceramente, creo que incluso lo haría gratis. Tiene la firme intención de acabar siendo parte de esta familia.

Ya ha salido con Dallas y conmigo, y no tengo ni la menor duda de que alguien se casará con ella tarde o temprano. Pero ese no seré yo. Es demasiado posesiva. Incluso conmigo, seis años después de haber roto.

De todas formas, estoy seguro de que, ahora, su posesividad tiene más que ver con que he acercado a casa a una santa. Las mujeres de la bahía son muy territoriales. No les gusta que las niñas ricas vengan aquí y les roben a sus hombres, aunque solo sea por una noche.

Aun así, no sé hasta qué punto Krisjen es rica. No espero que me pague por los arreglos del coche; somos amigos, o algo parecido. Pero ¿por qué ha dicho que no tiene dinero? Ahí pasa algo.

Me dirijo a la cocina, meto su ropa interior en mi bolsillo, abro la nevera y le doy un trago al brik de zumo de naranja que veo ahí.

Army cierra la bolsa del almuerzo de Dex y enrosca el tapón de su cantimplora.

—¿Te ha preguntado por la ropa interior? —me pregunta.

Percibo la risa en su voz.

Sonrío también, asiento con la cabeza y guardo el zumo en la nevera.

—Me aseguraré de que Krisjen las recupere.

O no. Por lo que parece, no volveremos a verla. Al menos yo no creo que la vuelva a ver antes de que me toque irme.

Army cierra el lavavajillas de golpe, lo inicia y se pone la camiseta.

—Muy bien —sentencia—, pues yo me voy a dejar al niño en casa de Jasmine y luego me iré con Dallas y Trace. Tú vente conmigo si quieres, a no ser que te apetezca más adelantarte y ponerte ya con las piscinas del Bay Club y de Fox Hill.

—No voy a ir. —Desenchufo el cargador y compruebo si me ha llegado algún mensaje—. Yo ya no trabajo más —le digo.

Siento sus ojos clavados en mí.

Me niego a mirarle.

—Iron... —me dice, pero le ignoro.

—¿Macon está en el garaje?

—Iron...

Vacilo un segundo, mientras le miro por encima del hombro.

—¿Qué?

Me mira fijamente y, antes de que pronuncie una palabra, ya sé lo que me va a decir.

—¿Sabes qué? —Sacude la cabeza—. Que allá tú.

Me dirijo a la puerta, la abro de un tirón y veo a Macon en el garaje trabajando en un Wagoneer verde de los años setenta. Su propietario es uno de nuestros clientes habituales. Un coleccionista de Santa Carmen que solo se lo confía a Macon.

Esto es a lo que se dedica la mayor parte del tiempo. Dirige la parte comercial de nuestros servicios de jardinería y limpieza de piscinas, pero rara vez sale de casa para hacerlo. Army es el jefe de cara a los clientes, ya que es mucho más fácil hablar con él. Macon no ha cruzado las vías en meses. Y antes de que dejara de hacerlo, tampoco es que las cruzara muy a menudo.

Cierro la puerta y bajo los tres escalones. Dallas está pasando por delante de la puerta abierta del garaje. En sus brazos sostiene la nevera que acaba de llenar con la manguera. Oigo abrirse el portón trasero de la camioneta, seguido de los llantos de Dex, al que Army está llevando calle abajo hasta la niñera.

Suena el móvil de Macon. Alterno mi mirada entre su teléfono y él, que ignora completamente la llamada. Sobre la caja de herramientas que tiene detrás, reposa una botella de burbon medio vacía.

Enderezo los hombros.

—Los promotores van a venir tanto si contestas al teléfono como si no.

No levanta la vista.

Me acerco a él mientras me seco el sudor de la nuca.

—Por cierto, he visto que el coche de Krisjen tiene algunos problemillas —le digo—. Hoy voy a quedarme por aquí para arreglarlo.

—Eso no va a pasar —me contesta al mismo tiempo que gira la llave inglesa—. Te necesitamos en el trabajo.

—Se las apañarán perfectamente sin mí.

Aprieta el tornillo, los músculos del brazo se le tensan tanto que casi me tengo que obligar a dar un paso atrás.

—Así que no te basta solo con dejar vacío tu puesto de trabajo durante tres años, que encima ni siquiera eres capaz de poner de tu parte hasta marcharte, ¿no?

—Me gustaría poder disfrutar los ocho días más de libertad que me quedan.

Levanta la vista.

—No me vengas con esas, que ya te has divertido lo suficiente —señala—. Perder tu libertad es solo el precio que te toca pagar por ello, ¿recuerdas? —Tira la herramienta al suelo y se da la vuelta; rebusca en un cajón y saca unos alicates de punta—. Le dices que lo lleve a un mecánico en Santa Carmen y punto. Que no nos haga perder el tiempo solo porque crees que así vas a echar un polvo. —Entonces, se detiene de nuevo, frunciendo el ceño—. Y estoy harto de todas estas tías que merodean por aquí, ¿captado? Aracely al menos aporta algo. Al resto, dejad de traerlas a esta puta casa.

Vuelve al trabajo, mientras yo me quedo mirándolo. Cualquier argumento que pudiera tener en la punta de la lengua hace un segundo desaparece por completo. Es inútil hablar con él. Siempre ha sido así. Le cayó encima la tarea de criarnos hace ocho años, y desde entonces está enfadado con el mundo.

Aunque no puedo decir que tenga un recuerdo diferente de él antes de ese momento. Cuando tenía dieciséis años, todo lo que quería era que él sonriera. O que me dijera que había hecho algo bien. Pero siempre andaba ausente, como un fantasma.

Creo que ni siquiera lloró en los funerales de nuestros padres.

—Macon... —murmuro.

Quita la tapa del motor, le da la vuelta y la coloca sobre su mesa de trabajo.

Hablo un poco más alto.

—¿Te importaría mirarme, por favor?

Tira los tornillos dentro de la tapa y se gira hacia el coche como si yo ya hubiera salido del garaje. Me odia.

Respiro hondo y vuelvo a alzar la barbilla.

—Krisjen no tiene dinero —le digo—. Y necesita que le arregle el coche.

—Ya arreglaré yo el puto coche —gruñe—. Como si no tuviera bastantes cosas que hacer. Y ahora ponte a trabajar, porque dentro de poco vas a estar todo el día con el culo pegado a una silla, y aun así vas a seguir necesitando mi dinero.

Me trago el puto sabor a rancio que se me ha quedado en la boca, porque no se equivoca. Nunca se equivoca, joder. Tiene razón, yo siempre he sido un puto desgraciado.

A juzgar por todas las interacciones que he tenido con él en los últimos ocho años, se podría decir que no soy más que un completo inútil.

Ya me siento lo suficientemente imbécil sin que nadie me lo tenga que decir. Si pudiera volver atrás y cambiar las cosas... Es que, de verdad, ojalá no me hubiera metido en esa pelea, ni me hubiera emborrachado, ni me hubiera dejado llevar por mi mal genio y no hubiera agredido a la persona equivocada, por algo que ni siquiera recuerdo y que le dejó en el hospital.

Sabía que estaba cometiendo un error. Siempre soy consciente de ello cuando me pasa, pero es como si no pudiera evitarlo.

No me preocupa ir a la cárcel. Me preocupa que ir no me cambie.

—La cagué. —Mis ojos empiezan a arder con lágrimas por las que me odio—. Siempre la cago.

Pero ni siquiera se molesta en dedicarme una mirada más.

Me meto la mano en el bolsillo y lanzo las llaves de Krisjen sobre la mesa.

—La alineación, los frenos... —le digo—. El radiador también tiene una fuga y supongo que el aceite está espeso como el barro.

Se le escapa algo parecido a un gruñido por los labios y estoy a punto de sonreír, pero no lo hago.

Cuando salgo del garaje, Trace está subiendo a la caja de la camioneta y Army está cruzando la calle, sin Dex.

—Dame las llaves. —Le tiendo ambas manos.

Army sonríe, negando con la cabeza divertido, porque sabe que Macon ha ganado. Me lanza las llaves y las atrapo al vuelo.

—No te rías —le digo.

—Mira, no hay nada de lo que avergonzarse —se burla—. Yo soy mayor que tú y todavía me cago de miedo con él.

—¿Y en lugar de avergonzarte presumes de ello?

—No presumo de que me dé miedo, sino de seguir con vida.

Army se gira hacia la camioneta, desde donde Dallas nos está mirando de reojo. Por lo que se ve, está intentando meter unas cuantas cervezas a escondidas en la nevera antes de que Army se dé cuenta.

Tiro del brazo de Army, distrayéndolo para darle más tiempo a Dallas.

—Eh, una cosa —le digo. Army se detiene y se vuelve hacia mí—. Tienes que ocuparte de Aracely.

Parece confuso.

—No es mi novia.

—Pero quiere serlo. —Me quito la camiseta y me la meto en el bolsillo trasero—. Dile que deje de hacer tonterías, por favor. A ti te hará caso.

Sonríe.

—¿Tonterías como aprovecharse de una princesita de Santa Carmen? —musita, porque sabe que fue ella quien le rajó las ruedas a Krisjen—. ¿Acaso no nos gusta a todos hacer eso de vez en cuando? Y, por cierto, ¿desde cuándo te dedicas a acompañar a gente a su casa?

—Soy todo un caballero —respondo.

Enarca una ceja.

—Bueno, al menos, se podría decir que soy el más caballeroso de los hermanos.

Resopla.

—Probablemente sea verdad.

—Bueno, nadie quiere que yo sea un caballero —dice Dallas, acercándose por detrás hasta llegar a mi lado—. Eso está claro.

Esboza una sonrisa hacia Army, y Dallas deja su brazo colgando sobre mi hombro. Mientras tanto, los ojos de nuestro hermano mayor se mueven atentos entre uno y otro.

—Mira. —Army suspira—. Sé que sois los hijos medianos y todo ese rollo, pero hace tiempo que pasasteis vuestra etapa de niñatos rebeldes. Así que dejaos ya de tanta tontería, que ya cansáis. —Luego le da un golpe en la frente a Dallas—. Y saca la maldita cerveza de la nevera. Que aún son las ocho de la mañana, y yo no soy idiota.

Cuando se marcha, Dallas y yo nos dirigimos a la camioneta.

—¿Podemos empezar a beber ya? —pregunto, quejándome.

—Al mediodía. —Me aprieta los hombros—. Así tendrás algo por lo que ilusionarte.

Sube a la parte de atrás con Trace, y yo abro la puerta de la camioneta, tirando mi camiseta dentro.

—Dios, qué puto calor hace todavía. Creo que acamparé en la playa esta noche. No me apetece tener que lidiar con su mierda

durante los próximos ocho días.

—A mí Macon me trata exactamente igual que a ti —comenta Dallas—. Al menos comparte esa carga conmigo el tiempo que te quedas aquí, que en los próximos tres años y medio me va a tocar comérmelo yo solo.

—¿Qué coño le pasa? Siempre está igual —murmuro entre dientes.

—Cambió cuando tuvo que dejar de ser nuestro hermano para convertirse en nuestro padre —argumenta Dallas.

Sin embargo, no estoy de acuerdo con él. Macon nunca ha hecho de hermano, como sí lo ha hecho Army.

—Joder, tiene que dejarlo pasar —le digo—. Su ira no va a evitar que yo vaya a la cárcel.

—No está enfadado.

Me vuelvo hacia Trace, que se acaba de meter en la conversación. Sus codos cuelgan sobre un lateral de la camioneta.

—Está preocupado —me dice—. ¿Qué le quedará cuando nosotros nos marchemos?

Su mirada se pierde detrás de mí. Al seguirla, veo que está clavada en Macon, que está lanzando dos neumáticos fuera del garaje. El sol le pega en la espalda y la cabeza le cuelga como si le pesara una tonelada.

—No tiene a una mujer que le quiera —continúa Trace—. Tampoco tiene hijos que correteen por ahí. Solo nos tiene a nosotros. Liv se fue. Tú te vas —me dice, y luego mira a Dallas—. Y tú, ¿cuánto tiempo vas a aguantar aquí sin Iron? —No espera una respuesta—. Yo seré el siguiente, y Army se quedará solamente porque él y Dex son indivisibles. ¿Qué hará entonces Macon con su vida?

Aprieto los dedos contra las palmas de las manos.

Pero antes de que me dé tiempo a reflexionar demasiado sobre lo que ha dicho, oigo que su voz grave se vuelve más oscura.

—Pero qué coño...

Levanto la vista hasta que mi mirada se topa con lo que ve la suya.

Milo Price está saliendo del pequeño motel que hay junto al bar de la carretera.

En mi estómago se arremolina ese ardor que tantas veces he experimentado. Es una sensación que conozco bien y que me encanta.

Se apoya en la columna y se enciende un cigarrillo. Solo lleva puestos unos vaqueros.

El motel consta de seis apartamentos, que casi siempre están vacíos. Las habitaciones solo se llenan alguna que otra hora suelta en la que los tipos como él pagan para hacer de las suyas.

—¿Qué mierda está haciendo aquí? —Army se acerca, metiendo su cinturón de herramientas en la camioneta.

Doy un paso adelante, pero me detengo; un Mercedes-Benz descapotable blanco de los noventa pasa justo delante de mí. Suena la música y Krisjen se dirige directamente al restaurante de Mariette, aparcando cómodamente en uno de los sitios que hay justo enfrente.

—¿Y esta por qué vuelve? —pregunta Dallas.

Miro a su ex, que sigue de pie delante del motel, y me doy cuenta del momento exacto en el que la ve. Vuelvo la mirada hacia Krisjen de nuevo, pero ella aún no le ha visto.

Dallas y Trace bajan de la parte trasera, mientras yo cierro de un portazo y todos nos encaminamos hacia la carretera. Krisjen sale del coche unos cien metros más adelante, coge a una niña del asiento trasero y le agarra la mano para entrar en el restaurante. Milo la

observa, y yo espero hasta que entran antes de volver a centrar mi mirada en Milo. No es bienvenido aquí, y eso no tiene nada que ver con Krisjen. ¿Cómo de estúpido hay que ser para pensar que puede presentarse aquí después de lo que hizo?

Con mis hermanos pisándome los talones, me dirijo directamente hacia ese hijo de puta.

Me ve venir y se endereza.

—Tranquilo, tío. —Se le dibuja una puta sonrisa en los labios—. No busco problemas.

—Iron... —Army intenta calmarme.

Pero yo no le escucho.

—Aquí no eres bienvenido —le digo mordiendo cada palabra.

Milo le da otra calada al cigarro. Uno de los lados de su cara está atravesado por la cicatriz que le dejó la novia de mi hermana la primavera del año pasado. Aún se ve reciente y está enrojecida. Me sorprende que se le haya olvidado la advertencia de no poder volver aquí, sobre todo considerando que la ve cada vez que se mira al espejo.

—He pagado la habitación —nos asegura.

Camilla González sale de la habitación justo detrás de él ajustándose su top de tirantes. Se detiene al vernos.

—Entra —ordeno con dureza.

«Me cago en su vida».

Vuelve a entrar en la habitación y yo doy un paso hacia Milo.

—Aléjate de nuestras mujeres.

—¿Mientras vosotros os divertís con las nuestras? —Echa una mirada a Mariette y al Mercedes aparcado delante, para que quede claro que está refiriéndose a Krisjen. Luego se ríe—. Todos las queréis porque son jóvenes, están apretaditas y tienen la entrepierna bien limpia. Al principio las veis ahí soltando risitas,

vestidas de rosa y todo eso... pero luego, joder, qué bien follan, ¿verdad? Ya lo sabe bien tu hermana, ya. A ella también le encantan los coños santos.

Salto enseguida, pero una mano me agarra el brazo por detrás para detenerme.

—Y se mojan enteritas cuando ven cualquier polla que lleve un cinturón de herramientas. —Milo se ríe a carcajadas—. Pero, Iron, la triste realidad es que después se piran, porque nuestras mujeres necesitan dinero para estar tan guapas.

—Clay no necesita el dinero de Liv —le digo—. Y si follaras mínimamente decente, ya te habrías dado cuenta de que cruzan las vías para que les demos lo que vosotros no sabéis darles.

Da una calada y echa el humo, sin apartar sus ojos de los míos.

—¿Sabías que hay una red de intercambio de mujeres casadas en Santa Carmen? —nos pregunta—. Mi padre ya se ha follado a las mujeres de todos. Una noche seguí a mi madre hasta una fiesta en la que era la reina del baile.

Aprieto el entrecejo.

Cada vez se me hace más fácil entender por qué está tan jodido. Dios, esta gente es repulsiva.

—La gente se casa por diversas razones —explica—. Razones que no tienen que ver con el amor. Y se vuelven infelices. Por eso deciden compartir entre ellos, para no volverse locos. Pero esto solo lo hacen dentro de su círculo, claro, porque así no hay peligro de enamorarse ni de romper la familia. Todos hacen negocios entre sí, por lo que tienen mucho que perder y suficientes motivos como para mantener sus aventuras en secreto.

Qué puta locura, ¿será cierto? ¿Van por ahí intercambiándose a sus esposas?

Milo baja la voz, desafiante:

—He oído que Jerome Watson va detrás de Krisjen. —Sonríe, y el ardor me empieza a subir por la garganta. Los órganos de mis entrañas se vuelven duros como el cemento—. Una esposa tan joven como ella recibirá mucha atención en Santa Carmen. Puede que, más adelante, me toque de nuevo divertirme con ella.

Aprieto fuerte los dientes a la vez que suelta un suspiro, como si un viejo recuerdo jugueteara detrás de sus ojos.

—Lo que más me gusta de Krisjen es que te devuelve los golpes —susurra.

Me lanzo a por él, le agarro por la nuca y le empujo al suelo. «Hijo de la gran puta».

Alguien me agarra por detrás.

—¡Basta ya, joder! —grita Army, rodeándome el cuello con el brazo y atrayéndome fuerte contra él.

Grito alterado, luchando por escapar, pero él me aparta a un lado, poniéndose justo delante de mi cara.

—¡Para ya! —me grita Army—. ¿No ves que te está provocando?

Army se gira. Fijo la mirada en Milo, consciente de que deberíamos haberlo matado el pasado mayo.

Army se da la vuelta y apunta a Milo, colocando el dedo justo delante de su cara.

—¡Lárgate de una puta vez!

Milo retrocede hacia su coche, pero se detiene para escupir en el suelo, justo delante de nosotros.

—Disfruta de tu última semana, Iron. —Inhala con fuerza—. Que, para cuando te toque salir, ya nada será tuyo.

Y sé exactamente lo que quiere decir.

Mientras su coche sale de la bahía, me limpio el sudor del labio. ¿Por qué no pueden dejarnos en paz? Lo tienen todo. Nuestra tierra es una fracción de lo que era, y siguen viniendo a por más.

Todo esto habrá desaparecido para cuando me toque salir.

A lo lejos, veo a Krisjen que sale con unas cuantas bebidas para la gente de la terraza, y me dirijo hacia ella.

—Iron —grita Trace.

Le ignoro y, cuando veo que Krisjen se dirige hacia el interior, la llamo.

—Krisjen.

Ella gira la cabeza hacia mí. Al verme, pone los ojos en blanco.

—Lo sé... —dice entrando en el restaurante mientras yo la sigo—. Han bastado tres segundos desde que te fuiste para darme cuenta de que hoy no quiero ver a mi madre, así que acepto tu oferta. Pero solo por hoy. No volveré, en serio te lo digo —me asegura mientras asiente.

Su tono es juguetón, pero no estoy para juegos.

—Te tienes que ir.

Se vuelve y me mira. Noto que mis hermanos se detienen detrás de mí.

—Hablo en serio —le digo—. Vete.

Alguien suelta un fuerte suspiro. Probablemente Trace. Quiere estar de mi lado, pero no sabe bien lo que estoy haciendo.

Krisjen frunce el ceño y se endereza al ver que todos parecemos estar encarados con ella.

—¿Qué pasa? —nos pregunta.

—Ya le has oído —le dice Dallas—. Vete.

—No somos una puta atracción turística —vuelvo a intervenir—. No somos una polla en la que os podéis montar hasta que os canséis. Será mejor que os busquéis otro sitio para hacer eso.

—Iron, déjalo ya —brama Trace—. Krisjen no es así.

—Somos una broma para ellos —grito por encima de mi hombro —. Para todos ellos. No hacen más que utilizarnos.

—Ah, sí, claro. Como si tú y Dallas, o cualquiera de vosotros, hubierais ido en busca de amor verdadero cada vez que os dedicabais a seguir faldas por Santa Carmen, ¿no? —se burla ella—. Por favor.

—La diferencia es... —Me acerco a ella, bajando la voz—. Que nosotros sí que nos casaríamos contigo...

Se le encoge un poco el pecho.

—Si te quisiéramos —añado—. Si fueras mía, estaría jodidamente orgulloso de ello... Cualquiera de nosotros lo estaría. Pero tú... ¿tú me presentarías a tus amigos si estuviéramos juntos? ¿Aprovecharías la oportunidad para venir a vivir aquí con nosotros? ¿A esta cuneta?

Se le hace un nudo en la garganta, pero su expresión severa no vacila.

—Pues sí, si alguna vez quisiera a alguno de vosotros, quizá sí.

Dallas se ríe con desdén detrás de mí, y Krisjen desiste de la pelea. Se quita el delantal de la cintura y coge de la mano a una niña, que supongo que es su hermana. Después, se va corriendo del restaurante.

—No, no me quiero ir —grita la niña. El cuaderno se le cae de las manos, mientras los lápices de colores siguen encima de la mesa.

—Lo siento. —Krisjen se atraganta con sus propias palabras—. Nos tenemos que ir.

—¿Qué he hecho?

—Nada, cariño. Todo está bien.

Trace recoge el cuaderno de dibujo y todos caminamos tras ella mientras bajamos las escaleras del restaurante.

—Trace te devolverá el Rover cuando esté listo —le digo.

—Me lo llevo ahora.

—No se puede conducir.

Se da la vuelta.

—¡Como si me importara una mierda!

Army se ríe en voz baja, y la sigo mientras se dirige a su Rover, que todavía está aparcado enfrente de nuestra casa. Deja el Benz de su padre en el restaurante de Mariette. ¿De verdad va a llevar a su hermana pequeña a casa en un coche que no es seguro?

—Tozuda como una mula, ¿eh? —me burlo de ella—. Y eso siempre me ha gustado. Pero está claro que también sois listas, no hay duda.

Pone a su hermana en el asiento trasero, cierra la puerta y se gira para mirarme.

—¿Ves esto? —me pregunta agarrándose entre las piernas—. Nací con todas las herramientas que necesito para hacer tantos hijos como haga falta. Y te aseguro que verán cómo este lugar de mierda se ve reducido a cenizas.

—Uuuh... —Trace se ríe.

Army resopla:

—Joder, qué golpe.

—Callaos —les grito. No me hace ninguna gracia.

Miro a Krisjen.

—Te pegaba, ¿verdad? Milo te pegó más de una vez, ¿no?

En sus ojos se enciende un fuego. Sabe que yo estuve en la fiesta del faro la primavera del año pasado. Esa noche le dimos una buena lección a Milo, aunque no sirviera de mucho.

Me pongo delante de ella, obligándola a retroceder hasta el coche.

—Sabes lo que intentó hacerle a mi hermana en primavera. Y si tú hubieras hablado antes..., si hubieras dicho cómo era en realidad, quizá ni siquiera se hubiera atrevido a intentar nada.

—¿Hablar con quién? —grita—. ¿Con la policía contratada por el ayuntamiento del que, por cierto, forma parte su madre?

La fulmino con la mirada.

—¿O con mi abuelo, que está tutelando al primo de Milo para que le sustituya como juez del distrito? —dice a continuación, con los ojos empañados en lágrimas—. No, casi mejor hablar con la dirección del colegio que acepta las donaciones de su familia. ¿Acaso tendría que habérselo dicho a mis compañeros de clase?, ¿para qué? Nunca se habrían puesto de mi parte. ¿A quién, entonces? Eh, dime.

Un hermoso rubor atraviesa sus mejillas y casi puedo sentir el calor de su respiración mientras contiene las lágrimas.

—Puede que sea una estúpida. —Le tiembla la barbilla, pero parece decidida a seguir—. Porque quizá me dijo las palabras correctas aquella noche, cuando yo creía que no tenía a nadie más que a él. Y también porque sentía lástima. —Se ríe por lo estúpida que se siente al pensar así—. O tal vez quería creer que se preocupaba por mí. Tal vez fui una ingenua que idealizó el amor. Pensaba que el hecho de que hubiera violencia en él no le convertía en una mala persona, creía que valdría la pena luchar.

Sus palabras me atraviesan el pecho. También hay violencia en mí. Pero yo no soy mala persona. No me parezco en nada a él...

—O puede que simplemente me gustara. —Sonríe amargamente —. Porque nada iba bien en mi vida. Así que, cuando todo iba jodidamente mal, la sangre me hacía sentir que estaba sobreviviendo a algo. Y eso me hacía sentir poderosa.

Llevo la atención a mi mano derecha y siento el hueso torcido del dedo corazón que me rompí una vez en una pelea. Después, al orificio nasal izquierdo por el que nunca puedo respirar porque no se me curó bien tras otro altercado. Y todas las cicatrices de todas las veces en las que solo vivía para sangrar, porque solo eso me hacía sentir fuerte.

—O tal vez era lo que quería —continúa—. Porque así podía devolverle el golpe, a diferencia de la señora George, mi vecina de la infancia. Ella nunca pudo hacerlo. No tenía independencia económica como para marcharse con sus tres hijos. No pronunciaba una palabra, porque su marido le había hecho de todo excepto matarla, y aun así no lo dejaría nunca. Igual hasta esperaba que Milo se cruzara solo para poder devolverle el golpe. Un golpe dirigido a él, y al señor George, y a mi padre, y a todos los que se ponen por encima de la gente más débil.

Una lágrima resbala por su mejilla.

Me está matando.

—Ojalá pudierais tener todo el dinero que siempre habéis querido para que os dierais cuenta de que esa no es la respuesta —sigue—. A mí me gustaba venir aquí porque no hay moratones por cubrir. Porque las mujeres tienen sus propias motos y porque todo el mundo chilla y se ríe sin límites. Es... diferente. Lo único que quería era tener amigos, y vosotros no tratáis a la gente como una colilla. —Su voz se reduce a un susurro y sé perfectamente que está luchando por no llorar—. Es un buen sitio para estar.

Se da la vuelta, pero yo la agarro. La atraigo hacia mí, la rodeo con los brazos y entierro la nariz en su pelo.

Intenta apartarse.

—Déjame.

No la suelto.

—Lo siento. —Aprieto los ojos y siento que se me humedecen—. Lo siento mucho. Joder, soy un gilipollas.

Se estremece en mis brazos y me retiro para mirarla.

Ella sacude la cabeza, negándose a mirarme.

—Crees que estoy completamente vacía.

—En absoluto.

Intenta darse la vuelta, pero no se lo permito.

—Eh, no eres ninguna estúpida —le digo—. No es culpa tuya que le intentaras entregar tu corazón. Ni siquiera sé por qué he ido a por ti esta mañana. Lo siento.

Estoy cabreado conmigo mismo y con mis putos errores. Odio a su familia y a su círculo, pero Krisjen me cae bien.

Se aleja de mí, abriendo la puerta de su coche.

—Deja que me vaya.

Aprieto mi mano contra la puerta, cerrándola de golpe.

—Hoy no vas a volver allí.

Se vuelve y me mira con el rostro tenso todavía.

Yo le devuelvo la mirada.

—No te quiero cerca de esa gente.

4

Krisjen

¿Cuál es su problema? Como si no tuviera ya bastante con sentirme como una auténtica pringada por haber tardado apenas diez minutos en volver a la bahía cuando le había dicho que nunca iba a volver.

Pues ahora resulta que me echa.

Y luego, de repente...

«Ah, no, espera, quédate».

Su boca está tan cerca que puedo sentir su aliento. Sacudo la cabeza; en algún momento tendré que aprender que los hombres, simplemente, no merecen la pena.

—¿Qué narices pasa aquí? —grita Macon.

Por el rabillo del ojo, veo que está saliendo por la puerta abierta del garaje.

Todo el mundo se queda helado, pero yo no digo nada. Esto no va conmigo.

Finalmente, Army dice:

—¡Nada! —Y empuja a Trace hacia la camioneta de trabajo.

—¡Pues a trabajar entonces!

Los ojos de Iron no se apartan de los míos, y no debería, pero sonrío un poco, porque se tiene que ir. Lo cual significa que no puede impedir que me marche.

—¡Vámonos, Iron! —grita Army—. Llegamos tarde. —Oigo a los demás subir a la camioneta. Mi sonrisa se ensancha, como también

lo hace el desafío que nos traemos entre manos.

Iron sacude la cabeza, mirando a Macon.

—Dame tu cuchillo.

—¿Por qué?

—¡Tú dámelo y ya, Macon!

Iron le tiende la mano y Macon vacila mientras el motor del camión se pone en marcha. Rebusca en su bolsillo, saca una navaja y se la lanza a Iron.

Iron la agarra en el aire y da media vuelta, volviendo hacia el restaurante calle abajo.

Todos nos quedamos mirándolo mientras se acerca a las escaleras, pero entonces se detiene ante el Benz de mi padre, desenvaina la navaja y me doy cuenta de lo que va a hacer.

—¡No! —grito con rabia, pero ya es demasiado tarde.

Se agacha y apuñala el neumático delantero izquierdo, arrastrando la cuchilla por la goma para ensanchar el corte.

Sigo gritando, irritada, mientras oigo estallar las risas detrás de mí, en la camioneta.

Iron corre hacia donde estamos, le devuelve el cuchillo a Macon y sonríe.

—Esa también hay que cambiarla, ¿vale?

—Hijo de la gran... —suelta Macon mordiendo las palabras. Luego se acerca a mí mientras los dos vemos cómo el puto Iron Jaeger se levanta y salta a la plataforma del camión.

—¿Qué demonios estás haciendo? —grito.

Me dedica una radiante sonrisa y yo contraigo los puños.

—¡Gilipollas!

Deja caer la cabeza hacia atrás y se ríe.

—¡Vamos que nos vaaaaamos! —grita a Army al volante.

Y todos se ponen a dar voces cuando Army acelera.

—¡Yuju! —grita Trace.

—Sois unos malditos cabrones. —Macon los persigue.

—¡Como si no pudiera pedir un Uber!

—Volveremos a las cinco —grita Iron, apoyándose en sus rodillas mientras se alejan—. Dile a Mariette que queremos lo de siempre, ¿y puedes hacer también esos champiñones rellenos que trajiste el 4 de Julio?

—¡No te voy a hacer una mierda!

—Pero voy a ir a la cárcel, Krisjen...

Como si fuera inocente. Pues no me da ninguna puta lástima. Trace se cubre la cara con las manos, incapaz de contener la risa.

Desaparecen calle abajo mientras Macon y yo nos quedamos ahí de pie. Paisleigh suelta una risita dentro de mi coche.

—Dios... —dice Macon entre dientes—. Hijo de...

Le miro, y se le frunce el ceño al desviar la mirada de la camioneta de sus hermanos a mí.

—No es culpa mía —digo a la vez que me encojo de hombros.

—Escucha... —me dice, levantando las manos como si fuera a estrangular a alguien antes de señalar en dirección al restaurante de Mariette—. Te vas allí y lidias con esto sola. Porque juro por Dios que estoy a punto de explotar.

Ni siquiera puedo seguir discutiendo porque se vuelve al garaje enseguida. Aunque, de haberse quedado, tampoco estoy segura de haberme atrevido a decirle nada.

Si tuviera coche, simplemente me marcharía.

Le doy una patada a una piedra y miro el Mercedes, que ahora está tan torcido como mi Rover anoche.

Que les joooooooodan a los Jaeger.

Qué mierda.

Saco a mi hermana del coche y vuelvo al restaurante, gritándole a Macon al pasar por delante del garaje:

—¡Pienso quedarme con las propinas!

Echo un vistazo al reloj que hay sobre el menú de la pared y acelero un poco el ritmo, dejando los bocadillos delante de las dos ancianas y recogiendo su plato de aperitivos vacío.

Quería irme antes de las cinco, para que Iron no pudiera regodearse cuando entrara y me viera aquí.

Sin embargo, se me ha pasado el día volando. Para ser la primera vez que trabajo, no está nada mal. Me siento bastante útil, y eso me gusta. Llevo bebidas. Anoto pedidos. Relleno refrescos. Limpio platos.

Es bastante entretenido. Me gusta la gente.

Y lo mejor de todo es que el trabajo me ha mantenido ocupada. El otro camarero se ha ido pronto, así que llevo a tope desde el mediodía. Y aunque ha sido estresante atender tantas mesas sola, también me provocaba una extraña satisfacción hacer varias cosas a la vez. Que si rellenarles el refresco a los de la mesa cuatro, que si hace falta un tenedor limpio en la mesa ocho, luego vete a por el pedido de la mesa trece que ya está listo, salsa picante para la mesa uno...

Hoy he hecho algo útil. Y lo he hecho bien. Nunca fui una gran estudiante, y los deportes tampoco eran lo mío, pero rindo bien bajo presión. Quién lo diría.

—Hola, ¿otra vez de vuelta? —pregunto, dejando los menús delante de dos obreros a los que ya había visto durante la comida.

El que está a mi derecha sonríe. Bajo su gorra de camionero, sobresalen los mechones rubios del flequillo de su cresta y, contra

todo pronóstico, no le queda mal.

—Es que nos gusta la tarta que hacen —comenta risueño.

El otro se ríe y yo dejo sus aguas encima de la mesa mientras me fijo en el anillo de boda que lleva en el dedo.

—Pues entonces llévale un poco a tu mujer —le contesto.

El otro se ríe y yo me aseguro de no mirar hacia atrás a medida que me alejo. Estoy limpiando un par de mesas y colocando los cubiertos cuando la puerta se cierra tras de mí.

—¡Krisjen! Nos lo hemos pasado superbién —presume mi hermana —. ¡Me encantan esos barcos!

¿Qué? Me giro y la veo correr hacia mí, rodeándome con los brazos alrededor de mi cuello mientras la levanto. Jasmine Cabrera entra con su hijo de cinco años y Dex en un cochecito. Cuida a algunos niños del vecindario, mientras su marido está fuera la mitad del año, esforzándose para apagar incendios por todo el país. Diría que ahora está en Arizona.

Miro a Jasmine, incrédula.

—¿La has llevado en uno de esos aerobotes?

—He hecho de canguro gratis.

Estoy a punto de decir algo, pero entonces cierro la boca pese a que no me haga gracia que se haya montado en una cosa de esas. Da igual que no sea la actividad más apropiada para Paisleigh, Dex o incluso para ella —embarazada de cuatro meses—, parece que mi hermana se lo ha pasado en grande, y tampoco se ha muerto nadie, así que perfecto.

Planto a Paisleigh en una silla y le pongo delante el plato de macarrones con queso que le he pedido, mientras el resto toma asiento y empieza a comer. Jasmine sostiene al hijo de Army en su regazo mientras le da de comer. Yo miro al niño y me fijo en sus ojos

azules, a diferencia de los de su padre. Debe de haberlos heredado de su madre, dondequiera que esté.

Mastica, me mira, saco la lengua y pongo los ojos bizcos. Sigue mirándome fijamente.

Vuelvo a mirar el reloj. Son casi las cinco y media.

—Come, peque —le digo a Paisleigh.

Le envío un mensaje a mi hermano:

En nada estoy en casa.

Luego saco el móvil, activo la cámara frontal y me pongo en cuclillas junto a mi hermana. Ella se ríe inmediatamente y sigue mi ejemplo, poniendo caras graciosas hacia la cámara antes de que haga la foto.

Se la envío a Mars y a mi madre. Tss, como si hoy se hubiera molestado en hablarme para asegurarse de que Paisleigh estuviera bien. Mañana los niños vuelven al cole. Bien. Así, si decido que este sea un trabajo fijo, será más fácil... No tendré que preocuparme de que Paisleigh pase todo el día en casa mientras mi madre la ignora.

—¡Krisjen! —grita alguien detrás de mí dándome un susto.

Reconozco la voz de Trace. De repente, se me ocurre abrir TikTok y empiezo a grabar mis expresiones faciales. No sé, imagino que podré hacer algo gracioso con este contenido más tarde.

—¡Krisjen! —Trace grita de nuevo. Pongo los ojos en blanco mientras oigo los pasos de varias botas que se van acercando por detrás. Muevo la cámara hacia arriba para verle llegar junto a sus hermanos.

—¿Dónde está la cena? —pregunta.

Miro por encima de mi hombro.

—Está en la cocina. Te la traes tú mismo, porque yo no pienso servirte delante de todo el mundo.

—¿Solo en privado, entonces? —Esboza una sonrisa mientras todos se sientan. Me doy cuenta de que Iron está observándome—. Estoy muy sucio —grita Trace—. ¿Qué tal si nos duchamos?

Todavía con el móvil en la mano, me acerco a su mesa y cojo la propina que los anteriores clientes han dejado justo en el centro. Trace se levanta para darme un abrazo, pero yo engancho mi pierna justo detrás de la suya para obligarle a doblarla y que caiga de nuevo en su asiento.

Sus hermanos se ríen y yo me alejo.

—Si solo quiere salir contigo cuando es de noche y no hay nadie alrededor, no es más que un —y bajo la voz para susurrar mientras hablo a la cámara— follamigo.

—Uuuuh. —Trace se ríe, aceptando la derrota.

Mientras Army se sienta con su hijo en brazos, veo a través de la cámara que Iron me está mirando el culo.

Creo que el de anoche fue él. Tiene que haber sido él. ¿Se había fijado en mí antes? Sería raro, porque no se me suele dar mal captar señales.

Pero va a ir tres años a la cárcel, así que seguro que ahora mismo le gusta cualquiera.

Dejo de grabar y, después de hacer un par de recortes, añado una melodía de fondo. Cuelgo el vídeo y me meto el móvil en el bolsillo trasero.

De reojo, me fijo en que están entrando más clientes.

—Ey, ¿qué haces aquí? —pregunta una voz conocida.

Me doy la vuelta y veo a Clay y a Liv entrando por la puerta. Sonrío de oreja a oreja y siento un aleteo en el estómago al rodear a Liv con los brazos y abrazarla. A pesar de que solo han pasado ocho semanas desde que se marchó a la universidad, se me empañan un poco los ojos. Me da igual que en la ciudad ya no quede ninguno de

mis compañeros del cole, pero con ella es diferente, la echo de menos.

Me aclaro la garganta y doy un paso atrás.

—Es una larga historia —comento—. Pero el caso es que aquí les hacía falta un cable y resulta que yo estaba libre. ¿Cuánto te quedas?

—Nada... —Pasa los pulgares por dentro de las trabillas de los vaqueros. Lleva puesto un top de tirantes que le marca los pezones. Probablemente se lo habrá prestado Clay porque ella se habrá olvidado del calor que hace aquí. En cambio, en Dartmouth no tardará en nevar—. Vuelvo esta noche —añade.

Ha volado aquí solo para un finde porque quería ver a su novia. Qué adorables son, y qué envidia me dan.

—Me alegro de verte por aquí. —Me frota el brazo—. ¿Trace se está comportando?

—Dios, en absoluto. —Me quito el delantal—. Pero ya sabes que se hace querer por todo el mundo, haga lo que haga.

—¡Liv! —grita Army.

Mira a sus hermanos y luego le dice a Clay en voz baja:

—Dame un minuto.

Camina hacia la mesa con Clay detrás.

—¡Píllate un trozo de tarta!

Me espero hasta que Iron se levanta y abraza a su hermana. Luego cojo la mano de Clay y tiro de ella. La llevo conmigo hasta el fondo del restaurante, justo al final del mostrador.

Me alegro tanto de seguir teniendo a una amiga que se haya quedado a estudiar la carrera aquí.

—Te tengo que contar una cosa. —Me siento, pero ella sigue de pie—. Me estaba muriendo de ganas de contárselo a alguien.

—Mientras no sea que estás embarazada... —dice.

Hago como si me estuviera muriendo de la vergüenza y me quedo sentada, con la boca abierta y expresión preocupada, como si ni siquiera pudiera articular palabra.

—Dios, no. No. —Sus ojos azules están que se le salen de las órbitas.

—Que no, que es broma —digo resoplando.

Suspira y se relaja de nuevo.

—Bueno, entonces ¿qué ha pasado?

Miro a mi alrededor, asegurándome de que no nos oye nadie y bajo la voz, acercándome a ella.

—Anoche me acosté con alguien que no es Trace.

Se me queda mirando como esperando el resto.

—Vale, ¿con protección?

—A ver, la cosa es que...

—¿Lo sabe Trace?

—No, qué va, no tenemos ese tipo de relación exclusiva.

—Entiendo, ¿entonces con quién fue?

Se me hace un nudo en la garganta.

—Joder, es que no tengo ni idea.

—¿Qué? —Me mira boquiabierta.

No puedo evitar soltar una pequeña carcajada.

—Es difícil de explicar, pero el caso es que, entre la posición, que estaba oscuro y...

—Vale, vale, lo pillo. —Levanta la mano para pararme—. Así entiendo que ¿no le viste la cara? ¿Me estás vacilando? ¿Dónde fue?

—En casa de los Jaeger. —Dudo un segundo antes de terminar—. En el sofá. Sé que fue uno de ellos. —Otra vez vuelve a poner los ojos como platos—. Estaba tan entregada a lo que estábamos haciendo, que no sé... Clay, fue lo mejor que he sentido nunca. Todo. Cada segundo.

Un destello ilumina sus ojos.

—¿En serio? —bromea—. ¿Mejor que la alcachofa de la ducha?

Dios mío. Dejo caer la cara sobre mi mano. No me acordaba de habérselo contado. Pasó hace mucho tiempo. Un día, ella, Amy y yo estábamos tomándonos unos margaritas y me dio por compartir de más.

—No lo sé —me lamento—. Puede que con él fuera incluso mejor. O puede que yo estuviera dentro de mi juego, él estuviera dentro del suyo y fuera simplemente genial por eso, pero nunca volvería a ser así si volviera a pasar. No tengo ni idea, pero, joder, fue increíble.

Y no tuvo casi nada que ver con la parte en la que estaba dentro de mí. Sus manos, sus brazos, el calor de su boca en mi mejilla, uf, y en mi pelo... Me encantó sentir su cuerpo apretado contra mi espalda cuando se envolvió a mi alrededor. Me sentí completa, como si no me faltara nada. Así se supone que tendría que sentirse cualquier persona en su primera vez. Y siempre.

«Dios». Un ligero sudor recorre mi pecho, y...

Clay mueve algo delante de mi cara y parpadeo al ver que está chasqueando los dedos para llamar mi atención.

Me he ido.

—¿Y estás segura de que fue uno de los Jaeger? —insiste.

Asiento con la cabeza.

—Llevaba la pulsera, y he estado con Trace lo suficiente como para saber que él no se mueve así.

No descarto del todo que fuera él, pero es una posibilidad muy remota.

—¿Qué hago ahora? —le pregunto, bajando de nuevo la voz—. Quiero decir, no espero que haya segundo asalto, pero quiero saber quién fue.

—Pregúntales.

—Ah, claro. Será divertidísimo. «Ey, chicos. ¿Quién de vosotros ha dejado la marca de su mano en mi culo?».

Algunos comensales se giran en mi dirección y me callo. Joder. Estoy subiendo demasiado la voz de nuevo. Miro hacia un lado y veo que Iron y Army están mirando hacia aquí.

—¿En serio te ha dejado la marca de su mano? —Clay tiembla de risa.

Le enseño el cuello y los hematomas rojizos y morados justo encima de la clavícula.

—Llevo marcas suyas por todas partes —le digo—. ¿Quieres ver cómo llevo los muslos por dentro?

Liv se detiene justo detrás de Clay y me enarca una ceja. Trago saliva.

—Perdona, cielo. Sé cómo suena eso fuera de contexto —me justifico.

De todas formas, ella no necesita ninguna explicación.

—¿Qué pasa? —pregunta divertida, llegando a la altura de Clay.

—¿De verdad quieres saberlo? —Clay esconde una sonrisa entre sus dientes.

Liv se dirige detrás del mostrador que hay al lado de la cocina.

—Seguramente no —reconoce—. Mejor voy a por la tarta.

Sonrío mientras se marcha y miro a Clay.

—¿Qué hago? ¿Cómo averiguo quién de ellos fue?

—Bueno, supongo que anoche no te tocaría solamente con la polla, ¿no? Fíjate en quién empieza a actuar de forma más familiar contigo. Quién te roza con las manos o te mira diferente. Es decir, fíjate en quién se pone a ligar contigo.

Miro hacia la mesa de los chicos. Trace está juntando seis paquetes de azúcar que ha abierto simultáneamente para echárselos todos en el té helado.

—¿Ha habido alguno aparte de Trace que se haya comportado así contigo hoy? —me pregunta.

Iron está masticando un hielo.

—Tal vez —asumo pensativa—. A ver, probablemente podríamos descartar a Dallas, ¿no?

—¿En algún momento te dio la sensación de que fuera él?

Miro la espalda de Dallas, y noto un mal sabor en la boca.

—Bueno, no fue un polvo con odio, pero... supongo que fue agresivo. —Le lanzo una mirada—. Dios, si fuera él, probablemente no querría saberlo. Es imposible que haya sido él, ¿verdad? Si odia a los santos.

Clay parece vacilar; una mueca se dibuja en su cara mientras mueve la cabeza de lado a lado, como si estuviera reflexionando mientras tanto.

—No estoy segura de hasta qué punto eso es cierto. Yo no lo descartaría, sinceramente.

—Pfff, Dios.

—Tranquila. —Se ríe en voz baja—. Para mí que ha sido Iron. Pero ve informándome; tengo muchas ganas de saber cómo se desarrollan los acontecimientos.

No, gracias. Prefiero lidiar con este lío, en el que solo yo podría haberme metido, sin tener a mis amigas de espectadoras.

Liv sale, sujetando la caja de tarta por su cordel.

—Tengo que irme —me dice Clay.

Me levanto y avanzo con ella hacia la puerta.

—¿Vais al faro?

—No, en realidad vamos a casa de mi madre, que está fuera este finde. —Hace un pequeño bailecito—. Vamos a darnos un baño sin ropa antes del vuelo de Liv.

He visto a chicas bañarse desnudas en la piscina Jaeger, pero, obviamente, Liv quiere tener a Clay desnuda en privado. Es comprensible.

—Que os divirtáis —le digo.

Me abraza.

—¿Tú vas a estar bien? También podemos quedarnos aquí si estás incómoda.

—Vete, va. —La empujo hacia la puerta—. Voy a estar en mi lado de la ciudad esta noche. No me quedaré aquí.

Liv me abraza rápidamente, y ambas salen para subir al viejo Bronco de Clay. Volveré a ver a Liv en Acción de Gracias, pero... esta será la última vez que ella vea a Iron fuera de...

Se me hace un nudo en la garganta.

«Tres años y medio».

Pero en lugar de sentir tristeza o lástima, me vuelve a invadir el enfado. Llevo la vista hacia Iron y, al unir miradas, él se da cuenta de que algo va mal. Decido ignorar el tema y me dirijo a Paisleigh. Ha dejado de comer y está rompiendo su servilleta en tiras para después volver a juntarlas como si fuera un puzle.

—¿Lista para irnos? —canturreo.

—¿Podemos volver mañana?

—Mañana tienes cole.

Ella echa la cabeza hacia atrás en un gesto de dramática decepción, como si la guardería fuera un auténtico infierno. Recojo su cuaderno y sus rotuladores y lo meto todo en la mochila. La cojo de la mano y, justo cuando estoy saliendo, me topo de frente con alguien y levanto la vista. Dos hombres entran al restaurante. Llevan puestos un par de pantalones informales en un patético intento por pasar desapercibidos. Sin embargo, son de la marca Cucinelli, como los que llevaría mi padre, y no un turista.

Llevan las camisas de manga corta perfectamente planchadas y desprenden ese aroma a cuero que se les suele pegar a todos los hombres ricos en algún momento del día. Ya sea por el maletín, los zapatos o los asientos del BMW.

El del pelo rubio oscuro no me mira, pero le reconozco. Aprieto la mano de Paisleigh.

—Au —se queja.

Toman asiento en una de las mesas pequeñas junto a las ventanas. Tiro de mi hermana detrás de mí, hacia los Jaeger.

—¿Está listo ya alguno de mis coches? —le pregunto a Army.

—No lo sé, porque...

—Probablemente —le interrumpe Iron a la vez que empieza a levantarse—. Vamos, te acompaño, que tengo que llevarle la cena a Macon.

—Da igual, puedo ir yo sola.

No quiero volver a discutir con él. Hoy me ha dejado aquí tirada con mi hermana pequeña. Sí, también podría haber encontrado la manera de volver, pero tampoco es que él haya tenido muchas luces, y me molesta.

—Yo te llevo —dice mirándome fijamente.

—Ya me has ayudado bastante —respondo cortante.

Trace sigue engullendo su comida, Dallas está comiéndose un sándwich de pie junto a la ventana; nunca se le ve del todo relajado. En cambio, Army ya casi ha terminado. Los Jaeger suelen saltarse la comida los días laborales, y mi estómago ruge cuando me doy cuenta de que yo tampoco he comido hoy.

Cojo la comida de la barra; la llevaré a casa para que cenemos Mars, Paisleigh y yo. Antes de marcharme decido detenerme e inclinarme levemente hacia ellos.

—¿Veis a esos dos tipos que están junto a la ventana? —digo en voz baja mientras miro a Army—. Uno es del Departamento de Sanidad. El otro es Garrett Ames.

Se gira a medio masticar, sosteniendo el último bocado de hamburguesa entre los dedos y, sin apartar la vista, traga saliva y me pregunta:

—¿Cómo sabes que uno es del Departamento de Sanidad?

—Porque va a mi iglesia.

—¿Tú vas a la iglesia? —pregunta Dallas.

Trace resopla y yo me contengo para no matarle con la mirada. Si literalmente enviaron a Liv al mismo colegio católico...

Vuelvo a mirar a Army a los ojos.

—Lo que quiero decir con esto es que Garrett Ames no suele venir a lugares como este —susurro—. Solo para que lo sepáis.

No sé qué pueden hacer ellos exactamente para averiguar por qué está aquí, y con un inspector de sanidad nada menos, pero está claro que no han venido por la comida. Desconozco qué tipo de magia tejen los Jaeger en esta zona, o a quién sobornan para mantener todo lo que tienen, pero todos parecen bailar a su son. Sea como sea, será mejor que se pongan manos a la obra para ver qué está pasando con estos dos.

Veo a Iron mirándolos, con los hombros erguidos y la mandíbula en tensión.

—Acompáñame —le digo, cambiando de idea.

No parece oírme, pero no se me hace difícil imaginar qué se le está pasando por la cabeza.

—Acompáñame —repito firme.

Joder, como no salga de aquí, le va a costar poco añadir otros cinco años más a su sentencia.

Apartándose de la mesa, Iron coge su móvil y coge la bolsa marrón de encima del mostrador. Luego nos abre la puerta a mi hermana y a mí para salir.

—¿Volverás mañana? —pregunta. Su paso se ralentiza para coincidir con el mío; yo me he adaptado al de Paisleigh.

—¿Por qué?

No estoy segura de si estoy preguntando que por qué debería aceptar el trabajo, o si me refiero a las razones por las que él quiere que lo haga. Sin embargo, se limita a mirar al suelo, y me quedo desconcertada al darme cuenta de que parece estar ocultando una sonrisa.

—No debería haber soltado toda esa mierda esta mañana —me dice—. Pero, pequeña, tendrás que reconocer que ha sido divertido. Prefiero despertarme mañana y verte por aquí que no verte.

¿Que ha sido divertido, dice? ¿A qué se refiere?

La puerta del garaje de los Jaeger está abierta, la luz de dentro brilla con intensidad, y Macon se inclina bajo el capó de un coche, con el brazo completamente enterrado en algún lugar entre todas las piezas. Mis dos coches están fuera.

—¿Cómo va todo? —le pregunta Iron mientras entramos.

Macon rebusca en su bolsillo y me entrega las llaves del Mercedes. Suelto la mano de Paisleigh y las cojo.

—Gracias.

—En unos días estará el otro —dice.

Me meto la mano en el bolsillo y saco lo que he ganado hoy en propinas, ya que se me ha enfriado el temperamento desde que le he echado la bronca esta mañana. Dejo la pila de billetes doblados en el borde del coche en el que está trabajando.

—Esto es lo que he sacado en propinas. Puedo enviarte un bízum de la diferencia esta semana si me dices cuánto es.

Ya sacaré el dinero de algún lado.

Cojo su comida, que Iron ha traído hasta aquí, y se la dejo encima de la mesa de trabajo mientras él se queda mirando mi dinero.

—¿Tanto ganan? —le pregunta a Iron como si yo no estuviera.

Iron sonríe.

—Solo Krisjen.

Empiezo a girarme, pero me fijo en la botella casi vacía de Jim Beam que hay junto a la comida. No veo ningún vaso. Luego veo el enorme cubo de basura gris. Miro a Macon para asegurarme de que no está mirando y aparto un par de toallitas de papel bajo las cuales hay dos bolsas de comida sin abrir del restaurante de Mariette.

Y el cuello de otra botella vacía.

—Garrett Ames está en el restaurante —le dice Iron—. Krisjen dice que el hombre con el que estaba es del Departamento de Sanidad.

Macon sigue hurgando bajo el capó.

—No finjas preocuparte como si fueras a hacer algo al respecto. Yo me encargaré, como he hecho cada año que han intentado venir a por la bahía.

Vuelvo a coger la mano de mi hermana, mientras sostengo las llaves y la bolsa de comida en la otra.

—Podríais dar con algo que quisieran más que esto —musito en voz alta, mirando todas las matrículas antiguas atornilladas al techo: Maine, Dakota del Sur, Arizona... Es extraño que haya estado en las Fiyi o en Atenas, pero que ni siquiera haya visto el Gran Cañón o el monte Rushmore—. O bien darles una razón para que esto les resulte poco atractivo, supongo.

Me voy con mi hermana, la meto en el coche y dejo la comida de forma que no se mueva en el asiento del copiloto.

Pero antes de subir, levanto la vista.

Macon me mira fijamente desde debajo del capó, y me detengo, quedándome congelada por un momento.

Jamás me mira.

Podría contar con los dedos de una mano las veces que me ha dirigido la palabra. Se me hace un nudo en el estómago, pero antes de que pueda leer su mirada, vuelve al trabajo y, como siempre, aprieta la mandíbula.

Subo al coche, con la frente perlada por un ligero sudor.

5

Krisjen

No me doy cuenta de que he salido a toda velocidad de la bahía hasta que atravieso un bache y casi me golpeo la cabeza con el techo del coche.

Reduzco la velocidad mientras miro por el retrovisor, como si hubiera cabreado a Macon de alguna forma y fuera a enviar a alguien a por mí.

¿Por qué me estaba mirando? No es buena señal.

No es que sea desagradable en absoluto tener la atención de alguien que tiene ese aspecto, pero, a la vez, no creo que estar en el radar de Macon sea algo que le apetezca a nadie, que digamos. De hecho, estoy bastante segura de que su habitual evasión de contacto visual directo es una misericordia por su parte. Porque sabe que asusta a la gente. Si te mira a los ojos, te preocupas inmediatamente de que te haya pillado haciendo algo que no deberías estar haciendo.

¿He dicho algo malo? Ni siquiera me acuerdo.

En ese momento suena el teléfono y vuelvo a concentrarme en el presente. Conduzco el coche con una mano y rebusco en el bolso con la otra. Por fin encuentro el móvil. Veo que Paisleigh descansa en el asiento trasero, su cabeza se balancea contra el asiento y los ojos se le empiezan a entrecerrar.

El nombre de Marshall brilla en la pantalla; deslizo y respondo.

—Hola —le digo—. Estoy de camino. Traigo la cena.

—¿Puedes venir a buscarme?

El coche se desvía hacia el carril equivocado. Doy un volantazo para corregir la dirección.

—¿Qué dices? ¿Dónde estás?

Miro el reloj del salpicadero de mi padre, pero aún marca las 2:04; dejó de funcionar hace años.

—Fox Hill —responde.

Aprieto el móvil con fuerza. Nadie juega al golf hasta tan tarde. A esta hora, todos los hombres que suelen ir al campo están ya cenando en sus respectivas casas.

Solo quedan los traficantes, los camellos, los *playboys* y los niños de doce años que llevan escrito «víctima» en la frente. Me cago en todo.

—Llego en diez minutos.

Espero hasta colgar el teléfono para desfogarme.

—¡Mierda! —Suelto un híbrido entre grito y susurro a la vez que tiro el teléfono y pateo el suelo. Piso el acelerador, volando hacia el club de campo y reduciendo la velocidad solo mientras estoy en Main Street, porque una multa por exceso de velocidad solo conseguiría retrasarme.

La carretera de la autopista se desvía hacia la derecha, pero yo sigo recto, deslizándome entre dos grandes pilares de piedra y bajando por el oscuro camino de la entrada. Los árboles se alinean a ambos lados de la entrada privada, aislando inmediatamente a los visitantes en un paisaje tranquilo que te hace sentir como si estuvieras en pleno campo.

Sin aminorar la marcha, paso a toda velocidad por delante de la caseta del guarda. El personal de seguridad registra a los socios a su llegada, pero pasadas las seis de la tarde de un domingo, está vacía.

Al llegar a la caseta principal del club, me detengo detrás de un Audi negro. Sé que es el coche del padre de Clay; se lo acaban de comprar y, al parecer, es motivo de discusión entre él y la madre, que pronto será su exmujer. Tiene que ver con un rollo de que el dinero debe estar congelado hasta que decidan qué pertenece a quién. ¿Por qué hay parejas que se divorcian y piensan que es el momento ideal para comprarse un cochazo? Espero que se lo quede la madre, la verdad es que estoy totalmente en el barco de la señora Collins.

Abro la ventanilla, apago el motor, inclino el retrovisor interior y veo que a Paisleigh le cuelga la cabeza completamente del cuello. Está dormidísima. Cojo el móvil y las llaves, salgo, cierro la puerta y llamo a mi hermano.

Oigo una fuerte respiración en mi oído, justo al otro lado del teléfono.

—Estoy aquí —le digo, comprobando a través de la ventana que mi hermana sigue dormida—. ¿Dónde estás?

—Arriba.

—Pues baja.

—No me dejan.

Me quedo helada.

—¿Quiénes?

Pero él solo se ríe.

—¿En serio tienes que preguntarlo?

Cuelga y me meto el teléfono en el bolsillo justo cuando saltan los aspersores que riegan el campo. El portero se asoma por la esquina para saber si voy a entrar o no mientras yo me quedo ahí de pie.

Sé quién está allí con mi hermano y tengo una vaga idea de lo que quiere. Es verdad que esa persona no es demasiado inteligente, pero no se puede negar que la coacción es su fuerte.

Está claro que está con Milo.

Cierro las puertas del coche y me acerco al club. Rafe se apresura a abrir la puerta con una mano, mientras se lleva la otra a la espalda y me sonríe.

—¿Puedes vigilar un segundo a mi hermana, por favor? —le digo.

Se incorpora a la vez que lleva la mirada al coche.

—¿Cómo?

—Está dormida en el asiento de atrás —le digo, corriendo hacia adentro y subiendo las escaleras a toda prisa

—¡No tardo nada, te lo prometo!

—Pero ¡señorita Conroy!

Ignoro sus quejas, doblo la esquina hacia la derecha y sigo corriendo pasillo abajo.

Los paneles de caoba brillan a la tenue luz de las lamparitas, distribuidas a lo largo de la pared. Paso volando junto al cuadro de mi abuelo, sosteniendo un puro y de pie junto a un gran danés de pelo plateado. Ni tiene ni ha tenido nunca un gran danés. Tiene cuatro *king charles spaniels*. Y los puros no le sientan bien.

Esquivo unos cuernos de ciervo que sobresalen de la pared para que no me saquen un ojo y empujo la puerta que hay al final del pasillo. Dejo que se abra de golpe y entro enseguida a la Sala Wainwright, donde veo a mi hermano esperándome al lado de una mesa de dos.

Sus ojos azules se elevan lo justo para cruzarse con los míos, pero vuelve a bajar la mirada rápidamente. Sabe que la ha cagado. Le levanto la barbilla.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Lo he recogido yo.

Milo está sentado a la mesa, repartiendo una mano de solitario como si fuera un rey que estudia los mapas para planear una guerra.

O como si tuviera idea de cómo jugar a otra cosa que no fuera el Uno.

Mi exnovio decidió que esperaría un poco hasta ir a la universidad. En su lugar, ha estado de prácticas en el bufete de abogados de su hermano mayor, probablemente empleando la mayor parte de su capacidad mental en aprender a hacerse el nudo de la corbata cada mañana.

—¿Así que esta es tu vida ahora? —le pregunto, mirando a sus amigos a los que no conozco, que están sentados en los sofás cerca de la chimenea. Dos chicos y una chica. Caras nuevas. El pasado otoño casi todos nuestros amigos del instituto se fueron a estudiar fuera—. ¿Te dedicas a hacer este tipo de jueguecitos para entretenerte un rato?

Milo sonríe. Su pelo negro y brillante está perfectamente peinado, ni un mechón fuera de lugar.

—Solo pretendía traerte de vuelta a tu lado de las vías esta noche. Al lugar donde perteneces.

¿Cómo sabía que estaba en Sanoa Bay?

Me acerco y le miro desafiante. Todavía no me ha mirado.

—No te importo una mierda —digo en voz baja—. Nunca te he importado. Solo tienes el orgullo herido porque los del otro lado me gustan más que tú.

La pequeña sonrisa que lleva dibujada desde que he llegado se inmoviliza en sus labios mientras mira fijamente las cartas. Por un momento, todo se para. Y es que conozco muy bien esa mirada. Es la que pone cuando está enfadado, al borde de la violencia.

No debería haber dicho eso. Solo atraerá más su atención sobre los hermanos de Liv.

—¿Sabías que tu hermana se acuesta con un Jaeger? —Él levanta la mirada hacia Mars.

—Nos vamos —le ordeno a mi hermano, sin darle tiempo de reaccionar.

—Dentro de un año ya se habrán marchado. —Milo sigue colocando las cartas encima de la mesa—. El Gobierno declarará la expropiación del terreno y después lo venderá a un tercero, porque vale más como complejo turístico que otra cosa. Y se acabó Tryst Six.

Lanzo una mirada fulminante a mi hermano.

—Ahora.

Pero, cuando me mira a los ojos, me fijo en sus pupilas. Son enormes. Apenas se aprecia el azul.

Me inclino sobre la mesa acristalada y paso la mano por los restos blancos que hay esparcidos encima.

El corazón me late en los oídos.

—Hijo de puta —susurro.

—Quería un poco —me explica Milo.

Tiemblo. Macon llevaría esta situación de maravilla. Como un puto espartano. ¿Y todo lo que me sale a mí es insultarle? Quiero un cuchillo. Un arma. Lo que sea.

Arrastro mi brazo sobre la mesa, lanzando todas las cartas al suelo, y me pongo delante de él.

Se levanta lentamente y sé que todo el mundo en la sala nos está mirando. Estamos frente a frente. Sus ojos clavados en mí, solo un poco por encima de los míos.

Sonríe.

Y entonces...

Alarga la mano y yo me aparto hacia atrás para evitar el golpe.

Un golpe que no llega.

Baja el brazo. Se ríe, seguido de sus amigos, y enseguida la sala se llena de carcajadas.

Suelto las manos. Endurezco la mandíbula.

—Ni siquiera eres consciente, ¿verdad? —se burla—. La que tiene todo el poder del mundo en su mano eres tú. No yo.

Me agarra entre las piernas y yo grito, intentando apartarle a empujones, pero él me atrae hacia sí, sujetándome con fuerza.

—Podrías parar todo esto. —Inhala sobre mi piel—. Si aprendieras a usar tu cabecita, te darías cuenta. Tienes todo el poder del mundo, pero ni idea de cómo usarlo.

¿De qué coño está hablando?

—Pero tú nunca has sido tan brillante. —Me besa. Su boca húmeda me da arcadas.

Me aparto de él de un empujón y salgo disparada hacia la puerta.

—¡Mars! —grito.

Me voy, con mi hermano justo detrás. No corremos, me niego a darle esa satisfacción a Milo. Agarro la muñeca de mi hermano, clavándole casi las uñas en la piel.

—Krisjen —dice Mars. No suena como si intentara frenarme, sino más bien como una disculpa. Ni siquiera estoy tan enfadada con él, aunque sabe que Milo y yo terminamos mal. Es verdad que no es consciente de la mayor parte de lo que ocurrió... pero, aun así, no tendría que haber cogido su llamada, ni mucho menos haberse subido a su coche esta noche.

Pero no es culpa suya. La culpa es mía. Iron tenía razón.

Arrastro a mi hermano escaleras abajo y a través del vestíbulo para irnos cuanto antes, pero de repente oigo una voz masculina detrás de mí.

—Señorita Conroy.

Me detengo, recordando que el padre de Clay está aquí. Pero cuando me doy la vuelta, veo que no se trata de él. Jerome Watson

se acerca a mí desde el salón principal. A sus espaldas, la barra está al completo. Todos son hombres.

Me mira con un destello en sus ojos grises y yo mantengo la mano en la muñeca de mi hermano. Ojalá fuera el padre de Clay.

Se detiene. Lleva una camisa blanca arrugada, pero aún metida dentro del pantalón de traje negro. Probablemente, tenga la corbata y la chaqueta tiradas por ahí en el bar. Sonríe. Algunos mechones rubios oscuros se arremolinan desordenados en su sien. Al menos parece que sigue conservando una abundante cabellera.

—Te he echado de menos en la iglesia esta mañana —dice.

Dirige la mirada a Mars y se mete la mano en el bolsillo, saca un billete de veinte y se lo tiende a mi hermano.

—Ten, mira, para que te compres unas chuches.

Pero yo le doy las llaves del coche a Mars y le empujo levemente hacia la puerta.

—Paisleigh está en el coche. Espérame allí.

Lanza una mirada preocupada entre Jerome y yo, pero hace lo que le digo. Cuando le veo marcharse, me giro de nuevo hacia el hombre mayor que tengo delante.

Sus labios se curvan en una sonrisa.

—Me ha gustado tu TikTok.

Arqueo una ceja. ¿En serio tiene TikTok? Genial, lo que me faltaba.

Se acerca a mí y, aunque nunca me atrevería a hacer esto con Milo, con este tipo no tengo ningún problema en apartarme. Retrocedo un paso.

—No tienes por qué tenerme miedo —me asegura—. Espero que acabes siendo la persona que mejor me conoce.

Siento la lengua más seca que un papel de lija. No quiero llegar a conocerle nunca. Me mira y me siento como si estuviese desnuda.

Sé lo que quiere. Sé lo que mi madre le ha prometido. No tengo que hacer nada que no quiera. Eso es un hecho.

Pero que sea un hecho no quiere decir que sea una solución.

—¿Podemos quedar alguna vez? —me dice bajando la voz.

Abro la boca para negarme, pero enseguida vuelvo a cerrarla. ¿Qué es lo que ha dicho antes Milo? Que tengo todo el poder del mundo. No sé muy bien a qué se refería, pero seguro que no lo ha dicho porque sí.

Jerome Watson está en contacto con todas las personas capaces de conservar o destruir la bahía.

Antes de que me dé tiempo a pensármelo demasiado, me oigo decirle:

—Tal vez. —Quizá acabe siendo útil después de todo.

Sonríe mientras me acaricia la mejilla. Pero no me besa.

Vuelve a entrar en el bar y yo salgo del club, limpiándome sus caricias de la cara.

Rafe me abre la puerta y me dirijo hacia el coche. Mars está en el asiento del copiloto, jugando con el móvil, mientras Paisleigh sigue completamente dormida en el asiento trasero.

Sin embargo, no entro aún. ¿Qué ha querido decir Milo?

Necesito pensar.

Camino hacia el césped y me quedo quieta entre dos árboles mientras el fuerte disparo del aspersor pasa por encima de mi cabeza. Las gotas caen sobre mí. Cierro los ojos y dejo caer la cabeza hacia atrás. Se oye el cantar de las aves nocturnas en la oscuridad del bosque, muy a lo lejos, al otro lado del campo. Me quedo allí mientras el aspersor da otra vuelta, y luego otra.

Hay una salida posible. Eso es lo que Milo quería decir. Para mí, para los Jaeger, no sé. En cualquier caso, de haber estado

mintiendo, no habría sido vago en sus palabras. Se ha andado con indirectas para burlarse de mí un rato.

El problema es que en realidad no soy tan inteligente. Me va a estallar el cerebro intentando descifrar esto.

—Odio a esta gente —me digo. Siempre andan con jueguecitos. Espero que Clay mantenga a Liv lejos de esto, porque siento pena por cualquier persona que se tenga que casar con un santo, especialmente si es un Jaeger.

—¿Krisjen? —me llama alguien.

Abro los ojos de golpe y me doy la vuelta cuando Army Jaeger emerge de las sombras entre los árboles.

Cuadro los hombros mientras le veo acercarse con las manos en los bolsillos y la mirada fija en un punto, como siempre; es como si nunca pestañeara.

Lleva puesta una camiseta verde bosque que le marca muchísimo los músculos del pecho. Algo que siempre me ha gustado de él es que, constantemente, parece que le falten una o dos semanas para cortarse el pelo.

¿Qué hace aquí?

Me seco el agua de los ojos y me aparto el pelo. Veo que Rafe sigue junto a la puerta, pero no veo a nadie más. Vuelvo a mirar a Army.

—¿Estáis de guardia o algo? ¿Alguien necesita que le corten el césped de urgencia en mitad de la noche? —pregunto en tono burlón.

Sus cejas se levantan.

—Pfff —se lamenta, pero detrás de su fingida ofensa asoma una sonrisa.

—Perdona. —Me río entre dientes.

Es comprensible que esté a la defensiva. Hoy Iron ha sacado las garras. Y luego Milo. Y luego Jerome.

—Solo quería devolverte esto. —Saca un fajo de billetes y me lo entrega.

Lo cojo, desconcertada. Reconozco el billete roto de cinco dólares, es parte de la propina que le he dado a Macon antes.

Intento devolvérsela.

—Quiero pagar las reparaciones.

—Ya lo has hecho. Hoy has trabajado. Es todo lo que necesitábamos.

—¿Y mi Rover?

Se queda callado, como si estuviera esperando a que respondiera a mi propia pregunta.

El Mercedes de mi padre solo tenía una rueda pinchada, pero, según Iron, el Rover necesitaba muchos más arreglos. Va a costar mucho.

Vale, ya entiendo a qué se refiere.

—No voy a trabajar en el restaurante de Mariette a tiempo completo —le digo, metiéndome el dinero en el bolsillo—. No pertenezco a ese lugar.

—¿Es de clase demasiado baja para ti?

—Yo no he dicho eso.

Entorna los ojos, da un paso hasta quedar muy cerca. Retrocedo, pero sigue acercándose.

—Déjame decirte algo, Conroy. —Nunca me había llamado por mi apellido—. Mariette lleva trabajando en ese antro desde que tenía once años. Nunca ha salido del estado, ni mucho menos del país. Nunca pudo elegir nada en su vida, así que ¿sabes lo que hizo? Jugó la mano que le tocó. Está allí siete días a la semana y ha creado una puta cultura dentro de esas cuatro paredes. No es un restaurante, es

un hogar. Los niños celebran sus cumpleaños allí. Las parejas se ríen y celebran sus banquetes de boda, y ya no sé ni cuánta gente ha perdido la virginidad en el baño o en el aparcamiento. Así que no voy a quedarme aquí escuchando a una niña rica decirme que ese hogar en el que Mariette ha pasado tres cuartas partes de su vida es una mierda, o que ella es demasiado buena para ser camarera allí.

Levanta las cejas, desafiándome, mientras me mira desde arriba como si esperara una confirmación de que he captado la idea.

No me había dado cuenta de que tenía la boca abierta hasta que noto que se me seca y tengo que tragar para generar saliva. Parece siempre tan tranquilo...

—Quería decir que no pertenezco a la bahía. —El calor me recorre el cuello—. No pertenezco a la bahía, porque solo estoy recurriendo a esas escapadas para esconderme de mis responsabilidades. Y de mi futuro. La verdad es que me encanta estar allí. A eso me refería.

Me mira fijamente.

Nunca pensaría que ese restaurante no está a mi altura. Estoy segura de que quiero hacer otra cosa con mi vida en el futuro, pero tampoco es que crea que ser camarera no esté a mi nivel. Solo necesito ponerme a pensar en serio para encontrar la manera de escapar de mis padres sin abandonar a Mars ni a Paisleigh.

Army por fin suelta una risa, más relajado, su expresión se suaviza.

—Nos gusta que estés allí —me dice—. Encajas. La mayoría de los tíos a los que has atendido hoy en la comida están ahora mismo en el bar de al lado hablando de tu sonrisa. Uno ha dicho, literalmente, que eres «jodidamente adorable». Otro ha dicho que has sido muy amable, incluso diría que han usado la palabra «encantadora» en algún momento.

Sonrío y me río por lo bajo. Me gusta oír eso.

—Y alguno que otro también ha hablado de tus piernas —añade.

Sus ojos se posan en ellas y mis mejillas se calientan.

¿Se ha fijado en mis piernas?

De todos los hermanos, Army es el que más me desconcierta. No tiene aficiones. No tiene intereses, que yo sepa. No tiene amigos propios que no comparta con sus hermanos. No caza. No pesca. Ni lee. No se dedica a elaborar su propia cerveza ni a podar los setos en forma de extrañas esculturas. Nunca va a montar, como hace Iron, ni en barco, como Trace. Ni está todo el día de fiesta y más fiesta, como Dallas.

Se dedica a ir de casa al trabajo y del trabajo a casa. Siempre está listo cuando se le necesita. Algo parecido a un bombero.

Exactamente igual que un bombero, de hecho. Es indispensable.

Macon se ocupa de las tierras y de las finanzas. Ejerce todo su poder porque está dispuesto a hacer lo que nadie más se atreve a hacer. Ni siquiera Army.

Pero cuando hay que hablar de algo, los hermanos sí que acuden a él.

En Army es en quien confían para contarle las malas noticias, y para que después se las cuente a Macon. Porque él es precisamente el único que puede enfrentarse a su hermano mayor. Él lo contiene. Lo calma. Utiliza las palabras correctas para que su reacción sea lo más comedida posible. Maneja la bomba. Army debe mantener la calma, porque la casa necesita un adulto emocionalmente estable.

Pero ¿con quién habla él?

Cruzo los brazos sobre el pecho y desvío la mirada, incómoda con sus ojos aún fijos en mí.

—El semestre ya está demasiado avanzado como para incorporarte a las clases —señala—. Así que únete a nosotros hasta que empieces la universidad en enero.

Me muerdo la comisura de los labios. No estoy segura de que vaya a ir a la universidad, pero es una posibilidad.

—Te necesitamos. —Su voz es firme—. Mejor serles de utilidad a los demás cuando no sabemos qué hacer para nosotros mismos, ¿verdad?

Suena igualito que mis profesores.

Me encanta cruzar las vías, pero sigo manteniendo lo que dije anoche. Allí no hay nada que sea bueno para mí en este momento.

Aunque necesito un trabajo. No quiero estar todo el tiempo en casa, para que Milo, mi madre o Jerome Watson sepan dónde encontrarme cuando les plazca.

No quiero ir de compras, ni a la playa, ni ponerme al día con las nuevas series de Netflix. Quiero estar rodeada de gente.

Es mejor eso que no hacer nada durante los próximos tres meses. Si acepto el trabajo, será solo mientras los niños están en el cole. Además, esta nueva dinámica podría permitirme estar cerca de mis hermanos bajo mis propias condiciones, y no las de mi madre.

—Lo pensaré —sentencio.

Tener trabajo no es mala idea, pero me buscaré uno aquí en Santa Carmen. Army asiente lentamente, como si supiera que solo estoy siendo amable, pero ¿qué le va a hacer? Encontrarán a alguien enseguida. No sé por qué intenta convencerme de que vuelva.

Se da la vuelta para marcharse, pero le detengo.

—¿Cómo sabías dónde iba a estar esta noche?

Al principio, cuando le he visto, pensaba que estaba aquí por algo relacionado con su trabajo, pero, si quería devolverme las propinas como ha dicho, ¿por qué no ha venido simplemente a mi casa?

Se da la vuelta de nuevo. Parece como si estuviera conteniendo la respiración e intentara no sonreír.

Acorta la distancia que nos separa, sus palabras se convierten en un susurro mientras se inclina hacia mi cara.

—Tenemos cámaras en el club —me dice.

Me quedo boquiabierta.

—¿Hablas en serio? ¿Y me lo sueltas así? ¿Como si estuvieras seguro de poder confiar en mí?

¿Por qué iba a contarme algo así? Mi familia viene aquí. O solíamos venir, al menos. Estoy segura de que mi padre todavía se puede permitir la cuota.

Pero Army se limita a escrutarme con la mirada.

—Tal vez conocemos los trapos sucios de tu gente. Milo. Garrett Ames.

Doy el último paso hacia él.

—¿Y de mi padre?

Sonríe.

—Tal vez —se burla—. ¿Quién sabe?

Dios. Igual saben algo que yo podría usar.

O puede que tengan información que me interesaría borrar. Especialmente si son cosas sobre mi familia. En Fox Hill se habla mucho. Podrían haber recogido mucha información útil.

Noto que mi pecho sube y baja.

Me saca el móvil del bolsillo y teclea su número en mis contactos.

Le miro y luego bajo la mirada hasta su pecho, a la altura de mis ojos. Su esternón se hunde bajo la camiseta y siento calor por todas partes.

—No voy a acostarme contigo —le digo—. Eres demasiado mayor para mí.

Para que quede claro.

Ambos sabemos que cualquier mujer cercana a su familia —pero que no sea de su familia— está en el menú. Si voy a estar por allí

todos los días, quiero que se entienda que quedo excluida de ese grupito. Toda mujer se puede sentir atraída por un padre soltero y así de sexi, pero debo decir que es un poco raro que nadie mencione nunca a la madre de su hijo.

No dice nada y tampoco se molesta en mirarme. Se limita a esforzarse por no dejar asomar una sonrisa.

—¿Qué? —suelto.

Sonríe como si tuviera un secreto.

Sacude la cabeza, pero no puede evitar sonreír aún más.

—Nada, nada.

Me devuelve el teléfono y, al cogerlo, nos volvemos a rozar.

El tiempo se ralentiza mientras mi mente no calla. No pudo ser Army el de anoche. Él no habría dicho eso de: «Me preguntaré si ese señor está jugando a ser el padre de mi hijo».

Army ya tiene un hijo, con lo que, de haber sido él, ¿no habría dicho más bien «uno de mis hijos»?

Empieza a alejarse. Mi mirada se detiene en su espalda.

No es buena idea que pase cinco días a la semana, ocho horas al día, allí.

Dudo un momento antes de decir:

—Por las mañanas tengo que preparar a mis hermanos para ir al cole —le informo—. Dile a Mariette que puedo estar allí a las siete y media.

¿Qué demonios estoy haciendo?

Gira ligeramente la cabeza y asoma la mirada por encima de su hombro.

—De acuerdo.

—Mañana hablo con ella sobre mi horario —añado—. Me quedo con todo lo que gane, más las reparaciones de mi coche gratis.

Él asiente una vez.

—Trato hecho.

Cinco días a la semana. Jornadas de ocho horas. Eso fue demasiado optimista por mi parte. Casi una semana después, todavía no he tenido un día libre. Y cada día es más largo que el anterior. Ayer estuve aquí casi doce horas. Menos mal que mis hermanos estuvieron todo el día en las camas elásticas con mi tía y mis primos por un cumpleaños, así que no me sentí tan mal por quedarme hasta tarde. Parece que aquí siempre haya algo que hacer. Todos los días. A veces hay que hacer carga y descarga de los pedidos, otras toca inventario, que si alguien se ha puesto malo, que si otro se ha tenido que marchar antes y no le ha dado tiempo a limpiar, que si no queda refresco, que si viene un autobús turístico. Y luego, cuando por fin contratan a alguien para cogerme el relevo y ayudarme... resulta que soy yo la que la tiene que formar, ¡y eso que hace solo unos cuantos días que empecé!

De vez en cuando, también hay clientes muy especiales que tienen el privilegio de recibir comida a domicilio, un servicio que Mariette no concede a cualquiera.

Hoy incluso he estado ayudando en cocina antes de la hora punta de la comida. Estoy segura de que casi me echa de ahí cuando le he preguntado que, si lo que ella llamaba «lima mexicana», no era una lima sin más. Veinte minutos después, he salido sudando y plenamente consciente de que no, no se parecen en nada.

Sin embargo, me encanta trabajar aquí. Como si de un baile armonioso y fluido se tratara, me voy moviendo por todo el comedor. Voy a por un tenedor limpio y por el camino le relleno la bebida a un cliente, puedo llevar la crema de gambas a la mesa ocho, la ternera en salsa a la mesa uno y la cerveza a la mesa once, soy capaz de

recordar todos los pedidos de una mesa de seis sin escribir nada, y también de llevar cinco platos a la vez. Por fin soy buena en algo.

—¡Krisjen! —grita Mariette a través de la ventana entre la cocina y la zona de paso de camareros—. ¿Qué te había dicho sobre los patines?

Avanzo por el pasillo con un plato de comida en cada mano, como una auténtica profesional.

Mariette murmura algo en español y casi que me alegro de no entenderlo.

—¿Esto para quién era? —pregunta la chica nueva, Summer.

Dejo el plato de hamburguesa delante de Bud Kyler y le cojo la bandeja con la mano que tengo libre.

—Davey siempre pide langosta. —Coloco el plato frente a él y su amigo, que llevan toda la semana viniendo a comer aquí durante su pausa laboral.

Sonríe y le guiño un ojo.

—¿Te relleno el vaso?

Asiente.

—Coca-Cola.

Cojo su vaso, se lo paso a Summer, y voy como un rayo hacia la ventana, derrapando a la izquierda.

—¡Pues sí que controla esos patines! —comenta Miguel Padrón.

Llego volando detrás del mostrador y me meto más pajitas en el bolsillo del delantal. Luego coloco dos vasos de la máquina de refrescos en mi bandeja y relleno un tercero con Coca-Cola.

—Es que así voy más rápida...

—¡Déjala que los lleve, Mariette! —grita alguien más.

—¿Para que me demande cuando se rompa una pierna? —replica mi jefa.

Dejo las Coca-Colas en la mesa tres y me marcho patinando hacia atrás.

—En realidad, demandaría a Macon, ya que, técnicamente, es el dueño, y está claro que no soy tan estúpida como para hacer eso.

De repente me doy un susto al notar que unas manos me agarran por la cintura, inmovilizándome. Por encima de mi hombro me topo con los ojos de Macon observándome. Al instante, me contagio del calor de su cuerpo.

Trago saliva al mismo tiempo que la puerta se cierra a sus espaldas. He estado a punto de chocarme con él.

Siento un hormigueo bajo la piel y una sacudida en el vientre. Dejo de respirar un segundo.

Nunca me había tocado. Ni siquiera un apretón de manos o un roce en el hombro.

Contengo una risa nerviosa y me doy la vuelta.

—Ya está lista tu comida —le digo.

Me dirijo al calentador de la encimera para recoger su comida, lista para llevar. Le he envuelto el panecillo aparte, separándolo de la carne para que no se empapara. Macon me detiene antes de llegar.

—No tengo hambre —me contesta. Saca el correo de la ranura de la pared y va pasando los sobres—. Recaliéntamelo para la cena y me lo dejas en casa cuando te marches.

¿Para que vuelva a tirarlo a la basura?

Me meto las manos en los bolsillos. En su momento, no le di mucha importancia, pero el otro día vi que había tirado toda la comida a la papelera de su garaje sin probarla. Desde que trabajo aquí, solo le he visto hacer dos comidas, el resto de las veces se ha quedado intacta en su mesa de trabajo. Tampoco le he visto nunca juntarse a cenar con los chicos, y ni siquiera entonces me ha tocado llevarle nada. Ni a mí ni a nadie del restaurante, que yo sepa. Ni idea

de si está desayunando o no. A sus hermanos no les falta apetito, que digamos... ¿Qué le pasa entonces?

Después de revisar el correo, vuelve a meter los sobres por la ranura y se dirige a la cocina. Me quito de en medio y veo que, antes de desaparecer por la puerta, lanza una mirada fugaz hacia los patines que llevo puestos.

Trace y Army entran justo después, mientras el primero grita:

—¡Comida!

—¿Qué tal? —les pregunta alguien desde una mesa a su paso.

—Ey, tío. —Trace le estrecha la mano.

Suena una ronda de voces aquí y allá.

—¡Hola!

—¿Qué hay?

—Nos vemos mañana, ¿no?

—¡De copas todo el día hasta que el cuerpo aguante! —dice Trace lanzando una palmada al aire por encima de su cabeza.

Mañana hacen una fiesta. Es la última noche de Iron. Y Halloween. Miro hacia la puerta, para ver si está con ellos.

Y ahí está. Lleva puestos unos vaqueros y una camiseta negra, su pelo oscuro le cubre las sienes. La piel bronceada brilla con el agua que le cubre el cuerpo. Sé que no es sudor, le gusta meterse entre los aspersores de cada césped en el que trabaja para refrescarse un poco. Sonrío al imaginármelo.

Se dirige hacia la cocina, me mira y luego se aleja. Actúa como si no se diera cuenta de que estoy aquí, pero solo después de asegurarse de que, efectivamente, estoy.

Lo veo pasear por la cocina hacia la parte de atrás.

—¡Por ahí ni se te ocurra, ¿eh?! —le grita Mariette.

Al estirar el cuello un poco, le veo encogerse de hombros en la cocina.

—Venga, pero solo un trozo.

—¡Mejor una entera! —grita Trace a través de la repisa de los calentadores.

—¡Iron Jaeger! —gruñe.

—¡Me echarás de menos y lo sabes! —le lanza una sonrisa a Mariette, para después abalanzarse hacia la despensa.

Me lo pienso un segundo antes de ir a su encuentro, ya que estoy orgullosa de mí misma por haberme mantenido alejada de esa casa esta semana, pero justo ahora le podría pillar solo... y eso no sucede a menudo. Necesito saber cuándo estará listo mi coche, y no me apetece molestar a Macon con eso.

Atravieso la cocina, paso por delante de las parrillas y me cuelo en la despensa, viéndole escudriñar los estantes en busca de la tarta de queso y lima mexicana que no está en el menú.

No me dirige la mirada, pero sabe que estoy aquí.

Hace unas noches me ofreció llevarme a la playa, y en realidad me arrepiento de haberle dicho que no, pero sabía muy bien lo que pasaría al llegar. Ahora es más seguro, porque en dos días, desaparecerá de aquí durante más de tres años.

Le echaré de menos.

Por alguna razón, nunca parecía que faltara alguien en la mesa de los Jaeger, pese a que no estuviera Macon. Cuando falte él será distinto; pronto voy a odiar tener que ver a tres personas durante las cenas.

Me acerco a él. El aire fresco de la despensa refrigerada me hace sentir bien.

—¿Por qué Mariette no es la dueña de este sitio? —le pregunto.

Saca una caja rosa y busca detrás de esta.

—En cierto modo sí que lo es. No interferimos en la forma que tiene de llevar el negocio.

—Pero os lleváis una parte.

Me deslizo delante de él, bloqueándole la vista. Mi pecho toca el suyo y me mira, el calor llena el espacio entre nosotros.

—¿Adónde quieres llegar? —pregunta.

—Simplemente creo que es interesante que haga el trabajo de empresaria, pero no sea la dueña del negocio —bromeo—. Tiene esa responsabilidad para luego tener que compartir sus beneficios con gente que no trabaja aquí. ¿Tenéis ese tipo de acuerdos con muchos negocios de la bahía?

No es su estilo quitarle nada a su propia gente. Solo estoy medio en broma, con mis acusaciones encubiertas, por el simple hecho de querer pasar un minuto con él.

Sin embargo, tiene que haber una razón por la que los Jaeger insistan en seguir gestionando el restaurante y el bar de al lado. El resto tiene sentido. Un taller de coches. Un almacén. Un autocine destartalado a unos kilómetros de la costa, y muchos terrenos donde cobran alquileres a la gente que aparca en ellos.

Pero este lugar es de Mariette. En todos los sentidos menos en el que cuenta. ¿Por qué?

—¿Qué me estáis ocultando? —le pregunto.

—¿Por qué tendría que contarte nada?

—Si no me habláis claro, al final voy a pensar que estáis todos extorsionando a esa buena mujer por dinero.

—¿Como Al Capone? —Entrecierra los ojos y se le hunden las cejas. Tiene un aire divertido que le hace parecer más joven que Trace. Sigo la línea de sus labios cuando se levantan hacia un lado, rozando la barba incipiente de su mandíbula. Se me encoge un momento el estómago.

Su cara es más ovalada. La mandíbula de Trace es más cuadrada. Supongo que le estoy mirando demasiado y se ha dado cuenta,

porque se mueve de una forma que le hace parecer más cercano y baja la voz.

—Me encantaría tener la oportunidad de aclararte la situación —dice burlón.

El pulso entre mis piernas palpita una sola vez, tan fuerte que expulso el aliento que estoy conteniendo.

Pone las dos manos en el estante detrás de mí y me rodea, con su nariz a un palmo de la mía.

—¿Le importará esto a Trace?

No he apartado los ojos de su boca ni un segundo. Dios, me estoy excitando. La sangre me corre demasiado deprisa.

—¿Por qué no me preguntas a mí si me importa? —susurro. Una corriente fluye entre nosotros y sé que va a hacerlo antes de que lo haga. Me coge la mandíbula con una mano, la aprieta suavemente.

Respiro justo cuando está a punto de bajar hacia mí, pero...

No me besa.

Me mira fijamente a los ojos. Huele a hierba y a vainilla, y a la cerveza que desprende su aliento.

—Mariette no puede ser dueña del restaurante —dice—. O, mejor dicho, no quiere arriesgarse. Está fuera del sistema.

¿Fuera del sistema?

—Para serlo necesitaría un préstamo —explica—. Para conseguir un préstamo, necesita una cuenta bancaria. Para tener una cuenta bancaria, necesita identificación. Y para tener identificación, necesita la tarjeta de la seguridad social. ¿Entiendes?

Le miro fijamente.

—Sí.

No tiene papeles.

Retira los brazos que me tenían arrinconada y mira hacia otro lado.

—Y no sé por qué coño te he contado todo eso.

Sigue sin tener sentido. Si tienes un negocio propio, no tienes por qué ser ciudadano de pleno derecho.

—Pero lleva aquí desde que era pequeña, ¿verdad? —presiono de nuevo—. ¿Cómo es que no ha solicitado la residencia permanente al menos?

—Porque habría sido deportada tan pronto como lo hubiera hecho. Además, tampoco era lo suficientemente joven como para cumplir los requisitos para adherirse a la protección temporal DACA.

Entiendo. Y para entonces, este ya era su hogar. Tiene familia aquí.

Iron continúa:

—Siguió trabajando aquí a lo largo de los años, con varios cambios de propietario. Uno de ellos acabó poniéndole su nombre al local, porque su tarta de lima mexicana era lo que más atraía a los clientes. Hace unos seis años, después de que ella llevara trabajando aquí desde hace treinta, el propietario estuvo a punto de perder el restaurante a manos del banco. Así que lo compramos.

—¿Cómo conseguisteis tanto dinero?

No llegaría a siete cifras, pero seguro que no estaría muy lejos.

Iron se limita a suspirar.

—No tengo ni idea. Yo entonces tenía diecisiete años. Fue Macon quien se encargó de todo.

De repente me acuerdo de un viejo rumor que circulaba sobre Macon y Army. Se decía que vendían oxi y éxtasis a los universitarios para poder mantener a sus hermanos tras la muerte de sus padres, pero había tantos rumores sobre ellos que nunca supe qué creer.

—De esta forma, Mariette puede permanecer en el lugar que ama y cuidar de su familia, mientras nosotros nos aseguramos de que pueda hacerlo.

Entendido. No es que pensara que se estaban aprovechando de ella, pero este es uno de los muchos recordatorios de que los Jaeger cambian o rompen las leyes que consideran injustas a su antojo. Sencillamente, se sienten cómodos haciendo las distinciones pertinentes por su cuenta. Sin embargo, lo que la gente no sabe hasta que pasa un tiempo aquí es que siempre lo hacen al servicio de los demás. Macon podría haber remodelado la casa con ese dinero, o haberse comprado un coche. O incluso haberse mudado. Pero decidió quedarse.

—No puedes decírselo a nadie, Krisjen.

Dirijo mi mirada hacia él.

—No hace falta que lo digas.

—No, sí que hace falta —afirma sin rodeos—. Porque si te vuelves contra nosotros un día, yo tendré la culpa por haber confiado en ti.

Confía en mí. Sus hermanos, en cambio, no me lo habrían contado nunca. Se enfadarían si descubrieran que me ha dado esa información.

Pero nunca se lo diré a nadie. Mariette ha trabajado muy duro y lleva más tiempo viviendo aquí que en cualquier otro lugar. Este es su hogar.

—Cuando vuelva —dice—, necesito que este sitio siga aquí, ¿vale?

Asiento, con un nudo en la garganta al recordar de nuevo que se marcha.

—No sabes lo que odio que te vayas allí. ¿Cómo lo haces para no estar deprimido todo el tiempo? Yo lo estaría.

Se ríe en voz baja, relajado de nuevo, y yo le miro otra vez.

—¿Vas a estar bien? —le pregunto.

Pero él me ignora, y en su lugar pregunta:

—¿Vendrás a la fiesta mañana por la noche?

—¿Quién va a ir?

—Yo.

Resoplo y los dos nos sonreímos, pero entonces se acerca de nuevo y sé lo que va a querer de mí si voy a la fiesta mañana. Inhalo por la nariz, aspirando su olor para comprobar si es el mismo que recuerdo de aquella noche. Olía a grasa y madera, sabía a calor con una nota de burbon, pero lo único que huelo ahora es agua y crema solar.

Se inclina y su frente casi roza la mía.

—¿Y a ti, te importaría? —susurra.

La parte delantera de sus vaqueros roza los míos y la intensidad crece.

—O mejor en presente, ¿te importa? —bromea.

Oigo sonar la campanita de fuera y parpadeo, recordando que me toca atender mesas. Mierda.

Le empujo y empiezo a irme.

—Sois todos un peligro.

—Tanto como tú —me contesta.

Me voy de la despensa y me dirijo rápido hacia la entrada.

No voy a presentarme allí mañana por la noche. Lo último que necesito es otra fiesta. Aunque sea la última de Iron en un tiempo.

Pase lo que pase en la despedida, no va a mejorar mi vida. Además, ya tengo alcohol en casa.

Y la verdad es que no quiero arriesgarme a que Aracely vuelva a rajarme las ruedas. No me lo puedo permitir.

A las cinco y media salgo de trabajar, llevando conmigo la cena recalentada de Macon, pero al llegar veo que el garaje está cerrado.

Llamo a la puerta y Aracely abre al cabo de un minuto, mientras se oyen gritos de fondo y Dex se ríe a carcajadas.

Levanto la bolsa.

—La cena para Macon —digo.

Empiezo a dar un paso hacia dentro, pero se coloca delante de mí, bloqueándome el paso. Coge la bolsa y la tira en el cubo de basura que hay fuera, al lado del porche.

—Van a hacer una barbacoa esta noche. Puedes irte. Gracias. —Se le ilumina la cara con una expresión de satisfacción—. ¿O... trabajas en el turno de noche hoy?

Me aparto, totalmente consciente de la intención de su mensaje.

Bajo la mirada y mis ojos recorren sus largas y suaves piernas, que trazan una hermosa línea hasta los botines negros con hebillas plateadas y un tacón de más de siete centímetros.

—Qué bonitas tus botas.

Arquea una ceja y se marcha, dejando la puerta abierta. Sonrío tras ella.

Seremos amigas, solo que aún no lo sabe.

Trace se abalanza sobre mí y me arrastra al interior. Veo a Army y a Dallas, ocupados en la cocina, y a Iron en el suelo, jugando con Dex. Se me dibuja una sonrisa al ver lo adorables que son, pero luego se me borra. Está pasando tiempo con su sobrino para aprovechar mientras pueda.

—Quédate —me dice Trace.

Niego con la cabeza.

—No. Esta es una reunión familiar. Además, tengo que volver a casa con mi hermano y mi hermana, de todos modos.

—Tráelos —dice, emocionado—. Esto no estará listo hasta dentro de una hora. Ve a por ellos y vuelves. Podrán jugar con Dex.

Paisleigh lleva hablando de Sanoa Bay toda la semana. Se muere por volver.

—No, en serio —susurra Trace, acercándose y poniendo su brazo alrededor de mí—. Macon tiene la mecha corta últimamente. Nos vendrán bien todos los amortiguadores posibles.

Mmm, tentador.

Macon baja las escaleras con el pelo mojado de la ducha y se pone una camiseta. Pasa junto a nosotros y entra en el salón como si ni siquiera estuviéramos ahí. Aún le asoman las ojeras. Army y Dallas interrumpen su conversación cuando él entra en la cocina, y entonces oigo el ruido metálico de las botellas de cerveza y el frigorífico que se cierra de golpe.

Army me mira, inclinando la barbilla a modo de saludo, mientras Dallas me examina como si me estuviera echando de su casa.

No miro en su dirección, pero noto que los ojos de Iron también están puestos en mí.

—Tengo que irme a casa —le digo finalmente a Trace, y me doy la vuelta para marcharme—. Que os divirtáis.

—¡Ponte algo bonito mañana por la noche! —me grita.

Cojo una gran bocanada de aire mientras camino hasta el coche de mi padre.

6

Krisjen

VEINTIUNO PARA BEBER, DIECIOCHO PARA QUEDARSE A DORMIR.

Me río al ver la foto en mi cuenta de Instagram. Es un cartel colgado fuera de casa de los Jaeger para esta noche.

Miro por la ventana del restaurante de Mariette y veo la sábana con las letras negras ondeando con la brisa ligera. Trace puede ser muy inteligente cuando quiere. Y no me cabe ninguna duda de que ese cartel ha sido todo obra suya.

Me suena el teléfono y veo el nombre de Clay en pantalla. Deslizo y contesto.

—Hola —canturreo, recogiendo los platos sucios de una mesa vacía—. ¿Te estás divirtiendo?

—Dios mío, hace un frío del copón aquí arriba. —Puedo oír su escalofrío mientras se ríe—. Pero Nueva Inglaterra es superbonita y, como me imaginaba, los amigos de Liv son de fiar, me caen bien. Solo que ojalá estuvieran en Florida.

Una parte de mí desearía que hubiera decidido cambiarse a la universidad de Liv. La echaría de menos, sí, pero me encantaría ser testigo de sus aventuras por allí. La pura verdad es que Olivia Jaeger y Clay Collins son su mejor versión cuando están juntas.

—¿De qué os habéis disfrazado?

—Mira el insta. Hemos arrasado este Halloween. ¿Y tú?

Aparto el móvil de la oreja para ver qué foto ha publicado, pero entonces recuerdo que sigo hablando con ella.

—No me he disfrazado —le contesto—. De hecho, me voy para casa.

—Oye, no, a la fiesta tienes que ir.

—¿Por qué?

—Porque necesito más salseo.

Exhalo con fuerza, dejando los platos junto al lavavajillas.

—Sí, a mi costa, ¿no? Dios, eres tremenda.

—Vamos, lánzate a la piscina y ya está —me dice—. Yo que tú lo haría.

—Qué fácil es dar ánimos desde la comodidad de tu relación estable, cuando no tienes que sufrir las consecuencias de tus decisiones impulsivas.

—Sí, sí, lo que tú digas.

Tengo razón, y lo sabe, pero cuando abro la boca para decírselo, me interrumpe.

—Escúchame —me dice al otro lado del teléfono—. Le he contado a Liv tu situación...

—¡Clay! Dime que no es verdad.

—Chsst, espera. —Se apresura a defenderse—. Está de acuerdo conmigo, dice que ha tenido que ser Iron.

—Liv va a acabar creyendo que las camas de sus hermanos son como las sillas musicales para mí.

Oggg, Clay. ¿Por qué se lo ha tenido que decir? Liv es mi amiga, sí, pero antes que eso es una Jaeger.

—En realidad no es nada a lo que no esté acostumbrada. Ha crecido toda su vida en una casa llena de solteros —prosigue Clay a pesar de mis quejas.

—Pero yo soy su amiga. Es diferente. —Me arranco el delantal y lo tiro a la bolsa de la ropa sucia junto a la puerta trasera—. No te voy a volver a contar nada más.

Parece hacer oídos sordos.

—Dice que Dallas no te tocaría ni con un palo de tres metros.

Me detengo.

—Pues no fue así con Amy en primavera del año pasado...

—También dice que cabría la posibilidad de que hubiera sido Army, aunque hacerlo en el sofá no le pega mucho, prefiere más intimidad.

Probablemente sea cierto. Nunca le he visto subir o bajar las escaleras con una mujer. Siempre es él quien va a sus casas. Comparte habitación con su hijo pequeño, así que es comprensible.

En ese caso, es probable que fuera Iron.

—Vale, entonces... ¿qué? —Le pregunto mientras cojo mi bolso y salgo por la puerta—. Se presenta en la cárcel por la mañana. ¿Qué se supone que tengo que hacer? ¿Enamorarme de él?

—No. Vas a esa casa, subes a la habitación de Liv y sacas de su armario el disfraz de Sombrerero Loco que hizo en el instituto. Luego te acercas a él en busca de guerra. Deja que se ensañe con la nieta del hombre que lo envía a la cárcel.

«Señor, dame paciencia».

Ralentizo el paso, sintiendo la brisa en las piernas y oyendo el vaivén de las frondas de las palmeras. Puede que esta noche haya tormenta.

Quiero verle una vez más. ¿Cómo ha podido cagarla tantísimo? Es muy fuerte que se tenga que marchar. Macon tiene razones para estar enfadado.

«Macon...».

Levanto los ojos y veo una luz que brilla desde el interior del garaje al final de la calle, mientras una sombra pasa por delante de una de las ventanas.

—¿Krisjen? —dice Clay cuando no respondo.

Me tomo un segundo, pero luego pregunto.

—¿Qué ha dicho de Macon?

Mi voz sale más pequeña que antes.

No dice nada, pero oigo algo que roza el teléfono y voces de fondo. Al cabo de unos segundos, vuelve a hablar.

—No querrías que fuera él.

Pero no es la voz de Clay la que oigo. Es la de Liv.

—Si crees que fue él —dice Liv—, yo no tiraría del hilo.

¿Por qué?

—Además —añade—. Él nunca se tiraría a mis amigas. O ha sido Iron o ha sido Army.

Pero ¿no lo habrían mencionado entonces? ¿No se les habría notado más?

—Tú quédate con el disfraz —me dice—. Me da a mí que te acabará trayendo recuerdos después de esta noche.

—Te aseguro que acabará muy sucio —bromeo.

Puedo evocar su cara de asco al otro lado del teléfono por el sonido que emite y me río mientras sigo andando.

—Adióóós.

Colgamos, y me detengo a medio paso junto al coche de mi padre antes de desviarme de nuevo a la izquierda y seguir caminando hacia casa de los Jaeger. A la mierda, claro que puedo ir a despedirme de él. Puede que sea la última vez que le vea.

Paso por delante del garaje. Macon no está allí, pero el capó de mi coche está levantado, con una lámpara colgando del interior y varias herramientas apoyadas en el borde.

El rótulo que Trace ha pintado en una sábana ondea desde las ventanas superiores. La gente va llegando en sus coches que aparcan enfrente de la puerta principal; está abierta, y la música se cuela desde dentro hacia el patio delantero, donde la maleza cubre el césped. Sin mirar a nadie, me zambullo entre la multitud una vez dentro de la casa y subo corriendo las escaleras, caminando directamente hacia la habitación de Liv. Cuando estoy dentro, dejo caer el bolso y rebusco en su armario.

Liv trabajó entre bastidores en el departamento de teatro del instituto durante cuatro años. Nunca tiraba nada. Se quedaba con los diseños de vestuario que se descartaban y los convertía en algo que pudiera ponerse. La última vez que estuve aquí, tenía un chaleco de tela de *tweed* recortado indecentemente del que me enamoré, pero ahora no lo veo. Probablemente se lo haya llevado a la universidad.

Encuentro el disfraz de Sombrerero Loco, lo saco y empiezo a desvestirme. Es un traje espectacular. Ella siempre hacía los disfraces sin esperar la aprobación de nadie. Solía pensar que, si era capaz de mostrarle a la profesora de teatro su nueva idea en lugar de describírsela, le iría mejor. Rara vez funcionaba.

Pero lo intentaba.

Liv siempre intentaba conseguir papeles que tradicionalmente no interpretaran las mujeres. Durante mucho tiempo, no entendí por qué. El público no quiere ver a una mujer interpretando al capitán Jack Sparrow o a Hannibal Lecter. Tampoco quieren ver a una mujer interpretando a Darth Vader, a Vito Corleone o a John McClane.

Norman Bates, Han Solo, Neo y Freddy Krueger son hombres, y el mundo no quiere imaginar que podría no ser así.

Pero... son papeles estupendos, y si yo fuera actriz como ella, no me costaría ver el encanto de interpretarlos. Son complejos. A los

hombres siempre les toca representar grandes escenas en las historias. Recitar grandes líneas. Luchar en épicas peleas, librar batallas emocionantes e interpretar juegos de poder. Pueden ser solitarios y villanos, criminales y locos, y nadie se preocupa del papel que interpretan o dejan de interpretar. El motivo que les lleva a dichos fines no es importante. Pueden asesinar, luchar, volar cosas por los aires... Nadie piensa mal de Sherlock Holmes porque nunca se casara o tuviera hijos. Si una mujer quiere ser espía, nos preguntamos por qué. ¿Qué pasó en su pasado para que rechazara la idea de un hogar y una familia?

Liv no quería ser Ofelia, Desdémona o la nodriza de Julieta, porque fueron manipuladas, victimizadas o sumisas. ¿Y cuántas veces nos encontramos todavía jugando a ese juego de mierda cada día? Ya ni siquiera es un reto.

A veces quiero volar algo por los aires, y ni siquiera me importa por qué.

Termino de ponerme la falda de *patchwork* que cae a medio muslo. Me abotono el chaleco, sin ponerme nada más debajo, y completo el atuendo con una chaqueta entallada de terciopelo rojo. Me recojo el pelo, me pongo sombra de ojos azul y verde y termino con una pajarita alrededor del cuello desnudo, un sombrero de copa y un poco de pintalabios.

Me miro al espejo antes de darme cuenta de que voy descalza y rebusco en el armario de Liv hasta encontrar las botas. Una morada y otra verde.

En el piso de abajo se oye un golpe contra el suelo, seguido de un grito sordo al otro lado de la puerta de Liv.

Cojo el móvil y bajo.

El suelo vibra bajo mis pies, la música golpea contra las paredes, y oigo risas detrás de mí. Dos que no conozco cierran de golpe la

puerta de la habitación de Iron y Dallas y pasan corriendo a mi lado. Me aparto de su camino de un salto.

—Lo siento —dice la morena, sonriendo y riéndose todavía con su amigo mientras bajan las escaleras trotando. Tiene un moratón reciente en el cuello, parecido al que yo tenía hace una semana.

La puerta que tengo detrás se vuelve a abrir y de ella sale Dallas, poniéndose una camiseta.

El pelo le cae sobre los ojos. Los mechones oscuros se enredan entre sus dedos cuando se lo echa hacia atrás, por encima de la cabeza.

Sus ojos verdes se clavan en mí al pasar. Estoy segura de que Dallas desearía que yo fuera un hombre para poder hacerme daño.

De pronto, las luces se atenúan y empieza a sonar *Whispers in the Hall*, de Chromatics. Un único resplandor de luz azul llena el piso de abajo y la gente chilla con emoción. Llego al final de la escalera. Miro a la derecha y veo a parejitas bailando en lo que creo que sería el comedor, pese a que lo único que he visto siempre en esa sala sea una mesa de billar. Se abrazan, sus cuerpos se mueven entrelazándose, y puedo distinguir a una enfermera zombi, a un gato, a un monitor del campamento Crystal Lake en pantalones cortos y calcetines altos, y a un fantasma con una incipiente erección bajo su sábana. Qué listo.

Justo cuando me pongo a buscar a Iron, me acuerdo de que Clay mencionó haber subido a Instagram fotos de su disfraz y el de Liv. Abro la aplicación, voy a su última foto y amplío.

Clay va vestida de James Bond, con un esmoquin entallado y pajarita. Se ha cardado el pelo y luce su rubia melena en ondas sueltas y alborotadas. En cambio, Liv, curiosamente, va vestida de chica Bond. Lleva puesto un elegante vestido rojo muy ajustado, de seda brillante, que deja ver cada curva, con una abertura en la tela

que le sube hasta el muslo. Me río para mis adentros. Se resiste a aceptar el papel que le han dicho que tiene que representar, pero está encantada de ceder cuando su novia está implicada en el juego.

—¿Son Liv y Clay? —pregunta alguien por encima de mi hombro.

Miro a Trace mientras observa la foto de mi móvil, con la barbilla prácticamente apoyada en mi hombro.

—Sí.

Sonríe.

—Mola.

Un tipo con la cara pintada de calavera pasa junto a nosotros con una chica de la mano. No puedo evitarlo, mi mirada baja inmediatamente al pecho de la chica.

«Joder, ¿no?».

Suben las escaleras y otras cabezas se giran a su paso.

Guardo el móvil y me vuelvo hacia Trace.

—¿En serio iba disfrazada de ganadora de Miss Camiseta Mojada? —Me río—. Qué guay.

Me pasa un brazo por el cuello y sonríe.

—No estás en una fiesta de instituto, cariño. Ni en una de Santa Carmen. —Se inclina hacia mi oído—. Aquí hay hombres.

Pfff, lo sé. «Ya he venido a alguna que otra fiesta aquí, gracias».

Vuelvo a mirarle. Pantalones negros, cinturón negro, torso desnudo. En sus abdominales lleva escrito, en letras negras mayúsculas, la palabra «salsa», y hay una flecha apuntando hacia su ingle.

—¿De qué vas...? —Pero entonces me callo al darme cuenta. Vale, va de salsa picante. Pongo los ojos en blanco.

—¿Y tú se supone que te has vestido de...? —Se ríe entre dientes.

Abro la boca para contestar, pero en su lugar lo hace otra persona.

—Bienvenido a la fiesta loca del té, Sombrerero.

Levanto la vista y veo que Iron se está acercando. Su disfraz de John Wick parece demasiado elegante como para ser solo un disfraz. Traje negro, camisa blanca y corbata negra, todo estiloso y entallado, como si fuera especialmente hecho para él. Aun así, sé que él no malgastaría dinero jamás en hacerse un traje a medida. Lleva el pelo negro echado hacia atrás, pero un poco hacia un lado, y aunque no tiene barba como Keanu, puede que le quede incluso mejor. Y es que los ojos verdes de los chicos Jaeger resaltan que da gusto cuando visten de negro.

—«Aquí todos estamos locos» —bromea, parafraseando una cita de *Alicia en el País de las Maravillas.*

Me coge de la mano y Trace me suelta, caminando a mi otro lado mientras Iron me guía por la sala.

—Por favor, no me digáis que iba en serio lo de no servir alcohol a menores de veintiuno —les digo.

Trace arquea una ceja.

—¿Te quedas a dormir?

—Si bebe, se queda —dice Iron, tendiéndome la otra mano—. Dame tus llaves.

Levanto la vista hacia él.

Saco las llaves del coche y las dejo caer encima de su mano.

Se las mete en el bolsillo, me coge de la mano y nos lleva hasta la cocina, donde el mostrador en forma de L está hasta arriba: la parte larga está llena de comida, mientras que la sección más corta se ha convertido en un bar. Iron coge un vaso, lo utiliza para sacar hielo de una nevera y luego saca la botella de ron, mirándome inquisitivo antes de servir la copa.

Asiento con la cabeza y no le falta tiempo para verter el licor sobre los cubitos, llegando casi hasta el tope del vaso. Abro los ojos como platos, pero no pronuncio palabra mientras dejo que añada la mezcla al muy escaso espacio que queda en el vaso.

Me lo pasa y no puedo evitar reírme.

—Gracias.

Los Jaeger son más de *whisky* y cerveza. Será mejor que las próximas copas me las prepare yo.

Doy un sorbo, sintiendo instantáneamente esa anticipación que promete el alcohol cuando te quema la garganta. Iron se sirve un Macallan con hielo, mientras Trace destapa una cerveza y la música cambia a algo más fuerte. Se cae un vaso y todo su contenido se desparrama por el suelo, levanto la vista y miro fuera de la ventana de la cocina; el garaje también está lleno de gente. Ahí está Macon, sentado en el sofá de cuero marrón.

Más que sentado, está hundido en él, con la espalda encorvada y la cabeza apoyada en el respaldo, mirando al vacío.

Turin Wilcott está sentada a su lado, tratando de captar su atención apoyando la mano en su muslo.

—¿Macon la conoce? —pregunto, dando un sorbo a mi bebida.

Turin es santa, iba a mi colegio. Sé que es varios años mayor que yo, ahora tendrá unos veinticinco o así. Tiene más curvas, es rubia y está forradísima. Lleva gastando dinero a lo loco desde que rompió con el que era su prometido.

—No lo sé —contesta Iron.

Observo cómo se va acercando más, a la vez que va deslizando su mano bajo la camisa de él para tocarle la tripa. La botella de Jim Beam se inclina en su muñeca suelta mientras se le entrecierran los párpados. Ya se ha bebido más de la mitad.

Se la lleva a la boca y traga, cerrando los ojos mientras el licor le va bajando por la garganta.

—No parece estar muy bien —digo frunciendo el ceño.

—Por una puta vez en su vida, se está divirtiendo un poco —se burla Iron, dejando caer unos cubitos más en su vaso.

—Así no le tenemos encima todo el rato —añade Trace.

Vuelvo a dirigir la mirada hacia el garaje. Ambos siguen ocupados divirtiéndose, y me molesta. Vuelvo a mirar a Macon, consciente de que probablemente sometería a sus hermanos a abusos verbales si intentaran interferir o decirle que últimamente está bebiendo demasiado.

Supongo que lo conocen mejor que yo.

Acepto el chupito que Iron sostiene frente a mí y todos chocamos nuestras bebidas en un brindis antes de bebérnoslas. La menta arde en mi garganta y cierro los ojos, sintiendo la música bajo mi piel. Apoyo mi espalda en un cuerpo. Sé que es Iron.

Me rodea con un brazo y apoya su mano en mi cadera mientras sostiene su bebida con la otra.

—Vete —le dice a Trace—. Esta noche está conmigo.

Miro a Trace, sus ojos pasan de mí a su hermano mayor. Me doy la vuelta, para tener a Iron de frente.

—Ah, ¿estoy contigo? ¿Eso cuándo se ha decidido?

—Ayer, en la despensa —responde inclinando la cabeza hacia un lado—. Podría haber pasado algo allí mismo, de hecho.

Trace se marcha, dejándonos a lo nuestro. En realidad, tampoco estoy con él.

Iron me observa con esos ojos tan intensos, y mis mejillas se calientan como si me estuviera tocando la cara, aunque no lo haga.

Levanto un poco más la barbilla.

—Si no estás interesada... —Empieza a retroceder—. Mejor dímelo ahora. Tengo que estar en comisaría en diez horas, y mi plan es echar un último polvo. Me gustaría que fuera contigo.

Mis ojos arden. Mi risa está a punto de estallar, de hecho, diría que me va a salir por todos los poros. ¿Está hablando en serio?

—Claro que sí —digo desafiante—. Hagámoslo ahora. ¿Arriba en el cuarto o en tu coche? Simplemente me subiré a rebotar encima un rato. —Empiezo a caminar y lo arrastro conmigo—. Si lo hacemos rápido, tal vez tengas tiempo de encajar a otra chica en tu apretada agenda. O a dos. Vamos ya, que así podemos estar de vuelta antes de que se acabe la cerveza.

Suelto su mano y sigo caminando para irme de esta maldita fiesta. Qué error ha sido venir. «Imbécil».

Pero él me agarra de nuevo. Me resisto, pero tira de mí hacia él.

—En serio, me gustaría... que fuera contigo —dice entre dientes.

¿Por qué?

¿Porque la última vez también le gustó?

Me zafo de su mano mientras la gente a nuestro alrededor se vuelve para mirar. Tal vez sí que quiero estar con él esta noche. Podría haberle resultado muy fácil seducirme para que me quedara. Si me hubiera convencido en un pasillo oscuro... Si lo hubiera hecho contra una pared tranquila, besándome y deslizándose dentro de mí. Despacio y suave, una y otra vez durante una hora, para luego llevarse mi olor con él mañana...

Podría haber sido distinto, no le hubiera costado hacer que me quedara. Lo he sabido desde que he puesto un pie en esta fiesta. Lo cual, por supuesto, no significa que no disfrute que me seduzcan.

Le señalo con la barbilla, desafiante:

—¿Prueba o verdad?

Su boca se curva en una sonrisa mientras permanece en silencio por un momento. Luego responde:

—Verdad.

—¿Cómo me follarías?

Sus cejas se alzan por la sorpresa. El tipo que está a mi lado para de bailar y se me queda mirando. Iron endereza los hombros.

—Quiero que te montes encima y me lo hagas ahí fuera, en la tumbona de la piscina.

Alguien que está cerca se ríe, mientras otras personas se detienen a nuestro alrededor al percatarse del enfrentamiento.

Iron da un paso hacia mí.

—¿Prueba o verdad?

—Prueba.

—Ábrete el chaleco —me dice.

Ni la chaqueta ni el sombrero... Va directo a la piel. Me desabrocho los tres botones que mantienen el chaleco cerrado sobre mi pecho desnudo, mirándole todo el tiempo.

Sin embargo, él no me mira a los ojos. Observa la abertura de apenas tres centímetros que va del esternón al abdomen, revelando solo un atisbo de mis pechos aún cubiertos. Se me eriza el vello de los brazos. Dejo de oír la música, solo siento sus ojos como una lengua recorriendo esa franja de piel.

—¿Prueba o verdad? —le pregunto.

—Verdad.

—¿La tienes grande? —La gente se ríe.

—Pregúntaselo a tu amiga —responde Iron sonriente—. ¿Cómo se llamaba?

«Amy».

Aprieto la mano derecha en un puño. Esta noche va con todo. Está intentando ver hasta dónde me puede empujar.

—¿Prueba o verdad? —me reta de nuevo.

—Prueba.

—Quítate el sombrero.

Lo hago, lanzándolo a la esquina detrás del sillón a la vez que enderezo la columna y vuelvo a preguntar:

—¿Prueba o verdad?

—Verdad.

—¿Contigo me correría?

Se oye algún que otro bufido. Más personas se han unido al grupito que nos estaba mirando.

Iron da un paso, acortando la distancia entre nosotros sin apartar la mirada de mi chaleco abierto. El sudor me humedece la piel, y los pezones se me endurecen contra la tela.

—Pero si ya estás a punto de correrte —dice.

Arqueo una ceja a modo de respuesta.

—¿Prueba o verdad? —pregunta.

—Prueba.

—Deja caer al suelo la chaqueta.

Su voz es apenas un susurro. El calor se acumula entre mis piernas.

Aguantándole la mirada, me quito la chaqueta roja y ajustada del disfraz de Sombrerero Loco de los hombros y la dejo caer al suelo.

—¿Prueba o verdad? —ataco de nuevo.

—Verdad.

—¿Haces sexo oral?

Una mujer detrás de mí exhala con fuerza.

—Siempre me gusta devolver favores.

Más risas.

—¿Prueba o verdad? —sigue desafiándome.

Se me para el corazón un segundo y me lo pienso. La cosa cambia si me toca quitarme algo ahora... Pero me planto delante de él de todos modos.

—Prueba.

Me mira. Algo pasa por sus ojos. Probablemente acaba de darse cuenta de que esto no terminará como él quiere si me pide que me desnude aquí en medio de la fiesta.

De hecho, evita hacerlo. En cambio, se agacha frente a mí, desliza sus manos por mis muslos, debajo de mi falda, y dejo que me baje las bragas.

Da la sensación de que no respira ni un alma a nuestro alrededor. Salgo de mis braguitas de encaje negro mientras él me mira a la vez que se las guarda en el bolsillo.

—¿Prueba o verdad? —pregunto.

Iron sonríe.

—Verdad.

Me agacho donde él sigue agachado frente a mí y acaricio su rostro. Quiero memorizarlo, porque su piel no tendrá el color del sol cuando salga de la cárcel.

—¿Van a estar bien cuando no estés? —pregunto.

Su sonrisa se desvanece. Percibo levemente los susurros a mi alrededor. Trace se aclara la garganta a mi derecha.

Iron se levanta, se acabó la diversión. Ahora no es tan gracioso el jueguecito de querer acostarse con alguien. Es culpa suya que tenga que ser esta noche o nunca.

—Tryst Six... —reflexiono en voz alta para tensar aún más la cuerda—. Luego Tryst Five cuando Liv se fue. Ahora supongo que sin ti la cosa se queda en Tryst Four.

—Uuuuh —exclama alguien.

La gente se mueve incómoda. Empiezan a notar que Iron se está enfadando.

—Prueba —grita él, cambiando su respuesta.

—Está bien. ¿Qué quieres hacer?

—Taparte la boca con cinta aislante —gruñe.

Sonrío. Mi pecho burbujea de emoción. Miro hacia arriba y decido seguir jugando un poco más con él.

—Si te hubieras molestado en seducirme en lugar de dar por hecho que era una apuesta segura, incluso te habría dejado atar también mis muñecas —digo mordiéndome el labio inferior, mientras observo cómo sus ojos se dirigen a mi boca—. Porque, Iron, mi parte favorita no es follar. Me sorprende que seas tú precisamente el que menos lo entiende. Qué decepción.

Se escuchan risas y silbidos. Iron levanta una ceja.

Al menos Trace dedicaba algo de tiempo a los preliminares.

—¿Por eso te dedicas a ir tras adolescentes? —le pregunto a Iron —. ¿Porque somos de lo más fácil de conseguir?

La mujer que está al lado de Trace se ríe por lo bajini. Al mirar en su dirección veo que es Aracely. Ambos se ríen divertidos ante la situación.

Iron lanza una mirada a Trace, quien levanta las manos en señal de defensa.

—Recuerda que yo te quiero. Estoy de tu lado —dice Trace.

Iron vuelve a mirarme, y noto que tiene la mano en el bolsillo. El mismo en el que están mis bragas.

—Ey, ¿Army? —le llama Iron sin que sus ojos se aparten de los míos.

—¿Sí? —responde este desde algún lugar detrás de mí.

—¿Todavía tenemos pintura roja? —pregunta Iron.

Un estallido de risas emocionadas y charlas se extiende alrededor de la habitación, como si eso significara algo. Muevo los ojos hacia la izquierda y la derecha. Luego vuelvo a mirar a Iron. La comisura de sus labios se curva hacia arriba y dice:

—Creo que es hora de unas rondas de Red Right Hand.

Todo el mundo se empieza a activar, alguien levanta los brazos y otra chica suelta un grito.

¿Red Right Hand?

Army pasa junto a mí, acercándose a su hermano.

—Es la mejor idea que he escuchado en mucho tiempo.

Lo miro, y él mira a su hermano.

—¿Estás seguro? —le pregunta a Iron—. Es muy pequeña.

Iron se lleva la bebida a la boca.

—Suficiente mayor para tirarse a nuestro hermano cada noche durante los últimos seis meses.

—No hace falta que lo digas —murmura Army—. Todos lo oíamos.

«Ugh». Será mentiroso.

Se escuchan risitas, Dallas se ríe al pasar, y miro a Iron mientras apura el resto de su bebida y se la traga.

—¡Todo el mundo fuera! —anuncia Army.

La gente se mueve, los gritos y las risas comienzan de nuevo mientras se dirigen a la salida más cercana. Algunos por la puerta de la cocina que lleva directamente al garaje, mientras otros salen por la puerta principal en un flujo constante, escaleras abajo.

No vacilo un segundo. Giro sobre mis talones, cojo el sombrero y el abrigo y sigo a todos hacia fuera, uniéndome al río que va hacia el garaje.

Paso a través de una multitud de disfraces. Todos menos yo parecen saber qué está pasando. Army, Trace, Iron y Dallas se

colocan frente a los espectadores. El coche que Macon me estaba arreglando está justo detrás de ellos.

Army usa una llave de su manojo para abrir la tapa de la lata de pintura, que al parecer ha sido abierta decenas de veces. Los lados de la lata están cubiertos de tiras de pintura roja. La etiqueta perdió su color hace ya tiempo y está completamente desgastada.

Me pongo la chaqueta nuevamente y me coloco el sombrero mientras observo a Iron sumergir un pincel en el bote de pintura. Cuando lo saca, lo baja hasta la mano derecha de Trace, cubriéndola de pintura.

Hace lo mismo con Dallas e Iron. Miro a Macon, pero él no se mueve del sofá. Turin Wilcott todavía tiene la mano metida por dentro de su camisa.

—Celi —llama Iron.

Desvío mi mirada, viendo cómo Aracely se acerca, uniéndose a Iron y al resto de su familia.

—¿Se me va a estropear la ropa en el juego? —pregunta una chica.

—Definitivamente —murmura otra.

Me acerco al tipo junto a mí y le pregunto:

—¿Qué es todo esto?

—Red Right Hand —me dice—. Una versión particular del pillapilla.

La gente empieza a salir a la calle.

—Diez rondas —explica el chico—. Cuando empiece la música, te tienes que meter en uno de los cuatro garajes. —Y señala por encima de nuestros hombros los edificios, uno al lado del otro—. Uno, dos. —Y luego señala el garaje Jaeger en el que estamos y el parque de bomberos de al lado. —Tres, cuatro. Estás a salvo una vez dentro. Cuando vuelva a sonar la música, corre otra vez. Cuando pare, será mejor que vuelvas a uno de ellos.

Compruebo los cuatro puntos seguros y veo que todos los garajes están abiertos. Están preparando uno de ellos con una mesa llena de alcohol. Estupendo. Todo el mundo irá corriendo a hacer una parada allí entre rondas.

—Puedes volver a los mismos garajes varias veces —dice—. Pero no puedes quedarte en el mismo durante dos rondas consecutivas.

Es decir, que no puedes esconderte sin más. Todo el mundo corre.

—¿Y la pintura?

Señala a los Jaeger y a Aracely.

—Estarán en la calle mientras corres, cuando no estés a salvo. Te marcarán con la pintura si te pillan y cada huella te costará una prenda de ropa.

Me abrocho el chaleco.

—El objetivo del juego es que no te marquen con la pintura —afirma.

Evidentemente.

Puedo irme. Así no es como va a conseguir desnudarme.

Me acerco a Iron, rebusco en su bolsillo, y frunce el ceño mientras intento dar con mis llaves. ¿Está intentando ganarse el premio al más gilipollas? Si follamos, tiene que ser una pasada, no una cosa así de tonta, porque yo sea su premio.

Meto la mano en su otro bolsillo y noto mis llaves, pero también algo más. Mi ropa interior.

Iron me mira. Su pecho está apretado contra el mío, pero noto algo más que llama mi atención. Desvío la mirada hacia la derecha. Macon me está mirando fijamente.

Otra vez.

Una pancarta con el reloj de arena cuelga de la pared por encima de su cabeza. La imagen ondea con la brisa de la noche. No parpadea y apenas respira. Turin se da cuenta y sigue su mirada.

Pero la mía no se aparta de la suya.

Y por un segundo, algo me duele por dentro.

Saco las braguitas de su bolsillo y me las pongo con cuidado al subírmelas por debajo de la falda. Intento no volver a mirarle, pero no puedo evitarlo.

Sin embargo, Macon ya no me presta atención. Su atención está puesta en la calle llena y en la botella casi vacía que tiene al lado.

—Me encanta tu disfraz, Krisjen —dice Dallas en tono chulito para provocarme—. No tendremos problemas para encontrarte entre la multitud.

Sí, es verdad que hay mucha gente que va vestida de negro. No les resultará nada complicado distinguirme entre la gente con mis tonos verdes, morados y naranjas.

—¿Alguna vez te han explicado el juego, novata? —Iron se pasea detrás de mí mientras me dirijo a la calle con los demás—. Tus papis te dieron una buena educación, ¿no? A ver, ¿qué es Red Right Hand*?*

—Viene de un poema, *El paraíso perdido* —respondo, uniéndome a la multitud en medio de la calle—. Es algo así como tu propia venganza divina.

Quizá una buena educación no, pero sin duda una católica.

Me señala con la cabeza.

—¿Sabes ya a qué garaje vas a ir?

—Yo la protegeré —dice Trace arqueando las cejas—. Siempre y cuando quiera que yo sea el único que la vea desnuda esta noche, claro.

—Eres todo un caballero —respondo haciendo una mueca.

Me planta un beso en la frente y me aparto de golpe.

Los miro de frente. La brisa nocturna está en calma, pero es espesa, como si hubiera algo pesado en el aire. Ya estoy sudando.

Me quedo frente a ellos en medio de la carretera. Clavo los talones en el suelo, preparada para que empiece la música.

Iron me sonríe un segundo. Luego se quita la chaqueta y se abre la camisa, tirando ambas al suelo. Lanza un gesto a sus hermanos para que se acerquen y les dice algo que no consigo oír. Me va lanzando mirada tras mirada en medio de todo el cuchicheo.

—Mierda —murmuro.

—Oye, ¿y por qué yo no puedo ser el de la mano roja también? —grita un tipo a mi derecha—. No creo que tengáis ningún interés en verme desnudo.

—Es por el bien de los demás, Chon —grita Iron—. Han oído por ahí lo grande que la tienes. Y nosotros, como anfitriones, tenemos el deber de deleitar a nuestros invitados con ese espectáculo.

Todos se ríen. ¿Cuándo fue la última vez que jugaron a esto?

Macon habrá tenido que jugar por lo menos una vez en su vida. ¿Tal vez hace ya mucho tiempo?

Una gota de agua me moja la mano. Levanto la vista y veo un relámpago que atraviesa el cielo.

—¿Estáis listos? —grita Army.

Toda la multitud aúlla al unísono.

—¡Sí!

Se levanta algo de viento y se oye un trueno lejano.

—Creo que está a punto de llover —digo.

Pero Dallas se limita a sonreír y no pierde la oportunidad para tomarme el pelo.

—Es un deporte acuático, princesa. Vas a acabar mojada.

Se escuchan risitas ahogadas a mi alrededor. «Dios, cuánto le odio».

Empieza a sonar *Where the River Flows* por los altavoces e Iron se frota el pulgar color rojo por el resto de sus dedos chorreantes de

pintura.

—¡Corred! —grita alguien.

Se me sube el corazón a la garganta. No puedo evitar sonreír y casi me ahogo de risa mientras salgo corriendo.

Me dirijo al garaje que hay al otro lado de la calle, cada zancada que doy me acerca más y más a las luces que brillan desde el interior, y al sedán negro de los noventa elevado sobre los bloques de hormigón que descansa en el centro.

El alboroto llena la pequeña calle. Una marea de pies salpica contra la tierra húmeda y varias personas se acaban cayendo al suelo.

El pecho desnudo de Iron aparece de refilón en mi campo visual. Pero, entonces, un tipo se choca con mi hombro al pasar, haciéndome dar media vuelta. Contengo un segundo la respiración antes de desplomarme en el suelo. Por suerte, caigo sobre las palmas de mi mano, amortiguando así la caída.

—¡Auuch!

«Mierda».

Miro a mi alrededor en busca de Iron. «Joder». ¿Dónde está?

—Ahí estás —oigo en su lugar.

Se me para el corazón y, al mirar hacia mi izquierda, me doy cuenta de que Aracely camina lentamente hacia donde estoy mientras todos corren como si se estuviera acabando el mundo.

«Oh, no».

Se abalanza sobre mí y grito, rodando hacia un lado lo más rápido que puedo.

Al ponerme de pie, veo a Trace dejando una marca roja en la espalda de alguien, mientras que Dallas acaba de agarrar a una chica por la nuca y tira de ella para besarla, manchándole la piel de pintura, como si le acabara de cortar el cuello.

Iron está un poco más lejos. Se dedica a observar, a acechar lentamente. Su mirada está llena de diversión, pero también de algo más.

¿Por qué no me está persiguiendo? Tampoco es que esté yendo a por nadie más ahora mismo.

Corro hasta cruzar el umbral y acabo entrando en el garaje de enfrente; la música se detiene al fin al mismo tiempo que freno. Todo el mundo se ríe mientras se van quitando la ropa. Una se baja la parte de arriba del vestido de sirvienta hasta la cintura, con el sujetador rojo de encaje cubriéndole los pechos. La miro y las dos nos echamos a reír.

La lluvia empieza a salpicar la tierra, convirtiéndola en barro. En el garaje de los Jaeger, los chicos se están volviendo a embadurnar las manos de pintura. Cuando ya están listos, vuelven a sus posiciones, en medio de la carretera.

Turin Wilcott desliza una pierna sobre la de Macon, se sienta a horcajadas sobre él e inclina la frente hacia la suya. Le coge las manos y se las coloca en las caderas, como si él no pudiera tomar sus propias malditas decisiones.

—Bueno, ¿qué hay que hacer para ganar este juego? —grito hacia sus hermanos.

—Uuh, hay alguien por aquí que se siente confiada, ¿eh? —dice Army en tono burlón mientras se sacude el exceso de pintura de la mano.

Sonríe, y yo le guiño un ojo.

—Guardo un as bajo la manga o, más bien, en el bolsillo de atrás. ¿Qué guardas tú en el tuyo? —replico segura de mí misma.

Se le borra la sonrisa de la cara. Dallas sacude la cabeza, y Trace se inclina hacia delante, jadeante, apoyando las manos en sus

rodillas y manchándose los vaqueros de pintura. Me mira intensamente, como si me quisiera decir que soy su próximo blanco.

—Ella solita se lo ha buscado, ¿no? —dice.

Pues sí, yo solita.

Iron se prepara acechante, balanceándose de un lado al otro. Empieza la música y todos nos lanzamos a la lluvia.

—¡Ah! —grita alguien a mi lado, seguido del chillido de una chica. La lluvia cae con más fuerza, mojándome el pelo por completo, y la gente corre, salpicando el agua de los charcos a su paso y chocándose entre sí, mientras otros reciben un manotazo derecho de color rojo en alguna parte del cuerpo.

Aracely viene a por mí, y yo sigo sin entender muy bien por qué se empeña en desnudarme, pero es un placer. Lo más probable es que lo esté haciendo para humillarme.

Agarro la parte de atrás de la camiseta de un chico, luego estiro fuerte para evitar que siga corriendo y le uso de escudo para empujarlo hacia Aracely, que le marca la camiseta de rojo.

Corro mientras oigo cómo se queja de fondo.

—¡Qué cabrona! —grita ella.

—¡Niñataa! —se queja también el otro.

Me río mientras me escapo. Vuelvo a ver a Iron esta vez, pero sigo corriendo mientras los gritos llenan el aire.

Llego de una zancada al garaje de enfrente, donde está el parque de bomberos contiguo a la casa de los Jaeger y compruebo si me han dejado alguna marca.

Las barras de bar improvisadas que han instalado en cada uno de los puntos están llenas de gente que, entre chupito y chupito, va quitándose prendas de ropa. Iron se queda de pie bajo la lluvia, apuntándome con la barbilla.

—Eres rápida —dice.

Yo me limito a clavar bien en el suelo la parte delantera de mi pie para prepararme de nuevo.

—¡Tercer asalto! —grita Army—. ¿Todo el mundo listo?

—¡Sí!

Empieza la música, todos corren, pero yo salgo tranquilamente, dando un pasito lento tras otro. Iron me sigue el ritmo, caminando a mi lado y haciéndose paso a través de la multitud. Sus ojos solamente están fijos en mí.

Army persigue a Chon mientras Dallas vuelve a perseguir a la chica de antes, y Trace planta su mano en la espalda desnuda de una joven una y otra vez mientras ella se ríe como loca por seguir perdiendo prendas.

Mi corazón se acelera. El caos se arremolina a nuestro alrededor. Iron y yo nos movemos en círculo en el sentido de las agujas del reloj, y sé que podría abalanzarse en cualquier momento.

—¡Corre! —le grito.

—Yo no persigo a nadie —dice sonriendo.

—Entonces me temo que nunca me alcanzarás.

Doy media vuelta y corro hacia el otro lado, pero de repente tengo a Army plantado allí, justo delante de mí. Me detengo para echarme hacia atrás, pero él me agarra por el cuello a la vez que una sonrisa perversa curva sus labios.

La pintura de su mano me hiela el cuello.

Me baja la chaqueta por los hombros. Dejo que se deslice y la sostengo en la mano.

—Eres demasiado mayor para verme desnuda —me burlo de él.

Él arquea una ceja.

—Eso suponiendo que no lo haya hecho ya...

—¿Qué?

Se echa a correr, y yo me quedo congelada un segundo mientras la gente corre semidesnuda y frenética a mi alrededor.

«¿Qué ha dicho?».

Sacudo la cabeza y corro hacia uno de los puntos seguros.

No ha querido decir nada en particular. De hecho, no significa que esté hablando de esa noche. Simplemente significa que una vez me vio desnuda. Quizá me vio en el sofá la mañana siguiente. Estaba boca abajo, y la manta me cubría casi por completo.

Casi.

O puede que esté hablando de aquella vez en junio cuando Trace y yo estábamos solos en la piscina. Era muy tarde y nos dejamos llevar por el momento. Igual no estaban todos dormidos todavía.

Al llegar al garaje de los Jaeger, tiro la chaqueta al suelo y compruebo que no se haya traspasado pintura al chaleco. Nada. Qué bien. Sé que Liv me ha dicho que podía quedarme con el traje, pero se lo curró mucho. Me sabría muy mal que se estropeara.

La chica que pasa delante de mí va sin camiseta, con el tirante del sujetador colgándole del brazo. Por el contrario, casi todos los chicos están desnudos de cintura para arriba.

Los Jaeger y Aracely están preparados bajo la lluvia, la música vuelve a sonar y un tío a mi lado levanta los brazos.

—¡Venga, va! —grita.

Todos corremos. Trace me pilla, y se me cae el sombrero. Joder.

La música se detiene y vuelve a empezar otra vez. Yo corro y corro, riendo mientras salto por encima de alguien que se ha caído al suelo. Cuando estoy a punto de llegar al otro lado, Aracely está a punto de marcarme en la tripa, pero consigo esquivarla.

Tras tres rondas más, he perdido los dos zapatos y un calcetín. Dallas, Army y Trace me persiguen constantemente y yo lucho por

alargar esto todo lo posible, mientras todos a mi alrededor están prácticamente en pelotas.

La mayoría abandona el juego en ropa interior, solo quedamos cuatro.

Iron no me aparta la mirada ni un segundo.

—¡Vamos! —vuelven a gritar.

La música vuelve a sonar. Nos lanzamos a la calle; llegados a este punto hay más Jaeger que corredores. Solo es cuestión de tiempo que perdamos.

Mis pies salpican contra los charcos de la carretera mientras la lluvia me resbala por la cara. Army se detiene al verme y parece que vaya a empezar a perseguirme, pero de pronto me tropiezo.

Y caigo directa a los brazos de Trace.

Se ríe y me aprieta el culo con las dos manos.

Le aparto de un empujón y me retuerzo hasta que me suelta.

—¡Ya no tienes ningún permiso para tocarme ahí! —replico con firmeza.

—Vale, vamos a fingir que tú has tomado esa decisión.

«Menudo gilipollas».

Pasa por detrás de mí mientras me mira a los ojos.

—Quiero esa falda fuera, Krisjen.

Me quito el último calcetín de un tirón y se lo lanzo.

Echa la cabeza hacia atrás, riendo hacia el cielo nocturno mientras sale corriendo.

—¡Cobarde!

Salgo disparada hacia la zona segura; la música se detiene y me quedo sola frente a la entrada del garaje. Los tres últimos jugadores están en el garaje contiguo al mío, y supongo que la pareja casi desnuda que tengo detrás comiéndose la boca bajo la mesa de herramientas ya ha dejado de jugar.

Iron me observa con ganas. No, ni en sus mejores sueños me quitaré más prendas.

Entonces, ¿por qué no abandono ya?

La música suena a todo volumen por encima de la lluvia; corro y Trace se abalanza sobre mí. Me río tanto que casi me atraganto, pero me tiro al suelo y me escapo rodando por debajo de él.

No me da tiempo a ver adónde ha ido antes de quedar atrapada entre dos piernas que se elevan sobre mí.

Dallas me mira fijamente con el puño en alto. Al apretar su puño, veo cómo empieza a gotear pintura roja desde arriba. Cierro los ojos justo a tiempo y siento cómo las gotas calientes caen sobre mi boca, una tras otra.

Poco después, abro los ojos y me quedo mirándole a través de la lluvia.

—Deberías ser amable con la gente que te prepara la comida —espeto, casi gruñendo.

Me pongo de pie y empiezo a correr, pero de repente todo el mundo ha venido a por mí.

Aracely me marca las piernas y suelto un chillido.

Army me salpica la espalda de pintura.

Cuando consigo coger un poco de aire, Trace me pellizca la nariz.

—¿Qué coño os pasa? —grito enfadada.

Me doy la vuelta.

Y cuando me doy cuenta, estoy entre los brazos de Iron. Sus manos llenas de rojo agarran mi cintura.

Son cinco. Más que las prendas que me quedan.

Efectivamente, me han marcado cinco veces, lo que quiere decir que me toca pagar el resto de las prendas que llevo puestas. Y, en realidad, me faltan prendas, porque ya solo me quedaban tres.

Falda, chaleco y ropa interior. Suena la música e Iron se muerde la comisura de unos labios carnosos, y yo me quedo mirándolos.

—¿Quieres que toda esta gente me vea desnuda? —le pregunto.

—¿Acaso prefieres que solo te vea yo?

Tal vez.

Si me acaba gustando, querré más, ¿verdad? ¿Y quién será cuando salga en tres años?

Es más, ¿dónde estaré yo?

Ya no quiero esperar a ningún hombre pensando que cambiará mágicamente. Eso ya lo viví con Milo.

Y tampoco quiero hacerlo por divertirme. Eso ya me pasó con Trace.

Empiezo a alejarme.

—Deberías encontrar a otra persona esta noche —digo mientras me alejo.

—Nah, hace mucho que hemos descartado esa opción. —Me atrae contra él.

—No puedo acostarme contigo.

Sus ojos se suavizan y casi susurra:

—Entonces, quédate conmigo sin más.

Un cuchillo me atraviesa el corazón.

Sé que no debo hacerlo. Si me mete en su cama, sabe de sobras lo que pasará.

—¿Qué crees que vas a conseguir si me acabas desnudando? —le pregunto.

—Una bonita imagen que llevaré conmigo en mi cabeza.

—De esas ya tienes muchas.

Un tintineo agudo perfora el aire y miro hacia Trace, que está tocando la campana de latón que hay en el patio del restaurante de Mariette.

La gente se agolpa alrededor de una mesa forrada de periódicos. Alguien la ha llenado de marisco fresco, que todos empiezan a picar mientras van cogiendo cervezas de un cubo lleno de hielo.

Iron coge mi cara entre sus manos.

—Esta noche quiero subirme al coche contigo y conducir hasta un sitio con una puta vista diferente. Y conducir tan rápido que nunca salga el sol.

Se me hace un nudo en la garganta.

—Yo... no puedo.

—Sonríeme —me dice.

Sacudo la cabeza y no sonrío.

Si lo único que quiere es sentirse bien, puede conseguirlo fácilmente con cualquiera. No voy a compadecerme de él.

—¿Por qué yo? —le pregunto.

—Porque eres preciosa —me dice—. Y encantadora. Y quiero que me folles para poder almacenar todos esos recuerdos y revivirlos en mi mente cuando sea mayor. Y así poder acordarme de cuando fui joven y tuve a una chica guapa entre mis brazos antes de que me viera viejo y desaliñado y, sobre todo, antes de que se diera cuenta de que se merecía algo mejor.

Contrae la mandíbula, pero yo permanezco inmóvil. La lluvia resbala por mis piernas y mis pies se hunden en el barro.

—Te quiero desnuda en el asiento de atrás —me dice—. Quiero abrazarte y besar la lluvia que hay en tu boca. Quiero exprimir al máximo las próximas horas.

Lo que quiere es olvidar, no pensar. Solo quiere sentir.

No me quiere a mí.

—Quizá en otra ocasión —digo.

Él entrecierra los ojos, pero entonces Trace se acerca y lo agarra.

—Vamos a comer algo, Iron. Última comida para...

Pero Iron lo empuja.

Trace tropieza y se prepara para la embestida de Iron.

Pero salto delante de él, empujándolo lejos de Trace antes de que consiga llegar a él.

—¡Basta ya! —le grito a Iron—. ¿Por qué siempre tienes que hacer eso?

—¡Porque soy un maldito estúpido! —Me fulmina con la mirada—. ¿No lo sabías?

Trace desaparece de mi vista. Yo no me marcho, me da igual si tenemos público. Iron no necesita echar un polvo. Necesita una buena hostia que lo espabile.

Me pongo delante de su cara.

—Sabías que acabarías allí si la volvías a cagar. ¿Por qué no aprendes?

—¡Mira a tu alrededor, Krisjen! —Extiende los brazos—. No hay nada que hacer en esta puta mierda de lugar más que beber, follar y meterse en peleas. —Retrocede—. ¿Por qué coño te importa? ¿Qué quieres de mí?

—¡Quiero que dejes de echarlo todo a perder! —grito. La lluvia se va resbalando sobre mis labios—. ¡Deja de actuar como si no te importara nada! ¡Y si de verdad no te importa, no vuelvas y punto!

Se calla. Sus ojos tristes tiñen su mirada de dolor.

Continúo:

—Sabes que, si no te esfuerzas por volver a casa más fuerte, solo vas a ser una carga. Qué coño, lo reconozco, claro que no quiero que te vayas. Y sé que a ti también te va a romper el corazón cuando lo hagas mañana.

Le lloran los ojos, pero no pestañea. Cada centímetro de él parece una pared de hormigón.

Bajo un poco la voz para que solo me oiga él.

—Este lugar no es una puta mierda —le digo—. Y Sanoa Bay perderá una parte sin ti aquí. Al menos, si te sientes mal por dejar a tu gente menos protegida, te servirá para no volver a equivocarte.

Deja caer la mirada hacia el suelo.

—Te echaré de menos —confieso.

Lentamente, levanta la mirada hacia el restaurante de Mariette y luego hacia su casa, como si fuera la primera vez que se diera cuenta de que este es su hogar. Marcharse de aquí por su propio pie es una cosa, pero irse a la cárcel es un desperdicio. ¿Y todo por qué? Por una estúpida pelea de bar en la que fue a por un tío con contactos. Y encima luego se resistió a que lo arrestaran.

Retrocede un poco, luego un poco más, y es como si no estuviera realmente en su propio cuerpo con cada paso que da. Se da la vuelta y camina hacia su casa.

Siento los ojos de sus hermanos clavados en mí mientras Iron desaparece dentro, y no puedo evitar el sentimiento de culpa que me invade de repente.

Es la pura verdad. Necesitaba que alguien se la dijera a la cara.

Bueno, lo hecho hecho está. No quiero que se marche por la mañana sintiéndose peor, ni que tampoco se olvide de las cosas buenas que le esperan a la vuelta.

—¡Krisjen! —oigo gritar a Trace.

Pero ya va siendo hora de que me vaya a casa. No sé si volveré mañana. Probablemente acabo de perder mi trabajo.

Me palpo los bolsillos en busca de las llaves del coche, pero doy un suspiro al recordar que aún las tiene Iron.

Me dirijo al garaje Jaeger y veo que Macon sigue allí con la rubia. Ella está de espaldas a la pared, subiendo las manos por su pecho mientras él se apoya en su antebrazo e inclina la cabeza hacia ella.

Me agacho en cuclillas para recoger mi ropa y mis zapatos, mientras lo observo tambalearse hacia la derecha y dar un paso para evitar caerse.

Me vuelvo a levantar. Ella le susurra algo al oído y luego se desliza por debajo de su brazo. Va corriendo hacia la cocina y le lanza una sonrisa antes de desaparecer por la puerta.

Meto los calcetines en las botas y me doblo la chaqueta sobre el brazo, mientras el agua gotea por todas partes.

Macon se vuelve, me mira a los ojos y siento que algo se me revuelve en el estómago.

Coge la botella de Jim Beam que ha dejado encima del coche en el que está trabajando. Me pongo a caminar hacia la cocina. Tengo que recuperar mis llaves.

Pero antes de irme, me vuelvo hacia Macon y le hablo en voz baja:

—Deberías deshacerte de esa chica.

—Cállate. —Ni siquiera me mira al pronunciar esas palabras.

No sé ni por qué me preocupo. Hasta donde yo sé, nunca se acuesta con nadie. Puede que le sentara bien.

Subo los tres escalones hasta la puerta.

—Estás borracho —le suelto, girando el picaporte—. Esta noche no vas a tomar ninguna decisión de la que te sientas orgulloso mañana.

Y entro dando un portazo antes de que pueda escupirme nada más.

Ojalá pudiera decir que el mal humor de Macon es culpa de Iron, pero ya lleva un tiempo así. Me di cuenta a principios de verano. Empezó a beber más, a quedarse despierto hasta tarde y estaba cada vez más enfadado.

Y cuando Liv se marchó a la universidad en agosto, la cosa empeoró. Con Iron yéndose ahora, no sé qué va a pasar.

En fin, no es tarea mía ir a arreglarle la vida ni a él ni a ningún otro, ¿no?

Voy buscándole por la casa oscura y silenciosa. Llamo a la puerta de su habitación. Solo oigo a una chica en el baño. Decido volver abajo.

Entro en la cocina y miro por la otra ventana, la que da al patio con la piscina. Veo la pierna derecha de Iron colgando de una tumbona, con el resto del cuerpo extendido. Va descalzo y una sombrilla gigante le cubre de la lluvia.

Dejo la ropa y salgo al patio. Camino por detrás de la tumbona. Me acerco; sus manos entrelazadas descansan sobre su coronilla. Su piel está cubierta de pequeñas gotas que se resbalan sobre sus tatuajes.

Se muerde la comisura de los labios, pero veo lágrimas en sus ojos enrojecidos que no intenta ocultar.

Mi propio ardor me quema y sé que siento miedo por él.

Dios, debería haberme callado la boca, joder. Él solo quería pasar una última noche divertida. Podría haberme ido sin más. No tenía por qué gritarle.

—Te has vestido —dice con voz suave mirando mi ropa.

Me fijo en todas las marcas de manos que hay visibles. Siento también aún aquellas que no puedo ver.

—Sí —contesto, riéndome un poco—. Me parece que te ha salido bien lo de convencer a todo el mundo para que viniera a por mí.

Definitivamente había un plan tras ese ataque. Puede que volvamos a jugar a su vuelta.

—No quiero que te vayas —le digo, con suavidad esta vez.

Da igual lo que digamos o hagamos. Que mañana por la mañana llegue es inevitable, pero tiene que saber que todos le queremos. Quiero que al menos se lleve eso.

Se incorpora, llevando la otra pierna al otro lado de la tumbona de piscina. Niega con la cabeza y veo que sus hombros tiemblan con un sollozo silencioso.

—Duele aquí. —Se toca el pecho, justo sobre el corazón—. Llevo semanas con este puto dolor. Y yo solo quiero estrellar mi cabeza contra una pared, porque siento que tengo cinco años otra vez. —Su respiración es rápida y entrecortada—. Porque me siento igual que cuando lloraba en el cole porque echaba de menos a mi madre y solo quería volver a casa con ella.

A mí me pasaba igual. Cuando tu cuerpo se ve obligado a estar donde tu corazón no está, el sentimiento de nostalgia es constante.

—Odio esa sensación —susurra—. No quiero ir allí. —Y entonces me mira—. Macon tiene razón. ¿Por qué no escucho nunca?

Bueno, tampoco es que Macon lo sepa todo. Ni yo tampoco.

No es una vida entera, son solo tres años y medio. Iron volverá.

Me acerco a él, paso mis dedos por su pelo, y siento cómo sus hombros se relajan lentamente. Su frente cae sobre mi estómago.

Ya no quiero mis llaves.

—Esta noche no quería sexo —dice. Su aliento cálido roza mi piel —. Solo quería que una mujer a la que le importo algo me mirara. —Inhala y exhala varias veces, y sé que está tratando de no perder el control sobre sus emociones.

Le acaricio el cuero cabelludo, arrastrando suavemente las uñas mientras su respiración se calienta más.

—¿Te refieres a una amiga? —le pregunto.

Él mantiene los ojos bajos.

—¿Somos amigos? —susurro.

Levanta la cabeza y me mira.

—Amigos.

Mi cara se relaja, y suavizo las caricias en su pelo, viendo cómo sus párpados comienzan a cerrarse, relajados ahora por lo bien que se encuentra.

Me gusta este Iron. Cuando no se toma todo a risa es su mejor versión.

Y quiero ser yo quien lo mire esta noche, porque mañana por la noche nadie lo hará.

—Once —murmuro.

Ladea la cabeza, mirándome confuso.

—Parece ser que no soy tan rápida, al fin y al cabo —le digo, bajando la mirada hacia mi ropa—. Tengo once marcas en total.

Me sostiene la mirada.

—En las botas. —Levanto dos dedos—. Calcetines, sombrero, abrigo... —Voy contando con los dedos las prendas perdidas, hasta que tengo que pasar a la otra mano—. Ya van seis —añado.

Me observa y, por un momento, deja de respirar cuando me desabrocho lentamente un botón del chaleco.

Él espera.

Sigo deslizando uno a uno los botones por fuera de los ojales. Traga saliva, noto cómo le sube y baja por la garganta. Sus ojos arden con fuego.

Me quito el chaleco, lo dejo caer al suelo y su mirada se posa sobre mi torso desnudo. La lluvia fría hace que mis pezones se endurezcan. Todo mi interior se calienta ante la perspectiva de lo que ocurrirá.

—Y con esta ya van siete —dice en un hilo de voz.

Quedan dos más.

Alargo la mano por detrás y me desabrocho la falda, sosteniendo su mirada mientras me la bajo por las caderas. Cae sobre el suelo mojado.

—Ocho.

Ahora le toca a él quitarme la última prenda.

Pero no lo hace.

Me gira bruscamente haciendo que la respiración se me corte a medio camino. Luego tira de mí hasta sentarme en su regazo.

Dejo caer la cabeza hacia atrás, contra su hombro, mientras él desliza una mano por la parte delantera de mis bragas, acariciando la entrada con dos dedos.

—Krisjen —jadea en mi cuello—. Buenos amigos, ¿no?

Giro la cabeza, buscando su boca mientras llevo la palma de su mano a mi pecho. Paso la lengua por sus labios.

—Muy buenos amigos —pronuncio.

Abro los muslos, pongo mi mano sobre la suya y empujo sus dedos en mi interior.

Se desliza hasta el fondo, empujándome hacia él a la vez que gruñe.

Beso su mejilla y la comisura de su boca, deslizando mis labios por toda su piel.

—No te alejes —le digo, empujando mis caderas hacia sus dedos para que entren y salgan.

Él gime y noto su ingle, dura e hinchada debajo de mí.

Sus manos trazan círculos intensos en mi pecho. Saca los dedos que tenía dentro de mí y traza círculos con mi humedad sobre el clítoris una y otra vez.

—Te deseo, Conroy. —Une sus labios a los míos y la lluvia cae sobre nuestros cuerpos—. ¿Puedo hacerte mía esta noche?

Vuelve a meterme los dedos y jadeo.

Gimo, giro la cabeza hacia su boca, rindiéndome al beso. Abro la boca y él atrapa mi lengua. Y los dos nos derretimos mientras nuestras bocas vuelven ávidas a por más y más.

Empujo su mano, pero necesito que vaya más profundo.

Me separo un poco, me levanto para deslizarme las bragas por las piernas. Me giro para mirar por encima de mi hombro, a través de los árboles, y sigo viendo a lo lejos la fiesta que hay montada en el restaurante de Mariette.

Oigo que rasga un envoltorio. Le empujo hacia atrás contra la silla mientras me subo encima de él.

Sus ojos me miran ardientes de deseo. Ambos, excitados, agitados. Dios, qué mojada estoy. Lo noto.

Se desabrocha el cinturón. Se abre los pantalones. Se saca la polla. Veo cómo se acerca más, mientras se coloca el condón.

Le doy un beso largo y profundo, mientras voy sintiendo cómo introduce su glande. Despacio, muevo mi cuerpo hacia él, lo meto dentro de mí y siento que se hunde hasta el fondo.

Con la respiración agitada, le beso una y otra vez.

—No escuches ni hagas lo que te digan los demás —le susurro mientras me muevo sobre él—, porque hay algo dentro de ti que es bueno. Algún día sabrás para qué sirve. Te lo prometo.

Le agarro del pelo haciendo que levante la cabeza. Lo atraigo más y más hacia mí mientras me lo follo. Sus dedos me arañan la espalda mientras me chupa y muerde los pezones con fuerza.

Reboto encima de él y me lo meto cada vez más adentro, sintiendo cómo se contraen mis paredes internas.

—Dios, Iron —gimo.

Me voy a correr enseguida.

Inclinándome hacia atrás, me deslizo más rápido, más fuerte. Mientras él me agarra por las caderas. Aspirando aire a través de sus labios apretados, va observando cómo se mueve mi cuerpo. El calor va creciendo en mi vientre, mientras noto un cosquilleo de pies a

cabeza. Jadeo. El sudor me cubre la piel más y más a medida que va aumentando esta sensación placentera.

De pronto, estallo en un orgasmo que me sacude por dentro. Echo la cabeza hacia atrás y noto su mano sobre mi boca justo en el momento en que empiezo a gritar.

Sigo deslizándome hacia arriba y hacia abajo mientras continúo moviéndome entre espasmos hasta que todo mi cuerpo se acaba relajando por completo.

Me acerca de nuevo a él y me mete la lengua en la boca.

Dejo que me bese. Necesito un segundo...

Me aprieta las caderas, respirando sobre mis labios.

—Aún quieres más, ¿verdad?

Sonrío, abriendo por fin los ojos.

—Puede que quiera unos cuantos más como ese.

Me devuelve la sonrisa y suelto una risita, feliz.

Lo abrazo, muevo las caderas y empiezo a acariciarle de nuevo, con sus manos recorriendo mi cuerpo. Es tan cálido.

Pero entonces levanto la vista y veo algo. Me fijo en la sombra oscura a través de la ventana. Hay alguien de pie en la cocina.

El corazón me da un vuelco.

La sombra da una calada a su cigarrillo. La colilla se va encendiendo y consumiendo mientras nos observa. Abro la boca para decirle que tenemos que parar, pero...

Pero la cierro.

Me tomo las cosas con calma con Iron. Voy sintiendo su lengua y los ojos de los dos hombres clavados en mí mientras elevo la cara hacia el cielo y la lluvia se desliza por mi cuerpo.

7

Krisjen

La espalda de Dallas sube y baja en la cama de al lado con cada respiración.

Duerme boca abajo, con la boca semienterrada en las sábanas, y la verdad es que hay algo que me sorprende.

Usa sábanas.

Milo casi nunca ponía, y Trace igual, solo que aprendió rápidamente que yo nunca iba a quedarme a dormir en un colchón sin sábana.

Pero Iron usa sábanas. ¿Y ahora Dallas también? Parece que los hombres viven un salto evolutivo a partir de los veinte. No puedo asegurarlo del todo hasta que no vea también las de Army y Macon.

El brazo de Dallas cuelga del lado de la cama, el pelo negro le cubre los párpados casi por completo, y dejo que mi mirada se deslice por su espalda desnuda hasta donde la sábana gris le cubre las caderas, lo suficiente como para darme cuenta de que no lleva nada debajo. Vino a la cama después de que Iron me metiera en la suya y se desnudó conmigo ahí, aunque yo ya estaba dormida. De todas formas, al compartir habitación con su hermano, no creo que duerma desnudo normalmente, ¿verdad?

Al menos llevo puesta una camiseta blanca de Iron. También me dejó un par de calzoncillos, pero dos horas después me despertó y

me los volvió a quitar. No debe de haberse vuelto a dormir después, porque me he despertado sola hace unos minutos.

Tiro de la camiseta, asegurándome de que me cubre bien, y luego deslizo las manos entre las piernas, por encima de la ropa interior. Aprieto las piernas con las manos dentro y hago una mueca de dolor. Siento como si tuviera un moratón ahí abajo. Me duele un poco. La de Trace era un poco más grande, pero, por alguna razón, me duele más después de haberlo hecho con Iron. Después del polvo del sofá también me dolió. Iron va más duro. Más profundo, tal vez. Supongo que tuvo que ser él.

El aroma a café llega desde abajo, llenando la habitación. Cierro los ojos, frotándome un poco como para calmar el dolor. Pero tampoco quiero que desaparezca, porque será el único lugar en el que permanecerá una vez que se haya ido.

Abro los ojos, pero cuando estoy a punto de levantarme, veo que Dallas está ahí, mirándome fijamente.

Me quedo inmóvil un segundo. ¿Cuánto tiempo lleva despierto?

Saco las manos de debajo de las sábanas.

—Te duele —susurra—. Eso te hace más deseable.

«¿Qué?».

Luego gira la cabeza, mira hacia la pared y vuelve a dormirse.

Me doy cuenta de que esta casa se va a volver mucho menos acogedora sin Iron.

Retiro la sábana, me pongo los calzoncillos de Iron y salgo de la habitación. La puerta de Macon, frente a la de Liv, sigue cerrada, al igual que las de Trace y Army. Una suave luz azul se cuela por las ventanas y siento un escalofrío mientras bajo las escaleras. Probablemente sean las seis de la mañana. A las nueve no tendré frío. La temperatura exterior siempre suele subir rápidamente.

Oigo correr el agua por las tuberías a mi alrededor y siento un cosquilleo en las fosas nasales al inhalar el beicon mientras se fríe y el sutil aroma a mantequilla. Giro a la izquierda en el salón, vacío y oscuro, y me detengo a la entrada de la cocina. Iron cocina en los fogones. Voy a empezar a hablar pero me detengo, observándole.

Los músculos de su espalda se estiran y tensan mientras cocina, pero sus hombros se han relajado y su cuerpo fluye con el movimiento. Coge la sal y vuelve a echar un poco en la sartén mientras va removiendo. Salta la tostadora e Iron saca el pan recién hecho. Lo hace todo a un ritmo fluido. Está calmado, tranquilo, sereno.

Siente paz.

Ya no hay tormento.

Joder.

Se me abre un poco la boca, por mi garganta sube un nudo de náuseas. Tantas veces he querido que se calmara... y resulta que ahora lo único que quiero es verle en sus luchas, saber que la chispa que hay en él sigue ahí, invicta.

Se vuelve y, al verme, sonríe un poco. Y yo me dejo caer en una silla de la isla. Respirar duele. Retiro la tapa de cristal del plato de tarta y unto el dedo en el glaseado de chocolate que recubre uno de los dos trozos. Es lo que ha sobrado del postre que Mariette me pidió que trajera ayer para Iron. Me chupo el dedo y se me hace la boca agua por el sabor dulce.

Vuelvo a hacerlo, pero un tenedor aparece delante de mi nariz y me río en voz baja, aceptándolo. Está preparando el desayuno para todos, pero yo no quiero su desayuno. Él no es el que hace el desayuno. Lo suele hacer Army. El hecho de que sea él el que está cocinando para todos me parece algo así como una disculpa, una

despedida. Y también una derrota. Mejor que prepare el desayuno cuando vuelva a casa.

Me meto en la boca todo el chocolate que puedo. Pasados tres segundos no puede evitarlo, abre el cajón, saca otro tenedor y se une a mí.

Nos reímos y le miro a los ojos mientras se sienta frente a mí y devoramos el resto de la tarta.

Al final, vamos más rápido y la cosa se convierte en una carrera por ver quién se lleva el último bocado. No puedo evitar que se me escape la risa cuando los dos nos metemos más de lo que podemos masticar y tragar de una vez. Al final es él el que acaba pinchando el último trozo con el tenedor. Me mira mientras lo mastica, mientras yo noto todas las migas alrededor de mi boca.

—Necesitamos más —dice.

Asiento con la cabeza, salto del taburete y corro hacia el congelador mientras él lo hace hacia los armarios. Saca tazas y cucharas, mientras yo cojo todo el helado que encuentro. Hay una tarrina de vainilla, otra con trocitos de chocolate y cerezas, otra de vainilla y galleta y un envase entero de fresa, sin tocar.

Preparamos la mesa. Buscamos en el frigorífico y en los armarios para hacernos con todos los *toppings* imaginables. Nata montada, nueces, algunos arándanos frescos y kiwi ya cortado de anoche. También encontramos M&M's, sirope de chocolate, nubes y un bote con virutas comestibles de motivos navideños. La verdad es que me cuesta mucho creer que alguien en esta casa haya estado haciendo galletas para Dex, así que intentaré no pensar mucho en que probablemente esto lleve aquí desde que Liv y Trace eran pequeños.

—Pero ¿qué cojones? —dice alguien detrás de mí.

Levanto la vista y veo a Trace pasándose la mano por el pelo de recién levantado mientras examina la mesa del desayuno. En su

tripa aún quedan restos de tinta negra medio secos del escrito de su disfraz de Halloween de ayer.

Sacude la cabeza, pone música y toma asiento, mientras yo destapo los helados y les pongo cucharas nuevas. No tarda en hacerse con una para empezar a comer.

Cuando empieza a sonar la versión de Filter de *Happy Together*, Army entra con Dex. Dallas le sigue, y yo me siento junto a Iron mientras entra Macon, con la espalda ya cubierta de sudor por haber estado en el garaje.

Todos se llenan las tazas mientras se van pasando los *toppings*. Dex mueve las piernas frenético al ver tanto dulce.

Macon se acerca al grifo para lavarse las manos; su presencia parece imponerles respeto.

Lanzo una nube al aire y la capturo con la boca delante del bebé, que suelta una risita.

—Es fácil comerte así las cosas con una boca tan grande —suelta Dallas.

—Y más fácil aún cuando algunas de esas cosas son más pequeñas que otras —dejo caer la mirada hacia su entrepierna mientras sigo masticando la chuchería.

Trace se ríe por lo bajo y Dallas nos lanza una mirada a los dos. No puedo contener una sonrisa al imaginar que Trace la tiene también más grande que él, supongo. No sé por qué me gusta tanto que sea así. No, espera. Sí que lo sé.

Noto que algo se mueve por el rabillo del ojo. Es Macon, que coge asiento presidiendo la mesa, mientras todo el mundo se mueve ligeramente en su asiento y se calla solo por un momento. Army dirige la mirada hacia él. Yo estoy a punto de hacerlo, pero me acabo arrepintiendo. Trace, Dallas e Iron evitan todo contacto visual

mientras él se empieza a servir el helado en la taza siguiendo al resto.

Esparzo unas cuantas nubes sobre la mesa, delante de Dex. Luego hundo la cuchara en el helado y me la llevo a la boca.

—Así que os coméis el helado en tazas, ¿eh? —Me como otra cucharada—. ¿Por qué?

Trace mueve la barbilla hacia su hermano.

—Por Macon —me dice—. Siempre se lo comía así.

—Así es fácil de transportar sin que se te congele la mano —dice Army sosteniendo la suya por el asa.

—Y sin que el calor corporal derrita el helado demasiado pronto —añade Iron.

—También es más fácil sacarlo arrastrándolo por los lados altos de una taza —explica Army.

—Y luego se derrite —vuelve a intervenir Trace—. Y entonces puedes bebértelo sin más.

Y lo inclina hacia atrás, haciéndome una demostración mientras se lleva un trozo de helado a la boca.

Vuelvo a apretar los dedos en torno al asa, demasiado consciente de la imponente presencia de Macon en la mesa.

Tienen razón. Cuando como helado, no suelo estar sentada a la mesa. Siempre es en el sofá, delante de la tele. Lo del asa está genial.

—Ahora me toca preguntarme para qué existen los cuencos.

Iron se ríe entre dientes.

Macon se echa un chorro de nata montada en su taza, que sale disparado. Unta el dedo en ella y se lo pone a Dex en la nariz. El pequeño sacude la cabeza, aturdido, y luego mueve las manos de arriba abajo, emocionado, mientras sonríe a su tío, que le guiña un ojo, tan disimuladamente que no creo que nadie más lo vea.

Se me acelera el corazón al verlos. Nunca había visto a Macon tan juguetón. Sus interacciones se suavizan con Dex.

Army se lanza hacia su hijo y le chupa la nariz, haciendo que el niño se eche a reír.

—Cuando yo era pequeño era imposible tener helado de Oreo en casa —reflexiona Iron en alto—. Era mi helado favorito, pero también el de papá.

—Cuando mamá lo compraba, papá se lo comía todo enseguida y no llegaba ni a la mañana siguiente —cuenta Army—. Iron se quedaba superdecepcionado.

Trace se queda mirando a su hermano e interviene:

—No me acuerdo de eso.

—Éramos demasiado pequeños —le recuerda Dallas.

Sus ojos permanecen fijos en su taza mientras come y se esfuerza por aparentar que no le molesta acordarse de tan poco.

—De hecho, no siempre fue así —señala Army—. Papá iba por fases. Solía comer todo lo que le gustaba hasta que se cansaba. Así que Iron pronto volvió a tener su helado favorito para él solo.

—Solo porque Macon le escondía las tarrinas a papá —añade Iron.

Miro a Macon. Sigue comiendo, mirando al frente como si no estuviéramos todos aquí sentados.

—Cuando mamá se puso más enferma —continúa Iron—, Macon era el que tenía que hacer la compra, así que escondía el helado debajo de las *pizzas* del congelador.

Todo el mundo se queda en silencio, solo Macon sigue llevándose la cuchara a la boca, y por primera vez siento que pertenezco de verdad a la mesa de los Jaeger. Mi silencio, como el de los demás, surge al recordar que su hermano mayor piensa en ellos. Constantemente.

Iron le intenta robar miradas a Macon como si esperara algún reconocimiento, reacción o palabra por su parte, pero Macon inspira profundamente y deja la cuchara, poniéndose de pie.

—Hoy tenemos un día ocupado —les dice a todos—. Haced hueco.

Se sirve una taza de café y sale de la cocina para desaparecer de nuevo en el garaje.

Nadie dice nada, pero el ambiente ha cambiado, las sonrisas y las bromas de hace un minuto se han extinguido.

El reloj de pared del salón da la hora y el sonido lleva a todo el mundo de vuelta a la realidad. Todos se meten las últimas cucharadas en la boca y se levantan. Trace deja la taza en el fregadero y se agacha para sacar unas bolsas del armario de debajo para empezar a limpiar la basura de la fiesta. Dallas sube las escaleras y en pocos segundos suena la ducha.

Me quedo observando cómo cada uno de ellos se pone manos a la obra sin intercambiar palabra. No lo hacen por lo que va a pasar enseguida con Iron. El ambiente de la casa y los ánimos de todos sus integrantes están a merced del humor de su hermano mayor.

Y no creo que la cosa vaya a mejorar con Iron fuera de casa.

Una hora después, estamos todos en la recepción de la cárcel.

—Quita mis cosas del cuarto si quieres —le dice Iron a Dallas—. Podrías pillarte una cama más grande también.

Su hermano menor flexiona la mandíbula para disimular el temblor.

—Todo se queda como está —dice en voz baja.

Iron se acerca a él y le abraza. Dallas se queda con los brazos pegados al cuerpo solo un par de segundos antes de devolverle el

abrazo. Luego va hacia su hermano menor y lo abraza con fuerza.

—Siempre atento, ¿vale? —le dice, apartándose un momento—. Y sé mejor que yo, ¿estamos? Al final he visto que no valía la pena.

Trace asiente y mira hacia otro lado, parpadeando sobre el agua de sus ojos.

Le toca a Army. Iron ya se ha despedido de Dex en casa.

Macon no está aquí. No ha salido del garaje, y sé que Iron ha esperado, pero al final hemos tenido que irnos.

—Me odia —le dice a Army, con la barbilla un poco temblorosa.

Pero Army niega con la cabeza.

—Te quiere. Por eso no está aquí.

Me muerdo la lengua. Y una mierda. «Nunca se sabe», mis cojones. ¿Y si Iron se muere ahí dentro? ¿Y si se acaba juntando con gente peligrosa y eso lo termina de joder para siempre? Todo lo que necesita es que su hermano le diga que lo echará de menos.

Y que le confirme que podrá volver a casa.

—Cumple tu condena y vuelve con nosotros —le dice Army.

Le da un último abrazo, y yo me quedo ahí, sin saber si debería ir hacia él. Ni siquiera estoy segura de por qué me quería aquí. No soy su novia.

Pero de pronto se detiene delante de mí.

—Gracias por... tu amistad.

Suelto una pequeña carcajada, negando con la cabeza.

—Lo digo en serio —me dice.

Alargo la mano y lo abrazo, sintiendo sus brazos a mi alrededor y su beso en la mejilla.

Bromeo en su oído:

—Pero no me pidas que te espere, ¿vale?

—No seré yo quien lo haga —me dice, soltándome—, pero... serás una Jaeger algún día.

Le miro.

—Lo sientes, ¿verdad, Krisjen? —Sus ojos se iluminan—. Tú perteneces a esa casa.

Trago saliva. Puede que lo sienta. Quizá lo siento porque no tengo nada más y me da demasiado miedo intentar ser parte de otra cosa. Esconderme en la bahía el resto de mi vida sería fácil. Me encanta estar allí.

Mira a sus hermanos y luego a mí.

—Dallas, ¿tú crees que...?

—Ay, que te jodan —exhalo.

Se ríe y vuelve a abrazarme.

—Vuelve a casa —le digo.

Se llevan a Iron. El policía de la recepción llama al oficial y a Iron para que pasen, y yo no puedo evitar decir:

—Llama en cuanto puedas.

Desaparece detrás de la puerta y todos nos movemos para seguir su silueta a través de la ventana. En unos instantes, su camiseta negra desaparece de nuestro campo visual, y siento como si me arrancaran el corazón. ¿Adónde se lo llevan? ¿Estará bien? Solo quiero seguirle...

—Tenemos que ir a trabajar —dice Dallas, interrumpiendo mis pensamientos—. Vamos.

Se van, y los pies me pesan mientras los sigo, deseando poder ver al menos dónde dormirá Iron esta noche. Como si fuera un campamento de verano y tuviera que aprobarlo antes de permitir que se quedara.

Camino junto a Army, intentando contenerme, pero no puedo. Alguien tiene que decirlo.

—Mira, sé que Iron se lo ha buscado de alguna manera —le digo —, pero eso no cambia el hecho de que esté cagado de miedo.

Fuera, las nubes cubren el cielo y Trace y Dallas se dirigen al aparcamiento.

—Admira a Macon —digo mordiendo cada palabra—. Y Macon nunca está ahí. No recuerdo haberle visto en ningún partido de Liv. Ni siquiera apareció en la fiesta de cumpleaños de Dex. Todo lo que Iron necesitaba era una palabra amable por su parte, y Macon...

Pero Army se vuelve y me mira fijamente, haciéndome perder el hilo de mis pensamientos.

—Una vez —afirma—. Macon estaba ahí para todos nosotros cuando más le necesitamos.

—Pues ya no es así.

—No lo entiendes. —Me mira a los ojos—. Quiero a Iron, pero lo único que hacía era pensar en sí mismo. Ahora nos toca a nosotros, joder. Macon nos necesita ahora.

Lo observo mientras se aleja, dándome cuenta de que está igual de enfadado con Iron que Macon.

Army esconde mucho.

—¡Pedido listo!

Ladeo la cabeza y uso el hombro para frotarme detrás de la oreja y atrapar el sudor que me resbala. Cojo un plato y luego otro. Le echo un segundo vistazo y lo vuelvo a dejar bajo el calentador.

—¡Se supone que esto tenía que ser arroz!

No estoy gritando enfadada. Solo he subido la voz. Hay como quince conversaciones simultáneas en el restaurante. Sin mencionar a Aracely, que no para de hablar mientras mueve los platos por la sala, aunque tenga que gritar para que la oigan.

Pero me alegro de que haya bastante gente. Me ayuda a no pensar en Iron y en lo que estará haciendo ahora. Parece como si lo

hubiéramos dejado hace un año, en lugar de ayer.

El cocinero coge el plato.

—Dame tres minutos.

—¡No los tengo! —suelto, y le arrebato la bandeja a Summer, echando una cucharada de arroz de su plato al mío.

—¡Krisjen!

—Mi pedido iba primero —le digo—. Así que el arroz me toca a mí.

Me marcho con la comida, deslizo una botella de kétchup entre mi codo y mi cadera y aprieto.

—¡Voy a considerar este ultraje como compensación por el incidente de los aros de cebolla! —grita Summer—. ¡Ahora ya estamos en paz!

—Afirmativo.

Dejo los platos delante de las dos señoras, una de ellas está tan roja como un tomate, tienen que ser turistas.

Dejo el kétchup en la mesa once y cojo la Coca-Cola que había dejado en la barra para ponérsela delante a Sam Martínez, que solo viene cuando su mujer le pone bocadillos de atún para comer, cosa que odia, pero no tiene el valor para decírselo.

—Aquí tienes —le digo, dejando caer una pajita nueva junto a la bebida.

—Gracias, cariño. —Corta el filete—. ¡Que no decaiga ese ritmo!

—Eso está hecho.

Me suena el teléfono en el bolsillo trasero y lo saco, viendo el nombre de Bateman en mi pantalla. Lo cojo y me lo pego a la oreja mientras empiezo a recoger los platos sucios de la mesa doce.

—Hola, ¿qué tal?

—Krisjen...

Se queda sin aliento. Me paro en seco.

—Siento todo esto —dice—, pero tienes que venir a casa.

Me detengo, poniéndome recta.

—¿Qué pasa?

—Tu madre había quedado para comer y luego volvía, pero lleva ya dos horas de retraso —me dice—. Y le dije que hoy solo podía quedarme un rato.

Me arranco el delantal, dejando los platos mientras pregunto:

—Pero ¿por qué estás ahí siquiera? Los niños están en el colegio. Mi madre los dejó esta mañana.

—No —contesta—. Los profesores tenían una formación o algo así; lo tengo marcado en mi calendario desde agosto. Hoy los niños no tienen cole y yo tengo recados que atender. Tu madre me aseguró que volvería a las dos.

Levanto los ojos hacia el reloj que hay sobre la barra del desayuno. Son más de las cuatro.

—¿Puedes quedarte, por favor? —le pregunto—. Lo siento mucho, es que...

—Y, por cierto, tu madre lleva cinco semanas sin pagarme.

Me paro un segundo para asimilar lo que me está diciendo.

—¿Qué?

Bateman no dice nada por un momento. Lo cierto es que estoy agradecida de que haya seguido viniendo, estoy segura de que cualquier otra persona en su lugar no lo hubiera hecho. ¿Qué demonios les está pasando a mis padres?

—Lo siento. Eso no es problema tuyo —me dice—, pero no consigo hablar con ella y la verdad es que estoy harto. Tengo que irme.

¿Por hoy o para siempre? Exhalo con fuerza.

—De acuerdo. Voy para allá.

—Gracias, cielo.

Cuelgo y me inclino sobre el mostrador, quedando suspendida en el aire, para sacar mi bolso del otro lado.

—¡Pedido listo! —me informa Mariette.

Llamo a mi madre. No estoy preocupada, pero si resulta que está de camino a casa, al menos podría quedarme y terminar mi turno. Salta el buzón de voz, cuelgo y llamo a mi padre, aunque sé que no va a contestar.

—¡Krisjen! ¡Pedido listo!

Espero a que salte el buzón de voz y aprieto el teléfono en la mano, dando la espalda a los clientes del mostrador.

—Te prometo que algún día no podrás salir de tu puta casa sin oír mi nombre en tu cabeza. Vas a lamentar que haya nacido.

Cuelgo, deslizo el teléfono en el bolsillo y recojo mi mochila. No culpo a mi madre. Siempre ha pagado a Bateman y, si no puede, es por lo que nos ha hecho mi padre.

De todas formas, no me gusta en absoluto la forma en la que está gestionando casi todo. Podría vender algo de lo que tiene. La casa. Sus joyas. Será por opciones.

Y sí, tratar de utilizarme para salvarse el culo es un tema aparte, pero si algo se puede decir de mi madre, es que es una superviviente. Está claro que nada de esto estaría pasando si mi padre no nos hubiera abandonado sin dejarnos ni un duro.

Arrojo el delantal al cesto de la ropa sucia mientras Summer se detiene a mi lado.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Tengo que irme. —Ni siquiera la miro—. Lo siento mucho. Intentaré compensarlo en otra ocasión.

—Se supone que esta noche te tocaba barra —interviene Aracely bruscamente.

—¿Podría pedir un par de servilletas, por favor? —grita alguien. Seguido del sonido del timbre, nuevamente.

—¡Pedido listo!

—¿En serio? —me suplica Summer—. No es buen momento. Está muy lleno.

—Tengo que hacerlo —le digo a la chica nueva—. Es una emergencia. Sé que te hago una putada, y lo siento.

—Ve —me dice Mariette—. No pasa nada. Nos vemos mañana.

Le dirijo una sonrisa de agradecimiento. Luego miro a Summer, ignorando a Aracely.

—Te debo una, te lo prometo.

—Más te vale.

Me río un poco y veo la bolsa para llevar debajo del calentador. La cojo.

—Me llevo esto —le digo a Mariette.

Macon no estaba en casa a la hora de comer, pero hemos visto llegar su camioneta hace media hora. Mariette ha pensado que probablemente tendría hambre.

Salgo a toda prisa del restaurante y me dirijo a casa de los Jaeger. En realidad, no le he dicho a Mariette que igual me tengo que marchar definitivamente. Si Bateman no cobra, no volverá, y yo tendré que estar en casa. ¿Qué demonios pasaría si decidiera ir a la universidad en enero?

Giro a la derecha, entro en el garaje y me encuentro con Dallas, Macon, Trace y Army trabajando en un viejo Cadillac dorado. Todo el mundo sabe que pertenece al alcalde de Santa Carmen.

Es increíble el tiempo que llevan los Jaeger sobreviviendo a base de hacer cosas útiles para la gente adecuada. Son como enemigos públicos y, a la vez, amigos privados.

—Hoy tengo que irme antes —le digo a Macon. Está sentado en su banco de trabajo, inspeccionando una pieza de debajo del capó del coche que, por lo que parece, se ha salido—. No podré hacer barra esta noche.

Gira lentamente su destornillador y el tornillo cae sobre la mesa.

De fondo suena *Careless Whisper* de Seether.

Macon no responde.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta Army.

Macon recoge el tornillo y se frota los ojos.

Le estudio con la mirada.

—N-nada —le respondo a Army.

Me hago a un lado para ver si puedo ver los ojos de Macon. Sus bolsas se han oscurecido. Dejo la comida delante de él para que la vea. ¿Se encuentra bien?

Mi teléfono vuelve a sonar y lo cojo sin mirar.

—¿Dónde estás? —pregunta Mars.

—Ya voy —le explico—. Estaré pronto en casa.

—Vale.

—Hasta ahora.

—¿Volverás mañana? —me pregunta Army.

Le miro a los ojos; su preocupación me ha cogido desprevenida. Es bastante fácil reemplazarme.

Niego con la cabeza.

—No lo sé. Yo...

—Tenemos que saberlo —me interrumpe Dallas.

Empiezo a retroceder, hacia la puerta.

—Lo intentaré.

—No lo hagas —responde, inclinándose hacia atrás bajo el capó—. Te podemos reemplazar perfectamente. Hay un montón de chicas que no me traerían la hamburguesa de queso siempre fría.

Army le fulmina con la mirada.

—La mía nunca llega fría.

—Probablemente porque eres el siguiente al que se quiere follar.

Macon introduce la cabeza del destornillador en la tuerca; apenas parpadea mientras lo gira lentamente.

Se desencaja. Lo vuelve a meter.

Inspira.

Luego exhala.

Inspira. Exhala.

Vuelve a girar un poco la herramienta.

Da otro pequeño giro.

Sigue inspirando. Y exhalando.

—Deja de tratarla como a una mierda —sigue Army.

—Sabe devolver los golpes perfectamente ella solita.

La mandíbula de Macon se tensa.

—Dallas, que te calles —interviene finalmente Trace.

Macon aprieta el destornillador. Tiene los nudillos blancos. Le tiembla la mano.

Se me revuelve el estómago. ¿Sabe que estamos aquí?

—Vamos. —Dallas no se detiene mientras se acerca a mí—. ¿Dónde está ese fuego que te ardía con Iron?

—Déjala en paz —gruñe Army.

La mano de Macon vuelve a temblar. De hecho, no deja de temblar ni un segundo. Alterno mi mirada entre su mano y su rostro. ¿Acaso soy la única que lo ve?

Pero Dallas sigue insistiendo.

—Dejaremos la puerta abierta —dice burlándose de mí—. Seguro que vuelves esta noche.

Me alejo de él.

—¿Se puede saber qué demonios te pasa? —le grita Army.

Pero en medio del enfrentamiento surge una voz apenas audible:

—Ve a cuidar de tu familia, Krisjen.

Me giro, siguiendo la dirección del susurro. Todas las miradas se vuelven hacia Macon, que se está frotando los ojos con el pulgar y el índice. Probablemente soy la única que lo ve, pero los tiene llorosos.

—Mariette te aceptará de vuelta cuando quieras —dice con voz grave.

Sus hermanos le miran cautelosos mientras se levanta y se aleja de la mesa.

—¿Le digo a Mariette que rechace a los clientes si llegan? —le pregunta Army.

—Por mí, como si le dices que cierre las putas puertas del restaurante para lo que queda de día.

Dallas se mueve cuando su hermano pasa por delante de él, y Trace sale de debajo del capó, observándole. Por fin todos se dan cuenta de la situación de la que me he percatado hace un buen rato.

—Ahora largo de aquí —les ladra Macon—. Todos. Ahora.

Retrocedo hacia la puerta del garaje. Sus hermanos me siguen y salimos antes de que pulse el botón y la puerta vaya bajando, encerrándolo de nuevo en su soledad.

Lentamente, camino hacia mi coche, mientras los chicos salen a la calle.

—No entiendo cómo es posible que no podamos contratar a empleados que no tengan putos críos a los que cuidar —se queja Dallas detrás de mí.

Hay algo que no va bien. ¿Cómo puede ser que no se den cuenta?

¿Será por Iron o...?

Me limito a subirme a mi coche y quedarme sentada un segundo. Las lágrimas me empiezan a resbalar por las mejillas, pero no entiendo el porqué. Algo está cambiando en la bahía.

No puede ser que esté pasando. Pero es la realidad.

Parece que se esté muriendo.

Liv se ha ido. Iron también.

Y Macon...

8

Trace

—Creo recordar que Macon tuvo que dejar un trabajo para volver a casa y criarte —le dice Army a Dallas.

Krisjen se marcha y yo la sigo con la mirada hasta que desaparece entre los árboles. ¿Qué demonios está haciendo? No empecé a salir con ella porque pensara que me la quitaría de encima cuando se fuera a la universidad este otoño. Empecé con ella porque está buena y es divertida, pero no debería seguir aquí todavía. Tiene otras opciones. ¿Por qué parece que está estancada, que no avanza?

—Deja de ser un puto cobarde —le dice Army—. Y empieza a desahogarte con quien realmente se lo merece.

—No puedo.

—Déjala en paz.

—Pero si todavía no he conseguido que reaccione.

Respiro como si quisiera coger fuerzas. Hoy siento los hombros más pesados que de costumbre.

Army se acerca un poco más a Dallas.

—Le estás prestando mucha atención para ser alguien que, supuestamente, la odia.

Pero Dallas no retrocede.

—Tú no das miedo.

No como Macon, quiere decir.

—Me estás agotando —dice Army casi en un susurro. Mientras habla con Dallas, le noto lo cansado que está en la voz—. Ya de por sí es un suplicio estar cerca de ti, pero con esto incluso más. Si no vas a decirme qué te pasa para que te pueda ayudar, vas a tener que cerrar la boca. Porque, si no, créeme que no tendrás que preocuparte por Macon, porque ahora mismo soy yo quien quiere partirte el puto cuello.

—Entonces seremos Tryst Five, ¿no? —se burla Dallas.

Pero Army contraataca:

—No, seguiremos siendo Tryst Six. Tú estás asumiendo que eres insustituible, pero tranquilo que ya habrá más Jaeger.

No puedo evitar sonreír un poco. A excepción de Macon, ninguno de nosotros podía seguirle el ritmo a Dallas hasta ahora. De hecho, ni siquiera estamos seguros de que Macon no vaya a matarlo en algún momento. De todas formas, parece que Army por fin está aprendiendo a llevar la voz cantante.

Dallas no dice nada, simplemente escupe al suelo y salta a una de las camionetas. Sale en dirección contraria a Krisjen, hacia los pantanos, pero no me fijo en qué hace Army.

Saco el móvil. Aún sigo con la mirada perdida cuando Clay descuelga.

—Hola —contesta.

—¿Qué pasa con Krisjen? —le pregunto.

—¿Eh?

Espero, oigo un bocinazo y me doy cuenta de que está en su coche.

Krisjen no es de las que esconden las cosas. No como mi familia. Si hay algo que va mal en su vida, Clay lo sabe seguro.

Finalmente, suspira.

—Su padre se fue de casa. Hace como ocho meses.

Siento como si ya supiera esta información. Puede que lo haya insinuado de pasada, mientras yo estaba probablemente borracho, o algo así.

—Se marchó llevándose todo el dinero, incluido su fondo para la universidad —me dice Clay—. Por eso no vino al baile de debutantes conmigo la primavera pasada. No podía permitírselo. Su padre se fue con su amante a unos dos kilómetros de Barony Lane para empezar de nuevo. Y parece que no va a hacer frente a ningún gasto de sus hijos hasta que...

—¿Hasta que...?

Se aclara la garganta, probablemente nerviosa por traicionar la confianza de su amiga, pero sabe que se puede fiar de mis buenas intenciones.

—Hasta que sepa de verdad si es el padre de todos sus hijos —me explica—. Mars no se...

Asiento con la cabeza y le termino la frase:

—No se parece ni a Krisjen ni a Paisleigh.

Dios santo. Menudo gilipollas. Tiene más dinero del que jamás necesitará y, por lo menos, sabe que Krisjen es su hija.

«Ojalá pudierais tener todo el dinero que siempre habéis querido para que os dierais cuenta de que esa no es la respuesta».

Ahora tiene más sentido toda la pelea con Iron. ¿Cuál es el plan de la madre para cuidar de sus hijos?

—Lo único que le dejó a la señora Conroy fue la casa —explica Clay—. Además de los coches y las joyas, que puede vender, pero no quiere.

Claro, porque lleva toda su vida acostumbrada a ese tipo de lujo.

—Y he oído... —Clay hace una pausa y oigo cómo se apaga el motor.

—¿Qué? —insisto.

Vacila un momento, pero luego exhala.

—Krisjen no me lo ha dicho, pero mi padre me ha llamado esta mañana y... —continúa.

Me tenso ante la espera.

—Parece que hay algunos tíos del club que estaban circulando una antigua foto de Krisjen. —Baja la voz como si alguien pudiera oírla en su coche—. Una que le envió a Milo cuando estaban juntos, en el instituto, probablemente. Y, claro, el gilipollas no se la ha guardado para sí mismo. Y luego está Jerome Watson, que va diciendo que Krisjen será suya. Y, al parecer, su madre está presionando para ello, porque él es rico y...

Y ella no puede vender sus joyas, pero puede vender a su hija. «Claro, y una mierda».

—En la foto ella era menor, Trace —explica Clay—. Mi padre ha llamado a su madre y luego a su padre. Pero nadie contestaba. Ha estado esperando en el aparcamiento hasta que llegara Watson, y entonces le ha hecho sangre en la nariz del puñetazo que le ha dado.

¿En serio? «Ja, le está bien empleado».

—Mi padre conoce a Krisjen desde que era un bebé, ¿sabes? Estaba demasiado enfadado.

—No te preocupes por nada —le digo—. Dile a tu padre que no haga nada más. Ya lo gestionamos nosotros a partir de aquí.

—¿Nosotros?

Cuelgo y me dirijo a casa. Me cae muy bien Krisjen. Siempre ha sido así. Es dulce con todo el mundo, y no quiero que eso se acabe. Creo que esa fue la cualidad que hizo que me sintiera atraído por ella al principio. Aún no hemos madurado del todo ninguno de los dos, pero mientras mi actitud es patética, la suya es esperanzadora.

Entro en la cocina mientras Army está sacando unos *nuggets* de pollo del congelador. Le arrebato la bolsa de la mano y la vuelvo a meter dentro.

—Ve a por Dex —le digo—. Nos vamos.

—¿Adónde?

—Ya verás —le digo—. Nunca se sabe. Va.

Krisjen y yo hemos follado al menos veinte veces, pero nunca he estado dentro de su casa. Sé cuál es, y he pasado por delante de ella un millón de veces, pero los Conroy tienen a otras personas contratadas que llevan el tema de la jardinería, y cuando nos enrollamos, Krisjen nunca quiso hacerlo en su casa.

Lo cual tenía sentido. A mí sí que me pueden ver con una santa. Pero a ella sus padres no la pueden ver con un pantanoso.

Army aparca y yo voy andando por el largo camino de entrada hasta su casa, evitando la puerta de enfrente. Mi casa tiene características del renacimiento español, por definirla de algún modo: tejas de arcilla, exterior de yeso, ventanales divididos por tiras de plomo y puerta principal de madera. Pero su casa es blanca, está en excelente estado, y sé por sus redes sociales que tiene una enorme piscina en forma de T en el patio trasero, que tiene tantos metros cuadrados como la maldita casa. O al menos eso parece en Instagram.

La veo cruzar la habitación, justo frente a la ventana. Paso por encima del macetero de flores y llamo al cristal. Se da la vuelta y me ve. Saludo con la cabeza y me dirijo hacia la puerta principal.

No sé si su madre está en casa o no, pero no creo que suela estarlo. En cualquier caso, prefiero no toparme con ella.

Krisjen abre la puerta de un tirón y yo entro sin esperar a que me invite a pasar.

—Hola —digo echando un vistazo al reluciente vestíbulo. Hay un espejo en el techo. Increíble. Sacudo la cabeza.

—¿Qué pasa? —Noto la sorpresa en su voz.

La miro de frente. Army entra, con el niño colgando de su hombro.

—¿Han cenado ya los niños? —le pregunto.

—Estaban a punto de empezar.

Me estudia como si fuera a mearme en su casa.

Me doy la vuelta y me dirijo al salón o a uno de ellos, al menos.

—¿Qué estás cocinando? —digo elevando la voz.

Pero la oigo gritar detrás de mí:

—¡Eh!

Demasiado tarde. Ya puedo ver la cocina a mi izquierda y me dirijo hacia la puerta.

—Aquí huele rico —grito.

—Huele a ella —añade Army.

Paisleigh y Mars se sientan en la isla de la cocina, aunque nunca nos hayamos conocido formalmente.

Krisjen me persigue por la casa y nos hace la pregunta obvia:

—¿Qué demonios estáis haciendo aquí?

Pero entonces me detengo, arrugando la nariz mientras me giro hacia Army.

—¿Hueles eso?

Él asiente, vacilante.

—Brócoli.

Levanto el plato delante de la niña, inspeccionando esa porquería que parece ser frecuente en los hogares con mujeres. Gracias a Dios, Macon dejó de comprar esa basura el día que se empezó a

encargar de la casa. El único alimento verde que como es el jalapeño.

—Krisjen, ¿qué les estás haciendo a estos niños? —Miro a la niña —. ¿En serio os queréis comer esto?

A su lado, un chico que debe de ir al instituto se baja los auriculares.

—¿Tú quién eres? —pregunta Mars.

Me gusta ese ceño fruncido. Es protector.

Cojo el queso gratinado del plato de Paisleigh y me lo llevo a la boca.

La mantequilla toca mi lengua y mis papilas gustativas implosionan.

—La verdad es que está bastante bueno —le digo a Army.

Lleva jamón, y el queso está en la parte exterior del pan. Es un poco raro, pero no se puede negar que se deja comer.

Krisjen pone los brazos en jarra sobre sus caderas.

—Es *croque-monsieur*.

—¿*Croque* qué? —intento preguntar, pero tengo la boca llena y ella se limita a poner los ojos en blanco.

Army lo coge.

—A mí me parece un sanjacobo de toda la vida. —Muerde un trozo, enarca las cejas y me hace un gesto de aprobación con la cabeza.

—¿No nos hemos visto ya lo suficiente? —pregunta Krisjen.

Pero miro a los niños.

—¿Queréis helado para cenar? —Paisleigh asiente con tanta fuerza que casi se le cae la cabeza.

Pero Mars se muestra escéptico.

—Sois los Jaeger —dice. Luego mira a Army—. ¿Tú eres Macon?

—No, este es Army —le dice Krisjen a su hermano, y luego me señala a mí—. Y este es Trace.

—Vamos. —Empiezo a moverme hacia la puerta—. A ponerse los zapatos, que vamos a por helado.

—¡Sí! —grita la pequeña.

—¡Trace! —grita Krisjen, pero la ignoro.

Cojo a Dex de los brazos de mi hermano y me pongo a mi sobrino de un año a hombros para ponernos en marcha, mientras los niños saltan de sus taburetes y me siguen.

—¿Es tu hijo? —pregunta Paisleigh cuando salimos por la puerta.

—¿Este de aquí? —Le tiendo al bebé—. Lo encontré en la calle. ¿No es tuyo?

Echa la cabeza hacia atrás, riéndose.

—¡Nooooo!

Escucho a Krisjen mascullar algo detrás de mí y finalmente la oigo cerrar la puerta principal, siguiéndome.

Army y yo abrochamos a los niños en el coche, mientras oigo vagamente cómo Krisjen sigue quejándose detrás de mí, pero al final sube y nos vamos.

El trayecto no es largo. De hecho, casi ni salimos de su barrio.

Giramos a la derecha, subimos una cuesta —demasiado empinada para ser Florida—, y luego giramos a la izquierda. Las farolas de gas iluminadas enmarcan nuestro camino.

Se me eriza la piel de todo el cuerpo. Como siempre que vengo aquí.

Un manto de árboles se extiende sobre las aceras. El suave resplandor de las farolas ilumina la niebla tenue, haciéndome sentir como si estuviera lejos de Sanoa Bay.

Y muy lejos de Santa Carmen.

Recuerdo el día que trabajé por primera vez en esta calle, y aunque me pareció preciosa, eso no es nada comparado con el aspecto que tiene por la noche. Es como si todas las casas estuvieran cuidadas por una madre amorosa y hubiera una tarta de manzana enfriándose en el alféizar de cada ventana.

Army se detiene frente a una casa de campo estilo Tudor de los años treinta, de roca blanca con manchas de desgaste que revelan, de una forma sutil y encantadora, el marrón natural que hay debajo. El segundo piso tiene una ventana solitaria. Justo encima, el tejado se une en punta. También se ve claramente que han repintado las contraventanas una y otra vez durante los últimos cien años.

Una aldaba en forma de búho adorna la puerta verde y, a diferencia de la mayoría de las casas con ventanas cuadradas, esta presenta cristales abovedados.

Los árboles asoman a ambos lados del camino que lleva a la puerta principal, pero Army conduce la camioneta hacia la entrada y la aparca en la parte trasera de la casa, donde no es visible.

—¿Qué estamos haciendo? —pregunta Krisjen.

Pero yo no contesto.

—Vamos —les digo a los niños, abriendo la puerta. Paisleigh se apresura a quitarse el cinturón de seguridad. Mars me sigue.

Evito la puerta lateral y me dirijo a la parte delantera de la casa, cruzando los dedos para que Krisjen me siga sin rechistar. Saco las llaves, abro la puerta de la casa, la empujo y me hago a un lado para que entren los demás.

Los niños corren, Army sigue a Dex y Krisjen corre tras sus hermanos.

—Parad —grita—. No.

Pero yo tiro de ella hacia atrás y la estrecho entre mis brazos.

Patalea y me mira con el ceño fruncido.

—¿Qué haces? —me dice.

Y entonces grita:

—¡Mars! ¡Paisleigh!

—Están bien.

—¿Estáis cuidando de la casa? —me pregunta—. ¿Por qué tienes la llave?

Sonrío y la cojo, como si nos acabáramos de casar. Me excita un poco esta nueva versión tan cabreada que lleva mostrando desde que nos dejamos de acostar.

—Bájame ya —se queja.

—No.

—Hablo en serio —me regaña—. Venga, vamos, que al final romperán algo. Tengo que sacarlos de aquí.

En el piso de arriba suenan las fuertes pisadas de los niños mientras exploran la casa de campo. Mantengo las luces apagadas, para no alertar a los vecinos de que hay alguien en casa, cuando se supone que no deberíamos estar aquí.

Se retuerce en mis brazos y vuelvo a levantarla un segundo para agarrarla bien. Es curioso, nunca sentía que pesara tanto cuando la tenía encima.

—Nunca me ha gustado tu casa. —Le doy una patada a la puerta y la cierro—. Ni la de Clay, ni la mayoría de las casas de este lado de las vías.

Me dirijo hacia la izquierda, bajo los dos escalones del suelo de madera y entro en el salón, que tiene una chimenea de ladrillo. Probablemente, el propietario solo la utiliza para crear un poco de ambiente junto con el aire acondicionado para poder soportar el calor.

—Tu casa es demasiado refinada —le digo—. Demasiado fría.

Inspiro y me lleno los pulmones de un olor a ladrillo, a cuero y a perfume de mujer. Probablemente sigue impregnado en los sillones acolchados de respaldo alto desde la última vez que los dueños estuvieron aquí. Aunque la casa sea enorme, no creo que vivan nunca más de un par de personas.

Dos personas leyendo en esos sillones. Riendo con una botella. Comiendo y bañándose en la antigua bañera de arriba, y escuchando discos. Dos personas que siempre podrán escucharse el uno al otro. Nunca obligados a gritar, o ni siquiera a hacer algo que no sea susurrar. Nada de peleas. Nada que se rompa.

—Sin embargo, en esta casa... —musito, mirando a mi alrededor —. Aquí sí que podría vivir.

Noto que me mira fijamente, y estoy seguro de que se está preguntando si estoy borracho ahora mismo. Seguramente cree que no soy capaz de apreciar otra decoración que no sean pirámides de latas de cerveza y espadas samuráis. Por supuesto, tengo dos espadas samurái en mi casa, dentro de mi cuarto.

Sigo adentrándome en la sala y Krisjen me pasa un brazo por el cuello para no caerse.

Paso junto a las estanterías de caoba y al lado del jarrón antiguo que se apoya sobre un pedestal en una de las esquinas.

—También me encantaría tener mi propio negocio algún día —le digo—. Un lugar donde la gente pudiera venir a sentarse y charlar mientras bebe cerveza.

—¿Como un bar?

—Un *pub* —especifico.

—¿Hay alguna diferencia?

—Sí que la hay. —La miro con el ceño fruncido—. Un bar es para beber y ahogar las penas. Mientras que un *pub* es... —Hago una pausa y miro a mi alrededor como si la palabra que busco estuviera

escrita en las paredes—. Comunidad. Un lugar donde te sientes como en casa.

De ahí la palabra *pub*. Casa pública. Un lugar de reunión.

—Un lugar cómodo —prosigo—. Donde la música no esté demasiado alta y la comida sea buena. Un ambiente tranquilo. Con una chimenea y madera por todas partes: en los muebles, en la barra, en las paredes.

Contemplo el salón de esquina a esquina. Noto su cuerpo caliente bajo mis dedos. Es suave. Sobre todo en los muslos. Y me gusta. Noto las costillas que se marcan en su espalda. Nunca me había dado cuenta.

Sonrío un poco y prosigo.

—Yo sería el propietario del sitio y los clientes serían como buenos amigos. Un lugar un poco sosegado, excepto los sábados por la noche, cuando hay música en directo y el suelo tiembla mientras todo el mundo canta. Siempre hay gente con la que hablar. Gente feliz de estar allí. Feliz de verte. La verdad es que ese trabajo me encantaría. —La miro—. Y luego volvería a mi casa, un lugar tranquilo. Una casa propia, como esta, donde estar solo y...

Sostengo su mirada azul.

—Un lugar donde esté solo y...

«Y no tenga que sonreír si no quiero».

Pero no pronuncio esas palabras en voz alta.

—A Macon no le gustaría oír nada de eso —admito—. No le gustaría saber que a veces quiero irme. Prácticamente se ha matado por mantener unida a nuestra familia. Dallas se burlaría completamente de mi sueño. Army e Iron me preguntarían que de dónde sale tanto lloriqueo. Eres la única a la que se lo he contado.

Me mira fijamente y me callo.

¿Acabo de crear una situación incómoda?

Ni siquiera estoy seguro de por qué se lo he contado.

—Creo que nunca te había cogido en brazos así —digo divertido.

—No teníamos ese tipo de relación.

Sí. A veces comíamos juntos. Pedíamos comida para llevar de camino a mi casa o desayunábamos juntos a la mañana siguiente en alguna ocasión. Y esta es probablemente una de las conversaciones más largas que hemos tenido hasta la fecha. No nos queríamos para hablar, precisamente.

—Me alegro de que te marcharas de mi habitación aquella noche. —La dejo en el suelo—. Creo que a todo el mundo le lleva algún tiempo averiguar lo que quiere y lo que vale. Hay personas que pasan años conformándose con algo, porque es mejor que nada. Pero por fin, un día, se dan cuenta de que en realidad no querían eso en absoluto. No tener nada es mejor que tener algo que no te conviene.

Lo que no es para nosotros, lo inadecuado, nos mata por dentro.

Se queda de pie, mirándome, pero su mano no ha abandonado mi cuello.

—Es una casa de invierno —explico finalmente, señalando a mi alrededor—. Fred Corcoran y su mujer vienen aquí desde Boston cada noviembre, antes de Acción de Gracias. Pero hace unos días vi a parte del personal limpiando, lavando sábanas y abasteciendo la nevera para preparar su llegada.

Muevo su mano hacia la mía y tiro de ella, de vuelta al vestíbulo, hacia la cocina.

—Hace un par de años me dieron una llave para cuidar al gato cuando se fueran de fin de semana —le digo por encima del hombro —. Y nunca me pidieron que la devolviera, así que...

—¿No hay sistema de alarma?

—Supongo que, como el personal de seguridad está constantemente recorriendo el vecindario, pensaron que no lo necesitarían.

—Y, por supuesto, eso hace que tengas vía libre para entrar y salir —se dice más a sí misma que a mí.

Teniendo en cuenta que trabajo como jardinero, absolutamente. Nadie se para a mirar dos veces si la camioneta está en un sitio o en otro. Ni siquiera queda raro que esté aparcada aquí.

Se detiene y se vuelve hacia mí.

—¿De verdad vivirías aquí solo? ¿Para siempre?

No parece propio de mí teniendo en cuenta que me encanta la gente, ¿verdad?

—Creo que por eso me gustaste tanto —le digo en voz baja mientras le paso el brazo alrededor del cuello—. Pareces la misma tanto si estás con gente como si no. Nunca te alejas.

«Yo sí lo hago. Y mucho».

Su boca se abre como si quisiera preguntarme algo, pero yo me río y dibujo una sonrisa en mi cara para rebajar la intensidad.

—Es solo una fantasía, Krisjen. Nunca saldré de la bahía. Salvo para ir a Orlando —añado—. Me encantaría ir a Disneyland. ¿Tú has estado?

—¿Cómo?

Claro que ha estado. Seguro que hasta tienen un apartamento allí.

Entramos en la cocina, la luz de la nevera ilumina el rostro de Army mientras saca el helado del congelador. Los niños se sientan en la isla y yo empiezo a sacar ingredientes del armario, acertando sobre dónde está cada cosa.

—¿Vivís aquí? —pregunta el niño—. Creía que vivíais en caravanas o algo así.

—Mars —lo reprende Krisjen.

Pero yo me limito a asentir.

—Y tienes toda la razón, pero nos hemos colado aquí. —Me inclino hacia Paisleigh, presionando el dedo índice en mis labios—. Shh...

Se queda boquiabierta.

—No viven en una caravana —le dice Krisjen a su hermano mientras va sacando tazas y cucharas.

Le quito la tapa al helado y empiezo a servir.

—Vivimos en una gigantesca...

—Increíble... —añade Army.

—Fantástica... —señala Krisjen.

—Decadente... —le digo a Mars.

—Y deteriorada —bromea Army, aunque tenga parte de razón.

—Mansión. —Dejo caer la bola de helado en una taza.

Army pasa detrás de mí, agarrando a su hijo, que está trepando por el mostrador.

—Las paredes tienen agujeros —dice.

—El tejado tiene goteras —continúo yo.

—Pero llueve en la cocina. —Sonríe Krisjen—. Lo cual está guay.

—No hay aire acondicionado central —les digo a los niños—. Y el agua sabe a barro.

—Y hay huesos en el patio trasero —dice Army—. Porque todos los animales en un radio de quince kilómetros vienen a morir a nuestra casa.

Mars se ríe mientras da una cucharada a su helado.

—Se va la luz durante las tormentas —les dice Krisjen—. Se oyen ruidos constantemente, como si hubiera una persiana que cruje, y siempre huele a niebla de madrugada y a madera vieja.

Army la mira por encima del hombro, mientras Dex intenta zafarse de los brazos de su padre.

—Los suelos de cerámica son de un precioso color rojo anaranjado, y las escaleras son todas desiguales, como en las casas de los cuentos del Doctor Seuss —explica Krisjen mientras se sonríe a sí misma y prepara el helado de Paisleigh—. Porque han tenido que soportar año tras año el peso de los chicos Jaeger, y de toda la gente que ha vivido allí antes que ellos. Esas escaleras han sido testigos de gente corriendo y las han pisoteado de arriba abajo, y se han arrastrado muebles sobre ellas.

El brillo de sus mejillas se acentúa con cada palabra. Me encuentro con los ojos de Army, en medio de su relato, y ambos guardamos silencio.

—Los niños aprendían a trepar por ellas —continúa—. Siempre me preocupa clavarme una astilla, porque hay un pequeño agujero de unos cinco centímetros en uno de los escalones a mitad de camino, pero lo cierto es que espero que no lo arreglen nunca.

Sé muy bien de qué escalón está hablando.

Le encanta nuestra casa, ¿no?

—¿Por qué no quieres que lo arreglen? —pregunta Paisleigh.

Pero Krisjen no contesta a su hermana. Porque sabe que la belleza reside en las pequeñas cosas y que los defectos albergan un carácter, una personalidad. Aprender esto no es algo que nadie te pueda explicar ni enseñar.

Nunca me ha encantado mi casa, pero Krisjen, en cambio, la considera mágica.

Mientras termino de repartir el helado, veo que Army fulmina a su hijo con la mirada cuando este le da un manotazo.

—¿Cómo conseguís ver cuando se va la luz en medio de la tormenta? —le pregunta la niña a Krisjen.

Pero suelto la cuchara y soy yo quien respondo:

—¡Así! —Me tiro al suelo, meto la cabeza entre las piernas de su hermana y la alzo en el aire, subiéndola a hombros.

—¡Trace!

Me tapo los ojos con las manos de Krisjen y oigo una carcajada de la niña.

—No rompas nada —refunfuña Army.

Extiendo las manos, tanteando a ciegas la nevera.

—No prometo nada. —Abro la puerta y saco un pequeño recipiente de plástico con algo que no puedo ver—. Vale, ¿esto es el helado?

—No...

—¡Sí! —Krisjen se ríe—. Sí lo es.

Me llegan más risas desde el otro lado de la isla.

Lo destapo y empiezo a servir las bolas de helado en una taza.

—¡Krisjen! —grita Paisleigh.

Pero lo único que dice su hermana mayor es:

—Shh.

—Y ahora añadimos los extras —canturreo, agarrando algo que parece aceite de oliva—. ¡Cuantas más virutitas, mejor!

—Ay, no —interviene enseguida Paisleigh. Oigo cómo se golpea la frente con la palma de la mano.

—Y necesito también sirope de chocolate. —Alargo la mano hacia mi derecha, buscando un recipiente.

—No, ahí no —me dice Krisjen, todavía tapándome los ojos—. A la izquierda. Más. Más. Ahí.

Estoy casi seguro de que lo que acabo de coger es un molinillo de pimienta.

—Krisjen, pero...

—Ssh, sé lo que hago, no seas tonta —le dice a Paisleigh—. Ahora gíralo —añade.

Sonrío, feliz de volver a oír el tono ligero en su voz.

—Mmm, esto va a estar buenísimo. Me muero de ganas por probarlo —digo.

Busco a tientas una cuchara y la sumerjo en la taza, llenándola.

—Agg —dice Mars asqueado.

Paisleigh suelta una risita, esperando a que dé el bocado.

—No puedo ver esto —dice Mars finalmente. Y oigo cómo su taburete se arrastra en el suelo.

Engullo un enorme bocado de crema agria y hago como si me estuvieran dando arcadas, como si estuviera a punto de vomitar, mientras la niña empieza a reírse histéricamente.

Me desplomo, y Krisjen empieza a caer, soltando una carcajada. Yo suelto un grito mientras sus manos se separan de mis ojos.

Trato de agarrarla, pero se cae hacia un lado, justo sobre mi hermano. Él la coge en brazos y ambos se miran un momento.

—Ha vuelto la Krisjen que conocemos —dice, y ambos nos alegramos de que haya recuperado la sonrisa.

Llevamos nuestros helados a la mesa, mientras Mars desaparece escaleras arriba y Paisleigh juega con Dex en el vestíbulo.

—Gracias por esto, chicos —dice Krisjen, dejando su taza sobre la mesa—. Yo lo único que quiero es no ser un problema ni para Mariette ni para Macon. Con mis padres y sus problemas ya tengo más que...

Pero lo cierto es que no necesita explicarse.

—Así es como sobrevive la bahía, incluso a pesar de todos los problemas, peleas y ruido —le digo—. Nunca pensamos que tenemos que hacer nada solos.

Y ella tampoco tiene que enfrentarse sola a nada.

Respiro el aire fresco. El simple hecho de que tenga sistema de aire acondicionado central es casi razón suficiente para casarse con ella y mudarse aquí.

—Me gusta tu habitación.

Nos tumbamos encima de su cama, completamente vestidos. Moverme en este territorio desconocido me incomoda un poco. Este verano, cada vez que se iba de mi cama, nunca me preguntaba dónde dormía. Es difícil imaginármela en esta casa. Todo es blanco y dorado, limpio y frío. Excepto su habitación. Las paredes son azul bebé. Sobre su cama cuelga un dosel de tela transparente, porque siempre le dijeron que era una princesa.

Ruedo sobre ella, medio tumbado sobre su cuerpo mientras entierro la cara en su edredón blanco, que parece azul a la luz de la luna.

—Y esta cama —musito— huele a plenitud y a piel de mujer.

Me zambullo en su cuello, mordisqueándolo suavemente.

Ella suelta una carcajada y me empuja.

—Para.

Me recuesto, acuno su cabeza en el hueco de mi brazo y la miro fijamente.

—Puedo hacerlo mejor. —No sé si me refiero al sexo o a otra cosa, pero ella simplemente sonríe.

—No lo dudo. Cuando sea con alguien a quien quieras de verdad.

No estaba seguro de si realmente quería tener sexo esta noche o no, pero me doy cuenta de que ahora sí.

Ella me mira. Yo le sostengo la mirada y la verdad es que no me siento decepcionado. A veces me canso de que me follen.

Army se ha llevado a Dex a casa hace una hora, y yo me he quedado con ella, solo porque no quería irme a casa. No me ha

hecho ninguna pregunta cuando me he tumbado en su cama. Necesitamos amigos. Los dos.

—¿Estás enfadado conmigo? —me pregunta, sin romper el contacto visual.

No. En realidad, estoy agradecido de que sepa que no soy un pringado que no se entera de nada, como piensa toda mi familia y amigos. Sabía que se iba a acostar con Iron en cuanto apareció en la fiesta.

—¿Te importa si lo estoy? —susurro.

—Sí.

No puedo evitar sonreír un poco.

—¿Y tú estás enfadada conmigo? —le pregunto.

—No.

Sostengo su cuerpo con fuerza, sin dejar de mirarla. No sé por qué nunca le hice esto antes. Me siento bien.

—¿Le echas de menos? —pregunta.

Exhalo un suspiro y vuelvo los ojos hacia el techo.

—No lo sé.

Siento sus ojos clavados en mí y me recoloco, incómodo. Macon, Dallas, Army y yo... no tocamos el tema. Iron se ha ido. Hablar no ayudará.

«Pero ¿le echo de menos?».

—Es decir, le quiero y espero que esté bien, pero... —Sacudo la cabeza, como intentando buscar las palabras adecuadas—. Esa sensación de estar esperando algo, o de sentir que algo está incompleto... siempre ha estado ahí. En realidad, lo que siento ahora no es diferente de lo que experimenté hace dos meses, cuando Liv se fue a la universidad, o hace ocho años, cuando murieron mi madre y mi padre. —Le aprieto el brazo con la mano—. Parece que siempre me ha faltado alguien.

Siento que se acerca lentamente todo lo que puede, amoldándose a mí. Y me gusta que lo haga.

No puedo ser Macon o Army. No puedo ser Liv. No siento que tenga tiempo para aprender cosas. Espacio para titubear. Espacio para cometer errores. Para ellos soy solo un estúpido. Sé que lo soy. Sé que fracasaré si intento hacer algo en serio, así que trato de ser gracioso. O divertido. Si soy capaz de alegrar la casa, puede que Macon sepa que estoy vivo.

—Me alegro de que me hayas contado tu sueño —dice. Su cálida respiración se cuela a través de mi camiseta—. ¿Y sabes qué es lo gracioso? Que lo veo. No tanto lo de vivir en una casita de campo, todavía estoy tratando de visualizar esa parte.

Me río entre dientes.

—En cambio, no me cuesta imaginarme lo demás. Asientos forrados de cuero verde bosque en los taburetes del bar —continúa —. Paredes que reflejan la luz de las velas centelleantes. Sillas negras tapizadas estilo chéster rodeando las mesas, y tú, con una impecable camisa azul abotonada, detrás de la barra.

—¿En lugar de una camiseta?

—No. —Alza la punta de la barbilla hacia arriba, con aire asertivo —. Ahora eres un caballero. Un respetable propietario con amplios conocimientos sobre la historia del *whisky* y la diferencia entre envejecerlo en barricas de roble americano o francés.

¿De verdad necesito saber eso?

—El sitio también cuenta con una microcervecería artesanal —continúa—. Los enormes tanques de cobre se ven a través de la pared de cristal. Tu cerveza de autor se llama...

—Habrá una destilería, gracias —respondo—. De ron.

Sonríe y vuelve a arrimarse a mí. «Taburetes de color verde...». Yo había pensado que fueran negros, pero verde suena a sitio con más

clase.

—Cuanta más forma va tomando en mi cabeza, más me gusta —le digo—. Cada vez es más detallado. Es un buen sueño.

—Sucederá.

Cierro los ojos, dispuesto a quedarme dormido con la imagen en la cabeza, pero ella hace eso de poner su pierna sobre la mía para que el calor entre sus muslos se me contagie, y empiezo a revolverme, expectante.

—¿Estás completamente segura de que no quieres tener sexo? —le pregunto—. Quiero decir, podrías tomártelo como una práctica para mostrarle tus habilidades a tu futuro amor verdadero.

Me da una patada en la pierna a la vez que suelta un gruñido, y yo me aparto con una carcajada.

9

Krisjen

Trace durmió en mi cama. Y no nos acostamos. Dos días más tarde, aún me dura la sonrisa. Fue muy adorable conmigo. Nunca le había visto así.

Si en el futuro me quedo por aquí, le ayudaré a montar ese *pub*. De hecho, me encantaría hacerlo.

Vuelvo a empujar los platos sucios dentro del lavavajillas mientras imagino cómo sería una vez más.

Si algún día cumple su sueño, me sentiré muy orgullosa. Aunque sigo sin ver del todo lo de la casita. No sería lo suficientemente grande como para una familia. Ni para alojar a sus hermanos si vinieran de visita. No sé si lo ha pensado bien.

Me dejo caer en la silla junto a la vitrocerámica y cojo la petaca de Santos mientras extiende la masa para las tartas con el rodillo.

Doy un trago y me estremezco al notar el sabor a *whisky*. Me mira ceñudo. Será porque me considera una menor atrevida, ¿o qué? Pero no lo dice en voz alta, sino que vuelve a su trabajo.

—Lo cierto es que está horrible. —Enrosco el tapón y apoyo la petaca—. Hoy ha sido un día muy largo.

—Pero apuesto a que ese fajo de propinas en tu delantal no es tan malo como ese *whisky*.

Me río entre dientes. «No, no está nada mal». Bateman volvió al día siguiente del incidente para cuidar a Mars y a Paisleigh. Así que

imagino que mi madre se las habrá apañado para pagarle.

De todas formas, Army me dijo que, si tenía que irme en cualquier momento, que me fuera, y que ya gestionarían ellos la situación.

Quedan algunos clientes en la terraza, pero el restaurante interior está vacío. Solo está Jessica fregando el suelo. Son más de las nueve. Debería irme a casa. Mi madre ya debe ir por su tercer vodka con tónica.

—¿Cómo está la familia? —pregunta Santos.

—No me puedo quejar. —En realidad sí que puedo, pero no lo haré—. ¿Y la tuya?

—Mi hijo mayor quiere ser fontanero —murmura—. Le han aceptado en la Universidad de Texas.

Eso es increíble, pero...

—No todo el mundo tiene por qué ir a la universidad —le recuerdo.

—Para ti es fácil decirlo cuando no es tu hijo.

Hago una pausa, pensando en eso.

—Tienes razón —le digo—. Retomaremos esta conversación cuando estemos hablando de mi hijo.

—Trato hecho.

Aunque se trate de situaciones totalmente distintas, él parte del mismo punto de vista que mi madre. Ambos quieren las mejores oportunidades para sus hijos, pero la diferencia es que mi madre está dispuesta a hacer —o a obligarme a hacer— lo que haga falta para conseguirlo.

No estoy segura de que me hubiera dejado ir a la universidad, aunque mi padre no se hubiera llevado todo el dinero.

Y tampoco sé a ciencia cierta si yo hubiera decidido ir de todos modos.

Quiero trabajar, pero solo como medio para disfrutar de mi vida. Para pagar los viajes al autocine con Mars y Paisleigh, y las grandes comidas con la familia y los amigos, y la ropa bonita que haga que mi marido no me quite ojo de encima.

Y para ayudar a los que me rodean y lo necesitan.

La universidad sería una pérdida de dinero. Al menos en este momento. No tengo ningún interés en labrarme una carrera ahora mismo.

Iris irrumpe por la puerta trasera, respirando con dificultad.

—¿Alguien me puede ayudar en el bar, por favor? —se queja, sacando bolsas de frutos secos variados del estante y amontonándolas en sus brazos—. Los Torres acaban de llegar con una buena tropa. Me estoy encargando de preparar las mesas ahora, pero necesitaré ayuda para coger los pedidos.

Santos echa un vistazo más allá del calentador, probablemente intentando ver quién más sigue aquí, consciente de que yo ya he hecho doble turno.

Me debato durante una fracción de segundo.

—Puedo quedarme un rato más —decido finalmente.

Me siento culpable, pero intento dejar a un lado el sentimiento. Los niños están bien. Mi madre nos ha criado a los tres hasta ahora sin ninguna muerte. Solo tardaré un par de horas más.

Iris sonríe, sus hombros se relajan.

—Gracias. Por favor, date prisa.

Le escribo un mensaje a Mars.

Tengo que trabajar un rato más. Escribe si hay algún problema.

Y me levanto para seguirla, pero Santos me empuja una bolsa marrón contra el pecho.

—Llévate esto primero.

Es la cena de Macon. Aún no le he confesado a Mariette que casi nunca se la come.

Y aun así... sigue dejando que se la prepare.

Me meto el teléfono en el bolsillo trasero, me subo las mangas de la sudadera negra y salgo del restaurante, viendo el resplandor de las luces del garaje al final de la calle.

No he visto a Macon en todo el día, y tampoco veo las camionetas de los chicos ahí delante. Preferiría que Army o Trace estuvieran en el garaje también. Odio estar a solas con él. No le gusto nada.

A todos los demás les caigo bien.

Justo cuando me desvío a la derecha, hacia el garaje, veo el capó de mi coche levantado. Una luz de trabajo cuelga desde arriba, iluminando el espacio. Hay un altavoz en una de las estanterías reproduciendo una versión de *Something in the Way* de Nirvana.

Pero no hay nadie.

—¿Hola? —Me acerco y miro a mi alrededor en busca de alguien. La puerta que da a la cocina está abierta y vuelvo a llamar—. ¿Hola?

Pero no me oye. Alargo la mano para dejar la bolsa en su mesa de trabajo, pero entonces oigo un grito a lo lejos.

—¡Por favor!

Me detengo; unos sollozos ahogados se clavan en mis oídos.

—¡No! —grita de nuevo el hombre.

La voz no me resulta familiar.

Miro hacia la puerta trasera del garaje y veo que está ligeramente abierta.

Me dirijo hasta ahí con paso silencioso.

—¡Por favor, sácame de aquí!

«¿Qué coño?». Obligo a mis pies a seguir adelante, deslizándose a través de la puerta trasera, y miro alrededor de la piscina, sin ver a

nadie. Viene del bosque. Cruzo el patio, me adentro en la maleza y distingo una luz.

—Por favor, Macon —suplica un hombre.

Veo a Macon de pie enfrente de una caja de carga metálica, como la que se suele poner en la parte trasera de los camiones, sin ventanas y con cerradura por fuera. ¿Esto siempre ha estado aquí atrás? Nunca me había fijado.

Agarra a un hombre por el cuello, sus músculos están tensos y las venas de su cuello son visibles desde aquí. Doy un paso, pero el follaje cruje bajo mis zapatillas y me escabullo hacia la izquierda, ocultándome tras un árbol.

Se me acelera el pulso y cierro la boca, porque respiro con dificultad.

Al cabo de un momento, oigo a Macon encarándose con el tipo:

—¿Dónde está la comida que le compramos a tu familia?

—F-Fisher tenía amigos, y emm... —jadea—. ¡No, Macon, por favor!

Me asomo por el árbol y veo cómo mete la cabeza del hombre en un bidón de aceite. Yo solo espero que contenga agua.

El hombre forcejea, agarrándose a los lados y empujando contra la fuerza de Macon, pero este no le deja levantarse hasta que él quiere. Saca su cara del agua. Estudio la cara del tipo, intentando averiguar quién es.

Hay mucha gente que vive más adentrada en el pantano a la que todavía no conozco.

—Mírame —muerde Macon dando órdenes, luego le estira de nuevo de la camisa—. ¡Mírame!

El hombre respira con dificultad, sus piernas flaquean.

—Ya te he dado muchas oportunidades —le dice Macon—. Primero fui comprensivo, luego me puse firme, pero he llegado a mi límite. Si

vuelves a beber o a gastar dinero en cualquier cosa que quite comida de la mesa de tus hijos, te mato. ¿Me oyes? Te mato, joder.

El hombre solloza.

—No es solo el alcohol, tío. Es que estoy... Yo... También tengo un problema con las drogas.

—Cállate. —Macon le empuja de nuevo al agua.

El hombre es uno de ellos. No un enemigo. Macon trata de enderezarlo. ¿Realmente lo mataría?

Macon tira del hombre por detrás del cuello, lo mete dentro de la caja del camión mientras yo avanzo rápidamente hasta el siguiente árbol y luego hacia el siguiente, intentando ver lo que hay dentro, pero lo único que veo es un colchón en el suelo y algo de luz que debe de provenir de una lámpara o algo así. Macon cierra la puerta de un portazo y echa el cerrojo, mientras el tipo que está dentro golpea contra el otro lado.

—¡Por favor! —suplica—. ¡Por favor, déjame salir!

—Tres días —dice Macon—. Es lo que tarda esa mierda en salir de tu sistema.

—No puedo parar. —Solloza con fuerza—. Macon, yo nunca he sido así. Tú me conoces. Por favor, tío. Tengo miedo.

La mano de Macon se apoya en la puerta metálica, su cabeza cae lentamente. Su pecho sube y baja con cada una de sus fuertes respiraciones.

—Macon... —continúa el tipo—. ¡Me duele!

Se me hace un nudo en el estómago y veo a Macon Jaeger de pie. Sus hombros tiemblan un par de veces. Todo su cuerpo se desmorona lentamente a medida que baja la guardia.

Porque ahora mismo no sabe que nadie le está mirando.

—Por favor... —suplica el tipo.

Parpadeo y se me cae una lágrima. Me la limpio rápidamente.

Tiene que saber que una desintoxicación mal hecha puede matar a alguien. ¿Saben los demás que está reteniendo a este tío aquí?

El tipo grita y golpea; Macon se da la vuelta y empieza a alejarse. Tiene las cejas juntas y la boca ligeramente abierta, como si no pudiera respirar.

Continúa gritando desesperado y Macon vuelve a cerrar los ojos como si la única forma de ver algo bueno fuera no ver nada.

Agarrando uno de los laterales del barril de agua, hunde una mano y se la salpica en la cara y en la nuca. Camina hacia casa, y yo me escabullo alrededor del árbol, manteniéndome fuera de su vista.

Pero de repente se detiene y lo observo mientras mira el cortacésped que hay fuera con un par de latas de cerveza en los soportes. Trace tenía que haber cortado el césped hace una semana. Echo un vistazo a la maleza y a la hierba que crecen a mi alrededor. Si lo llegó a hacer, no se nota.

Y no ha guardado el cortacésped. Macon pasa la mano por el agua de lluvia acumulada en el asiento.

«Maldito Trace».

Macon se dirige al garaje, descuelga la cuerda del gancho que hay junto a la puerta y desaparece en el interior.

Algo no me cuadra. Macon va a estrangularlo.

Le sigo; me asomo al taller, le veo apretar el interruptor, cerrar la puerta del garaje y subir los tres escalones que conducen a la casa y a la cocina. Todavía lleva la cuerda.

No sé qué hacer.

Trace no está en casa. Su camioneta no estaba aparcada fuera. ¿Qué estará haciendo?

Salgo disparada, me dirijo a la casa, e inmediatamente escucho pisadas en el piso de arriba. Subo despacio, escuchando mientras avanzo.

Su madre me mira fijamente desde las fotos mientras subo. Se ahorcó.

Se ahorcó hace ocho años, dos meses después de la muerte de su marido.

Pero, por lo que tengo entendido, no fue su muerte lo que la llevó a hacerlo finalmente. Él era lo único que la mantenía viva hasta entonces, y cuando él se fue, ella no podía quedarse, sencillamente. Trysta Jaeger.

Macon ha estado bebiendo mucho estos últimos meses. No come. Rara vez sale de casa. Me da igual si a todo el mundo le parece normal. No lo es.

¿Qué le costaba a Trace terminar el trabajo? ¿O guardar el cortacésped? Ya tiene casi veintiún años. Macon no debería ser el que siempre está pendiente de todo.

Llego a lo alto del rellano, veo el vapor filtrarse por la rendija de la puerta del baño y oigo la ducha en marcha.

Pero no tiene las luces encendidas. ¿Qué hace a oscuras?

Me quedo mirando la puerta contigua. Es su dormitorio, que está cerrado. La antigua habitación de sus padres.

Ella lo hizo allí mismo. En la habitación donde ahora duerme todas las noches. Me acerco al baño.

No pasa nada, seguro que está bien. Siempre ha tenido malhumor. Nunca ha sido feliz, ni hablador, ni sonriente. Y siempre ha dado un poco de miedo.

Me inclino hacia la puerta, tratando de escuchar un cambio en la caída del agua. Algún ruido que indique que se está duchando o lavando el pelo, pero no hay ningún cambio.

Pongo la mano contra la puerta de madera, debatiendo si debería empujarla para abrirla, solo lo suficiente para ver qué está pasando,

pero, justo entonces, se abre de golpe, y me enderezo de un salto. Macon sale y se coloca delante de mí.

Retrocedo.

—Lo siento, lo siento —balbuceo.

Me mira fijamente. Solo lleva una toalla alrededor de la cintura, pero aún no está mojado. La ducha sigue abierta. «Mierda». ¿Sabrá que le estaba siguiendo?

—Solo me quería asegurar de que estuvieras aquí. —Intento tragar saliva, pero tengo la boca como papel de lija—. Tu comida está...

Señalo a alguna parte mientras le miro, pero pierdo el hilo de mis pensamientos ante su dura mirada. Se acerca un paso y el miedo se apodera de mí. Estoy sola en la casa. Con él.

Y tiene a alguien encerrado y secuestrado en la caja de carga esa que hay detrás de su casa.

Clavo los ojos en el suelo, como si su mirada fuera un martillo que me hunde cada vez más profundo.

Pero entonces... el pulso entre mis muslos late con fuerza una vez, y expulso cada gramo de aliento de mis pulmones, casi gimiendo.

Doy media vuelta y corro, intentando no tropezar al bajar las escaleras mientras sus ojos me queman la espalda. Llego abajo, giro el picaporte, abro de un tirón la puerta principal y salgo corriendo al porche.

Doy unos pasos y miro detrás de mí, aliviada de que no me esté siguiendo con esa cuerda, listo para estrangularme y arrastrar mi cuerpo de vuelta al interior porque ya he visto demasiado.

Luego respiro hondo y, al cabo de unos segundos, pongo los ojos en blanco.

Dios mío. «¿En serio, Krisjen? Qué manera de exagerar».

Los rumores son solo eso, rumores. No tengo pruebas, nunca le he visto hacer ni la mitad de las cosas que la gente va contando por ahí, ni mucho menos matar a nadie. Sí, puede que esté mal lo de haber retenido a ese hombre contra su voluntad en el patio trasero de su casa, pero lo hace por una razón justa. La mayoría de la gente de la bahía no puede permitirse ir a un centro de rehabilitación.

No es asunto mío.

Debo de haberle parecido una idiota. El miedo ha desaparecido, ahora ha sido reemplazado por la vergüenza. No tendría que haber entrado en su casa. Ha sido una estupidez.

Lo cierto es que estaba...

Impresionante.

En el patio trasero, le he sentido muy vulnerable. Como si algo le estuviera apretando las entrañas. Estaba solo y parecía que le doliera todo. Es como si me hubiera dado cuenta por primera vez de que las cosas también son difíciles para él. ¿Y por qué nunca se me había ocurrido pensar que lo fueran? Nadie se da cuenta de su dolor.

Después de echar un vistazo a la casa, donde todas las luces están apagadas, camino hacia el bar. Ahora sí que no tengo ganas de marcharme.

Pero acelero el paso para darme prisa, porque Iris me ha dicho que me necesitaba ya, y probablemente se esté preguntando dónde demonios estoy.

Abro la puerta del bar. Por los altavoces suenan algunos temas antiguos de los Avenged Sevenfold. Parece que la fiesta ya ha empezado.

Me dejo puesta la sudadera con capucha. No es lo que más gracia me hace, pero la temperatura está muy por debajo de los treinta grados. Me coloco rápidamente detrás de la barra, cojo un paño de

cocina y voy sacándole brillo a los vasos que están en el escurreplatos; uno a uno, los voy apilando en los estantes.

—Puedes irte —oigo detrás de mí—. Yo me encargaré.

Miro por encima del hombro y veo a Aracely atándose un delantal a la cintura. El grupo de gente que hay detrás de ella habla en voz alta, y veo a Trace y a Dallas entre ellos. Army entra por la puerta, sin su hijo, con una camiseta negra recién puesta. Me doy cuenta porque aún se le ven un poco las líneas de los pliegues. Tiene los brazos más morenos. Parece que han tenido un día completito.

—Me quedaré un rato —le digo.

—No quiero compartir las propinas.

—No tienes por qué hacerlo.

De todas formas, tampoco me quedo el tiempo suficiente como para hacer demasiadas propinas.

La miro, doblo el paño y lo vuelvo a dejar en su sitio. Parece que no le hace gracia que no deje que esto se convierta en una pelea. Algún día deberíamos emborracharnos juntas.

—Ey. —Alguien me llama desde el otro lado de la barra.

Rápidamente lleno un vaso con hielo, sirvo un chorro de Jack y completo la bebida con Coca-Cola *light* del surtidor de bebidas. Le meto una pajita y deslizo el vaso por la barra hasta Aracely.

—Yo invito —le digo.

No le doy la oportunidad de mandarme a la mierda.

Me dirijo a la barra y alzo la vista para ver a Trace. Empiezo a sonreír, recordando su *pub* con los sillones chéster, pero luego me fuerzo a no hacerlo, recordando el cortacésped que ha dejado bajo la lluvia.

—¿Qué será hoy? —pregunto en tono cortante.

Pero él parece no darse cuenta.

—Un vodka con gaseosa, dos Land Sharks, y la recién casada tomará un...

Mira detrás de él a una mujer, que, por lo que imagino, solo puede ser la señora Torres. Lleva pantalones ajustados de cuero negro, un corpiño de estampado animal y un velo blanco. Su pelo largo y oscuro cae por sus brazos y lleva los labios pintados de un rojo intenso. Es el Dragon Girl de NARS. Uno de mis tonos favoritos.

Pero el hombre que está a su lado responde por ella.

—Un Captain Morgan con Coca-Cola *light* —le dice a Trace.

Ella le mira llena de adoración, con las mejillas sonrojadas.

—Gracias, amor.

Debe de ser el novio. Lleva puestos un par de vaqueros y una camisa hawaiana.

Reparto las bebidas y Trace se las toma sin haber pagado aún, así que lo apunto todo en un papel para ir llevando la cuenta.

Otros tantos se acercan a pedir cócteles. Sirvo cuatro jarras y voy repartiendo todo colocando vasos extra para los que se acercan. Nadie paga, así que sigo marcándolo todo en mi libreta.

—¡Por los novios! —dice Trace, alzando la cerveza sobre su cabeza.

Todos le acompañan en el brindis, Army eleva el vaso de vodka que he preparado, y Dallas el de Land Sharks.

—¡Por diez años más de sexo en cualquier sitio que no sea vuestra puta casa!

Un clamor general inunda el local. Gritan tan alto que no oigo la música. Me río.

El novio atrae a su novia hacia sí y ella se ríe con todos los demás.

—Os queremos —les dice Trace—. Macon no ha podido venir, pero me ha dado la tarjeta de crédito, así que pedid lo que queráis. Invitamos nosotros. —Levanta más la botella, los aullidos inundan el

aire y el bar se sigue llenando a medida que empieza a sonar una canción de Brandi Carlile en la máquina de discos.

Lleno cinco vasos con hielo y luego añado el vodka, el tabasco, un poco de Worcestershire y una mezcla de Bloody Mary. Mientras tanto, Iris se queda al otro lado sirviendo los pedidos de todos los camareros. Uno quiere calamares, el otro pide palitos de queso rebozado. Lo cierto es que yo me alegro mucho de que el sistema para realizar los pagos sea igual en el bar que en el restaurante, de lo contrario estaría llorando ahora mismo.

Poco a poco, la multitud se va reduciendo. Ya le he servido la primera ronda a casi todo el mundo. Trace corre detrás de la barra y coge otra cerveza.

Añado otra línea más para llevar la cuenta de sus consumiciones. Si el inventario no coincide con los números de caja, no seré yo a la que echen la bronca.

Destapa la cerveza y me da un beso en la mejilla mientras abro cuatro Coronas.

—¿No estaban ya casados? —le pregunto mientras vuelve al otro lado de la barra.

—Han renovado votos —me explica—. Dicen que lo quieren hacer cada diez años.

Observo al señor Torres mientras intenta meter una cereza confitada en la boca de su mujer, pero le resulta difícil de lo mucho que se está riendo. Le rodea el cuello con la mano, la atrae hacia sí y le planta un beso en la boca.

La deja y se acerca a la barra, dándole una palmada en la espalda a Trace.

—Macon no tenía por qué hacerlo.

—Quería hacerlo —dice Trace, haciéndome un gesto y entregándome la tarjeta de crédito para que me la quede. La meto

en un vaso vacío junto a la caja registradora—. Te aprecia.

—¿Cómo está? —pregunta Torres—. Hace semanas que no le veo más que a ratos sueltos.

Pero Trace se limita a asentir, llevándose la botella a los labios.

—Está bien. Ocupado. ¿Otra ronda?

Me doy cuenta de la rapidez con que Trace cambia de tema, pero el señor Torres no parece darse cuenta. Se echa hacia atrás, sacudiendo la cabeza.

Pero en ese momento Trace le acerca la bebida a Torres a la boca y le ordena:

—Traga.

Torres se bebe el resto del *whisky* solo y yo empiezo a prepararle otro. Le entrego el nuevo vaso justo cuando los brazos de una chica rodean a Trace por detrás.

Su mirada se dirige hacia mí, pero yo me muevo a lo largo de la barra para retirar vasos y botellas vacías.

Me da igual.

Él no es mío. Yo no soy suya.

Pero evito mirar hacia atrás, en su dirección, porque aún me importa un poco, aunque sé que no debería.

Tiene que ser cosa de chicas, ¿no? ¿Territorialidad persistente? ¿Posesión? Es como si no quisiera que me olvidaran.

Exhalo un suspiro. Lo superaré.

La arrastra hasta la reducida pista de baile y se empiezan a mover. Su cuerpo pegado al de él, los brazos alrededor de su cuello. Tiene el pelo oscuro, más largo incluso que el de la señora Torres, y la suave piel de la parte baja de su espalda brilla bajo las manos de Trace. El top de seda verde le queda espectacular sobre su piel morena.

—Da igual con quién de nosotros estés. Nunca serás tan guapa como ella.

Me contengo para no resoplar mientras limpio la barra.

—Oh, eso no lo sabemos. —Miro a Dallas, que está de pie con una botella de cerveza vacía—. Aún me queda alguno por catar en esa casa.

Pone los ojos en blanco, porque sabe que nunca lo haré y que estoy diciendo cuatro gilipolleces. Destapo otra cerveza, se la doy y me alejo antes de que pueda decirme nada más.

La máquina de discos repite todas las canciones dos veces y yo paso un buen rato intentando que no me dé un ataque de nervios cuando Aracely necesita ayuda para limpiar el vómito del baño. Le da una patada a la puerta de uno de los retretes enfadada, con tan mala suerte que me da en la nariz. Cuando se me pasa el dolor y nos aseguramos de que no voy a sangrar, me invita a un chupito, aunque sigue sin pedirme perdón.

Los novios empiezan a besarse en la pista de baile, y veo cómo la mano de Trace se desliza por la camiseta de su chica. Dallas me mira cada vez que miro a Trace. Tengo la sensación de que algún día acabaré en su maletero.

Termino de fregar los platos, limpio la barra y saco la basura. Me apoyo en la barra mientras la fiesta continúa y los camareros empiezan a bailar y a charlar, ya más relajados.

Sin embargo, no puedo evitar volver la cabeza de vez en cuando y mirar por la ventanilla.

La casa ha estado a oscuras durante un rato, pero la puerta del garaje vuelve a estar abierta y la luz está encendida. Está despierto. «Sigue ahí».

No sé por qué me he preocupado tanto. Estoy constantemente interpretando su comportamiento. Está bebiendo mucho. Eso influye

en su apetito y, definitivamente, en su humor. Ese es su problema.

No tendría que haber intentado evitar que se acostara con Turin en Halloween. Todo el mundo se estaba enrollando con alguien. Y todos estaban bebiendo. Solo necesitaba sentirse cerca de alguien.

¿Entonces por qué no ha venido esta noche? ¿Por qué nunca sale?

—Has trabajado un turno completo —dice Army, acercándose a la barra—. Dos turnos completos, en realidad. Deberías irte a casa.

Le miro y me pongo recta.

—Mi hermano y mi hermana están en la cama, y si me voy a casa, te juro que me da miedo que mi madre haya invitado a Jerome Watson para tenderme una emboscada.

Exhala una carcajada, pero no me pide que se lo aclare.

¿Le he hablado de Jerome Watson? Sé que se lo conté a alguien. En cualquier caso, no me pregunta más.

—Me encantó cómo le describiste nuestra casa a tu hermano y a tu hermana. —Le brillan los ojos bajo la frente oscura—. Me hizo sentirme de nuevo orgulloso de mi hogar. A veces parece que lo del resto siempre es mejor que lo de uno mismo. O quizá... puede que lo único que necesitaba era volver a ver la belleza de las cosas. De los detalles. —Se me queda mirando—. Haces que las cosas sean bonitas, Krisjen.

¿Yo?

Se levanta.

—Vamos al club de estriptis. Deberías venir con nosotros.

—No tengo la edad requerida para ir a un lugar así.

—Lo sé. —Sonríe—. Me aseguraré de que estés a salvo. No es lo mío, pero creo que me gustaría que lo experimentaras.

Hay un brillo de picardía en sus ojos y, por un segundo, creo que no me hace mucha gracia. Tengo dieciocho, pero él es diez años

mayor que yo. Macon nunca me invitaría a un club de estriptis. Estoy segura de que lo consideraría inapropiado.

Vuelvo los ojos hacia la ventana, veo su luz aún encendida, algo dentro de mí se enciende.

—Creo que me pondré celosa si voy —murmuro.

—¿De ver a Trace bailando con otras mujeres? —me pregunta.

Sacudo la cabeza y vuelvo a mirarle.

—No, de ver cómo todos las miráis mientras bailan.

Su sonrisa se suaviza y un silencio se extiende entre nosotros. Después de un momento, baja la voz.

—Es mi única noche libre. Dex se ha quedado en casa de la canguro. Deberías venir.

O sea, que esta noche tiene la habitación para él solo. Me quedo mirando su pulsera, como si pudiera saber si es la que apreté en mi puño en el sofá aquella noche.

Pensaba que había sido Iron, pero...

No fue lo mismo con él.

—¿Puedo preguntar...? —Dudo, pero acabo lanzándome—. ¿Quién es la madre de Dex?

Se le oscurece la mirada y ese brillo verde se vuelve gris.

—No tiene madre.

Abro la boca, a punto de reformular mi pregunta, pero él sabe perfectamente lo que estoy preguntando. Si tuviera ganas de responder, ya lo habría hecho.

—Lo siento.

—Yo también.

Estoy segura de que podría averiguarlo, preguntándole a Liv o a Trace, pero el mensaje de Army es claro. No va a pronunciarse sobre ella.

Empieza a retroceder.

—Deberías venir esta noche.

Todo el mundo empieza a salir del bar, a subirse a los coches, bebidas en mano, y yo tengo ganas de ir. Todas las demás chicas también se unen.

Me quito el delantal, me llevo las propinas del restaurante y me las meto en el bolsillo trasero, siguiendo a todo el mundo fuera del bar.

—Nos vemos mañana —le digo a Iris, sin preguntarle si puedo irme. El local está casi vacío y le toca cerrar.

Salgo al aparcamiento, los neumáticos salpican sobre los charcos mientras la gente se va. Veo que Army detiene su camioneta, como esperando a ver qué hago. Dallas está en el asiento delantero, Trace y la chica en el trasero.

Pero desvío la mirada y sigo caminando, viéndolo alejarse finalmente por el rabillo del ojo. Se va al club de estriptis sin mí.

Camino hacia la luz del garaje. Macon no debería estar tanto tiempo solo.

10

Krisjen

Las luces traseras desaparecen en la distancia. El rugido de los coches se desvanece y deja la bahía desierta y silenciosa mientras entro en el garaje de Macon. Mi Rover está subido a un elevador, a unos quince centímetros del suelo y le faltan dos neumáticos.

Creía que la reparación del coche iba a tardar menos, pero no me quejo. Está ocupado, y tengo suerte de que lo esté arreglando. Y gratis, además. Doy una vuelta alrededor del coche mientras suena Hozier desde el altavoz de la estantería. Han lijado partes de la pintura en todas las zonas en las que había arañazos, o quizá alguna que otra abolladura. La verdad es que no tengo ni idea; no llevo la cuenta de cada vez que la puerta del coche de alguien choca contra la mía. O puede que haya un par de golpes de alguna de las veces en las que me metí por los arbustos o entre los árboles, cuando nos colábamos con mis amigos por algún sitio liándola como idiotas.

La puerta del conductor ya no tiene esa raya de medio metro de pintura plateada. Una mañana de verano fui a coger el coche al salir de casa y ahí estaba. Casualmente, la noche anterior le había estado gritando a Milo. Lo más probable es que esté todo relacionado.

Macon sale de casa y se detiene al final de la escalera. Lleva un trapo grasiento en una mano y una pieza de coche en la otra. Me aclaro la garganta.

—Iron ya había cambiado las dos ruedas que estaban pinchadas —digo, dando vueltas alrededor del coche—. Pero ¿qué les pasa a las otras dos?

No me voy a poner nerviosa. Si me dice que me largue, lo haré. A ver qué pasa.

Pero continúa bajando las escaleras.

—Estaban desgastadas —contesta en su lugar.

Le sigo con la mirada, fijándome en las ojeras que lleva un tiempo luciendo constantemente. Pensaba que se habría ido a la cama después de la ducha de antes. Veo la bolsa de comida sobre la mesa, aún sin abrir.

Me agacho y recojo un trozo de papel de lija del suelo de cemento.

Pero un siseo me golpea los oídos y me detengo en seco, jadeando. Hay una serpiente enroscada a un lado de la puerta del garaje, es gris con manchas negras. Es una...

Es una...

«Mierda».

Miro a Macon, pero ya ha llegado a esa conclusión. Se inclina y abro la boca para gritarle que se detenga, pero le tira de la cola, le agarra el cuello y observo cómo sale a la calle y avanza hasta el bosque que hay al otro lado de la carretera para lanzarla allí.

Respiro con dificultad, el corazón me martillea contra el pecho, pero él se da la vuelta y vuelve a su mesa de trabajo, sin ni siquiera mirarme.

Ese animal era...

Era...

«¿Qué coño acaba de pasar?». Claro que hay fauna salvaje por aquí, pero esta era una víbora de pozo. Una serpiente de cascabel

pigmea. Lo sé, porque en sexto hicimos un proyecto sobre amenazas a la fauna en nuestra zona. Lo recuerdo.

Me tapo la boca con la mano, a punto de vomitar.

Miro nerviosa a mi alrededor, buscando alguna más. No creo que ocurra a menudo, ¿verdad? Al menos en Santa Carmen nunca las vemos.

Miro a Macon. Se pone en cuclillas al otro lado del coche, y empiezo a oír cómo rechina el papel de lija contra el coche. Como si no fuera posible que lo que acaba de pasar pudiera haber acabado en desastre en cuestión de segundos.

Como si haberse ido solo en busca de un caimán suelto hace un par de semanas no hubiera sido una imprudencia también.

Sigue jugando con la muerte.

Tardo un momento, pero me muevo hacia el lado del coche opuesto al suyo y empiezo a lijar la pequeña marca que probablemente no haya visto aún. En realidad, no tenía por qué arreglar la pintura, pero es demasiado tarde para decir nada. Llegados a este punto, dejaré que lo termine.

Deslizo el papel sobre el pequeño arañazo, pero al cabo de un par de minutos ya me arde el brazo. Me recoloco, empezando a hacer un poco de músculo. Las puntas de los dedos me hormiguean con la fricción.

Le miro a través de la ventanilla del copiloto, pero cuando levanta la vista, vuelvo a bajar la mirada. No me echa. Supongo que es una buena señal.

Pero a la que pestañeo, está de pie junto a mí. Levanto la vista y veo un par de guantes en su mano.

—No hace falta —le aseguro.

—Póntelos ahora —me ordena—. Las mujeres deberían tener las manos suaves.

Enarco una ceja.

—¿Por qué? ¿Porque somos delicadas?

«Por favor...».

—Porque sois madres —escupe.

Vuelvo a mirarle y, por primera vez, parpadea.

Luego baja la mirada.

—Incluso cuando no lo sois.

No sé qué significa eso, pero me detengo en mi sitio. No soy madre. Ni lo seré a corto plazo.

Me paso el pulgar por las yemas de los dedos, notando que aún las tengo suaves, a pesar de que me las lavo cien veces al día en el restaurante. A Paisleigh le gusta el olor de la crema hidratante que Mariette suele dejar junto al lavabo.

Acepto los guantes, luego Macon le da unos golpecitos al coche, señalando el techo para mostrarme otro arañazo que no sabía que estaba ahí.

Me lo tomo como una invitación para poder quedarme.

Se pone a trabajar en el arañazo que hay sobre el techo, fruto del roce que le hice un día con la rama de un árbol, mientras yo trabajo en otro. Me pongo a lijar la pintura de cinco pequeños arañazos. Los reconozco enseguida, son de una botella de Coca-Cola que Mars lanzó al aire y cayó accidentalmente sobre mi capó. Macon empieza a cambiar las dos ruedas y yo examino el coche por última vez en busca de alguna mancha.

Suena *High Enough* de Damn Yankees, y de repente no puedo dejar de sonreír. Sigo frotando un poco más, ensimismada en mis pensamientos.

—Mi padre solía escuchar esta música —digo—. Cuando yo era pequeña.

Macon se agacha al otro lado del coche y se pone a apretar de nuevo las tuercas mientras yo sigo hablando.

—Tenía un Corvette de los ochenta que se compró cuando iba a la universidad. Nunca me dejaba ni tocar el coche, pero me compró uno de esos coches motorizados para niños, y yo jugaba a arreglar el mío mientras él trabajaba en el suyo. —Todavía lo veo todo nítido en mi cabeza. Él en la entrada. Mi coche aparcado detrás del suyo—. Era rosa. El mío, quiero decir, no el suyo. Me acuerdo de que había como quince tonos distintos de rosa en ese coche. Era horrible. —Me río a carcajadas, aunque se me empiezan a poner los ojos llorosos—. Él se tomaba una cerveza y yo un refresco de fresa en la entrada; con el motor a tope, sintiendo la brisa.

Trago saliva sobre las agujas de mi garganta. Era todo perfecto.

Ahora hace meses que no le veo.

—Entonces él era diferente —digo mientras mi voz se suaviza—. Supongo que en algún momento se olvidó de todo aquello que amaba.

De esas cintas para el pelo, de su Corvette, de sus sueños...

—Supongo que yo también olvidaré las cosas que amo. —Vuelvo a lijar—. La vida te absorbe así. Te pierdes a ti mismo. Nuestro verdadero yo es quien somos cuando teníamos cinco años. Antes de que todo empezara a matarnos.

Es imposible que mi padre estuviera obsesionado con sus acciones de bolsa cuando era niño. Le gustaban otras cosas.

Ahora veo, por ejemplo, a la madre de Clay y siento que ha salido al mundo. Se ha comprado una cabañita junto al mar. Se dedica a aprender sobre jardinería. Lleva vaqueros y se sienta en las aceras a comer helado.

En regresión, como diría mi madre. Según ella, está atravesando una crisis de mediana edad.

Pero no es así. La madre de Clay no está atravesando ningún tipo de crisis. Por el contrario, está recordando quién es.

Miro a Macon a través de las ventanas, está ahí sentado, con el cuerpo inmóvil.

No quiero venderme a Jerome Watson. No quiero perder tiempo.

Me acerco. Macon me ve llegar y reanuda la reparación del neumático. Ya ha apretado las piezas del resto de ruedas y ahora está quitando las de la cuarta, la que Aracely me rasgó con un cuchillo. Hace girar la llave y afloja la primera tuerca.

—¿Puedo probar? —le pregunto—. ¿Aunque solo sea por aprender? Es por si alguna vez pincho estando sola en la carretera.

Abre la boca, inhala algo que parece un suspiro y se levanta sin mirarme.

Me inclino, agarro la llave inglesa, apretándola alrededor de mis dos puños, y tiro, haciendo que la tuerca se afloje fácilmente. Giro y giro hasta que salta. Enseguida llevo la herramienta a la siguiente tuerca para repetir el proceso. Agarro fuerte con las dos manos y vuelvo a tirar, pero esta vez no se mueve. Tiro con todas mis fuerzas. Debe de haber aflojado la que acabo de soltar. Tiro una y otra vez, gruñendo, pero entonces me detengo y miro hacia arriba.

—¿Sabes qué? Deberíamos hacer un TikTok.

Pero él suelta:

—Levántate.

Lo hago y veo cómo eleva el pie, colocando una de sus botas de trabajo de ante en la parte más alargada de la llave, y empuja sobre ella, mostrándome cómo usar mi peso para aflojarla.

Cuando la llave cede, Macon retira el pie de encima.

—Qué guay. —Le dedico una amplia sonrisa que no me devuelve —. Gracias.

Se va, y yo me agacho de nuevo, girando la llave hasta que se cae la tuerca.

—Y gracias por arreglarme los neumáticos —digo mirando por encima de mi hombro.

Abre la bolsa de comida que dejé hace horas, la huele y hace una mueca de asco, dejándola caer de nuevo sobre el banco de herramientas.

No sé por qué no le dice simplemente que le prepare un filete, o un guiso, o incluso una tortilla. Algo más ligero si es que ya está cansado de hamburguesas. Con enviar un simple mensaje de texto bastaría.

Colocándome delante del neumático, me arrodillo y meto la mano por detrás, sujetándolo con ambas manos. Me muevo hacia delante y hacia atrás para sacarlo del eje, pero Macon llega antes de que caiga a mis pies.

Intenta coger la rueda, pero se lo impido.

—Sujétala del otro lado.

Aprieta los labios y agarra el otro extremo, caminando hacia atrás rápidamente, mientras yo agarro con fuerza para sostener todo el peso.

—¿Por qué no has ido al club como todos los demás? —le pregunto mientras colocamos el último neumático encima de los otros tres—. ¿Quieres ir?

Me va a echar de aquí en cualquier momento si no me callo. Me sacudo el polvo de las manos. Mis ojos están fijos en su espalda mientras pulsa el botón junto a la puerta del garaje para cerrarla y apaga la luz del techo. La lámpara de trabajo bajo el capó sigue encendida, pero supongo que hemos terminado por hoy.

Me acerco al lavabo y me enjabono las manos.

—Yo voy contigo si no quieres entrar solo —le digo.

Pero él abre el grifo e ignora lo que le digo.

—Te he dicho que te pusieras guantes. —Prácticamente escupe cada palabra.

Se fija en la grasa de las manos y coge una especie de cepillo de cerdas grises y gastadas. Lo enjabona todo.

Coge una de mis manos y la frota, esforzándose mucho por hacerlo con cuidado, a juzgar por sus nudillos blancos y sus labios fruncidos.

—¿Alguna vez has estado en un club de estriptis? —le pregunto mirándole.

Siento que me llega el calor que desprende su cuerpo.

Sonrío.

—No te imagino en uno.

—Estuve en el puto ejército, Krisjen.

El corazón me late con fuerza. Sabe mi nombre. Ya es la segunda vez que lo dice.

Aunque no sé por qué, tengo que reconocer que me sorprende. «Estuve en el puto ejército, Krisjen».

Krisjen.

Me conoce.

—¿Qué? —me pregunta entonces, sacándome de mis pensamientos.

Levanto la vista, le veo mirándome fijamente, y me doy cuenta de que estoy sonriendo un poco.

—Nada —digo apartando ese sentimiento a un lado—. ¿Quieres que vayamos, entonces?

—No.

—Lo cierto es que no me importaría ir —murmuro, encogiéndome de hombros.

—¿A santo de qué?

—¿Por qué no quieres tú?

—¿Y a ti qué más te da?

Pues la verdad es que ni idea de por qué me importa. Además, ¿por qué estoy aquí ahora?

—Hostia ya. —Tira el cepillo en el fregadero—. Mira que te he dicho que usaras los putos guantes.

Le miro a la cara mientras se echa un jabón diferente en las manos y lo frota contra las mías. Tiene una pequeña cicatriz en la parte posterior de la mandíbula. Un surco con algunas líneas, como una estrella fugaz. Nunca me había fijado en ella.

Pero siempre me había fijado en todo lo demás.

El constante surco entre sus cejas. La fatiga de sus ojos. La tensión en sus músculos. El estrés y la rabia, que se desprenden de su cuerpo como oleadas cada vez que le veo.

No es una persona fácil, pero es un buen hombre. Sé que lo es. Compra comida para alimentar a la gente. Ayuda a las familias. Renunció a su vida para volver a casa y criar a sus hermanos.

—Creo que alguien debería hacerte sonreír, eso es todo.

Mi voz suena tranquila, pero solo para compensar, porque me late el corazón tan fuerte que casi me duele.

—Seré feliz el día en que la gente que tengo a mi alrededor haga alguna vez lo que les digo —pronuncia enfadado a la vez que aclara sus manos y las mías—. No hacéis ni puto caso porque no os enteráis de que yo llevo más tiempo vivo, y no entendéis que puedo saber alguna que otra cosa por ello.

El aroma que emana de su piel me acaricia la nariz y tengo que esforzarme por no entrelazar mis dedos con los suyos. Un hormigueo me recorre los brazos desde nuestras manos que se rozan.

—Alguien debería cuidar de ti —susurro, bajando la mirada—. Por la noche.

Se detiene y se queda ahí parado, y puede apartarme si quiere, porque eso es lo que hace siempre con todos los demás. Hasta que al final dejan de intentarlo. No quiero tenerle miedo.

—Te ocupas de todo el mundo durante todo el día —digo en voz baja—. Alguien debería darte amor a ti.

Su pecho se mueve arriba y abajo, y yo bajo los ojos hacia el cinturón de cuero marrón que rodea su estrecha cintura, contra su piel dorada.

—Alguien debería tocarte... —Solo consigo sacar un hilo de voz inaudible, no creo que me oiga.

Debería tener a una mujer a su lado. No a cualquier mujer. Porque el cuerpo que tiene no se puede desperdiciar. Está hecho para algo especial.

En realidad, Army, Trace e Iron también necesitan, y se merecen, a alguien así. Quizá también incluso Dallas. Pero una chica que sea lo suficientemente valiente, eso sí.

En el caso de Macon... Necesita a alguien así para dejar de estar en guardia. Yo solo quiero verlo exhalar.

No necesita un rollo de una noche. La necesita a ella. A esa chica que pueda llevarlo muy lejos, aunque sea detrás de una puerta cerrada.

—Yo no sé bailar. —Cierro el grifo y me seco las manos—. Al menos no como las chicas del club, así que no puedo hacerte un baile erótico, pero... puedo doblarme por la mitad.

Me mira a los ojos justo a tiempo para verme agarrar el lavabo a la altura de la cadera y sujetarme mientras me doblo hacia atrás, con la coleta rozándome los tobillos.

Inmediatamente vuelvo a levantarme y le quito el llavero que cuelga de su bolsillo, agitando las manos delante de él como si fuera una maga.

—También puedo hacer desaparecer tus llaves.

Las lanzo detrás de mí aleatoriamente, haciendo como si no se hubiera notado en absoluto lo que acabo de hacer.

Enarca una ceja.

Levanto el dedo para añadir algo más:

—Y puedo silbar *Ave María* —señalo—. Toda la canción.

Y procedo a soplar las primeras notas. *Aaaaaaa-veeeeeeeee Maaaaaaaríííaaaaa...*

Un destello de diversión atraviesa sus ojos. Y, definitivamente, le asoma una sonrisa. Conozco su ceño fruncido y sus muecas lo suficiente como para saber que esta expresión es diferente.

Su cuerpo se alza sobre el mío. Es como si sus anchos hombros me encerraran en una habitación de la que no tengo ninguna intención de salir.

Se me revuelve el estómago.

—Puedo... —Se me calientan las mejillas—. Hacer otra cosa también.

De repente, no puedo mirarle a la cara, así que dejo la vista fija en su abdomen y susurro:

—Algo que no hagan en Flamingo Flo.

Se queda inmóvil y, aunque casi siento náuseas por los nervios que me produce tener toda su atención, estoy que ardo.

—Por favor, no te enfades, ¿vale? —Sé que nunca se reiría de mí, pero también sé que no le gusta que le presionen.

Cruzo los brazos sobre mi cintura, agarro el dobladillo de mi sudadera y me la subo por la cabeza, arrastrando también la camiseta. Con la mirada aún baja, dejo que la ropa caiga del brazo

al suelo. Espero lo suficiente para ver si va a detenerme y, cuando no lo hace, me quedo de pie con el sujetador de encaje azul claro y empiezo a desabrocharme los vaqueros.

—No tienes que tocarme —le digo—. Pero, por favor, no me mires a la cara.

Aun así, lo hace. Su mirada me quema las mejillas.

—¿Puedes abrir el grifo? —le pregunto, bajándome suavemente los vaqueros—. Y que el agua esté un poco caliente, ¿por favor?

Siento cómo sus ojos recorren mi cuerpo, observando cada detalle del encaje de mi ropa interior a juego, y suben hasta mi sujetador, que no oculta lo duros que tengo los pezones.

Se inclina un poco y yo contengo la respiración mientras abre el grifo detrás de mí. Oigo el agua caer en el lavabo.

—Ahora que salga por la manguera —ordeno.

Vacila un segundo, pero luego... acciona la palanca y el agua empieza a salir a chorro, derramándose desde la manguera sobre el suelo de cemento. El reguero de agua sale del garaje, arrastrado por la ligera inclinación del suelo. Me agacho y recojo el tubo de plástico.

Me bajo la ropa interior por los muslos, giro un poco la pierna a un lado y me abro, dejando que el chorro de agua se derrame sobre mi clítoris. Observo cómo me moja, cómo va jugando con esa zona de piel tan delicada y, en un momento, noto palpitar mi pulso a la vez que el calor me inunda desde abajo a medida que me voy humedeciendo.

¿Qué es lo peor que puede pasar? ¿Que me grite? ¿Que me haga sentir una estúpida?

Introduzco el pulgar en la boca de la manguera y el agua sale disparada, rociando mi clítoris hinchado. Me siento tan bien que cierro los ojos. Me dejo llevar, respiro más fuerte mientras balanceo

un poco el cuerpo y dibujo círculos lentos sobre mi clítoris una y otra vez.

Me gustaría que me tocara. Se lo permitiría.

Intento no hacerlo, pero al final elevo la mirada y me encuentro con sus ojos observando mi rostro fijamente.

El corazón me golpea el pecho. No está observando el espectáculo. Me está mirando a mí. Le había dicho que no lo hiciera.

Pero eso no me detiene.

El agua me cae por las piernas y me empapa la ropa. Me recuesto en el fregadero y veo cómo el agua cae en cascada sobre mi cuerpo.

—Ya lo he intentado con los dedos —le digo—. Y con un vibrador, pero así es como más me gusta. A veces, cuando me ducho, me tumbo en la bañera con la alcachofa y me lo hago una y otra vez.

Una oleada de placer recorre mi cuerpo y suspiro, con el pecho encogido.

—Me das miedo —le susurro—. Tengo miedo de los rumores que circulaban sobre ti en mi instituto, y me asusta incluso más lo que llegué a pensar de ti cuando ni siquiera te conocía.

No solía verle igual que al resto. Más bien veía a Macon Jaeger como alguien que, pese a tener una casa llena de familia y a toda una tribu de su lado, estaba solo contra el mundo.

—Pero sobre todo... —Jadeo—. Me das miedo cuando me miras, cosa que solo has hecho cinco veces desde que entré en tu casa por primera vez.

Me humedezco los labios mientras miro los suyos. Odio la forma en la que esas historias que la gente iba contando por ahí omitían tantas cosas, como la parte en la que trabaja tanto que no duerme, por ejemplo. Recuerdo cada vez que nuestras miradas se han cruzado.

—Y tengo miedo porque me doy cuenta de que esta noche habría ido al club ese con tus hermanos solo si tú también hubieras venido. Y no sé por qué, pero es así.

Quería ir. Pero no quería ir sin él.

—No es la primera vez que ves mi cuerpo, ¿verdad? —pregunto sin poder dejar de mirarle—. ¿Me viste en la piscina la otra noche también? —Army, Trace y Dallas estaban en el restaurante de Mariette después del juego de Red Right Hand.

—Pienso en ti —murmuro—. ¿Tú piensas en mí alguna vez? Ni siquiera sé si la mayor parte del tiempo eres consciente de que existo.

Me inclino hacia él, con la parte superior de la cabeza justo debajo de su barbilla.

—Sostenla tú —le digo, guiando su mano hacia la manguera.

Él la coge y yo me deshago la coleta, notando su pecho subir y bajar más rápido mientras me desabrocho el sujetador y lo dejo caer al suelo.

Cuando voy a coger de nuevo la manguera, la deja caer al suelo. El agua se esparce creando un riachuelo en el garaje a su paso. Aprieta su frente contra la mía justo antes de descolgar algo de la pared. Acciona un interruptor y oigo una máquina que se pone en marcha.

Cojo una bocanada de aire y le miro a los ojos. Sé lo que está a punto de ocurrir. Se me acelera el corazón cuando vuelve a abrir el grifo. Enjuaga el extremo de la manguera de vacío y luego presiona el extremo del largo tubo gris contra mi clítoris.

Succiona. Doy una pequeña sacudida y él me agarra la cadera con la otra mano, sujetándome.

—Ah —gimo, agarrándome por ambos lados al fregadero que tengo detrás a la vez que dejo caer la cabeza hacia atrás. Las

pequeñas succiones me estiran de la piel. Me agito con cada aspiración, pero a la vez intento acercarme más y más. Convulsiono y el pelo me cae sobre la cara a la vez que cada absorción me produce una descarga eléctrica de placer. «Dios mío. Joder».

Esto es mucho mejor que el agua.

Le rodeo con los brazos; luego le envuelvo la nuca con uno mientras deslizo el otro hasta su cintura. Apoyo la cabeza en su clavícula y empujo mis caderas hacia él, notando cómo el orgasmo sigue creciendo jodidamente rápido en mi interior hasta que... llega.

Gimo. El calor se arremolina en mi vientre hasta que ya no aguanto más. Contengo la respiración, me pongo rígida y me aferro a él con más fuerza, gritando mientras estalla con violencia por todo mi cuerpo. Echo la cabeza hacia atrás y la dejo un rato colgada, sintiendo un vuelco constante en mi estómago.

Cierro los ojos mientras aparto la manguera, amando la sensación que me produce tener sus ojos en mi cuerpo.

Suelta el tubo de vacío y yo me apoyo en su pecho, agarrando su cinturón delante de mí. Es como si todo fuera ligero y yo flotara de un lado al otro.

Y cuando me devuelve el abrazo, me envuelve la calidez. Como una manta en invierno. Como una ducha. O el cielo.

Tengo tantas ganas de mirarle. De decirle que me ponga en el asiento trasero de mi coche aquí mismo, en el garaje, y que me embista. Abro la boca para hablar, pero él empieza a subirme la ropa interior.

—Ha sido muy relajante. —Respira sobre mi sien—. Gracias.

Nuestros pechos se acompasan mientras él se mete la mano en el bolsillo y yo miro hacia abajo para verle introducir un billete de veinte en la tira de mis bragas. Se me hace un nudo en el estómago.

—Eres una buena chica —me dice.

Me da un beso en la frente y vuelve a la cocina, cerrando la puerta tras de sí. Me deja sola, con los vaqueros por las rodillas, sin mirarme a la cara ni pronunciar mi nombre.

Aprieto los dientes para que no me tiemble la barbilla.

11

Krisjen

No estoy triste. Días después, sigo pensando en ello, pero no estoy disgustada. Macon no me ha mirado ni una sola vez desde entonces, ni ha dicho mi nombre. De hecho, no ha sonreído ni ha dado la impresión de que lo ocurrido le haya hecho relajarse en absoluto. Esta mañana, cuando salía del coche para ir a trabajar, se le oía gritar a Trace. Y eso por no hablar de Mariette, que está hecha una furia después de que él la llamara por no sé qué y la estresara aún más. Cada día me da su comida para que se la lleve. Sin embargo, nada más salir, la tiro en la basura que está justo delante de la puerta del restaurante, en la terraza.

No ha echado de menos la comida, porque no ha llamado para quejarse. No sé lo que habrá estado comiendo.

Vale, igual sí que estoy un poco disgustada. Me he humillado. Me lo he hecho a mí misma, porque... ¿Por qué? ¿Porque pensaba que yo sería la única persona con la que finalmente se abriría? Porque hacer feliz a Macon Jaeger significaría algo. Porque soy una arrogante y una engreída. Una adolescente rica, trece años más joven que él, que no tiene ni idea de lo que es el verdadero dolor. O de lo que significa luchar.

Me había llegado a imaginar que para él sería una experiencia profunda o alguna mierda por el estilo, ¿no?

«Madre mía». Me muerdo la comisura de los labios.

«O quizá solo sea un puto gilipollas que me ha pagado por mis servicios porque no significo nada en su vida».

«Veinte pavos...». Me froto los ojos cansados. Cada noche duermo peor.

—Eh...

Clay entra en el bar y se sienta en uno de los muchos taburetes vacíos que hay frente a mí. Su pelo cae desordenado en unas ondas surferas muy poco habituales en ella. Sin embargo, me encanta.

—Ponme uno —dice, dejando caer su Prada en el asiento de al lado.

Arqueo las cejas.

—¿Por favor? —Hace un mohín—. Dormiré la mona en la cama de Liv. No conduciré. Te lo prometo.

Inspiro profundo y me empujo de la barra del bar en la que estaba apoyada, al mismo tiempo que descruzo los brazos del pecho. Lleno un vaso con hielo, cojo su vodka favorito, lo rocío con tónica y exprimo una lima. Deslizo la bebida sobre la barra hasta mi amiga, que tampoco tiene la edad requerida para beber alcohol.

Tras un sonido de aprobación se lo lleva a los labios y lo vacía en tres tragos.

—Hoy me he dado cuenta de lo mucho que me gusta trabajar con gente fallecida —dice, dejando la bebida en su sitio.

Esbozo una pequeña sonrisa. Clay trabaja en una funeraria al mismo tiempo que hace clases *online*.

—Tenemos a una estupenda maquilladora, ¿verdad? —pregunta, pero no es una pregunta—. También peinan. Pero no, la hija de la difunta quería hacerlo ella misma. Así que bueno, la dejo entrar. La llevo a la habitación y se asusta porque su madre está desnuda.

—¿Estaba desnuda?

—No, tenía una sábana por encima, ¡por supuesto! —Me frunce el ceño como seguramente hizo con la pobre desconsolada. A Clay no le gusta que le digan cómo hacer nada—. Pero la hija la quería vestida, y he intentado explicarle que no puedo ponerle la ropa del funeral hasta que no esté peinada y maquillada por si se caen los polvos o el pintalabios y se mancha.

Entiendo su enfado. Pero supongo que esto le habrá servido para advertir a la próxima persona que quiera peinar y maquillar a su propio familiar. Tan fácil como eso, ¿eh? Ha aprendido algo, aunque no esté lista para admitirlo aún.

—No creo que tenga el carácter adecuado para llevar estas cosas. —Hace un gesto de fastidio.

—Sí que lo tienes. —Apoyo los codos en la barra, acercándome más—. Lo que pasa es que aún no estamos acostumbradas a servir a los demás, Clay.

Excepto cuando nos vestimos de gala y vamos a cenas benéficas de mil dólares el plato. Así es como empatizamos. Desde lejos. Cheque en mano.

—Eres consciente de que has elegido un trabajo raro, ¿verdad? —me burlo, todavía incapaz de digerir lo que tiene que ver todos los días—. Pero no hay nadie en quien confiaría más que en ti para cuidar de mí si es que me voy antes que tú de este mundo.

—Por Dios. —Ella echa la cabeza hacia atrás—. Por favor, no digas eso. Y, por favor, no pidas específicamente en tu testamento que sea yo la que me encargue de ti, porque no podré negarte tu último deseo, pero tampoco podré gestionarlo. Por suerte, Liv me ha dicho que puedo dejar que mi jefe se ocupe de su cuerpo si pasa algo. —Se acerca y coge un menú del bar—. Lo cual no va a pasar porque me moriré yo primero.

—¿Habéis hablado de vuestras muertes?

—El tema surge por mi trabajo. —Le da la vuelta al menú y lee el otro lado—. Macon no quiere ni siquiera un velatorio. Directamente al crematorio. Le pega. Sin parafernalias.

Me enderezo.

—¿Te lo ha dicho él?

—No, está en su testamento —me dice—. Liv me lo enseñó. De hecho, lo mandó rehacer el verano pasado.

Me quedo ahí de piedra mientras Clay echa un vistazo a los aperitivos, ajena a mi sorpresa. ¿Acaba de rehacer su testamento? ¿Por qué?

La pérdida de apetito. La fatiga. La bebida. Los cambios de humor. ¿Está enfermo?

¿O está anticipando una muerte temprana? Hay mucha gente a la que le encantaría verle muerto. Hay gente a la que le interesan las tierras de los Jaeger, y seguramente saben que, pese a que no sacarían nada de Macon, sus hermanos no opondrían ni la mitad de resistencia que él.

Pero entonces Clay me saca de mis pensamientos.

—¡Langostinos al coco! —grita, radiante. Me mira a los ojos y deja el menú sobre la barra—. Pss, por favor. Dos pedidos.

Suspiro.

—¿Me vas a hacer ir hasta la cocina para esto?

—Aaaah, se siente —se burla de mí—. Tú también has elegido un trabajo raro.

Me río; me encanta cómo me las devuelve siempre. Me doy la vuelta e introduzco el pedido en el sistema de pago.

—Es que no estoy acostumbrada a servir a los demás.

—Eso no es lo que he oído por ahí.

Vuelvo a mirar por encima del hombro. ¿Qué ha dicho?

Sonríe, apoya la rodilla en la barra y cruza los brazos sobre su pecho.

—¿Iron?

Refunfuño en voz baja.

—Mierda. ¿Cómo te has enterado?

—Liv.

—¿Se lo dijo Iron? —suelto.

—Fue Trace.

—Ups... —Termino de introducir su pedido y me doy la vuelta para toparme con esa sonrisa de suficiencia que se le ha dibujado en la cara.

–Entonces, ¿fue él? —insiste—. El del sofá, ¿fue Iron?

Lleno un vaso con hielo y me sirvo una copa

—Podría ser. No llegué a preguntarle. El sexo estuvo bien, pero... Sinceramente, no creo que fuera él.

No puedo evitar que un rubor me caliente las mejillas tras admitirle esto. No quiero sentirme avergonzada, pero Clay solo se ha acostado con una persona. No sé por qué importa que yo me haya acostado con más, pero a algunas personas les importa, lo que hace que a su vez me importe a mí. ¿Qué pensará Liv de todo esto?

—No lo sé. —Doy un trago, apoyándome de nuevo en la barra—. Cada vez estoy más confusa. Tal vez estoy recordando una sensación o un olor de aquella noche que ni siquiera existió. Quizá lo he sobrevalorado.

En esa fiesta, yo estaba de muy mal humor, así que puede que en ese momento me sintiera mejor de lo que me habría sentido en otras circunstancias.

Pero no se trataba solo de lo que sentía. Se trataba de lo que estaba haciendo.

—Fuera quien fuera —le digo, bajando la voz—, era como si me hablara sin decir nada.

No es que hiciéramos el amor, follábamos. Pero todo era íntimo.

—Ostras —exhala Clay.

Yo asiento con la cabeza.

—Sip.

«Exactamente».

—Bueno, en ese caso, tienes que encontrarle —me dice.

Sonrío, ella me devuelve la sonrisa y preparo otra ronda de bebidas.

Hoy los estudiantes de la Academia Marymount acaban las clases a las doce, pero todavía hay estudiantes en el aparcamiento. Algunos se pasean por los pasillos. Acción de Gracias es dentro de dos días, y siempre ha sido mi fiesta favorita, un sentimiento que nadie a mi alrededor ha compartido nunca. No existe ese estrés por tener un aspecto determinado, como en Halloween, ni presión por ir de compras, como en Navidad. Se trata simplemente de estar en casa con un montón de gente y comer bien. Este año va a ser una mierda con mi familia destrozada, pero intentaré que los niños apenas lo noten. Se supone que iremos a casa de mis abuelos, pero mi madre no ha recibido la invitación todavía. Seguro que mi padre se mantendrá alejado para no tener que enfrentarse a nosotros.

—¡Krisjen, hola! —me grita alguien.

Levanto la vista y veo a Cate Laurel, Emaline Truax y Antoinette Viega, unas chicas que iban a un curso menos que yo en el instituto y que ahora están cursando su último año. Caminan hacia mí por el pasillo.

Cate se acerca a mí para darme un abrazo.

—¿Qué es de tu vida? Te echamos de menos.

«Nunca hemos salido juntas».

Echo un vistazo al vestuario de las chicas, justo detrás de ellas. Espero que mi entrenadora aún siga allí.

—Pues nada, trabajando y tal. —Sonrío, agradecida por haberme pintado los labios. Aunque mi ropa sea una mierda—. De camarera.

La expresión de Toni es un poema.

—¿Por qué?

Me río entre dientes.

—¿Qué os traéis entre manos? —les digo evitando contestar la pregunta. No llevan puesto el uniforme y van recién maquilladas. Definitivamente no parece que se estén yendo a casa.

Pero Cate ladea la cabeza ignorando mis palabras.

—¿Sigues saliendo con Trace Jaeger?

Levanto las cejas.

—¿Dónde estarán los chicos esta noche? —pregunta.

Dudo un segundo. El viento sopla a través del pasillo, colándose por la entrada, donde las dos puertas están abiertas de par en par.

—En casa, supongo. Se acerca una tormenta.

Sonríe, y las caras de las otras dos se iluminan.

«Oh, no».

Quiero decir, lo entiendo. Yo también invadí la bahía el año pasado, pero...

Me fijo en que Emaline está enseñando el ombligo y en que Cate lleva unos pantalones minúsculos.

Ahora conozco la bahía. Es diferente.

—No crucéis las vías —les advierto.

—No puedo prometer nada. —Cate empieza a retroceder, mientras las demás la siguen—. Estamos muy aburridas. Seguro que lo entiendes mejor que nadie.

—Nos mantendremos alejadas de Trace —dice Emaline—. Pero tenemos vía libre con el resto.

—¿Quién era el que es padre soltero? —pregunta Antoinette a sus amigas—. Ese para mí.

Ni siquiera sabe su nombre.

El pasillo se llena de risas mientras se dan la vuelta y salen corriendo por la puerta.

Sacudo la cabeza. Me dirijo a la entrada de los vestuarios y la abro de un tirón.

Que vayan si quieren. Los chicos saben cuidarse solos. Ni siquiera voy a ir allí esta noche. He terminado mi turno.

Entro al vestuario. El olor a cuero de las pelotas de baloncesto impregna el aire, mezclándose con el ambiente cargado de vapor de las últimas duchas de los estudiantes. No hay nadie, los bancos están vacíos salvo por alguna toalla o zapatilla tirada por ahí.

En parte, echo de menos este lugar. En el instituto aún no sentía la presión por tener que ser alguien.

Pero eso es todo lo que echo de menos.

Me dirijo al despacho de la entrenadora. Tampoco es que yo fuera la mejor jugadora de *lacrosse* del mundo, pero era fiable. No me saltaba entrenamientos, lo daba todo y Reva Coomer accedió a escribirme una recomendación para la universidad si es que alguna vez la necesitaba. La semana pasada le envié un correo electrónico para aceptar su oferta. Sigo sin estar demasiado interesada en ir a la universidad, pero puede que sea mi única vía de escape. Incluso podría ir a algún sitio cerca de casa, para que así pueda seguir estando cerca de Paisleigh y de Mars.

Pero cuando me acerco al despacho de la entrenadora y miro a través de la ventana, no veo a nadie. Giro el pomo y abro la puerta.

No está cerrada. Todavía debe de estar por aquí cerca. Le había mandado un mensaje para decirle que recogería la carta a las tres.

Podría haberle pedido que me la enviara por correo electrónico, pero quería saludarla. Lo que menos odiaba de este lugar eran sus clases.

Cruzo la oficina, abro la puerta del lado opuesto y me asomo al pasillo que solo usan los entrenadores. Al otro lado están los despachos de los entrenadores de los deportes masculinos y, más allá, sus vestuarios.

Milo está sentado en el despacho del entrenador Davenport, con Ana Moreno a horcajadas sobre su regazo. Es una estudiante de tercero.

Miro cómo se cogen de las manos y ella se mueve sobre su boca, profunda y lentamente. Qué asco.

¿Cuántos años tendrá? ¿Dieciséis, máximo? Saco el móvil y lo levanto, me acerco a la ventana y aprieto el *zoom* como si estuviera grabando. Pero no lo hago, porque es menor de edad.

Está claro que Milo es estúpido.

Ana me ve y salta rápidamente de su regazo, retrocediendo con los puños cerrados a los lados.

Milo me mira y le dice algo, haciéndola salir por la puerta opuesta. Intento contener la sonrisa mientras guardo el móvil en el bolsillo.

Rodea el escritorio y abre la puerta que da al pasillo, y yo me llevo la mano a la espalda, dispuesta a agarrar el pomo del despacho de Coomer y salir corriendo si hace falta.

Se detiene, se apoya en el marco de la puerta y cruza los brazos sobre el pecho.

—¿Qué te traes entre manos?

—¿Tú qué haces aquí? —suelto.

—He estado echándole una mano a los entrenadores de fútbol y baloncesto.

—¿Y se atreven a dejarte por aquí rodeado de chicas menores?

Literalmente terminó el último curso desde casa la primavera del año pasado. Y aunque no se presentaron cargos formales, todo el mundo sabía por qué.

Su sonrisa se ensancha tras sus labios cerrados.

—Mmm —asiente—. De hecho, sigo manteniendo las viejas costumbres con ellas. —Me mira de arriba abajo, porque, hace tiempo, yo también era así de ingenua—. Y además este año no hay nadie de la bahía como el año pasado —señala.

Liv Jaeger era la única chica del otro lado de las vías que venía aquí.

—Ya sabes que aquí la mitad de los padres tienen especial interés en que desaparezca esa pocilga —me dice Milo—. Todo el mundo se pregunta cómo se lo están haciendo los Jaeger para mantener alejados a los promotores de allí.

—¿Lo saben?

—Ahora sí. —Sonríe.

¿Y eso qué significa? No le he dicho a nadie lo de las cámaras de Fox Hill. ¿Las habrán encontrado?

Y entonces ato cabos. Cate, Emaline y Antoinette no son las únicas que se dirigen a la bahía esta noche.

—Los mandarán a sus casas por la tormenta —le recuerdo—. La policía detendrá a esa basura de gente incluso antes de que lleguen a cruzar las vías.

Los canales se inundan cada vez que hay una gran tormenta. Y habrá toque de queda.

—Esa basura de personas —responde— solían ser tus compañeros de clase. ¿Ahora te crees una Jaeger?

Si Macon tiene cámaras en nuestro territorio, ¿es posible que la gente de aquí también tenga instaladas las suyas en la bahía? Santa Carmen está buscando problemas allí esta noche. Vienen a dar guerra. A propósito.

—Seguro que nos entretenemos con las noticias locales mañana —comenta Milo.

—¿Por qué me avisas de que va a pasar algo esta noche? Sabes que se lo diré.

Retrocede hacia la oficina.

—Cuantos más, mejor. —Y cierra la puerta, dirigiéndose al vestuario de chicos.

«Hijo de puta».

Me doy la vuelta y saco el teléfono, olvidándome por completo de Coomer.

Clay descuelga, pero yo ya estoy hablando antes de que ni siquiera pueda saludarme.

—¿Está Liv en la ciudad?

Clay tarda un segundo en contestar.

—Acaba de llegar. ¿Por qué?

Joder. Preferiría que no estuviera aquí para esto, pero están empezando las vacaciones, está claro que iba a volver.

—Necesito tu ayuda esta noche —le digo—. Y necesito que ambas confiéis en mí.

12

Army

Dios, no me quiero ir a casa.

Él estará ahí. Siempre está ahí, joder, nunca se va. Es como estar en una habitación en llamas. Sabes que todo se está quemando a tu alrededor. Eres consciente de que, con el tiempo, te va a alcanzar, hasta que por fin lo hace.

Me quito la camiseta, la uso para secarme el sudor de la espalda y la frente antes de tirarla a la caja de la camioneta. Las nubes tapan el sol, mientras el viento me refresca la piel.

—Creo que me pagaría —dice Trace.

Sigo su mirada y veo a Elaine Bertrand en su bikini blanco; camina con su perfecta sincronización hacia la piscina que acabamos de limpiar, detrás de los setos que acabamos de podar. Nos lanza una mirada que dura lo suficiente para que no haya duda de lo que quiere. La joven esposa de Daniel Bertrand sería fácil.

Aprieto la correa, asegurando el equipo.

—Yo conseguiría más.

—¿Es una apuesta?

Me mira fijamente desde la parte trasera del vehículo, con las cejas arqueadas.

—Cállate de una puta vez. —Sacudo la cabeza—. Si haces algo así por dinero, estamos muertos los dos.

Porque está claro que Macon también me matará a mí.

Dallas arroja las bolsas de basura llenas de restos de poda a la camioneta mientras Trace baja de un salto, con el sudor enredándole el pelo en las sienes.

—Pero tú ya lo has hecho, ¿verdad? —dice.

Me detengo, mirándole boquiabierto.

—¿Se puede saber cuántos rumores corren sobre Macon y sobre mí exactamente?

—No, ese es solo sobre ti.

—Genial —me quejo.

Cojo la nevera del camino de la entrada y la arrastro para empujarla en el asiento trasero.

Trace me sigue.

—¿Sabes qué?, no me importaría —señala—. Tenías mi edad cuando Macon y tú erais responsables de una casa llena de niños a los que cuidar. Y eso sin contar a los que cuidabais en la bahía. Si hicisteis lo que teníais que hacer, entonces...

No le miro, cada músculo de mi interior se tensa.

—Entonces, ¿qué?

—Pues que me alegro —dice—. Quiero decir, no es que me parezca bien. Ojalá no hubierais tenido que pasar por eso. Más bien estoy agradecido. Yo nunca hubiera sido capaz de hacer lo que hacía falta para cuidarnos.

Yo no hice nada de eso. Nunca fue necesario.

Cojo aire.

—Cuando te ponen a prueba, descubres exactamente de lo que eres capaz. —Reduzco la voz a un susurro—. Pero también de lo que no eres capaz.

—Entonces sí que...

—No follé por dinero —suelto—. Gilipollas.

Sonríe y yo pongo los ojos en blanco. Trace nunca hace preguntas.

Normalmente.

Sé que todos están al tanto de los rumores que circulan sobre lo que Macon y yo hicimos para pagar las facturas. Algunos son ciertos, otros no, pero no quiero revivirlos. Iron es lo bastante mayor como para recordar algunas cosas, así que sabe que no debe preguntar. Dallas no se mete en lo personal, y Liv no quiere saberlo, porque le dolería enterarse de todo lo que pasamos por ellos. Lo hecho hecho está.

¿Quién iba a decir que Trace sería el valiente que se atrevería a averiguarlo?

—Pues yo también sé de lo que soy capaz —interviene Dallas, acercándose—. Y quizá pueda aguantar que me paguen por echar un polvo.

Le lanzo una mirada.

—Macon ya está buscando una razón para matarte.

Pero él se burla, abriendo el grifo de la manguera y poniendo la mano debajo. Echa la cabeza hacia atrás, se salpica el pelo con el agua y se lo alisa.

—Pero si apenas puede levantar el culo del taburete del garaje. ¿Le has visto? Últimamente está hecho una mierda —apunta Dallas.

Ya ha estado hecho una mierda antes, pero son demasiado jóvenes como para acordarse. Cierro el portón trasero, ignorando los ojos de Elaine, que sé que siguen clavados en nosotros.

Macon no mataría a Dallas si llegara a follar a cambio de un dinero que ya no necesitamos, pero sí que sentiría que todo lo que hicimos fue en vano.

Trace me mira.

—¿Le pasa algo? —pregunta.

—No.

—¿Y si pasara algo nos lo dirías?

—No.

Me da una colleja y yo me río, corriendo hacia atrás, alrededor del camión, mientras él me persigue.

—Pero ¡piénsalo! —le digo—. Si matara a Dallas, sería una boca menos que alimentar. Y ahora que no está Iron, tendríamos un dormitorio más, también. Podríamos decirle a Krisjen que se mudara.

Trace viene hacia mí, pero le planto la mano en la cabeza, apartándole.

—¿No puedes follártela de una vez? —me grita Dallas—. ¿Para que pueda pasar a Macon y se vaya por fin después de haber terminado la ronda?

Trace se detiene, mirando a Dallas.

—Déjala en paz —amenaza.

—Es una buena chica —añado, dirigiéndome de nuevo al lado del conductor—. Y yo no voy a acostarme con ella.

—Pero he visto cómo la miras.

Miro a Trace, aunque ha sido Dallas el que lo ha dicho. Iron ya fue tras Krisjen, pero yo crie a Trace como si fuera un padre. Es diferente.

—Es guapa —me limito a decir—. Y yo soy una persona visual.

Trace se ríe, abre la puerta de golpe y se deja caer en el asiento a mi lado. Dallas se sube detrás.

—No pasa nada —me dice Trace—. Yo tampoco podía quitarle los ojos de encima durante un tiempo. Y es una santa. Hay algo en ellas que lo hace todo un poco más excitante, porque no podemos tenerlas. Como si fuera algo prohibido. —Me mira—. Como bien recordarás.

Hago una pausa, sosteniendo la llave de contacto en mi mano.

—¿Qué coño te pasa?

Sabe que no debe sacar el tema.

—Es buena —confiesa, dejando de sonreír—. Joder si es buena. Siento decirlo, pero la mejor a la que me he tirado.

Dice que siente decirlo porque sé que no la quiere, aunque desearía hacerlo.

—Cuando no te la estás follando —continúa—, estás pensando en follártela. Es de ese tipo de chicas.

—No hables así de ella. —Enciendo el motor, esperando que el ruido haga que se calle.

Trabaja duro, es de fiar, digna de confianza, guapa a rabiar. Y es perspicaz. Más de lo que me gustaría a veces.

No tengo ninguna intención de hacer nada con Krisjen. Es una niña. Pero es alguien que merece la pena, y es su amiga. No debería estar actuando como si fuera un objeto que usa para desahogarse.

—Creo que necesitas a otra santa —dice. Antes de que pueda decirle que se calle, vuelve a mirar a Dallas—. Y quizá tú también a otra —añade, sonriendo a su hermano—. Krisjen es de las que muerden, por cierto.

«Por Dios».

—Dame una cerveza —le corto, dirigiéndome a Dallas.

Trace se ríe y se centra en el móvil mientras Dallas mete la mano en la nevera y me pasa una lata por encima del asiento. La abro y le doy un trago, la coloco en el posavasos a mi lado y cambio a *drive.*

Pero, entonces, Trace grita:

—Joder, ¡ese hijo de puta!

Y piso el freno.

—¡Me cago en todo! —grita. Al girarme, veo que se está poniendo el cinturón, cosa que no hace nunca.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—¡Esa desgraciada! —Frunce el ceño—. Siempre está jodiendo.

—¿Quién?

—¡Krisjen! —dice lleno de rabia, como si no acabara de ponerla por las nubes—. Tenemos que ir a su puta casa.

—Pero si se avecina una tormenta.

Me planta el móvil delante de mis narices, y no estoy seguro de lo que me muestra, pero lo que sí veo es una foto en la que aparecen Milo y nuestra hermana. Liv y Milo. En la misma foto. En casa de Krisjen.

Acelero sin dudar, ni siquiera compruebo que no haya tráfico antes de derrapar sobre la carretera, girando inmediatamente a la izquierda.

Le digo a Trace que le envíe un mensaje a Macon para avisarle de que llegaremos a casa más tarde. Ya está anocheciendo y hay que recoger a Dex en la guardería y darle de cenar.

No sé en qué estarán pensando Liv o Krisjen ahora mismo para estar con alguien así.

Cuando llegamos a su casa, la verja está abierta de par en par y el camino de la entrada está lleno de coches.

Trace suspira.

—Joder...

Sí. Algo va mal. Krisjen nunca ha hecho una fiesta en su casa. Al menos desde que la conozco.

Y puedo llegar a entenderlo si es que Milo se enteró y apareció, pero en la foto se estaban tomando un chupito de yo qué sé qué. En la foto publicada hace dos horas. Dos putas horas. ¿Quién sabe qué ha pasado desde entonces?

Liv también estaba allí, con Clay, después de lo que pasó la primavera del año pasado. No tiene ningún sentido.

Encima, tampoco nos ha invitado. Cuando viene a todas nuestras fiestas.

Me detengo alrededor de los árboles bien cuidados en medio de la entrada y aparco junto a un BMW negro, sin que me importe bloquearle el paso. Salimos volando y nos dirigimos a la casa, pero yo me desvío hacia el patio trasero. Una pareja se está enrollando en el asiento trasero de un coche descapotable y echo un vistazo rápido por si hay policías o padres.

Al doblar la esquina de la casa, nos colamos entre dos cipreses que forman parte de un muro de privacidad y salimos al patio trasero.

Si es que se le puede llamar así.

Es casi medio campo de fútbol. El suelo está cubierto de una hermosa baldosa de piedra de color claro, y la piscina parece prácticamente un patrón de Tetris. Un cuadrado, unido a un rectángulo, unido a otro cuadrado. Los árboles dan sombra a tres zonas diferentes para sentarse, dos de ellas con hogueras. Una marabunta de fiesteros baila y deambula por el patio, hablando y bebiendo.

Reconozco algunas caras. Algunos se graduaron con Liv, que ha vuelto de la universidad para las fiestas. Muchos son incluso mayores, y otros... mucho más jóvenes.

Krisjen está metida hasta la cintura en la piscina, vestida con un bikini amarillo, hablando con mi hermana, que se reclina en los brazos de Clay.

Echo un vistazo alrededor. No está Milo.

Trace se dirige hacia ella, pero alargo el brazo y le detengo. Me dirijo hacia ella y Dallas y él me siguen de cerca.

Me acerco al borde de la piscina y veo que Liv levanta la mirada primero y que Krisjen se vuelve para seguirla.

Me quedo mirándola a la cara.

—¿Qué haces? —le pregunto.

Ella separa los labios, pero todo lo que puede soltar es un:

—Hola.

Los mechones sueltos de su moño bailan frente a sus ojos azules, que se ven enormes cuando me mira. Un poco asustada.

Me pongo en cuclillas y muevo el dedo índice hacia mí para indicarle que se acerque.

Viene dubitativa, ya que sabe que se ha metido en un lío.

—No puedo creer que hayan venido —oigo decir a alguien en la piscina, pero mantengo mis ojos fijos en Krisjen.

—¿Callum también está aquí? —pregunta Dallas.

Pero Clay interviene.

—No te preocupes por Callum. No creo que vuelva para Acción de Gracias.

Dallas se queda callado y yo bajo la voz para que solo Krisjen pueda oírme.

—¿Has invitado a Milo?

—No exactamente.

—Pero ¿le dejaste entrar?

Ella duda.

—Tú no tenías por qué venir —dice en su lugar—. Solo necesitaba a Trace y a Dallas.

Enarco una ceja. Así que ha publicado esa foto a propósito. Quería tener a algún Jaeger por aquí. Pero ¿no a mí?

Dejo que mis ojos recorran su cuerpo. Teniendo en cuenta que Milo está aquí, ¿qué hace así vestida?

Ya estoy lo suficientemente cabreado con Liv por estar aquí, pero mi hermana puede protegerse a sí misma. Krisjen no puede. No de tal manera que pueda ganar.

Es delicada. Y eso me gusta de ella.

Aprieto la mandíbula.

—¿Por qué estás de fiesta con él?

—No creo que deba decírtelo.

Está preocupada, lo noto en su ceño fruncido. Me agacho, la agarro por debajo de los brazos y la saco de la piscina. Suelta un pequeño chillido, a la vez que Liv y Clay se apresuran a detenerme, pero yo ya he conseguido que los pies de Krisjen estén plantados en el asfalto. Luego la fulmino con la mirada.

—Entonces vayamos a un sitio privado donde puedas hacerme enfadar.

La cojo de la mano y tiro de ella detrás de mí. Todas las miradas se posan en nosotros mientras pasamos junto a una de las hogueras y junto a una multitud de gente en el patio trasero.

Ella me sigue, me coge de la mano con la misma fuerza con la que yo le cojo la suya, y siento una sacudida en el corazón.

Pero en cuanto entramos en su casa, me detengo. ¿Qué coño pasa?

El espacio oscuro está iluminado por el neón que la gente luce en su tripa, en sus piernas desnudas, en la espalda...

La mayoría de las luces están apagadas y veo una luz negra bajo la lámpara de araña de la cocina. Avanzo con decisión, pasando las escaleras y adentrándome en el abarrotado vestíbulo, mientras los cuerpos desnudos y sudorosos pintados de amarillo, morado y rosa se mueven al ritmo de la música. Algunos van en bañador, otros en ropa interior.

Me detengo de nuevo, el tenue resplandor de la luz hace que el papel pintado parezca azul al subir las escaleras. *Your Woman* suena por los altavoces, y me sorprende que pueda oírme cuando pregunto:

—¿Qué demonios es esto?

—Es una fiesta de la luz negra —responde ella. Viene a mi lado, mirando a su alrededor, como si estuviera algo satisfecha de sí misma—. Le dije a todo el mundo que viniera con poca ropa y que yo pondría los rotuladores.

Veo a una chica sin parte de arriba a la que sus amigas están pintando por todas partes, también hay un chico que le está firmando el culo y otra tía que le colorea los pezones. Algunos están llenos de dibujos vulgares y palabras absurdas, mientras que otros lucen diseños exóticos, flores o el año de su promoción.

—Algunos dibujos son bonitos, ¿eh? —pregunta.

Me giro para mirarla y veo que ella también está cubierta de pintura. No la había visto en la piscina.

Tiene un corazón en la mejilla, abdominales dibujados a mano en el estómago y sonrío al ver el símbolo de Wonder Woman en el pecho. Tiene los brazos escritos de arriba abajo, pero solo soy capaz de distinguir alguna palabra.

> Guapa. Huele bien. Alegre. Dulce. Amable. Lugar seguro. Ojalá te hubiera besado.

—Un tío con el que iba a clase me ha escrito esto. —Observa su brazo derecho entero—. Era bastante callado por aquel entonces, pero supongo que fui amable con él y todavía se acuerda.

La miro a la cara, cojo su barbilla en mi mano y froto con el pulgar los restos de pintura en la comisura de sus labios.

—¿Milo te ha dibujado esto?

Tengo que luchar para no frotar demasiado fuerte mientras intento limpiarla.

—¿Por qué? ¿Qué pone? —me pregunta.

¿Por qué no ha comprobado lo que ha dibujado?

Me inclino más hacia ella, el rotulador rosa se va borrando poco a poco, pero aún queda la marca difuminada.

Ella me mira, yo la miro, y me golpea un impulso. No lo pienso. Me acerco y le chupo ligeramente la comisura de los labios.

Me planta las manos en el estómago, con la respiración entrecortada, pero no me aparta.

Voy poco a poco, lamo su piel y mi boca apenas roza la suya.

«Dios mío». Hacía mucho tiempo que no tocaba a una santa.

Vuelvo a levantarme, le sostengo la mirada mientras le limpio la boca con el pulgar y saco un rotulador nuevo del cuenco de la derecha. Le trazo una línea gruesa en medio de la frente, cinco pétalos de margarita bajo el ojo izquierdo y una serie de triángulos desde la nariz hasta el labio superior, pasando por la barbilla y el cuello. Me alejo y vuelvo a tapar el rotulador.

—¿Qué has dibujado? —me pregunta.

—Ni idea.

¿Quizá algún tipo de pintura de guerra? Le queda bien.

Me quita el rotulador de la mano, acerca una silla y se sube enseguida. Destapa un rotulador, se lo pone como si fuera pintalabios; me mira fijamente y yo tengo que luchar por no levantar las manos para deslizarlas por el dorso de sus muslos.

Pero no lo hago. Me limito a mirar.

Tira el rotulador y me rodea el cuello con los brazos, y yo la atrapo mientras me rodea la cintura con las piernas y se aferra a mí.

Me besa el hombro, dejando la huella de sus labios como única prueba de que estuve aquí y que solo ella me tocó.

Me abraza con fuerza y se inclina hacia mi oído.

—Milo está encerrado en un almacén de la despensa —me dice.

No está susurrando, pero nadie más puede oírla por encima de la música.

—Toda esta gente estaba yendo a la bahía esta noche. Al cementerio. —Luego se echa hacia atrás y me mira a los ojos para darme la oportunidad de responder.

El cementerio. A nuestro cementerio.

—¿Por qué no nos lo has dicho? —le pregunto.

—Porque habríais protegido vuestro territorio —vuelve a decirme al oído—. Y quién sabe lo que habría pasado.

—¿Así que los atrajiste aquí con la excusa de una fiesta?

—Más o menos. —Asiente, parece orgullosa de sí misma—. También les prometí que los Jaeger estarían aquí, lo cual me aseguraba que las chicas también vinieran y se mantuvieran alejadas de la bahía.

Así que, después de todo, nos necesitaba aquí.

—De ahí la publicación de antes —digo, más para mí—. Sabías que Trace lo iba a ver y que, por lo menos, traería a Dallas. Así te asegurabas de que los Jaeger de mecha más corta, aparte de Iron, estuvieran aquí y no en la bahía, en caso de que Milo y sus amigos fueran de todos modos.

Por eso antes me ha dicho que no tendría que haber venido, no estaba preocupada por mí. Sabe perfectamente que no salgo a pelear si los santos invaden la bahía.

Pero no creo que quisiera tener a Trace y a Dallas aquí estando Milo, ¿verdad? Definitivamente habría pelea.

Pero de repente todo me encaja. «La despensa».

—Sin embargo, tenías que deshacerte de Milo antes de que Trace apareciera —pienso en voz alta.

Ella sonríe como una madre orgullosa de que su hijo por fin haya pillado algo.

—A Milo no le importa dónde ocurra. Sencillamente, hará lo que sea para que arresten a un Jaeger. Así que ahora Milo está aporreando la despensa, tú estás aquí como les prometí a todos y la bahía está a salvo. En serio, ha sido un auténtico rompecabezas llegar hasta aquí.

Suelto una carcajada, atrayéndola con más fuerza.

—Me alegro de que alguien piense como yo. Haríamos un buen equipo —le digo.

Me vendría bien una niñera que me ayudara a cuidar de Iron, Dallas y Trace.

—Pero... —señalo— si alguien está yendo a nuestro territorio a desenterrar tumbas, necesito saberlo en el futuro.

Sé exactamente lo que estaban buscando en el cementerio.

—Es mejor que no. Sabes que no acabará bien si intentas pararlos. Los santos no siempre ganan, pero nunca pagan por lo que hacen. Es mejor que esperéis a que llegue vuestro momento.

La abrazo. Nunca me ha gustado que un santo se crea con derecho a controlarnos a mí o al resto de mi familia.

Pero ella puede hacerlo cuando quiera. Se preocupa por nosotros.

—Además... —Empieza a balancearse al ritmo de la música mientras la abrazo—, ¿de verdad te imaginas a alguien de aquí cavando? ¿Para desenterrar algo que está a dos metros bajo tierra? ¿Y encima bajo la lluvia? Pues me parece a mí que no.

Me río.

—Se habrían limitado a destruir lápidas —dice, pero vuelve a intervenir enseguida cuando intento interrumpir su argumento—. Que entiendo que son antiguas y sagradas, pero los cuerpos quedarían intactos.

Sin embargo, no conseguiremos frenarlos siempre. Han estado jodiéndonos desde que se establecieron aquí.

—Gracias. —Inhalo la fragancia afrutada que emana su piel y me quedo mirando sus labios púrpura neón—. Eres buena en esto.

—¿En qué?

Sacudo la cabeza, intentando encontrar las palabras.

—En... ser una amiga.

Sonríe, con una luz preciosa en los ojos.

—Gracias.

Dulce y sincera, agradece como si fuera el mejor cumplido de su vida. Me rodea el cuello y me abraza fuerte.

—Pero sigo sin querer que vuelvas a hacerlo —le digo mientras me abraza—. Me refiero a lo de Milo. Te hará daño. Siempre.

—Vale —acepta, y me gusta lo rápido que accede—. No lo volveré a hacer.

No estoy seguro de creerla, pero espero que me involucre más rápido la próxima vez que decida tomar cartas en el asunto.

Sigo abrazado a ella, la gente pasa, la música suena. No pienso bailar ni loco, pero no la dejaré aquí, de ninguna manera. No con él.

—Soy demasiado mayor para esta fiesta —digo.

Debo de ser el mayor de todos.

Se echa hacia atrás, su sonrisa se suaviza.

—Yo también.

Me rodea con un brazo y con el otro se deshace el moño.

—Pero si les digo que se vayan —afirma—, Trace y Dallas oirán a Milo aporrear las paredes de la despensa. Y ya sabes cómo acabará eso.

Su pelo castaño cae en cascada a su alrededor, pero apenas puedo concentrarme con el calor que emana de entre sus piernas, apretadas contra mi estómago.

—¿Cuánto tiempo tenemos que esperar? —Le sigo el juego.

—Hasta que empiece a llover.

La policía no dejará entrar en la bahía a nadie que no sea de allí después de que empiece la tormenta.

—Entonces, ¿qué debemos hacer? —pregunto.

—Diría que ya estamos haciendo algo.

Aprieto un poco más mis manos en sus muslos, a la vez que Krisjen presiona su cuerpo contra el mío y un *déjà vu* inunda mi cabeza. El calor me recorre de arriba abajo. Dios, qué gusto sentir este cuerpo.

—¿Por qué no le caigo bien a Dallas? —me lanza.

Entrecierro los ojos.

—¿Quieres caerle bien?

—Por supuesto.

La rapidez con la que lo dice me sorprende casi tanto como la respuesta.

—Quiero decir, no me voy a morir si no me traga —se apresura a señalar—, pero yo espero mantener siempre la relación con vosotros, y me imagino que será mucho más fácil si deja de buscar pelea. ¿Qué problema tiene conmigo?

—No eres tú —le digo—. Lleva mucho tiempo siendo así.

Aunque, en el último año, ha empeorado. Lleva años siendo intolerante, está de mal humor constantemente, y cabreado. Pero tengo que admitir que con Krisjen es incluso más cabrón. No sé muy bien por qué.

—Nuestros padres murieron cuando Dallas estaba en la edad más complicada —le comento—. Tenía catorce años. Era demasiado joven para que se le tratara como a un hombre y demasiado mayor como para que se le protegiera como a un niño. Macon no sabía qué hacer con él. Yo tampoco. Él lo único que quería... era estar solo

muchas veces, y nosotros se lo permitimos. —Hago una pausa—. No tendríamos que haberlo hecho.

Teníamos otras cosas de las que preocuparnos. Era más fácil acomodarse a la situación, dejar que pasara y esperar que lo que fuera que le estuviera comiendo por dentro se resolviera por sí mismo.

—Tampoco creo que Macon supiera cómo hacer las cosas de forma distinta ni aunque pudiera volver atrás —admito.

—¿Y tú? —Ladea la cabeza—. ¿Cómo estabas por aquel entonces? Solo tenías, ¿qué, veinte años?

Dudo. No me gustan estas preguntas.

Pero al mismo tiempo me gusta que me las hagan. Liv, Dallas y Trace eran demasiado jóvenes, y nunca quise que Macon se preocupara por mí. Ya tenía bastante.

—Cuando te ponen a prueba —le digo—, descubres exactamente de lo que eres capaz y de lo que no. —Es lo mismo que le he dicho a Trace hace apenas una hora, pero no le he explicado a qué me refería exactamente, y él tampoco me lo ha preguntado. Me aclaro la garganta—. Unos meses después de que ocurriera todo, Macon y yo luchábamos por mantenerlo todo en marcha. La gente de la bahía necesitaba ayuda y apenas podíamos alimentar a los niños en nuestra propia casa. Al morir mi padre, los clientes se habían marchado a otra parte y Santa Carmen nos pisaba los talones. Íbamos a perder las tierras cualquier día. —Le sostengo la mirada—. Básicamente, fueron a por nosotros cuando más débiles estábamos.

Sus ojos buscan los míos y puedo ver la preocupación grabada en su frente. Sabe perfectamente que esta historia no tiene final feliz.

—Un día estábamos terminando de hacer alguna mierda de arreglo de jardinería en una casa de aquí —continúo—. Era tarde. Recuerdo preguntarme por qué nos habían pedido que fuéramos a

esas horas. Esa casa nos solía tocar durante las mañanas, a principios de mes.

Alguien chilla, pero no me giro para mirar. Ya ni siquiera soy consciente de estar en una fiesta.

—El marido nos llamó para que entráramos —le digo—. Para charlar un poco. Pero Macon solo quería marcharse. —Me río amargamente, dándome cuenta de lo poco que ha cambiado desde entonces—. Luego va y nos pide...

Se queda quieta, esperando a que siga hablando.

—Quería que nos acostáramos con su mujer. —Hago una pausa—. Ambos. Mientras él miraba.

Se le cae la cara de la vergüenza ajena.

—Dime que no...

—Quizá debería haberlo hecho. Nos ofrecieron miles de dólares —le explico—. Pero esa es la cuestión, Krisjen. Descubrí de lo que no era capaz, pero quizá me permití ese lujo, porque tenía a Macon. Y él siempre cuidó de nosotros. Sacó dinero de alguna parte. Y luego más. Y luego más. Y, honestamente, no sé si lo robaba o mataba para tenerlo, yo solo sé que agradezco que no me haya permitido someterme a gente así nunca.

Ni siquiera era por el tema del sexo. Podría habérmela follado. Tal vez me podrían haber pagado por hacerlo. Puede que incluso hubiera permitido que el marido mirara.

Pero no se trataba de eso, se trataba de la vergüenza de que siempre pensaran que podían comprarnos y vendernos. Y también de la vergüenza de vivir justo al otro lado de las vías. De tener que verlos a lo largo de los años y recordarles constantemente que podían hacernos eso. Yo tenía veinte años. Estuve a punto de vomitar en la salida.

Nunca dejaré que Dex se tenga que enfrentar a una situación así.

Bajo la mirada hacia sus ojos, y me topo con dos charcos azules mientras sostengo esa piel suave que me gusta más de lo que jamás admitiré, porque es la misma en todas las santas. Como si nunca hubieran trabajado ni se hubieran roto la espalda bajo el sol ardiente.

—Asumes que Dallas es el único al que no le gustan las zorritas ricas que nos tienen comiendo de la palma de su mano. —Me pongo muy cerca de su cara, con mi nariz casi rozando la suya—. Pero con lo dulce que eres, creo que serás una de ellas dentro de diez años, ¿no?

Su respiración entrecortada se acelera, sus dedos se curvan y sus uñas se clavan en mi piel. Sacude la cabeza y yo la sacudo a ella.

—No eres diferente —le digo—. No lo eres. Podemos fingir todo el tiempo que queramos, pero sabemos hacia dónde va esta historia.

Aprieto la parte posterior de sus muslos, oyéndola gemir, y no sé por qué me estoy desahogando con ella.

Pero me siento bien. Ya no tengo veinte años y quiero follarme a una de las hijas de esta ciudad, aunque le he dicho a Trace que no la tocaría. Se crio para ser deseable. Para eso están.

Empiezo a notar la erección en mis vaqueros.

—Mírame —pronuncia al fin, tocándome la cara.

La miro.

—Solo te miro a ti —susurra.

La fiesta se arremolina a nuestro alrededor, pero puede que estemos solos, porque solo me mira a mí, su voz es firme y será mía hasta que decida bajarla.

—¿Quieres pagar por mí? —Oigo la risa en su burla—. Tienes más dinero que yo. Ahora puedes jugar con nosotras.

Ella se acerca, rozando sus labios sobre mi mejilla, y yo la rodeo con mis brazos, sosteniéndola con una fuerza de acero.

«Sí, joder».

Nos deslizo detrás de la maceta que sostiene un árbol de interior y la aprieto contra la pared mientras suena el reloj de pie que tenemos al lado. Pierdo la noción de las campanadas mientras subo la mano y le paso el pulgar por la garganta.

—Te dejaría pagar por mí. —Paseo mi boca a lo largo de su cuello —. Pero no tendrías que hacerlo.

La levanto y la vuelvo a bajar, frotándome con fuerza entre sus piernas. Jadea, me abraza con más fuerza y me cubre la boca con la suya, gimiendo. Empiezo a arrancarle la parte de arriba del bikini, pero ella me lo impide.

«Dios, necesito tocarla».

Mueve las caderas y me aprieta, y yo le cojo el culo con las manos y me sitúo entre sus piernas mientras la aprisiono contra la pared. Abro la boca y meto la lengua en la suya. Me estremezco. Dios mío. Algo eléctrico recorre mis labios, baja por mi mandíbula y se hunde directamente en mi estómago mientras me pierdo en su calor húmedo.

Suelto su boca y aprieto mi frente contra la suya, mirándola fijamente a los ojos mientras froto con el pulgar uno de sus pezones que asoma por el bikini. La carne se endurece y la quiero en mi boca. Me meto la parte del pezón que asoma en la boca mientras voy succionando. Sigo mordisqueando y lamiendo sus tetas cubiertas por la tela.

Ella gime y se retuerce.

—Army...

Suena a queja, pero me está follando a través de la ropa.

Jadeamos y gemimos, el sudor me cubre la espalda, mi polla hace fuerza contra mis vaqueros. La beso y me estremezco cuando me muerde el labio inferior.

Llevo las manos abajo, me desabrocho el cinturón y me abro los vaqueros.

—No —dice finalmente. Se separa de mi boca y mira hacia abajo para ver mi bulto entre nosotros.

La aprieto suavemente contra la pared.

—¿No? —pregunto en tono de burla.

Le paso la lengua por el labio inferior, pero solo estoy jugando con ella. No estoy enfadado. Solo frustrado.

Meto mi mano hacia abajo y le froto el coño a través de la tela, sintiendo el pequeño bultito. Duro.

Gimo. Dios, está jodidamente buena.

—No vas a dejar que me divierta, ¿verdad? —Sigo jugando.

Ella niega con la cabeza.

—¿Es que esto no es divertido?

Y cubre mi boca de nuevo, amoldando su pecho al mío y sigue follándome aunque aún estemos vestidos. Lo único que nos separa es su bikini y mis calzoncillos.

Mis manos se enredan por todas partes, su culo, sus pechos, su cara...

Tiene razón. Esto es divertido. Aunque, no me importaría tener una cama si fuéramos a hacer algo más.

Se separa de mi boca y gime con la cara aún dolorida. Juro que puedo notar toda su humedad a través de nuestra ropa.

—Más despacio —susurro, sin atreverme a mirar detrás—. O se van a enterar de que estamos follando.

Estamos vestidos. Y escondidos detrás de la planta, pero no del todo.

La sujeto con firmeza mientras intento hacer que vaya más despacio y marcar yo el ritmo. Pero me gana la necesidad de

quererlo más y más duro. Me aprieto tan fuerte contra ella que noto los huesos de su pelvis.

—No puedo parar —dice mientras me besa una y otra vez.

—Despacio. —La sostengo desde las caderas para intentar controlarla—. Muévete suave.

Pero no me hace caso. Me cabalga, inclinando la cabeza hacia atrás mientras yo me hundo en su cuello. Besando. Mordiendo.

—No voy a entrar, ¿vale? —Tiro de la braguita hacia un lado, descubro su coño y absorbo su calor mientras ella mueve sus caderas una y otra vez.

Mi placer aumenta, la sangre palpita caliente por mi estómago y entre mis muslos.

—Oh, Dios —empieza a gemir más y sigue disfrutando entre jadeos—. Qué gusto... Dios.

—Agárrate a mí. —Le muerdo la mandíbula—. Agárrate fuerte.

Grita, y ni siquiera miro para ver si alguien está pendiente de nosotros. Golpeo la pared con la mano y me apoyo. Inhalo fuerte, intentando no correrme. Pero ella se sacude más y jadea más fuerte. Le botan las tetas con cada embestida y yo no puedo contenerme.

—Joder —exhalo. Mierda.

Me aparto, acariciando la longitud de mi miembro mientras me derramo sobre su vientre. Ella gime, mira hacia abajo, entre los dos, y observa cómo me corro.

El sudor me empapa la frente y dejo caer la cabeza sobre su hombro, sintiendo su mano deslizarse por mi nuca.

—Lo siento. —Jadeo—. Me he intentado aguantar.

—Quería que te corrieras.

Estiro la mano detrás de mí, saco mi camiseta del bolsillo trasero y la limpio. Sigue besándome y no puedo dejar de sonreír. Hacía mucho tiempo que no sentía tanto placer.

Me vuelvo a meter la camiseta en el bolsillo y la abrazo mientras ella me abraza. La fiesta sigue a nuestro alrededor, como si nada.

—Ven a casa conmigo esta noche —le digo—. No tenemos que hacer nada más. Solo ven a casa conmigo.

Pero ella niega con la cabeza.

—Si hoy me voy a casa contigo, significará algo.

—Claro, significará que podemos desayunar temprano —bromeo, dejándola en el suelo y mirándola a los ojos mientras permito que sus pies vuelvan a tocar el suelo—. Además, así no tengo que venir hasta aquí para recogerte. Es decir, uno tiene sus reglas. Al menos una cita antes de acostarme contigo.

Sonríe, pero de forma breve. Su respiración se estabiliza, y se ajusta el bañador, asegurándose de que todo sigue en su sitio.

Hemos terminado. No quiere más.

—No estás interesada —le digo.

En mí.

He sido solo una diversión, como Trace. O un polvo por pena, como Iron.

Krisjen alza la mirada.

—No —replica—. Quiero decir, sí. Estoy interesada. No es eso. Es que... —Traga saliva y de repente vuelve a parecer demasiado joven para mí—. Siento como si fuera en caída libre, Army —admite—. Primero Trace, luego Iron... Necesito parar un momento.

Sostengo su rostro en mi mano.

—Entonces agárrate a algo.

Sus ojos se ablandan y se inclina hacia mí. No sé qué tiene, pero ni siquiera necesito acostarme con ella. Simplemente me gusta verla por la mañana.

—Quieres llevarme a desayunar antes de que nos acostemos... —dice, pero parece que se lo dice a sí misma. Baja la voz y casi no la

oigo—. Aún no nos hemos acostado...

Observo su mirada lejana. ¿De qué está hablando? Me mira.

—No fueron mis padres, ¿verdad?

—¿Qué?

—¿El hombre que se ofreció a pagarte por acostarte con su mujer?

—Ah, no, no.

—¿Ni tampoco los de Clay?

—Dios, no.

Ella asiente una vez, satisfecha.

Se arregla el pelo y empieza a salir.

—Estaré en el restaurante de Mariette temprano. Ven a comer.

La detengo.

—Te quiero en mi cama esta noche.

—No.

—¿Por qué?

Se gira completamente, de cara a mí.

—Cuando yo quería algo fácil, Trace también. Y así fue. Luego con Iron supe que, si pasaba, solo sería una vez. Porque se marchaba. Así que estaba preparada para despedirme. Pero ¿tú? —Duda un segundo, luego me besa la comisura de los labios—. Creo que es fácil enamorarse de ti. Necesito un momento.

Vale. No es algo terrible de escuchar. Sin embargo, me molesta un poco que, pese a ser demasiado joven para mí, sea mucho más sensata que yo, de una forma u otra.

Se aleja.

—Tengo que quitarme este bañador.

Enarco una ceja y ella se ríe, dándose cuenta de lo tentador que me ha parecido. Se marcha, sube las escaleras y la veo desaparecer en su habitación.

«¿Qué demonios estoy haciendo?».

Me paso la mano por el pelo y la sigo con la mirada.

¿Lo hago porque todo esto tiene algo de prohibido y por eso quiero volver a sentirlo?

O puede que solo quiera ser feliz. Y porque a Macon le cabreará que tenga algo propio.

O tal vez es que ella es amable.

Tal vez sea porque es alguien a quien merece la pena conservar, alguien que nunca me haría daño.

Me gustaría tener una cita con ella para averiguarlo.

Miro por la ventana, a mi lado. Dallas fuma en la entrada y Trace está al lado de un coche con el capó abierto, riéndose y hablando con una chica.

Sacudo la cabeza y me dirijo a la cocina. Seguro que está haciendo el numerito de «¿Puedo abrirte el capó?». Dentro de unos días, ella le llamará para que compruebe «ese ruido raro» que ha oído mientras conducía. Es increíble las veces que le funciona ese truco.

Atravieso la cocina, caminando alrededor de los adolescentes, desesperado por volver a ponerme la camiseta, pero tiene semen por todas partes.

Paso junto a los fogones, abro la única puerta que encuentro y entro. Busco la luz, pero no encuentro nada. Palpo la pared a ambos lados de la puerta y por fin encuentro el interruptor. Al encenderlo, no veo a Milo, pero oigo golpes y gritos de fondo.

—¡Sacadme de aquí!

Me fijo en que hay otra puerta más adelante y cierro la que tengo detrás. Cojo el candado y le doy un tirón para asegurarme.

Sí, es segura. Miro a mi alrededor y encuentro la llave en una estantería delante de unos botes de salsa pesto. Krisjen no podía

guardársela, solo iba con el bikini.

La cojo.

Milo Price también es diez años más joven que yo. La idea responsable hace seis meses hubiera sido presentar cargos por el hecho de que intentara violar a mi hermana. Pero lo que yo quería hacer en realidad era matarlo.

Podría haberlo hecho. Hubiera sido mucho más fácil que tener sexo por dinero. ¿Cómo sería yo si no me preocupara ir a la cárcel? Es una pregunta que me hago a mí mismo a menudo.

Dallas, Trace, Iron..., todos piensan que soy aburrido. Sé que lo piensan.

No soy aburrido. Solo estoy preocupado. Todo el tiempo. Con miedo. Constantemente. Por ellos. Por Macon. Por Dex. Alguien tiene que ser el precavido. El fiable.

Introduzco la llave, la giro y abro la cerradura, dando un paso atrás cuando la puerta se abre de golpe. Milo sale como loco, sudando como un cerdo y aspirando aire como si hubiera estado encerrado en un puto ataúd.

—Hijo de puta —gruñe.

Pero se detiene justo antes de encararse conmigo.

Se balancea de un pie al otro, con el pelo oscuro mojado de sudor y la camiseta casi empapada por completo. Estoy seguro de que cree que he ayudado a encerrarlo.

—¿Vas a pegar a un niño? —me reta—. ¿Eh?

Hay que reconocer que tiene mérito. Sabe perfectamente que le daría una buena paliza, pero sigue dirigiéndose a mí como si la cosa fuera al revés.

—Clay está aquí, si prefieres que lo haga ella. —Le pongo la mano en la cara, rozando la cicatriz que tiene en uno de los lados para luego empujarlo hacia atrás—. Ella te dejó más guapo.

Al final resultó que mi hermana no necesitaba que sus hermanos la protegieran. Esa santa que se ha echado estaba muy feliz de ocuparse de los asuntos de su novia por su propio pie. Y estando tan conectada como está, sabía que no se metería en problemas por derramar un poco de su sangre.

Pero Milo no tiene miedo.

—Ya sabes adónde iré. —Se acerca, quedándose a unos centímetros de mi cara—. Hazme un favor, intenta detenerme.

Sonrío ante su desafío. ¿Por qué cree que le he dejado salir de la despensa?

—Será mejor que te des prisa. —Me aparto—. Está empezando a llover.

Se queda en su sitio unos segundos más y pasa a mi lado sin darme la espalda hasta que sale por la puerta de la despensa.

—No tardes —dice.

—Voy justo detrás de ti.

Se marcha y yo le sigo, abriéndome paso entre la gente hasta llegar al vestíbulo. La música suena, las luces negras muestran todas las obras de arte sobre toda la piel desnuda de la gente, y miro a mi alrededor en busca de Krisjen.

Pero no la encuentro, por suerte.

En cambio, veo a su hermano, de doce años, charlando con JC, el hijo de Santos. Mars está sin camiseta y lleva algún tipo de personaje de anime dibujado en el brazo.

Me acerco y tiro del brazo de JC.

—¡Eh! —Miro fijamente al chico—. ¿Qué haces aquí?

Abre mucho los ojos y se endereza, claramente sorprendido al verme.

—¿Qué? Em... —Le cuesta encontrar las palabras—. Bueno, ellos también se cuelan a nuestro lado todo el tiempo —dice, como si eso

fuera una excusa para venir aquí.

Baja las manos, intentando esconder la cerveza, pero yo se la quito.

—Dame eso.

—Esto está oscuro —argumenta—. Nadie sabe que soy del pantano.

Pero vuelvo mi ceño fruncido hacia Mars.

—¿Y dónde demonios se supone que tendrías que estar ahora?

Traga saliva.

—En casa de mi abuela.

También le cojo la cerveza.

—Fuera de aquí, maldita sea. —Si fuera mi casa, tampoco les dejaría venir a ninguna de las fiestas—. ¡A casa! —Se escabullen corriendo por la puerta principal.

Voy a decirle a Mars que mueva su culo arriba, pero aquí hay demasiado ruido como para que pueda dormir, así que es mejor que se vuelva a casa de su abuela, donde Krisjen piensa que aún está, probablemente.

Dejo las cervezas en el suelo y salgo, justo a tiempo para ver un Audi plateado oscuro salir a toda velocidad de la entrada. Y si es Milo, no está solo. Hay otros dos en el coche con él.

Miro a Dallas.

—Vamos.

Tira el cigarrillo y viene hacia mí, mientras Trace sale de debajo del capó de la chica.

—Eh, ¿qué pasa? —pregunta Trace.

—Quédate —le digo—. Ayuda a Krisjen a sacar a esta gente de aquí.

Dallas sube a la camioneta y yo abro la puerta del conductor. Antes de entrar, oigo a Trace gritar:

—No hagas ninguna estupidez.

Me dejo caer en el asiento y cierro la puerta. Me encuentro con los ojos de Trace a través de la ventanilla de Dallas.

—¿Yo?

Se lo pregunto de verdad, y él lo sabe. Se ríe, arranco el motor y salgo de la entrada acelerando.

Seré abuelo antes de que Trace se case. Yo no soy el inmaduro.

Salgo a la carretera a toda velocidad y me detengo al ver brillar las luces traseras de Milo. Veo el rojo brillante más adelante, en el carril de mi izquierda. Gira y desaparece, y yo doy un tirón al volante, yendo tras él.

Las gotas de lluvia caen como dardos sobre el cristal y activo el limpiaparabrisas para intentar identificar el coche de Milo a lo lejos.

Hay varios coches delante de mí.

—¿Qué pasa? —pregunta Dallas.

—Solo un poco de prevención.

Tenía que sacarlo de su casa. Si me hubiera quedado en casa de Krisjen esta noche, hubiera dejado que se pudriera allí abajo, pero como yo me iba, a él también le ha tocado hacerlo. Dallas señala hacia delante.

—Ahí está.

Cambio de carril, esquivo un todoterreno y me detengo en el semáforo. Milo está en el carril de al lado, dos coches más adelante.

—Nos ven —me dice.

Milo ajusta el espejo retrovisor hasta encontrarse con mis ojos.

—Van a acelerar —le advierto a Dallas.

No puedo seguirle el ritmo. Al menos no a este lado de las vías.

—Si tenemos suerte, tendrán un accidente —digo.

Se ríe entre dientes.

—Este tipo de juegos no son propios de ti.

—Ya, es por ella, que me trae loco.

Lo digo antes de pensar, sin que me dé tiempo a contenerme.

Llevo un rato pensando en ella. No debería de haberle pedido que viniera al club de estriptis. Es un sitio al que vas con una mujer con la que llevas un tiempo para pasar una noche divertida, si acaso. No a alguien a quien quieres enamorar o a quien te gustaría impresionar.

El semáforo se pone en verde y Milo sale disparado, acelerando como si sus padres fueran concejales.

Piso el acelerador a fondo, manteniendo los ojos bien abiertos y yendo cada vez más deprisa.

La lluvia cae como ríos por el cristal, acelero los limpiaparabrisas y aprieto el agarre en el volante. Las luces de Milo se difuminan a través de la lluvia.

—Quédate conmigo en todo momento —le digo a Dallas—. No hagas ninguna gilipollez.

—Se merece desaparecer —me responde.

Es verdad, pero no voy a dejar huérfano a mi hijo yendo a la cárcel por este imbécil.

Entrecierro los ojos, intentando distinguir algo a través del parabrisas en la oscuridad y la tormenta.

—Joder, cómo llueve —me quejo.

Se detiene en una señal de *stop*. Estamos dos coches por detrás. Le veo girar a la izquierda.

Sonrío cuando el coche que hay entre nosotros le sigue, y me acerco a la señal, preparándome para parar.

Pero Dallas grita:

—¡Vamos!

Cruzo la señal de *stop*, pero no giro a la izquierda para seguir a Milo. En lugar de eso, giro el volante a la derecha y aprieto el

acelerador.

Vamos disparados calle abajo. La carretera pasa de estar asfaltada a no estarlo en un instante. El agua me salpica mientras atravieso los charcos. Dallas y yo rebotamos dentro de la camioneta.

Hay una carretera que lleva a Sanoa Bay, y dos que convergen en ella. Los santos suelen optar por la calle recién asfaltada que los lleva más allá de los humedales llenos de turistas, y de chorradas como los aerobotes, la pesca recreativa y ese tipo de mierdas. De esa forma, evitan por completo esta calle casi abandonada.

Chocamos con un bache, Dallas se agarra al asidero de encima de la puerta mientras coge aire, y yo aprieto la espalda contra el asiento para estabilizarme.

Pero oigo un chillido procedente de los asientos de detrás y vuelvo los ojos hacia Dallas.

Él me mira y los dos nos giramos completamente hacia el asiento trasero. Sin apartar los ojos de la carretera, meto la mano y noto dos cuerpos.

—Pero ¡¿qué coño?! —grito.

JC y Mars aparecen ahí. JC dobla los labios entre los dientes, intentando no reírse, mientras Mars parece más arrepentido.

—Agg, mierda —protesta Dallas.

—¡Hostia puta! —bramo—. Malditos críos.

—¡Tú sigue! —grita Dallas—. ¡Rápido!

Estamos rodeados de árboles altos y maleza densa. Rebotamos sobre los baches de Sanoa Bay. Giramos a la izquierda y luego a la derecha, pero no veo ninguna luz trasera delante de nosotros.

Hay una pequeña bifurcación en la carretera y me lanzo tan rápido como puedo, dando volantazos cuando las ramas colgantes golpean mi parabrisas.

—¡Tenemos que llegar antes de que gire! —grita Dallas.

—¡Ya lo sé! No veo nada.

Aparece el camino de Ben Calderon, y giro el volante a la derecha, acelerando por una pequeña pendiente y pisando a fondo los frenos. Una espesa hilera de árboles bloquea la vista de la calle desde el camino de entrada, y abro de un tirón la puerta, echando un vistazo al asiento trasero antes de saltar fuera.

—Me ocuparé de vosotros dos más tarde —suelto con firmeza—. ¡Aquí quietos!

—Sí, claro —replica JC, pero tengo demasiada prisa como para pelear con él.

Me bajo de la camioneta y me dirijo a la puerta trasera. La abro y deslizo hacia mí una de las muchas cajas de herramientas, abro la tapa y saco la cadena de pinchos que veo dentro.

—¡Date prisa! —grita Dallas.

Le paso un lado y cojo el mango del otro, liderando el camino a través de los árboles y mirando en ambas direcciones. No vienen coches. Camino al otro lado de la carretera, mientras Dallas permanece donde está. Estiramos la cadena a través de la carretera.

—Esto no va a matarlos, ¿verdad? —grito.

Iron se solía divertir mucho con este artilugio. Mientras no vayan rápido, no tendría por qué haber ningún problema, ¿no?

Pero Dallas me grita:

—¡Fue a por nuestra hermana! ¡Y le gusta pegar a las mujeres!

—Es verdad.

En realidad, no puede ser demasiado peligroso. Las venden en Amazon.

Dejo caer la cadena, asegurándome de que esté recta.

—¡Vienen! —grita, corriendo de vuelta hacia los arbustos.

Le sigo; ambos nos escondemos mientras Mars y JC se acercan a mirar.

Los agarro y me encargo de alejarlos.

El Audi se acerca cada vez más, se ve cómo la lluvia cae fuerte frente a los faros. «Ya casi está, ya casi está». Contengo la respiración, y el miedo de que una broma estúpida pueda salir mal hace que se me revuelva un poco el estómago.

El coche pasa a toda velocidad, y el ruido de los pinchazos atraviesa el aire. Pop, pop, pop, pop.

El coche zigzaguea y los neumáticos pierden aire, el sonido de la lluvia y la goma desinflada golpeando la calle me llena los oídos.

El coche se sale de la carretera y desaparece en una zanja poco profunda, con las luces traseras apuntando hacia arriba.

Dallas sonríe.

—Nunca pasa de moda.

JC mantendrá la boca cerrada. Miro a Mars.

—Quien delata la paga.

Él asiente una vez, totalmente de acuerdo.

Corro al otro lado de la calle, escuchando a una chica y a un chico gritar de una manera que suena a enfado más que a dolor, mientras el cinturón de seguridad de Milo golpea contra la ventana cuando empuja la puerta para abrirla.

Retrocedo antes de que pueda vernos.

—¿Quién viene por ahí? —escucho que pregunta Dallas.

Sigo su mirada y veo a otro coche acercándose.

—¡Quita la cadena! —digo susurrando, pero gritando a la vez.

Pero no hace nada.

—Probablemente sean más de ellos —suelta, encogiéndose de hombros.

Pero al mirar a la carretera me doy cuenta de que reconozco la marca y el modelo del coche que tiene esas luces.

—¡Es Conroy! —le digo—. ¡Quítala!

No lo hace. Solo se encoge de hombros.

—¡Dallas!

Me cago en su vida.

No me da tiempo a detenerla. Pasa volando y sus neumáticos estallan al instante.

«A la mierda». Macon nos va a matar por llevarle más neumáticos pinchados.

«Qué hijo de puta».

Ella zigzaguea a izquierda y derecha hasta acabar deteniéndose bruscamente. Corro hacia ella y la saco del coche. Trace sale del lado del copiloto.

La sostengo por debajo de los brazos.

—¿Estás bien?

—¿Vais en serio? —grita furiosa—. ¡Mis ruedas!

Mira hacia la cadena de pinchos de la carretera y yo miro hacia la zanja, pero Milo y sus amigos todavía están allí abajo y no pueden vernos.

Todavía.

Tenemos que salir de aquí.

La cojo de la mano, llevándola hacia los árboles y de regreso hacia mi camioneta, dejando el Benz de su padre en la carretera.

—¿Dónde está mi hermano? —demanda—. ¿Por qué os lo habéis llevado? ¡Mars!

—Shh —insisto.

Milo la va a oír.

La arrastro de vuelta a mi camioneta aparcada en el camino de Calderon. Dallas y Trace nos siguen.

Señalo a Mars.

—Duerme en su casa —le digo, señalando a JC—. ¡Id a casa! Ambos. Pero ¡ya!

JC agarra a Mars por el codo para llevárselo. No estamos lejos de casa.

—Vamos —les digo luego a Trace y a Dallas—. Coged el camión. Os veo allí. Cargaremos algunos neumáticos para traer de vuelta el coche de Krisjen.

Se suben al coche y se alejan, recorriendo carretera abajo la corta distancia de vuelta hasta casa.

Me siento bastante estúpido por haber sido tan miserable con ese pedazo de mierda, pero me había olvidado de lo bien que sienta hacer algo que no sea trabajar, y terminar la noche con algo bonito.

La abrazo, y luego me fijo en el vestido blanco que lleva. Sin mangas y hasta la mitad del muslo, las tiras en el pecho y la espalda muestran fragmentos de piel. Su cabello está empapado ahora, pero me gusta exactamente igual.

Y lentamente, empiezo a girar, sosteniendo su mirada todo el tiempo.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta, tambaleándose mientras intenta seguirme el ritmo.

—Es nuestra primera cita.

Estamos bailando.

La giro más rápido, una y otra vez, y cuando la inclino rápidamente y la sostengo hacia abajo, finalmente sonríe. Incontenible e incontrolable.

Supongo que se quedará a dormir.

13

Krisjen

—Tengo que irme a casa —le digo a Army.

Pero él me lleva de la mano hasta la suya.

—Deja que te arreglemos el coche antes de que Macon se despierte y vea que acabamos de costarle quinientos pavos más en neumáticos.

Que tendrá que pagar él, porque es culpa de uno de sus hermanos —otra vez— que se hayan pinchado.

Trace y Dallas salen de la camioneta y Army me suelta la mano, dirigiéndose hacia ellos. Pero vuelvo a agarrarle de la mano.

—No puedo quedarme aquí esta noche.

Se detiene y me mira, pero no sé qué intento decir.

Me aprieta los dedos un poco más.

—Duerme en la habitación de Liv —me dice—. Tu hermano está con el hijo de Santos. Reparamos tus neumáticos ahora y podrás irte por la mañana.

Se marcha y, justo cuando empiezo a protestar, Army le suelta un grito a Dallas antes de llegar a la puerta principal.

—¿Adónde demonios crees que vas? —le pregunta Army.

—A la cama.

—Ayúdanos —le ordena mientras Trace levanta la puerta del garaje y empiezan a sacar neumáticos nuevos.

Pero Dallas se limita a reírse por lo bajo y desaparece dentro de casa.

Army aprieta la mandíbula, pero le deja marcharse, y yo me acomodo el pelo mojado detrás de la oreja. La lluvia levanta barro en el suelo. Me quito los tacones y apoyo los pies descalzos en un charco.

—Army, para —grito—. Puedo permitirme una grúa y mis propios neumáticos. No puedo quedarme aquí.

—¡No voy a intentar follarte! —grita.

Trace se detiene y se vuelve hacia mí con los ojos muy abiertos, y yo cierro los míos por un momento.

—Al menos no esta noche —añade Army—. Ahora fuera de mi vista, vete a dormir.

La vergüenza me invade y siento que estoy sudando. Trace esboza una sonrisa.

Levanto el dedo corazón y digo:

—Que te jodan.

Él hace un puchero y utiliza su propio dialecto del lenguaje de signos mientras mueve los labios sin hablar en voz alta articulando un:

—Pero si yo te quiero.

«Gilipollas».

Me doy la vuelta y entro, tiro los zapatos en el salón y me pongo a buscar un móvil. El mío sigue en el coche, pero no hay vez en la que uno de los Jaeger no se deje el suyo en casa. Rebusco en el salón, miro en cada enchufe que tiene cargadores y luego voy a la cocina. Pero, de repente, se apagan la luz del baño, la del pasillo y la de encima de los fogones. Miro a mi alrededor en busca de cualquier otra luz.

Pero está claro que ha habido un apagón. Me asomo por la ventana del salón y veo que las luces de la calle y las de enfrente también están apagadas.

—¡Krisjen! —grita Army—. ¡Comprueba los interruptores!

«No, señor». Yo no vivo aquí.

Encuentro un mechero y lo enciendo mientras rodeo la mesa de la cocina. Justo en medio hay una olla, llenándose de agua por la gotera que hay en el techo.

Como aquí no parece haber ningún móvil, subo las escaleras para buscar el de Iron, que probablemente siga en su habitación. No se lo podía llevar a la cárcel.

Avanzo por el pasillo para llegar hasta su puerta, que está justo al fondo, pero de repente oigo un ruido y noto algo bajo mis pies.

Bajo la llama y veo agua en el suelo.

¿Qué demonios está pasando?

Mantengo la llama por encima de mi cabeza, pero no veo ninguna fuga arriba.

Y entonces vuelvo a oír el sonido. El llanto.

«Dex».

Asomo la cabeza en la habitación de Army y veo a Dex en su cuna; me acerco para asegurarme de que está bien. Le toco la cabecita, poblada de pelo castaño liso y le palpo el pijama, asegurándome de que esté completamente seco.

Le acaricio la mejilla.

—Te traeré agua, colega.

Dejo la puerta abierta, cojo unas toallas del armario del pasillo y las pongo sobre el agua.

Entonces me doy cuenta de dónde viene el charco. Camino hacia el cuarto de baño y mis pies pisan el reguero que sale de debajo de la puerta.

Dudo un momento, sé que algo no va bien.

La abro de un empujón.

Macon está sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la bañera. El grifo se ha salido y está tirado sobre las baldosas del suelo. El agua de la cañería rota sale a borbotones y me llega un olor a vómito. Se me revuelve el estómago. ¿Qué ha pasado?

Tiene un brazo apoyado sobre su rodilla doblada. No le veo la cara, tiene la cabeza girada hacia otro lado. Me dejo caer frente a él para comprobar si hay sangre o algún signo de fractura.

Pero él se queda ahí sentado. Con los ojos abiertos. Respirando tranquilo.

—¡Krisjen! —Army me llama.

No me muevo.

Un vaso que estaba apoyado sobre el lavabo rueda sobre el agua. Lo recojo, sosteniéndolo bajo la corriente que emana de la tubería. Lo lleno, cierro la llave y el agua se para. Dejo el vaso y una toalla de manos limpia sobre la mesita que hay junto a la bañera.

Respiro pesadamente. Sostengo su cara entre mis manos e intento volverla hacia mí, pero él se aparta suavemente.

Me inclino hacia él y le huelo. No creo que haya bebido. ¿Qué coño habrá pasado? ¿Lo habrá roto él?

Siento que me observa y levanto la vista.

—¿Qué ha pasado? —pregunto en un susurro—. ¿Te has hecho daño? —No responde—. ¿Qué puedo hacer?

—Márchate.

Me estremezco por dentro. No quiero irme. ¿Se ha puesto enfermo? ¿Se habrá apoyado demasiado en el lavabo? ¿O se habrá caído en él?

O... puede que incluso se haya enfadado tanto que le haya dado por arrancarlo de la pared.

Le sostengo la mirada mientras la suya se ablanda al verme.

—Estás guapa —susurra.

Me quedo observando la gota que cae por su cara mojada, mientras me convenzo a mí misma de que solo es el agua de la tubería rota. Quiero tocarle. Quiero ayudarle.

Me contengo.

Me levanto, me alejo y empiezo a cerrar la puerta.

—Voy a encargarme de Dex —le digo—. Estoy aquí abajo si me necesitas.

Y giro la cerradura de la parte interior de la puerta, dejándole solo.

A la mañana siguiente, dejo el vaso sobre la mesa del desayuno y escucho los pasos de Macon en el piso de arriba. A esta hora ya suele estar levantado.

Ayer por la noche, me puse a limpiar el agua del pasillo, puse los interruptores del cuadro eléctrico en posición correcta. También le di algo de comer y beber a Dex, e incluso le volví a acostar antes de que los chicos terminaran con mi coche.

Luego, me metí en la habitación de Liv antes de que subieran.

Sin embargo, cuando Trace y Army se fueron a dormir, yo seguía sin poder conciliar el sueño. En el transcurso de la noche, salí de la habitación tres veces en las que probé a abrir la puerta del baño. Pero siempre estaba cerrada. Estuve a punto de ir a despertar a Army porque estaba empezando a asustarme. Estaba claro que algo no iba bien y estaba empezando a pensar que haber dejado solo a Macon no había sido la mejor idea del mundo.

Pero la cuarta vez que intenté abrir, hacia las tres y media de la madrugada, la puerta estaba por fin abierta, el cuarto de baño vacío

y el agua del suelo recogida.

Me quedo mirando la bebida helada y amarilla que acabo de dejar sobre la mesa, pero luego vuelvo a cogerla, vierto el batido en una taza negra y la dejo en el asiento de Macon.

Aún llevo puesto el vestido, no he dormido nada y probablemente he perdido el tiempo preparándole algo para desayunar, pero solo son las seis de la mañana y Mars sigue durmiendo. Ya le he llamado y me ha dicho que lo deje en paz.

Por lo menos creo que se lo ha pasado bien en la bahía con su nuevo amigo, porque no parecía tener mucha prisa por querer volver a casa. No sé por qué, pero eso me alegra.

Army y Trace entran en la cocina, Aracely está ocupada limpiando el desastre que dejaron los chicos al volver anoche.

—¿Se puede saber qué ha pasado con el grifo del baño? —grita Dallas mientras va a por la cafetera.

Nadie le contesta y yo me empiezo a sentir muy incómoda. Por hacer algo, me pongo a mojar un paño de cocina antes de sentarme a la mesa y me limpio los restos de barro que aún me quedan en los pies.

Con la cabeza aún agachada, veo un par de piernas largas que pasan por delante de mí. Reconozco al instante las botas de trabajo de Macon.

—Está ahí en el puto suelo —sigue Dallas—. ¿Es que alguno de vosotros se la ha follado encima del lavabo o algo?

Levanto la mirada y veo que Dallas me fulmina con la suya. Macon se sirve café, Trace cereales y Army está ocupado preparándole el desayuno a Dex.

—Dallas, déjalo ya —le dice Army.

Pero yo sigo limpiándome las piernas, despreocupada.

—En realidad, lo hicimos en tu cama.

—Bien, pues me lavas las sábanas.

—No eres más que un polvo fácil, Dallas. No me he presentado a ninguna audición para ser tu mujer, que yo sepa.

Trace se sirve la leche y se levanta a por una cuchara, Macon se sienta y Dallas se echa azúcar en la taza.

—Tranqui, nunca me casaría con una puta —me contesta.

—Bueno, de todas formas, tampoco podrías ligarte a una santa —murmuro—. Somos difíciles de impresionar.

—Pues a juzgar por mi experiencia no.

Le miro, sonriendo mientras apoyo la barbilla en la mano.

—Ya, qué me vas a contar —digo.

«Por favor, sí, cuéntamelo todo». Me encantaría saber con quién se ha liado.

Aparte de Amy, obviamente. Pero eso no significa que nos conozca.

—Cabrona. —Pero esta vez lo dice con cariño, más suave. Casi sonrío. Me gusta volver un poco a la normalidad.

De repente, Army golpea un cubierto contra la encimera.

—¡Cállate! —le grita a Dallas—. ¡Para ya!

—¿O qué? —se burla Dallas.

Pero soy yo quien responde.

—O me quedo aquí para siempre.

—Tss, lo más seguro es que ya estés hasta embarazada.

Me acomodo en el asiento junto a Trace, apoyo la cabeza en su hombro, pero sin dejar de mirar a Dallas.

—El tío Dallas. Sí, me gusta cómo suena.

—¿Acaso sabrías quién es el padre?

Me llevo el café a los labios.

—Bueno, lo que está claro es que es un Jaeger.

Trace resopla, baja la cabeza y tiembla de risa.

Justo después, noto que algo me da directo en la frente y me echo hacia atrás bruscamente con el impacto, viendo cómo el huevo revuelto se derrama de mi piel a la mesa.

—Uuuuh —murmura Trace.

No sé si reír o llorar.

—Joder, ¿es que no vas a hacer nada? —pregunta Army, aunque no puedo ver con quién está hablando.

Y antes de que lo vea venir, Dallas me levanta del escote del vestido y me sube sobre la mesa.

—Un día pensaremos en este momento y nos reiremos —chillo.

—Tú y yo no nos vamos a acostar.

—¿Podemos al menos ducharnos? —replico.

La risa de Trace llena la habitación mientras siento que me cae un recipiente entero de azúcar sobre la cabeza. Grito, pataleando encima de la mesa.

—¡Un día me querrás! Te lo juro.

—¡Y una mierda! —gruñe Dallas.

Una voz apagada, diferente de las demás, se cuela en medio del alboroto.

—Krisjen...

Me aparto del ataque de Dallas, intentando abrir los ojos.

Algunos platos de la mesa se caen al suelo.

—¿Krisjen?

Parpadeo y todo se para un segundo cuando nos detenemos en seco.

Macon está sentado, presidiendo la mesa, y Army, inclinado sobre esta, tiene una mano en mi brazo mientras que le agarra del pelo a Dallas con la otra.

Macon mira la mesa fijamente. Sus ojos se asientan en mi estómago creando un agujero.

Dejo de agarrar a Dallas por el pecho enseguida.

—¿Me preparas otro? —me pregunta Macon.

Sostiene la taza con el batido, la inclina hacia atrás y se la vacía en la garganta mientras se levanta de la mesa.

—Y quiero la cena de esta noche —dice—. Que sea algo diferente de lo que hay en ese puto menú. Por favor.

Abandona la mesa y se dirige al garaje.

—Puedo traerte algo cuando baje al centro —le dice Army.

Pero Macon niega con la cabeza, y su voz suena tensa.

—Solo ella.

No puedo dejar de lanzar miradas por la ventana del restaurante. Como si pudiera ver a Macon a una distancia de cien metros por el camino de tierra que lleva a su garaje.

Llevo todo el día distraída. Esta mañana, Trace me ha prestado su camioneta, he ido a recoger a Mars y, al llegar a casa, me he puesto a limpiar mientras Bateman iba a recoger a Paisleigh a casa de mis abuelos. Ha dicho que se quedaría con los niños hasta que mi madre llegara a casa, cosa que agradezco, porque no quiero irme a casa justo después de llevarle la comida a Macon esta noche.

No paro de mirar el reloj, se me caen los platos, me olvido de llevar cubiertos a las mesas. Algo va mal, y yo no puedo estar con él ahora. La puerta está abierta, pero no se ve nada desde aquí.

¿Qué pasó anoche? Macon suele perder los estribos a menudo, pero esta vez fue...

Se desmoronó. Se derrumbó en el suelo del baño, y estuvo allí casi toda la noche.

Si hubieran sido Trace o Army, podría haberles forzado para que me lo soltaran, pero con Macon es imposible. Se queja de tener que

hacerlo todo él solo. Sin embargo, creo que ni siquiera él piensa que se puede permitir no hacerlo. Los hombres como él no se sienten hombres a menos que hagan todo solos.

Sacudo la cabeza, amontonando los platos en el fregadero, porque el camarero no ha aparecido y Summer tampoco. Probablemente estén juntos.

La voz de Macon vuelve a meterse en mi cabeza. «Solo ella», ha dicho. Esas dos palabras han bastado para que me sintiera relevante. Importante para alguien como él.

El delicioso aroma de la sopa inunda la cocina y levanto la tapa de una olla que hierve a fuego lento.

Inhalo profundamente y casi me da un escalofrío al sentir el calor bajo mi piel. Hoy estaremos a unos veintiséis grados. Bastante frío para estar en zona tropical. Me vibra el móvil, meto la mano en el delantal y lo cojo mientras vuelvo a colocar la tapa.

«Bateman».

—Hola, ¿cómo va todo? —respondo.

—Cielo, tengo que irme.

Hago una pausa.

—Por favor...

—Llega tarde —me comenta—. Me tengo que ir.

—Por favor, no te vayas.

—Y no me ha pagado.

Dios santo. ¿De verdad está pasando esto? ¿Otra vez?

—Tienes que venir —dice—. O llamaré a tu padre.

Sí, buena suerte para dar con él.

Me arranco el delantal.

—Ya voy.

Cuelgo, y veo a Mariette detenerse mientras llena un molde de tarta.

—Tardo treinta minutos —le digo, mientras salgo corriendo por la puerta—. Volveré, ¿vale?

Deja escapar un sonido entre tenso y agobiado, porque pese a que se ofreció a ser comprensiva, ahora estamos ocupados.

—¡Media hora! —grito, empujando la puerta para salir disparada —. Me daré prisa.

Entro como un rayo en el coche de mi padre y acelero para salir de la bahía. No tendría que haber aceptado este trabajo. Debería haberme quedado en casa con Mars y Paisleigh. Pensaba que Army tenía razón y que necesitaba invertir el tiempo en algo mientras ellos estaban en el colegio, pero estaría bien que vieran una cara conocida cuando llegan a casa. Que estuvieran con alguien a quien no le pagan por estar ahí.

Lo que pasa es que yo ya no quiero estar allí, joder. Ya no lo siento como mi hogar.

Atravieso el camino de entrada, me detengo frente a mi puerta y apago el motor, saliendo de un salto. El coche de mi madre no está aquí. No me sorprende. Seguro que está cortejando a un nuevo novio, a la caza del segundo marido. Supongo que no tiene tiempo para niños.

Bateman abre la puerta antes de que yo llegue. Las líneas de estrés están dibujadas en su frente.

—Siento mucho todo esto, cielo —me dice—. No es culpa tuya. Ya lo sé.

—Vete, tranquilo —le digo, entrando en casa—. Tampoco es culpa tuya.

Mañana es Acción de Gracias. Lo entiendo. Tiene cosas que hacer. Tampoco debería trabajar gratis.

Coge su mochila y sale por la puerta.

—Ya han cenado. No hay deberes de vacaciones.

Asiento con la cabeza.

—Feliz Acción de Gracias —le deseo a la vez que le ayudo a cerrar la puerta.

Se ha ido. Me paro en seco al darme cuenta de que puede que sea la última vez que los niños le vean.

¿Se habrá despedido?

Conociéndole, probablemente no. Asume que volverá una vez que ella arregle sus mierdas. Lleva con Paisleigh desde que tenía dos años.

—¡Krisjen! —exclama Paisleigh.

Me doy la vuelta y veo a mi hermana arrastrando un dinosaurio de plástico con una correa.

—¿Podemos ver una película?

Mars está detrás de ella, yendo de la cocina a las escaleras.

—Preparad la mochila —digo, lo bastante alto para que me oigan ambos.

Mars se quita los cascos.

—¿Eh?

Cojo la mano de Paisleigh.

—Que te prepares la mochila.

—¿Por qué?

—Nos vamos de fiesta de pijamas a casa de los Jaeger —canturreo, mirando a mi hermana.

Ella jadea, radiante.

Mi hermano tuerce la boca a un lado, porque quiere ir, pero se empeña en seguir actuando como si todo lo que hago le molestara.

—¡Venga! —Empiezo a correr escaleras arriba con los niños—. ¡Nos vamos en diez minutos!

Los niños empiezan a meter todo lo que les hace falta en una bolsa de viaje mientras llamo a Army.

Contesta al primer tono.

—Hola, ¿qué pasa?

—¿Puedes venir a buscarme?

Hace una pausa.

—¿Dónde estás?

—Estoy en casa. Te lo explico más tarde.

—¿Estás bien?

—No, te estoy esperando —replico—. Date prisa.

Cuelgo y me pongo a preparar algunas cosas para llevármelas también. Oigo un pitido fuera menos de diez minutos después. Imagino que estaban trabajando a este lado de las vías.

—¡Vamos! —les grito a los niños.

Mars y Paisleigh bajan por las escaleras con sus cosas. Yo me cuelgo una bolsa de viaje al hombro y saco un bate de béisbol del armario del vestíbulo mientras ellos se agrupan fuera.

Meto mi bolsa y la de los niños en la parte trasera de la camioneta, abro la puerta y los empujo junto a Trace.

—¿Para qué es el bate? —Army me mira desde el asiento delantero.

—Es una sorpresa.

Abro la puerta delantera del copiloto y me subo, obligando a Dallas a apretarse.

—Déjame en paz por una vez —gruñe.

—Dirección Lamplight Glen —le digo a Army.

Me mira de reojo, pero subo el volumen de la radio ignorando su confusión cuando suena una canción que me gusta.

Cambia de marcha, pisa el acelerador, y yo empuño el bate mientras arranca para dejar la entrada de mi casa. Gira a la derecha y entra en Lamplight Glen. Me sudan las palmas de las manos, pero subo más el volumen de la música, y hasta Dallas se me queda

mirando como si no estuviera seguro de que no lo mataré si toca el dial.

—Gira otra vez a la derecha —ordeno.

Army gira bruscamente y oigo cómo patinan los neumáticos al entrar en Barony Lane.

—Detente aquí —le digo.

—Pero ¿qué...?

—¡Para aquí mismo! —le grito.

Pisa el freno junto a un Bentley Continental plateado aparcado frente a una pintoresca casita de ladrillo de estilo español, un hermoso pedacito de cielo hecho para dos.

Salto del coche.

—¿Qué estás haciendo? —grita Army.

Suena la música, el aire nocturno sopla entre las palmeras que tenemos encima. Echo el bate hacia atrás y lo hago chocar con fuerza sobre la ventanilla del conductor. El cristal se rompe y oigo un montón de palabrotas dentro de la camioneta.

—Qué hija de puta —dice un Jaeger.

—Vamos a ir a la cárcel.

—¡Krisjen!

Aprieto mis puños en el mango del bate y llevo los brazos detrás de la cabeza una vez más antes de golpear con fuerza, estrellando la punta contra el parabrisas.

Me doy la vuelta y vuelvo a subir al vehículo, con todos mirándome.

Trace habla primero.

—¿Eso ha sido...?

—Mm-hm —respondo.

—¿Por qué has hecho eso? —me pregunta Paisleigh.

Bajo la visera del copiloto para mirarme al espejo; mientras me obligo a equilibrar la respiración, compruebo que el pintalabios —que ni siquiera me he puesto— sigue en su sitio.

—Una amiga se había dejado las llaves dentro. La estaba ayudando a recuperarlas.

Y vuelvo a subir el espejo.

—Era el coche de papá —dice Mars.

—Sí que se parecía, ¿verdad?

Army resopla, arranca y veo que Dallas niega con la cabeza.

Trace se echa a reír y yo saco la cabeza por la ventanilla, cierro los ojos y dejo que el viento sople despeinándome el pelo.

—¿Quién quiere helado? —pregunta Trace subiendo la voz.

—¡Yo! —grita Paisleigh.

Mañana no los llevaré de vuelta a casa de nadie de mi familia. Mi padre puede enviar a un policía si quiere tratar conmigo lo de su parabrisas, y mi madre también puede enviar a otro si quiere recuperar a los niños.

A la mañana siguiente, abro los ojos y noto un cuerpo a mi lado. Siento una bruma que me nubla el cerebro. Me doy la vuelta para hacer espacio y volver a dormirme. Hace demasiado calor aquí.

Pero en cuanto me alejo, me topo con otro cuerpo.

—¿Qué demonios? —Exhalo.

Abro los ojos parpadeando, me levanto de la cama y veo a Clay medio debajo de mí.

Mueve las pestañas.

—Has estado increíble.

La persona a mi otro lado se ríe y yo giro la cabeza sobre mi hombro, viendo a Liv con su amplia sonrisa.

—A ver, chicas... —Me bajo de Clay y las dos se parten de risa.

Ayer me vine a dormir a la habitación de Liv con Paisleigh, pero ahora no la veo. Cojo mi móvil y miro la hora. Solo son las siete. Me froto los ojos.

—Mierda.

En teoría se quedaban en casa de Clay. No las esperaba aquí. Liv me da una patada.

—Sal de nuestra cama.

—A ver, no voy a irme a la de Iron —digo a la vez que paso por encima de ella para marcharme.

—¿Por qué no? —Liv entrelaza las manos por detrás de su cabeza mientras Clay pone las suyas sobre el pecho de Liv—. En realidad, Dallas es muy tierno. Solo necesita un poco de amor.

Cojo mi sudadera y me pongo a sacudir las arrugas.

—Lo que necesita es un buen puñetazo en el estómago.

—Dios, sí —se ríe Clay.

A Clay tampoco la traga demasiado todavía.

Me pongo la sudadera y me recojo el pelo en una coleta.

Más vale que Paisleigh esté en casa. ¿Cómo demonios ha conseguido salir sin que me enterara? No ha hecho ni un solo ruido, la mocosa.

Me dirijo a la puerta, mientras consulto rápidamente las notificaciones del móvil. No hay nada sobre mi padre y su ventana rota.

—Estuvimos limpiando un poco ahí abajo cuando llegamos anoche —me dice Clay—. No dejes que lo desordenen todo otra vez.

—O al menos que no lo hagan enseguida —añade Liv.

Hoy todos tienen el día libre. Sus hermanos se piensan divertir.

Pero asiento de todos modos y salgo de la habitación.

En cuanto cierro la puerta y me giro, me llega un olor a pavo. Me paro, cierro los ojos e inhalo. Se me pone la piel de gallina. Oh, sí.

No pensaba que fueran a cocinar en serio. No es que no sepan hacerlo. Macon y Army saben de sobras, llevan casi una década cuidando de sus hermanos, pero no sé... Parece que últimamente nadie tiene ganas de algo que no sea alcohol en esta casa.

Voy al cuarto de baño y me fijo en que han reemplazado el grifo roto. No hay indicios de que hubiera habido algo estropeado. Saco un cepillo de dientes nuevo de mi neceser y le pongo pasta.

Me lavo los dientes, me enjuago y dejo el cepillo en el vaso junto a los demás, aunque probablemente no debería guardarlo aquí. Dallas acabará limpiando el váter con él.

Abro la ventana antes de salir para que entre la dulce brisa otoñal y bajo prácticamente de un salto las escaleras. Tengo una energía desbordante; ni siquiera sé por qué, pero no me voy a quejar. Nos merecemos un poco de diversión.

Busco a mi hermana y por fin la encuentro en la piscina con Army y Dex. Se pone a chapotear, con la cabecita balanceándose de un lado a otro mientras sonríe.

Entrecierro los ojos. Lleva puesto el bañador.

Me río, ya más relajada. Ayer le dije que metiera en la maleta lo necesario, pero parece que lo único que escuchó fue que íbamos a una casa con piscina. Odia la nuestra porque no hay parte honda y a ella le gusta tirarse a lo bestia.

Le echo un ojo al pavo, aunque en realidad solo lo hago para poder olerlo de nuevo. Luego me pongo a preparar el café. Paso por delante de la segunda ventana de la cocina y veo a Macon en el garaje, como siempre, pero entonces veo a mi hermano y me paro en seco. Está sentado en una de sus camionetas mientras Macon se

asoma por la ventanilla del conductor y le dice algo que no oigo desde aquí.

Mi hermano. De doce años. Se acomoda en el asiento, agarra el volante con las dos manos y yo me preparo para ir hacia allí al darme cuenta de que está a punto de conducir.

—¿Qué?

Cambia de marcha, el coche da un bandazo y yo voy volando hacia la puerta. Veo el garaje a través de la mosquitera. Mi hermano arranca.

No. Desvío la mirada hacia Macon, pero antes de que pueda dar un grito para que Mars frene, gira la camioneta. Ha pisado el acelerador y ahora está aparcando junto a la valla.

Se baja, con los auriculares colgados del cuello, y levanta la vista lo justo para atrapar en el aire las llaves que le lanza Macon. Sin mediar palabra, se sube al Rover de nuestra madre y retrocede lentamente hasta el garaje, deteniéndose solo una vez para volver a echar hacia delante y corregir la dirección.

Me doy cuenta de que tengo la boca abierta. La cierro. ¿Cuánto tiempo lleva levantado todo el mundo?

Macon empieza a girarse hacia donde estoy, pero yo vuelvo a meterme en casa antes de que me vea.

Supongo que no ha muerto nadie. Y Mars se está dedicando a algo diferente que no sea usar el móvil, para variar.

Me alejo, dejándolos solos. Durante las siguientes horas, solo compruebo de vez en cuando que ambos siguen ahí. Mars ha dejado de conducir. Ahora lleva puesta una máscara de protección y me está retocando la pintura del coche con una pistola pulverizadora, bajo la atenta mirada de Macon. Veo que coge su taza de vez en cuando, el recipiente con sopa que le dejé en la nevera anoche, al acabar mi turno, está en la mesa que hay detrás de él. Apenas

puedo contener la sonrisa cuando veo que la rellena con sopa y se la toma. Está comiendo. Eso es bueno.

Preparo unas patatas fritas con queso, mientras Clay baja y mete su relleno de marisco en el horno. Huele fatal.

Los chicos van entrando y saliendo, uno de ellos mete algo en la parrilla que hay fuera. Paisleigh se ha puesto ropa seca, está en el salón con Dex, bailando al ritmo de la música.

Me pongo un par de vaqueros ajustados y me los enrollo justo por encima de la rodilla. Luego tomo prestada una blusa blanca y cortita de Liv, pero me la abotono hasta el cuello. Me cepillo el pelo y me maquillo un poco. Lo cierto es que no puedo dejar de sonreír al pensar que sería impensable que fuera así a casa de mi abuela para ninguna celebración.

Bajo las escaleras descalza y apago todas las luces antes de encender las velas que encuentro. El viento sopla a través de las ventanas, haciendo parpadear las llamas, y todo huele a flores y a comida. Siento como si flotara. O como si el cielo colgara más bajo hoy y yo pudiera olerlo.

—¿Qué es esto? —pregunta Army, observando la luz de la chimenea cuando entra al salón.

Dallas y Trace van poniendo la comida en la mesa.

—Es una tradición que tenemos en mi familia —le digo—. Mantenemos las luces apagadas y encendemos velas todo el día. —Hago una pausa, observando sus caras—. ¿Vosotros celebráis Acción de Gracias?

He visto el pavo y he asumido que sí, pero tienen raíces seminolas. Tendría que haber preguntado.

—No te preocupes —dice Army por encima del hombro mientras se dirige a la cocina—. Solemos cocinar y nos gusta pasar un buen día en familia. Somos un poco ingleses.

—Y alemanes —añade Trace.

Seguido de Dallas:

—Y franceses.

—Y está claro que españoles —dice Liv mientras ella y Clay pasan a mi lado.

Hay montones de comida en la mesa. Me quedo mirando todo mientras dejo mi plato.

—¿Coméis pizza en Acción de Gracias? —pregunto, fijándome en una mitad de queso, mitad de pepperoni.

—Cada uno puede hacer su plato favorito —me explica Trace—. Como si fuera una de estas comidas en la que todos traen algo para compartir, pero más a lo grande.

—Guau, patatas fritas con queso. —Liv levanta un plato para coger una del montón que hay bajo el queso chédar derretido.

Hay hamburguesas y perritos calientes, frijoles negros y arroz, tamales, una especie de cerdo asado —que creo que les ha hecho Mariette— y sé que hay plátano frito en algún lugar de la mesa, porque lo huelo desde aquí. También hay mazorcas asadas, gambas y pastelitos de cangrejo. Army lleva el pavo a la mesa.

Miro hacia la ventana, consciente de que Macon y Mars siguen en el garaje. Voy al congelador, saco helado y le añado unos cuantos ingredientes más.

En el canal de música para niños que escuchan Paisleigh y Dex suena una versión de *Shout,* y yo empiezo a cantar mientras todos se sientan y llenan sus respectivos platos.

Los niños se ríen, Mars entra en la cocina y se lava las manos, y yo no puedo contener la sonrisa mientras preparo el plato de Paisleigh.

—Oh —murmura incrédula al ver que le estoy sirviendo un perrito caliente el día de Acción de Gracias.

Army trincha el pavo y yo me detengo un segundo a disfrutar del momento. No durará para siempre, pero solo espero que dure todo el día.

Aprieto los dedos en el puño y noto un pequeño corte en el que no me había fijado esta mañana. Me lo habré hecho con un trozo de cristal del parabrisas de mi padre.

Por lo que parece, he salido rebelde.

Por mucho que me defendiera cuando Milo me trataba mal, nunca me había considerado una chica especialmente combativa, hasta ahora.

Por suerte, no parece que mi padre vaya a presentar cargos. Aún no me ha llegado ninguna noticia al respecto.

Lo que significa que no sabe que fui yo o... que tiene claro que sí.

—*Shout, shout, let it all out* —canto.

La música se apaga y veo a Army con el mando en la mano. Me callo. Quieren hablar en la mesa, es normal.

Pero entonces llega Macon.

—Vuelve a encenderla —ordena a su hermano.

Army le lanza una mirada, pero se limita a obedecer. La música vuelve a sonar, Macon se sienta y yo me voy al único sitio que queda. Me siento lentamente en una silla a presidir la mesa en uno de los extremos. Siento que no debería estar sentada aquí, pero parece que me toca este asiento a menudo.

Levanto los ojos por encima de la comida, hacia el otro extremo, pero Macon no me devuelve la mirada.

—Por la familia principal de Santa Carmen —dice Clay levantando su copa. Todos la siguen, y yo levanto la Coca-Cola que me he servido. Mira a su alrededor—. Los traidores estamos a vuestra disposición.

Entonces nuestras miradas se cruzan y yo me río.

—Sí, lo estamos...

—¡Yuju! —vitorea Trace.

Las copas tintinean, todos vuelven a inclinar sus copas. Dallas y Trace ya han empezado con el burbon. Enseguida empezamos a degustar las contribuciones de cada uno a la mesa.

Paisleigh se come su perrito caliente en dos bocados y no tarda en levantarse en la silla, inclinarse sobre la mesa y coger un trozo de pizza.

—¡Paisleigh! —la regaño, riéndome al mismo tiempo.

Pero Trace levanta su plato en el aire mientras se mete el relleno de un tamal en la boca con la mano que tiene libre.

—Ponme un trozo a mí también, peque —le pide con la boca aún llena.

Ella le sirve un trozo.

—Para mí de pepperoni —le dice Liv, tendiéndole también su plato.

Sacudo la cabeza y me sirvo un poco de arroz y frijoles negros en el plato. Es increíble lo rápido que desaparece el protocolo cuando estás en familia. En verdadera familia.

«Pero qué más da. Estoy segura de que ella recordará este Acción de Gracias».

El aire de fuera se cuela por la casa, haciendo que las llamas luchen por aferrarse a sus mechas, y las cortinas vuelan como la cola de un vestido. Suena la música, Mars va a por una segunda mazorca de maíz; yo, en cambio, más que comer, me dedico a observar a todo el mundo, porque nada dura, no importa lo fuerte que nos aferremos. Esta mesa no será la misma ahora que el año que viene.

También estoy segura de que este año no es igual que otros sin Iron aquí. Puede que el año que viene otros tampoco estén. Puede

que Liv pase Acción de Gracias con la familia de Clay, o que no venga a casa en absoluto y espere hasta Navidad.

Tal vez Trace acabe dando el paso y se vaya a trabajar a alguna posada pequeña que tenga una taberna donde pueda aprender el oficio.

Levanto los ojos y veo a Macon a través de los mechones de pelo que me cuelgan delante de la cara. Mete y saca la cuchara de su taza, mirando el helado derretido que gotea por el borde. De repente siento que mis brazos son de acero, igual que los suyos; que si él se estira y yo me estiro, sostendremos la mesa juntos.

Pero él no me mira.

Liv me sirve una parte de sus patatas fritas con queso, que mojo en salsa ranchera. Mientras tanto, Clay se dedica a comprobar periódicamente mi plato para ver si estoy comiendo el relleno que ha preparado, luego frunce el ceño cuando ve que aún no lo he tocado.

Finalmente, pongo los ojos en blanco y me decido a probarlo. Enseguida echo mano del burbon de Trace y decido pasar la comida con un trago de lo único de la mesa que sabe peor que ese relleno.

Trace se ríe y yo toso, tragando unas tres veces más para que baje todo bien por la garganta.

Al final acaban sacando otra botella más. Trace añade un poco a mi bebida, y también a la de Army cuando va a acostar a Dex para la siesta.

Hablamos un poco, incluso Dallas se relaja cuando el licor empieza a hacer efecto, pero justo entonces Clay se levanta y Liv la sigue.

—Preferiría quedarme, pero... —Empieza a recoger los platos—. Mimi nos está esperando para la tarta.

Su abuela. A la que no le gusta que Clay sea lesbiana, pero es vieja y está sola, y Clay sabe que al final ella y Liv ganan. Lo tiene todo. Nadie puede hacerles daño.

En cinco minutos se han ido, Dex está dormido, Paisleigh y Mars se han ido calle abajo, al castillo hinchable de los Torres, y las velas de la mesa parpadean al viento, solo quedan unos pocos centímetros para que la llama se extinga.

Mi madre no ha llamado.

No ha sonado el móvil.

Paisleigh no se ha dado cuenta.

—¿Vas a limpiar? —pregunta Dallas.

Tardo un minuto en darme cuenta de que me está hablando a mí. Pongo el móvil boca abajo y alzo la mirada.

Pero Army niega con la cabeza.

—Ignóralo, Krisjen.

—Le hemos dado de comer. A ella y a sus hermanos —señala Dallas—. Es lo menos que puede hacer.

Army se pasa la mano por los ojos y se la lleva al pelo. De repente, parece agotado.

Se levanta y se lleva sus platos vacíos y los de Liv al fregadero.

—Todo tiene un precio. —Dallas me mira—. Las santas lo saben mejor que nadie.

Cojo un frijol del borde de mi plato. Nos hemos olvidado de los panecillos. Me encanta comer pan en Acción de Gracias.

—Sí, siempre estamos dispuestas a pagar por un favor —murmuro.

Pero sé que tendría que haberme callado. Intenta provocarme para seguir con la conversación.

—Todo lo que hacéis es por dinero —escupe—. Os folláis a los hijos adecuados, o incluso a los jefes adecuados, para sentiros por encima, porque pensáis que la vida no tiene tanto que ver con la habilidad, el talento o el conocimiento que uno tenga. A vuestros ojos, se trata de quién está dispuesto a hacer lo que haga falta para

conseguir lo que quiere. Da igual si es una casa, la afiliación a un club, un puesto en el consejo...

Se me hace un nudo en la garganta. Trago saliva.

—Y luego, años más tarde —prosigue—, después de cansarte de haber parido a los hijos de Jerome Watson, porque solo así no se pondrá en duda la paternidad, por supuesto, podrás tener aventuras discretas, ¿no?

Levanto la vista. Supongo que así es como se hace en algunos matrimonios.

—Te reunirás con tu amante en habitaciones de hotel —continúa Dallas—. O quizá en su casa de la bahía...

Quiere decir que me estaré follando a uno de ellos. Probablemente, en el motel al final de la carretera, con el pedrusco brillante, regalo de Jerome, en mi dedo.

—Y dejarás que él te empotre contra una pared, porque te gusta el olor que desprende su piel después de un día de trabajo. Dejarás que clave sus uñas sucias en tu culo, y que te pase la lengua por las tetas, y eso te hará sentir viva.

A Dallas le brillan los ojos. Se muere de ganas de que salte para poder devolvérmela otra vez. Conozco esa sensación. Esa tentación incesante de intentar despertar al dragón, para no tener que sentirte culpable por canalizar tu ira hacia alguien con quien no estás realmente enfadado. Simplemente es a quien le ha tocado estar ahí.

—¿Sabes por qué? —insiste.

Es una pregunta retórica, pero sé la respuesta.

—Porque me gustaría poder amar al hombre con el que me casé en nuestra casa todos los días de esa forma.

El problema es que Dallas tiene razón. No quiero tener nada que ver con Jerome Watson.

Vendería mi cuerpo, pero sé con la misma certeza de que estoy aquí sentada que él tendría una aventura a las pocas semanas de casarse conmigo. Y tal como ha dicho Dallas, al final yo buscaría a alguien también para pasar al menos una hora de felicidad, o de mera evasión, aunque solo fuera una vez a la semana.

Y cuando terminara, volvería a subirme a mi Mercedes descapotable, blanco y limpio, con su sudor aún en mi piel y la sensación de una polla de la bahía aún dentro de mí. Luego me iría a casa a limpiar la culpa y la vergüenza con pastillas o alcohol antes de que los sentimientos tuvieran la oportunidad de salir a la superficie.

Bajo la mirada mientras evoco un recuerdo en mi cabeza.

—Una vez vi a tus padres en la ciudad —digo, sintiendo de repente que el cuello de la camisa me irrita, aunque decido no desabrocharme los botones—. Solo fue una vez. No solían cruzar al otro lado de las vías a menudo.

Army está de pie junto al fregadero, mirando por la ventana hacia el garaje, pero sé que me está escuchando.

—Tu padre iba en su moto. —Miro a Trace—. Llegó hasta el barco pesquero de Harbor Point y se detuvo junto al bordillo.

Es una vieja casa flotante, construida sobre un círculo de tierra justo en la mediana de Main Street.

Sonrío al recordar lo ocurrido y prosigo:

—Ella le había estado esperando. Se acercó, inclinó la cabeza y le besó. Él le deslizó la mano por el muslo. —Miro a Macon, pero él sigue removiendo el helado en su taza—. Tú debías de tener por lo menos veinte años por aquel entonces, porque yo era lo bastante mayor para acordarme ahora.

Sigue sin levantar la vista, su pecho apenas se mueve al respirar.

—Tanto tiempo casados y seguían así. Luego, cuando ella se echó hacia atrás, él le dio una palmada en el culo, y ella sonrió antes de subirse detrás de él. —Me río para mis adentros—. Entonces yo le pregunté a mi madre por qué le pegaba y por qué parecía gustarle.

Dallas se queda helado, sin pestañear. Una ligera sonrisa asoma en la boca de Trace.

—Mi madre me dijo: «No te equivoques, cariño. Ella es la que manda» —continúo—. Años después, lo entendí. —Suavizo la voz—. A las mujeres les encanta pertenecer a un buen hombre.

Yo no haría nada de lo que Jerome Watson me pidiera. Pero sí lo haría por la persona adecuada.

—No estaría mal tener a alguien a quien no pueda quitarle las manos de encima —me digo más a mí misma que otra cosa—. Alguien que se suba encima de mí y me sujete los brazos por encima de la cabeza. Sin decir una palabra. Despacio y en silencio. Antes de que ambos estemos completamente despiertos por la mañana. Soy lo primero que quiere.

Nadie se mueve. Army apenas respira.

—Ese alguien siempre llega tarde al trabajo —continúo—. Porque siempre cometo el error de pasearme en ropa interior, y ahora está empalmado y necesita a su mujer de rodillas.

Oímos a los niños jugar a lo lejos, mientras el viento levanta una servilleta sobre la mesa.

—Cuando era más joven quería hacer ciertas cosas con mi vida —les digo—. Pero ahora no sé qué demonios quiero, excepto estar enamorada de alguien y amar a nuestra familia. Quiero estar con gente que me importa y pasar días maravillosos, y tener a un equipo de fútbol correteando por nuestra casa, contribuir a que la gente a mi alrededor cree recuerdos bonitos y asegurarme de que todos sonreímos diez veces más de lo que lloramos.

No me importa una mierda lo que pase mañana. Nunca me ha importado. Lo único que he querido siempre es ser buena para la gente.

Cuando me levanto, Trace se levanta conmigo. Me detengo, mirándolo, pero ni siquiera él parece saber por qué lo ha hecho. Cojo mi plato, me sigue y ambos los llevamos al fregadero.

Pero Army está allí de pie. Para en seco a Trace y coge su plato.

—Marchaos. Limpio yo con ella.

Macon se recuesta en el respaldo de su asiento, con la mirada aún baja, y Trace vuelve a mirar a Dallas.

—Ahora —ordena Army.

Trace me lanza una mirada, como si quisiera llevarme con él.

Se aparta de mi lado y, al cabo de un momento, oigo que la silla de Dallas se aparta de la mesa.

El mayor de los Jaeger sigue allí, porque Army no le da órdenes.

Paso por delante de Army, dejando mi plato, pero él me agarra la cara con las dos manos. Suelto un grito ahogado y me pongo de puntillas mientras él junta nuestras frentes.

—Vas a ser de uno de nosotros —me dice—. No de Jerome Watson. Serás nuestra, o me aseguraré de que todos te follemos antes de devolverte allí, para que nada se pueda comparar. Así siempre te arrepentirás de habernos dejado si decides irte.

«Me preguntaré si ese señor está jugando a ser el padre de mi hijo».

Le miro a los ojos, sintiendo su duro cuerpo contra el mío. ¿Fue Army?

Me aprieta contra la nevera, se cierne sobre mi boca mientras sus dedos van hacia los botones de mi camisa.

¿Qué...?

En tres segundos me desliza la blusa por los hombros y la brisa que entra por la ventana me acaricia los pechos. Levanto los brazos y me cubro.

—Vamos a quedarnos contigo —susurra—. ¿Será Iron? ¿Trace? ¿A quién quieres?

Me besa, rodeándome la cintura con los brazos, pero solo dura un segundo, luego escucho mi nombre.

—Krisjen...

Army se queda quieto, y yo también. Giro la cara hasta ver a Macon en la mesa, sin mirarme.

Pero habla.

—Ven aquí.

Se queda ahí sentado. No me muevo.

—Ven aquí —me dice otra vez.

El corazón llega al estómago y ni siquiera pienso un segundo. Manteniendo los brazos sobre mis pechos, me aproximo a él mientras Army retira las manos.

Me acerco a la silla de Macon, en uno de los extremos de la mesa, y se levanta hasta quedar de pie enfrente de mí. Me levanta la barbilla, me mira, y es como si ya pudiera sentir sus brazos a mi alrededor. Tan apretados. Su aliento en mi sien. Y el calor de su pecho.

Se lleva la mano a la nuca, se quita la camiseta y estoy segura de que va a levantarme. Me cogerá en brazos, me mirará a los ojos y no apartará la mirada.

Pero no hace nada de eso. Me desliza su camiseta por la cabeza, cubriéndome.

Luego mira a su hermano.

—Sabes que no es ella, ¿verdad? —le pregunta, con una mirada severa en los ojos—. Te das cuenta, ¿no?

Vuelvo a mirar a Army y luego a Macon.
«¿Ella?». ¿De quién están hablando?

14

Army

Enderezo los hombros, cada músculo de mi cuerpo se tensa tanto que me quema.

—¿Me estás tomando el pelo?

Aprieto los dientes, furioso, mientras camino alrededor de la isla de la cocina, mirando a Macon.

Pero él mira hacia otro lado, sin decir nada más. Rodea a Krisjen y se dirige a la puerta del garaje, pero antes de que se marche, arrastro mi brazo por los restos de comida y la vajilla de la esquina de la mesa y lo tiro al suelo de un golpe seco.

—No te irás —gruño—. A mí no me jodas.

Gira la cabeza, mirando los platos y la comida sobre las baldosas.

—¡No te vas! —le grito—. Esta vez no. Siempre me aseguro de evitar un enfrentamiento contigo, pero esta vez no huirás a tu garaje.

Continúa hacia la puerta.

—Límpialo —espeta.

Un sollozo se queda atrapado en mi garganta, y no sé por qué me arden los putos ojos. No estoy triste. Quiero matarlo. Joder. Agarro la mesa de la cocina con las dos manos y la vuelco. Todo cae al suelo mientras la mesa se desploma. Krisjen retrocede hacia el fregadero, y casi ni me doy cuenta de que Macon tira de ella hacia

atrás mientras se abalanza hacia mí hasta quedarse a escasos centímetros de mi cara.

Pero no le doy tiempo. Salto enseguida.

—¿Por qué tienes que hablar de ella? —Miro fijamente a mi hermano—. ¡Que te den! ¡Joder! He sido el único que ha estado a tu lado, protegiéndote como un maldito muro de cemento, ¡para que nunca sepan lo débil que eres en realidad! ¡Siempre he sido tu hermano! Y me tratas como si trabajara para ti, joder.

—Es lo que haces.

Echo el brazo hacia atrás y le doy un puñetazo, mi puño estalla al chocar con su mandíbula. Me duelen los nudillos y el dorso de la mano, pero aprieto los dientes para ocultar la quemazón.

Gira la cabeza hacia un lado y se queda inmóvil un par de segundos antes de volver a mirarme. Me interpongo en su espacio, negándome a retroceder más mientras lo miro a los ojos.

—Soy tan fuerte como tú —digo en voz baja, Krisjen no hace ni un ruido detrás de él—. He estado callado todo este tiempo, me he tragado la mierda porque eres el mayor. Te respetaba porque tuviste la fuerza de tomar todas las decisiones que yo nunca quise tomar y porque te encargaste de toda esa mierda que yo no quería hacer cuando éramos niños, pero eso no te hace un hombre.

—Tampoco te hace un hombre tener a un bebé al que no puedes mantener.

Le miro a los ojos. Marrones, como los de nuestra madre. Es como si la persona detrás de ellos estuviera a doscientos metros bajo el agua. Igual que los de ella.

Mis ojos se inundan de lágrimas.

—¿Acaso me quieres? —le pregunto—. ¿Nos quieres? ¿Sientes el mínimo sentimiento por Liv o Trace o por alguien?

¿Cómo ha podido decirme eso? Sabe que la quería. Sabe que mi hijo se sentirá herido al darse cuenta de que su madre lo abandonó. Sabe a lo que me voy a tener que enfrentar. Sabe que no merezco esto.

Pero su única respuesta es:

—No tienes por qué vivir aquí.

—Macon... —oigo decir a Trace detrás de mí. No me he dado cuenta de que había vuelto a entrar. Macon me esquiva y se marcha hacia la sala de estar.

Pero yo le sigo.

—Aquí no vive nadie, Macon. —Escupo cada palabra y la espalda se me tensa—. En realidad, nadie quiere estar aquí.

—Army, para —dice Krisjen.

Me giro para mirar en su dirección. Está de pie en la cocina. Sus ojos azules reflejan una profunda tristeza. Azules como los de Dex. Azules como los de ella.

—¿Quieres ir a dar una vuelta? —le pregunto.

Necesito salir de aquí.

Pero Macon se mueve y su mirada salta a Krisjen. Esa tensión en la mandíbula se mantiene, no la deja caer ni un centímetro, pero durante una milésima de segundo lo veo. Esa mirada no es tan furtiva. Le está prestando atención. ¿Por qué?

La miro a ella, y luego otra vez a él.

—Ya te vale, joder —digo, y niego con la cabeza—. ¿Cuántas veces nos has dicho que no nos acercáramos a esa gente? Y ahora quieres estar con uno de ellos. Con ella.

—No quiero estar con ella —me espeta—. Lo que pasa es que no quiero tener que alimentar a otro de tus críos.

«Será hijo de puta».

Me siento como un volcán a punto de erupcionar. No sé qué haré si Macon intenta irse, pero tampoco sé qué haré si no se larga de aquí.

Pero entonces me suena el móvil y me llevo la mano al bolsillo para responder.

—Le llamamos de la prisión estatal de Highland —dice una grabación—. ¿Desea aceptar una llamada a cobro revertido de Iron Jaeger?

—Sí.

Me quedo mirando a Macon. Ahora en la habitación reina el silencio. Sé que lo ha oído, porque está esperando.

—Hola, tío —dice Iron, y estoy a punto de echarme a llorar al darme cuenta de lo mucho que lo echo de menos.

—¿Qué tal vas? —le pregunto, y se me quiebra la voz.

—De momento, sigo vivo. —Suelta una risita—. Dile a Dallas que lo entiendo. Tener novio ha resultado ser bastante práctico.

Me río. No hay por qué irse a lo peor. Allí tiene a gente de la bahía que lo vigila. Está a salvo.

—¿Cómo estáis vosotros? —pregunta.

Macon, Dallas y Trace me miran fijamente. Les devuelvo la mirada.

—Ah, ya nos conoces. Sin ti no es lo mismo.

—Ya... —Durante un minuto, se queda callado, y estoy a punto de preguntar por Acción de Gracias, pero en realidad no quiero saberlo. Él sigue hablando—: Ojalá estuviera allí. No quiero volver aquí nunca más. Eso desde luego.

—Me alegro. —Me acerco a Macon—. Porque aquí te echamos muchísimo de menos.

—Y yo a vosotros. Espero que me incluyas en las historias que le cuentas a Dex antes de dormir.

—Claro.

—¿Macon quiere hablar conmigo?

Me aparto el teléfono de la oreja y se lo ofrezco a mi hermano mayor.

Yo le miro, y él a mí, y el teléfono se queda en el aire entre los dos, porque esto es lo que me toca a mí, ¿no? Yo soy el que se preocupa. El que firmaba las autorizaciones e iba a las reuniones de padres y los llevaba al médico y al dentista y les compraba los disfraces de Halloween, y él, ¿qué? Ah, sí. Él lo pagaba todo, y eso le absuelve de la responsabilidad de estar ahí.

No coge el móvil, así que vuelvo a acercármelo a la oreja y me tomo un momento para carraspear.

—Está en la cama, indispuesto —le digo a Iron—, con una..., eh..., pelirroja, creo. ¿Quieres que lo interrumpa?

—¿Estás de coña? —Está claro que esto le divierte—. Ni se te ocurra. Joder.

Le dedico una sonrisa al hermano que tengo al teléfono, mientras fulmino con la mirada al que tengo delante.

—Ya. Vuelve a llamar mañana. Seguiremos hablando.

—Vale —dice—. Cuídate. Diles a todos que los quiero.

—Lo haré.

Cuelgo y dejo caer el móvil sobre el sofá. Miro a Macon.

—Me ha dicho que te diga que te quiere. —Y me echo a correr hacia él.

Me abalanzo sobre su pecho y cae sobre la mesa que está contra la ventana. El jarrón de cristal artesanal de nuestra madre se tambalea. Yo lo agarro mientras él me busca con las manos, y los dos nos caemos junto con el jarrón. Lo suelto. Lo tengo debajo, a mi merced, y me dejo llevar por la ira. Le clavo los dedos en la garganta.

—¡Lo único que quería era oír tu voz! —le grito—. ¿Qué cojones? ¿Y si lo matan ahí dentro?

Me aparta a la fuerza y me doy con el borde de la mesa de café en las costillas, notando un dolor agudo.

Macon logra levantarse y me agarra por el pelo desde atrás antes de que pueda ponerme de pie. Me pega al suelo. Noto el roce de la alfombra contra mi estómago mientras él me clava la rodilla en la espalda.

—Déjalos —dice alguien—. Tienen que resolver esto solos.

—¡No! —grita Krisjen.

No llego a ver lo que está intentando hacer, pero tiene que retroceder. Macon me agarra de la nuca con fuerza.

—¡Que te jodan! —Reúno cada ápice de fuerza que tengo para darme la vuelta. Rodamos entre puñetazos, y no sé muy bien a qué le estoy dando, pero noto un puño en las tripas y otro en el costado.

—¡Parad! —grita Krisjen—. ¡Por favor!

Por un momento, veo sus piernas a nuestro lado, pero la apartan antes de que pueda decirle que retroceda.

—Déjalos —le dice Trace—. Te van a hacer daño.

Yo estoy encima, a horcajadas sobre él, pero no aguanto ahí más de dos segundos antes de arquear la espalda por el impacto y salir volando. Él me da la vuelta y mis botas aterrizan en la mesa de las figuritas de nuestra madre, que caen al suelo produciendo un estallido de cristal. Algunas caen con un golpe seco y otras suenan como hielo en una trituradora.

Un puño me estruja el corazón y muevo la vista para encontrar a Macon, apoyado sobre una rodilla, mirando la mesa y sus contenidos hechos añicos a mis pies. Está conteniendo la respiración.

Me levanto. Noto que las lágrimas luchan por brotar. Una se derrama. Aunque me cuesta un buen rato, miro los trozos azules de

lo que antes era un jarrón, y los amarillos que antes eran una jarra.

Trace y Dallas se quedan mirando el suelo y Krisjen nos mira a mí y a Macon.

—Me voy —le dice.

Se va a la cocina a coger sus cosas, pero yo la agarro por la parte de atrás de los pantalones y tiro de ella. Presiono el pecho contra su espalda. La envuelvo con el brazo y, más para fastidiar a Macon, acerco mi mejilla a la suya.

Ella no tiene la culpa de esto.

—¿Dallas? —digo, aunque sin apartar la mirada de nuestro hermano mayor—. ¿Trace? Id a emborracharos a alguna parte.

Macon da un paso hacia mí.

Trace extiende la mano.

—Déjame con Krisjen —me dice.

Niego con la cabeza.

Macon mira ahora a nuestro hermano pequeño.

—Llévatela —le ordena a Trace.

Trace me mira y yo vuelvo a negar con la cabeza.

Oigo la vocecita de Krisjen:

—No te vayas —le suplica a Trace.

Pero se van. Primero Dallas y luego Trace, aunque duda. A lo mejor ha decidido que ella evitará que nos matemos el uno al otro.

La puerta se cierra de golpe, noto que el cuerpo de Krisjen se sacude, y yo le clavo la mirada a Macon mientras hundo la nariz en su pelo. Todo en ella es dulce. Y sé exactamente lo que él necesita.

Susurro:

—Podríamos compartirla.

Él entorna los ojos. La respiración de Krisjen se entrecorta contra mi cuerpo.

—Podríamos coger el barco... —sugiero—. Salir al mar esta noche, lejos de todo esto, y hacerle el amor. En la oscuridad de las aguas. Donde pueda correrse y gritar tanto como quiera.

Al ver cómo crece la arruga entre sus cejas negras, sé que he dado en el clavo.

Krisjen sigue ahí, y le deslizo la mano por debajo de su camisa —aún lleva puesta la de Macon—, para acariciarle el estómago.

—Hace mucho que no sientes ese calor, ¿verdad? —le pregunto.

Pero no necesito que me responda. Con él, no hay secretos. Han pasado siglos desde la última vez que estuvo con alguien.

—Te desea —le digo, y oigo jadear a Krisjen—. Te observa. ¿Lo sabías?

Él la mira. Creo que no lo sabía. Lo creo de verdad. ¿Acaso ha estado en otro planeta todo este tiempo?

A mí no me hace la comida.

—Está ardiendo —le digo—. Hazlo conmigo.

Él me mira a los ojos y yergue la espalda.

—Tiene dieciocho, puto asqueroso.

—Pues llévatela tú al barco. —La suelto—. Llévatela esta noche. Tú y ella, y nadie más. No te dirá que no.

Noto la tensión en su mandíbula.

—Tócala —le ruego.

Tócala de una puta vez. Sé un hombre en lugar de una máquina o un puto mueble.

—Vamos —continúo—. Tú, yo y ella. Y se acabó sufrir. Al menos esta noche.

Algo tiene que cambiar. Yo quiero recuperar a mi hermano. Me da igual si él no quiere que esté con ella. Espero que no me deje tocarla. Espero que se la folle porque no puede aguantarse más. Espero que quiera quedársela solo para él.

Pero, en lugar de eso, ella se da la vuelta y, antes de que pueda entender lo que está pasando, noto el bofetón de su mano en mi cara.

Parpadeo, giro la cara, pero ella vuelve a hacerlo, y entonces la oigo hablar por fin.

—No.

Me brotan náuseas de la garganta.

Intenta alejarse de mí, pero yo tiro de ella, abro la boca para disculparme... y Macon me aparta de un empujón. Caigo contra la ventana. Oigo cómo empieza a resquebrajarse, pero no se rompe.

—Yo me largo —le digo—, y no pienso dejarla sola contigo.

Le doy la mano, pero él me agarra por el cuello y vuelve a empujarme, esta vez contra la pared. Me quedo sin aliento, y la espalda me duele como si tuviera la columna clavada al esternón.

Un cuadro cae y oigo gritar a Krisjen.

—¡Vete, Krisjen! —grito—. Vete de aquí.

Pero no espero a que se vaya. Rodeo el cuello de Macon con el brazo y lo derribo. Caigo con él y rodamos hasta chocar con un mueble. Le doy una patada sin querer a la televisión y noto el calor de la sangre que me brota de la nariz.

Macon me da la vuelta, pero yo le estampo el puño en la mandíbula, lo cual le aturde el tiempo suficiente para librarme de su agarre. Aterriza a mi lado, y yo me pongo a cuatro patas, listo para cuando vuelva a atacar.

Pero, entonces, me doy cuenta de que no estamos solos.

Al ver los dos pares de piernas cubiertas de negro, subo la mirada y reconozco a dos hombres de uniforme, con sus relucientes placas plateadas y armas en las cartucheras.

—¿Qué cojones, Macon? —pregunta el policía más joven.

El otro interviene:

—Solo hemos venido a...

Pero Macon suelta:

—¡Lleváoslo!

¿Qué?

Dejo de respirar. Krisjen me mira con preocupación.

—¿Qué? —pregunta uno, estupefacto.

Macon se pone de rodillas y se seca la sangre de debajo de la nariz.

—Llévate a Army. Que duerma en el calabozo, a ver si se tranquiliza un poco.

Me quedo boquiabierto.

—¡No! —grita Krisjen.

—Me cago en todo —farfullo.

El policía mayor, Tom Chávez, pregunta:

—¿Seguro?

—¡Llévatelo ya! —brama Macon.

Todos los músculos se me agarrotan al mismo tiempo, pero de algún modo logro ponerme de pie. Los policías se acercan, pero, antes de que me alcancen, yo agarro el televisor y lo tiro al suelo con un rugido. Chávez y Marquis, el más joven, me agarran por un brazo cada uno y me llevan a la fuerza hacia la puerta.

Krisjen reacciona.

—No, Macon —le suplica—. Ya está. Ya me voy.

—Buena idea. —La agarra por el brazo y la empuja hacia los policías—. Lleváosla a casa, ya de paso.

Se la llevan mientras ella grita:

—¡No me voy a marchar sin mi hermano y mi hermana!

Pero a Macon se le ha ido la puta olla.

—¡Lleváoslos de la bahía!

—¿Y qué pasa con Dex? —pregunto a voces.

Pero ya hemos cruzado el umbral y, por mucho que intente anclarme con los talones, me arrastran por las escaleras.

No los dejará ir. Les dirá que paren en un segundo. Nunca me había echado de casa.

—Paren, por favor —les dice Krisjen. Luego, le grita a Macon—: ¿En serio?

Pero él se queda callado.

No los detiene. Aprieto los dientes.

—Hijo de puta... —escupo.

Trace llega corriendo hasta mí.

—¿Qué coño pasa?

—¡Cuida de Dex! —le grito como respuesta.

Entonces aparece Dallas.

—¿Army?

Macon les va a decir que paren. No es capaz de hacer esto.

Pero Chávez me empuja la cabeza hacia abajo.

—Al coche. Sin rechistar, o solo vas a pasar más tiempo en el calabozo.

Trace corre adentro.

—¡Macon!

Caigo sobre el asiento sin dejar de agarrar la puerta. Miro a Dallas.

—Cuida de los niños.

—Descuida.

Se pellizca el entrecejo. Es la primera vez que veo a Dallas preocupado. Ahora mismo parece que tiene seis años.

Marquis empuja a Krisjen, pero ella se para en seco, con las manos extendidas, y empieza a moverlas de un lado a otro.

—¡Yo no me voy a ninguna parte!

—¡Ahora! —grita él.

—¡Que te jodan!

En apenas un segundo, le ha dado la vuelta a Krisjen, la están metiendo al coche a la fuerza, y la están esposando en el asidero de encima de la puerta.

—¿Qué? —Tira de las esposas—. ¡No!

—Díselo a tu abuelo, si quieres —dice mientras le empuja las piernas dentro del coche—. Seguro que nos lo agradece.

Cierra de un portazo, los dos policías se suben al coche y yo me paso la mano por el pelo mientras miro la carretera.

No le daré a Macon la satisfacción de verle esperando a que me saque de aquí. Que le jodan por delante y por detrás.

El coche arranca, aunque no tengamos cargos y no lo ordene ninguna autoridad que no sea mi hermano. Nunca pensé que sería capaz de usar su poder en mi contra.

—¿Qué acaba de pasar? —suelta Krisjen con un sollozo.

Sorbo por la nariz y huelo a sangre.

—Ah, ¿no lo sabías, Krisjen? En el pantano también tiene a polis corruptos.

Y le doy una patada al asiento del conductor, donde está Chávez, quien me mira por el retrovisor.

—O te callas o te callo. Te estamos haciendo un favor, amigo. No os estamos llevando lejos por él, sino por vuestro propio bien. A ver si se le pasa.

Solo que no iba a matarme.

Aunque, claro, tampoco pensaba que me metería en el calabozo. Parece que no conozco a mi hermano tan bien como creía.

Chávez nació en Santa Carmen y, cada vez que le veo por aquí, lleva un teléfono en la mano, lleno de toda la información que ha recopilado para mi hermano.

El más joven, que va en el asiento del copiloto, se llama Johnston Marquis y nació en la bahía. Me mira por encima del hombro.

—Al crío no le pasará nada.

Krisjen se inclina hacia delante y suplica a través del panel de plástico que los separa de nosotros.

—Mis hermanos me necesitan.

—Déjalos, Krisjen —suelto—. Aguantarán hasta mañana por la mañana.

—¿Y tú qué sabes? —me espeta—. Siempre has tenido apoyo.

Me río y vuelvo a sorber por la nariz mientras me limpio la sangre con la mano.

—Ah, ¿así se llama?

Ella es la mayor. Igual que Macon.

Llevan una carga que jamás conoceré, pero también son una carga que jamás comprenderán. Los niños que se ven obligados a hacer de padres nunca acaban bien. Dentro de diez años, podría estar culpando a Mars y a Paisleigh por su vida de mierda, porque..., bueno, todo habría ido mejor si no existieran.

¿No?

Ahora resulta que somos la única razón por la que Macon es un monstruo, ¿verdad?

—Sí que le miras —digo con voz queda—. Eso no me lo he inventado. —Como no dice nada, le clavo los ojos encima—. ¿Él era el siguiente?

Tiene la vista fija en el frente. Se niega a mirarme.

Le agarro la pierna por debajo de la rodilla para acercarla a mí. Jadea cuando coloco las rodillas entre sus piernas.

Tira de las esposas con las manos en un puño. Apoyo la mano en la puerta que tiene detrás. Estoy a centímetros de su cuerpo.

—Cuando te miro, no veo a la madre de Dex. —No aparto la mirada. Se le ha subido la camisa, exponiendo una parte de su estómago—. Pero si te follo, Krisjen, será por venganza.

—Army, colega... —me advierte Marquis.

Pero, si quiere detenerme, tendrá que parar el coche.

—Es una santa —le digo a Krisjen—. La madre de Dex.

Veo su mirada enturbiarse apenas un ápice.

—Me dio a mi hijo y luego hizo como si no existiéramos, porque había ensuciado sus sábanas impolutas y nuestro hijo era un secreto indecente.

Ella no dice ni una palabra.

—Me destrozó, Krisjen —susurro, y me trago la mierda que me está subiendo por la garganta—. ¿Qué se supone que le voy a decir a mi hijo cuando se la encuentre algún día?

Sé que los policías no nos quitan ojo de encima, pero no creo que nos oigan.

—No me quería. Nadie me quiere. ¿Por qué, joder? —Parpadeo un par de veces, intentando que me dejen de arder los ojos—. Nunca me vio como un hombre. Nunca me vio fuerte. No me tienen miedo, ni Trace, ni Dallas, ni Iron, y Macon ni sabe que estoy ahí. Liv no me respeta.

Me quieren.

Pero no me buscan.

—No es que la gente me abandone —sigo—. Es que me pasan por encima como si no me vieran.

Todos. No hay nadie en este puto mundo que me necesite, y esa es una carga que no debe recaer sobre Dex. No puedo hacerle responsable de rellenar un hueco que no puedo rellenar en ninguna otra parte.

Cuando por fin habla, lo hace con una voz baja pero firme.

—¿Y qué piensas hacer?

—¿Qué crees que debería hacer?

—Creo que deberías desquitarte con ella —me dice, y su voz hace que los mechones de pelo que tiene delante de la boca se mezan al hablar—. Ráptala, átala, grítale. Y luego suéltala. Nadie lo sabría nunca.

—¿En serio estáis hablando de esto en un coche de policía? —rezonga Marquis.

Pero yo sonrío.

—¿Y qué le digo? —le pregunto a Krisjen.

—¿Qué te gustaría decirle?

—Nada. —Es curioso lo rápido que la respuesta me ha venido a la mente—. No quiero que sepa... —susurro— que significa algo para mí.

Ella se mueve, y no sé si ha sido intencionado o un acto reflejo, pero nuestros cuerpos se rozan, y la agarro por la cadera. Acaricio su piel, la estrujo, consciente de que ahora mismo está esposada.

Putas ricachonas. Me gusta saber que están fuera de mi alcance. ¿Por qué?

Me acerco a su boca mientras voy subiendo la mano por su torso hasta llegar a los pechos.

Ella jadea, se aparta del alcance de mi boca y me enseña los dientes. Pero no dice que no.

Me inclino y tiro de la tirilla azul celeste del tanga que le sobresale de la parte de arriba de los vaqueros cortos.

—Las mujeres se ponen esto cuando quieren que alguien lo vea. ¿Te lo has puesto para mí? —la provoco—. ¿O para él?

Me pongo a la altura de su boca, listo para besarla, pero ella me atrapa el labio inferior entre sus dientes y me muerde con fuerza. El dolor es intenso, pero la polla se me ha puesto dura. Jadeo.

Ella me suelta y yo gimo al ver el fuego en sus ojos airados.

—Ojalá él te hubiera dado lo que te mereces —susurro.

Agarro la parte inferior de la camisa de Macon y se la subo ligeramente. Exhala con fuerza y deja escapar un gemido.

—Y, créeme —le rujo mientras tiro de sus caderas—, mis hermanos se han portado demasiado bien contigo.

Me inclino hasta su estómago. Lo beso y lo muerdo mientras ella se retuerce.

—Tío... —suelta Marquis—. Para.

Pero, joder, me da igual. Quiero este momento. Si lo dejo escapar, no se repetirá.

Entierro la nariz en su piel y hundo los dedos en su cuerpo. Ella se agita, intentando apartarme, pero la miro y veo cómo los pezones le sobresalen de la camisa y su pecho sube y baja rápidamente.

Me fulmina con la mirada.

Sin dejar de mirarla, muevo rápidamente la lengua por su estómago.

—¿Qué te apuestas...? —la provoco—. ¿A que consigo que te corras en mi lengua?

—¡Army! —grita Chávez.

Krisjen abre la boca de par en par, respirando entrecortadamente. Pero luego logra fruncir el ceño y tensa la mandíbula.

—Dime que no —susurro.

Creo que me gusta así, esposada. Me gusta que físicamente no pueda apartarse de mí. Pero puede hablar, si lo desea.

Le estrujo un pecho y pega un brinco, de modo que nuestras cabezas chocan.

—No me gustas.

—Me da igual. —La beso una y otra vez, y sus labios no se mueven ni se separan—. Tu abuelo se llevó a mi hermano. Solo hay

una cosa que quiera de ti.

Me mira y, por un momento, me pongo tenso. No quiero ser malo. No quiero decir estas mierdas. Pero tampoco quiero que todo siga igual.

Si no me quiere ahora, tiene que saber que no habrá otra oportunidad. No soy un segundo plato al que volver cuando se sienta sola. Ya no. No voy a estar ahí siempre.

—No necesito a nadie. Tómalo o déjalo. Quédate o lárgate. A mí me la suda.

Extiendo los brazos y le paso los dedos por el pelo. Vuelvo a besarla e intento meterle la lengua en la boca. Rozo sus labios con los míos, los mordisqueo, hago mío lo que quiero.

—Debería enviarte a ver a Iron. —La beso—. Para que vuelva a probar contigo.

No me devuelve el beso. Pero tampoco se aparta.

—Pero creo que te quedarás con ganas de mí. —Le muerdo el labio inferior y no lo suelto—. Con ganas de alguien mayor, con más experiencia.

Ella se aparta y levanta el mentón.

—¿Y se supone que encajas en la descripción?

Me río, le rodeo el cuello con la mano y la toco en cada parte de su cuerpo que puedo alcanzar. Le agarro el culo con la mano para acercarla a mí.

Ella gruñe al sentir mi polla a través de los vaqueros.

—Mírame —me ordena.

No hago caso. Le arranco los vaqueros y ella gimotea.

—¿De qué vas? ¡Este no es el lugar para eso! —ladra Chávez, y noto cómo el coche vira a un lado de la carretera—. ¡Parad!

Por el rabillo del ojo veo a Marquis, que se ha dado la vuelta.

—¿En serio estáis...?

Chávez gira bruscamente la cabeza para mirarnos.

—¿Están...?

Pero hago caso omiso.

—Ricas, pobres... —me burlo mientras le beso y le muerdo el cuello—. Desnudas sois todas iguales.

A lo mejor, si me comporto como un capullo, la gente me tendrá miedo como a Macon. O al menos, me verán, como a Dallas. Debería haberlo intentado hace mucho tiempo.

Pero ella insiste:

—Mírame.

Un dolor agudo me atraviesa el corazón y, sin alejarme de sus labios, le levanto la camiseta.

—Mírame —susurra—. Que me mires, coño.

No puedo evitarlo.

La miro a los ojos y me detengo, fascinado.

Un mechón de pelo le cruza la cara en diagonal. En sus ojos azules hay fuego y algo de calidez. Una parte de ella nunca dejará de ser cálida.

—Bésame —me suplica.

Me fundo con su boca, y esta vez ella me devuelve el beso. Nos hundimos juntos en el cuero del asiento. Yo bajo la mano y empiezo a retirar la tirilla del tanga.

—Me cago en la puta —dice uno de los policías.

Oigo cómo se abren las puertas del coche. Creo que están a punto de arrancarme de sus brazos, pero lo único que oigo es:

—¡Al menos daos prisa, joder!

Separo mi boca de la suya el tiempo justo para decirles:

—Apagad la cámara del salpicadero.

Se oye un ruido, alguien que se mueve en el asiento, y las puertas se cierran.

No miro para ver adónde han ido, pero tengo una chica esposada en el asiento trasero conmigo, así que no pienso darme ninguna prisa.

Me inclino sobre ella, le hundo los dientes en el pecho, me lo meto en la boca y le rozo suavemente la piel con los dientes.

—Ah... —suspira. Arquea la espalda. Me busca.

Beso y chupo, metiéndome su carne en la boca, pasando de un pecho al otro.

Quiero complacerla. Quiero que me desee.

Pero expulso esas ideas de mi mente en cuanto acuden a ella. Voy a aprovechar este momento, hacer esto con ella, sentir esto con ella. Y ya está.

Sentirlo y recordarlo y dar gracias. Por tener algo para mí solo, aunque sea por una noche.

Me levanto y veo su vientre, que brilla por el sudor, mientras me quito el cinturón.

Ella observa cómo me desabrocho los vaqueros.

—Mírame —le digo mientras bajo por su cuerpo—. No cierres los ojos.

Me observa mientras me meto entre sus piernas, donde le quito lentamente el tanga, saboreando cada segundo de ello hasta que no hay nada entre nosotros.

—No nos estarán mirando, ¿no? —pregunta—. Ya sabes. Los agentes.

Miro a mi alrededor y no veo a nadie ni nada más que el borrón de los árboles tras una cortina de lluvia al otro lado de las ventanillas.

—No nos están mirando.

El corazón se me sube a la garganta. No puedo esperar. La cubro con mi boca para chupar su piel desnuda, en busca de su clítoris.

Cuando lo encuentro, lo mordisqueo.

—Ah —gime—. Ah, Dios...

Eleva las caderas, muy lentamente, pero con tanta fuerza que parece que se muere por lo que le estoy dando.

—No pares —me suplica con un hilo de voz—. Más.

Me como ese coño tan bonito que tiene con grandes lametones, una y otra vez, masajeándole un pecho. Succiono entre dientes, vuelvo a acariciarla con la lengua y luego se la meto dentro.

Ella empieza a jadear, me coloca un muslo encima del hombro, y mi cabeza queda atrapada en el dulce calor de su cuerpo.

Le cubro la boca con la otra mano y sigo con mi tarea, cada vez más rápido y con más intensidad. Succiono, lamo, y luego uso la lengua y el pulgar para frotarle el bultito, que está duro. Mueve las caderas, buscando mi boca una y otra vez, más y más rápido.

—Ah, Dios..., Army —jadea.

Empieza a convulsionar. Está a punto de llegar, lo sé. Me paro.

Salgo y me inclino sobre ella. Veo cómo su pecho se alza con cada respiración entrecortada, y entonces abre los ojos entre parpadeos. Me encuentra. Tiene la frente empapada de sudor.

—¿Army? —Parece a punto de llorar—. Por favor.

—He dicho que me mires.

Tenía los ojos cerrados.

Se queda mirándome hasta que por fin asiente. Por fin lo entiende. Quiero que vea cómo se lo hago.

Me inclino y pego otro mordisco a su pecho. Luego, vuelvo a su coño y empiezo otra vez, despacio.

Lo que más le gusta es cuando succiono, así que juego con el clítoris, con pequeñas pausas para acariciarlo con la lengua y que vuelva a ponerse a tono.

Doy vueltas y vueltas y oigo que su respiración se acelera. Cuando levanto la vista, la veo con la boca abierta, jadeando y observando cómo la devoro.

La muerdo, aprieto los dientes y vuelvo a presionar con la lengua, dibujando círculos.

Inspira entre dientes, gimiendo, dos veces, y se para. Y entonces... grita, agita el coño contra mi boca y gime antes de dejar caer la cabeza, agotada.

Esta vez, dejo que rompa el contacto visual. Se ha portado bien, y podría dejarlo así.

La verdad es que me resulta tentadora la idea de encontrarme con ella un día por la calle y saber cómo recuerda aquella vez en la que le hice correrse, pero no quise tirármela. Se habría preguntado por qué toda la vida.

Me inclino, le agarro la cara entre las manos y la beso en los labios. Ella me devuelve el beso con un aliento ardiente.

—Me gustas —le digo.

Nuestras miradas se encuentran y ella se queda callada unos segundos.

—Es la primera vez que alguien me dice eso. —Esboza una sonrisa tímida y dulce—. Tú a mí también me gustas.

Tengo la entrepierna tan dura que me palpita.

—No... —empieza a decir con la voz más dulce que he oído nunca —. No hemos terminado, ¿no?

No puedo evitar sonreír.

Me incorporo, saco un condón, lo abro con los dientes y observo cómo me mira mientras me lo pongo.

La agarro por la cadera y le digo:

—Ábrete más.

Veo un brillo de emoción en sus ojos, y abre las piernas para que pueda meterme entre sus muslos y colocarme delante de su coño. Meto la puntita, una vez, dos, y luego empujo para introducirme en el calor húmedo de su vagina.

—Army —gime, y deja caer la cabeza.

Empujo. Ya no pienso ir despacio. Salgo y vuelvo a entrar, hasta el fondo. Una y otra vez. Necesito sentirlo todo.

Gimo, la beso y le muerdo la boca, le lamo las tetas y el cuello, me pierdo en su boca y sus brazos.

—Krisjen —jadeo, y empujo más fuerte—. Nuestra preciosa chica. Nuestra.

—Sí —responde ella. Pego mi pecho al suyo y la beso por todas partes mientras empujo entre sus muslos.

Pero aquí no hay espacio. Puto coche. Tengo que llegar más lejos. Me incorporo. Parece azorada, hasta que le doy la vuelta y comprende lo que quiero. Rodea el asidero con los dedos, para que las esposas no le hagan daño en las muñecas, mientras yo tiro con fuerza de sus caderas y vuelvo a hundirme en ella.

—Ah —susurra, y empieza a empujar conmigo.

Vuelvo a tirar de ella, una y otra vez. Krisjen arquea la espalda para acercarse a mí.

Extiendo los brazos, palmeo sus pechos y le huelo el pelo. Frotamos nuestros cuerpos, lo más rápido posible. Ir despacio ya no es una opción.

—Army —exclama—. No pares.

Fuera del coche, la noche está oscura, y no se oye nada más que el roce de nuestra piel y sus gemidos. Deja caer su peso sobre mí y mi polla se hunde dentro de ella. Deslizo la lengua por su espalda hasta su nuca.

—¡Me corro! —grita.

Me abrazo a su cuerpo, intentando contenerme, pero en cuanto llega y noto cómo su piel se tensa, rujo y me permito explotar.

Mis entrañas y mis muslos arden, y lo dejo salir todo.

—¡Joder! —grito.

Su vagina se contrae sobre mi pene mientras llega al orgasmo, meciéndose violentamente, y yo flexiono todos los músculos y me entierro tanto como puedo mientras me corro.

«La hostia».

Odio los putos condones, pero ella lo tiene tan apretadito que ni noto la diferencia.

Se deja caer. Prácticamente cuelga de las esposas.

—Dios —susurra.

Sonrío. Se ha corrido, lo sé. Siempre lo noto cuando se corren. Por dentro, son como una boa constrictor. Y yo he aprendido a hacer que siempre se corran.

Mi visión se inunda de puntitos, todo el coche da vueltas, pero logro despertar de ese trance y veo las ventanas empañadas.

La beso a través de la camiseta, agarro el asidero y sostengo a Krisjen.

Estoy a punto de darle la vuelta y sentarla para comprobar que no se haya hecho daño en las muñecas, pero, antes de que pueda hacerlo, la puerta del coche se abre de golpe.

—Bueno, venga, vamos —nos espeta Chávez—. Joder, estáis para que os encierren. ¿Qué cojones?

Cuando levanto la vista, hay una mano dentro del coche que me está enseñando un llavero. Tiene una llave entre los dedos.

La cojo, libero a Krisjen y se la devuelvo.

Krisjen se viste a tientas mientras yo me subo los vaqueros con el condón todavía puesto.

—Me debes una —dice el policía—. Llévatela a una cama de verdad. Por tu bien, espero que no hayáis manchado el asiento.

Sonrío. Nos falta tiempo para salir del coche. Una vez fuera, los agentes arrancan, así que nos tocará volver a casa andando; pero ella se queda allí, quieta, mirándome. Y entonces, como si lo hubiéramos preparado, nos echamos a reír al mismo tiempo.

Ella entierra la cabeza entre las manos, y yo le rodeo el cuello con el brazo y le beso el pelo.

—Ya está.

Ella aparta las manos, sonrojada. Creo que podemos confiar en que esos dos policías, en concreto, no lo vayan contando, pero, aunque no fuera así, ha merecido la pena. Al menos para mí.

Ha sido la puta hostia.

Volvemos a casa. Macon puede volver a echarme, pero esta vez me llevo a mi hijo.

Le sostengo la puerta abierta para que pase primero.

Veo que la mesita del salón sigue en el suelo. Cuando llegamos al recibidor, la detengo, la abrazo y la beso en la frente. Me siento como si, en el transcurso de una hora, hubiera desarrollado músculos completamente nuevos. Mi cuerpo parece pesar cinco kilos en lugar de ochenta.

—Vete a la cama. —La miro a los ojos—. Y, si quieres repetir, ya sabes dónde está la mía.

Tensa la mandíbula, pero la forma en que su pecho se eleva de repente y el fuego de la emoción ilumina sus ojos me dice dónde la encontraré exactamente cuando suba a mi habitación.

La observo subir y huelo el humo antes de ver a Macon.

Me lo encuentro a la izquierda, en el sillón del rincón junto a la ventana. Apenas le veo los ojos en la oscuridad, pero tiene un cigarro entre el pulgar y el índice y se lo lleva a los labios.

Es tres centímetros más alto que yo y mucho más ancho de hombros, un indicio de su estancia en la Marina, a pesar del tiempo que ha pasado desde entonces.

Pero ahora me siento más grande que él.

—Esta no es tu casa —le digo mientras cruzo el umbral entre el recibidor y el salón—. Esta casa era de nuestros padres. Y todo ese sucio dinero con el que construiste el nombre de nuestra familia fue un dinero que yo te ayudé a ganar.

No soy insignificante.

—Trabajo y hablo con los clientes —sigo—, porque tú no soportas a la gente, y ellos tampoco te soportan a ti. Así que todo esto es tan mío como tuyo.

Aunque señalo la casa, me refiero a toda puta Sanoa Bay.

Me paro un momento para pensar.

—Pero soy consciente de que, sin ti, hace años que habría perdido la bahía —le cedo—. No soy capaz de hacer lo que tú haces. Se me revolvería el estómago.

Para algunos, Tryst Six es una bendición; para otros, un objetivo, pero siempre es digno de respeto, y sin él no existiría.

Pero yo también he contribuido.

Doy un paso más sin pestañear.

—Voy a tener otro hijo. O puede que unos cuantos más, y puede que sea con Krisjen, o con otra santa, o con quien sea, pero quiero que en esta casa vuelva a haber una familia, y no quiero oír ni una palabra al respecto. —Rechino los dientes—. Porque sabes que, si yo me voy, Dallas y Trace irán detrás, porque tampoco te aguantan.

Me mira fijamente. Yo espero una palabra de su parte. Pero no dice nada.

Niego con la cabeza, me doy la vuelta y salgo de la habitación.

Cuando llego a las escaleras, me paro en seco y me vuelvo a mirarle.

—¿Sabes...? —Tengo un nudo en la garganta, y trago saliva para que se vaya—. Odio lo que teníamos que hacer en aquel entonces para poner comida en la mesa. —Mi respiración se entrecorta un poco—. Pero, la verdad, esos son los mejores recuerdos que tengo, porque estábamos juntos. Tú y yo apenas éramos adultos, y Liv, Iron, Dallas y Trace eran prácticamente niños. Nunca sabrán por lo que hemos pasado, lo cerca que hemos estado de que nos maten o nos detengan un millón de veces. Y tampoco habría querido que lo supieran, porque era nuestro secreto. Tuyo y mío. —Me arden los ojos por las lágrimas que no pienso dejar escapar.

»Era algo que compartíamos tú y yo, y nadie más. Éramos hermanos, y tú solías contarme lo que te pasaba por la cabeza.

La silueta de la silla no se mueve ni un ápice, y yo tampoco. No pienso irme de mi propia casa.

Cuando subo las escaleras, Krisjen sale del baño y me abraza la cintura por detrás mientras me sigue a la habitación.

15

Krisjen

Army Jaeger tiene un lado oscuro.

«Dios». Me muerdo la sonrisa. «Se le da bien fingir eso de ser dócil, ¿verdad?». Quizá Macon debería soltarle un poco la correa. O puede que no lo haga por eso, precisamente.

El viento de noviembre entra en su habitación, ondulando las cortinas, y siento el cuerpo de Army pegado a mi espalda. Pero también lo siento en todas partes. Aún noto las marcas que me han dejado sus dientes. Sus manos.

Aprieto las piernas, con la piel en carne viva.

Él se acurruca en mi cuello y yo arqueo el culo hacia su entrepierna mientras le acaricio el cuello. Ambos gemimos.

Anoche fue agresivo. Igual que en el sofá. Tuvo que ser él, o Iron. Debería preguntárselo, pero me da vergüenza no saber quién fue, y no estoy segura de cómo me sentiré si lo averiguo.

Macon no me habría apartado en el garaje si ya me hubiera follado, y espero de verdad que no se tratara de Dallas.

Pero la culpa me paraliza mientras observo cómo se ondulan las cortinas. Anoche fue especial. Cuando lo hice junto a la piscina también fue especial.

Pero, aun así, hubiera preferido haber estado enamorada de Iron, de Army o de Trace. Me doy la vuelta, acurrucándome en el pecho de Army, y miro su cara dormida.

Army es el único al que noto todavía presente conmigo después del sexo. Ni siquiera me pasaba con Milo. Quién sabe qué llevó a la madre de Dex a hacer lo que hizo. Todas las historias tienen siempre dos caras, pero sé que Army la quería. Y la quería bien.

El llanto de Dex activa el monitor del bebé; anoche Army llevó a su hijo a la habitación de Liv para que pudiéramos tener algo de intimidad.

Se despereza y gime mientras su cabeza vuelve a caer sobre la almohada. Bajo el volumen del aparatito que está en la mesilla y empiezo a levantarme.

—Voy a ver cómo está.

—No. —Me tira hacia atrás—. Yo me encargo.

—De todas formas, me he dejado el teléfono abajo. —Lo necesito en caso de que alguno de mis hermanos llame—. Voy a ver cómo está. Pero, como haya que cambiarle el pañal, te despierto.

Se ríe entre dientes.

—Gracias.

Sé que está agotado, y estoy segura de que es tanto emocional como físico. Lo que Macon le hizo anoche podría ser de lo que más le haya dolido en su vida, sin contar la muerte de sus padres.

Encuentro unos calzoncillos suyos en un cajón y me los pongo. Luego cojo su sudadera gris de la silla y me la pongo por la cabeza. Me dirijo a la puerta, me recojo el pelo en una coleta y veo que Army se tumba boca abajo y se abraza a una de sus almohadas.

Cierro la puerta y voy de puntillas a la habitación de Liv. Al abrir la puerta, veo a Dex de pie en su parque-cuna, mirándome por encima del borde.

Me agacho y lo levanto.

—Tienes más de un año, colega —susurro abrazándolo—. Deberías dormir toda la noche.

Pero él también es un Jaeger. Nació inquieto.

Me mira fijamente y le palpo el pañal mientras intento recordar cómo hacía para saber que el de Paisleigh estaba lleno. Nunca he cambiado un pañal.

Pero noto que está seco. Se limita a observarme con los ojos muy abiertos.

—No me mires así, o tú también me vas a acabar robando el corazón.

Balbucea algunos ruidos de bebé y empiezo a mecerlo:

—*Shout, shout* —le canto—. *Let it all out.*

Sigo cantando, murmurando suavemente la letra que me sé y tarareando la melodía de las partes que no recuerdo. Su cabeza cae sobre mi pecho mientras me balanceo de un lado a otro, probablemente note el olor de su padre en mi sudadera. Le aliso el pelo oscuro de la nuca, y mi corazón se ensancha al sentir su cuerpecito contra mi pecho. Le aliso los mechones oscuros con los dedos, sintiendo que hunde todo su peso en mis brazos y se rinde al sueño. Pero yo no dejo de cantar la canción y le abrazo un poco más.

Lo tumbo boca arriba, busco su chupete y se lo doy. Aún tiene los ojos abiertos, pero solo a medias. Le tapo con la manta y le froto el pecho suavemente.

Salgo de la habitación tan silenciosamente como puedo y bajo las escaleras, sintiendo aún su pelo, suave como el agua, entre mis dedos.

«Porque sois madres. Incluso cuando no lo sois». Eso fue lo que dijo Macon.

Sacudo la cabeza, entro en el salón y busco mi mochila. Probablemente tenga el móvil completamente muerto.

Lo saco del bolsillo, me dirijo a la cocina y me sirvo un vaso de agua.

Observo la noche oscura por la ventana y veo unos ojos amarillos que me miran desde algún lugar más allá de la piscina, mientras las palmeras, de un azul oscuro a la luz de la luna, bailan con la brisa. Los ronquidos me llegan a los oídos. Miro al techo; es imposible no oír a Trace desde aquí.

Susurros de viento se arremolinan en torno a la casa, sacudiendo las contraventanas, como si estuviéramos en un punto alrededor del cual siempre se formaran tormentas. Cierro los ojos. Me encanta estar aquí de noche. Todo habla. Incluso el suelo.

Una corriente de aire me sopla un mechón de pelo, que flota frente a mi cara. Y lo siento. Detrás de mí.

—En la Marina... —dice, noto su aliento en mi oreja, pero no es Army— te llamaríamos rata de cuartel. —Es Macon—. Porque no haces más que ir de habitación en habitación.

Se me encoge el pecho y abro los ojos. Me arrincona y deja una botella de Jim Beam sobre la encimera. Se cierne sobre mi espalda, sosteniendo aún la bebida en su mano.

Respiro, vuelvo a mirar por la ventana y bebo otro trago de agua.

—En mi mundo —le digo— los hombres también insultan a las mujeres. No puedo decir que me sorprenda que haya poca diferencia entre tú y Milo Price. O tú y Callum Ames. O tú y mi padre.

No quiero cabrearle, porque sé que entonces la pagará con todo el mundo, pero no soy de la familia. No tengo por qué quererle pase lo que pase.

Me doy la vuelta, observando las sombras bajo sus ojos. Cada vez son más oscuras, pero me detengo al notar el color cetrino de sus mejillas. Hay rabia en su voz, pero su expresión vacila, como si se

esforzara por estar enfadado. Como si fuera la última emoción de la que puede hacer acopio y yo fuera la única persona que le quedara.

Parpadeo, miro la botella y luego vuelvo a él.

—Esta mierda no te hace ningún bien.

Se burla.

—Cada uno de mis hermanos a los que te has follado bebe.

—Beben para divertirse. Al contrario que tú.

—Ves, ahí es donde te equivocas.

Se aparta de mí y se deja caer en una silla de la mesa, todavía apretando el cuello de la botella en su puño.

—Ahora mismo, me ha entrado hambre por esto —me dice llevando la mirada a la botella—. Quiero comer, cosa que sienta muy bien.

Le escucho. Está hablando y quiero que hable.

—Me gustan las pequeñas cosas —dice con voz grave—. El olor que entra por las ventanas. La temperatura más fresca esta noche. La ligera humedad que pesa sobre mi piel. —Traga saliva. Noto cómo sube y baja en su cuello—. El sonido del viento fuera, y cómo siempre me ha parecido que esta casa crecía de la tierra. Igual que los árboles.

Me agarro al borde del fregadero detrás de mí.

—Ahora mismo no quiero estar en ningún otro sitio. —Casi sonríe —. En esta silla, en este suelo que aún está manchado de posos de café, atrapados en las grietas de cuando Liv rompió la cafetera a los cuatro años mientras jugaba a pelearse con Army.

Deja caer los ojos, sus largas piernas cubiertas por la tela vaquera se abren delante de él mientras se reclina en su asiento.

—Junto a mi padre en la cocina —susurra—. Mientras él se aseguraba de que yo observara y aprendiera, porque sabía que algún día me iba a hacer falta. —Y continúa—: No me preocupa la

bahía, ni que dentro de un año Trace sea un puto jardinero en el club de campo que construirán en la tierra que colonizaron sus antepasados. Army vivirá en una caravana. No volveremos a ver a Dallas e Iron estará entrando y saliendo de la cárcel constantemente durante el resto de su vida, porque no importa lo que yo haya hecho. —Hace una pausa y noto la tensión en su voz—. No he conseguido cambiar nada.

Me escuecen los ojos.

Nada de eso sucederá. No puede pasar.

—Esta noche los quiero un poco más y tú me caes un poco menos mal. —Levanta la botella, le da un trago y la vuelve a dejar sobre la mesa, dejando que sus ojos recorran mi cuerpo—. Y quizá hasta puedo llegar a ver lo que les gusta de ti.

El ardor de su mirada me calienta la piel.

—¿Y tú dónde estarás? —le pregunto. Me mira a los ojos de nuevo —. Has dicho que Army iba a estar en una caravana —le recuerdo—. Iron en prisión. Dallas ni idea, y ¿dónde estarás tú durante todo ese tiempo?

Se queda quieto, como una estatua. Luego vuelve a coger la botella.

—Yo tampoco creo que me quede por aquí mucho más.

Se me hace un nudo en el estómago. Si se va, todo acabará.

Se levanta, sale de la cocina y yo me quedo parada mientras sus pisadas golpean la escalera. Hay un momento de silencio y luego la puerta de su habitación se cierra por fin.

Aprieto la mandíbula y cierro los ojos. «¿Qué coño ha querido decir?».

¿A qué se refiere?

Subo las escaleras absorta en mis pensamientos y me detengo a mirar las fotos de la pared. Fotos familiares, ninguna de ellas hecha

profesionalmente o en un estudio.

En el pantano. En barcos. En la playa. En el salón. Los primeros coches. Fiestas de cumpleaños.

No hay ninguna de los últimos ocho años, sin embargo. Ninguna de ellas con Liv o Trace de adolescentes. Por lo que se ve, Dallas tenía el pelo largo a los diez años.

Macon y Army están en muchas, porque sus padres los criaron durante toda su infancia, y les hicieron fotos.

Army, con sus preciosos ojos verdes.

Macon, marrones, igualitos a los de su madre, a la que veo en una de las fotos. Pelo largo y oscuro, igual que el de Liv, y una sonrisa que no le llega hasta la mirada. Sus ojos son hermosos, a pesar de las ojeras.

«Como los de Macon».

Me quedo mirando cada fotografía, dándome cuenta de que cada vez hay menos en las que sale ella a medida que los niños crecen. Se nota que, cuanto más avanza el tiempo, más delgada está en las fotos.

Una lágrima me resbala por la mejilla y me dirijo a la habitación de Army, pero no entro. En su lugar, cruzo todo el pasillo hasta la de Macon.

Apoyándome en la pared junto a su puerta, me deslizo hasta el suelo para comprobar qué se oye al otro lado, en la habitación donde murió ella.

16

Dallas

Lo primero que fui en mi vida fue poeta. Desde bien pequeño. Todo eso fue antes del alcohol. Y del sexo. Antes de meterme en el mundo de la coca, de empezar a rechinar los dientes más de lo que sonreía. Y de estar en constante búsqueda de la siguiente pelea.

Y luego la siguiente.

Y la siguiente.

Sin haber escrito nunca una palabra, ya era poeta. Solía ver la belleza en lugares inverosímiles que asustaban a mis padres. En vías de tren abandonadas. En los infiernos que eran aquellas casas de acogida donde vivían mis amigos. En viviendas en llamas, en accidentes de moto y en la destrucción tras una tormenta. En vivir demasiado al límite y morir demasiado joven.

En lágrimas. En moratones. En abandono.

No odiaba todas esas cosas, porque eran cosas profundas.

Horribles.

Trágicas.

Pero profundas.

Y lo profundo es hermoso, porque nos cambia.

Lo que sí odiaba era todo lo que me evocaba pereza. Todo lo que estuviera vacío de orgullo. Cosas como... las máquinas de café de cápsula, las tarjetas de fidelización de puntos o los restaurantes que

creen que las patatas fritas de bolsa son un acompañamiento aceptable.

Mis padres nunca lo entendieron. No captaban qué me llevaba a querer asomarme al borde de la tumba de mi abuelo para ver cómo se amontonaba la tierra sobre su ataúd. Tampoco entendían por qué les había robado el coche cuando tenía doce años para salir a ver la llegada del huracán a la costa. Ni por qué me gustaba el pintalabios corrido, las rodillas despellejadas, el pelo desordenado por la mañana o el escozor de mi boca en carne viva tras una noche de desenfreno. Era sencillamente hermoso.

Incluso le encuentro belleza a saber que mi madre hubiera deseado no haberme tenido nunca. Sí, es en cierto modo bello ser consciente de que una parte de ella pensaba que tendría que haber parado después de Iron; saber que ella fue el principio de Trace, Liv y de mí, pero que nosotros, en cambio, fuimos su fin...

El mundo está lleno de cosas bellas, pero casi nadie las ve.

Nadie excepto Krisjen Conroy.

Ella es de lo más hermoso con lo que me he encontrado.

Belleza en movimiento. En todo lo que hace.

Es lenta, cuidadosa en sus movimientos. Artística.

Me encantan los mechones sueltos de sus coletas y moños. Cómo lleva las zapatillas sin calcetines. Lo amables que son sus ojos y cómo te mira como si fueras precisamente la persona a la que estaba esperando ver. Me encanta que se salte los dos últimos pasos para llegar a la encimera o a la nevera, cómo baila en la cocina cuando cree que está sola y la forma en la que se come una sola uva en más de un bocado. Siempre está apreciando la vista que tiene ante ella, e imagino que sería tan feliz en una gasolinera como en un castillo.

Está enamorada de estar viva.

Y también por eso la odio. Porque puede ser lo que yo solo puedo ver. Ella es el aliento que otros respiran. Yo nunca seré tan bello.

Le doy un codazo a la chica de mi cama.

—Ey —digo bruscamente, poniéndome los vaqueros a la vez que me arranco la toalla de la cintura.

Se remueve, mientras la otra en la cama de Iron, a mi izquierda, se queja en sueños.

—Levantaos —les digo.

Me ajusto el cinturón y cojo la toalla, pasándomela por la cabeza para secarme el pelo.

—Tizz. —Vuelvo a sacudirla.

No es su verdadero nombre, pero todo el mundo la llama así desde que éramos niños.

—¿Qué? —murmura, dándose la vuelta.

—Sal de mi cama. —Tiro la toalla—. Las dos, fuera.

Son las once, joder.

La morena que está en la cama de Iron se levanta con los ojos entrecerrados mientras se pega la almohada al cuerpo desnudo y busca su ropa. Tizz se destapa y va recogiendo toda su mierda del suelo mientras suelta:

—Gilipollas.

«Sí, sí. Seré un gilipollas solo hasta la próxima vez, cuando te emborraches y te pongas cachonda».

Se viste y abre mi puerta de golpe para que el picaporte choque con la pared. Las dos salen al pasillo, con el pelo en los ojos y los chupetones de la otra en el cuello. Hermosas, pero no del todo todavía. Eso llegará dentro de media hora, cuando lloren en sus respectivas duchas y asuman su responsabilidad y el autodesprecio que sienten por lo que hicieron anoche conmigo en la habitación, ellas solitas, sin que nadie las obligara.

Yo, en cambio, estaré borracho de nuevo antes de que llegue mi autodesprecio. Joder, odio el sexo.

Abro mi cajón, veo que está vacío, rebusco en uno de los de Iron y encuentro una camiseta negra sin mangas, limpia y con los laterales recortados. Me la pongo y salgo de la habitación, pero en cuanto pongo un pie en el pasillo, oigo el alboroto en el piso de abajo y veo pasar a Krisjen corriendo junto a mí con una cesta de pícnic. Tardo un segundo, pero reconozco que es la nuestra. No sabía que aún la teníamos. Debe de haberla encontrado en el desván.

—¿Qué está pasando?

Gira la cabeza, se le ilumina la cara, pero no se detiene.

—¿Me puedes ayudar?

—¿Con qué?

Baja corriendo las escaleras, pero entonces Trace pasa junto a mí, sosteniendo una vieja nevera de la marca Yeti que no sabía que aún teníamos.

—Con el cuadragésimo primer Bug Jam anual —responde Trace por ella.

—¿Qué?

—Ya sabes de qué está hablando —vuelve a intervenir Krisjen—. Os necesito a todos. Será divertido. Venga.

Los sigo escaleras abajo. El calor en mi pecho se expande a la vez que una creciente ira me calienta el estómago. Ni siquiera quiero detenerme.

—Me importan una mierda los jueguecitos de niñatas de Santa Carmen —gruño, rodeando la barandilla de hierro forjado.

Army está preparando una mochila con las cosas de Dex, como la crema de sol, los pañales y otros trastos más. Su hijo está sentado

en el sofá, metiendo la mano en una taza para mojar las galletitas que luego engulle.

—¿Por qué está en nuestra casa? —exclamo.

Nadie me responde. Trace rebusca entre las llaves, decidiendo qué camioneta coger. Lleva el pelo grasiento peinado por debajo de la gorra de béisbol que lleva hacia atrás.

Krisjen está doblando una manta de pícnic.

Army se gira y me mira con una ceja arqueada.

—Déjanos en paz un rato, ¿quieres? ¿Por una vez? Parece divertido. Una tregua en medio de la misma rutina de mierda de cada día.

—Krisjen Conroy también se ha convertido en rutina, ¿no? —Retrocedo, desviando la vista hacia la chica que cree que vive aquí —. ¿Seré yo el siguiente al que te folles, cariño?

—Si quieres —chista ella, imperturbable—. Me excita eso de no saber si tendré que fingir el orgasmo contigo. Y también saber si lo notarías o no.

A Trace se le escapa una risita que viene desde lo más profundo del estómago. No se atreve ni a mirarme.

—Aquí hay niños —replica Army.

Haciendo caso omiso, me dirijo a la cocina y, en cuclillas, abro un armario bajo. No puedo estar sobrio para esto.

Pero cuando miro dentro, me doy cuenta de que el armario está vacío. Todas las botellas han desaparecido.

Me levanto y miro por encima de la encimera.

—¿Dónde está el licor?

—Lo he tirado —contesta Krisjen.

Doy un latigazo con el brazo, cerrando de golpe los armarios y mirando a Army fijamente:

—¿Ella o yo? —Aprieto los dientes y vuelvo a la sala de estar—. No pienso seguir tolerando esta mierda. —Me vuelvo hacia ella—. ¿Quién coño te crees que eres?

Vagando por aquí a sus anchas, metiendo las narices en nuestros asuntos como una autoproclamada matriarca.

—Quédate en casa —me dice Army—. Así te calmas.

Pero Krisjen interviene:

—Se viene con nosotros.

—¡Vete a la mierda, puta! —grito.

«¿Cómo coño se atreve?».

Army me agarra por delante de la camiseta y me empuja, pero yo me retuerzo y le aparto los brazos de golpe, empujándole en el pecho.

Enganchándome de la nuca, me gira de golpe, pero me agarro justo detrás de su cuello a tiempo, arrastrándole conmigo hasta estrellarnos contra la mesa de la entrada. Lo que había encima se cae al suelo, Dex rompe a llorar y oigo a Krisjen gritar:

—Parad. ¡Parad ya, por favor!

Planto la mano en la cara de mi hermano mayor y lo empujo, viéndolo caer contra la puerta de entrada.

Me chupo la sangre de la lengua y escupo al suelo. Los tres me miran fijamente.

Un nudo recorre la garganta de Krisjen. La comisura de mis labios se inclina en una sonrisa.

Pasa corriendo a mi lado.

—Tengo que coger algo de arriba. Dallas, ayúdame.

Y hago lo que me dice, siguiéndola.

—¡Dallas! —grita Army.

Pero oigo que Trace le murmura algo. No oigo lo que dice.

No entienden nada. Igual que tampoco lo hacían nuestros padres. Nadie lo entiende.

El dolor que causo es solo para distraerme, pero el amor hace mucho más daño, y eso ellos no lo ven. Solo respetaría a Krisjen si fuera consciente de esto. Si ella supiera lo que nos va a hacer cuando se vaya, sonreiría. Estaría satisfecho si ella supiera que esto tiene un final, pero aun así no fuera capaz de detenerse.

Pero no es así, y eso la hace una tía simple.

Krisjen se desvía a la izquierda, hacia la habitación de mi hermana, y yo la sigo, cerrando la puerta tras de mí.

—Esta es mi familia —le digo—. Y hemos pasado por más mierda de la que tú serías capaz de soportar. Le hacen caso a toda chica que se pasa por aquí, porque tener a una mujer cerca les recuerda a nuestra madre, pese a que ninguno de nosotros entendía a esa maldita mujer.

Krisjen se pone la sudadera negra con capucha que sostenía en el brazo.

—Dentro de unos meses, te darás cuenta de que estás hecha para algo mejor —continúo—. Y que nosotros solo estábamos bien para una aventura esporádica. Te irás, y nosotros seguiremos aquí, intentando mantenernos a flote. Te pido, por favor, que te vayas de esta puta casa, porque no es tuya.

Se acerca a la ventana y se queda mirando hacia fuera mientras se recoge el pelo en una coleta. Un mechón castaño le cae por la sien, casi rozándole la ceja, mientras baja la barbilla para estudiar algo del exterior.

Su labio inferior apenas se mueve. Solo yo lo notaría.

Me encanta mirarla, pero al mismo tiempo la odio. Unos días quiero ser ella y otros, la mayoría, la quiero hacer llorar. Quiero que me pegue.

Y a veces solo quiero que me sienta en la oscuridad.

No soy hermoso. Nada de lo que hago lo es, pero la cambiaré.

Abro la boca, pero ella habla primero:

—¿Te acuerdas bien de tu madre? —pregunta, todavía mirando por la ventana.

Cierro la boca.

El capó de un coche se cierra fuera y oigo el chirrido pesado de un coche de los años setenta.

—¿Recuerdas cómo era ella cuando estaba triste? —presiona—. ¿Cómo se comportaba?

Entrecierro los ojos. ¿En qué momento ha pensado que eso podría ser asunto suyo?

—¿Se aislaba de todo el mundo? —continúa.

Camino lentamente hacia ella.

—¿Perdía el apetito por completo? —pregunta.

Me acerco y me pongo a su lado mientras observa a Macon afuera.

El viejo Dodge en el que está trabajando está aparcado en mitad de la calle, con la puerta del conductor abierta. Macon intenta girar la llave de contacto.

—¿Padecía insomnio? —pregunta Krisjen—. ¿Tenía cambios de humor?

Me quedo inmóvil, mirando a mi hermano. Krisjen ladea la cabeza, mirándolo. Se me hielan las manos.

—Macon no debería beber más —me dice—. Si quieres beber, te vas a un bar.

Macon sale del coche, pero luego se detiene y se queda ahí de pie. Mirando al suelo. Su pecho sube y baja como si cada respiración le pesara demasiado.

Aprieto los dientes.

Vemos cómo tuerce la cabeza, crujiéndose el cuello, y vuelve al trabajo.

«Macon está bien». ¿Por qué está diciendo todo esto?

Krisjen se vuelve, mirándome a los ojos.

—Necesita que le echéis un cable, comer más sano y dormir un poco más —afirma—. Y es fundamental que se despierte pensando en algo que no sean problemas. Todo el mundo necesita ilusionarse por algo. Aunque solo sea por algo tan tonto como pasar un día divertido.

Me ha preguntado si nuestra madre se aislaba de todo el mundo...

Macon siempre ha tenido cambios de humor. Eso no es nada nuevo.

¿Comió algo el día de Acción de Gracias? ¿Al menos un poco? Yo no me fijo en lo que come o deja de comer la gente, ¿a mí qué me importa? Yo...

Macon sabe cuidarse solo. Siempre ha sido así.

—En otro momento ya hablaremos sobre por qué estás siempre a la defensiva —me dice—. Pero ahora mismo, si no estás en ese coche en diez minutos, serás una basura de persona.

He perdido totalmente el hilo de lo que iba a decirle, pero antes de que pueda siquiera pararme a reflexionar, se marcha y cierra la puerta de Liv tras de sí. Me acerco a la ventana y vuelvo a asomarme para verle moverse alrededor del coche. No levanta la vista. Jamás. No mira ni el coche que pasa por la carretera, ni a los niños que juegan enfrente. Tampoco reacciona en absoluto cuando Trace va cargando la camioneta con lo que va sacando por la puerta delantera.

Sacudo la cabeza. Está exagerando. Solo intenta inventarse cosas. Meterse en esta familia creando un problema que no existe. Macon está bien. Debería echar un polvo más a menudo, quizá incluso

buscarse una novia, está claro. O tal vez ya debería tener hijos, yo qué sé. Es diez años mayor que yo. Supongo que en algún momento de mi vida asumí que a esa edad ya tendría mi propia casa. ¿Por qué no ha buscado pareja?

¿Por qué no se va? Yo lo habría hecho ya. ¿Por qué sigue cuidando de nosotros? «¿Por qué...?».

Le doy un puñetazo a la pared, el fuego me arde en lo más profundo de las entrañas y no sé de dónde viene. Me alejo de la ventana y me paso la mano por el pelo.

¿Por qué no se ha ido? ¿Por qué no se ha ido de casa para vivir su vida de una vez? No tenía por qué quedarse. Yo no me habría quedado.

Me arden los ojos.

Ya no me grita.

No me grita en absoluto. No come con nosotros. Está en el garaje todo el tiempo. Solo. Todo el tiempo.

Esto no es culpa mía. Yo nunca le he pedido nada. No tenía que haberse quedado.

Él está bien. Siempre está bien.

Me acerco de nuevo a la ventana y lo veo entrar en el garaje, vestido con vaqueros y una camiseta gris. Exactamente igual que en el primer recuerdo que tengo de él.

Noto como si unas agujas se me clavaran en la garganta. Macon es mi primer recuerdo. Ni mi madre ni mi padre.

Macon.

Algo se rompe y doy un respingo, apartando la vista de la tele. Trace grita detrás de mí, porque el ruido le ha asustado. Es pequeño. Acaba de aprender a caminar.

—¡No paras de dejarla preñada, joder! —grita Macon mientras nuestro padre lo sujeta por el cuello contra la pared—. ¡Déjala en paz!

—¡Para! —suplica mi padre—. ¡Para!

Sacude a Macon, pero mi hermano es casi tan alto como nuestro padre. Papá no le hace daño, pero se pelean mucho y Macon ha tirado la mesa. Está boca arriba, en el suelo de la cocina.

Sacude la cabeza mientras papá intenta sujetarlo.

—Somos demasiados —le dice Macon mientras se echa a llorar.

Army levanta a Trace. Intenta sujetarlo con un brazo y cogerme de la mano, pero yo me aparto.

—Odio estar aquí —grita Macon—. ¡Odio que esté así! ¿Por qué no puedes dejarla en paz?

Papá está de pie. Su pelo negro se ha vuelto canoso en la parte que le cubre las sienes. Miro fijamente lo rasgada que está la camisa de cuadros que lleva atada a la cintura.

Macon quiere más a mamá que a papá. Siempre está enfadado con él.

El techo cruje. Mamá está en su habitación. Está allí a menudo. Sola. Casi siempre.

—No puede tener otro hijo —pronuncia Macon en un murmuro ahogado.

Papá y él se miran, pero mi padre no dice nada, sino que sale por la puerta, cerrándola tras él. Vuelvo a mirar a Macon y veo las manchas de lágrimas en su camiseta; se seca la cara con ella. Y luego sale corriendo por la puerta delantera sin mirarnos.

—Dallas, vamos —le oigo decir a Army.

En lugar de seguirle, me dirijo a la ventana del comedor y salgo al ala de la casa que solía estar aquí. Las grandes columnas aún se elevan desde el suelo, y hay montones de tablas por todas partes.

Iron se sienta en una plataforma clavada en las viejas vigas que mi padre construyó para los mayores. Solo ellos pueden subir, aunque a veces también me deja subir a mí. Iron tiene seis años.

La luz alumbra desde arriba. Me quedo debajo de la casa del árbol, viéndole a través de las rendijas. Iron está tumbado, con los brazos bajo la cabeza. Se oye música en alguna parte. Aquí huele bien. A flores.

Estoy a punto de pedirle que me ayude a levantarme, pero no lo hago. No quiero que se mueva. Es agradable mirarle desde aquí. Me encanta Iron. Es bueno conmigo.

Sé que mamá no puede tener otro hijo.

Entrecruzo los dedos de las manos, mirando hacia atrás, hacia la casa y hacia las vigas. No sé adónde ir.

Me duele la garganta. Quiero llorar.

El sol se pone mientras estoy ahí fuera.

Y entonces... alguien me levanta. Estoy en el aire, dando vueltas. Antes de que pueda pararme a pensarlo, estoy en la espalda de Macon, agarrándome fuerte mientras sube a la casa del árbol. Sonrío al sentirme mejor de repente. Nos sentamos en la entrada. Iron aparece al vernos. Army también se sienta con nosotros; lleva una mochila de la que saca helados, tazas, cucharas y sirope de chocolate. Cojo el bote porque puedo hacerlo yo solo.

—¿Está bien mamá? —Iron mira a Macon.

—Mamá está bien —murmura, echando helado en las tazas—. Trace está en la cama. Hoy toca helado para cenar.

Todos cogemos nuestras tazas y yo sigo añadiendo sirope a la mía. Mucho, mucho.

—Deja de gritarle a papá —le susurra Army a Macon.

—Que le jodan.

Macon no le mira, pero me mira a mí, y me asusto.

Entonces, me tiende su taza, y yo sonrío, apretando el bote de sirope en la suya todo lo fuerte que puedo.

Me sonríe un poco y eso me hace sentir bien. Me gusta cuando hace eso.

Army bebe un trago de una de las botellas de mi padre, pero Macon se la quita y se la termina entera. Army no se enfada, porque Macon da más miedo que papá.

Mi madre estaba embarazada de Liv en ese recuerdo. Más tarde llegué a comprender lo que había sucedido realmente aquel día. Recuerdo finalmente caer en la cuenta de que había pocos años de diferencia entre Macon y Army, y casi cinco entre Army e Iron, mientras que había poco tiempo entre Trace y yo, o entre Trace y Liv. El intento ignorante de mi padre de darle una razón para vivir a mamá resultó ser una carga que no hizo más que empeorar las cosas.

Los recuerdos del pasado siendo adulto son una experiencia completamente distinta. Macon solamente tenía trece años por aquel entonces, pero yo lo veía como un hombre cuando ocurrió todo eso. Le temía y le veneraba más que a cualquiera de mis padres, porque era más fuerte que ellos. Era una roca. Constante.

Y me parece increíble que a su edad provocara que mi padre saliera corriendo de casa tras ese enfrentamiento. A menudo era él quien se aseguraba de que nos bañáramos y nos laváramos los dientes, o de que los platos y las sábanas estuvieran limpios. Papá trabajaba mucho y mamá simplemente...

«Se aislaba», como ha mencionado Krisjen.

«Cambios de humor».

«Pérdida de apetito».

«Insomnio».

Así fue. Gradualmente. En silencio. Se fue alejando de nosotros. Escondiéndose detrás de puertas cerradas. Solo Macon sabía lo que tarde o temprano iba a suceder.

Y ahora solo Krisjen se ha dado cuenta de lo que el resto de nosotros no hemos visto por estar demasiado cerca.

Doy un paso hacia la puerta, pero veo una chaqueta doblada sobre la silla del escritorio de Liv. Una vieja chaqueta de cuero de motociclista que Macon dejó de usar cuando terminó el instituto y que Liv encontró años después. Acaricio el cuero suave y liso entre mis dedos; las coderas y hombreras acolchadas están descoloridas, al cuello le falta un botón. Solía llevar mucho esta chaqueta. En la moto. Sin casco. Porque jugar innecesariamente con la muerte valía la pena solo por notar el abrazo del viento.

La dejo en la silla, me dirijo a mi habitación y aparto unas cuantas perchas. Rebusco en la ropa de Iron y saco la misma chaqueta. Me la pongo, me abrocho los botones y cojo la cartera.

Bajo las escaleras y me dirijo al garaje, mientras cojo las llaves del gancho de la pared.

—Quiero que vengas —le oigo decir a Army.

Veo a Macon bajo el capó. Trace, Krisjen y Army están de pie a su alrededor.

—Sin Iron aquí, los Jaeger parecemos más débiles —añade Trace —. Tú eres el único que los intimida más que él.

Macon no dice nada. Ya me había empezado a preguntar cómo iban a convencerle para que fuera a divertirse un rato.

—¿Por favor? —pregunta Army. Suena de buen humor a pesar de la pelea de la noche anterior.

Muevo la moto de Iron, subiéndome a ella mientras Krisjen se pone crema de sol en la nariz y en las mejillas.

—No sé por qué pensáis que le da miedo ir —comenta ella, mirando su reflejo en una tapa de llanta colgada de la pared—. Santa Carmen también es territorio vuestro, ¿no?

—Era —le dice Trace.

Pero yo intervengo.

—Es. —Todos me miran, como si no esperaran que fuera a venir de verdad—. Sé lo que hay que hacer —les informo.

Macon se levanta. He conseguido despertar su atención.

—¿Y qué es exactamente? —pregunta.

Hago rodar la moto fuera del garaje.

—Es necesario recordarles que seguimos aquí.

Todo es nuestro territorio. No nos olvidemos de eso.

—Krisjen, ¿vienes? —le pregunto.

Ella duda por un segundo, pero no hace preguntas. Se sube detrás de mí. Le doy un casco, pero lo tira al sofá del garaje. Sonrío.

Enseguida, Trace y Army me siguen con Dex. Todos suben a la camioneta y yo arranco la moto, mientras Krisjen me rodea la cintura con los brazos. Acelero el motor, veo que Trace me sonríe, y capto un movimiento en el retrovisor; veo a Macon ponerse una chaqueta de cuero desteñida. Nos sigue con la mirada, desconcertado por un momento.

Pero luego se da la vuelta y coge las llaves.

El viento me golpea las gafas de sol, pero yo acelero y agarro el manillar con más fuerza. Los brazos de Krisjen se contraen como una serpiente alrededor de su presa.

Acelero a través de los caminos de tierra, atravieso charcos y reboto sobre las vías del tren. La observo por el retrovisor, mirando

hacia un lado, con el pelo alborotado. Hace ya algunos minutos que hemos perdido a mis hermanos detrás de nosotros.

Pongo la siguiente marcha, doy un tirón hacia delante y supero el límite de velocidad. La moto ruje debajo de nosotros. Ella se ríe. Voy más rápido. Se agarra más fuerte.

Me inclino a la derecha, su cuerpo acompaña mis movimientos cuando tomamos una ligera curva demasiado rápido, pero ella no me dice que pare. Le doy cada vez más y más gas, dejando atrás casas, palmeras y gente. Pasamos a toda velocidad junto a los coches, con el corazón en la garganta. Y me río para mis adentros.

Hacía mucho tiempo que no montaba en moto.

Incluso creo que nunca había llevado a una chica. Da más miedo así. Me encanta cómo me abraza, cómo me deja llevarla. Confía en mí. ¿Por qué?

Antes de que me dé cuenta, llegamos a Garden Isle. Es una playa de arena blanca e inmaculada. La gente de este lado de las vías prefiere no compartirla con nosotros, pese a que prefiere invadir la nuestra porque tenemos un faro y porque no existen normas. Me detengo bruscamente al oír los gritos y las risas de la feria que hay montada a unos cien metros, al otro lado del aparcamiento. No me doy cuenta de lo rápido que me late el corazón hasta que siento el dolor en el pecho.

Empieza a bajarse, pero yo la agarro por la pierna y la detengo.

El sol brilla con fuerza. La suave brisa del aire transporta el aroma dulce de un puesto de repostería recién horneada. Es hermoso. Es, sencillamente, lo contrario a la pereza.

Miro hacia delante, pero sigo sujetándole la pierna.

—¿No te da miedo nada?

Seguro que Army está enfadado por lo rápido que he ido. Macon más de lo mismo. Liv me habría gritado que bajara la velocidad. He

puesto a Krisjen en peligro, pero ni siquiera parece haberse dado cuenta.

—El dolor —dice finalmente—. Me da miedo morir con dolor.

A todo el mundo le da miedo eso.

—No puedes pensar con claridad cuando algo duele —afirma—. Y me gustaría estar presente en mis últimos minutos.

Me hurgo bajo la uña con el pulgar.

—¿Y tú de qué tienes miedo? —me pregunta.

Hago una pausa.

—De ti.

Se queda sentada, quieta.

Me trago el nudo que tengo en la garganta.

—La última mujer que vivió en nuestra casa, aparte de nuestra hermana, fue nuestra madre.

Llevamos mucho tiempo así. Liv nunca fue de las que se preocupaban por la casa como lo hacía mi madre. Nunca se dedicó a hornear o a decorar como hacía ella...

Sin embargo, Krisjen no es como Liv. Krisjen podría convertirse en alguien de quien mis hermanos empezaran a depender. Pero no es de la familia. Y podría abandonarnos en cualquier momento.

—Ella sabía que yo estaba en casa aquel día —digo—. Mi madre —aclaro—. Ella sabía perfectamente que yo era el único que estaba en casa. Y ni siquiera cerró la puerta.

Yo tenía trece años. La misma edad que Macon cuando se enfrentó a nuestro padre porque no paraba de dejar embarazada a mi madre. El día que ocurrió todo yo estaba solo con ella. Escuché como algo caía en el piso de arriba. Y lo supe. Pero no subí.

—Quiero que te vayas —le digo a Krisjen.

Cuanto más tiempo se quede, más difícil será cuando se vaya.

Espero que me lo discuta, pero no lo hace. Simplemente dice:

—Vale. —Se me revuelve el estómago. Se mueve para bajarse de nuevo, pero aprieto más mis dedos alrededor de su muslo.

—¿No te da miedo nada más?

Siento que intenta inclinar el torso hacia delante para verme bien, para mirarme a los ojos. Pero no puedo dejar que lo haga.

—Mi profesora de segundo tenía una hermana —empieza—. Una noche le dispararon en un aparcamiento al salir de una tienda. El asesino no la conocía. Tenía dieciséis años.

La escucho atento.

—La vida no se trata de lo que nos pasa, Dallas, porque cosas van a pasar siempre. Les pasan cosas a los ricos, a los pobres, a los buenos padres, a los malos, da igual, no podemos predecir lo que harán los demás. Si no puedo cambiar ni prevenir que algo ocurra, entonces no pienso en ello. Solo me adapto cuando ocurre, y me acuerdo de lo afortunada que soy por poder siquiera respirar.

Parpadeo, me arden los ojos. Eso es lo que temo. Vivir en un mundo en el que hay tantas cosas a merced del azar.

—¿Y si puedo controlar lo que va a pasar?

—Entonces, por favor, asegúrate de que no te detengan —dice.

Y para mi sorpresa, me echo a reír. Parece que, por primera vez, una mujer me entiende.

La suelto y dejo que se baje, pero yo me quedo en la moto.

—Sigo queriendo que te vayas. —Le sostengo la mirada—. Por tu bien y por el nuestro. Macon no nos deja enamorarnos de las santas. Y con razón. Tú nunca querrás una vida en la bahía. El dinero siempre gana al corazón.

—Pero tú tienes dinero —dice ella—, ¿verdad?

Desvío la mirada y siento que otra sonrisa me tira de la comisura de los labios.

—Probablemente más del que sé —respondo.

Macon no nos lo cuenta todo.

Así que no. No estaría realmente renunciando a una seguridad económica si estuviera con uno de nosotros, pero sí a un estatus. Al lujo. Tenemos dinero, pero nunca tendremos sirvientes. O cenas de gala. Ni viajes por el mundo.

—Clay y Liv están juntas —señala, quitándose la sudadera y atándosela a la cintura—. Y a Macon le parece bien que Liv esté con ella, pese a no ser de la bahía.

Saco un paquete de cigarrillos del bolsillo del pecho.

—¿Tú crees? —Enciendo uno y expulso el humo—. ¿Por qué crees que cambió de opinión sobre dejar que Liv fuera a Dartmouth? La manda fuera, e incluso la ayuda a pagarse la carrera para que las deudas no sean excusa para volver. A casa. A una universidad. Y, sobre todo, cerca de Clay.

Arruga las cejas y noto cómo su mente se pone a analizar la idea. Se endereza y me mira fijamente.

—Cree que la distancia acabará con la relación.

Asiento con la cabeza.

—Prácticamente tuvimos que recoger a Army del suelo después de que su chica lo destruyera. Macon está ya cansado de tener que limpiar problemas que nunca tendrían que haber sido problemas desde un principio.

—¿Alguna vez ha tenido que ocuparse de limpiar algo tuyo?

Le dirijo la mirada.

Pero antes de que pueda responder, se aleja y me lanza una sonrisa traviesa por encima del hombro.

No iba a contarle nada, pero ella intuye que hay algo que no sabe. Al fin y al cabo, no es estúpida, ¿no?

Doy otra calada. Para cuando lleguen a la bahía todas las consecuencias de haberme tirado al único santo al que nunca

debería haberme tirado, ella ya no estará. Probablemente.

Y Macon tendrá que limpiar el desastre que he dejado durante años.

La camioneta se detiene a mi derecha y oigo el ruido de otra moto a lo lejos. Veo a Aracely en la entrada de la carpa, añadiendo tequila de su petaca a una limonada helada que acaba de comprar. Krisjen se reúne con Liv y Clay, donde todo el mundo baila al ritmo de la música del DJ. Podría invitarlas a una copa. Liv volverá a la universidad en un par de días y agradecería el detalle.

Podría hacerlo para ser amable, sí. Pero no lo haré. Basta de madurez por hoy, ya me he comportado lo suficiente.

Elevo la vista hacia el cielo. Las nubes que presagian la tormenta están empezando a cubrir el cielo y el viento cálido agita la tela de la carpa. Me fumo el último cigarro, la brisa me acaricia el pelo y el olor a alquitrán caliente me entra por la nariz. Me viene el recuerdo de una cometa volando. No sé por qué.

—En una hora estamos todos empapados —oigo que comenta Trace.

Se acerca a mí, se alisa el pelo oscuro y se coloca la gorra de béisbol.

—Sí.

Pero eso no le importa a nadie.

Ve mi cigarrillo y me mete la mano en el bolsillo del pecho para robarme el paquete. Se enciende uno y ambos miramos a la multitud, disfrutando de la vista. Army rodea a Krisjen con los brazos y ella se ríe. Miro a Trace, que los observa.

—¿Todavía querrías estar con ella o ya no? —le pregunto.

Se encoge de hombros.

—A veces.

Su respuesta me sorprende. Pensaba que me iba a mentir, que actuaría como si no le importara.

—Se le da bien querer —me dice—. Estaba muy sexi la noche que se tiró a Iron.

Trace los vio a través de los árboles. A mí solo me llegó la información por comentarios.

Ocurrió junto a la piscina. En una de las tumbonas. Bajo la lluvia.

Iron es la única persona con la que realmente me siento cómodo. Por supuesto que le pega hacerle el amor a una chica al aire libre en plena noche. Si alguien quiere mirar, eso ya es cosa suya. No es de su incumbencia. Y por eso le quiero.

Pero a Krisjen, sin embargo, la odié aún más al enterarme. «Por supuesto que se iba a follar a otro de mis hermanos, y encima fue con espectáculo incluido, para que todos la vieran. La que es zorra a cualquiera se abre de piernas».

Ya lo sé, ya lo sé... que me abuchee quien quiera por mi doble moral. Me la suda, ella sabía que iba a hacerle daño. Igual que le hará daño a Army. Las mujeres traen dolor. Tener mujer lo empeora todo. Y yo habría estado bien sin una madre.

La observo bailar mientras sonríe con mi hermana y su novia en la pista de baile.

Sin embargo, me alegro de que Iron tuviera la oportunidad de pasárselo bien antes de irse. Me alegro de verdad.

—Sería un espectáculo verla con los cuatro a la vez —digo antes de poder contenerme.

Trace se vuelve, mirándome.

Inspiro profundamente y apago la colilla.

—Llevo tiempo intentando deshacerme de ella, pero había ignorado por completo lo útil que podría resultarnos.

—¿De qué coño hablas?

Le sostengo la mirada un momento.

—Ella haría cualquier cosa por nosotros, Trace. Por la bahía. —Vuelvo a mirarla mientras se suelta la coleta. Le queda bien ese rollo masculino. Vaqueros, camiseta, cero maquillaje. Tan sexi que querría desnudarla entera—. Tener un vídeo de Conroy sería la solución para recuperar nuestra tierra u obtener cualquier cosa que quisiéramos. Su abuelo pagaría lo que hiciera falta para que ese vídeo no saliera a la luz.

Se tensa, poniéndose firme.

—No.

—Tú y Army ya os la habéis follado —le digo—. Y yo estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario. Seremos buenos con ella. Delicados. La llevaremos a algún lugar privado y tranquilo. ¿Al barco, tal vez? —añado sin pestañear—. Pasará la noche de su vida, Trace.

No tiene por qué ser algo malo. Nos aseguraremos de que lo disfrute.

—No me digas que la idea de que tus hermanos mayores tengan algo que tú tuviste primero no te excita —le digo en tono burlón.

Él la mira mientras baila, pero luego comienza a alejarse.

—Eres un hijo de puta.

No me mira y yo solo sonrío.

—Piénsalo —le digo.

Sigue caminando hasta que se pierde entre la multitud.

Conozco a Trace. Normalmente está dispuesto a cualquier cosa, y cuando no es el caso, solo necesita de un poco más de tiempo para convencerse.

Paso revista a la multitud una vez más. Veo a mucha gente de la bahía y también a mucha de Santa Carmen. Milo Price está escribiendo un mensaje en su móvil. Tomo nota mental de las cámaras en los postes de luz y de los drones que vuelan alrededor,

captando imágenes para colgarlas en las redes sociales de la ciudad. Los móviles de la gente no paran de grabar vídeos y la cámara trescientos sesenta grados que hay encima de la oficina de turismo está en pleno funcionamiento, lo tengo clarísimo.

Cualquiera, sin importar en qué parte del mundo se encuentre, podría vernos ahora mismo.

Un calor se eleva por todo mi cuerpo. Saco el móvil y escribo un mensaje:

Sé que estás mirando.

El mensaje sale primero como entregado y, poco después, como leído.

Sonrío y me guardo de nuevo el móvil.

17

Krisjen

Si Iron estuviera aquí, este sería el día perfecto. Tengo que ir a verle. Hacer que se siga sintiendo conectado a su vida aquí, para que recuerde por qué tiene que volver. Ayer le envié un paquete con algo de comida, una tarjeta llena de fotos de nuestra noche de ostras asadas en el restaurante de Mariette con las firmas de todos y algunas revistas. Pero quiero verle la cara. Y asegurarme de que no se está metiendo en peleas.

—Gracias. —Cojo el bol de chili y una cuchara de plástico, regalándole una última sonrisa a la señora Chadwick antes de alejarme.

Esta es mi parte favorita del Bug Jam anual. El concurso de chili. Hay al menos una docena de carpas impregnadas con el aroma de las especias. Algunos de los puestos pertenecen a familias que cocinan sus recetas secretas, y también hay otras empresas que intentan crear una conexión con la comunidad. Justo al lado, está el puesto de algodón de azúcar con veintiún sabores distintos.

Camino y veo a Dallas todavía sentado en su moto en el aparcamiento. Tiene a tres chicas de pie a su alrededor. Niego con la cabeza. El tío ni siquiera tiene que levantarse de la moto para conseguir lo que quiere.

Trace tiene a Dex sobre los hombros y no veo a Army ahora mismo, pero antes ha dicho que quería ir a ver los coches de

exhibición.

Da igual, lo que está claro es que me vuelvo en la moto de Dallas. Ha sido divertido. Ha intentado asustarme todo lo que ha podido, pero yo ni me he inmutado. Él no se haría daño a propósito solo para hacerme daño a mí. Como tampoco se estamparía adrede estando los dos montados.

Pero dudo, rumiando ese pensamiento por un segundo.

—Míralos, tss.

Levanto la cabeza y veo a Jerome Watson. Mi cara es un poema. Ni siquiera se me había ocurrido que le iba a ver hoy.

Está en uno de los puestos de chili, sentado en el borde de la mesa. Tiene un aspecto diferente, así en vaqueros. Lleva puesta una camisa de franela marrón, azul y verde con la que está más guapo de lo que me gustaría admitir. Lleva un delantal blanco atado alrededor de su delgada cintura.

—Es hasta admirable que lleven tantos años aferrándose a la tierra de esa forma.

No me mira y yo giro la cabeza, siguiendo su mirada. Trace y Dex bailan con Liv y Clay. Aracely se pone frente a Dallas, mientras él fuma otro cigarrillo y claramente lucha por no reírse.

—Me gustan los supervivientes —me dice Jerome—. Nadie puede decir que los Jaeger no sean resilientes.

Lo miro de nuevo. El calor del chili me llega hasta las manos a través del bol.

—Pero cada año viven lo mismo una y otra vez, ¿no? —me pregunta—. Nada cambia. Las peleas, la agitación, las mismas caras, la misma mierda, los mismos caminos de tierra y esas casas en ruinas... En la bahía las cosas viven, pero nunca crecen.

Aprieto la mandíbula, respirando con más dificultad. Eso no es verdad. Jerome se pone de pie y yo no retrocedo mientras él acorta

lentamente la distancia que nos separa. Baja la voz:

—¿Qué harás cuando te canses de sus cuerpos y te des cuenta de que no sabías que ibas a echar de menos tener oportunidades en la vida? ¿Hmm? —Me mira fijamente—. Como una casa bonita, o la posibilidad de mandar a tus hijos a la universidad y darles un futuro. ¿O quizá te des cuenta de que soñabas con abrir tu propio negocio? —Ladea la cabeza—. Una tienda de ropita para niños —dice finalmente—. Te veo haciéndolo perfectamente. Es algo así muy adorable, te pega.

Empiezo a retroceder, pero él coge mi mano y la pone sobre su pecho.

—Y yo también tengo un cuerpo —susurra.

No tengo tiempo de apartar la mano antes de que alguien la aleje de él y me encierre en sus brazos. Me tenso, pero miro hacia abajo y veo el emblema de Tryst Six en una pulsera de cuero. Me aprieta contra su pecho, con la mandíbula apoyada en mi cabeza.

Me relajo. «Army».

Jerome lo mira por encima de mi cabeza, y veo que la gente alrededor nos mira de reojo, atentos a lo que hacemos.

—Me alegro de verte —le dice Jerome—. Ha pasado mucho tiempo.

Heather Lynch y A. K. Weathers me miran, sosteniendo su limonada congelada. Habrán vuelto de la Universidad de Florida por vacaciones.

—No sé por qué —Jerome sonríe—, pero me estoy empezando a arrepentir de todas las veces en las que nos hacíamos sangre mutuamente cuando estábamos en secundaria.

¿En secundaria? Army debía de tener como quince años cuando Jerome tenía dieciocho.

—Buenos tiempos... —continúa Jerome—. Pero una mujer es algo por lo que todavía no habíamos peleado.

Jerome baja la mirada hasta donde estoy mientras se acerca. Los brazos de Army apenas se mueven, pero siento una ligera tensión de sus músculos a mi alrededor. Luego con su semblante severo y vacío de emoción, le dirige la mirada a Army.

—Una vez te prometí que iba a quitarte todo lo que tuvieras —le dice—. Y lo haré.

Agarro la muñeca de Army, sintiendo la pulsera bajo mi mano.

—No lo harás —dice una voz fuerte y profunda detrás de mí.

Pero no es Army.

El corazón me golpea el pecho con fuerza. Miro hacia abajo. Mis dedos envuelven la muñeca con la pulsera, y mi meñique roza los largos huesos, que se le marcan en el dorso de la mano. Es Macon.

Jerome da media vuelta y se aleja, de regreso a su puesto, y los brazos que me rodean se apartan mientras me giro para ver a Macon. Tiene la cabeza girada hacia Jerome, a quien sigue con la mirada dura y las cejas bajas. Veo de reojo que Army, Dallas y Trace aparecen. El pulso me palpita en el cuello. Siento la vibración bajo mi piel, recorriendo cada rincón de mi espalda y mis brazos, donde aún permanece el eco de su contacto.

Sin mirarme de nuevo, se marcha. Me quedo un segundo aturdida hasta que Army finalmente llega y me da la mano. Mis dedos se vuelven a relajar en los suyos en cuanto me pregunta:

—¿Estás bien?

Lo único que puedo hacer es asentir. Mis pensamientos se arrastran hacia algo a lo que no me quiero enfrentar.

Sentí lo mismo que ahora. Exactamente lo mismo.

En el sofá, aquella noche...

Pero sacudo la cabeza un segundo para tener la mente clara. No era él. Una parte de mí solo quiere que lo haya sido.

Cuando he escuchado su voz, se me ha acelerado el corazón. Se ha desbocado igual que uno de esos juguetes de cuerda que rebotan arriba y abajo una y otra vez. Sencillamente, me ha cogido por sorpresa. No suele hacer estas cosas.

Lo ha hecho solo porque era Jerome. No ha podido resistirse a seguir fomentando esa estúpida competitividad que había entre ellos en secundaria. No lo ha hecho por mí.

—¡Atención, atención! —suena a través del altavoz—. ¡Si ya tenéis equipo, por favor, id yendo al aparcamiento este! ¡El cuadragésimo primer Bug Jam anual va a empezar en diez minutos!

Army comienza a alejarme, y veo a Trace inclinarse hacia atrás y vaciar su botella de cerveza.

Las yemas de mis dedos todavía vibran, sintiendo su pulsera.

Me invade un *déjà vu.*

Macon sigue siendo un misterio que estoy tratando de descifrar, por eso se ha vuelto loca mi imaginación. Sé que no fue él.

—Los participantes deben tener dieciocho años o más, los espectadores...

—Bueno, ¿qué te ha dicho ese? —pregunta Army.

Niego con la cabeza.

—Nada.

Macon rara vez me habla.

Pero luego me doy cuenta de que Army en realidad me está preguntando por Jerome.

—Ah, mmm...

Levanto la vista y sacudo la cabeza para centrarme.

—Solo una tontería sobre que el chili de verdad tiene frijoles.

No sirve de nada repetir las estupideces de Jerome. Hoy se trata de divertirse.

—Es un gilipollas sin neuronas —murmura en voz baja—. Si tiene frijoles, no es chili.

Sacudo la cabeza.

—Es solo un guiso.

La voz del locutor sigue sonando mientras nos acercamos a la multitud, abriéndonos paso hasta el escarabajo Volkswagen verde claro, del que solo sé que se fabricó en 1969 porque vi a Trace y a sus compañeros restaurándolo una noche el verano pasado.

—El récord es de trece personas —dice la mujer a través del altavoz—. Y lo tiene el Club del Libro de las Chicas Huracán.

—¡Se llama así por todos los huracanes que se beben mientras fingen hablar de libros que no leen! —bromea en voz alta Baylor Kane, un estudiante de último curso en Marymount e hijo de una de las madres del club de lectura.

Todos se ríen y miro a mi alrededor para ver quiénes son los integrantes de nuestro equipo: Aracely, Army, Trace y Dallas. Liv y Clay se acercan para unirse a nosotros. Alguien debe de estar cuidando de Dex durante unos minutos mientras hacemos esto.

Me arqueo sobre las puntas de mis pies y estudio a la gente que tengo detrás de mí. ¿Macon se ha ido a casa?

—Pero ¡eso no es justo! —grita otro hombre—. Las mujeres son más pequeñas.

—Para pequeño lo que tienes tú —responde otra mujer.

—Uuuh.

Se escuchan burlas de la multitud, seguidas de algunas risas y una reprimenda:

—¡Oye, que aquí hay niños!

Army me empuja.

—Vamos a ello.

Los equipos comienzan a acercarse a los coches. El viento empieza a soplar más fuerte mientras me recojo el pelo en una coleta y me pongo nuevamente la sudadera con capucha. Miro hacia atrás, a Dallas.

—¿Te unes?

Su boca se tuerce hacia un lado, pero puedo ver una chispa de diversión en sus ojos. Se quita la chaqueta mientras todos apilan sus chaquetas de cuero junto a la rueda trasera.

—Los chicos primero —ordena Clay—. Me niego a que me aplasten.

Lo más seguro es que Macon se haya ido a casa. No sé si habrá servido de algo sacarle de allí hoy. Probablemente solo le ha servido para reforzar su convicción de que la gente del otro lado de las vías es frívola y estúpida.

El presentador anuncia a todos los equipos, y tan pronto como dice «Sanoa Bay», no puedo evitar decirles:

—La mirada bien alta.

Los chicos levantan la barbilla, captando la indirecta. Quiero que no eviten el contacto visual. Que se dejen ver. Clay y yo aplaudimos con más fuerza —Liv, en cambio, es demasiado guay como para unirse a nuestros vítores— hasta que el orador pasa al siguiente equipo.

—El personal estará dando vueltas por aquí para echar un ojo y asegurarse de que todo el mundo se encuentra bien —dice—. Y ofrecer ayuda en caso de que alguien la necesite.

Todos gritan y aúllan. Explican un par de reglas más sobre cómo usar los brazos y las piernas, pero dejo de escuchar. Enseguida suena un bocinazo que me perfora el tímpano al mismo tiempo que todo el mundo se lanza a los respectivos coches.

Comienza demasiado rápido como para que pueda procesar bien todo lo que está pasando. Primero los chicos van volando a los asientos traseros.

—¡Krisjen! —me llama Army. Dirijo mi mirada hacia él. Está en el asiento del copiloto, haciéndome un gesto para que salte por el techo corredizo—. Entra desde arriba y ponte encima de mí.

Trace mueve su asiento hacia arriba en el lado del conductor, apretando sus piernas en un espacio lo más estrecho posible, mientras Aracely lanza su peso contra la puerta de Army para cerrarla. Subo por el techo panorámico para deslizarme por el hueco. Cuando estoy a punto de meter las piernas, alguien tira de mí hacia el asiento trasero. Grito.

—¡Oye! —Me río, dejándome llevar por la diversión. Dallas se mueve debajo de mí y Army le lanza una mirada desde el asiento delantero.

—Tenemos que organizarnos bien —grita Dallas—. La gente pequeña que se vaya al suelo.

Me empuja hacia abajo entre sus piernas, pero termino en una extraña posición de costado, mi pierna izquierda no cabe lo suficiente como para sentarme.

—¡Vamos a tener que poner a alguien de esta manera! —escucho que Trace ordena. Mueve su asiento justo en frente de mí y yo echo las manos hacia atrás, comprobando que mi pelo no esté en su camino y se enganche. Hago una mueca. Esto no parece muy seguro.

—¡No va a poder respirar! —grita Army, y espero que esté hablando de mí. Necesito más espacio.

Intento mover mis piernas, pero chocan con más piernas, y veo a Aracely bajando de pie sobre mí. Me estremezco.

—¡Cuidado con mi cabeza!

Se oyen aplausos desde afuera. Intento girar la cabeza, pero lo único que veo es la entrepierna de Dallas. Intento inhalar profundamente, pero esto es ridículo. ¿Por qué tengo que estar en el suelo?

—¡Aracely, ven por aquí! —grita Dallas—. Tenemos que usar cada centímetro de espacio. ¡Krisjen, muévete!

Algo me da en la cabeza y finalmente me quejo:

—¡Oye, que me voy a morir aquí abajo! —Agarrándome del muslo de Dallas, me levanto de nuevo.

—No seas tan llorona —espeta—. Entonces, siéntate encima de mí.

—¿Que se siente sobre ti? —espeta Army—. Ni en broma.

—Si no, también me puedo sentar sobre su ex —ofrezco, viendo que Aracely se consigue deslizar por el techo por fin.

Alguien se ríe y Dallas me agarra por la cintura, tratando de moverme hacia su regazo mientras hunde sus dedos en mi estómago. Intento contener la risa porque sus dedos me hacen cosquillas.

—¡Suéltame! —grito.

—No...

Pero en menos de un segundo dejo de estar en sus brazos. Se interrumpe a mitad de frase cuando alguien me da la vuelta, y acabo a horcajadas sobre el regazo de otra persona en el asiento que hay junto a él. Mi sonrisa se desvanece y no parpadeo mientras miro a Macon. Él me devuelve la mirada. Aracely termina de bajar. Empuja contra mi espalda, apretándome contra Macon.

—Sí, sí, así decía. Perfecto —escucho que dice Trace—. Aracely, ponte en el regazo de Dallas como Krisjen en el de Macon. Antes encajabais muy bien así, ¿no?

—¡Cállate! —la escucho gritar.

Alguien me empuja de nuevo, y luego otra vez hasta que Macon y yo estamos prácticamente nariz con nariz.

Sus ojos no se apartan de los míos.

Sujetándome, coge mis brazos y los guía alrededor de su cuello, atrayéndome hacia su pecho firmemente.

Su mano cubre la parte de atrás de mi cabeza, protegiéndola, y solo me lleva un momento entender lo que estamos haciendo y seguir su ejemplo. Lo abrazo fuerte, rodeo su cuello con ambos brazos y entierro mi cara en su cuello mientras el coche se sacude debajo de nosotros a medida que se amontonan más cuerpos.

—Ara, joder —se queja Dallas—. ¿Es que has engordado o algo?

—¿Dallas? —dice con un fuerte acento. Y estoy segura de que está a punto de decir algo en español—*. Cuando estaba contigo me tocaba fingir los orgasmos.*

Reconozco la risa de Army, porque él, Macon e Iron son los únicos bilingües. Por alguna razón, sus padres criaron a Liv, a Trace y a Dallas solo en inglés.

Los dedos de Macon se curvan en mi piel. Se me pone la piel de los brazos de gallina. Cierro los ojos. «Nunca se sabe».

—¿Qué coño ha dicho? —pregunta Dallas.

—No quieras saberlo —contesta Army.

Jerome no está por aquí. Macon me sostiene, y cuando sus brazos me aprietan un poco más fuerte, también lo hacen los míos. Alguien me vuelve a golpear, pero no me hacen daño. Macon me protege.

El espacio dentro del coche se está haciendo cada vez más estrecho.

No puedo respirar.

Hace calor.

No quiero irme nunca.

—¡Clay, tienes que depilarte! —grita alguien.

—¡Me he depilado!

—Quita tu pie de mi cara.

Se oyen voces, bufidos, quejidos sobre el aliento de alguien...

Pero su cuello está caliente; noto los pliegues de la piel en mi boca. Me muevo, intentando apretar mi estómago contra el suyo, pero acabo frotándome ligeramente contra él. Dejo de respirar un segundo y él me abraza más.

—¿Ya hemos acabado? —pregunta alguien.

No. Cierro los ojos.

—¡Que alguien grite para decir que hemos acabado!

—¡Ya estamos! —oigo gritar a Army y a Dallas.

—¡Yaaaa! —grita alguien más.

—Dios, ¡que vengan ya! —escupe Dallas—. No puedo respirar.

Inhalo su aroma y me pierdo...

Suena la bocina y aprieto los ojos con más fuerza antes de volverlos a abrir.

El aire se llena de vítores, las puertas de los coches se abren y todo el mundo se apresura a salir. Fuera se oyen risas, pero cuando el coche se vacía, me echo hacia atrás, pese a no poder mirarle a los ojos.

No sé qué está pasando aquí. ¿Qué es lo que quiere? Me confunde. Odio esto.

Sea lo que sea, no dejo de estar pendiente de él.

—Joder, hemos perdido —se queja Trace.

—¿Han vuelto a ganar esas viejas?

—Eh, esa boca —dice Liv—. Como si tuviéramos la más mínima posibilidad de ganar con vosotros cuatro ocupando todo ese espacio.

—Dios, qué calor —se queja Clay.

Todos salen. Vacilo antes de seguirlos, pero me acabo uniendo al resto afuera. Army me atrae hacia él. El Club del Libro de las Chicas Huracán, entre carcajadas y pasándoselo en grande, recoge su trofeo y su cesta de regalo.

—Vamos a la carpa de la cerveza —grita Trace.

Army le sigue, tirando de mí.

Pero me mantengo firme.

—Ve tú —le digo.

Abre la boca para rechistar, pero me adelanto.

—No pasa nada. Es solo que tengo que ir a buscar a mis hermanos. Están en el castillo hinchable con sus amigos. Mi madre se ha ido de finde. —Me pongo ligeramente de puntillas y le doy un beso en los labios—. Nos vemos mañana.

Me doy la vuelta para irme, pero él me tira hacia atrás.

—Ey. —Hace una pausa, me mira a los ojos y sabe que algo va mal—. Os llevo yo, vamos.

—Tranqui, mi casa está aquí al lado. —Mantengo el tono ligero, sonriéndole—. Ve y diviértete.

Me mira como si tuviera algo más que decir, pero me doy la vuelta y me voy antes de que pueda hacerlo.

De repente me invade la culpa, pero no sabría qué decir ni aunque quisiera explicarme.

No he mentido. Mis hermanos están en el castillo hinchable y me toca cuidarlos esta noche, pero podríamos habernos marchado a la bahía en la camioneta de Trace. Les gusta estar allí.

Es solo que...

Necesito estar sola.

Camino a través de la multitud, pero entonces alguien aparece delante de mí, bloqueándome el paso.

—Deja que te lleve yo, que tengo las llaves aquí.

Levanto los ojos y veo a Dallas de pie. Ladea la cabeza, pero no parece que vaya en broma.

—No es ninguna molestia —me dice, mostrándome las llaves.

Miro hacia atrás para ver si Army sigue allí, pero ya no está.

—Pensaba que ya nos estábamos empezando a hacer amigos —bromea Dallas.

Le estudio.

—¿Y qué significa esa palabra para ti?

Se ríe entre dientes y aprovecho la ocasión para despedirme lo más rápido posible.

—Nos vemos mañana —le digo.

No estoy segura de que nada de lo que haga Dallas sea por pura bondad. Y aunque me alegro de que por fin hable conmigo porque le apetece y no para reírse de mí, sé que siempre hay un motivo detrás de lo que hace. O, al menos, espera que le paguen por ese esfuerzo adicional.

Él no es complicado como Macon. Supongo que, con Dallas, una vez que sabes lo que no quiere que sepas, empiezas a entender su comportamiento.

Pero también, a diferencia de Macon, Dallas te hundiría para salvarse. Puede que a veces esté de buenas, pero no sé si me atrevería a decir que él es bueno.

Me escabullo entre una caseta de juegos y la oficina de turismo para ir hacia los castillos hinchables, pero en cuanto me alejo del Bug Jam, unas manos me empujan por la espalda, haciéndome caer al suelo.

Pero ¿qué...? Jadeo y enseguida apoyo las manos para darme la vuelta y ver quién ha sido.

Milo se queda de pie mirándome y luego se pone de cuclillas a mi lado.

—¿Estás bien?
Lo flanquean tres chicas. Los cuatro me están mirando.
Mierda.

18

Krisjen

Observo a Milo y, detrás de él, a Cate Laurel, Emaline Truax y Antoinette Viega, las estudiantes de último curso de Marymount. Mis dedos se clavan en la tierra detrás de mí.

—¿De verdad quieres hacer esto aquí?

Sus ojos sonríen, mientras que su boca es una línea recta.

—Seré rápido —dice.

Me agarra por delante de la sudadera, me levanta del suelo, me da la vuelta y me agarra de la coleta desde el cuero cabelludo. Siento que me arde la piel y me quejo.

—Milo... —le regaña una de las chicas.

Pero él me lanza contra la pared del baño y me detengo antes de que me golpee en la cara.

—Así que eres la zorrita del pantano... —gruñe, dándome la vuelta —. ¿Todavía tienes su semen dentro? —Me agarra entre las piernas —. ¿Quién de ellos tiene aún tu olor por toda la piel?

Respiro con dificultad.

—Hmmm... —Finjo que reflexiono—. No lo sé. No me duché entre la de anoche y la de esta mañana.

Me lanza de nuevo contra la pared verde lima. Su mano sale disparada hacia mí, y yo no puedo hacer nada más que prepararme antes de que las mejillas me ardan con el impacto. Luego, Milo me

retuerce la piel del estómago con tanta fuerza que un grito me sube por la garganta.

Pero antes de que me dé tiempo a gritar siquiera, me tira al suelo.

Aterrizo boca abajo. Una piedra afilada se me clava en la palma de la mano.

—¡Basta ya! —dice la misma voz. Ahora reconozco que es Toni Viega.

—Pero ¿es que no te has enterado de que sabe aguantar de sobra que un hombre la toque? —le dice Milo a la chica.

Levanto la mirada para ver dónde están los Jaeger. Veo a Trace. Más allá de los puestos de juego, entre la multitud. No quiero que ninguno de ellos me vea. No aquí. No en Santa Carmen.

Me doy la vuelta y sigo manteniendo la mirada fija en Milo a la vez que me pongo de pie.

Solía devolverle los golpes. Y le gustaba, porque le enfurecía incluso más.

Pero ya ni siquiera es lo suficientemente importante. A ver si me hace gritar.

—¿Deberíamos ser más delicados? —me pregunta.

Se acerca más. Cate y Emaline le siguen mientras vuelve a agarrarme por el cuello de la sudadera. En cambio, Toni se marcha.

—Yo me largo de aquí.

Se va y sonrío, a pesar del dolor que siento en la cara, como si se me estuviera desgarrando la piel.

—¿Nos la llevamos a otro sitio? —les pregunta Milo.

Cate sonríe.

—Deberíamos.

Mi pecho sube y baja con respiraciones rápidas.

—Sí, así puedes hacer lo que les hacen los hombres a las mujeres para demostrar su masculinidad, ¿verdad? —Siento el fuego en mis

ojos mientras sigo provocando a mi ex—. La lengua de Trace entre mis piernas. Las manos de Iron apretándome las caderas mientras me muevo encima de él. La boca de Army chupándome muy fuerte —me burlo—. Cuando me llaman, voy. Cuando me dicen que haga algo, lo hago. No son como tú, solo me levantan la mano para una cosa... Usar su dedo índice.

Sus ojos se desorbitan.

Mi sonrisa se ensancha.

—Para mí es una auténtica pena que no quepan los cinco a la vez.

Me agarra por el pelo de un movimiento rápido y me da una bofetada. Luego me agarra del cuello y me empuja al suelo.

Aterrizo con fuerza, sintiendo un dolor agudo que me atraviesa la espalda mientras todo el aire abandona mis pulmones. Se inclina y me levanta de nuevo. No tengo tiempo de apartarlo. Su mano me atraviesa la cara y la fuerza del impacto me hace girar la cabeza a un lado. El dolor se extiende por mi cuello. La sangre caliente salpica desde el interior de mi mejilla.

Me deja caer de nuevo al suelo y me quedo tumbada, intentando recordar qué se supone que debo hacer. El instinto quiere entrar en acción. Debería correr. Debería gritar, pedir ayuda. Defenderme.

Se me inundan los ojos de lágrimas.

Pero Milo retrocede y les dice:

—No paréis hasta romperle algo.

Miro por encima del hombro, luchando por ponerme en pie.

Cuando me levanto y me doy la vuelta, Milo se ha ido. Cate y Emaline se quedan para rematar la faena.

Trago saliva. La sangre fluye por mi garganta.

—¿Hemos terminado?

Emaline se abalanza sobre mí, agarrándome por detrás de los brazos mientras Cate me sujeta por los hombros y me planta la

rodilla en el estómago.

La bilis me sube por la garganta y vuelven a tirarme al suelo. Sus pies me rodean. Se están preparando para mi siguiente movimiento.

Pero yo me limito a reírme débilmente, sintiendo que estoy a punto de vomitar. Me pongo de pie con dificultad, pero enseguida siento otra mano impactando contra mi cara. Caigo de rodillas con esa bofetada, ni siquiera sé quién me ha golpeado esta vez, pero vuelvo a levantarme.

Una y otra vez.

Siento como una gota de sangre cae por mi pómulo, o quizá sea una lágrima. Me lloran los ojos, veo borroso. Me da vueltas todo.

Me empujan al suelo. Una de ellas me da una patada en la espalda, la otra en el estómago. Retroceden un segundo para esperar mi reacción y luego vuelven a mantenerse alerta, preparándose para la siguiente. Me tiemblan los brazos al intentar levantarme, pero toso y siento que el vómito me sube por la garganta.

Respiro con fuerza tres veces, tenso los músculos y me obligo a levantarme.

Las miro fijamente a través de los mechones que ahora tengo delante de los ojos y siento un fuego que se extiende por mi estómago y mi cara.

—Defiéndete —me exige Cate.

Resoplo.

—Nah, estoy bien.

Una mano me vuelve a cruzar la cara, creo que es la de Emaline.

—¡Que te defiendas!

Resoplo y me quejo mientras no puedo evitar las lágrimas. La comisura de la boca me arde y me tiemblan las rodillas.

Cate me empuja al suelo, las dos se acercan, y yo me agarro el estómago para protegerme, pero entonces... el golpe nunca llega. Cate da un latigazo hacia atrás. Aracely le agarra del pelo y la lanza al suelo de un tirón.

Respiro aliviada, vuelvo a dejar que me caiga la cabeza al suelo y por un momento todo el dolor desaparece. Dios, menos mal, no creo que pueda aguantar más golpes.

A mi alrededor oigo los gritos de la pelea, y ni siquiera compruebo que Aracely necesite ayuda. Nunca la ha necesitado, no va a ser diferente ahora.

Utilizando la poca fuerza que me queda en los músculos, ruedo sobre mi estómago y empiezo a levantarme del suelo.

—¡Podemos hacer que te detengan! —grita Cate, chorreando sangre por la nariz.

Pero Aracely se limita a mostrar sus dientes blancos y a señalar la cámara en directo situada en lo alto de la oficina de turismo.

—Y hasta podríais demostrarlo —se burla.

Se fijan en la cámara. Habrá grabado a Aracely, sí, pero también habrá captado la paliza que me han dado ellas y Milo.

Emaline clava la mirada en la cámara, congelada.

—Mierda.

Me río entre dientes, limpiándome la sangre de la nariz. Conseguirán borrar la grabación, eso seguro. Tienen sus contactos. Pero la grabación es en directo. No creo que haya demasiada gente pendiente, pero sí unos cuantos, al menos, y seguro que a alguno le habrá dado hasta por grabar. Se marchan a toda prisa, dando media vuelta y desapareciendo de nuevo en la feria.

—Gracias —le digo a Aracely.

Me estudia con la mirada.

—¿Por qué no te has defendido?

Me bajo la manga y me limpio los pómulos y la boca con ella.

—Soy una santa, Aracely. Levantarnos después de cada caída es nuestra forma de ganar.

Una sonrisa le asoma por la boca, pero la disimula poniendo los ojos en blanco. Eran cuatro contra uno. ¿Qué otra forma hubiera tenido de ganar?

—¿Por qué me has ayudado? —le pregunto.

Pensaba que disfrutaría viendo cómo me dan una paliza.

—Bueno... —Se encoge de hombros—. Al principio he estado un rato mirando.

Resoplo. «Eso estaba claro».

Pero no me enfado.

—Pero luego seguías levantándote como si fueras una especie de heroína —continúa—. Qué cabrona.

Me río mientras me quita la hierba y la mugre de las rodillas. Estoy a punto de decirle que nos vamos a mi casa a tomar margaritas, pero de repente me empiezo a encontrar mal. Todo se tambalea a mi alrededor y oigo a alguien que grita de fondo.

—Pero ¿qué coño?

Detrás de Aracely veo a Trace que se acerca corriendo. Army le sigue.

Miro a Aracely a los ojos.

—No, no se lo digas. Ya sabes lo que pasará.

La paliza no tenía nada que ver conmigo en realidad. Milo está intentando provocarlos. Si acaban reaccionando ante sus juegos, que no sea por mi culpa.

—Dios mío, ¿estás bien? —Clay se acerca corriendo.

Todo el mundo se agolpa a mi alrededor, pero siento que me quema la frente y necesito quitarme la sudadera. De repente estoy ardiendo.

—Estoy bien, es solo que... Yo...

Todo se vuelve borroso. Dejo caer la mandíbula, sintiéndome peor. Voy a vomitar.

—Krisjen —oigo decir a Army. Creo que me está tocando.

—¿Quién coño te ha hecho esto? —grita Dallas.

Me empiezan a fallar las rodillas.

—No me encuentro muy bien. —Me dejo caer—. Necesito sentarme...

Los brazos de alguien me recogen antes de que caiga al suelo, y dejo caer mi cabeza en él mientras cierro los ojos.

—Ve a buscar a su hermano y a su hermana a los hinchables. —La voz de Macon vibra en mi oído.

—¿Qué?

—¡Ahora! —le grita a alguien.

El sudor me cubre la frente y el estómago se me revuelve mientras dejo que me lleve en sus brazos.

—Aracely, ¿quién le ha hecho esto? —pregunta Liv mientras nos vamos.

—No he visto nada.

Esa es mi chica.

Ni un Jaeger más en la cárcel.

Media hora más tarde, estoy sentada en el lavabo del baño de Macon, chupando la pajita de un zumo de frutas. Antes me ha dicho que necesitaba algo frío en el estómago.

Mis piernas cuelgan del lavabo mientras él me pone una gasa con suero fisiológico en la comisura del labio y me limpia la nariz. Los chicos y los niños están armando jaleo abajo, no sé quién habla más alto de los dos.

—¿Te has divertido? —le pregunto, balanceando las piernas mientras le miro.

Me sujeta la cara y me pone una pomada en el corte de la mejilla.

—¿Te han dado una paliza y sigues sonriendo?

—Bueno, es que todavía respiro.

Me mira a los ojos, con cara de pocos amigos, antes de volver a fijarse en mi cara.

No sé cómo explicarlo, pero no siento dolor a pesar de las heridas. Lo único que siento ahora mismo son sus manos.

—¿Todavía tienes náuseas? —me pregunta.

Sacudo la cabeza y me bebo el resto del zumo.

—¿Quién ha sido? —me pregunta.

Tiro el brik de zumo al cubo de la basura.

—Nadie, solo unas chicas. Aracely y yo ya nos encargamos de ellas. —Hago una pausa—. Bueno, sobre todo Aracely.

—Krisjen...

—¿Te divertiste? —insisto, e intento que me mire esta vez—. Me sorprendió bastante verte enfrentándote a Jerome. No suelo verte en acción. Me gustó.

Se queda quieto, respirando un poco más fuerte.

—¿Es un antiguo enemigo o algo así?

Retira las gasas ensangrentadas y luego activa la bolsa de gel frío con unos cuantos golpes.

—Santa Carmen versus Sanoa Bay. Nada nuevo.

Coloca la bolsa a lo largo de mi mandíbula y me sostiene la mano, plantándola allí para mantenerla en su sitio.

—Ahora tendrá más ganas aún de tenerte —dice, casi susurrando —. Porque cree que eres mía.

Mi corazón late con fuerza.

—Quizá debería haberme defendido —le digo—. Las chicas de la bahía son unas luchadoras, ¿no?

—Mi futura mujer no necesitará una mandíbula de acero. —Guarda los utensilios—. Solo necesitará coraje para estar dispuesta a tragarme.

Lo observo mientras evita mi mirada. Se pone a hacer cualquier cosa con tal de no mirarme. Jolín, me encantaría conocerla. A la mujer que será suya.

Quita unas tiras finas de esparadrapo y me cubre el corte de la mejilla. Se le da bastante bien esto. Mis padres hubieran tenido que pagar a alguien para que lo hiciera.

—A veces me pregunto hasta qué punto estás dispuesto a tirar de tu formación militar para mantener a salvo la bahía —pienso en voz alta, enumerando con los dedos—. Parece que sabes de ordenadores, de mecánica, y sin duda eres bueno en estrategia... ¿Qué hiciste en la Marina?

—Era médico de combate.

Me río, sintiendo el escozor cuando me pone el último trozo de esparadrapo sobre el corte. «Por supuesto». Tendría que haberlo visto venir.

—¿Alguna vez estuviste en el campo de batalla?

Asiente.

—Debió de ser duro. —Empiezo a apoyar más mi peso sobre las yemas de sus dedos, que rozan mi piel, pero me detengo—. Sobre todo, con ese trabajo. Pero aun así... ¿echas de menos eso de salir al mundo?

Traga saliva, se aparta para coger otro trozo de cinta y vuelve hacia mí.

—Cuanto más veía lo grande que era el mundo, más pequeño quería que fuera el mío —confiesa—. Vi muchas cosas, viajé... Y

también aprendí que las únicas cosas que me daban alegría eran las que me resultaban familiares.

Contengo la respiración. «Continúa».

—La gente que conocía —sigue—. Los caminos embarrados de recuerdos, la tarta de lima mexicana, el sofá en el que me besé por primera vez con una chica...

—¿Todavía tienes ese sofá?

—Está en el garaje.

«Increíble». Quiero preguntarle si también es ahí donde perdió su virginidad. O si fue en una cama, y si la cama todavía está en la casa.

Pero no me lo imagino en una cama. Mi mente divaga y lo imagino en mi cabeza. En una ducha. Fue en una ducha. Él la levanta. Ella le rodea con los brazos y las piernas, y él la estrecha mientras lo hacen contra la pared.

—¿Qué? —le oigo preguntarme.

Parpadeo, dándome cuenta de la expresión que debe de tener mi cara. Dejo caer la vista al suelo.

—Eehmm... —Hago una pausa, intentando encontrar mi voz—. Gracias por ayudarme.

Salto de la encimera y salgo de su habitación, pero él me alcanza en el pasillo y me coge por el codo.

Me doy la vuelta.

—A la habitación de Liv —me indica—. Necesitas descansar. Mars se asegurará de que Paisleigh se bañe, y yo de subirla cuando sea hora de acostarse. Mars dormirá en la de Iron.

Se marcha escaleras abajo y yo me dirijo hacia la puerta de la habitación de su hermana, sin apenas notar el dolor que se instala en mi cuerpo. Al parecer, Macon pensaba que me dirigía a la

habitación de Army. No sé muy bien adónde iba, pero sí, necesito dormir.

Cierro la puerta de la habitación de Liv, me quito los vaqueros y el sujetador, vuelvo a meter los brazos en la camiseta y destapo la cama. Espero que Liv duerma en casa de Clay esta noche.

Suena mi móvil; dejo caer las mantas, cojo los vaqueros y lo saco del bolsillo. El nombre de Clay parpadea en la pantalla.

—Hola, estoy bien —le aseguro antes de que le dé tiempo a preguntar.

—Bien. —No hay ruido dondequiera que esté, así que ya habrá vuelto a casa—. Si hubiera sido Milo, tú nos lo...

—Puedo arreglármelas sola —le digo, pero sonrío. Está preocupada. Al menos hay una santa que aún me quiere—. Tú preocúpate de pasar tiempo con la señorita Jaeger.

—Hablando de Jaeger —se burla—. ¿Conque Army?

Genial.

Camino hasta la ventana, mirando hacia el ala abandonada, donde un jardín salvaje de flores, maleza y hiedra trepa para recuperar su sitio.

—¿Y quién se supone que te lo ha contado?

Pero ella se limita a responder:

—Vamos, por favor.

Justo entonces, veo una figura moviéndose. Es Macon, caminando hacia los cimientos oscuros y abandonados de la casa que sus antepasados construyeron. Avanza solo, se detiene en medio del jardín y se queda allí, mirando hacia abajo. Hacia la nada.

Veo la pulsera de cuero desde aquí. El reloj de arena brilla a la luz de la luna.

Hoy, cuando me ha abrazado... mi mano estaba en su muñeca. En la pulsera.

Y he sentido lo mismo que sentí aquella noche.

Tardo un momento en armarme de valor, pero finalmente le pregunto:

—¿Podría haber sido Macon?

Se queda callada.

—La noche del sofá... —recalco—. ¿Te imaginas que fuera él?

Reflexiona un segundo.

—Espera. Tú quieres que sea él —afirma por fin.

¿Es una observación o una acusación?

—¿Notas que hay algo de chispa? —me pregunta.

Casi me río. «Chispa, dice».

—Se podría decir que la chispa es brillante, grande y cálida. Y estalla en mi pecho cada vez que estoy a solas con él —le digo, con la voz entrecortada. No sé por qué quiero llorar. No estoy triste.

«Por Dios». Tengo solo dieciocho años. Él tiene treinta y uno. ¿En qué estaré pensando? Creía que Jerome era demasiado mayor para mí, pero Macon tiene más o menos la misma edad. Y creo que ni siquiera me importaría que fuera incluso más mayor.

Pero Clay responde:

—Conozco esa sensación.

Sí. Estos malditos Jaeger. Liv la cautivó desde el primer beso.

Pero Macon querrá a alguien más madura. Yo nunca maduraré. Siempre voy a querer globos para mi cumpleaños.

—Dijiste que había sido el mejor sexo de tu vida —señala Clay—. Supongo que tendría sentido. Es el mayor, tiene más experiencia...

Lo miro. Su torso desnudo, su precioso cuerpo cubierto solo por unos pantalones negros. Intento imaginármelo encima. ¿Ya le he tenido así antes?

—No puede haber sido él. —Sacudo la cabeza—. Macon es todo coraza.

—Ya, pero nadie puede guardárselo todo siempre.

El lunes todavía estoy pensando en las palabras de Clay.

Macon es un hombre. Aunque la mayor parte de mi experiencia con él haya sido intimidante y lejos de ser agradable, sé que no es la máquina que aparenta ser a ojos de todo el mundo. No lo es. Sabe reír. Jugar. Dejarse llevar por el deseo.

Clay tiene razón. Puede que trate de resistirse todo lo posible a esos sentimientos, pero acabarán saliendo a la luz de un momento a otro. Cuando su mano rodee el cuello de la persona indicada. Con un beso en su sien. O con la caricia de su pulgar en uno de sus pechos.

Y cuando salgo del trabajo a primera hora de la tarde, me permito admitir en silencio que, si no fue él quien estaba en el sofá esa noche, no quiero saber quién fue. Aunque no vuelva a pasar nada entre nosotros, me gusta pensar que podría haber sido él. Y que en ese momento quiso tenerme.

Subo las escaleras hasta la habitación de Liv para cambiarme de ropa; Bateman está cuidando de los niños y tengo que ir a por ellos. Sin embargo, al llegar arriba veo a Army y a Dallas sacando cajas de la habitación contigua a la de Iron y Dallas. Apilan en el pasillo las cajas rebosantes de ropa, decoración, flores falsas y viejos juegos de mesa. En medio del desorden se mezclan un caballete, una mesa de dibujo y un frasco grande de cristal salpicado de gotas de pintura y lleno de pinceles.

—Hoy habéis vuelto pronto. ¿Qué estáis haciendo? —pregunto, intentando ver el interior de la habitación. Siempre he visto esta puerta cerrada y nunca he tenido razones para abrirla.

Army pone otra caja encima del montón.

—Macon nos ha dicho que la despejáramos.

—¿Qué es esta habitación? —Veo una ventana con cortinas rosas y los pies de una cama individual. Encima, hay un montón de lienzos colgados.

—Solía ser el estudio de arte de nuestra madre —me dice.

Dallas abre la ventana y veo a Trace detrás de la puerta, tirando una aspiradora vieja.

¿Su madre pintaba? No hay ningún cuadro suyo expuesto en las paredes de la casa.

Entonces veo la cristalería en una estantería. Respiro, conteniendo el aliento un segundo. No solo pintaba. También era cristalera.

La pelea de Macon y Army en Acción de Gracias...

Por eso parecían devastados cuando se rompió todo lo que había en las mesas.

Joder.

Army se acerca a mí, cogiéndome suavemente la cara entre sus manos.

—¿Estás bien?

Dudo, volviendo mi atención hacia él. La hinchazón ha bajado mucho, pero el corte de la comisura de los labios me escuece. Hoy se me ha vuelto a abrir cada vez que he intentado comer. Pero asiento con la cabeza.

—Estoy bien.

Sonríe.

—¿Deberíamos enviar a Aracely y a su equipo a por ellas de nuevo?

—Tranqui, creo que ya les dio su merecido —digo—. El mensaje les quedó claro, no te preocupes.

Me sostiene la mirada.

—Te he echado de menos esta noche.

Coloco mi mano sobre la suya mientras él me sujeta la mejilla. No sé qué decir. Es a él a quien debería querer. De todos los Jaeger, él es el que está más preparado para tener una relación para siempre.

Respiro hondo y observo todo lo que abarrota el pasillo.

—Aquí hay cosas muy chulas —digo echando un vistazo a las cajas —. ¿Para qué quiere la habitación?

—Espero que sea para Dex. —Army se aparta de mi lado para volver a coger las cajas que le pasan Dallas y Trace—. Así podré volver a tener algo de intimidad.

Y me sonríe como si ambos supiéramos por qué quiere su habitación para él solo.

—¿Por qué no le dijiste que la necesitabas hace un año, cuando nació?

—Se lo dije.

Empiezo a negar con la cabeza, pero luego me detengo. Sería propio de Macon castigar a Army de esa forma por haber tenido un hijo, sí, pero al ser el estudio de su madre, puede que las razones de no dejarle utilizar este cuarto fueran otras.

Empiezo a marcharme.

—Me voy, que he quedado con el cuidador para ir a buscar a los niños.

Bateman ya ha cobrado, pero no quiero llegar tarde como mi madre.

—Ya están aquí —dice Trace alzando la voz.

—¿Qué?

—Mars está haciendo la cena —me dice Army—. Y Paisleigh está haciendo los deberes en el garaje.

—¿Bateman te ha dejado llevártelos así sin más?

—Podemos ser bastante persuasivos —murmura Dallas.

«No tengo dudas». Probablemente debería avisar al pobre Bateman para asegurarme de que no haya llamado a la policía para denunciar el secuestro de unos niños.

Bajo las escaleras, pero me detengo al acordarme de las palabras de Army.

¿Que Mars está haciendo la cena?

Me asomo a la cocina y veo a mi hermano de doce años redondeando bolas de carne picada entre las manos mientras una olla hierve al vapor.

Ay, me voy a emocionar. «Espaguetis con albóndigas». Yo le enseñé a hacer este plato.

—Ey —le saludo sin más, mientras me dirijo a la puerta del garaje. Los niños de doce años son complicados. Si estoy pendiente de lo que hace, trato de ayudarle o le digo lo mucho que le quiero, igual deja de cocinar y nunca más vuelve a hacerlo.

—Hola —me contesta.

Entro en el garaje y veo a Paisleigh sentada en un taburete junto a la mesa de trabajo. Sus piernas cuelgan mientras balancea los pies con sus Converse rosas.

—Hola. —Le aliso la coleta y miro lo que está haciendo—. ¿Has tenido un buen día?

Asiente.

—Trace nos ha traído desde casa. Mars ha ido en la camioneta con los demás, pero yo he ido en la moto de Trace.

Me quedo helada, agradecida de que esté ocupada coloreando en vez de ver mi expresión. Suelto un bufido.

—Ya hablaré con él de eso.

Miro a mi alrededor. La puerta del garaje está levantada, el capó de un coche que parece de los años ochenta está abierto y hay herramientas cerca.

—¿Por qué estás aquí sola? —le pregunto.

Cambia la pintura que estaba utilizando por una naranja.

—El malo estaba aquí antes, pero luego se ha ido.

El malo. «¿Macon?».

—¿Ha sido malo contigo?

—No. Me ha dado helado. —Empieza a colorear un título de su cuadernillo de actividades—. Pero era malo con la gente que venía.

Miro hacia fuera, pero no veo ningún vehículo desconocido.

—¿Qué le decían? —le pregunto.

—No lo sé. Se ha ido con ellos.

—¿En un coche?

—No. —Señala en diagonal, en dirección al parque de bomberos —. Se han ido por allí.

La rodeo para marcharme.

—Vale, tú quédate aquí.

Debería mantenerme al margen. Si Macon hubiera querido ayuda, la habría pedido. Sus hermanos están en casa.

No habrá sido Milo, ¿verdad? ¿Ni Jerome Watson? Caminando al otro lado de la calle, intento abrir la puerta del parque de bomberos, pero está cerrada, y no veo ninguna luz encendida dentro. Este sitio es solo para voluntarios. No hay personal fijo, pero seguro que los Jaeger están de guardia cuando se les necesita, dispuestos a ayudar.

—¡Ah! —oigo unos gritos en la distancia.

Asomo la cabeza por la esquina del edificio y veo el bosque de árboles y los largos tablones de madera húmeda creando un camino sobre el agua poco profunda y el musgo. Sé que hay gente que vive en el bosque. De hecho, la casa de Aracely está por aquí, aunque nunca he explorado esta zona.

Los insectos zumban, llenándome los oídos mientras voy hacia los gritos, recorriendo el bajo y estrecho puente a mi paso. Los cipreses y los robles se elevan en lo alto, tiñendo el pantano de una penumbra perpetua, pero mantengo los ojos abiertos por si hubiera caimanes.

A pesar de ser consciente de la cantidad de criaturas diseñadas para matarme que hay aquí, me muevo más despacio de lo que probablemente debería. ¿Por qué nunca había venido aquí antes? Todo es verde. Oscuro. Y no huele a nada que haya percibido antes en mi lado de las vías. Es como una biblioteca sin techo.

Salgo del puente y piso el suelo cubierto de musgo. Solo se pone así cuando la tierra no ha estado cubierta de agua el tiempo suficiente como para que crezca algo. Sin embargo, ya llegarán las pequeñas inundaciones.

Me acerco a un pequeño grupo de casas. Debajo de ellas se ven unos pilotes que evitan que las viviendas se inunden durante las lluvias torrenciales. Hay una casita morada, a través de la cual llegan sonidos de platos que se rompen.

También hay dos casas blancas, una verde y otra amarilla, pero empiezo a subir los escalones que llevan a la morada de la que procede el ruido.

Me detengo antes de llamar a la puerta. Esta casa pertenece a alguien de la bahía, por lo que será un asunto que tiene que resolver la gente de la bahía, precisamente.

—¡Macon, por favor! —grita una mujer—. ¡Por favor, no!

¿Qué demonios está pasando? Abro la puerta cubierta por la mosquitera.

Me asomo dentro, con un pie en el umbral. Unas pequeñas manchas negras cubren mi visión mientras ajusto mi vista a la poca luz que hay.

Una mujer que he visto por ahí, pero con la que no he hablado nunca, está de pie en medio del salón, sollozando. Su mirada se dirige hacia el desván; tiene los ojos fijos en el pasillo, en algo que no consigo ver. Un bebé de menos de un año llora en su mecedora. A mi derecha está la cocina. También veo a Aracely y a Summer. Una está buscando en los armarios y la otra fregando los platos.

Miro a Aracely a los ojos.

—Vete —me dice—. No necesitamos ayuda.

—¡Macon! —grita la mujer, pero por alguna razón no va hacia él por el pasillo—. ¡No puede evitarlo! Por favor.

Sus gritos me revuelven el estómago. ¿Qué coño está pasando? Summer cierra los armarios de golpe.

—Aquí no hay nada. —Aracely se agacha y coge en brazos a otro niño de unos tres años escondido detrás del mostrador.

—¡Macon te había dicho que le compraras comida! —Aracely regaña a la mujer.

Se oye un ruido sordo y un grito ahogado en la parte trasera de la casa. La mujer parece aterrorizada. ¿Qué está haciendo Macon?

Me meto la mano en el bolsillo de la sudadera y saco la bolsita de uvas cortadas que le he preparado a Paisleigh para que se las comiera después del colegio. No quiero que Aracely piense que me estoy entrometiendo, así que la dejo sobre el mostrador por si la quiere.

—Por favor —implora la mujer sin contener su llanto.

Alguien tose una y otra vez en una de las habitaciones traseras.

—¡Ya sabes cómo es! —grita—. Solo necesita ayuda.

Miro a Aracely, su frente está marcada por la preocupación, pero también por algo más.

Siente angustia.

Tenso la mandíbula, ella dice que no con la cabeza, pero salgo disparada, corriendo por el pasillo. Ellas tienen miedo de enfrentarse a él, pero yo no, no vivo aquí.

Echo un vistazo en las habitaciones y acabo encontrando a Macon en el baño. Me detengo, observando cómo sujeta a un hombre bajo la ducha; es como si pudiera sentir el chorro helado que cae sobre la cabeza del hombre en el reducido espacio.

El hombre balbucea y tose mientras el agua le cubre la cara, haciéndole difícil respirar.

Me detengo y le reconozco. Es el mismo tipo al que vi aquel día en el bosque detrás de su casa, cuando Macon le encerró. Una botella de Wild Turkey yace en el fregadero, solo quedan un par de tragos.

Debe de estar bebiendo otra vez en lugar de usar el dinero para cuidar de su familia. O al menos eso es lo que deduzco por lo que han dicho en el salón.

El tipo tose y vomita, derramándoselo todo sobre sí mismo. Macon tiene los nudillos blancos mientras lo sujeta bajo el agua.

—Macon... —murmuro.

No le está ayudando. Le está castigando.

Pero Macon solo brama:

—¡Aracely! Saca a los niños de aquí.

—Por favor, tío —escupe el tipo.

—¡Macon, le estás haciendo daño! —oigo gritar a su mujer.

Pero Macon no se detiene. Ni siquiera creo que se haya dado cuenta de que estoy aquí. Saca al hombre de la ducha de un tirón y lo arrastra fuera del baño.

Me aparto justo a tiempo, antes de que lo arrastre hasta el pasillo, de vuelta al salón. El hombre aterriza en el suelo y su mujer se lanza a su lado para intentar sostenerle.

Aracely mete los pañales en una bolsa, preparándose para sacar a los niños de casa.

Agarro a Macon del brazo.

—¡Para! —le susurro.

Gira la cabeza, mirándome directamente, pero sus ojos brillan de ira.

—No puedes decirle a un adicto que lo deje sin más —le digo en voz baja. Si no está consumiendo, podría ser un peligro igualmente para sí mismo o para sus hijos. Esa mierda es un síntoma.

—Es una enfermedad —suelta, levantando al hombre del suelo.

Me estremezco ante el sollozo gutural de su mujer.

—¡No siempre! —espeto con la voz aún más alta—. A veces la gente afronta sus putos problemas reales de esta forma. Este tema requiere de algo más que obligarle a que cambie a la fuerza. No puedes hacerlo así.

—¿Entonces qué crees que necesita? —me responde—. ¿Medicina?, ¿terapia?, ¿rehabilitación?

Ni siquiera tengo que pensarlo para saber que ninguna de esas soluciones son opciones para la gente de la bahía. Este tipo de hombres no suele hablar de sus problemas, y la rehabilitación aleja a la gente de sus trabajos cuando no pueden permitirse perder un sueldo.

Mi mirada se dirige a Aracely y la veo negando con la cabeza.

—Para —articula las palabras con la boca, sin llegar a decirlas.

—Quiero morir —dice el hombre, temblando.

—¿Ah, sí? —responde Macon, pero suena más a desafío que a otra cosa. Sus ojos brillan y dejo de respirar por un segundo.

De un golpe, se echa al hombre al hombro y lo saca por la puerta principal, mientras su mujer grita detrás de él.

—¡Maldita sea, Krisjen! —gruñe Aracely—. ¡Detenlo!

Me quedo con la boca abierta, paralizada, mientras Macon baja los escalones y sigue caminando. ¿Por qué tiene que ser así? ¿Qué va a hacer?

La mujer corre tras Macon y su marido. Summer sostiene al bebé en brazos mientras que Aracely se lleva al niño pequeño.

Salgo disparada, corriendo tras Macon.

Cruza el puente y yo corro a su lado, llenándome los zapatos de agua y barro.

—¿Qué estás haciendo? —grito mientras arrastra al hombre de vuelta al centro de la bahía—. ¿Adónde vas?

—Ha dicho que se quiere morir —dice Macon con demasiada calma—. Mejor para su familia.

—¡No! —suplica su mujer—. Te preocupas por él. Sé que te importa. Te necesita. Por favor. Siempre has estado ahí para él. No hagas esto.

Sigo a Macon hacia la carretera principal, totalmente aterrorizada. La casa de los Jaeger se alza al otro lado de la calle, y veo que Paisleigh sigue haciendo sus deberes en el garaje. Parece que no nos ve.

Macon se lleva al hombre a un pequeño desguace que hay detrás del restaurante de Mariette, y se me hace un nudo en la garganta al ver cómo lo mete en un coche, cierra la puerta y le quita un mando a Santos, que está cerca.

Sacudo la cabeza, con el corazón a mil por hora. El espacio en el que estamos se llena de gritos cuando Macon pulsa el botón y el compresor se pone en marcha, cayendo sobre el coche para aplastarlo lentamente.

Se acercan más hombres para observar lo que está ocurriendo, pero ni uno solo corre a ayudarle.

—¡Macon! —grita el hombre desde el interior del coche.

Su mujer sigue sollozando desesperada, ahora en voz baja.

Llego al lado de Macon.

—Para —le ordeno.

—No hace más que malgastar mi tiempo y los recursos de la bahía.

—No puedes matarle.

No contesta, se limita a mirar cómo baja la trituradora. Las ventanas estallan y doy un salto.

A la mierda.

Me dispongo a ir a por él. Tengo que sacarlo del coche.

Pero Macon lo evita tirando de mí. Lucho por zafarme de su lado, pero me sujeta con fuerza, obligándome a mirar la escena.

No sé cuál iba a ser mi plan para ayudar al tipo, pero nadie más se mueve.

—Puede ser que tu bonito coño se nos quiera follar a todos —me dice Macon al oído—. Pero al día siguiente no vas a querer despertarte aquí. Esta es la bahía. —Me sacude—. Todo muy divertido, ¿verdad?

El enorme martillo de la máquina se acerca, aplastando el coche cada vez más. Solo se oye el chirrido del metal por encima de los gritos del hombre. Tiemblo, casi llorando, mientras el tipo desaparece en el suelo del coche, forzado a bajar.

—La gente siempre dice que quiere morir, Krisjen —dice Macon—. Pero la mayoría no lo hace.

Su brazo alrededor de mi cintura se tensa.

—Simplemente están cansados de luchar por vivir. Están hartos de problemas. Cansados de que nada cambie nunca... —Hace una pausa, su voz se suaviza mientras su pecho se levanta contra mi espalda—. Cansados del dinero. De la gente. De ellos mismos.

Demasiado cansados de soportar el suplicio de estar en sus propias cabezas.

Sacudo la cabeza mientras el coche queda destrozado.

—Ahora mismo está recordando el color del papel de regalo de su quinto cumpleaños —me dice Macon—. Lo bien que sabe una hamburguesa con queso. Cómo siempre quiso tener su propia tienda algún día, aprender a hacer surf y ver secuoyas. Está evocando aquella noche en la que se rio a carcajadas viendo una película con su madre; vuelve a vivir lo que sintió al despertarse con el olor de una buena comida en el fuego y lo que sintió al besar a una chica guapa por primera vez. —La voz le abandona, como si esos recuerdos también fueran suyos—. Y también aquella vez en la que el aire de la noche olía a flores, el techo del descapotable estaba descubierto y sonaba su canción. El viento tenía una temperatura perfecta...

Se me cae una lágrima. Es como si lo viera. Como si él mismo lo recordara.

—Ahora mismo está recordando todo lo que había olvidado. —Su voz es un susurro.

Me suelta y el compresor se detiene, el hombre sigue gritando dentro del coche.

Mientras exhalo aliviada, los hombres se acercan y arrancan la puerta, sacándolo por los pies.

Cae al suelo, empapado de sudor y rojo por el pánico, pero ileso por lo demás.

Sin embargo, nadie le ayuda a levantarse.

Macon se acerca, lo arranca del suelo y sé que está a punto de pegarle. O amenazarle.

Pero no ocurre nada de eso.

Le abraza.

Veo cómo le susurra algo al oído mientras el hombre llora y su esposa se vuelve a poner de pie. Luego vuelve a abrazar a Macon, sollozando.

—No vuelvas a hacer eso jamás —dice de pronto Aracely a mi lado.

Pero me da igual.

—Es un hipócrita —suelto—. Él es el primero que bebe.

—Sí. —Se gira para mirarme—. Porque se preocupa más por la vida de los demás de lo que nunca se ha preocupado por la suya propia.

19

Krisjen

Si lo que ha hecho Macon con este tipo funciona, todo el mundo va a pensar que esa forma de hacer las cosas está bien.

El conocimiento, la habilidad, el talento, el trabajo duro... ayudan, pero ¿hasta qué punto el resultado es fruto de la suerte? ¿Una posibilidad del cincuenta por ciento? Ese hombre podría haber acabado sobrio, haberse hecho más fuerte o haber alcanzado la paz interior.

Pero también podría haberse hecho daño. Macon está constantemente tentando a la suerte. ¿Alguno de los aquí presentes es mínimamente consciente de lo frágil que es ese juego?

No.

Porque confían en él.

Ponen toda su seguridad en un hombre porque él es la razón por la que comen cuando se han quedado sin trabajo o de que no les desahucien cuando los servicios sanitarios se han comido todo su sueldo.

Bajo el chorro de la ducha, con el pelo recogido sobre la cabeza, dejo que el agua caliente me caiga por la espalda y las piernas. Qué sabré yo de nada, ¿verdad? No crecí aquí, con los retos que eso conlleva. Por algo no me mira ni me habla.

La cortina de la ducha se abre, levanto la cabeza y veo que Trace entra en la ducha conmigo, desnudo.

Me quedo ojiplática.

—¡Fuera de aquí!

Vuelve a cerrar la cortina y me rodea con los brazos para sentir el agua.

—Trace. —Aprieto los dientes—. ¡Fuera!

—Tengo una cita —refunfuña.

—¡Ahora mismo!

Me empuja a un lado y se mete bajo el agua, mojándose el pelo.

—No tardo nada.

Enarco una ceja y me alejo de él todo lo que puedo. Mis ojos se posan en su polla flácida.

—Para variar...

—Auch.

Su despreocupación mientras cierra los ojos y se alisa el pelo bajo el agua me hace sentir... no sé.

Como si los Jaeger y yo fuéramos cuatro mejores amigos y nuestras madres nos estuvieran bañando juntos.

Empieza a lavarse el pelo con champú, así que acabo cogiendo mi esponja y la enjabono. Me lavo a toda prisa los brazos, la nuca, el vientre y los pechos. Sonríe y, al bajar de nuevo la mirada, veo que se está poniendo duro.

Me doy la vuelta.

—Puedes mirar —se burla—. Ya sé que la tengo más grande que Army. Y que Iron.

«Lo que tú digas».

—¿A que sí? —insiste.

«Pfff».

Pongo el pie en el borde de la bañera y me enjabono la pierna antes de hacer lo mismo con la otra. Cambiamos de sitio y me

enjuago, cogiendo la alcachofa de la ducha para lavarme la espalda. Él me rodea para enjuagarse las manos.

Y se queda ahí, pegado a mi espalda.

—Te quiero. Lo sabes, ¿no? —me dice. Me quedo inmóvil—. Te portabas muy bien conmigo. —Coge la alcachofa de la ducha y me enjuaga la espalda de arriba abajo. Luego, la parte posterior de los brazos—. Me encantaba cómo se te iluminaba la cara y la forma en la que sonreías todo el rato. Cuando de verdad necesitaba una sonrisa. Me comporté como si diera igual, pero lo cierto es que eres irremplazable.

Noto un calor en el pecho, se me enternece el corazón y la barbilla me tiembla un poco.

—Me alegro de que al final sea él. —Suspira, plantando un beso en mi sien—. Army es bueno. No es tan estúpido como para dejarte marchar.

Dejo la esponja y él vuelve a colocar la alcachofa de la ducha en su sitio.

Sonrío para mis adentros.

—Bueno, él fue el que supo que yo iba a ser buena camarera. Seguro que te alegras de que tuviera la brillante idea de ofrecerme el trabajo. Ahora me verás todos los días.

Se ríe y vuelve a abrir la cortina de la ducha.

Cierro el grifo.

—En realidad, la idea fue de Macon —dice.

Hago una pausa y él sale, coge una toalla y se la pone alrededor de la cintura.

—¿Qué? —susurro.

Asiente con la cabeza.

—Sí, fue él quien envió a Army a buscarte aquella noche. Le dijo que te trajera de vuelta.

Me lanza una toalla y yo la cojo, pero me quedo mirando al suelo.

¿Por qué no me lo dijo?

—Y yo feliz de que siempre haga lo que nuestro hermano mayor le ordena.

Le oigo que se ríe ligeramente y luego se va.

Perdida en mis pensamientos, salgo del baño envuelta en la toalla, me pongo el pijama, me quito las horquillas del pelo y dejo que los mechones caigan por mi espalda.

Me quedo de pie junto a la ventana, observando a Macon en la oscuridad mientras se mueve entre los restos de la vieja ala.

Hay mil razones por las que podría haberme querido aquí. Ninguna de ellas tiene por qué ser que yo le guste. Lo único que sé es que es un misterio para todos, especialmente para la gente que le conoce.

Le sigo desde la ventana de Liv hasta la de la habitación de Army mientras deambula; la luz de la luna hace que la maleza y las palmeras se vean azules a su alrededor.

No le he visto desde lo del desguace.

Está de pie bajo una viga. A sus pies, los restos de arcilla rota que dejan entrever restos de madera y cemento. Está quieto, callado, mirando a la nada, como siempre.

Pero entonces me doy cuenta de que ladea la cabeza.

Como si viera algo en la oscuridad.

Sigo su mirada, pero no veo nada desde aquí. Da un paso, otro, lento y suave, pero luego..., de un golpe seco, Army se abalanza con un palo o una rama y lo arrastra por el suelo. Una serpiente salta a medio metro de donde está Macon, y yo me aguanto un grito. Oigo a Army dando voces, incluso a través del cristal.

—¡Hostia puta, tío! —le grita a su hermano—. Pero ¿qué coño te pasa? —Macon se queda parado—. ¿Macon? —Army le sacude el

hombro—. ¿Estás bien? ¿Qué estás haciendo?

La expresión preocupada de Army busca cualquier signo de expresión en la cara de su hermano. No creo que el pulso de Macon haya cambiado, mientras que su hermano respira con dificultad.

Trago saliva con fuerza. No me puedo mover.

«Se preocupa más por sus vidas que por la suya propia».

Los chicos creen que me he ido a trabajar. Espero en la habitación de Liv hasta que veo que todas las camionetas se van abriendo paso por la carretera, en dirección a Santa Carmen. Luego espero en la puerta con la mano en el pomo.

Intento escucharle.

Se oye un portazo abajo, y siento la puerta del garaje vibrar por toda la casa. Se cierra otra puerta. Tal vez la de la cocina. Probablemente necesitaba un trago.

Luego, el ruido cesa. Espero un minuto más, segura de que Macon está en el garaje, empezando su jornada de trabajo.

Salgo de la habitación de Liv y me dirijo a su dormitorio. No sé por qué, pero voy de puntillas. Me detengo y saco unas toallas limpias y dobladas del armario del pasillo. Si me pilla, le diré que estaba reponiendo las toallas del cuarto de baño.

Entro a su habitación y cierro la puerta rápidamente. Miro a mi alrededor, sintiéndome inmediatamente estúpida.

¿De verdad tengo miedo de que se haga algo? Podría estar completamente equivocada. Sus hermanos no parecen tan preocupados como para intervenir, y le conocen desde hace mucho más tiempo.

Pero su madre sufría de depresión, y puede ser una enfermedad hereditaria.

Pero ¿qué pasa si tengo razón? No aceptará ayuda.

Miro a mi alrededor, consciente de que las señales no serán obvias. No habrá una pila de borradores arrugados de una nota de suicidio. Pero busco pruebas de que está bebiendo a escondidas. «Botellas de licor vacías. Pastillas. Drogas».

Se me hace un nudo en la garganta. «U objetos para hacerse daño». Aunque nunca he visto armas mortales en la casa.

Primero miro en su cuarto de baño y veo ropa en el suelo y un montón de toallas. Inspecciono el lavabo y la ducha en busca de algo que pueda hacer saltar las alarmas.

En el dormitorio, encuentro cajas sin marcar en el estante superior del armario. Levanto la mano para mirar dentro de una y la encuentro llena de fotos. Sonrío un poco, reconociendo inmediatamente a los Jaeger mucho antes de que yo los conociera. En ellas aparece un Army muy joven, con el brazo alrededor de Macon, que lleva el pelo muy corto y va vestido con pantalones de camuflaje y una camiseta.

Hay más fotos de la familia, pero me obligo a volver a poner la tapa y apilarla en la estantería. Solo estoy invadiendo su intimidad por seguridad.

Abro los cajones de su cómoda, y voy rebuscando lo justo como para detectar si hay algo escondido que sea sospechoso. Luego miro debajo de la cama y de las almohadas. Abro el cajón de la mesilla de noche y veo algo de dinero, un reloj y una...

El corazón me late con fuerza al identificar lo que es sin ni siquiera haber abierto del todo el cajón. Introduzco la mano y cojo la pistola por la empuñadura, levantándola.

Me tiembla la mano, la miro y enrosco el dedo alrededor del gatillo, pero sin apretar. Ni siquiera sé cómo comprobar si hay balas, ni mucho menos cómo sacarlas. Trago saliva.

Esto es la bahía. Supongo que me tendría que haber imaginado que tendría armas. No está de más, y no hay motivo para preocuparse. Sobre todo teniendo en cuenta a cuánta gente llega a cabrear Macon. Probablemente me parecería raro que no tuviera una. O incluso imprudente.

Y, además, estuvo en la Marina. Le enseñaron a usarla. No creo que se les permita quedarse con sus armas de servicio, pero es muy posible que haya conservado la suya durante años.

Pero el desorden en la habitación...

Me fijo en la ropa y en los mil cacharros apilados en su cómoda. Macon no es así.

Mantengo la pistola en la mano, cierro el cajón y me giro para salir, pero veo la viga en la esquina de la habitación, colocada entre las dos paredes. Hay una pequeña ranura muy delgada que mella la madera. El desgaste revela el tono natural que hay debajo. Ahí estaba la cuerda. De su madre.

Tuerzo la mandíbula. Dios mío, pero ¿por qué duerme aquí? Salgo corriendo de la habitación, verificando que en el pasillo no haya nadie mientras corro hasta la habitación de Liv y guardo el arma en el fondo de su armario.

Pero me detengo, con la mano alrededor de la empuñadura. ¿Y si el arma es realmente para usarla en defensa propia? ¿Debería esconderla? ¿Y si la necesita?

La escondo de todos modos, por ahora. Solo un día o dos hasta que sepa que está bien.

Vuelvo a poner las toallas donde las tenía y bajo las escaleras. No me molesto en vestirme, sigo en pantalón corto de pijama y camiseta cuando entro en la cocina.

Inspiro y espiro, me obligo a bajar las pulsaciones y levanto la ventana a mi izquierda. Aspiro el aire fresco. Las cortinas ondean

con el viento y expulso de mi mente las imágenes y todas las preguntas que no puedo responder y que él tampoco respondería ni aunque se las hiciera. Duerme en la habitación donde ocurrió todo. Ve esa viga todos los días.

Abro todas las ventanas del piso de abajo, dejando entrar la brisa cálida y el olor de los árboles mientras pongo música. *Take the World* suena bajito. Me muevo por la casa y decido ayudar un poco con las tareas, no porque me apetezca, sino porque me da una excusa para estar en casa.

Como por ejemplo tirar las cebollas verdes y viscosas del frigorífico.

Pero entonces encuentro también leche caducada, salchichas verdes —no precisamente porque contengan espinacas— y tres botellas abiertas de kétchup que deberían unirse en una. Antes de darme cuenta, estoy desmontando todo el frigorífico y limpiándolo. Luego paso al congelador y también tiro la comida caducada de la despensa.

Pongo un cubo de basura adicional para poder reciclar, ya que he decidido que, a partir de ahora, van a reciclar; ya les daré la noticia esta noche. Después, paso una aspiradora de mano por todos los cajones y armarios de la cocina para limpiar los granos de arroz.

Encuentro algunas velas y las enciendo, solo porque me parece que quedan bonitas. Aunque sea pronto, me pongo a hacer la cena. Mientras el agua hierve a fuego lento, termino de fregar los platos.

No estoy segura de cuánto tiempo pasa, pero finalmente acabo de poner en marcha el lavavajillas y de lavar a mano la sartén del desayuno. De pronto, se abre la puerta del garaje. Macon entra y se detiene al verme.

Me mira fijamente. Mis ojos se posan por un momento en su pecho sudoroso, en su piel aceitunada, en la forma en la que los

vaqueros le cuelgan de las caderas sin cinturón. Está adelgazando. Vuelvo a mirar la sartén del fregadero.

—¿Qué estás haciendo? —me pregunta—. ¿Por qué no estás en el trabajo?

Su tono es cortante, pero no como cuando habla con sus hermanos. Más bien parece sorprendido, en el mal sentido.

—Yo... —Se me nubla la vista y mi corazón se acelera de nuevo—. Solo quería un día tranquilo. —Le miro a los ojos—. La hermana de Aracely me está sustituyendo.

Arruga las cejas y mira los platos.

—Estás limpiando.

Ahora su tono ha cambiado y suena confundido.

—Bueno, es que, cuando me lo propongo, puedo hacerlo —bromeo.

Me mira, y juraría que casi sonríe. En las dos horas siguientes va entrando y saliendo varias veces para beber algo, lavarse las manos, sacar el móvil del cargador.

Yo limpio el salón y luego me pongo con el suelo, levanto la esquina del sofá para poder quitar la alfombra. La enrollo y la saco fuera.

Puedo arrastrarla sin problema, pero nunca conseguiría cargarla sobre los hombros. La deslizo por el suelo y me detengo al darme cuenta de que alguien tira de ella. Al mirar hacia atrás, veo que Macon levanta un extremo y se lo pone sobre el hombro derecho. Yo hago lo mismo con el otro extremo.

—Gracias.

La sacamos fuera, la colgamos en la valla para que se airee, y yo vuelvo a entrar para barrer y fregar.

Macon sube las escaleras y yo empiezo a sudar en cuanto entra en su habitación. Va a notar que le falta la pistola.

Creo que todos los músculos de mi cuerpo se tensan durante diez minutos enteros mientras espero las consecuencias de su enfado.

Pero cuando vuelve a bajar, tiene el pelo mojado de la ducha y lleva puestos unos vaqueros limpios. Ni siquiera me mira a los ojos.

Exhalo.

Vacío el recogedor en la basura, y él se dirige a los fogones, levantando la tapa de la olla.

Le echa un ojo durante un momento y finalmente pregunta:

—¿Qué estás cocinando?

Si no lo reconoce, no es buena señal.

—He visto esta cajita con recetas. —Dejo el recogedor en el suelo, cojo la nota y se la enseño—. *Ropa vieja*. —Lo intento de nuevo, esforzándome por pronunciarlo en español lo mejor posible—. *¿Ropa... vieja?*

Observa la tarjeta y casi siento como si un recuerdo se escondiera detrás de su mirada. Luego levanta la cuchara.

—¿Carne de cerdo? —pregunta, estudiando los ingredientes.

Asiento con la cabeza.

—Mi madre lo hacía con ternera.

—Ah. —Vuelvo a leer la tarjeta mientras él prueba el guiso—. Aquí decía que valía cualquier carne.

—Así es.

Veo cómo vuelve a colocar la cuchara y la tapa, y le digo:

—Probablemente necesite más sal. Me he dado cuenta de que tengo las papilas gustativas más sensibles que cualquier persona de este lado de las vías.

—No está mal —murmura, volviéndose hacia la nevera—. Si quieren más sal, que se la echen ellos.

Coge un refresco, lo deja en la encimera y se vuelve hacia mí. Doy un respingo cuando me coge la cara con las manos y lo miro con los

ojos muy abiertos mientras se acerca. Pero entonces me gira la cara y me doy cuenta de que me está mirando los moratones.

—Si esto vuelve a ocurrir, voy a hacer una suposición sobre quién fue el responsable y me encargaré de ello, ¿lo entiendes?

Si no se lo digo, lo adivinará. No quiero que arriesguen nada por mi bien.

Me alejo y cojo un plato, sirvo arroz y estofado y se lo doy a Macon.

Pero él niega con la cabeza.

—No tengo hambre.

Coge su refresco y se dirige a la puerta del garaje. Yo me siento con el plato y cojo un tenedor de la cesta para comer sola.

Sin embargo, al poco tiempo, vuelve a dar un portazo y se dirige a los fogones, para prepararse un plato.

Sonrío para mis adentros. Se sienta en un extremo de la mesa, y yo miro de abajo arriba observándole mientras come.

Su presencia es tan fuerte que ocupa toda la habitación. Toda la casa. Le he visto enfadado. Le he visto callado. Nunca le he visto feliz. O enamorado. O asustado.

¿Dónde esconde todos esos sentimientos?

Es como si cada uno de sus poros emanara apatía. Falta de pasión. Indiferencia. Control. No refleja nada más. Normal que se sienta enfermo.

—¿Qué?

Me muevo en el asiento y me doy cuenta de que sigo mirándole. No me mira mientras mastica, pero sabe que le estoy mirando.

Unto el dedo en el plato y lo lamo, saboreando la salsa.

—Recuerdo oír hablar de ti cuando era pequeña —empiezo a decirle—. Un hombre de aquí pegó a su mujer y tú le metiste la mano en la rueda giratoria de una moto. ¿Pasó de verdad?

No contesta. Ni me mira.

Por una vez, hay paz en la casa. Todo está en silencio.

Respiro despacio.

—¿Army y tú tuvisteis que vender drogas para poder pagar las facturas después de la muerte de tus padres? —repito otra historia que escuché.

Aun así, nada.

—¿Te encargas de darles de comer a los caimanes?

Su boca se tuerce. Me fijo en la leve sonrisa que asoma mientras mira su plato y da otro bocado.

Siento una punzada de orgullo.

—Se dice que permites que se hagan duelos... en el campo que está justo antes de la bahía, el que tiene la hierba alta y vistas a la Isla del Mia —continúo, insistiendo con un nuevo rumor.

Sacude la cabeza, divertido.

Meto y saco el tenedor de mi plato.

—Hay un tesoro escondido en alguna de las tumbas del cementerio de Santa María.

Sigue sin hacer comentarios.

—A veces te cortas adrede y haces que la gente se beba tu sangre para demostrar su lealtad —le digo.

Le tiembla el pecho. Creo que de risa, pero no se le escapa ni un sonido. Da otro mordisco.

—¿Tienes un harén de esposas? —le pregunto.

Arquea una ceja y noto que, aunque no lo haga, está deseando poner los ojos en blanco.

—Y todas las chicas —le digo— tienen que someterse a ti como primera opción al cumplir los dieciocho.

—Hostia puta... —susurra para sí mismo.

—Y también dicen que eres dueño, en secreto, de algunas partes de Santa Carmen. Finalmente, me mira.

—¿Te refieres a viviendas?

—Más bien personas. Dicen que algunos de los niños son tuyos. Y que tienes un plan para procrear y expandir tu legado.

No puede contenerse. Se ríe, inclinando la cabeza, todavía sosteniendo el tenedor. Luego me mira, incrédulo.

—Pero ¿qué coño? —Toma otro bocado—. Ni que fuera el diablo.

Me alegro de que sonría. Estoy segura de que ya era consciente de algunos de los rumores que circulan sobre él, aunque probablemente nunca le hayan ofendido. Macon sabe que la gente es estúpida. Es muy consciente de que, cuando no te muestras demasiado accesible, se inventarán historias sobre ti.

Esa actitud le ha jugado a su favor. Tener un aire misterioso alimenta el miedo, y el miedo es poder.

Lleno mi tenedor.

—Oyera lo que oyese, jamás pensé que eras un monstruo —le digo—. Por ejemplo, está genial que el padre de Clay esté dispuesto a pagar lo que haga falta para protegerla, pero a mí siempre me fascinó más saber que tú estabas dispuesto a hacer cualquier cosa por alimentar a Liv. Sin siquiera conocerte, sabía que darías hasta la vida por ella.

Me mira, y una corriente eléctrica me sacude del corazón al estómago.

—Y, bueno, de todas formas, yo solo llegué a creerme los primeros tres rumores que te he contado —confieso, sonriendo.

Coge el salero y lo agita sobre su plato.

—En cualquier caso, no te metas en el cementerio, ¿vale? —me suelta.

Me río, al ver su media sonrisa y sus ojos claros. Más claros de lo que nunca los había visto.

Y entonces sé que no abandonaré a esta familia hasta que sepa que alguien le quiere. Hasta que él acabe en los brazos de ella.

20

Krisjen

Me lavo los dientes, mientras limpio el cristal empañado. El agua de la ducha sigue corriendo y a mí se me está haciendo tarde. Escupo rápidamente la pasta de dientes en el lavabo y me cepillo un rato más. Mi piel tiene un color morado, justo encima de la clavícula. Llevo una camiseta de tirantes que se ha cedido de tanto que Army mete las manos por debajo de ella. Sonrío para mis adentros mientras vuelvo a escupir. Es agradable estar con alguien amable. Cariñoso en público. Tierno.

Trace entra por la puerta como un zombi. Tiene los ojos a medio abrir y su pelo oscuro completamente revuelto. Levanta la tapa del váter, sus abdominales se flexionan mientras tantea la cremallera y empieza a hacer pis delante de mí.

Dejo de cepillarme mientras él sigue a lo suyo.

—¿De verdad?

Abre un ojo y me mira.

—Nada que no hayas visto antes —murmura.

Agg. Escupo.

—Apuesto a que le dices eso a todas las chicas.

Dallas se ríe, entra en el baño y coge su cepillo de dientes. Se pone una línea de pasta y empieza a lavarse los dientes a mi lado. Y así, vamos alternando entre usar el grifo y enjuagarnos.

Dejo el cepillo en el vaso.

—Tengo que llevar a los niños al colegio.

—Yo me encargo —dice Trace, abrochándose los vaqueros y tirando de la cadena. Me aprieta la nuca en una especie de abrazo cariñoso, sin molestarse ni siquiera en lavarse las malditas manos.

—¿Estás seguro? —le pregunto.

—Sí, tú no te preocupes.

Supongo que tiene que ir a Santa Carmen de todos modos.

—Gracias —le digo, mientras desaparece por la puerta estirando los brazos por encima de la cabeza y bostezando.

—Volveré para la cena —dice Dallas, metiendo el cepillo de dientes en el vaso—. ¿Puedes prepararme el bocadillo ese que me gusta?

—Se lo diré a Mariette. —Desenrosco el tapón del enjuague bucal —. Yo no estaré.

—¿Adónde vas?

Pero me meto el líquido del enjuague en la boca antes de que me dé tiempo a responder. La ducha se cierra mientras hago gárgaras y la cortina se abre. Macon se envuelve la cintura con la toalla.

Le miro un momento, el tiempo suficiente para que el enjuague me gotee un poco de la boca. Me fijo en sus brazos y hombros, bien definidos por suaves líneas que resaltan sus músculos. Tiene el torso esbelto, la cintura estrecha y la piel tostada, un par de tonos más que la mía. Su pelo negro y húmedo le cae en punta entre los ojos, por la nariz. Las cejas se le arquean de una forma particular cuando se enfada, haciéndole aún más guapo. Tanto que casi tengo ganas de cabrearle.

No sé por qué no usa su propia ducha, pero no me quejo.

—Fuera —dice, saliendo de la bañera.

Dallas se limpia la boca y suelta la toalla antes de salir. Justo cuando me doy la vuelta para escupir el enjuague bucal y seguirle,

Macon me coge del brazo y me tira hacia atrás antes de que consiga hacerlo.

—Tú no.

Me coge la cara entre las manos y me examina los cortes y los moratones, pillándome por sorpresa. Aún tengo las mejillas hinchadas por el enjuague bucal, que ya empieza a quemarme la lengua.

Me gira el rostro de lado a lado.

—Se está curando.

Asiento con la cabeza.

Pero luego dice:

—Anoche no te pusiste la pomada.

Como bien me ordenó...

¿Cómo demonios lo sabrá?

Me doy la vuelta de nuevo y me inclino para escupir el enjuague bucal. Luego me limpio la boca.

—¿Quieres que te haga un batido? —le pregunto.

Sigue de pie, justo detrás de mí. Veo su silueta a través del vapor del espejo.

—No —me dice.

No me muevo, le miro mientras está ahí de pie. Me saca casi una cabeza. Como no me dice que me mueva, ni que me vaya, me quedo quieta mientras ladea la cabeza. Noto el calor de su cuerpo tan cerca que me calienta.

Es como si su presencia vibrara bajo mi piel. Como si quisiera sentir lo que él emana, lo que esconde en un cuarto oscuro. Algo que no es amable, ni delicado.

—¿Dónde está Army? —susurra Macon.

Su aliento me produce un hormigueo en el cuello. Sabe que Army sigue dormido.

—Dile que mueva el culo y se levante —me dice. Y se va.

«Estos malditos hombres me van a volver loca...».

Nunca me di cuenta de lo que picaba esta falda hasta que dejé el instituto. Me paso las manos por los pliegues y me meto el polo negro de mi antiguo uniforme escolar mientras subo por la entrada de Fox Hill.

Kent Sharpe, el guardia de seguridad, sale de su caseta.

—Hola —le digo.

—Hola, cielo. —Se saca el palillo de la boca—. Tus compañeros ya se han marchado a casa.

No sabe que ya me gradué y que ya no vengo a este instituto.

—Lo sé. —Paso junto a él, girándome para mantener el contacto visual mientras camino hacia atrás—. Es que me he dejado el móvil en el patio.

—Uf.

—Ya ves —le digo—. ¿Te importa si...?

—Claro que no. —Me hace un gesto despreocupado con la mano —. Habla con el encargado para que te lleve y ya está.

—Gracias.

Doy media vuelta y sigo andando, supercontenta de que no me haya preguntado por qué no he venido en coche. Lo he dejado aparcado más lejos, al lado de la carretera. No quiero que lo vean por aquí.

Los grillos cantan más allá de una mata verde, entre los árboles. También se oye el croar de las ranas de un estanque cercano. Me encanta mi ciudad por la noche. Hay tantos seres vivos nocturnos que no paran de emitir sonidos. Para esas criaturas es como un aviso de que empieza la fiesta cuando se pone el sol.

Miro a mi derecha, veo el Bentley Continental de mi padre, con el parabrisas reparado, y vuelvo a mirar hacia delante. Sonrío a Rafe cuando me abre la puerta del club. Sus ojos se fijan en mi uniforme, pero no hace ninguna pregunta.

Al entrar, mantengo la mirada al frente y me dirijo directamente a las escaleras. Intento aparentar que sé adónde voy y lo que hago, pero no me muevo con demasiada rapidez, para que parezca que intento ocultarlo.

Doy la vuelta al poste y me dirijo detrás de las escaleras, en lugar de ir hacia arriba.

—¿Aún seguís por aquí? —grita alguien.

Miro por encima del hombro y veo a Louis Fine, el encargado del restaurante, cruzando el vestíbulo hacia el bar.

Me doy la vuelta mientras sigo mi camino.

—¡Sí, somos unos cuantos!

—Sois buenos chicos —responde—. Y además trabajáis duro.

Sigo adelante, doblo una esquina y llego a otro largo pasillo. La Academia Marymount, mi *alma mater*, organiza unas jornadas de tres días de trabajo al año como parte de nuestro programa de créditos cívicos que necesitamos para graduarnos. Durante las jornadas, los estudiantes recogen basura de las calles, cortan el césped de un anciano, o se dedican a pasear perros de gente enferma. Y así nuestros padres y profesores pueden hacer fotos y decir: «Mirad qué grandes seres humanos estamos educando para que salgan al mundo».

Pero, básicamente, solo se trata de un día no lectivo en el que no pones mucho interés en la tarea que desempeñas y te dedicas a pasar el rato con tus amigos; luego te vas pronto, cuando nadie te ve, para irte de fiesta a la piscina de algún colega.

Todo el mundo excepto yo. Yo no es que fuera un ejemplo de nada en el instituto, pero me gustaban las jornadas de servicio. Nadie quería ir a las residencias, porque los ancianos siempre querían hablar contigo, pero a mí me encanta hablar.

Sin embargo, muchos estudiantes optan por pasar el día en Fox Hill. Siempre hay algún famosillo y te puedes escaquear del trabajo escondiéndote por aquí. Además, la comida es excelente. Si tienes suerte, hasta te puede tocar una chica del carrito de golf que esté dispuesta a servirte si le das una buena propina. Parece que todos los estudiantes de Marymount que han venido aquí ya se han marchado, porque ha acabado su día de servicio por hoy, así que no creo que me encuentre con nadie conocido. Al mismo tiempo, estas jornadas son la excusa perfecta para que a ninguno de los trabajadores les resulte extraño en absoluto lo de ver a una menor en uniforme.

Abro una puerta, la atravieso y la cierro a mis espaldas. Paso por delante de tres pistas de pádel; a mi derecha, las pelotas suenan como truenos al golpear contra el cristal.

Sin inmutarme, atravieso otra puerta, recorro un pasillo y, sin hacer ruido, giro el pomo de la última puerta a mi izquierda.

Me asomo dentro.

Las filas de taquillas pequeñas y grandes llenan la sala. Y hay toallas por el suelo, porque los hombres ricos no recogen lo que ensucian. El vestuario femenino está mucho más limpio.

Al fondo, hay una ducha encendida, pero a estas horas no veo a nadie pululando en este sitio. Entro rápidamente y cierro la puerta tras de mí.

Paso entre dos bancos y sigo avanzando a través de una fila, de espaldas a las taquillas, hasta llegar al final del pasillo. Mientras espero, me asomo lentamente por una esquina, pero no veo a

nadie, así que me apresuro a pasar a la siguiente fila. Me detengo en la taquilla 17-B y tecleo el código. La clave es uno, dos, siete, ocho. Es el mismo código que mi padre usa para las tarjetas de débito, para el arranque automático del coche, etcétera. Abro la taquilla y sonrío al ver lo que andaba buscando: su móvil. Lo cojo, cierro la puerta, cruzo el pasillo y me escondo en un baño.

Rápidamente, saco mi móvil, le quito el volumen y me lo vuelvo a meter en la falda antes de desbloquear el móvil de mi padre. Primero voy a los mensajes. Veo una conversación con Blake Tyson, su novia, y me deslizo hasta llegar a los mensajes del año pasado.

Los que se escribían cuando aún vivía en casa.

Florida es un estado sin culpa, y estoy segura de que mi madre le ha sido infiel muchas veces, así que no sé si voy a poder usar esto, pero por si acaso. La infidelidad podría ser motivo suficiente para que perdiera la custodia de los niños y estuviera obligado a pagar la pensión alimenticia.

Empiezo a hacer capturas de pantalla para enviarlas al mío, sintiendo el zumbido de cada notificación en mi bolsillo. Veo correos electrónicos de su abogado, pero los paso por alto. También hay extractos bancarios que no miro. No tengo tiempo. Me reenvío los documentos a mí misma, con cuidado de borrar cualquier registro de los mensajes y los correos electrónicos, así como las capturas de pantalla.

Me asomo al vestuario, vuelvo a meter su teléfono con el resto de sus cosas y cierro la taquilla.

Resoplo y el sudor me cubre la espalda. No sé por qué estoy nerviosa. ¿Qué va a hacer si me encuentra? Pero no quiero que descubra lo que estoy tramando para darle la oportunidad de cubrir sus huellas.

Me dispongo a salir, pero luego me detengo y miro en dirección a las duchas, donde sin duda se estará quitando el sudor de su habitual partido de pádel de los miércoles, antes de volver a casa con ella.

Durante un tiempo, después de que se separara de mi madre, pensaba que no nos venía a ver porque estaba de viaje en Atlanta. Instalándose en su nueva oficina. En su nueva casa.

Pero luego descubrí que nunca había dejado la ciudad.

Es imposible que no supiera que le iba a ver tarde o temprano. Y, aun así, ni siquiera se molestó en prepararme para el encuentro. Como si mi reacción le diera exactamente igual.

Como si ya no le importara.

Así de rápido pueden cambiar las cosas.

Es increíble cómo la gente te sonríe y te besa en la frente aunque nunca quisiera hacerlo. Ya no puedo decir que nada me sorprenda demasiado.

Al menos ahora me conozco un poco mejor gracias a lo que han hecho mis padres. Y algún día defenderé a mi familia con uñas y dientes.

Me cuelo por la puerta que da a las pistas y luego me dirijo de nuevo a la entrada del club.

El padre de Clay se quita el abrigo largo y deja que el encargado se lo lleve mientras los amigos con los que se ha juntado a cenar se ríen y entran en el comedor delante de él. Mi padre engañó a mi madre y no lo soporto. El padre de Clay engañó a su madre y, aun así, no creo que sea un mal tipo. La tragedia que sufrieron —la pérdida del hermano pequeño de Clay— es algo que espero no vivir nunca, y jamás me atrevería a juzgar.

Cojo una seta rellena de la bandeja que va tras ellos y miro fijamente al padre de mi mejor amiga, sonriendo.

—Gracias por defender mi honor, señor Collins.

Y me meto la seta en la boca, sin pararme a charlar mientras él se gira hacia mí.

En cambio, mi propio padre es probablemente consciente de que Jerome Watson está circulando una foto mía por ahí. Y, aun así, no creo que le haya pegado como hizo el señor Collins.

Me apresuro a salir por el camino de la entrada, pero alguien me agarra de la mano.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta Army.

Me doy la vuelta, pero me pone el dedo en los labios antes de que pueda hablar.

Tira de mí, llevándome a través del *green* y alrededor del edificio del club, hasta llegar a una puerta no señalizada bajo el porche del patio.

Conozco la puerta.

Es la Sala Wolfe.

Me empuja dentro y bajamos por una escalera casi a oscuras.

Entro en una sala y veo a Dallas y a Trace de pie, junto a una mesa llena de botellas de cerveza.

Army me suelta del brazo.

—¿Por qué estás aquí? —vuelve a preguntar.

¿Y por qué no debería estarlo?

En vez de responderle, le devuelvo la pregunta:

—¿Y por qué estáis aquí vosotros?

—Trabajamos aquí, ¿recuerdas?

Trace y Dallas permanecen callados.

Ellos no deberían estar aquí. No en esta sala. Ni siquiera he estado aquí antes. Echo un vistazo a mi alrededor y me fijo en algunos sillones de cuero y los bonitos cuadros de paisajes que cubren las paredes.

De todas formas, esta sala es oscura y tristona. Tampoco es que haya mucho que hacer, por lo que veo. No hay televisión, ni bar, ni siquiera estanterías. Como si te tuvieras que traer tu propio entretenimiento. En cambio, hay un mueble que llega hasta el techo, con algunos compartimentos. Dejo caer la mirada, balanceando mi paso entre una Converse y otra.

—Es que tenía algo que hacer —admito finalmente.

He venido aquí cientos de veces. ¿Acaso se han olvidado de que soy de Santa Carmen?

Army se acerca a mí.

—¿Por qué estás guardando secretos?

—Es divertido. —Sonrío—. Me siento muy Harley Quinn. Acabo de finalizar una misión encubierta. Y la he hecho yo sola.

—Harley Quinn no oculta nada.

Cierto.

—Bueno, dejémoslo en que acabo de hacer algo que no está bien.

—¿Y no te han pillado? —insiste—. Entonces eres más bien Catwoman.

—Oye, no. —Cruzo los brazos sobre el pecho—. Que el negro no me queda bien.

El negro me apaga muchísimo.

—¿Y este asunto nos acabará salpicando? —Army está más que listo para regañarme.

Sacudo la cabeza.

—Si le salpica a alguien, será a mí.

Se me acerca, y me mira a los ojos como si le pareciera adorable.

—Mi padre está aquí —le digo—. Le he abierto la taquilla para pillarle el móvil y enviarme capturas de pantalla del correo

electrónico, de los cargos de su tarjeta de crédito, de los mensajes...

—¿Has borrado todas las capturas de pantalla que has hecho?

—Sí.

—¿También las de la papelera? —interviene Dallas.

—No soy idiota.

—¿Y has borrado los mensajes que te has enviado? —pregunta Trace.

Abro mucho los ojos, sorprendida, y me tapo la boca con la mano. Pero cuando Trace ladea la cabeza y va a abrir la boca, dispuesto a echarme la bronca, suelto la mano y frunzo el ceño.

—Pues claro que sí, imbécil.

Pertenezco a la generación digital.

Army parpadea. Aleteando sus largas pestañas sobre esos preciosos ojos.

—Lo has hecho por tu madre —me dice.

Me encojo de hombros.

—Tampoco es que mi madre sea un ángel, pero se merece su parte, igual que mis hermanos.

—¿Y tú?

No contesto.

Supongo que podría exigirle a mi padre que me devolviera el fondo para la universidad, pero no lo había pensado. Aún no estoy segura de poder exigir nada. Necesito estudiar la información que acabo de recabar.

Pero Trace se acerca.

—Ella siempre nos tendrá a nosotros —le dice a su hermano.

—Y nosotros a ella —añade Dallas.

Ambos están de pie junto a Army. Se acercan y la habitación parece mucho más pequeña.

Me doy la vuelta y agarro el pomo de la puerta, pero alguien cubre mi mano con la suya mientras lo sostengo. Miro fijamente las correas de cuero alrededor de su muñeca derecha.

—Ahora la quiero yo —oigo decir a Dallas detrás de mí—. Me toca a mí.

Me quedo inmóvil.

—Dallas, ya basta —le dice Army.

Me doy la vuelta para alejarme de Dallas, hacia el otro lado de la habitación.

Él se quita la camiseta y la tira a un lado.

Sacudo la cabeza.

—Déjalo ya —espeto.

Pero antes de que pueda darme cuenta, me tiene en sus brazos. No me sostiene con brusquedad. Su abrazo es suave y delicado.

El ceño fruncido, justo en el entrecejo, hace que parezca que sus ojos sienten dolor. Son verdes, más oscuros que los de Army. Como de color camuflaje.

—Dallas, suéltala —dice Army.

Pero los ojos de Dallas no se apartan de los míos.

—La quiero ahora.

Pero no me suelta.

Porque quiere sentirse poderoso.

Quiere su turno, porque cree que a mí no me importaba si era con Iron. O con Army. O con Trace.

Entonces me susurra al oído, para que solo yo lo pueda oír.

—Quédate con nosotros.

Se me eriza el vello de la nuca.

Me roza la mejilla con el pulgar, lo levanta para mirarlo y veo una fina gota de sangre que resbala por el corte que tengo en mi cara. La lame y mi boca se abre el rato suficiente como para que le dé

tiempo de agarrarme el pelo por detrás y de cubrir mis labios con los suyos.

Mi gruñido se ahoga en su boca y le empujo el pecho, pero no se mueve. Me levanta por detrás de los muslos.

—Vamos a llevarte de vuelta a tu casa —dice—. Nosotros cuidaremos de ti y tú de nosotros.

—Dallas...

Creo que esta vez ha sido Trace, pero estoy demasiado aturdida como para concentrarme.

¿Qué demonios está haciendo Dallas? ¿Qué se supone que...? Pero entonces me doy cuenta de algo.

«Tú de nosotros», ha dicho.

—¿Quieres fotos mías? —le pregunto.

Sonríe, Army y Trace se acercan lentamente.

—Eso para empezar —dice Dallas.

—No —le dice Trace.

Le sigue Army.

—Ya basta. Vámonos.

—Deja que sea ella la que tome sus propias decisiones —suelta Dallas.

Apenas respiro.

La lógica de Dallas es que, si ya he estado con Army y con Trace, ¿por qué no ayudarles ahora de la única forma que puedo?

Humillarme sería un mero trámite para conseguir su objetivo.

Sin embargo, por alguna razón, aún no me he negado. Sé que Dallas no me está pidiendo que haga nada que él no estuviera dispuesto a hacer.

Estoy convencida de que él lo haría.

—¿Ayudará? —pregunto en voz baja—. ¿Tener a una Conroy en vídeo te dará lo que quieres?

Me baja, saca el móvil y se lo pasa a uno de sus hermanos, aunque no veo a quién.

Me acaricia la cara.

—Nos olvidaremos de que la cámara está ahí. Te lo prometo.

Se agacha delante de mí y me sostiene la mirada mientras empieza a deslizar las manos por mi falda.

Bajo y le agarro de las manos, sin apartárselas.

—Enciende la cámara, Trace —dice. Luego se dirige a su otro hermano—. Army, quítale la camiseta.

Dios mío.

No puedo coger aire. Me estoy asfixiando.

Army se mueve, Dallas empieza a deslizarme la ropa interior por las piernas. Aguanto la respiración y me quedo congelada durante un segundo.

«Mierda».

Empiezo a apartarlo, pero entonces... se oye un fuerte carraspeo y levanto la mirada.

Santos está de pie en la puerta abierta. Es tan grande que ocupa todo el marco.

Inhalo profundo, me aparto de Dallas y me vuelvo a subir la ropa interior.

«Pero ¿qué coño he estado a punto de hacer?».

Trace y Army se dan la vuelta y Dallas se yergue. Me aliso la falda y me aparto de la cara los mechones que se me han soltado de la coleta.

—¿Santos? —suelta Army—. Pero ¿qué cojones haces aquí?

Trago saliva, con la boca seca y el rostro ardiendo.

—Macon dice que la traigamos a casa —contesta Santos.

Army avanza hacia él.

—¿Qué?

—¿Cómo ha sabido...? —interviene Dallas, pero luego se detiene.

Todos miran hacia la esquina de la habitación que tienen detrás. Sigo su mirada, pero no veo nada.

Sin embargo, cuando me hago a un lado, la luz de una lámpara capta un pequeño trozo de cristal en la esquina, cerca del techo, sobre una cornamenta de ciervo.

Es una lente. Army había dicho que aquí tenían cámaras.

Me tiembla la barbilla. ¿Macon acaba de ver todo esto?

—¿Cómo has conseguido llegar tan rápido? —le pregunta Army.

Santos baja la mirada hacia sus zapatos, deliberadamente, para no contestar. Army se ríe amargamente, sacudiendo la cabeza.

—¿Qué? —le pregunto—. ¿Qué te hace tanta gracia?

—Te ha puesto vigilancia —me dice Army.

¿Qué?

Miro boquiabierta a Santos, sin recordar si lo he visto cerca fuera del restaurante. ¿Por qué iba Macon a ordenarle que me siguiera?

—¿Desde cuándo? —le pregunto a Santos.

—Desde que fueron a por ti en el Bug Jam.

Dios.

Bueno, eso explica cómo ha llegado a nosotros tan rápido. Ya estaba aquí. Todo lo que le hacía falta a Macon era llamarle por teléfono.

—La llevaremos a casa —dice Army, cogiéndome de la mano.

Pero cuando nos movemos hacia la puerta, Santos no se aparta de en medio.

—A la bahía —ordena a Army—. La quiere en casa ya.

—Esa no es su casa.

—A la bahía —repite Santos.

Army me aprieta la mano como si estuviera midiendo si ellos tres podrían con Santos o no.

Levanto la vista hacia Army.

—Macon no quiere que hagamos lo de las fotos —le digo—. Lo que significa que no las usaría para chantajear a nadie.

Ni siquiera aunque yo accediera.

Separo mi mano de la suya y doy un paso adelante.

—Me voy a casa —le digo al tipo—. A la mía.

—Macon dice que te lleve con él.

Y entonces me levanta, dejándome sin aliento mientras me echa al hombro como si fuera un saco de patatas.

—¿Estarás de broma? —grito.

—Hijo de puta —dice Army mordiendo cada palabra.

Pero nadie trata de pararlo. Dallas y Trace no dicen absolutamente nada mientras me llevan hacia la caseta, donde están aparcados sus camiones.

Nos detenemos delante de casa de los Jaeger. Todas las ventanas están oscuras y la puerta del garaje cerrada. Los chicos saltan de la camioneta y yo salgo del Rover de mi madre, con Santos en el asiento del conductor. No ha confiado en mí para que condujera hasta aquí y, aunque me he resistido un poco, ha hecho bien en no dejarme. Ahora mismo, no tengo ganas de mirar a Macon a los ojos.

Cruzamos la puerta principal, y la contraventana que hay encima golpea contra la casa, movida por el viento. Trace y Dallas se dedican a mirar de izquierda a derecha, sin duda porque están tan nerviosos como yo. Nos volvemos hacia el salón y vemos a Macon sentado en la silla. Una línea de humo flota por encima del cigarrillo que sostiene entre sus dedos.

Army se adelanta.

—Macon...

—Déjala aquí. —Es todo lo que dice.

Miro a Trace, que se lanza hacia delante para intervenir.

—Macon...

—Fuera de mi puta vista.

No puedo tragar saliva. «Mierda».

En mi mente se agolpan las imágenes del contenedor del camión que tiene en la parte de atrás.

Miro a Army, congelada durante un segundo, pero luego asiento con la cabeza. «No me pasará nada».

Army duda, pero retrocede. Dallas y Trace le siguen, subiendo las escaleras.

Macon apaga el cigarrillo, se levanta y se acerca a mí. Sus pantalones negros cuelgan demasiado bajos, sus brazos son un peso muerto.

Retrocedo.

—No me hagas daño.

Se detiene frente a mí, el brillo de sus ojos les confiere un tono rojizo a sus ojos marrones.

Ignora lo que le digo, no dice nada. Como si no quisiera hablar en absoluto. Seguro que me quiere estrangular.

Mi voz se convierte en apenas un susurro. Me quedo mirando su abdomen fijamente, aunque en realidad no lo veo nítido en absoluto.

—No iba a hacerlo —le digo—. Solo me lo he planteado porque sabía que eso lo resolvería todo.

—Y si lo llegas a hacer y lo ven tus hermanos, ¿qué?

Levanto la vista.

—Nunca se habrían enterado —afirmo—. Mi abuelo nunca habría permitido que ese vídeo viera la luz.

Inclina la cabeza, el surco entre sus cejas se transforma en una mirada de desdén.

—Eres la persona más estúpida que he conocido en mi vida.

¿Qué significa eso?

—No iba a hacerlo —le digo.

Se saca el móvil del bolsillo y lo pulsa un par de veces antes de que el mío suene con una notificación.

Me meto la mano en el bolsillo de la falda y lo saco. Abro la notificación y reproduzco el vídeo que me acaba de enviar. En él, aparece su hermano, quitándome la ropa en el asiento trasero de aquel coche de policía el día de Acción de Gracias, los dientes de Army me muerden la boca mientras mis manos permanecen esposadas a la puerta.

La contraventana vuelve a golpear con fuerza contra la casa y yo me estremezco, a punto de llorar. ¿Macon habrá visto el vídeo?

La puta cámara del salpicadero. Creía que la habían apagado.

Debe de haber conseguido la grabación de la policía. ¿Por qué lo ha hecho? ¿Para protegerme?

Lleva días teniendo acceso al vídeo.

—¿Por qué no lo has usado aún? —le pregunto.

Pero no contesta.

Tenso fuerte la mandíbula al darme cuenta de que es seguro que lo haya visto.

Me tiembla la barbilla.

—¿Y si no soy lo bastante fuerte? —pregunto pausadamente, pero no espero ninguna respuesta por su parte—. ¿Y si me rindo y vuelvo a casa por Mars y Paisleigh? Jerome Watson está dispuesto a pagar mucho por mí. ¿Y si...?

Pero no puedo continuar.

Jerome Watson me promete una casa bonita, ropa buena y criadas amables. Además, si me quedo con él, mi familia puede seguir viviendo como hasta ahora. ¿Y si cediera?

Intento encontrar las palabras para expresarme.

—Yo solo pensaba que... por un momento, quizá sería buena idea usar mi única baza para ayudaros a mantener la bahía a salvo. Sería algo que estaría dispuesta a hacer, antes de dejar que alguien a quien odio siga usándome durante el resto de mi vida, solo porque necesito su asqueroso dinero.

La gente folla constantemente, cada día, por razones peores. Yo nunca he llegado a estar enamorada de Trace ni de Iron. Y creo que aún no lo estoy de Army. Nadie iba a salir herido de todo este asunto.

Pero en el fondo, sé que no lo habría hecho. Estoy segura. Aunque Santos no hubiera entrado, habría parado. No quería hacerlo. Habría cambiado lo que siento por los Jaeger. Y por la bahía.

Macon vuelve a su silla y se deja caer en ella, con los brazos extendidos sobre los reposabrazos.

Lo miro. De pronto, se ha desinflado, y tiene la mirada baja. Ya no está enfadado. Voy hacia él y me dejo caer en el suelo, a sus pies. Me siento entre sus piernas, y como no se mueve ni me empuja, apoyo la cabeza en su rodilla, sintiendo como su mano baja hasta posarse sobre mi pelo.

Cierro los ojos, una corriente eléctrica me recorre el pecho.

—Nunca haré algo así —le digo—. Lo prometo.

—Si lo haces... —Me acaricia el pelo—. Te voy a encerrar en tu habitación.

Se me dibuja una sonrisa en la cara y se me saltan las lágrimas. Envuelvo mis brazos alrededor de su pierna. En realidad, no sé si lo que me emociona es que no quiera verme hacer esas cosas para

ayudar a su familia o que acabe de insinuar que la antigua habitación de Liv es ahora la mía. No sé lo que soy para él, pero sé que me quiere en su vida.

Su mano tiembla en mi pelo y lo abrazo con más fuerza, pero él se aparta.

—Necesito dormir —dice—. Ojalá pudiera dormir.

Levanto la vista y veo cómo se frota los ojos. Parece muy cansado.

—No puedo con la maldita contraventana esa. —Exhala con fuerza, y me doy cuenta de que el viento sigue soplando fuera—. Vete. —Su voz se tensa—. Vete a la cama, Krisjen.

—No quiero irme.

—Ahora.

—Por favor, déjame quedarme un rato —susurro.

—Krisjen...

—Solo quiero estar cerca de ti.

—¡Ahora! —ladra.

Me pongo de pie, asustada, pero quiero quedarme. No va a pasar nada.

No quiero que se quede solo.

Solo quiero estar donde esté él.

Pero no me necesita a mí. Hasta mis propios asuntos me van grandes.

Los Jaeger estarán bien. Sobrevivieron. E incluso prosperaron. Mucho antes de que yo estuviera en sus vidas.

Y seguirán en pie mucho después de que yo me vaya.

21

Krisjen

A la mañana siguiente, cuando me despierto, me da la sensación de que Macon no ha dormido nada.

—¡Macon! —grita Dallas—. ¡Necesito ducharme! ¡Vamos!

Me detengo al escuchar el alboroto que hay montado en la habitación de Macon. Dallas está a la derecha, vestido solo con una toalla gris, mientras aporrea la puerta cerrada del baño de su hermano. Army me rodea y se dirige hacia él.

—¡Macon! —lo llama también.

—¿Qué demonios está haciendo? —se queja Dallas.

Army golpea la puerta con el puño tres veces.

—¡Macon! ¡Respóndeme!

Pero no contesta.

Dejo mi delantal de trabajo en el suelo y entro en la habitación, escuchando la ducha encendida.

—¿Cuánto tiempo lleva ahí? —pregunto.

—La ducha está en marcha desde que me he levantado. —Dallas golpea la puerta otra vez—. Ha pasado por lo menos una hora.

—¡Macon! —se une Army, golpeando la puerta con fuerza.

Se me revuelve el estómago. Me acerco al armario, arranco una camisa de una percha de alambre y enderezo el gancho. Aparto a Army y a Dallas. Si todo estuviera bien, Macon ya habría respondido.

Joder, si es que ya sabía que anoche no parecía estar bien. No me acuerdo ni de cuándo fue la última vez que lo vi comer.

—Usa el otro baño —le digo a Dallas.

—Trace está dentro con una tía.

—Entonces usa el de abajo.

—Pero no tiene ducha...

—En serio... —digo con severidad mientras le fulmino con la mirada.

No necesito decir más. Dallas frunce los labios y da media vuelta, saliendo de la habitación con cara de pocos amigos.

—¡Macon! —grita Army de nuevo.

Introduzco el extremo de la percha en la pequeña ranura para buscar el pestillo. Cuando lo noto, estiro. Al notar el clic, abro la puerta y me lo encuentro enseguida.

—¡Fuera de aquí! —grita él.

Army está justo detrás de mí, pero no intenta entrar para verlo.

Macon está sentado en la bañera. Tiene la espalda recostada, las piernas dobladas y los brazos colgando sobre las rodillas. Tiene la cabeza baja mientras el agua corre por su cuerpo, deslizándose en un hilo por su nariz.

Cierro la puerta y salgo un momento. Army se echa unos cuantos pasos atrás.

Lo miro.

—Ve a trabajar —le digo.

—Pero...

—Yo estaré aquí —le digo—. Te llamaré si pasa algo.

—Krisjen...

—Él no querrá que estés aquí.

Tampoco me quiere a mí. Pero no soy de la familia, es diferente. En cambio, sí le importa lo que piensen sus hermanos.

Army se queda en silencio. Su mirada está llena de dolor. No sé si he herido sus sentimientos o si simplemente está preocupado, pero es lo bastante listo como para saber que Macon no quiere que nadie lo vea así. Especialmente si se trata de otro hombre.

Army vacila un momento, decidiendo qué es lo correcto. Él ya tenía veinte años cuando su madre se quitó la vida. Y sabe que hay algo que no funciona.

Coge mi rostro entre sus manos y me besa en la frente.

—Llevo a los niños al colegio.

—Gracias.

Se va, y me meto dentro del baño, cerrando la puerta con llave antes de acercarme a la bañera.

El agua le cae sobre la boca y la frente mientras baja la cabeza. Me inclino para acercarme a sus labios, tratando de percibir si noto olor a alcohol o no.

Pero él se aparta bruscamente, como si de repente se diera cuenta de que estoy allí.

—No.

Hago presión con una mano en la parte posterior de su cuello y luego en su frente, ambas partes arden bajo el agua caliente.

—Para —gruñe, alejándose y recostándose contra los azulejos—. Vete ya. Lárgate.

Giro el grifo, bajando un poco la temperatura.

—¡Te he dicho que te vayas! —me grita.

Me estremezco.

Él se lleva las manos a la cabeza.

—Por favor. Lárgate de una puta vez.

Mis ojos se llenan de lágrimas, y aprieto los dientes para que no caigan. No sé cómo ayudarlo.

Observo las persianas que apenas dejan entrar un poco de luz a través de la pequeña ventana cerca del techo.

Todas las luces del baño están apagadas.

Igual que su cuarto. Siempre está a oscuras últimamente. Y sé que solo quiere estar solo.

No creo que sea para protegerse del mundo, porque si así fuera, eso le estaría ayudando. Es para fingir que no existe.

Si nadie lo ve, es como si realmente no estuviera aquí. Como si no estuviera vivo.

Como si estuviera fantaseando con la muerte.

Extiendo la mano, tocando un lado de su cabeza, enredando mis dedos entre su cabello.

Pero él aparta mi mano de un golpe, y doy un respingo mientras sus palabras son como agujas:

—¡Lárgate!

Luego se golpea la cabeza contra la pared de atrás. Suelto un grito y consigo agarrarle antes de que pueda hacerlo otra vez. Me subo a la bañera, me inclino sobre su regazo y lo envuelvo con mis brazos, colocando una mano en la parte posterior de su cabeza.

Él se revuelve, tratando de apartarme de encima, pero simplemente lo sostengo, enterrando mi rostro en su cuello.

—No quiero estar con nadie —murmura—. Solo quiero... Por favor, solo quiero desaparecer. En serio, desaparecer.

Intenta empujarme, pero yo me aferro, temblando.

—No me mires —dice—. Por favor, no me mires. Te tienes que ir.

Empuja un par de veces más, pero cada vez con menos fuerza hasta que finalmente se rinde. Sus manos caen, y tiembla en mis brazos.

—Por favor..., no... —Baja la cabeza, girándola de un lado a otro, evitando que lo vea, pero lo agarro y acerco mi boca a su oído para

que pueda oírme sobre el sonido del agua cayendo.

—Puedes permitirte que una persona te vea así. Solo una —susurro.

Las lágrimas caen por mis mejillas. Alcanzo la cortina de la ducha con la mano y la cierro. Para apartarnos del mundo. Su respiración entrecortada le sacude el cuerpo, pero ya no rechaza mi abrazo. Moldeando mi pecho al suyo, toco su rostro y bajo mi cabeza junto a la suya, inhalando y exhalando. Una y otra vez hasta que siento su pecho subir con el mío. Ambos bajan al unísono.

—Una persona —exhalo.

Su cuerpo se calma poco a poco, y acaricio su rostro con el pulgar, sintiendo el contraste entre el agua caliente y las lágrimas tibias.

Él sigue con la mirada baja, en su tripa.

—No me obligues a irme de aquí —le digo en un susurro. El agua corre por mi rostro. Puede quedarse en esta bañera para siempre si quiere—. Quédate conmigo. —Es mi único deseo.

Me acomodo sobre él, con una pierna doblada y mi pie apoyado en el fondo de la bañera mientras presiono mis labios en su sien.

Está demasiado caliente.

—Hay que bajar la temperatura —le digo.

Alargo la mano y giro el grifo, añadiendo agua fría. Él se estremece un poco, pero no dice nada.

Siento como su mandíbula se tensa bajo mi mano. No sé cuánto tiempo pasamos aquí, pero lo suficiente como para oír las puertas que se cierran abajo. La casa se vacía mientras sus hermanos se van marchando al trabajo y los niños con la canguro o a la escuela. Luego oigo el ruido de los motores mientras se van alejando calle abajo.

Añado más agua fría y luego de nuevo un poco más.

Cuando vuelve a hablar, su voz es suave y queda.

—A veces solo quiero parar, Krisjen —me dice, aún sin mirarme a los ojos—. No ha sido siempre todo tan malo, pero cuando lo es, no puedo recordar cuándo fue bueno. No me gusta estar aquí.

Le acaricio la mejilla con el pulgar. ¿Aquí, en Sanoa Bay? ¿O aquí, en la vida?

No pregunto. No sabría qué decir.

Lo único que sé es que yo también siento lo mismo, a veces. La gente hace que la vida se ponga difícil. Incluso la gente que nos quiere nos impone obligaciones o nos mete presión y yo no soy ninguna excepción. Todos somos culpables de hacer la vida de alguien más complicada.

Pero él lleva sintiéndolo demasiado tiempo. Y lo siente más que otras personas. Hay a quien le afecta más.

Se escucha un golpe suave en una puerta, lejano.

—¿Krisjen? —oigo que me llama alguien con voz apagada—. ¿Estás en casa?

Es Aracely. Creo que está llamando a la puerta de la habitación de Liv. Macon se tensa.

—No... —dice—. No dejes que me vea.

—He cerrado con llave —le aseguro.

Alzo la voz.

—Estoy aquí —le digo a Aracely—. Saldré en un momento.

Guarda silencio, y no pierdo el tiempo imaginando qué pensará de que mi voz salga de la ducha de Macon.

—Sin prisa —menciona finalmente, acercándose—. Solo quería decirte que te traía el cheque del mes.

—Gracias.

Al cabo de un momento, escucho la puerta de abajo cerrarse, y me doy cuenta de que probablemente debería haberle dicho que avisara a Mariette de que llegaré tarde.

—¿Puedes ponerla más fría, por favor? —me pide.

Lo hago. Lo oigo inhalar profundamente mientras cierro los ojos y siento la cascada en mi cabello.

—Así está mejor —dice.

Sus hombros se relajan. Me bajo y me siento a su lado en la bañera.

Finalmente, vuelve a abrir los ojos.

—No se lo digas a nadie.

Quiero prometerle que no lo haré, pero no estoy segura de qué es lo correcto. Está cayendo en picado. ¿Y si un día decide que se acabó y yo me arrepiento de no haberlo intentado todo?

—No quiero que te vayas —afirmo.

Es lo único que sé con certeza.

Se lame el agua de los labios, y parece que está a punto de hablar, pero aún tarda unos segundos en pronunciar las palabras.

—Yo... —Coge aire—. No sé por qué me siento así. Nunca me había pasado. —Su tono se vuelve un poco más firme—. Y lo que te tortura es no saber cómo arreglarlo.

Sé que no existen palabras mágicas.

—Es como una nube negra que te sigue y te envuelve —me explica, y veo cómo se acumulan más lágrimas en sus ojos—. Si tienes hambre, comes. Si te pasa algo, vas al médico. Si llegas tarde, vas más deprisa. Tengo una casa, una familia sana, algo de dinero en el banco, mi propio negocio, un medio para mantenerme a mí y a quienes me rodean, entonces ¿por qué me siento así? ¿Qué tengo que hacer para pararlo?

Me acuerdo de cuando dijo que estaba cansado de luchar. Cansado de los problemas. Cansado de que nada cambiara nunca... Cansado del dinero. De la gente. De sí mismo.

—Y en esos momentos —continúa— sé exactamente por qué ella no pudo ni siquiera esperar hasta el lunes para ver a otro médico. No podía soportar sentirse así ni un segundo más. Solo quería que terminara. Estaba harta.

Se detiene un segundo. Luego continúa.

—Quiero una mujer. Quiero hijos —sigue—. La visualizo en mi mente, Krisjen. Mi bebé dentro de ella se parecerá a ella, y lo sé cuando la miro a los ojos en la ducha. Quiero eso. Lo quiero todo.

Traga saliva, mueve ligeramente la cabeza.

—Pero por eso lo hizo —dice—. Ahora sé por qué lo hizo mi madre. Nos amaba demasiado como para permitir que la viéramos débil un minuto más. Dejó de estar para nosotros mucho antes de que su cuerpo muriera, y ya no soportaba ser consciente de ello. La mujer con la que estoy destinado a estar está ahí fuera, en alguna parte, y, aun así, yo voy a dejar que encuentre a otro hombre, porque no podría soportar fallarle un día. No quiero que vea esto, como tampoco quiero que ninguno de mis hermanos lo vea.

Las lágrimas ruedan por sus mejillas. Aprieta los ojos con fuerza y se gira.

—Solo vete. Por favor, vete.

Me seco el agua de los ojos. Tengo claro que no le diré nada a Army ni a los demás. Aún no. Está hablando, y eso ya es más de lo que esperaba, teniendo en cuenta que hace quince minutos no lo hacía.

—Mi abuela materna también se quitó la vida —le digo—. Con pastillas. Más o menos a la vez que tu madre, ahora que lo pienso.

Fue entonces cuando las cosas empezaron a ir mal con mi madre y el matrimonio de mis padres.

—Yo tan solo tenía diez años, así que no recuerdo demasiado —continúo—, pero lo que sí recuerdo es que la familia estaba unida

antes de que pasara. Mi madre y sus hermanos se veían todo el tiempo y pasaban juntos las fiestas. Sus hijos, mis primos, eran todos mejores amigos. Éramos una familia.

Su respiración ha vuelto a la normalidad. Espero que el agua fría le esté ayudando.

—Nos hemos visto muy pocas veces desde entonces —le digo—. Pese a que estuviera destrozada y desesperada por alcanzar la paz, ella era el pegamento que nos mantenía unidos. Puede que ella pensara lo mismo que estás pensando ahora. Y lo mismo que probablemente pensara tu madre. Que nos estaba ahorrando dolor. Quizá creía que nos ahorraría lidiar con ella. O sufrir su propio sufrimiento, pero... su vida era más importante de lo que creía.

Ya no lloro por ello, pero es difícil no imaginar cómo sería la vida —o cómo sería mi madre— si mi abuela hubiera sabido cuánto la queríamos.

—Nuestra familia se desmoronó después de que nos dejara. Ella no era una carga, ni mucho menos débil, sino muy importante para nosotros.

Lo miro.

—Nadie puede decirte que tienes que quedarte. Obligarte a ello. —No puedo evitar que me corran las lágrimas—. Porque nadie sabe cómo te sientes exactamente. Y recuerda, por favor, que no estás vivo solo para salvar a los demás de sí mismos.

Me lleva un momento calmarme, porque quiero decirle que tiene que quedarse. Quiero que sepa que no sé qué haremos sin él. Que tiene que cuidar de ellos.

Eso es lo único que le ha mantenido aquí hasta ahora, y ya no le funciona.

Lo único que puedo decir es lo que sé con certeza:

—Habrá días duros, Macon. Habrá más días como este. Días en los que dolerá de verdad levantarse. Enfrentarse a la gente.

Quiero tocarle. Su mano, algo. Pero me contengo.

—Pero habrá días que nadie podrá arrebatarte —susurro—. Habrá días en los que serás el más fuerte en la sala. Días que los de tu alrededor no hubieran podido superar sin tu ayuda. Habrá niños y viajes por carretera, y te refugiarás de los huracanes, cerveza en mano. Habrá películas, peleas de comida, bebés y helado en tazas de café.

Su cabeza se gira muy ligeramente, y puedo ver sus ojos.

—Y tempranos amaneceres bajo el calor de las sábanas —digo—. Con la lluvia y las campanillas sonando mientras la sostienes en tus brazos. Eso será un día, cuando estos sentimientos se hayan quedado muy lejos y hayan dado paso a unas insaciables ganas de besarla... Entonces, te encantará estar vivo.

Sus ojos se cierran, como si fuera un recuerdo y ella fuera real y la deseara.

Le rodeo los codos con mis manos y, finalmente, baja su mirada hasta encontrarse con la mía. El blanco de sus ojos se ha tornado rojo, pero su iris marrón brilla. Dios mío, parece hasta más joven que Trace en este momento.

—Odio que me veas así —dice apenas en un susurro.

Le regalo una media sonrisa y le repito:

—Puedes permitirte que una persona te vea así. —Y apoyo mi mejilla en su hombro—. Además, puedo soportarlo.

Pasa el tiempo, un tenue rayo de sol en la habitación se desplaza por el suelo. Saco a Macon de la bañera y le ayudo a ponerse unos vaqueros. En su habitación, corro las cortinas y enciendo un ventilador para ahogar el ruido. Me pongo una de sus camisetas y un pantalón de chándal antes de acostarme con él en la cama.

Abrazando la almohada contra mi cuerpo, lo miro, y él me mira, y lo observo mucho después de que se duerma. Los chicos llegan a casa, la risa de los niños se filtra por las escaleras junto con el olor a pizza, y quiero que coma, pero no voy a despertarlo. Necesita dormir una semana entera.

El agua corre, es la hora del baño, los niños se van a la cama y nadie molesta a Macon en su habitación. Me despierto en su cama. Me doy la vuelta y veo que son más de las once de la noche. La casa está en silencio. Me acerco, el calor de su cuerpo enciende un leve cosquilleo bajo mi piel. Él duerme. Salgo de la cama con cuidado, dejando la habitación.

Abajo, las habitaciones están vacías. Al entrar en la cocina solo veo a Army sentado en la mesa. Sostiene un vaso de *whisky* en la oscuridad.

Saco una silla y me siento, mirándole, aunque él no me mire.

—Esa historia que me contaste —le pregunto—, sobre el hombre que os quería a ti y a Macon para acostarse con su esposa...

No se mueve.

—Macon sí que lo llegó a hacer, ¿verdad?

Army gira el vaso en la mesa, su mandíbula se tensa mientras lo observa.

—Tú no pudiste. Te fuiste —digo—. Él se quedó.

El hecho de que no diga nada es suficiente respuesta.

Todo tiene sentido ahora.

—Por eso apenas pisa la bahía. —Mi mente gira—. Por eso nunca iba a los partidos de Liv.

Yo ya sabía que su hermana intentaba actuar como si entendiera el porqué, pero no era así. ¿Cómo iba a entender nada? No tenía ni idea de la mierda que él llevaba encima.

Army toma un sorbo de su bebida.

—Hacer lo que haga falta para sobrevivir no es noble si tu alma no sobrevive contigo —afirma—. Ahora, Macon lo sabe.

Me levanto.

—No tuvo más remedio que ser capaz de todo, Army. —Lo miro—. Y tú lo sabías perfectamente cuando caminabas fuera de esa casa y lo dejabas atrás.

22

Macon

Durante mucho tiempo, me alegraba haber nacido el primero. No porque ser el mayor me diera más poder, o porque no tuviera que compartir mis cosas y siempre pudiera tener mi propia habitación, sino porque iba a ser el primero en poder marcharme. Significaba poder soltarle ese «que te den» a mi padre, que pensaba que ser hijo significaba ayudar a criar a sus hijos, hacer la comida, cambiar los pañales, hacer la colada...

Tan pronto como cumplí dieciocho y me gradué, salí corriendo. Me uní al ejército y me alejé lo máximo posible, apenas pensando en mi madre, porque con los años y la constante amenaza cerniéndose sobre nuestras cabezas, dejé de creer que fuera a ser capaz de quitarse la vida. No quería que lo hiciera. Simplemente ya no podía quedarme. Todo iba a estar bien. La vida se estaba volviendo más fácil para ella. Los niños estaban creciendo. Todo se arreglaría solo.

Sin embargo, todo me acabó explotando en la cara. Cinco años después me llamaron para un funeral y dos meses después, para otro. A los veintitrés, era el único guardián y proveedor de cuatro menores, y mis padres no nos habían dejado nada más que esta casa.

Lamenté haberme ido. No porque pensara que quedarme habría ayudado a mi madre, sino porque la carga de ser el mayor recayó en Army cuando yo me fui. Y él no se lo merecía. Yo ya estaba

enfadado, luchando contra esos pensamientos turbios que contaminaban mi cabeza todos los días. Pero él... Yo sabía que era amable y tranquilo, paciente y cariñoso. No merecía cargar con esa responsabilidad. Merecía un hermano que no lo abandonara.

Y se merece a Krisjen.

Le acaricio el mechón de pelo que cae por su mejilla y sobre su cuello y que termina en una de mis almohadas. Desvío la mirada hacia sus ojos cerrados. Mi brazo está doblado bajo mi cabeza. Estamos frente a frente, las cortinas ondean con la brisa de la mañana. Anoche abrió las ventanas del cuarto. Imagino que lo haría mientras yo estaba durmiendo. En cualquier caso, el aire fresco sienta bien. El aroma a flores y a tierra fresca entra desde abajo. El sonido de las hojas de las palmeras se agita con el viento.

Pero también me llega el olor que emana. El perfume de su champú, el coco en sus labios. Y solo quiero que me rodee con sus brazos otra vez, para poder cerrar los ojos y fingir que el sol nunca saldrá.

Se merece a esta chica. Y aun así no quiero dejarla marchar.

Entonces, parpadea, sus ojos se abren cada vez más, y la observo mientras su mirada se va volviendo más nítida y se da cuenta de que la estoy mirando. Nos quedamos así, sin mediar palabra durante un rato en el que sé que quiere preguntarme si estoy bien.

Si necesito algo. Pero, afortunadamente, no dice nada. Estoy tan cansado. Apoyándose sobre su brazo, mira la hora en su móvil y luego me mira de nuevo.

—Tengo que ir a despertar a los niños —dice suavemente.

Me quedo en silencio mientras se da la vuelta para levantarse de la cama, pero entonces... se vuelve a girar, se acerca un poco y deposita un beso en mi mejilla. Toda la adrenalina de mi cuerpo se concentra en ese único lugar.

Se da la vuelta, salta de la cama y se va de la habitación, cerrando la puerta tras ella.

El dolor de cabeza y las náuseas me golpean de repente. Miro hacia un lado y veo que me ha dejado un vaso de agua. Me lo llevo a los labios, bebo y pongo los pies en el suelo, levantándome lentamente. Las paredes se cierran, y no sé si es porque no he comido desde antes de ayer, o porque he estado durmiendo casi un día entero, pero me obligo a entrar en el baño. Relleno el vaso, lo bebo y lo vuelvo a llenar, bebiendo hasta que ya no tengo sed.

Las náuseas aumentan y corro al váter, vomitando todo lo que acabo de beber. No hay comida en mi estómago, pero sigo y sigo, soltando todo hasta que no queda nada.

Me enjuago la boca y me dejo caer en el borde de la bañera, tratando de calmar mi estómago.

La casa comienza a despertarse. Risas. Niños. Puertas abriéndose y cerrándose de golpe. Echo de menos a mi hermana en la casa. Ella mantendría todo bajo control.

Miro el suelo, tratando de sentir mis pies. Intentando levantarme.

«Levántate. Vamos. Levántate».

Otro día. Igual que ayer.

«Levántate. No pienses. Levántate. Trabaja. No pienses. Deja un trabajo hecho. Arregla algo. Construye algo. Un coche. Una bicicleta. Una persiana rota. La puerta del patio. Anestesia el dolor. Y muévete».

«Muévete de una puta vez».

Otro día. Igual que ayer.

No puedo salir de la habitación. No puedo controlar mis músculos.

Cierro los ojos con fuerza, sintiendo la humedad bajo mis párpados.

No quiero ver a nadie. No puedo hablar. No soporto las conversaciones. Es como si todos estuvieran en un carrusel a mi alrededor, girando y riendo, y yo estuviera perdiendo el equilibrio. Me tambaleo. Me voy a caer.

¿Cómo hacen los demás para afrontar el día a día sin sentir lo frío que está todo? Yo no puedo fingir que no siento este frío.

Me froto las manos sobre la cara. Pero ¿qué cojones me pasa por la cabeza? Ellos no lo sienten, porque no existe y punto. Porque no está pasando. ¿Entonces por qué lo siento yo?

«Joder».

Siguen llegando más ruidos por las escaleras. Esta vez la música con la que le gusta bailar a Krisjen. Me la imagino en la cocina, dejándose llevar por el ritmo. Se me acelera el corazón.

Noto los pies.

Me levanto y me quito los pantalones del pijama para sustituirlos por unos vaqueros y una camiseta.

Abro de golpe la puerta de mi habitación. No me cruzo con nadie mientras bajo las escaleras, me pongo los zapatos y salgo por la puerta principal. Me quedo en la calle unos segundos antes de girar a la izquierda, en dirección al restaurante.

Abro la puerta trasera y entro al lugar, casi vacío, donde encuentro a Mariette en el mostrador de la cocina. Ella siempre llega temprano. Al igual que yo, prefiere trabajar en silencio.

Me oye y se da la vuelta, con un cuchillo de pelar en la mano. Luego, se relaja y vuelve a su faena. Me siento en unas cajas junto al congelador, con el pulso aún palpitándome en la sien.

A Mariette la quiero mucho. Sea o no de sangre nuestra, es familia.

Fue mi madre cuando la necesité. No cuando tenía cinco, diez o quince años, sino cuando tenía veintitrés, veintisiete y treinta.

Cuando entendí que la vida solo se vuelve más y más difícil a medida que crecemos y que todos somos un trabajo en progreso hasta el día en que morimos.

Caminando hacia mí, coge mi barbilla entre dos dedos y la levanta, inspeccionando mi rostro.

Regresa al mostrador, coge una taza y vierte té de una tetera cercana.

Me la trae.

—Bébetelo.

Asiento, cogiendo la taza.

Bebo lentamente, con sorbos cada vez más grandes, y, por suerte, mi estómago lo retiene. En realidad, nunca me ha gustado el té, pero el calor es reconfortante.

Dejo la taza vacía mientras ella prepara las verduras del día.

—¿Con qué frecuencia piensas en ello? —me pregunta.

Cuando no respondo, me mira, y yo le devuelvo la mirada.

—¿Has intentado algo ya? —insiste.

Niego con la cabeza, al menos le doy eso.

Si hubiera intentado algo, no estaría aquí.

Ella vierte el apio picado en un recipiente y le pone una tapa, luego saca las zanahorias del colador y las coloca en la tabla de cortar.

—Deberías hablar...

—No —respondo bruscamente.

He ido al médico en contadas ocasiones, pero lo cierto es que le he contado más a Krisjen en una noche que a ese tipo en tres visitas. Era arrogante y condescendiente. Además, una vez que cometí el error de contarle que había estado en el ejército, se acabó todo. Para él esa era la respuesta fácil a mi problema, pese a haberle admitido que llevaba sintiéndome mal desde pequeño.

Sabía que existían otras opciones, otros médicos, pero nunca lo volví a considerar. Estoy demasiado ocupado, el dinero es demasiado importante, y nadie en la bahía volvería a confiar en mí si se enteraran. Especialmente los hombres.

Así que decidí tirar la toalla. Simplemente lo reprimí y apagué mi cerebro. Algunos días, ni siquiera me suponía un esfuerzo. Los sentimientos iban y venían rápidamente.

Otros días eran difíciles. Ahora, en los últimos meses, todos los días son difíciles. El ruido constante me martillea los oídos. Los cuartos me parecen demasiado estrechos. La comida me sabe a arena.

—La última vez que vi a tu madre —me cuenta Mariette—, estaba sonriendo y abrazando a la gente, e incluso se había puesto maquillaje. Se la veía tan bien. —Sonríe para sí misma, pero luego la sonrisa se desvanece—. Fue entonces cuando me asusté, porque supe que había tomado una decisión. —Corta una zanahoria tras otra—. Ella era feliz porque sabía que todo terminaría pronto.

Yo no estaba aquí por aquel entonces. Army nunca me lo contó. Y yo nunca llegué a preguntar cómo fueron los días previos.

—Mi cabeza es un infierno todo el tiempo. —Me arden los ojos, estoy exhausto—. Tal vez ella pensaba que sería una carga para los demás si se quedaba.

—Y, sin embargo, nadie estuvo contento de que se marchara —añade.

Quizá la gente sería feliz si yo me fuera. O tal vez no.

Quizá Dallas y Trace estarían mejor si no sintieran la obligación de quedarse. Quizá Army sentiría que tiene una vida propia. Y puede que incluso Iron esté jodido por mi culpa.

—Tú siempre fuiste diferente —reflexiona Mariette—. Incluso de niño, ya eras más callado. Más introspectivo. Pensabas en las cosas

más que los demás. Eras consciente de la oscuridad y siempre eras el primero en detectarla. Eras sensible al mundo que te rodeaba. —Me mira—. Pero esa es la parte de ti que nos salvó. Todavía estamos aquí solo por ti.

Miro mi regazo, negando con la cabeza ligeramente.

—Mi familia y yo estamos aquí gracias a ti —continúa—. La gente tiene comida en la nevera y está protegida gracias a ti. Planeaste, anticipaste y te exprimiste el cerebro una y otra vez para proteger lo que era nuestro. Piensas demasiado y te escondes, así que nadie te conoce realmente. Eso te hace intimidante e impredecible. Nadie puede hacer lo que tú haces. Army no tiene las agallas para hacerlo. Trace e Iron tienen otros intereses, y Dallas quiere quemar todo lo que le rodea. Tú eres el que sabemos que siempre estará aquí.

No puedo ni mirarla.

—Tus debilidades son tus fortalezas —me dice—. ¿Qué habría hecho yo sin ti?

Aprieto los puños, sintiendo los músculos en mis brazos tensarse una y otra vez.

Mariette vierte un poco de sopa en un recipiente desechable y me lo da. Lo sujeto, sintiendo cómo el calor llega hasta mi mano.

—Cómetela pronto —me ordena.

Doy un sorbo y luego otro, masticando trozos de pollo y algunos fideos. Y cuanto más como, más hambre tengo.

Esbozo una ligera sonrisa.

—Me gusta tu sopa —susurro.

Ella vuelve al trabajo.

—Esta receta es de Krisjen —dice—. Ella es la que te hace la comida siempre.

Siento que mi cuerpo se vuelve más cálido.

Termino la sopa y vuelvo a casa, viendo a Trace sacar los cubos de basura hasta la acera mientras Dallas carga el camión. Army abrocha a Dex para llevarlo con la niñera, y Mars sale corriendo de la casa con su almuerzo y su mochila.

Y no he tenido que gritarle a nadie para que todo esto pasara.

Army se detiene para mirarme, pero yo me doy la vuelta y me voy hacia el garaje. Abro el grifo de la manguera. Me quito la camiseta, la dejo a un lado y me inclino, dejando que el agua fría corra por mi nuca.

Sienta bastante bien. La dejo correr un minuto, hasta que estoy tan frío que no podría pensar ni aunque lo intentara. De pronto, siento una oleada de energía bajo la piel. Cierro el grifo y me vuelvo a poner la camiseta.

Camino hacia las camionetas de mis hermanos mientras se están montando. Vacilo un momento, pero lo suelto:

—Voy con vosotros.

Army se detiene justo antes de cerrar la puerta.

—¿Eh?

—Yo me encargo de Fox Hill con Trace.

Me dirijo al otro vehículo, inclinando la barbilla hacia Trace para que me lance las llaves.

Él suspira y se dirige al asiento del copiloto.

—¿Y ahora cómo se supone que voy a arreglármelas para beber en el trabajo? —murmura—. Mierda.

Army me sostiene una última mirada detenidamente, antes de encender el motor. Va a dejar a Dex con su canguro. Cuando estoy subiéndome por el lado del conductor, oigo otra vez la música. Al mirar de dónde viene, veo a Paisleigh y a Krisjen, bailando al lado de la piscina al ritmo de una canción de Olivia Newton-John.

«Rosa». Ella me recuerda a cosas de color rosa flamenco. Y a pistolas de agua, a una casa del árbol y a césped recién cortado. A su lado, evoco el olor a crema de sol. Y todo eso me hace pensar en mi infancia.

Con ella es como si siempre fuera verano.

Subo a la camioneta, emocionado por irme, porque estará aquí cuando volvamos a casa.

Esta noche dormirá en mi habitación.

No para siempre.

Solo una noche más.

23

Krisjen

Salgo al patio con los brazos llenos de platos, mientras empujo la puerta con la cadera. Dejo los platos en la mesa quince, recojo los vasos vacíos en la dieciséis. Al lanzar una mirada a la calle, veo a Paisleigh... montando en bicicleta.

Me quedo con la boca abierta de par en par. Pero ¿qué...?

Casi se me caen los vasos.

Ella pasa a toda velocidad, sentada en la bici azul de alguien y tratando de alcanzar a otro grupo de niños.

Sonrío y me río al mismo tiempo. Estoy tentada de llamarla, pero no quiero distraerla y que se caiga. ¿Cuándo habrá aprendido a ir en bici?

Supongo que esta estancia prolongada en la bahía le sienta bien. Mi madre está fuera toda la semana, así que no tiene ni idea de que le he dicho a Bateman que podía marcharse —aunque cobrara el trabajo igualmente— porque los chicos y yo nos encargaríamos de los niños. Mars no se ha quejado, y Paisleigh está más que lista para mudarse a casa de los Jaeger.

La observo mientras entro de nuevo al restaurante, sonriendo, pero entonces oigo un rugido detrás de mí y miro por encima de mi hombro. Dos camionetas llegan a toda velocidad, ocupando los últimos espacios de estacionamiento frente al restaurante. Army,

Dallas y Trace saltan de ellas. Busco la silueta de Macon, pero no lo veo. Pensaba que hoy habría ido con ellos de nuevo.

Echo un vistazo hacia la casa. El garaje está cerrado.

Al regresar al restaurante, sostengo los vasos en mis manos, pero entonces lo veo. Apoyado en la barra, bebiéndose un vaso de refresco, como si hubiera estado allí todo el tiempo. La preocupación que empezaba a abrirse paso en mi pecho y mi cabeza se disuelve.

Ahí está. Tiene su camiseta gris manchada de grasa y tierra, y está claro que el sol ha hecho su magia esta última semana, tostándole la piel y devolviéndole el color a la cara. Las ojeras siguen ahí, pero al menos está durmiendo. Me mira y le sonrío, aunque él no me devuelve la sonrisa, no pasa nada. Ahora puedo leer sus ojos lo suficiente para saber que ha pasado un buen día.

Ha mejorado un poco desde que empezó a salir más de casa. Rechazó mi oferta de programarle una cita para hablar con alguien, aunque le dije que podría hacerlo por teléfono e insistí en que hablar con un profesional era la mejor forma de gestionarlo. Pero los instintos de Macon le dicen que solo puede confiar en sí mismo. Eso sí, seguiré intentándolo.

Trace y Dallas pasan por delante, quitándose las camisetas, y Army me rodea la cintura, acercándome.

—¿Me has echado de menos? —pregunta.

Me río, retirando las manos de su pecho.

—Estás completamente mojado.

Se inclina hacia mi oído.

—Limpia las mesas que te queden y luego ven a la ducha a limpiarme a mí.

Me muerdo la esquina de la boca, y él espera a que diga algo.

—¡Diecisiete! ¡Pedido listo!

Doy un respingo ante la llamada y le quito las manos de encima.

—Salvada por la campana —se burla mientras me alejo.

Me deslizo detrás de la barra, relleno los vasos y los dejo allí mientras recojo el pedido. No sé si Macon me está mirando, pero me cuesta ser consciente de algo más que no sea él. Está parado justo ahí, mientras dejo los platos en la mesa y regreso a por las bebidas.

Alguien me toca el brazo.

—¿Puedo cambiarlo por arroz y frijoles?

Asiento.

—Claro.

Llevo las bebidas a la mesa de afuera, regreso y traigo el arroz y los frijoles, y hago un barrido por la sala, recogiendo platos y trayendo más servilletas.

Army y los chicos están sentados en una mesa, esperando, y la gente me dice cosas, pero estoy demasiado distraída. Siento los ojos de Macon.

En mi estómago, en mi cabello cayendo sobre mis brazos, en mi pecho a través de mi camiseta blanca. En mi cara.

Perdida en mis pensamientos, estoy en el regazo de Army antes de darme cuenta.

Él sonríe, abrazándome fuerte.

—¿En serio? —pregunto.

Necesita que todo el mundo sepa que está excitado.

Paisleigh se acerca corriendo.

—*¿Puedo tomar algo?*

—¿Eh?

—*¿Puedo tomar algo?* —repite en español.

Miro a Army, confundida.

Él se ríe, mirando a mi hermana.

—Sí, puedes tomar algo —le dice—. Ve a la cocina y pídeselo a Mariette. Ella te dará un zumo.

Pero la detengo antes de que se vaya corriendo.

—¿Estás aprendiendo español?

—Jasmine solo nos habla en español —me informa.

—*Tráeme una limonada* —le dice Army.

—*Bueno* —cede ella.

Y sale corriendo, detrás del mostrador y hacia la cocina.

Primero, lo de andar en bici y, ahora, un idioma nuevo.

—¿En serio? —repito—. Ha pasado menos tiempo aquí que yo, ¿y ya habla como vosotros?

—Los niños son como esponjas —añade Trace.

—Tú no hablas muy bien español.

—Hablar nunca ha sido mi punto fuerte. Ni lo será... —bromea. Y el brillo en sus ojos confirma ese doble sentido.

Army y Dallas se ríen con su respuesta, y yo intento no poner los ojos en blanco.

Al mirar hacia Macon, veo a un par de mujeres en la barra, una de ellas gira su silla hacia él, sonriéndole. Él no le devuelve la sonrisa, pero le está hablando. Asiente, su expresión es calmada, su respiración tranquila. Está sereno.

—¿Qué pasa con él? —oigo que pregunta Army.

Aparto la vista.

No necesito preguntar para saber que está hablando de Macon.

—¿Se lo has preguntado? —le digo como respuesta. No quiero hablar de Macon a sus espaldas, aunque su familia debería estar involucrada en el asunto.

Se está abriendo conmigo. Y no quiero echar eso a perder.

—Me refiero a lo que pasa entre él y tú —aclara Army.

—Nada. —Me encojo de hombros—. Solo necesita dormir.

—Llevas toda la semana durmiendo en su habitación.

Se me eriza la piel al recordar lo mucho que ahora espero que terminen los días. Cómo simplemente me mira y no tiene que decir que no quiere estar solo, y yo agarro mi almohada y lo sigo.

No ha pasado nada entre nosotros, pero cada mañana me despierto con sus brazos a mi alrededor.

Lo miro mientras habla con la chica. Ella teclea algo en su móvil y se lo pasa. Luego él se lo guarda en el bolsillo.

Espera... Ese era su móvil. ¿Qué estaba escribiendo?

¿Me va a echar de su cama esta noche?

—Solo estamos durmiendo —le contesto a Army, en un murmullo —. Nada más.

—No deja de mirarte —afirma—. Y eso no me gusta.

El vello de mis brazos se eriza al escuchar el tono celoso en su voz.

Levanto la vista de nuevo y veo que Macon me está mirando. La otra chica le sigue hablando, pero él ahora me mira a mí.

Me pongo de pie y me dirijo a los chicos.

—¿Listos para pedir? —pregunto, cambiando de tema. No sé qué decirle a Army sobre Macon, pero sé que necesito más de dos segundos para llegar a una conclusión. Ahora no tengo tiempo para pensar.

—En realidad, ya hemos pedido para llevar. Nos lo llevamos al bar —me dice Dallas.

Al bar...

Parpadeo y me giro, cogiendo el vaso vacío de alguien y acercándome a la barra.

Me detengo al lado de Macon mientras cojo la manguera de gaseosa y lleno el vaso.

—Creo que no deberías beber esta noche —digo lo más bajo posible—. Ni estar con chicas en estos momentos.

Él se inclina sobre la barra otra vez, llevándose el vaso a los labios. Su mandíbula se tensa.

—¿Estar con chicas?

—Ya sabes a qué me refiero.

Ni siquiera estoy segura de a qué me refiero. ¿Me refiero a una relación o a tener sexo? Lo pienso un segundo, imaginándomelo en una cita. O llevándose a alguien a la cama. No me gustan ninguna de las dos opciones.

Intento suavizar mi tono.

—Solo digo que ese comportamiento de gratificación instantánea hace más mal que bien. Es solo ponerle un parche al verdadero problema.

—No iba a acostarme con ella, Krisjen.

Se me hunde un poco el estómago, como siempre que dice mi nombre.

—Al menos no esta noche —añade, mirándome—. Y cumpliré treinta y dos en enero. No necesito consejos sobre relaciones de una adolescente.

Aprieto la mandíbula, con un nudo en la garganta. Me arden los ojos.

«¿Una adolescente?». ¿Eso es lo que piensa de mí?

Él a mí me importa. ¿Eso no significa nada para él?

—Relájate un poquito, joder —murmura—. Hoy no me voy a ahorcar.

Mi pecho se contrae, mi expresión se quiebra, y no quiero que lo vea.

Salgo de allí lo más rápido que puedo hacia la cocina, me escondo detrás del lavaplatos y presiono las manos contra el frío acero de la encimera. Mariette está trabajando al lado, sin inmutarse.

Macon irrumpe en mi rincón y me giro para enfrentarlo.

—No hagas eso —dice con furia—. ¿Estás enfadada? Pues pégame, hostia. No estoy hecho de cristal. ¡Puedes pegarme!

Veo a los cocineros a través del pequeño espacio entre los hornos, observando, pero a Macon no parece importarle quién escuche.

—No quiero pegarte —le digo.

Acorta la distancia entre nosotros, y contengo el aliento cuando me agarra por debajo de los brazos y me sube al mostrador. Se acerca. Apoyando una mano en el microondas, detrás de mi cabeza.

—¿Quieres cuidarme? —me provoca—. ¿Traerme sopa y dejar que llore en tu hombro como si no fuera lo bastante hombre?

—¡Eso no te hace menos hombre! —susurro con fuerza—. Lo único que no quiero es que... —Dejo la frase a medias. No sé cómo decirlo—. Yo no quiero...

—¿Qué? —gruñe.

—No quiero... Yo... —balbuceo.

—¿Qué? —Aprieta los dientes, alejándose de mí—. No sé cómo hacer esto. ¿Qué quieres de mí?

—Lo único que quiero es que no te vayas —suelto de golpe.

Él está intentando actuar como cree que actúan las personas normales. Bebiendo, trabajando, teniendo sexo, porque todavía no puede permitir que el resto sepa que está sufriendo.

—No quiero que hagas nada que no quieras hacer. —Busco en sus ojos—. No la quieres a ella. No quieres ir al bar a hacer el gilipollas por ahí toda la noche.

Quizá hace diez años, sí, pero ahora ya no.

Se acerca de nuevo, parece dolido.

—Tú no sabes lo que quiero —susurra, tragando con dificultad—. Krisjen, no puedo ni decirte las cosas en las que pienso a veces.

Me tiembla la barbilla. Tengo miedo.

Pero lo conozco.

Le agarro por la nuca, acercándole a mí; su mirada cae, negándose a mirarme.

—Hay tantas personas a las que no consigo ver, descifrar... —le digo—. A mi madre. A mi padre. A Milo. A Trace. No importa cuánto intente detenerme a mirarlos, no puedo. —Saco un paño de uno de los estantes y lo paso bajo el agua fría, escurriéndolo—. Sigo buscando algo que sé que está ahí, pero no logro alcanzarlo. Como si ellos no fueran reales. No se diferencian de otros extraños que pasan junto a mí en la calle, mientras yo solo sigo caminando.

Coloco el paño helado en su nuca y siento cómo exhala.

—Pero a ti sí que te veo. Incluso cuando cierro los ojos, te veo a ti.

Él levanta la mirada hacia mí, y yo señalo con la barbilla el restaurante y la bahía, que se extiende más allá de nosotros.

—Tú cuidas de ellos —le digo—. Yo cuido de ti. Fin de la historia.

Sostiene mi mirada durante varios segundos, finalmente cierra los ojos y se inclina hacia mí. Coloca una mano en el microondas detrás de mí otra vez, y la otra sobre el mostrador a mi lado, casi rozando mi nariz con la suya. Su aliento cálido cae sobre mis labios.

Presiono el paño contra su piel, recorriendo su cuello y su rostro con mi otra mano.

Y el resto del mundo se queda en silencio mientras él se inclina hacia mí. Yo solo puedo verle a él, y él solo puede verme a mí.

—Hasta que llegue alguien más... —le digo.

Él asiente.

24

Macon

Army querrá que se la devuelva. No ha dicho nada al darse cuenta de que lleva días durmiendo en mi habitación porque sabe que me pasa algo, pero aún la quiere. Cada vez que ella permite que la toque, se asegura de que yo lo vea.

Exhalo, inclinando la cabeza bajo el chorro caliente de la ducha. El aroma de la vela encendida en el lavabo llena el baño, mezclándose con el aroma a magnolias que entra por la ventana, sobre mi cabeza. Se me viene a la mente una imagen mía en mi primera moto, recorriendo la costa, con el sol brillando en mi cara. Las chicas están en bikini en la playa. A lo lejos, en el agua, se ve un velero rojo.

Se me había olvidado.

Este olor me ha transportado a ese momento, aunque no sé por qué.

Fue un buen día. Creo que tenía diecisiete.

Libertad.

Krisjen dice que enciende velas solo porque le gusta la luz que emiten, pero sé que la gente usa el olor a eucalipto como remedio para el estrés. Y tengo claro que ella lo hace por mí. También quema otras cosas que huelen a menta y a cítricos, pone música a menudo y se asegura de que las ventanas estén abiertas, para que el aire

fresco circule por la casa. Es como aromaterapia, o alguna chorrada por el estilo. Como si eso fuera a curarme...

Pero el caso es que esos olores me evocan recuerdos. Todos ellos agradables.

A veces, siento que tengo doce años, y que me escapo con Army e Iron para trepar árboles a medianoche.

Y entonces la casa tiene otro espíritu. Es como si volviera a respirar de nuevo. Me gusta volver a casa, e incluso mis hermanos parecen más felices. Se ocupan de las cosas—Trace ha guardado el cortacésped, por fin—, pero no sé si me alegra que estén asumiendo responsabilidades. Lo hacen porque están preocupados por mí.

No quiero que actúen como si yo no fuera fuerte.

Inhalo el aroma, absorbiéndolo una y otra vez, evocando el recuerdo de ese día bajo el sol, junto al mar, mientras corría contra el viento. Un gran día de verano.

Agarro con fuerza el grifo de la ducha, me mentalizo y lo giro bruscamente. Contengo la respiración, ya que el agua apenas tarda un par de segundos en pasar de caliente a fría. Obligo a mi cuello a permanecer bajo el chorro, dejando que el agua helada cubra mi espalda, y luego levanto la cabeza, empapando mi cara. Exhalo, despejando mi mente. Dios, sí que ayuda. Ahora es mi ritual en cada ducha.

Krisjen es lista. Y sí, me gustan sus ridículas velas.

Apoyo las manos en la pared, dejando que el agua caiga por mi pecho. Me gusta su música cursi, cómo le canta a Dex y la forma de su cuerpo en mis pantalones de chándal. Y cómo sus pies estaban acurrucados con los míos cuando desperté esta mañana.

Miro hacia abajo. Tengo la polla dura.

Giro el grifo, apagando el agua mientras echo mano de la toalla. Me seco rápidamente, me visto, poniéndome unos vaqueros y una

camiseta. Me la echo al hombro mientras termino de secarme el pelo. Cruzo la habitación, me detengo y miro la cama, las sábanas arrugadas y la marca de nuestras cabezas aún en las almohadas.

Vacilo solo un momento. Camino hacia la cama, estiro de las sábanas, las aliso y ahueco las almohadas. No están impolutas como en el ejército, pero están mejor que ayer.

Inhalo profundamente. «Bien».

Al bajar las escaleras, me detengo a mitad de camino, mirando alrededor, escuchando. La casa está en silencio.

No hay nada.

Sigo caminando, mientras le echo un ojo al reloj del abuelo, que está en el vestíbulo. «Las siete y diez».

Sobre esta hora todavía suelen estar en casa.

Entro a la cocina y veo a Krisjen sacando una sartén del fuego. Se me eriza el vello de los brazos, y no estoy seguro de si es porque huele a carne o porque la estoy mirando a ella.

Me sonríe y, cogiendo las pinzas entre su mano, coloca un chuletón en un plato.

Me sirvo una taza de café.

—¿Dónde está todo el mundo?

Suspira.

—Cuando me he despertado he visto que se marchaban a toda prisa —me dice—. Se supone que va a llover más tarde, así que querían dejar todo el trabajo hecho antes de que empezara la tormenta.

«¿Que querían dejarlo todo hecho?».

Joder, ¿están todos intentando hacerme sentir orgulloso o alguna mierda por el estilo?

Me pasa el plato, y miro hacia abajo.

—No tengo...

Pero luego me callo, cerrando la boca. Miro la carne y los jugos que se acumulan a su alrededor y me obligo a dejarme llevar. A seguir su ejemplo.

—Gracias —susurro.

No dice nada, simplemente vuelve al cajón de los cubiertos mientras yo me llevo el plato a la mesa. Al sentarme, me coloca un cuchillo y un tenedor junto al plato.

Pincho el filete con el tenedor, mi estómago ruge al sentir lo tierno que está. Se me hace la boca agua.

Doy un bocado, el sabor y el toque a parrilla hacen que me cueste no emitir un sonido de puro placer. Dios. Sigo comiendo, cortando la carne otra vez mientras mastico y trago el primer bocado.

Ella coloca un vaso frente a mí y empieza a alejarse, pero la llamo.

—¿Podrías ponerlo en una taza de café o algo así? No puedo dejar que la gente me vea bebiendo un batido rosa.

Esboza una sonrisa, tratando de contener la risa mientras lleva el vaso al fregadero. Luego pasa el líquido de frutas a una taza opaca.

Doy otro bocado y enseguida me meto otro más en la boca, mientras ella desaparece en la despensa. Apuro medio batido de un trago, y mientras la brisa mueve las cortinas a mi lado, sigo comiendo.

Levanto la vista y veo a Army medio vestido, de pie en el umbral entre la cocina y el salón.

Trago saliva.

—¿Sigues aquí? —le pregunto.

Abre la boca, luego la cierra, mirando hacia la despensa mientras Krisjen revisa latas y cajas.

—Me voy en un rato —dice él.

Corto el último trozo de carne, notando el pulso latiendo fuerte en mi cuello. Esperaba encontrarla sola. Hoy ella libra, así que habrá

decidido quedarse un rato más para poder follar.

—Pensaba que hoy ibas a ir al puerto —dice.

—Y así es.

Krisjen sale con unas latas, poniéndolas en la encimera.

—¡Ey! —saluda a Army canturreando.

Él la mira.

Yo le miro a él.

Él me mira a mí.

Krisjen se mete de nuevo en la despensa, y me trago el último bocado.

—Hoy se viene conmigo —digo sin pensar—. A Ames le gustará tener algo bonito que admirar.

Me levanto, llevo mi plato al fregadero y cojo el batido. No quiero que Krisjen se quede en casa sin estar yo, pero a la vez no tengo tiempo de pensar por qué me molesta. Lo pensaré después. Me acerco a él.

—¿Has comido? —le pregunto.

Niega con la cabeza.

Le paso el batido.

—Termínate esto. Le pone col rizada o alguna mierda así y cree que me la está colando.

Él lo acepta, mientras una leve sonrisa cruza sus labios.

Debería luchar por su atención. Tiene todo el derecho, pero... me alegra que casi nunca se niegue. Hubo un momento de mi vida —que duró más de lo debido— en el que solo necesitaba que por lo menos una persona hiciera lo que yo le decía. Un momento en el que necesitaba alguien en quien confiar para delegarle tareas.

Army es la relación más larga que he tenido. Y sé que le debo mucho.

Se la devolveré mañana. Solo necesito una noche más.

Me pongo la camiseta, cojo las llaves y camino hacia el garaje, quitando la lona que cubre mi moto de un tirón.

Dos horas después, llegamos al puerto. Ella se quita el casco y echa la cabeza hacia atrás, su cabello vuela sobre sus hombros, cubriéndolos como si fuera un manto. Se ríe con una enorme sonrisa.

—Siempre había querido hacer esto.

No reacciono, pero por dentro estoy sonriendo más de lo que me gustaría admitir. Es tan inocente. De una forma dulce, pura y encantadora, y por alguna razón, también un poco irritante. Ojalá algo me hiciera tan feliz como le hace a ella recrear un anuncio de champú.

Cojo su casco, lo cuelgo en el manillar y me desabrocho la chaqueta de cuero.

—Probablemente tengamos suficientes piezas en casa como para montar otra moto —digo—. En caso de que quieras aprender a conducir.

—No —responde de inmediato, rodeando la moto para acercarse a mí—. Me gusta ir contigo.

Aprieto la mandíbula, tratando de disimular cómo de repente me cuesta respirar. Ella se coloca a mi lado, con su vestido blanco. Es corto, ajustado y asimétrico; está sostenido por una única tira en su hombro izquierdo, mientras que el derecho está al descubierto. Se ha pintado los labios de rosa.

Agarra el interior de la parte superior de mi brazo con su mano. Y me lanza una mirada que me mata.

La guío por el muelle, los barcos de pesca se balancean y los yates están anclados en la distancia. La luz se atenúa cuando una nube pasa frente al sol, y veo a Garrett Ames bajando de su yate a

motor de diecisiete metros, caminando hacia nosotros mientras se guarda el móvil en el bolsillo del pecho.

—Honestamente, esperaba al otro —dice—. ¿Army, era? —Sus ojos azules brillan como si fuera lo más divertido del mundo—. Señorita Conroy. —Dirige su atención a Krisjen—. Ha crecido usted.

La observa de arriba abajo. Yo le quito el brazo que tiene alrededor del mío para darle la mano en su lugar.

Jerome Watson se acerca detrás de él, y siento los dedos de Krisjen apretarse alrededor de los míos.

—Deberíamos sentarnos —dice Ames, señalando el restaurante en las escaleras. Los comensales están acomodados a la luz de amplios ventanales, alrededor de mesas con lujosos manteles que me incomodan.

—No —respondo.

Ames me estudia.

—Lo digo porque esto de reunirse aquí en el muelle parece algo sospechoso.

—Vamos a mi barco. —Señalo la lancha a apenas quince metros a la derecha—. No es nada del otro mundo, pero podríamos dar una vuelta, lejos de las miradas.

—¿Para que encuentren mi cuerpo en la orilla en una semana? —responde él.

Inclino la cabeza.

—No he venido con un ejército. Solo con una chiquilla inofensiva.

Sé que está lejos de ese adjetivo, pero Garrett Ames piensa que todas las mujeres son sordas, mudas y ciegas. Estoy bastante seguro de que la considera el menor de sus problemas. Pero, aun así, Krisjen bromea.

—¿Estás diciendo que no puedo con uno solo? Puedo con varios a la vez, de hecho.

Río, sorprendiéndome a mí mismo. La mirada de Jerome va de ella a mí, y aprieto su mano.

—Sé lo peligrosa que eres —le digo.

Borrando la sonrisa de mi cara, me centro de nuevo en Ames.

—Quieres ochenta hectáreas, ¿no? —le digo, yendo al grano. No quiero estar aquí más de lo necesario.

—Más o menos —dice él—. A cambio, obtendrías las aprobaciones del ayuntamiento para tus permisos. Además, podrías hasta firmar un contrato de construcción.

Todo eso lo podría conseguir ya, si quisiera. Sanoa Bay va a tener calles. Calles pavimentadas de verdad. Por fin. Pero prefiero no recurrir a la fuerza para obtenerlo, así que le dejaré pensar que puede conseguirme lo que no puedo obtener por mí mismo.

—¿Para qué quieres el terreno? —le pregunto.

—Para las placas solares. ¿Y tú, para qué quieres los permisos?

—Infraestructura.

Me dedica una de esas sonrisas de «¿adónde va este pobrecito?». Luego añade:

—Es como querer apagar un incendio con un vaso de agua, ¿no te parece?

Aprieto los dientes. Llevan años con esa mierda. Y aquí seguimos todavía. No he cedido el terreno. No les he dado ni una sola hectárea.

Jerome da un paso adelante, mirándome.

—Aliarte con los Collins podría darte algo de margen, pero aliarte con ella... —Señala a Krisjen—. No conseguirás nada con los Conroy.

—Esa no es la razón por la que nos gusta —le provoco casi susurrando.

Mi hermana tiene a Clay, y el padre de Clay ha sido generoso ayudando y moviendo algunos hilos, pero nunca le pedí que lo

hiciera. Y aunque agradezco cualquier cosa que me facilite la vida, me las habría arreglado por mi cuenta.

Garrett Ames me sostiene la mirada, y sé que está a punto de amenazarme o de explicarme cuál es la realidad del asunto; como si no supiera que todo lo que tengo sería suyo si yo desapareciera de repente un día.

Pero antes de que alguien pronuncie palabra, Krisjen interviene.

—¿El Estado no ofrece incentivos fiscales para terrenos de energía solar?

«Sí, pero...». Un momento, ya me estoy dando cuenta de adónde quiere llegar.

—Es cierto —digo mirando a Ames—. Una hectárea es aproximadamente... unos diez mil metros cuadrados. Eso equivale a más de cuatrocientos kilovatios de paneles solares multiplicados por doscientas hectáreas. Estás hablando de un proyecto a escala de servicios públicos.

—Podrías simplemente alquilar el terreno —comenta Krisjen, con tono inocente—. A la larga, te sale más a cuenta que lo que están dispuestos a pagar ellos.

Sonrío.

—Muy cierto —corroboro.

Los ojos de Ames se endurecen hacia ella, luego da un paso hacia mí.

—Solo me interesa lo que puedo poseer. No necesito a ningún propietario —dice con aspereza—. Tienes algo que necesito. Tengo algo que necesitas. Piénsalo. Tienes una semana. Y luego dejaré de actuar como si tuvieras alguna importancia en todo esto.

Por primera vez en mucho tiempo, siento mis brazos fuertes. El fuego y el calor me recorren la piel, y casi espero que venga a por mí.

Da el último paso hacia mí, bajando la voz.

—Y ya sé que a Dallas le gustaba follarse a mi hijo —me suelta.

Krisjen gira la mirada hacia mí.

—¿Callum? —susurra.

Sí. Callum Ames. Su compañero de clase en el instituto y un arrogante abusón de mierda.

No respondo en voz alta, claro. No me corresponde airear los asuntos de Dallas. Me alegro de que solo durara un mes y de que Garrett Ames tenga tan pocas ganas de que la gente lo sepa como yo.

Pero sí, Callum es su hijo. Es un idiota más, afiliado a la típica fraternidad a la que suelen ir los niños perfectos americanos como él. Quería que todos pensaran que se tiraba a mil tías, cuando en realidad a quien quería era a mi hermano.

El problema era que solo tenía diecisiete cuando empezó con Dallas. No sé si yo hubiera podido sacar a Dallas de ese marrón en caso de que el padre de Callum hubiera decidido tomar medidas.

Afortunadamente, Callum está en la universidad, y espero que nunca vuelva. Si lo hace, no traerá nada bueno. No le hizo ninguna gracia que mi hermano le dejara.

—Si vuelven a tocarse alguna vez —advierte Ames—, la bahía recibirá la visita de gente que cobra en efectivo y que sabe hacer desaparecer hasta los huesos. Y luego llegarán las excavadoras. ¿Sabes qué es mejor que doscientas hectáreas? Dos mil.

Luego se aleja, diciéndome de nuevo:

—Tienes una semana.

Se da la vuelta y se dirige a las escaleras, Jerome le sigue lentamente.

—No podéis sobrevivir —nos dice—. Todos lo saben, menos vosotros.

Da media vuelta, y ambos suben las escaleras hacia el restaurante.

Sujetando la mano de Krisjen todavía, camino con brusquedad de vuelta hacia la moto.

Quiero que se atragante con cada grano de arena de la bahía.

Y lo quiero ya. No estoy dispuesto a pelear con este tipo diez años más.

Hemos conseguido preservar el terreno, pero nada mejora, y tiene que mejorar o, de lo contrario, no tengo ni idea de para qué habrá servido todo esto.

Necesito cambiar algo.

—¿Placas solares? —dice Krisjen.

—Y una mierda.

Los tipos como él poseen plataformas petrolíferas, no energía limpia. Lo quiere para otra cosa.

Llegamos a la moto, y le paso el casco.

—Podrías conseguir los permisos en un abrir y cerrar de ojos —dice ella, sosteniendo el casco con una mano y recogiéndose el pelo para que quepa dentro—. Tienes a todos los de arriba en el bolsillo.

¿Cómo sabe eso? ¿Alguien le ha contado algo sobre las cámaras?

Aunque así sea...

—Pero no todos lo saben —señalo—. Cuando lo sepan...

—Se volverán más agresivos.

—Exacto. No esperarán a que actúe.

Sus ojos se llenan de preocupación.

—¿Te matarían?

No respondo, simplemente me subo a la moto.

—No les dejes hacerlo —dice.

¿Que no deje que lo hagan?

—¿De verdad crees que yo...?

—Ya sabes a lo que me refiero.

Me paro, mirándola fijamente. Quiere decir que no se lo ponga fácil, como si insinuara que he tenido pensamientos suicidas.

—Te he entendido —le digo, suavizando la voz. Comienzan a caer unas gotas de lluvia, y su piel cubierta con la tela blanca casi brilla con las gotas.

Le dedico una ligera sonrisa.

—Estás guapa.

Ella se pone el casco, abrochándolo, y luego se sube el vestido, lo justo para acomodarse detrás de mí. Me rodea con sus brazos, apretándome fuerte.

—No te preocupes, Krisjen. —Arranco la moto—. Te aseguro que hombres como ese no acabarán conmigo.

Quito el caballete con el pie, mirándola por encima del hombro.

—Y no sales de la bahía sin seguridad de ahora en adelante —le ordeno—. Ahora eres un objetivo, igual que el resto de nosotros, y no sabemos lo que harán.

—Dejas que Liv, Clay y Aracely vayan y vengan como quieran.

Mierda.

—Crees que no sé defenderme —continúa—. Puedo, si quiero.

Da igual lo que diga, aquí sí que no cedo.

—No sales de la bahía sin un hombre.

La lluvia cae, las gotas se precipitan contra el suelo, y echo la cabeza hacia atrás, sintiendo el agua fría y la suave presión de su cuerpo alrededor del mío.

Como un ancla.

—¿Te importa si damos una vuelta en la moto un rato? —le pregunto—. ¿Bajo la lluvia?

Se va a empapar, pero de alguna forma sé lo que le gusta. Y, fiel a su estilo, responde:

—Toda la noche si quieres.

Arranco, sin querer estar en otro lugar por primera vez en mucho tiempo.

25

Krisjen

Entra en el garaje y frena. Mi cuerpo presiona contra el suyo mientras me agarro fuerte a su cintura. No se me ha borrado la sonrisa de la cara desde que nos hemos ido del muelle.

Apaga el motor y saboreo la sensación de tenerlo en mis brazos una última vez antes de soltarle. Bajo de la moto, me quito el casco y tiemblo, riendo al ver cómo goteamos. Estamos empapados.

Empieza a subir por las escaleras, pulsa el botón para cerrar la puerta del garaje, y noto que los dientes me castañean mientras entramos en la cocina oscura. Me acerco a la isla y saco un trapo limpio de un cajón, usándolo para escurrir el agua de mi cabello. No entra luz desde el salón, la casa está en silencio a nuestro alrededor.

Me quito los zapatos y sostengo el trapo contra mi pecho.

—¿Dónde está todo el mundo?

Él se quita la chaqueta y la cuelga en el respaldo de la silla.

—Cerca, seguro.

Levanta los brazos, quitándose la camiseta, y yo observo su abdomen firme y bronceado, notando cómo la línea de cada músculo se flexiona. Las costillas se le marcan en la piel.

En un momento, está frente a mí, secándose la cara y el cuello con el trapo.

—¿Por qué no me has dicho que tenías frío? —pregunta.

Le quito el trapo, como si fuera algún sustituto de una manta, y resoplo con una risa.

—No quería que pararas.

Me mira desde arriba.

—Ya, yo tampoco.

Ha sido divertido. Hemos recorrido cada rincón. Llevamos ciento cincuenta kilómetros de costa recorridos en un día. Desde los distritos comerciales ajetreados junto a la orilla hasta los diversos barrios de la bahía. El tiempo pasaba de lluvia a sol en segundos, hasta que hemos dado la vuelta y nos hemos empapado de camino a casa. He estado a punto de decirle que siguiera. Nunca he estado en Cabo Cañaveral. Podríamos haber reservado una habitación. Le sentaría bien pasar una noche fuera de la ciudad de vez en cuando.

—¿Están aquí tus hermanos?

—Esta noche les toca con mis abuelos. —Dejo el trapo—. ¿Tienes hambre?

Cuando no responde, levanto la mirada. Sus ojos cálidos me observan y arden en los míos.

No parpadeo. La casa está completamente en silencio.

Tengo frío. Quiero quitarme el vestido.

—Deberías darte una ducha caliente —pronuncia en un susurro.

Por un momento, es como si un cordón invisible tirara de mí hacia él, atrayéndome. Va a tocarme. Nunca me ha visto como a una niña, ¿verdad? No soy demasiado joven para él.

Pero recoge su camiseta mojada y se va. Casi ni noto el leve dolor que siento en el bajo vientre en comparación con el frío que me invade de arriba abajo.

Dios mío, pero ¿qué me pasa?

No me puedo creer que se me haya pasado por la cabeza lo de ir a un hotel. Después de todo por lo que sé que está pasando...

Subo las escaleras, viendo cómo cierra su puerta justo cuando entro en la de Liv. Dejo caer mi vestido al suelo y me quito la ropa interior mojada. Me pongo una camiseta negra corta y unos pantalones cortos de dormir, recojo mi vestido y me dirijo al baño.

Dejo la ropa mojada colgada sobre la barra de la ducha para que se seque, cojo mi cepillo de uno de los estantes y empiezo a desenredar los mechones húmedos mientras paso el secador sobre ellos. Me recorren escalofríos por las piernas, aún frías. La temperatura se mantuvo todo el día en unos veintitantos, pero añádele la lluvia, el viento y la poca ropa. He notado el frío más que Macon, que al menos llevaba vaqueros y chaqueta.

De todas formas, creo que hoy se ha divertido. No ha parado la moto en ningún momento, sino que se ha limitado a ir echando vistazos para admirar el paisaje, igual que yo. Trace no solía llevarme en la moto. Prefería ir solo. Y Dallas intentó meterme miedo, yendo rápido, poniéndome a prueba de camino al Bug Jam.

¿Army tiene moto? Iron sí. Es lo único que conduce. No son una banda, pero casi lo parecen. Debería hacerles parches para sus chaquetas, de broma. La idea me hace sonreír. Pero entonces Macon entra, y pierdo la sonrisa. Termino con el último mechón y apago el secador.

Lo dejo a un lado y me peino mientras él se acerca al lavabo y moja el cepillo de dientes. Le echo un vistazo, bajando la mirada a los pantalones que se ha puesto para dormir, y luego me giro de nuevo. Lo guardo todo y le pongo pasta al cepillo de dientes.

La habitación se llena del sonido de los cepillados y del agua corriendo, pero él termina rápido y se enjuaga la boca.

—¿Qué te he dicho de la ducha caliente? —dice mientras limpia su cepillo.

Escupo.

—Estoy cansada —respondo en voz baja.

Me enjuago la boca, mientras él vuelve a dejar el cepillo en el vaso.

—Ve a por tu almohada.

Lo observo en el espejo, a mi espalda, mientras se marcha. No sé en qué momento se convirtió en hábito eso de dormir con él, pero el caso es que ahora es mi cosa favorita.

Me limpio la boca con el dorso de la mano y salgo, apagando la luz. Entro en la habitación de Liv para ir a por mi almohada.

Pero me vienen a la cabeza sus palabras de aquel día en la ducha sobre su futura mujer: «Está ahí fuera, en alguna parte...».

Pienso mucho en eso. Cuando Macon desea algo, se contiene a la hora de obtenerlo, porque cree que el ciclo terminará con él. Y sin embargo quiere que esté en su cama, porque recuerda lo bien que sienta ese calor. No quiere estar solo.

«Voy a dejar que encuentre a otro hombre...».

Dejo la almohada en la cama y me quito la camiseta. Me bajo los pantalones cortos y cojo la almohada de nuevo, abrazándola contra mi pecho desnudo. Con la ropa interior aún puesta, intento calmar mi respiración. Mientras cruzo el pasillo, veo su habitación a través del mechón que cae sobre mi ojo izquierdo.

Al entrar, lo veo junto a su mesita de noche, de espaldas a mí mientras pone el despertador.

Por un segundo, casi no puedo hablar.

—Tu cuerpo... también está caliente, ¿no? —digo en un susurro.

Él se gira, su mirada se dirige a la almohada, que sostengo sobre mi piel desnuda.

—Tan caliente como el agua de la ducha. —Trago saliva.

«No me hace falta el agua, él puede darme calor». El corazón me late con fuerza en los oídos.

La marca entre sus cejas se hace más profunda, y no sé qué significa eso. No parece que le guste lo que ve.

—Eres muy atrevida —dice, arqueando una ceja—. Para ser tan solo una adolescente.

Yo sé que en parte le molesta lo que hago. Cree que me da pena, que lo compadezco.

Me doy la vuelta para irme, pero él está detrás de mí enseguida. Aparta mi mano de la puerta tan pronto como empiezo a abrirla.

—La última santa que estuvo en mi cama se marchó sin su merecido castigo.

Clay. Respiro hondo.

Nos colamos en su casa la primavera pasada, y ella se tumbó en su cama mientras Callum Ames le hacía una foto. Como broma.

Estaba completamente vestida, claro. Y Macon no estaba aquí.

Me humedezco los labios.

—No quiero salir de tu cama nunca —susurro—. Y ya que estamos, te voy a pedir que borres el móvil de esa chica.

Sus dedos juegan con mechones de mi cabello en mi espalda.

—¿Quieres hacer por mí lo que ella quiere hacer?

Asiento.

Un aliento fuerte me roza el oído, y me levanta. Mi espalda está apoyada contra su cuerpo y su rostro enterrado en mi cuello. Suelto la almohada, gimiendo mientras echo la cabeza hacia atrás, cierro los ojos y llevo mi mano a su rostro.

—Macon...

Sus manos suben por mi cuerpo, cubriendo mis pechos, y me pongo de puntillas, intentando mantener el contacto mientras su boca se mueve sobre mi cuello. Tocando, rozando, mordiendo, respirando...

Se endereza, llevándome con él hasta que mis pies dejan el suelo.

—¿Cómo puedes ejercer tanto poder sobre mí? —gruñe, deslizándome una mano por la parte delantera de las bragas—. Joder, haces que todo sea más difícil.

Sonrío. Mi piel arde bajo la superficie, y siento que todo mi ser vibra.

—Lo sé —gimo.

Su boca abandona mi cuello, y yo busco sus labios con los míos, cortándole la respiración.

Girándome en sus brazos, dejo que deslice las manos por la parte trasera de mis bragas, agarrándome de las caderas y presionándome contra él. Le noto la erección contra mi cuerpo, y mi vientre se llena de calor.

Me enrosco en sus brazos mientras envuelve su cuerpo con mis piernas. Sostengo su cuello por detrás y me acerco. Haciendo casi rozar mi nariz con la suya.

—Ojalá hubiera sido yo la que estaba en tu cama aquella noche. ¿Qué habrías hecho si me hubieras pillado?

Extiende el brazo detrás de mí, y oigo el clic del pestillo.

—Te habría dado el castigo que te merecías —exhala.

El corazón me da vueltas en el pecho. Uf, me encantan estos dobles sentidos. Ojalá hubiera sido yo la que hubiera estado en su cama. Ojalá hubiese sabido escuchar mis instintos, porque me fijé en él desde el principio. La primera vez que lo vi de cerca en el garaje durante aquel juego. Esa primera vez —mientras los demás estaban asustados— yo solo pensaba en lo inteligente que era. Yo ya entonces sabía que no era un don nadie despiadado de pensamiento limitado que solo quería causar problemas. Cuando Clay estuvo en sus redes, no pude dejar de pensar en que era más fuerte que cualquiera que hubiera conocido antes.

Me levanta por la parte trasera de los muslos, mirando hacia arriba para observarme.

—¿Te doy pena? —pregunta—. Dime que no lo haces por eso.

Le sostengo el rostro, adentrándome en sus ojos de chocolate.

—Dime que lo quieres —suplica.

—Esa noche en el garaje, te deseaba tanto —digo—. Quería que me llevaras al asiento trasero y que lo hiciésemos despacio, una y otra vez. —Mi voz se vuelve dura ahora—. Y no quiero que nadie más te toque.

Sé que no le da mucha importancia a la mujer con la que estuvo hablando ayer en el restaurante de Mariette, pero está cerca, y disponible si él la necesita.

Eso no me gusta.

—Yo cuido de ti —le digo—. Me encargaré del restaurante, de tu comida, me sentaré en tu erección pronto por la mañana y te dejaré quitarme las braguitas en mitad de la noche si te despiertas duro.

Me inclino sobre su boca, saboreándole antes de deslizarme lentamente entre sus labios, mientras le agarro el pelo desde la parte de atrás de la cabeza. Él gime, sujetándome con fuerza y mete su lengua, forzándome a separar los dientes.

Un escalofrío recorre mi cuero cabelludo hasta la punta de mis pies.

—Ah, Dios...

El calor de su boca se extiende por todo mi cuerpo, y me muevo más rápido, sin poder saciarme. Lo beso y lo lleno de pequeños mordisquitos, y luego le obligo a echar la cabeza hacia atrás para deleitarme con su cuello. Le beso la vena que se le marca y luego voy subiendo hasta su barbilla, saboreándola con la punta de mi lengua. La barba de su rostro roza mis labios, y no sé qué me pasa, pero de repente le muerdo la mandíbula sin siquiera pensarlo.

—Mío —digo—. Yo soy la que te toca.

Me abraza con fuerza, sus dedos posesivos se hunden en mi culo y mi cintura.

—Hostia puta. Krisjen, tenemos que parar. No podemos estar juntos. Eres demasiado joven.

Lo beso cada vez más.

—Eso lo decido yo —jadeo, arrastrando las uñas por los músculos de su espalda—. Y tú no me dices que no. Me dejas tener lo que yo quiera. —Deposito pequeños besos en su mejilla, en su mandíbula y en la comisura de su boca—. Soy tuya.

Y él cubre mi boca con un beso largo y profundo. Ninguno de los dos puede detenerse.

Me besa la frente, la mejilla, y quiero que vaya más rápido, con más fuerza, pero tampoco quiero que sea sexo salvaje. No en nuestra primera vez. Me encanta esa lenta agonía de la anticipación. Ese tiempo en el que él aprende mi cuerpo y yo el suyo. No saber... ¿Cuándo me va a besar más abajo? ¿Cuándo me quitará el resto de la ropa? ¿Cuándo abrirá mis muslos?

Me deja en el suelo, sobre mis pies, inhala mi cabello mientras coge mi mano y la guía hasta el borde de mi ropa interior, presionando mis dedos sobre mi clítoris.

—Haz eso —murmura—. Estás preciosa cuando lo haces.

¿Cuándo me ha visto hacerlo?

El recuerdo del sofá aparece en mi mente un segundo, pero luego me acuerdo de que lo hice para él en el garaje. «Con la manguera».

Saca un aparatito de un cajón de su cómoda y me lo entrega. Sostengo el vibrador rosa fucsia. La palabra «vibra» está escrita en un lateral.

—Es el mío —le digo mirándole.

¿Lo habrá sacado de mi mochila en algún momento? ¿Cuándo? Rebusco en mi mente, pero no me acuerdo de cuándo lo vi por última vez.

Me susurra al oído:

—Lo siento. Simplemente no quería que lo usaras con nadie más.

Entonces me viene un recuerdo de la primavera pasada. Hice una broma delante de los Jaeger sobre cómo usaba el vibrador después de que Trace me dejara insatisfecha. Macon estaba en la sala cuando lo dije. Parece ser que el comentario no le pasó desapercibido. Mis mejillas se calientan a la vez que mi corazón late más rápido.

Cogiéndome de la mano, me lleva hasta la cama. Le miro mientras giro el mando y escucho el zumbido del vibrador. Sus ojos me devoran por completo, y solo le veo a él. Casi ni soy consciente de que mi cuerpo se arrastra solo hasta la cama, donde me tumbo boca abajo y deslizo el vibrador dentro de mi ropa interior, contra mi clítoris.

Su pecho se eleva con respiraciones más pesadas mientras el calor inunda mis muslos. Las gotas de lluvia golpean contra las ventanas y las paredes, pero los únicos sonidos en la habitación son mis gemidos mientras empiezo a moverme contra el vibrador.

Apoyándome en un codo, balanceo mis caderas, sujetando el juguete entre la cama y mi cuerpo mientras empujo la ropa interior por mi culo para quitármela. Él me observa, hipnotizado, y yo me muevo, froto y deslizo la mano hacia abajo para mantener el vibrador en su lugar. Los escalofríos recorren mi vientre, y siento crecer el orgasmo; gimo, apoyando la frente en la cama y manteniendo el juguete sobre mi clítoris.

Sueño con días en los que él esté trabajando y yo no pueda esperar, y llegue a casa y me encuentre jugando en su cama. Y

entonces, de repente, soy todo en lo que piensa mientras entra y cierra la puerta para castigarme, tan fuerte que la cama se rompe.

Estoy follando cada vez más fuerte, balanceando mis caderas mientras siento el calor de su mirada sobre mi culo. Miro de reojo por un segundo, viendo la forma alargada de la erección marcada en sus pantalones, creciendo y endureciéndose.

Deslizo la otra mano entre mis piernas, sujetando el pequeño vibrador con ambas manos. El orgasmo se acerca, respiro entrecortadamente. Se me escapan pequeños jadeos mientras empujo una vez con fuerza. Y luego otra vez. Y entonces...

Me da la vuelta y me arranca el vibrador. Y gimo mientras me quita las bragas.

—Macon... —jadeo, y después gimo—: No.

No me he corrido.

Pero en un segundo, está lamiendo uno de mis pezones y deslizando un dedo dentro de mí. Y luego otro, creando espacio para llegar más profundo.

Clavo las uñas en su cama. «Ah. Sí».

Suena un móvil en la cómoda. El suyo. Ese no es mi tono de llamada. Pero lo ignora, y finalmente se detiene mientras su boca caliente desciende sobre mi abdomen y llega entre mis muslos. Moviendo sus dos dedos dentro y fuera, besa mi clítoris, lo lame, y luego lo besa otra vez. Me tiemblan las piernas.

—Por favor... —suplico.

Pero el teléfono vuelve a sonar, y Macon muerde la piel de mis muslos con frustración.

Me quejo en voz alta, sujetando su cabeza para mantenerlo allí, pero él se aparta. Va rápidamente hacia su cómoda, mira su móvil y desliza para rechazar la llamada.

—Maldito Trace —gruñe, ignorando la llamada.

Me siento, apoyando las manos detrás de mí en las mantas.

—Vuelve a la cama —le suplico.

Se gira, y veo el sudor que brilla en su cuello mientras me mira sin parpadear. Solo le lleva un momento, y ya está bajándose los pantalones y sujetándose la erección.

Mis ojos se ensanchan al verlo acariciarse y acercarse a mí como si fuera una amenaza.

Se sube a la cama, y yo me echo hacia atrás, agarrando sus caderas para guiarlo entre mis piernas.

El teléfono vuelve a sonar.

—Maldito crío —exhala, mirando en dirección al teléfono aún en su cómoda.

Pero me arqueo, lamiendo y besando su mandíbula.

—No le mates.

Me coge de las muñecas y me empuja hacia atrás, inmovilizándolas sobre mi cabeza.

—No lo haré, nena —me dice, inclinándose sobre mi boca—. Él te trajo a casa conmigo.

Dios, sí. Me encanta saber que Macon me desea. Me gusta saber que le gustó lo que vio hace meses y lo quiso.

El teléfono vuelve a sonar, y Macon se levanta de la cama para ir a buscarlo. Pero el cuerpo me palpita, y lo necesito dentro de mí ya.

—Macon... —gimo.

Y se vuelve, viéndome, con los muslos abiertos, mojada para él.

Deja que el maldito aparato siga sonando y vuelve, arrodillándose entre mis piernas y agarrándome de las caderas, tirando de mí hacia él. Debería decirle que lo ponga en silencio, pero no puedo esperar.

—Casi desearía que esos rumores sobre mí fueran ciertos —dice —. Si te hubieran entregado a mí a los dieciocho, nunca habría dejado que nadie más te tuviera.

Presiona la punta de su polla contra mi entrada, se inclina sobre mí y empuja. Grito, echando la cabeza hacia atrás mientras me llena y se hunde más profundo cada vez.

—Joder —susurra, inmovilizando mis muñecas sobre mi cabeza otra vez—. Te habría guardado solo para mí.

Muevo las caderas, buscando su boca, ninguno de los dos queremos ir despacio mientras el calor en la habitación crece y crece.

—Haz conmigo lo que quieras —susurro. «Porque yo soy de las que conserva todo lo que quiere, y lo quiero a él». Dios, lo quiero.

Encuentro sus labios, saboreando el tacto de su piel y el sabor de su lengua.

—Ábrete más, Krisjen... —me ruega.

Dejo caer mis muslos hacia los lados para abrirme más. Mientras él besa mi boca, mi cuello y me succiona un pecho de nuevo. Tira de un pezón, y me arqueo para mantenerlo en su boca. «Dios, me encanta cuando hace eso». Libero las muñecas de su agarre, cogiendo su cintura entre mis manos, y lo acerco, hundiéndolo profundamente en mí.

Gimo, y él gruñe, apoyándose sobre mí para mirar mi cuerpo mientras lo hacemos.

El teléfono suena. Lo ignoramos.

—Macon... —gimo.

Vuelve a sonar. Él refunfuña. Pero yo suplico:

—No pares.

Miro sus ojos, sosteniendo mi mano detrás de su cuello, pero el teléfono vuelve a sonar.

Él se aparta bruscamente.

—Me cago en todooooo.

Y se me escapa un sollozo cuando su calor me abandona y deja la cama.

Agarra su teléfono, tirando cosas de la cómoda en el proceso, y contesta.

—¡Joder! —gruñe, sosteniendo el teléfono en su oído—. ¿Qué?

—¡Los santos acaban de cruzar las vías! —escucho a Trace gritar desde aquí.

Macon respira agitado, volviendo hacia la cama mientras se acerca a mí.

Me muerdo el labio inferior y entonces... me giro y lo atrapo con la boca mientras se aproxima.

—Uf, mierda —gime al darse cuenta de lo que estoy haciendo.

Se queda de pie junto a la cama mientras se la chupo. Se inclina un poco más hacia mí, hundiendo su polla en mi boca mientras su mano me acaricia las tetas.

—Sí, así que, emm... —Trace titubea, y me doy cuenta de que Macon acaba de soltar eso en su oído—. Han girado a la izquierda justo ahora. Supongo que van hacia el cementerio.

—¿Y a mí qué me importa? —Macon roza mi pezón derecho con el pulgar, moviéndose lentamente en mi boca para no hacerme daño. Vuelve a gemir—. Oh, Dios...

—¿Estás...? —Trace empieza la pregunta, pero se detiene—. Olvídalo. —Hace una pausa y luego continúa—. ¿Qué quieres que hagamos?

—Retiraos.

—Pero...

—Ya me has oído —replica Macon, cortante—. Déjalo.

—Están buscando el tesoro.

—No está en el cementerio —dice Macon.

Abro los ojos justo cuando aparta el teléfono de su oído y lo lanza sobre la cama.

—Ya no está allí —murmura para sí mismo.

¿El tesoro? Ese era uno de los rumores sobre los que le pregunté cuando comimos en la cocina ese día. ¿Será verdad?

Giro mi lengua alrededor de su punta, saboreando mis fluidos sobre su piel. Me encanta que sepa así, porque ha estado dentro de mí.

—Tengo buen sabor —susurro suavemente.

Él baja, me levanta, poniéndome de rodillas, y me acerca a su cuerpo.

—Sí que lo tienes —murmura sobre mis labios.

Me besa, saboreándose en mis labios y hundiéndome los dedos en el culo.

—¿Así que el tesoro es real? —pregunto, recordando lo que acaba de decirle a Trace—. Van a destrozar el lugar, lo sabes.

Me sostiene fuerte.

—Va a hacer falta más que eso para sacarme de esta cama esta noche.

Nos besamos, nuestros brazos se enlazan con fuerza, y no puedo distinguir qué extremidades son mías y cuáles suyas. Quiero esto con él. Quiero que no haya nada mejor que esta noche. Quiero...

Un estallido resuena en el aire, seguido de otro, y saltamos, apartando nuestras bocas.

Aún abrazados, miramos hacia la ventana en dirección al brillo de una explosión que viene de algún lugar detrás del restaurante de Mariette. ¿Viene de una carretera? ¿Del pantano, tal vez?

—Dios mío —murmura él.

El fuego arde con fuerza, y dejo de respirar por un segundo. «Trace, Dallas, Army...».

Miro a Macon.

—Tenemos que ir —le digo.

Me coloco la capucha del chubasquero de Liv mientras Macon y yo salimos corriendo a la calle. Nos subimos a una de las camionetas, el agua cae sobre nuestros rostros, empapando su camiseta negra mientras gira la llave.

Da un volantazo brusco a la izquierda, y yo me agarro al salpicadero y a la puerta mientras dobla la calle y se lanza carretera abajo, en dirección al bar y al motel. La puerta de la estación de bomberos está levantada, y la pequeña camioneta de su interior ha desaparecido. Algunos de los voluntarios del cuerpo de bomberos deben de haber salido ya hacia el incendio.

Pero en lugar de girar a la izquierda, pasando el restaurante y en dirección a la explosión, Macon se mete en un aparcamiento libre, completamente embarrado y deja el motor encendido.

—Vamos.

Da un salto fuera de la camioneta, y yo empujo la puerta chirriante para saltar también.

Subiendo los escalones delante de mí, abre la puerta y entro detrás de él.

La gente grita y se agita dentro del restaurante, y miramos a nuestro alrededor en busca de caras conocidas, pero todo lo que veo son empleados, turistas y algunas personas de la bahía.

Pero entonces los veo. Army, Dallas y Trace cruzan la puerta de la cocina y atraviesan el comedor. Exhalo, aliviada.

Macon se lanza detrás de la barra, saca una pistola, comprueba las balas y la guarda en la parte trasera de sus vaqueros. El corazón se me sube a la garganta.

Entonces me acuerdo. «El arma». La que tenía en su mesita de noche. Aún no la he devuelto a su sitio. Supongo que es una suerte que no haya pensado en cogerla antes de salir de casa.

Se baja la camiseta, cubriendo el arma, y se dirige de nuevo a la puerta, seguido de sus hermanos.

Los otros salen por la puerta, pero me planto frente a Macon antes de que pueda irse.

—Es una distracción —le digo.

Él solo murmura:

—Quédate aquí. No quiero que te quedes sola en la casa.

Ni siquiera me mira mientras intenta salir de nuevo.

Pero repito:

—Es una distracción.

Sea quien sea que haya hecho esto, está intentando mantener ocupados a los Jaeger mientras hace algo más. No han venido en busca de pelea. No necesita el arma.

Él me esquiva para empujar la puerta, y yo cojo su mano y acerco mis labios a los suyos.

—Ten cuidado.

Pero él retira su mano de la mía.

—Aquí no.

Pasa junto a mí, saliendo del restaurante de Mariette, y lo miro, viendo cómo todos suben a sus camionetas. Aceleran, y siento la mirada de la gente en mi espalda, pero cuando me vuelvo, nadie parece estar observando.

Bueno, quizá únicamente tres personas.

Busco a mi alrededor y encuentro a Jessica sonriéndome. Summer me mira, pero sin sonreír.

Recorro el lugar con la mirada. «¿Dónde está Aracely?».

Santa María. Eso es lo que ha mencionado Trace. Si está en lo cierto, Aracely estará allí.

Salgo corriendo del restaurante, bajo los escalones de madera y me lanzo a la lluvia. Salpico cada vez que piso un charco, avanzando por el oscuro camino de tierra y adentrándome en la noche. Los árboles se cierran a ambos lados, y sé que hay humedales detrás de los árboles a mi derecha. Pero sigo en la carretera.

Corro sin ver a nadie alrededor. Los chicos se han ido en sus camionetas hace ya un buen rato.

Pero voy hacia la explosión. Me desvío por un sendero estrecho a mi izquierda, dejo caer la capucha y veo las marcas de neumáticos que han pasado recientemente. El camino es pequeño, pero los BMW y Audi podrían caber sin rozar ni una sola rama en todo el trayecto.

Me aparto el pelo de los ojos, sintiendo cómo el agua me empapa las zapatillas. Veo las lápidas, que empiezan a aparecer más adelante, y salto entre una fina hilera de árboles. Al tropezar en el cementerio, miro rápidamente a mi alrededor en busca de coches, linternas o personas, pero no veo nada aún.

Sé que Aracely está aquí. A principios de año, aprovechó para enfrentarse a una santa a la mínima oportunidad que tuvo. No se va a perder esto. Permanezco agachada y avanzo entre las malas hierbas y la hiedra que trepa por las viejas tumbas.

Los nombres de gente que vivió hace cientos de años aún se pueden distinguir, grabados en el granito medio enterrado en la tierra, tras siglos hundiéndose. Mientras que otras lápidas están tan descoloridas y erosionadas por el clima que no se lee nada. Estuve aquí una vez, con Liv y Clay, porque resulta que los rumores que circulaban sobre esconder cosas en tumbas sí que eran ciertos. En una de las criptas hay por ejemplo cajas de licor. Macon las compra

ilegalmente y se las suministra al bar. Como a veces los de Santa Carmen sobornaban a su proveedor, se dio cuenta de que necesitaba una reserva. Liv sabe dónde está. Una noche del verano pasado hicimos una incursión.

Pero ¿un tesoro? Nunca pensé que eso fuera cierto. De hecho, todavía no me lo creo. Si eso fuera importante, Macon podría ser fácilmente la persona más poderosa del sur de Washington. ¿Por qué no iba a usarlo entonces?

Veo dos linternas danzando en la oscuridad más adelante, y entonces se encienden unos faros. Me detengo en seco.

Pero antes de que puedan verme, alguien me agarra y me tira al suelo. Cruzo una mirada con Aracely, también veo a su hermana y a algunos de sus amigos habituales, sobre las tumbas o escondiéndose detrás de las lápidas.

Me deslizo junto a ella, escondiéndome detrás de una lápida.

—¿Estás de nuestro lado o del suyo? —me pregunta.

Le lanzo una mirada.

—¿Tú qué crees?

Ella me coloca algo en la mano y bajo la mirada; la luz de la luna a través de las nubes me revela unos nudillos de acero. «¡Con picos exteriores incluidos!».

Abro los ojos de par en par.

—¿En serio?

Ella se encoge de hombros, agarra un bate de béisbol y se gira para mirar alrededor de la esquina.

Me pongo los nudillos por si tengo que pegar a alguien, pero lo cierto es que no tengo interés en hacer sangrar a nadie.

—Sabes que a Macon no le haría ninguna gracia —le digo.

Me lanza una mirada envenenada.

—Lo único que necesito de un hombre es que me proteja de una cadena perpetua. Puede limpiar las pruebas cuando haya terminado.

Ajá. En realidad, eso me parece bien. Siempre y cuando podamos deshacernos de ellos antes de que él y sus hermanos aparezcan. Iron no necesita compañía en la cárcel.

Las linternas se mueven a unos cien metros, desplazándose entre las tumbas en busca de cualquier movimiento.

—¿Cómo sabrían qué tumba hay que desenterrar? —le pregunto a Aracely.

Ella se incorpora sobre una rodilla y se sube la cremallera de su ajustada chaqueta.

—Cuando no eres demasiado estúpido y tienes una cantidad ilimitada de recursos a tu disposición, todo es posible. —Se limpia las manos llenas de barro en los vaqueros y se pone un gorro—. Haces un inventario de las tumbas, identificas quiénes fueron los conquistadores y luego te das cuenta de que uno de ellos tenía una amante, y que las cartas de amor que se intercambiaban están hoy en el Museo de Santa Carmen. Cuando llevas veintiocho años casado con una mujer que te ha dado tres hijos, confías en ella, incluso en la muerte.

Dios mío.

—¿Crees que el tesoro es real? —le pregunto.

—Él no te dijo que no lo fuera. —Me clava la mirada—. ¿Verdad?

Mi rostro se descompone. Dios.

¿Siempre han sabido que existía? ¿O lo encontraron hace poco? ¿Todo el mundo sabe que es real? ¿Realmente lo ha visto ella alguna vez? Tengo tantas preguntas.

Se pone el gorro, y me doy cuenta de que es un pasamontañas que lo cubre todo excepto sus ojos. Sus amigos la imitan, todos poniéndose en posición.

Me levanto, lista para seguirlos.

Miro a Aracely.

—No vas a pincharles las ruedas, ¿verdad?

—No, quiero que se vayan.

Tiene sentido.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? —le pregunto.

Me mira, sonríe y luego...

Se pone de pie en un salto, seguida de los demás. Todos levantan las manos al aire y aúllan a todo pulmón.

¿Qué coño están haciendo? Estiro el cuello para verlos correr a toda velocidad por el cementerio, hacia los intrusos.

Los brillos de las linternas se enfocan hacia nosotros. Solo me da tiempo a ver el vaivén de la coleta rubia de una chica que está corriendo.

Hago lo mismo, persiguiendo a Aracely y respirando con fuerza una y otra vez. Esto es una locura. Alguien va a salir de aquí herido. O arrestado.

Corremos bajo la lluvia. Aracely coge impulso, echando los brazos hacia atrás, lista para asestarle en la cara a alguien.

Me fijo en un chico —creo que todavía va a Marymount, de hecho — que retrocede asustado, levantando las manos.

—¡No, no, no, no!

Aracely baja el bate, y veo con horror cómo golpea el capó del Tesla del tipo, que queda abollado con un cráter en el centro.

—¡Dios mío! —Emaline Truax deja caer una pala cubierta de tierra con la que han estado excavando. Se hace con un mazo que han traído, pero me abalanzo sobre ella antes de que ataque. La empujo, y el mazo cae en un charco, y entonces escucho un forcejeo y me giro enseguida. Aracely tiene a un tipo detrás intentando arrebatarle el bate. Corro hacia él y salto sobre su espalda.

—¡Ah! —gruñe.

Enrosco mi cuerpo a su alrededor, atrapándolo en una llave, que es básicamente lo único que sé hacer gracias a las peleas con mis hermanos.

Me lanza al suelo y caigo sobre el barro, los picos de mis nudillos se hunden en la tierra.

Las puertas de los coches se cierran de golpe, los faros se encienden y las ruedas chirrían mientras los intrusos escapan. Una camioneta se aleja a toda velocidad seguida de otra.

Aracely me mira. Sonrío al verlos dar media vuelta y salir corriendo. Ella también sonríe. Liv y Clay estarían orgullosas de mí.

Trace salta de su camioneta.

—¿Os habéis deshecho de ellos? —le pregunta a Aracely.

Me levanto, a punto de acercarme, pero Aracely me aparta.

—Cuidado.

Miro hacia abajo. El agujero que han intentado cavar es patético. Leo la lápida:

«*El... des... a... fío. El desafío».*

Tendría que preguntarle a Paisleigh. Ahora sabe más español que yo.

—Gracias —le digo a Aracely.

Pero alguien me agarra de los hombros y me da la vuelta.

—¿Estás bien?

Levanto la mirada y me encuentro con los ojos de Army.

Pero Aracely interviene:

—Sí, estoy bien —le dice, comenzando a alejarse—. Por si te lo preguntas. Aunque solo sea por una vez.

Me fijo en cómo recoge su bate y empieza a salir del cementerio. Me doy cuenta del dolor evidente que refleja su rostro; está más claro que el agua. Sin embargo, él no se ha percatado del leve

temblor en sus ojos cuando ha pasado junto a ella como si no estuviera allí.

No tengo la oportunidad de ir tras ella. Macon se acerca, con la mandíbula apretada y su dura mirada clavada en mí.

—Te he dicho que te quedaras en el restaurante. ¿Qué pensabas que ibas a conseguir?

Army baja las manos, pero no creo que Macon se haya dado cuenta siquiera. Ahora mismo me está mirando como a veces mira a Trace.

Trago saliva.

—Deshacerme de ellos antes de que llegarais.

—¿Acaso soy yo el que suele cometer estupideces de las que necesito que me protejan? —me reprende—. Podrían haberte herido. Haberte llevado con ellos. Puedo soportar perfectamente que haya algunas lápidas rotas o unos cuantos agujeros en el suelo. —Hace un gesto hacia la tierra debajo de nosotros—. Porque todo se trata de pensar a largo plazo, y ni una sola persona en mi maldita casa entiende eso.

Me estremezco. Sus gritos me perforan el oído. No creo que mis padres me hayan gritado así. Nunca.

Y, aunque lo hicieran, no creo que me doliera tanto como me duele con él.

—Quería ayudar —explico—. Solo...

—Cuando necesite tu ayuda, te la pediré —espeta—. No necesito otro bebé al que cuidar. ¿Entendido?

Retrocedo, con una sensación apremiante de querer esconderme. Me mira como si fuera estúpida.

Le gusto en su cocina y en su habitación. En ningún otro lugar.

—Llévala a casa —ordena.

Santos, a quien no había visto llegar, se acerca.

No puedo mirar a Macon.

—Tengo coche —digo, mientras paso por su lado.

—Y asegúrate de que no se vaya —grita.

Santos me coge de la muñeca, pero antes de que pueda zafarme, escucho una voz.

—No la toques —dice.

Levanto la vista hacia Trace. Sus ojos son duros. Está muy erguido —de hecho, lo veo más alto de lo que le he visto nunca—, y todo se queda en silencio. Incluso la lluvia.

Santos me suelta.

Trace da unos pasos más cerca de su hermano. Macon se vuelve hacia él.

—Puedes hablarnos así —dice Trace—. Porque a veces lo merecemos, pero ella no es de tu propiedad.

Mis ojos se humedecen. Macon se pone cara a cara con su hermano, plantándose.

Pero Trace se mantiene firme.

—No te devolveré el golpe —afirma—, pero ya no voy a retroceder.

Casi sonrío.

—Con ella —le dice a Macon— tienes que portarte bien.

—¿Te la vas a llevar? —lo desafía Macon.

«Llevarme». Como si fuera un objeto que no habla.

Miro hacia otro lado, pero veo que Trace se vuelve hacia mí, de reojo. Encuentro su mirada.

—¿Puedo tenerte otra vez? —me pregunta.

Abro la boca, pero no digo nada. No quiero volver con Trace, pero también me gusta que me lo pregunte. Siento como si algo hubiera cambiado dentro de él.

Da un paso hacia mí, coge mi mano y dice:

—Te llevaré a casa.

Empieza a acompañarme, pero le detengo y lo abrazo fuerte. Mi pecho se llena de un sentimiento, y no sé qué es, pero me gusta. Ojalá hubiéramos empezado así. Como amigos.

—Yo también te quiero —susurro.

Me quito el chubasquero de Liv y me giro hacia Macon, acercándome.

—Pensabas dejarme marchar, ¿verdad?

Él me mira.

Trago el nudo en mi garganta.

—Si hago el amor contigo... —Bajo la voz—. No creo que vaya a querer a nadie más.

Lo miro, desesperada por que todos los demás desaparezcan para que me deje tocarle.

—¿Quieres mantenerme en tu vida?

Su pecho cae con fuerza.

Quiero que me cuide, pero algo lo retiene. Quizá es mi edad. Quizá piensa que su salud será una carga para mí.

O tal vez sea otra cosa.

Sea lo que sea, no puedo dormir en su cama esta noche.

—Aracely —la llamo por encima de mi hombro—. ¿Me llevas a casa?

Me marcho, alcanzándola. Ambas entramos enseguida en su coche y cierro, porque no confío en mí misma si él intenta volver a por mí. Trace tenía razón. Necesito que se porte bien conmigo.

Salimos, la radio reproduce música, y estoy a punto de decirle que pare unas cien veces. Macon es orgulloso. No vendrá a por mí. Prefiere sufrir veinte años antes que admitir que me necesita a su lado. No vendrá a Santa Carmen.

Nunca cruzaría las vías por una mujer.

Pronto dejamos la bahía y llegamos hasta mi vecindario. La lluvia sigue cayendo, constante pero ligera.

Aracely no ha dicho nada en todo el trayecto.

Finalmente, rompo el silencio.

—Estás enamorada... de Army —La miro—. Lo siento. No me había dado cuenta.

Ella sujeta el volante con ambas manos, mirando fijamente hacia el parabrisas.

—Se supone que no tendrías que saberlo. Está claro que él no se ha dado cuenta.

—Pero a mí me lo has reconocido, sin rodeos —murmuro—. Entonces, ¿por qué te cortas con él? ¿Por qué no se lo dices?

—Ya se lo dije —responde sin emoción—. Cuando tenía quince años.

Oh.

—Él tenía diecinueve por aquel entonces y se rio en mi cara. Se lo volví a decir cuando tenía dieciocho y luego a los veinte.

—¿No fue entonces cuando estuviste saliendo con Iron y Dallas? —Recuerdo que salió con ambos en algún momento.

Pero solo coge un cigarrillo del paquete que saca de la guantera.

—Sí, bueno..., pero eso nunca fue por amor. Ni siquiera para ellos.

La observo, y cada vez siento más curiosidad por ella. No es que quisiera mantenerse cerca de la familia; quería estar cerca de Army, fuera como fuera. Limpiando su casa, trabajando en su restaurante, saliendo con Iron y Dallas...

Tal vez Army se daría cuenta de que la echa de menos si llega el momento en que se vaya. Me parece el tipo de persona que, a diferencia de mí, sabe exactamente qué quiere hacer con su vida.

Entramos en mi calle y ella dice:

—De todos modos, puedo aspirar a algo mejor. El padre de Clay está soltero, ¿no?

Suelto una carcajada. Nos detenemos en mi puerta y, a través de las rejas, veo que la casa está oscura. Paisleigh y Mars están con mis abuelos, y si la puerta está cerrada, mi madre aún no ha llegado.

—Cinco, cinco, ocho, tres, cero, dos. —Le doy el código para que lo teclee.

Ella me mira, levantando las cejas por un segundo, como si no esperara que se lo diera. Todos mis amigos tienen el código.

Ella introduce los números y espera a que la puerta se abra antes de arrancar. Recorre mi entrada hasta detenerse frente a mi puerta.

Estoy a punto de preguntarle si quiere pasar para hacernos unos margaritas, pero habla antes de que se lo pueda ofrecer.

—¿Cómo es con él? —pregunta, mirando el volante—. Con Army.

Bajo la mirada.

—Por favor, no me pidas eso.

Pero ella insiste:

—Me lo debes. ¿Es bueno?

Me desabrocho el cinturón de seguridad, pero no salgo.

—¿La tiene... grande? —susurra, sonando muy pequeña de repente—. ¿Dónde te toca?

Me duele el pecho, no por las preguntas, sino por su tono. Quiere saberlo porque le gustaría imaginarse cómo sería si lo hiciera con ella.

—Vas a conseguir todo lo que quieras —le digo, mirándola a los ojos—. No se lo diría a cualquiera, pero no creo que tú vayas a fallar.

Salgo del coche y me inclino, echando un último vistazo por la ventana.

—No podrá soportar no tenerte —le digo—. Cuando se enamore de ti.

Le asoma una sonrisa en la comisura de los labios, y cierro la puerta de un golpe, dirigiéndome al interior.

26

Macon

—Tío, hazme un favor. —Dallas se pasa la mano por el pelo—. Venga.

La música retumba, y muevo los ojos por la habitación. Da igual en qué clave la mirada, solo puedo verla a ella en mi mente.

—Echa un polvo —me dice, señalando a las mujeres en la mesa cerca de la máquina de discos—. Escoge a una. O a dos, si quieres. Necesitas la calidez de una mujer. No la de una cría.

Una cría...

«Exactamente».

Krisjen Conroy actúa como una maldita niña. Igual que Trace. En lugar de admitir que ha hecho algo mal, se pone a hacer pucheros y se larga. ¿En qué estaba pensando? Con ella sería así cada día. Tendría que estar aguantando constantemente una interminable cantidad de tonterías; ¿y todo por qué? ¿Porque está bien para follar un rato?

Me muerdo el interior de la boca. Fuerte.

«Una cría...».

Pero esa cría... es un puto planeta entero.

Dios, nunca había querido algo con tanta fuerza hasta ahora. Esta noche, la luz que entraba por las ventanas de mi habitación le daba esa especie de resplandor púrpura en la piel. Solo podía ver estrellas. Estaba en otro mundo.

—Pensaba que ahora te caía bien —le refunfuña Army a Dallas.

—Y así es —responde—. Pero ya sabía que no se iba a quedar. Nunca se quedan.

La rubia con el pelo recogido en una coleta alta y en camiseta amarilla de tirantes me sostiene la mirada. Aprieto los puños bajo los brazos.

—Se casará con un tipo rico —continúa Dallas—, y entonces se limitará a saludarnos por la calle y punto. Algún día, estaremos cortándole el césped.

Dallas tiene razón. «Eso le encantaría, ¿no? Pagarme para que fuera a su casa...».

—Les pertenece a ellos —prosigue.

«Me dejaría entrar en su brillante recibidor blanco para hacerme un cheque...».

—No a nosotros —termina.

Dejo caer los brazos y salgo disparado, viendo cómo la rubia de la mesa se endereza con una sonrisa en los labios.

Pero me desvío a la derecha, alejándome de ella y saliendo por la maldita puerta.

—¡Macon! —me llama Army desde atrás.

Seguido de Dallas, gritando:

—¿Adónde vas?

Saco las llaves del bolsillo y me dirijo hacia mi camioneta, pero se me ocurre una idea que me hace cambiar el rumbo para entrar en casa. Subiendo las escaleras, me lanzo hacia mi habitación y abro la puerta del armario. Saco una funda de ropa, la abro y saco el traje negro que llevé en el funeral de mis padres.

Después de eso, dejé de ir a funerales. No he tocado esta ropa desde entonces. Me enorgullece ser un hombre de clase trabajadora.

Nunca he querido dar la sensación de querer ser mejor que el resto de Sanoa Bay.

No sé por qué quiero que me vea diferente. No me avergüenza ganarme la vida haciendo trabajos de mantenimiento. Trace siempre va en vaqueros y camisetas. Igual que Iron.

Army usa camisas lo mínimo posible, y Dallas sabe que con solo una sonrisa conseguirá lo que quiere.

Quiero que ella sepa que no soy como ellos.

Me saco la pistola que he sacado del restaurante de Mariette de la parte trasera de mis vaqueros y me acerco a la mesilla de noche, pero cuando estoy a punto de dejarla en el cajón, me percato de que la que había guardado allí ha desaparecido.

Mis hermanos siempre han sabido que la guardaba ahí. Lleva años en el mismo sitio. Después, ella está una semana en mi cama y desaparece.

Supongo que ahora además tengo que ir a buscarla. Necesito recuperar la pistola.

Sonrío un poco, dejando la de Mariette en el cajón en su lugar y desnudándome.

Me pongo el traje, elijo una camisa y una corbata negra, y me paso los dedos por el pelo. Cojo las llaves, bajo las escaleras y salgo por la puerta, hacia mi camioneta. Subo, arranco y me dirijo a toda velocidad hacia Santa Carmen.

El suelo de tierra lleno de baches da paso a un cemento agrietado que poco a poco se convierte en asfalto nuevo, y el traqueteo de los neumáticos bajo la camioneta que escuchaba se convierte en un silencio total.

Las vitrinas de las tiendas están oscuras, la lluvia brilla como luciérnagas bajo las farolas, y mantengo la mirada al frente mientras

paso por curvas que no he cogido en años y tiendas donde nunca he sido bienvenido.

Todavía me sorprende que decidiera enviar a Liv al colegio por esta zona. Pero sabía que era la salida. Cuando le tocaba a Dallas aún no podía permitírmelo y a Trace no le interesaba la educación. Además, le debía algo a Liv.

No crecimos juntos, así que nunca me conoció de verdad, y yo no se lo puse fácil. Ella tenía metas, y quería que al menos una persona en la familia fuera a la universidad.

Pero me aseguré de que nunca me diera ni una razón para que me llamaran y tuviera que venir hasta aquí. Lo que quería era pisar esta ciudad lo menos posible.

Y ahora, aquí estoy... desesperado por una de las hijas de estos pijos.

Me meto en su entrada, viendo algunas luces encendidas, y rodeo la zona de césped del centro. Los neumáticos rechinan cuando freno frente a su puerta.

Salto de la camioneta, dejo las llaves dentro y me ajusto la corbata.

Llamo al timbre.

Saco el teléfono para mirar la hora. 23:03.

Me habían dicho que sus hermanos estaban con sus abuelos, pero si su madre ha vuelto pronto hoy, bueno... qué más da, supongo que ocurrirá esta noche.

Krisjen aparece en el ventanal, pero rápidamente se aparta.

—No quiero verte —dice en voz alta.

Extiendo los brazos y agarro el marco de la puerta.

—¡Pues yo sí que quiero verte!

—¡Me da igual!

¿Está de coña? ¿Sabe lo que me cuesta venir a este puto sitio?

—¡Vete a casa! —grita.

Pero su voz suena lejana.

Como si se hubiera alejado de la puerta.

«Perfecto».

No pierdo el tiempo en reflexionarlo. Suelto el marco, doy un paso atrás y echo la pierna hacia atrás, preparado para darle una patada a la maldita puerta con mi elegante zapato de cuero.

Me lleva dos patadas más hacer que la madera astillada ceda, pero entro con el siguiente golpe, viéndola en medio del vestíbulo, respirando fuerte y con los ojos muy abiertos mientras retrocede, poniendo distancia entre nosotros.

La alarma me perfora el tímpano con un pitido tan fuerte como agudo. Voy directo hacia ella.

—¿Estás loco? —me gruñe.

Dios, qué adorable está con una coleta.

—Apaga la alarma —le ordeno.

Cruza los brazos sobre el pecho, sin moverse.

Entrecierro los ojos mientras el agudo sonido de la alarma me atraviesa el cerebro.

«Me cago en todo...».

Suena el teléfono, y miro rápidamente hacia una pared en la que hay un teléfono fijo justo al lado de la alarma.

Se queda de pie sin hacer nada.

—Contesta —le digo.

Llamarán a los de seguridad si no lo hace.

Pero simplemente baja la barbilla desafiante, mientras me observa con esa jodida mirada preciosa.

«Qué hija de puta».

—Krisjen...

El teléfono suena cuatro veces más y luego se detiene. Ella sonríe para sí misma.

Dándose la vuelta, teclea un código en la alarma y el silbido cesa. Girando de nuevo hacia mí, aprieta la mandíbula.

—Tardarán unos tres minutos en llegar —advierte—. Será mejor que digas lo que tengas que decir rápido.

—¿Quién ha dicho que haya venido para hablar?

Ella niega con la cabeza.

«Me he pasado de listo».

En dos segundos, estoy frente a ella, agarrando sus caderas con las manos y acercándome a su cara.

Me mira con el ceño fruncido.

—No eres lo suficiente mayor para mí —me dice.

La beso, cogiendo su rostro entre mis manos y recorriendo sus labios, deseoso de perderme en ella otra vez. Me presiono contra ella mientras gime en mi boca.

¿Dónde está su habitación?

Pero me aparta la boca de golpe.

—No puedo ser la que te mantiene vivo. —Suspira—. No puedo cuidar de ti. Ni siquiera puedo cuidar de mí misma.

—¡No quiero que cuides de mí! —gruño, tirando de ella hacia mí —. ¡No quiero que me hagas sopa y recojas el desastre que dejo, ni que me digas qué comer y qué no beber! ¡No quiero que hagas todo lo que hace una madre! —susurro, hambriento, acercando mis labios a los suyos—. Quiero que hagas lo que haría una novia.

Sus cejas se fruncen, como si le doliera, pero su mirada en mi boca es igual de desesperada que la mía. Esa mirada suya tan sexi y dulce y loca.

Pero fuerte.

E intensa.

Estoy hecho para ella.

—Tócame. —Apoyo mi frente en la suya—. Y bésame y ven a la cama con tu mejor lencería o sin nada, o por mí como si vienes con mis putos pantalones de chándal, porque..., joder, lo bien que te quedan. —Recorro su mejilla con mis labios hasta su sien—. Y sonríe cuando estés feliz, y grita cuando te enfades, y súbete conmigo a la moto mientras conduzco bajo la lluvia. —Vuelvo a sus ojos—. Arrástrame a hacer cosas tontas contigo, como ir a obras de teatro o a una noche de juegos de mesa con otras parejas. Y mete tu lengua en mi boca cada vez que puedas.

Expulsa todo el aire de sus pulmones, sus ojos se llenan de lágrimas, y veo la sonrisa escondiéndose tras su boca, que se resiste a ceder.

Su mirada vuelve a mis labios, se acerca, y entonces... Las luces rojas atraviesan nuestro rostro.

Ella se aleja, y miro detrás de mí, dándome cuenta de que son las luces rojas y azules de los policías de confianza del vecindario.

Me vuelvo hacia ella, pero se está apartando, incapaz de contener la mirada pícara en sus ojos.

—No creo que tengas comprados a estos polis —me provoca.

Igualo sus pasos.

—Diles que se vayan.

—¿Y dejar que piensen que pueden dejarme a solas contigo?

Retrocede, rodeando las escaleras, y yo la acecho. La puerta principal está abierta y el marco, astillado. Es evidente que esto es allanamiento. Me llevarán preso.

—Krisjen... —la reprendo.

Ella sonríe con malicia.

—Se lo diré a Trace —dice.

Como si ahora él fuera su protector. Me está retando. Levanto una ceja.

—Crie a ese chico para compartir.

—Solo quieres tu turno, ¿es eso?

¿Mi turno? Sonrío mientras las luces de la policía se van acercando más. Ella vacila al ver que me divierte lo que ha dicho.

—¿Qué?

Sacudo la cabeza.

—Nada.

Ella sigue retrocediendo, y yo la sigo paso a paso.

—¿Y si estoy embarazada? —pregunta.

Me detengo. Mi corazón late más rápido.

—¿Lo estás?

—Podría estarlo —suelta—. Sería de uno de tus hermanos.

No.

No lo sería.

—Sería mío —le digo.

Expulsa una risa.

—¿Crees que Trace estaría de acuerdo en que su hijo te pertenece?

Será mejor que deje de hablar sobre tener hijos con otra persona.

—Sería mío —le suelto—. Trace se hizo la vasectomía en cuanto cumplió dieciocho. No quiere tener hijos.

Ralentiza el paso. Esa no se la sabía, ¿eh?

—E Iron y Army siempre usan protección —le informo—. Yo, en cambio, tenía que sentirte.

—Pero anoche no te corriste dentro de mí...

Inclino la cabeza, y su pecho se encoge.

No, no me he corrido dentro... esta noche.

Traga saliva.

—Tú.

«Sí».

Su respiración se entrecorta mientras sigue retrocediendo.

—Hijo de puta. ¿Cómo pudiste...? ¿Por qué me rechazaste? ¡Si era completamente tuya! —Me fulmina con la mirada, dolida—. Me hubieras tenido, en un instante, ¡sin pestañear! Aquella noche en el garaje, cuando arreglábamos el coche, actuabas como si no me desearas. ¿Por qué no me dijiste nada?

—Ya sabías que era yo. —Me detengo frente a ella—. Siempre lo supiste. ¿Crees que no me di cuenta hace meses? Me fijaba perfectamente en cómo contenías la respiración cada vez que entraba en un sitio. Y también lo supiste a la mañana siguiente, cuando me senté a la mesa y te dio un vuelco el corazón. Y lo sé porque a mí también me pasó lo mismo. —La miro a los ojos—. No puedes evitarlo, sabes que nuestra conexión es intensa, inevitable. En el momento en que ocurrió, sabías que no querías que fuera nadie más que yo.

Ella sacude la cabeza como si lo negara.

Se oyen golpes en la puerta rota.

—¿Estás embarazada? —le pregunto en un susurro.

Ella solo sigue negando con la cabeza frenéticamente.

—¿Por qué no me dijiste algo?

—Si tienes un hijo mío, no podrás escapar de mí, Krisjen.

Ella me mira.

—¿Por qué no me dijiste que eras tú?

Mis ojos caen a su boca rosada y a esos labios que me envolvían hace solo unas horas.

Estoy tan jodidamente hambriento de ella.

—No te escaparás de mí, pase lo que pase.

—¡Estamos entrando! —grita un hombre.

Ella se humedece los labios, sus ojos van de mí a la puerta, y yo la envuelvo en mis brazos. Abro la puerta bajo las escaleras y nos meto dentro.

—¿Carsten Security? —llama el guardia desde dentro de la casa—. ¿Hay alguien en casa?

Cierro la puerta a nuestras espaldas en la habitación oscura y la apoyo contra la pared, su gemido se desliza sobre mis labios.

—¿Hola? —vuelve a llamar alguien.

Ella abre la boca, pero la tapo con la mía.

—Shh...

Los zapatos chirrían contra el suelo de mármol al otro lado de la puerta y se oyen conversaciones ahogadas, pero el calor de su cuerpo atraviesa mi mano, y de repente no puedo respirar. Quiero estar dentro de ella.

—Los del pantano no deberían cruzar las vías —dice con aspereza.

Pero le cojo la cabeza entre mis manos.

—Ahora tú también eres del pantano —le digo—. Eres nuestra.

Sus ojos se llenan de lágrimas, y la atrapo con mi boca. Al besarla, su gemido se desliza por mi garganta mientras cede y me devuelve el beso.

Un hombre vuelve a gritar:

—¡Carsten Security!

Se aparta de mi boca, respirando con fuerza mientras le muerdo la mandíbula, el cuello, y luego los labios de nuevo.

Suspira.

—Macon...

La levanto en mis brazos, ayudándola a rodearme con las piernas.

—¿Cómo podía decirte que era yo?

Envuelve sus brazos alrededor de mi cuello, besándome.

—¿Hola? —llama un guardia, sus pasos resuenan en las escaleras sobre nosotros.

—No me escuchaste entrar en casa esa noche —le digo—. No paraste de hacer lo que estabas haciendo.

Estaba en la mierda, pero luego entré y la vi tan hermosa en el sofá. Su mano bajo la manta. Su camiseta subida y sus pechos y su piel...

—Me encantaba esa forma en la que estabas contigo misma —le explico—. Así tendría que ser. Así tendrías que sentirte cuando alguien te toca. Cómo se movía tu cuerpo, cómo respirabas... —Capturo su labio inferior entre mis dientes—. Por eso estamos vivos. Así debería ser.

Había visto a mujeres tocarse antes, pero ella era tan delicada que podía sentir el calor de su cuerpo al otro lado de la habitación. Me olvidé de todo. Fue como si de repente mis problemas no existieran durante unos minutos.

—Y luego hablaste, y se me apagó la mente, y mis entrañas tomaron el control —continúo—. Quería tenerte bajo mi piel, quería impregnar mi mente de tu olor. No podía pensar. Hice lo que hacemos cuando nos estamos muriendo. Nos rebelamos. Sentí que tú también lo hacías. Tenía que tenerte.

Me mira, y me empapo de la belleza y el amor que desprenden sus ojos.

—Simplemente no podía dejar que volviera a suceder —le digo—. No podía retenerte y arrastrarte a mi mierda.

—¿Hay alguien ahí? —grita uno de los guardias.

Ella me besa suavemente, rozando su boca contra la mía.

—No fui hecha para nadie más —susurra, abrazándome fuerte—. Te pertenezco.

«A las mujeres les encanta pertenecer a un buen hombre».

¿Soy un buen hombre?

—Muérdeme —suplico sobre su boca—. Siénteme entre tus dientes.

Separa los labios y atrapa mi labio inferior entre los dientes. Mi polla reacciona.

Inclina la cabeza y roza la comisura de mi boca con sus labios. Casi imperceptiblemente. Suave, delicado, rápido. Cierro los ojos.

—Otra vez —le digo.

Lo hace de nuevo, y una corriente eléctrica recorre mi piel. Besa mi mejilla de la misma forma. Mi mandíbula, mi sien, entre mis cejas, la otra comisura de mi boca...

Su aliento, su sudor, su sabor... todo está dentro de mí.

Le subo la camiseta, mi pene se hincha al ver sus pechos. Dios, quiero devorarla jodidamente entera.

Cubriendo uno de sus pechos con mi mano, la beso, ahogando su pequeño gemido. Sus tetas se presionan contra mi torso... Necesito metérsela ya.

La bajo hasta que sus pies tocan el suelo, planto mi mano en su abdomen y la empujo contra la pared. Con la otra mano, le desabrocho los pantalones y le bajo la cremallera. Rozando mis labios sobre su sien, le digo:

—Quítatelos.

Apoyándose en mí, se baja los pantalones por las piernas. Tiene la camiseta aún subida sobre sus pechos.

—Ahora la ropa interior —le ordeno.

Sosteniendo mi mirada, se desliza la ropa interior hacia abajo, dejándola caer hasta sus pies.

La levanto de nuevo, enrosca sus piernas a mi alrededor y ando con ella encima, hasta tumbarla sobre una pequeña mesa. Hay sillas

de comedor almacenadas a un lado, un viejo reloj de pie y algunas cajas de cartón.

Me quito la chaqueta de un tirón, me arranco la camisa y lo dejo todo en el suelo mientras ella arquea la espalda, empujando sus pechos hacia el cielo, jodidamente irresistible. Mis ojos se deslizan hacia abajo; mi polla late dolorosamente al ver esa parte de su cuerpo que me da tanto placer. Se le escapa un sonido entre gemido y suspiro.

—Macon... —me suplica.

Y me abalanzo, mordiendo la suave piel de su entrepierna.

—Ah —grita, arañando sus muslos.

—¿Hola? —llaman los hombres nuevamente—. ¿Qué ha sido eso?

«Mierda».

Lamo y saboreo su piel, succionando con fuerza, porque no puedo detenerme. Joder, no puedo. Muerdo por todas partes, mis dientes están deseosos de sentirla. Luego meto la lengua en su interior.

—¡Ah! —grita de nuevo.

—¡Carsten Security! —llaman—. ¡Identifíquese!

«Jooooder». ¿Me van a dejar follarme a esta mujer en paz o qué?

Me desabrocho el cinturón y me bajo la cremallera. La deslizo hasta el borde de la mesa, cubro su boca con mi mano y presiono mi glande contra su entrada bien apretadita.

Su gemido vibra a través de mi mano, y me inclino, succionando uno de sus pezones antes de pasar al otro.

Y luego empujo, deslizándome profundamente.

—Oh —gime detrás de mi mano.

Cierro los ojos, el calor se extiende por todo mi estómago y me baja por las piernas. El corazón me late con fuerza en el pecho.

Me deslizo fuera y luego dentro de nuevo, una y otra vez, cada vez más rápido, hasta que la mesa golpea la pared y sus muslos casi

tocan sus pechos.

Se le mueven las tetas de un lado a otro, y solo quiero ir más y más profundo.

—Joder —susurro—. Krisjen...

Le beso los pezones. Su aliento húmedo me calienta la mano mientras paso suavemente mi pulgar sobre su clítoris, lento y suave.

—¿Quieres que pare? —le pregunto.

Ella niega con la cabeza.

—¿Vas a escucharme a partir de ahora?

Ella vuelve a negar con la cabeza.

Sonrío. «Claro que no».

La embisto, entrando profundamente, agarrando su cabello desde atrás mientras la beso con intensidad.

—Oh, Macon —gime, estremeciéndose mientras mis dedos siguen estimulándole el clítoris—. Dios, que me..., me...

Se va a correr.

—Da igual —gruño—. Grita.

Me incorporo, apartando la mano de su boca, y la follo con fuerza, tirando de ella hacia abajo sobre mi polla una y otra vez.

Ella grita, su cuerpo se tensa, sus músculos se endurecen y su interior se contrae a mi alrededor mientras sigo entrando y saliendo.

—¡Oh, Dios! —grita, mientras su cuerpo se desliza de arriba abajo de la mesa.

Mi polla late con el calor de cada contracción. El semen que sale de mi polla ya está empezando a gotear en su interior y un gemido grave se atasca en mi garganta.

Pero luego llaman a la puerta.

—¿Hola?

No me detengo.

La mesa se balancea contra la pared, y apoyo una mano encima, cabalgándola. Su cuerpo se relaja mientras su orgasmo se desvanece.

—¡Un minuto! —grito a los policías.

—¿Quién está ahí? —pregunta uno—. ¿Qué está pasando?

—¡No hemos terminado! —grita ella, echando la cabeza hacia atrás—. ¡Por favor, solo un minuto!

Me pongo a temblar y me dejo llevar. Se me escapa un gemido pesado a la vez que me derramo dentro de ella y sigo empujando mi polla en su coño.

—Joder.

Dejo caer la cabeza hacia atrás, deslizándome dentro y fuera más despacio mientras el placer recorre todo mi cuerpo y empieza a relajarse.

Pero antes de terminar, se incorpora y rodea mis brazos con los suyos. Su cabello húmedo de sudor le cubre el rostro mientras me besa.

La envuelvo con mis brazos, tocando cada centímetro de piel que está a mi alcance. «Dios».

Se aparta, pero mantiene su boca a un centímetro de la mía.

—Yo...

Pero lo que sea que fuera a decir se desvanece en sus labios, y lo entiendo. No hay palabras.

Más allá de que quiero decirle que necesito hacer esto con ella mil veces más.

Y más lento, mucho más lento.

Doy un paso atrás, abrochándome los pantalones, y ella baja de la mesa, poniéndose rápidamente mi camisa negra, a la que ahora le falta algún botón.

Abre la puerta para salir, y yo me quedo atrás, abrochándome el cinturón.

—¿Señorita Conroy, está bien? —escucho que pregunta uno de los policías.

—Sí, todo está bien. —Se ríe—. Lamento mucho lo ocurrido. Mi novio... Bueno...

—¿Su novio? —pregunta el otro.

Abro la puerta completamente, dejando que los guardias me vean cuando me acerco a su lado.

—Macon Jaeger —dice uno.

Lo conozco, pero no recuerdo su nombre. Aunque ambos saben quién soy.

—¿Está todo bien? —pregunta el que reconozco.

—Sí. —Asiento, pasando un brazo sobre su hombro para que sepan lo que es mío—. Lo lamento, ha sido culpa mía.

Miran hacia el marco roto de la puerta y luego de nuevo a ella.

—¿Está usted segura de que todo está en orden? —se cercioran otra vez.

Ella se apoya en mi brazo y coloca una mano posesiva en mi abdomen.

—Estoy bien —dice, sonrojándose—. Gracias.

Dudan, pero finalmente asienten y dan media vuelta.

—Tendremos que llamar a sus padres para informarles que respondimos al aviso de emergencia —dice uno de ellos mientras se dirigen a la puerta.

Krisjen asiente.

—Suerte con eso.

Ella camina hacia las escaleras, lanzándome una mirada.

—Estaré en la ducha. Date prisa —me dice.

Bajo la mirada hacia su canalillo, que asoma por la camisa que ha olvidado abrocharse; siento cómo mi cuerpo vuelve a arder. Me giro hacia los guardias, mientras una chispa de diversión cruza sus rostros. Los sigo, observando cómo se van.

—Arreglaré la puerta.

—No vayas a hacer saltar ninguna alarma de incendio esta noche, ¿eh? —bromea uno mientras se van.

Y no puedo evitar sonreír con él.

—Lo intentaremos —le respondo.

El blanco de las cortinas translúcidas brilla cuando la luz de la luna se derrama en la habitación. La atraigo hacia mí mientras miro su cama con dosel. La tela blanca cuelga alrededor del marco y cae sobre los cuatro postes como en las camas de un cuento de hadas.

Sus sábanas parecen una balsa de agua. Suaves, exquisitas y delicadas. Es como si hubieran diseñado una nube para una muñeca.

—Necesito llevarte a casa —le digo, enredando mis dedos en su cabello—. Esta habitación me perturba un poco.

Se le escapa una ligera risita, pero mantiene la cabeza apoyada en mi pecho.

—¿Por?

—Me recuerda la diferencia de edad. —Miro hacia arriba y observo toda la tela del dosel—. Algo de lo que me suelo olvidar a menudo, dado lo que acabo de hacerte.

Todavía tiene el libro de matemáticas en su mesita de noche, por el amor de Dios. Me siento un poco raro, sobre todo teniendo en cuenta cómo me acaba de follar.

Levanta la vista.

—¿Alguna vez has estado con alguien que te sacara trece años? —pregunta.

Casi sonrío, porque no, nunca me ha pasado, pero casi de inmediato, se me borra la sonrisa al darme cuenta de que en realidad no es cierto.

Ella me observa, mientras la diversión también se desvanece de su rostro.

—Lo siento —me dice.

—¿Por qué?

Baja la mirada. Abre la boca para hablar, pero la cierra de nuevo y yo me pongo en tensión.

Traga saliva.

—Army me dijo que, emmm... —Sus ojos se quedan fijos en los míos—. Me habló acerca del matrimonio aquel que os hizo una oferta.

Me aparto, retirándole la mirada.

Pero no puedo moverme. Porque la tengo encima.

—No es que me lo dijera exactamente —continúa—, pero al final deduje que habrías...

—Estoy limpio —digo—. Si es eso lo que te preocupa.

No titubea.

—Eso no me preocupa —me asegura—. Sé que nunca me pondrías en peligro.

Pero mantiene la mirada fija en mí, y de repente la habitación se siente demasiado pequeña.

—¿Cuántas? —me pregunta.

Aprieto los dientes, deslizándolos entre sí durante un segundo.

—No quiero hablar de eso.

Pero insiste.

—¿Cuántas veces pasó?

—¿Qué te acabo de decir, Krisjen?

Se calla y, aunque la estoy sosteniendo, siento que ahora está muy lejos de mí.

El pasado es pura depresión. No puedo cambiarlo. ¿Por qué molestarse en pensar en ello?

Tal vez habríamos acabado arreglándonoslas, incluso aunque no hubiera accedido, pero también puede que no. Yo me ocupé de mi familia, y volvería a hacerlo.

Quizá.

No lo sé.

Me cuesta respirar, y sin pensar, la abrazo más fuerte.

Lo difícil no era tener sexo. Simplemente no me gustaba ser invisible.

Yo no era alguien para ellos. Jamás me habrían hablado en público. Ni siquiera le habrían sujetado la puerta a mi hermana y, por supuesto, está claro que ni pensaron en mí después de que saliera de la cama.

Cierro los ojos, respirando con fuerza mientras escondo su cabeza de nuevo en mi pecho.

—Unas cuantas —susurro finalmente.

—¿Unas cuantas como tres o unas cuantas como diez?

Tengo la garganta demasiado seca.

—Unas cuantas como seis —respondo.

Espero otra pregunta, pero ella solo se queda allí, con su brazo sobre mi pecho y su mano en mi hombro.

Cojo aire profundamente para prepararme para reconocer lo siguiente:

—Se lo contó a sus amigas —le digo a Krisjen—. No duró más de unos meses. Conseguí dinero en efectivo y lo usé para comprar otras cosas que más tarde no me importara vender.

Un par de ellas fueron amables conmigo. Al menos se dignaban a mantener una puta conversación. Entonces, me quedó claro que eran tan miserables en sus vidas como yo lo era en la mía. Cada una lidiaba con su propia mierda, y podíamos olvidarnos de nuestras vidas por un rato.

Pero hubo otras que... Dios.

Todo era tan oscuro en la bahía en esa época. Una de las mujeres de Santa Carmen quería que fingiera ser su hijo. Otra disfrutaba pegándome. Mucho.

—Siempre tuve épocas en las que no me sentía bien, pero, Dios —continúo—, me sentí como una absoluta mierda al salir de aquella primera casa, Krisjen. Nunca había sentido que valía tan poco.

De pequeño, me portaba igual de mal que mis hermanos, pero nunca fue así con el tema del sexo. Eso era distinto. Para mí era importante. Ese fue siempre mi problema. Para mí era imprescindible conectar.

—Podía lavar la vergüenza de mi cuerpo —le digo—, pero no de mi mente, y estaba en un agujero del que nunca iba a salir. Odiaba estar aquí. Odiaba sus formas de ver la vida.

No dejo de hablar, sigo desahogándome. Si le cuento todo con detalle, sabrá más de lo que nunca supo Army. Y eso es lo que quiero, que ella sea la que mejor me conozca.

—No podía pagar las facturas —prosigo—. Dallas bebía, Liv y Trace no paraban de pelearse... La casa se me venía encima cada vez que cruzaba esa puta puerta. —Me obligo a tragarme el nudo que me oprime la garganta—. Y aquella no fue la primera vez que pensé en hacerlo, pero... fue la primera vez que realmente quise hacerlo.

Como un puto cobarde. Cuando te sientes como una mierda, es difícil recordar una época en la que sí que te sentiste bien. Salí de la

casa de esas mujeres pensando que la vida siempre sería así.

Pero no lo fue, y también hubo días buenos. Pero a veces estoy tan cansado.

—El puto marido lo vio todo —murmuro—. Me daba lecciones sobre cómo tratarla. Sobre cómo ser duro con ella. Me dijo lo que quería que le hiciera, dónde tenía que besarla, con cuánta intensidad...

Siento una de sus lágrimas caer sobre mi pecho.

Exhalo con fuerza, enterrando mi mano en su cabello, sujetándolo suavemente.

—Así que me metí en mi cabeza y pensé en otra persona. En otra chica.

—¿En quién?

Me encojo de hombros.

—En nadie en particular. En una santa. Alguien con quien no debería estar. Alguien dulce e inocente. —Le acaricio el cuero cabelludo—. Con una luz constante en sus ojos. Con sonrisas tiernas que regalar. —Le acaricio la mejilla con el pulgar—. Simplemente no sabía que esa chica fuera real.

Ella levanta la cabeza, mirándome.

Suavizo mi mirada.

—Llevo soñando contigo mucho tiempo. —Sus ojos amables me sonríen—. De hecho, desde que tenía como diez u once años, por lo menos.

—Guau. Dios mío.

Ella se ríe y sube por mi cuerpo, montándose encima de mí. Probablemente, haya caído en la edad que tenía cuando yo tenía veinticuatro.

Apoyándose sobre una mano, me coge la cara y me mira a los ojos.

—La vida va a matarte tarde o temprano. —Me quedo mirándola —. Nos matará a todos —prosigue—. Pero tú eres un guerrero, ¿me oyes? Tendrán que arrancarte de este mundo. Eres fuerte de mente, y de cuerpo, y tú... —Me clava una mirada que me quita el aliento—. Tú. No. Paras. Nunca vas a parar.

No pestañeo.

—Todos sabrán —me dice— que, si no estás muerto, aún no has terminado lo que tienes que hacer.

Cojo aire profundamente, aferrándome a ella mientras se lanza a mi boca. La beso, arqueándome hacia arriba, con el poder de sus labios recorriendo los míos, entrando en mi mente y bajando por mi cuerpo.

Me pongo duro bajo ella, y su mano baja, agarrándome la polla con fuerza.

—Y yo no soy tan dulce e inocente —bromea ella.

Gimo al sentir cómo me acaricia, y le agarro el culo con ambas manos, presionándola contra mi cuerpo. Dios, podría follarla diez veces más esta noche.

Pero la miro a los ojos, inclinándome para mordisquear su boca.

—¿No eres dulce e inocente? ¿Ah, no? —la desafío.

Me aparto, viendo su expresión decepcionada cuando caigo de nuevo sobre la cama. Cojo un peluche que está entre sus almohadas y lo levanto.

—¿Y esto qué coño es, entonces?

Se incorpora, con su precioso cuerpo desnudo ante mis ojos, pero con una expresión que, curiosamente, parece completamente dulce e inocente.

—Un taco. —Me lo quita de las manos y lo abraza contra su cuerpo, protegiéndolo—. Bueno, está bastante claro.

Cojo otro, que también me arrebata.

—Un burrito —dice.

Y otro más.

—Y un brócoli.

Me los quita todos de las manos. La verdad es que estoy a punto de preguntarle qué le llevó a comprarse un brócoli de peluche, pero entonces me lo explicaría, y lo cierto es que no me importa, mientras no estén en nuestra cama en casa.

Le quito los juguetes y los lanzo a un lado. Agarrándola de las caderas, me impulso hacia arriba y succiono su pecho mientras vuelvo a entrar en ella por cuarta vez esta noche.

Ella jadea, moviéndose arriba y abajo sobre mi cuerpo.

—Debería regañarte y decirte que tenemos que dormir —me dice.

—Ya. Pero es que la vuelvo a tener dura.

—Se supone que te tengo que cuidar.

Presiono mis labios contra los suyos, deslizando mi lengua en su boca. Me muero por que me dé más. Y más, y más.

—Ven hacia mí —me dice.

«Y más».

No paro. Nunca pararé.

27

Krisjen

Intento colocarle la corbata en el cuello de la camisa, pero él se aparta.

—Déjalo —dice—. Si total, solo voy a casa.

Pero sonrío y, al hacerlo, noto el calor en las mejillas. Estoy de pie en una silla delante de él, sin nada más que la ropa interior, y me está apretando el trasero con ambas manos para acercarme a él.

—Pero me gusta. —Empiezo a anudarle la corbata. Aprendí a hacerlo la primavera pasada, cuando Clay se puso una para su puesta de largo—. Verte con esta ropa me pone igual que a ti verme con ropa interior.

Me muevo ligeramente, de modo que el muslo roza su entrepierna, cada vez más dura.

Él pasa a la acción atrapando mi pezón entre sus dientes, y las mariposas me llegan al estómago tan rápido que dejo escapar un suspiro, una mezcla entre risa y jadeo. Lo besa y lo succiona a partes iguales, y yo cierro los ojos mientras mi cuerpo empieza a temblar otra vez.

Estoy hecha un desastre. Un desastre agotado y delirante, pero feliz. Necesito peinarme el pelo y una buena ducha. Anoche pasó más tiempo dentro de mí que fuera.

Y ya le echo de menos.

Una vez, la madre de Clay nos dijo que la gente joven, sobre todo las mujeres, se enamora demasiado fácil. Demasiado rápido. Yo creía que amaba a Milo. Incluso en sus momentos más crueles.

Luego aprendí. Y seguí aprendiendo. Cada vez que veía a Macon sentado a la mesa. De pie en la cocina. Entrando en una habitación. Llevándose una botella a los labios. Pasándose la mano por el pelo. Mirándome. Rehuyendo mi mirada.

Trabajando en el garaje durante días enteros. Sin comer. Andando por la casa de noche.

¿Qué es lo que le hace diferente de cualquier otro?

—Krisjen... —susurra, y el calor de su aliento me acaricia la piel. Y yo, con su cabeza entre mis manos, le rozo la frente con los labios.

Eso es lo que lo hace diferente. Siempre lo oigo. Incluso cuando apenas dice nada.

Me alegro de no estar embarazada. Al menos, por ahora. Solo quería ver qué decía.

Pero quiero asegurarme de que me ama, y necesito asegurarme de que está seguro de ello. Lo que dijo aquella mañana en la bañera, que le preocupaba fallar a una mujer y a sus hijos...

Quiero que, cuando llegue, sea un motivo de felicidad para él.

Retomo mi tarea. Sigo vistiéndolo mientras sus manos se pasean por mis muslos hasta volver a mi cintura.

Le ajusto la corbata y le hago el dobladillo del cuello.

—Lo que ve Garrett Ames es a un chaval que no se merece sentarse a su mesa —le digo, mirándole a los ojos, con una voz tan firme como puedo—. Pero lo que eres es un hombre que ha trabajado muchísimo para llegar donde está, y... eres tú el que no quiere sentarse.

Él sostiene mi mirada, y yo me dedico a alisar todas las arrugas y a asegurarme de que los pliegues de las solapas de su chaqueta

estén tan afilados como dagas.

—Esta ropa demuestra que vas a conseguir todo lo que te propongas —afirmo.

Bueno, anoche funcionó conmigo.

Resopla y se ríe.

—Me gusta que todo el mundo vea esto cuando estés fuera del dormitorio —sigo—, y que solo yo pueda ver lo que hay debajo cuando te metes en la cama conmigo por las noches.

Se apresura a ocultar la sonrisa que se ha apoderado de él, me abraza con fuerza y entierra la cara en mis pechos.

Los lame, y yo se lo permito, disfrutando mientras sube por mi pecho hasta el cuello.

Los nervios de mi entrepierna se activan como un relámpago.

—Solo una vez más —le suplico.

Gruñe, hunde los dedos en mi trasero y me succiona el cuello con fuerza, antes de apartarse como si le doliera.

Noto la presión de su polla contra los pantalones y suelto un gemido mientras parpadeo rápidamente.

Se ríe. Pero después me ordena:

—Prepara a los niños para irse y coge todo lo que necesites. ¿Me entiendes? Pueden quedarse en el antiguo estudio de arte de mi madre. Hasta que terminen las reformas. Entonces, tendrán sus propios cuartos.

«Prepara a los niños...».

—Pero mis padres... —intento protestar.

—Ya saben dónde encontrarnos si en algún momento les apetece volver a ser padres.

Me quedo mirándolo, maravillada. Bajo la piel hay algo que me palpita, que me da calor y me excita. Así de fácil ha sido. Tres Conroy se mudan a su casa. Es un buen hombre.

Pero entonces acabo de asimilar lo que ha dicho.

—Espera... ¿Has dicho «reformas»?

Asiente.

—El ala antigua. Vamos a reconstruirla. Dex necesitará su propia habitación. Y también Iron, cuando vuelva a casa.

Lo miro fijamente.

—Me vas a hacer comprar más trajes, ¿verdad? —refunfuña, porque, probablemente, nota lo emocionada que estoy al ver que hace planes, tiene la cabeza alta, piensa en el futuro...

Asiento, ansiosa, y busco su boca, pero no le beso por ahora. Pongo los labios encima y exhalo durante unos segundos antes de hundirlos en los suyos.

Lo está intentando. No me hace falta oír nada más.

Entre besos, murmura:

—Y nada de tacos en la cama, por favor. —Me besa los dientes sin querer, porque estoy sonriendo. Le muerdo los labios—. Si quieres, te compro un caimán de peluche —bromea—. Porque eso eres tú. Mi caimán.

Sigo mordiéndole: la boca, la mandíbula, el cuello...

—Ñam, ñam, ñam...

Suelta una risa sorda mientras vuelve a mordisquearme los pechos y agarrarme el culo.

—Krisjen...

Me arde la piel. Ya noto el vacío en mis brazos.

—Macon... —Gimo y arqueo la espalda hacia atrás para que pueda seguir. Apoyo su cabeza en mi cuerpo—. Una vez más.

Un chillido me perfora los oídos y me hace abrir los ojos de golpe para encontrarme con mi madre, de pie en el umbral de la puerta abierta.

—Ay, Dios —jadeo, y me bajo de la silla de un salto. Aunque a regañadientes, Macon me suelta y yo me agarro a la almohada para taparme.

«Mierda».

—Ay, Dios —dice mi madre.

Lanzo una mirada furtiva a Macon, pero él no nos mira a ninguna de las dos. Tiene la vista clavada en el techo mientras se alisa la chaqueta, como si la cosa no fuera con él.

—Mamá... —Pero no sé qué decirle.

Ha dejado su maletín en el suelo, de lado, y la ira en su mirada es palpable mientras alterna la vista entre Macon y yo. Se suponía que tenía que volver hace días. Sabía que podía presentarse aquí en cualquier momento. No sé por qué no pensé que lo haría.

Le va a dar algo. Porque estoy con un Jaeger. Si se hubiera encontrado a Jerome Watson manoseándome como un pulpo, estaría encantada.

Intento adelantarme a su cabreo.

—Mamá, he...

Pero, entonces, oigo la voz de Macon.

—Hola, Cara —saluda a mi madre.

Se me hace un nudo en el estómago. ¿Qué?

Lo miro. ¿La conoce?

Irrumpe en mi habitación. El cabello le cae en una cascada de ondas suaves gracias a esa permanente que se hizo hace años. Normalmente, se lo alisa, pero está claro que acaba de venir de la playa. De alguna isla en Dios sabe dónde. Está morena.

—¿Qué has hecho? —le grita a Macon. Luego, me mira a mí—. ¿Qué te ha hecho? ¿Qué te ha dicho?

—¿Qué...?

Le golpea en el pecho. Él arquea la espalda ligeramente hacia atrás, pero no se tambalea. Como si se lo esperara.

—¡No toques a mi hija! —brama—. ¿Cómo te atreves? ¿Cómo te ves con derecho a acercarte a nosotros? ¿A ponerle las manos encima?

Mi madre le cruza la cara con la mano, y yo me tenso mientras mi cerebro intenta desenredar todo lo que está pasando ahora mismo.

Él se frota la mandíbula y gira la cabeza para mirarla.

—Creo recordar que te gustaba que te pusiera las manos encima —espeta.

El nudo del estómago se aprieta. Todo me da vueltas.

—¿Qué...?

Inspiro hondo, y otra vez, y otra, y recuerdo sus palabras de anoche: «Sus amigas».

Macon me mira, pero yo rehúyo su mirada.

Dijo que esa mujer se lo había ido pasando a sus amigas. Una de ellas era mi madre. ¿Por qué no me lo había dicho?

—Pero ¡no puedes follártela a ella! —grita mi madre.

Yo niego con la cabeza, aun cuando Macon me gira para que esté frente a él y me tapa las orejas con las manos. Me abraza mientras ella sigue gritando.

—¿Cómo te atreves?

Aunque sus palabras me llegan algo amortiguadas, no dejo de oírla. Cierro los párpados tan fuerte como puedo.

Le hizo daño. Se aprovechó de él. ¿Por qué no me lo había dicho?

Abrazo la almohada. ¿Qué probabilidades hay de que alguien se enamore de la hija de la mujer que lo coaccionó para acostarse con ella?

Por un momento, dejo de respirar. ¿Qué probabilidades había de acabar en la cama con el mismo tío?

Lo miro.

—¿Cuánto hace que sabes quién soy? —Tensa la mandíbula. Aparto sus manos de mis orejas—. ¿Cuánto?

—¡Fue a por ti a propósito! —exclama mi madre.

Macon aguanta mi mirada y niega con la cabeza lentamente.

—Porque nos odia —sigue—. Porque le gusta jugar con nuestras mujeres como si fuéramos juguetes.

—No había nada que me gustara de ti —le espeta entre dientes.

Vuelve a centrarse en mí. Sostiene mi cara entre sus manos y apoya la frente en la mía.

—Métete en mi coche —susurra—. No te vistas. No lleves nada. Tú solo vete al coche.

—No va a ninguna parte...

Se aparta de mí y va hacia mi madre. Al verlo, ella retrocede.

—No quiero ni oír tu voz. Vuelve a hablar y te arrepentirás.

Respira entrecortadamente, claramente asustada.

Y, por primera vez en mucho tiempo, me acuerdo de su reputación. La gente le tiene miedo por algo. Puede que no fuera así cuando ella pagó a un joven que necesitaba ese dinero desesperadamente, pero no fue la vida lo que le hizo un monstruo. Fue la gente como ella.

Mi madre da un paso atrás y saca el móvil.

—Voy a llamar a la policía.

Sale corriendo de la habitación. Pero él se queda aquí.

Busco su mirada.

—¿Cuánto hace que sabes quién soy? —insisto.

Se me queda mirando y, cuando endereza los hombros, lo sé.

—Siempre he sabido quién eras.

Todo acude a mi mente a la vez: cada momento que pasé en su casa, en su mesa, trabajando en su restaurante, llevándole la

comida, abalanzándome sobre él aquella noche en el garaje...

Sabía que era su hija.

—Esa noche, enviaste a Army a buscarme para ofrecerme un trabajo —digo, recordando lo que había dicho Trace—. ¿Querías utilizarme?

—Si hubiera querido utilizarte, habría tenido muchas oportunidades —afirma—. Podría haberte dejado hacer ese vídeo con mis hermanos.

Vuelve a poner mi cara entre sus manos.

—Aquella noche en la que envié a Army a buscarte, lo hice porque me gustabas —susurra—. Porque quería más de ti. Porque nunca había visto una mujer tan tierna consigo misma, tocándose así. Porque no quería que estuvieras donde no pudiera verte cada día.

Me tiembla el labio. ¿Por qué no me lo había dicho? ¿Pensaba decírmelo en algún momento?

No me doy cuenta de que se me ha escapado una lágrima hasta que me la limpia con el pulgar.

—Quería tenerte cerca porque, cada vez que llorabas, lo sentía y sabía que este lugar acabaría contigo también. Y, por primera vez en mucho tiempo, sentí la necesidad de proteger a alguien. Quería tenerte en la bahía, a salvo.

Le creo. Encaja con él. Y Macon nunca había sido una persona que sienta la necesidad de mentir.

Pero yo siempre me lo creo todo. Ese es mi problema. Siempre presupongo que todo el mundo es bueno y honesto, con intenciones puras, y no recuerdo ni una sola vez en la que esta actitud me haya sido beneficiosa. Soy boba e ingenua y me falta calle, a diferencia de Clay o Liv. O Aracely.

Sigo creyendo que quizá en algún lugar existan los unicornios; y Macon sería capaz de prender fuego a un árbol de Navidad.

Niega con la cabeza. Sabe lo que estoy pensando.

—Déjalo. No hagas eso.

—¿Cuántas veces?

Pestañea con fuerza.

—Krisjen, por favor.

—¿Cuántas veces? —ladro.

Necesito saber cuántas veces estuvieron juntos a solas. ¿Lo hicieron en la ducha? ¿Dónde le tocó ella? ¿Se besaron?

Me responde entre dientes:

—Unas cuantas.

—¿Unas cuantas como tres o unas cuantas como diez?

Clava la mirada en el suelo.

—Unas cuantas como he decidido olvidarlo.

Suelto una risa amarga y doy un paso atrás.

—Imagino que lo disfrutó.

Macon no debía de hacerlo mal, si ella repitió varias veces.

¿Por qué no me lo había dicho? Él sabe de todas las personas con las que me he acostado. Lo sabía antes de que hiciéramos nada. No necesitaba una lista, pero ¡habría estado bien que me dijera que se folló a mi madre!

Se acerca a mí poco a poco, pero yo retrocedo un solo paso que me desgarra el corazón.

Le quiero.

Pero esto me confunde. Necesito pensar.

—Krisjen, era un crío —suplica— con un peso enorme sobre los hombros. ¡No quería volver a pensar en ello nunca más! Y luego, años después, allí estabas tú. En mi casa. Constantemente. Descalza, con esa sonrisa preciosa. Con tu música, tus velas y tu corazón despreocupado, ¡y no podía imaginarme que esto fuera a pasar!

Dejo caer la almohada y me cubro la cara con las manos. Me inundan imágenes de los dos en la cama juntos. Tienen que haber hablado de algo. Unos preliminares. Algunas risas. Al menos una parte de él lo disfrutaría, ¿no?

«Madre mía». Las lágrimas ya fluyen como una cascada. No puedo pensar en nada más. No veo nada más. Nunca dejaré de verlos en mi cabeza. Tengo ganas de vomitar.

—Tendrías que habérmelo dicho —sollozo—. Tendrías que...

—¿Qué? —ruge—. ¿Qué es lo que tendría que haber hecho?

Su reacción me asusta. Dejo caer las manos y le miro con los ojos llorosos.

—¿Alejarme de ti? —grita mientras se acerca—. ¿Dejarte marchar? ¿Eso es lo que tendría que haber hecho? —Y, con un barrido de la mano, tira al suelo toda la mierda que tengo en el escritorio—. ¿Dejarte marchar y ya está?

Jadeo, viendo cómo mis bolígrafos y lapiceros ruedan por la silla hasta caer al suelo. Él me agarra deslizándome un brazo por la cintura, mientras me toca la cara con la otra mano. Me besa con intensidad, me roba el aliento, pero me suelta antes de que empiece a resistirme.

Me mira a los ojos muy fijamente.

—Tu madre está celosa de que nunca tuvieras que comprarme —dice con una voz grave llena de desdén—. Y la verdad es que para mí ha sido un placer.

Y entonces, me aparta, se frota la boca y se saca un billete del bolsillo.

Da un paso atrás y lo deposita en una esquina de mi escritorio antes de dirigirse a la puerta.

—Ya le digo a Dallas que le toca.

28

Macon

Salgo de la casa con el ímpetu de una manada de bueyes. Me arranco la corbata y me abro la camisa de un tirón.

Los pocos botones que quedaban después de lo de anoche salen volando y caen sobre la calzada. «Que le jodan».

Ha follado en prácticamente todas las habitaciones de mi casa, con mi familia, a la que veo cada día. Y lo ha hecho porque quería. En cuanto a mí, no había nada que deseara de Cara Conroy. Es más: apenas podía soportar ver a su hija cuando empezó a pasar tiempo con Trace la primavera pasada. Cada vez que estaba por aquí, era un recordatorio constante de Santa Carmen. Cosa que nunca me había pasado con Clay.

Abro de par en par la puerta de la camioneta y me siento. Arranco el motor y salgo de esa calle tan rápido como puedo.

Ya hace rato que ha amanecido, pero no tengo ni idea de qué hora es. Puede que los chicos ya estén en el trabajo.

Me tiemblan las manos, aunque no sé por qué. No estoy enfadado, joder. Ni siquiera estoy molesto. No siento nada. Ella no significa nada. No es especial.

El tráfico que tengo delante se convierte en un borrón. Mis ojos están húmedos, así que parpadeo y me los seco con la palma de la mano. «Seguro que ya están en el trabajo».

La carretera se extiende ante mí. Pasan árboles, coches, todo en un borrón, y yo voy en piloto automático. Un brazo extendido con una mano en el volante, y la otra apoyada en la puerta, mientras me paso la mano por el pelo.

—No —dije apartándome—. Eso no me gusta.

Me pasé la lengua por la parte interna del labio. Noté el sabor a sangre.

Ella me apretó el cuello.

—Quiero que esté dura —me dice—. Ese es tu trabajo.

No puedo respirar. Me duele. Me palpita la cabeza. Joder.

Alguien toca el claxon y vuelvo a la realidad. Viro hasta el arcén. Me paro y dejo caer la cabeza sobre la mano, tensando cada músculo para evadirme del dolor.

Llevaba años sin pensar en ello. Cada vez que el recuerdo volvía, lo ahuyentaba, no porque lo que yo había tenido que hacer fuera tan horrible, sino porque lo que querían de mí lo era.

Siempre ha habido gente que folla por dinero, pero ellas no pagaban por sexo. Pagaban para follarse a un sirviente. A un esclavo.

Antes de eso, nunca me había acostado con una mujer que no me gustara. Siempre era alguien que conocía. Que me atraía. Nunca había tenido un polvo de una noche. Nunca me había hecho sentir mal.

Y, con el paso del tiempo, dejé de ver a Krisjen como algo diferente de lo que era. Hermosa. Una buena persona. Inteligente, maravillosa. Santa Carmen dejaba de existir cuando la veía.

Lo último que se merece es a mí. Se merece a alguien bueno. Se merece un borrón y cuenta nueva.

Yo nunca saldré de este puto hoyo. Nunca volverá a mirarme de la misma forma.

No sé cómo he vuelto a casa porque no recuerdo las calles ni los semáforos, pero, al cruzar el umbral, oigo un «hola».

Giro la cabeza para ver a mis hermanos levantarse de donde están sentados, ya vestidos. Son todos una masa difusa, pero veo a Trace sonreír. Parece que sigue teniendo cinco años cuando sonríe así.

—La hostia... —dice, mientras me mira de arriba abajo con aprobación. Tengo la camisa abierta, sin los botones, y no sé ni dónde está la corbata.

—Has pasado la noche fuera —oigo decir a Dallas—. Supongo que...

Pero todos se paran en seco y dejan de sonreír al ver mi mirada. Yo me doy la vuelta y me dirijo a las escaleras.

Estoy sudando. La ropa se me pega a la piel. Esta habitación se me hace pequeña y sofocante.

—¿Qué ha pasado? —Army se me acerca.

—Nada.

Empiezo a subir los escalones evitando mirarlo. Me tiembla la mano. Me agarro a la barandilla en un intento de tranquilizarla.

—¿Por qué no os vais...?

—Solo voy a darme una ducha —logro decir. El pulso me retumba en los oídos—. Luego estoy con vosotros.

—Macon...

—A trabajar. Todos —grito, intentando que mi voz suene alegre—. Enseguida voy.

No puedo respirar.

La puerta se abre y me giro. Me tomo mi tiempo para mirar a Trace a la cara. Este alza las cejas.

—Meted cerveza en la nevera. —Me obligo a sonreír—. Hoy va a hacer calor. Nos lo merecemos, ¿no?

—Ya lo creo. —Sale corriendo con una sonrisa de oreja a oreja. Dallas le sigue, y yo vuelvo a darme la vuelta y sigo subiendo.

Army sigue ahí plantado, observándome. Lo sé.

—Macon...

—Ahora voy —respondo sin volverme. Llego al piso de arriba y me voy a mi habitación. Nada más entrar, cierro la puerta con llave.

Veo mi mesilla y apenas soy consciente de cómo me acerco a ella. Pero no abro el cajón. Todavía no.

Me siento en la cama y dejo que la luz del sol que Krisjen siempre permite que entre en mi habitación me atraviese el cerebro. Frunzo el ceño cuando la luz me obliga a entornar los ojos. Ese lado de mi cara está demasiado caliente. Afuera no hay ni una nube. Odio los cielos despejados.

Apoyo los codos sobre los muslos, me abrazo las piernas con las manos y dejo caer la cabeza. Tengo una de las uñas llena de porquería. La siento como si tuviera una semilla enterrada.

Tengo el cuerpo empapado de sudor. Hace demasiado calor.

Siento como si me estuvieran arrancando cada mechón de pelo, que me cae sobre los ojos. Tengo tierra en los zapatos. Lo siento aun a través del cuero.

Estoy cansado de los caminos de tierra. La idea de volver a verlos me pesa sobre los hombros como una carga de diez toneladas.

Siempre lo mismo, siempre igual.

La gente, la comida, los años, la cháchara. Siempre la misma cháchara y nunca se callan. Siempre lo mismo, todos los días.

Y mañana no será diferente. Ni tampoco la semana que viene.

Me quedo mirando el cajón. Me arden los ojos. Noto vagamente que me ha vibrado el móvil, pero rechazo la llamada sin mirar quién

es y lo dejo caer sobre la mesilla.

Krisjen tenía razón. No podía mantenerme vivo. Siempre iba a acabar aquí. Pensaba que, con ella, tendría algo más, porque no encontraba una razón para quedarme solo por ellos. Por la bahía. Aquí he fracasado. Cada día es la misma mierda. Yo sí que soy una mierda.

La gente no me aprecia. Me tiene miedo. Me necesitan. Puede que mis hermanos sientan un vínculo conmigo, pero eso es solo porque siempre he estado ahí. En cada momento de sus vidas, ocupando espacio, encima de ellos.

El móvil vuelve a zumbar. Lo cojo, aunque ignoro la llamada. Me pierdo mirando el patrón de la madera del pomo del cajón.

Podría acabar con esto en un minuto. Menos, incluso. Podría parar. Solo quiero parar.

El sol me abrasa los ojos y los cierro.

Se acostumbrarían a estar sin mí. Puede que incluso se sientan culpables por el alivio que sentirán cuando me vaya. Pero sentirán alivio.

Nunca fui empático. Paciente. Amable. Era alguien a quien la gente aguantaba. ¿Alguna vez le demostré algo de cariño?

«Sí».

«Con ella ha sido de verdad».

«Y ella también lo ha sentido».

«Le gustaba».

«Siempre me miraba, aunque yo hiciera como si no la viera».

Niego con la cabeza. «No».

«No».

«Ella es amable. Se le da bien ser amable».

«No era más que compasión».

«Soy mucho menos de lo que podría tener, y ella lo sabe».

«Solo es amable».

«Ya no me querrá...».

Trago saliva. «Dentro de...».

Rujo y me hundo las uñas en el pelo. «... cinco años».

—Krisjen... —jadeo.

Abro de golpe el cajón. El corazón me late como un tambor y la cabeza me va a estallar. Pero, entonces, oigo una voz.

—¿Macon?

Miro el teléfono que está sobre la mesa.

—Macon, ¿estás ahí?

«¿Iron?».

Cojo el teléfono y, cuando me lo llevo a la oreja, parece pesar veinticinco kilos.

—¿Estás ahí? —repite.

No puedo hablar, pero estoy jadeando. Me aparto el teléfono de la oreja y veo un número que no reconozco.

—¿Desde dónde...? —Carraspeo—. ¿Desde dónde me llamas?

—El móvil de mi amigo.

Echaba de menos el sonido de su voz.

—Pensaba que, si veías el número de la cárcel en el identificador de llamadas, no lo cogerías.

Y está en lo cierto. No lo habría cogido. Odio que sepa eso de mí.

—¿Necesitas...?

Me callo. Iba a preguntarle si necesitaba dinero, pero decido mantener la puta boca cerrada. Le daré lo que quiera.

—¿Estás a salvo? —pregunto. Apenas puedo hablar por las lágrimas.

—De momento, no me puedo quejar.

Me preocupaba que Iron fuera a la cárcel, pero no por su seguridad.

Cuando la gente como él acaba entre rejas, no es más que el principio.

—¿Sabes? —empieza a decir—, estaba pensando en la vez que me llevaste al festival aéreo de Cocoa Beach.

Lo recuerdo. Arena. Un cielo despejado. Tumbonas, niños con orejeras, frikis de la aviación con prismáticos y neveras.

—Tú y yo solos —dice con voz suave, y sé que está sonriendo—. Quería ir el año anterior, pero papá estaba demasiado ocupado. Sé que lo intentó, pero no había nada que hacer.

Ya. Mis padres tenían maletas. Estaban en el ático, sin usar.

—Nunca íbamos a ninguna parte, y yo quería verlo por las fotos que había visto en internet —me dice—. No pensaba que fuera real. Pensaba que los aviones y los pilotos que tenían aventuras así todos los días eran algo que solo existía en las películas. Por primera vez, me di cuenta de lo grande que es el mundo y de lo que la gente es capaz.

Ahora ya ni siquiera usamos las maletas. Nunca vamos a ninguna parte. Ni se molestan en sugerirlo.

—Todos esos aviones, volando en formación —continúa—. Toda esa gente de uniforme...

Escucho. Todavía oigo las avionetas volando sobre nuestras cabezas a toda velocidad, rompiendo el aire.

—En la bahía, todo era agotador, pero ese día fue todo lo contrario. Vigorizante. —Hace una pausa y continúa—: La música, la multitud... Seguramente no te acordarás, pero yo nunca he olvidado ese día y lo bien que lo pasé.

Yo también lo disfruté. Ruido que no era estresante. Era una distracción. Durante todo el día, no había pensado en casa. Recuerdo que me di cuenta de ello cuando volvíamos.

—Fue un gran día, sobre todo porque no parabas de sonreír —dice —. Me sentí especial. Como si fuera algo que compartíamos solo tú y yo, y no sé por qué eso me parecía tan importante, pero me marcó. Recuerdo que pensaba que, gracias a ello, estrecharíamos un vínculo.

Cierro los ojos.

—Aquí ya he tenido demasiado tiempo para pensar —sigue—. Se me había olvidado que quería convertirme en uno de esos pilotos algún día. Ser un héroe. Ser valiente. —Hace una pausa—. Supongo que ya no habrá posibilidades de que me cojan, ¿no crees?

Una daga me atraviesa el corazón.

Ahora es un convicto. No puedes entrar en el ejército si tienes antecedentes. Él jadea y yo, olvidándome del cajón, agarro el teléfono con todas mis fuerzas.

—No te das cuenta de lo mucho que deseas algo —me dice— hasta que descubres que ya no puedes tenerlo.

Hundo la mirada en mis zapatos.

—Estoy cansado de lamentarme. Cansado de sobrevivir en lugar de vivir —añade—. Pero voy a ser piloto. No sé cómo. —Habla con tono firme y decidido—. Y me da igual si no cuento con tu apoyo, pero cada uno tiene que crear su propio camino, y eso es lo que voy a hacer.

Noto una tirantez en la garganta.

—No pienso volver a esa casa solo para ocupar espacio —afirma —. ¿Me entiendes?

Sonrío un poquito.

«Mientras no me muera, no es el final».

Puedo con esto.

Si él puede seguir a pesar de todo, entonces, yo también. En algún momento esto se acabará. Nadie vive para siempre. Puedo

hacer más antes de irme.

Puedo demostrar a mi familia que seguimos levantándonos después de caer. Todavía me quedan ganas de luchar.

Cogiendo una bocanada de aire, me levanto de la cama y me sacudo la chaqueta.

—Te estoy preparando una nueva habitación —le digo—. Como no llegues a casa a tiempo, pienso pintarla de color lavanda.

Oigo una risita ahogada.

—Bueno..., también me gusta el color melocotón.

Sonrío.

—Hablamos.

—Vale.

Cuelgo, me arranco la ropa y me envuelvo la cintura con una toalla. Abro la puerta de la habitación y grito:

—¡Aracely!

Tardo unos pocos segundos en oír sus pisadas sobre las escaleras, y la tengo en mi puerta. Deja caer la vista sobre mi toalla y está a punto de apartar la mirada.

Cojo mi camiseta y se la extiendo.

—Arregla... —Pero me callo y me tomo un momento para corregirme—: ¿Podrías arreglar los botones, por favor? —le pregunto con educación. Luego, le tiendo los pantalones y la chaqueta—. Y llévale el traje a un sastre. Que lo use como referencia para la talla y me haga otros tres. Elige tú la tela. Camisas, corbatas...

Se queda un poco a cuadros, pero no le doy tiempo para hacer preguntas. Cojo el teléfono de la cama y se lo doy.

—Y esto, ponlo a cargar. Y, la próxima semana, búscame un hueco en el calendario para hablar contigo. Vas a empezar a ocuparte de mi horario y del restaurante de Mariette, y tenemos que aclarar algunas cosas. —Mi cerebro es un torbellino de ideas y mi lengua no

está a la altura—. Mariette y tú compartiréis responsabilidades. ¿Me entiendes?

Pone los ojos como platos, pero entonces la veo. La sonrisa. Asiente.

Le quito los pantalones de las manos, saco la cartera y extraigo una tarjeta de crédito, que le entrego.

—Ve a comprar comida y escribe a mis hermanos para decirles que lleguen a casa a cenar a las seis. Nada de perder tiempo en los bares.

Coge la tarjeta.

—¿Qué quieres que prepare?

—Cocino yo.

Deja caer los brazos y, por un segundo, veo que la ropa va a acabar en el suelo. Le devuelvo los pantalones y empiezo a alejarme.

—Ah, y... empieza a preparar una fiesta para los vecinos, o algo así. Vamos a reunir a todo el mundo. A toda la bahía.

Vuelve a agrandar los ojos.

Yo entorno los míos.

—¿Lo estás apuntando?

Por un momento, parece nerviosa, buscando una respuesta, y luego se señala la cabeza.

—No me hace falta —balbucea.

Camino hacia el baño, pero, mientras lo hago, señalo el traje que lleva entre las manos.

—Y llévalo a la tintorería.

—¿Seguro?

La miro furtivamente antes de cerrar la puerta. Sé perfectamente que huele el perfume de Krisjen en él, igual que yo.

Giro el grifo de la ducha, me quito la toalla y me meto debajo del agua, inhalando con fuerza mientras siento el agua fría cayéndome por la piel.

Me obligo a respirar hondo y llenarme los pulmones, soltando el aire de manera regular, y cierro los puños mientras noto el frío en mi cuerpo.

«Solo un día más».

Puedo aguantar un día más.

Como hacía mi madre.

29

Krisjen

Quise irme con él desde el momento en que dio el primer paso.

Pero es imposible que no lo haya hecho por venganza. ¿Cómo no iba a odiar todo lo que le recordaba?

Me apoyo en la pared, abrazándome las rodillas y notando el tacto de los pantalones cortos y la sudadera que me he puesto, sin fijarme muy bien en ella. No tengo ni idea de si es la del estado de Florida o la de Hilton Head. Es gris.

Todas esas veces en las que evitaba mirarme. O hablar conmigo. Ahora tiene sentido.

No era porque fuera una santa. Era porque era yo. Una parte de ella. Me veía a mí y veía su pelo. Su nariz.

Se me escapa una lágrima que me cae por la cara. No podía soportar verme.

Junto los dedos y hundo la cabeza en las manos. Los gritos que no quiero dejar escapar sacuden todo mi cuerpo.

Debe de haber pensado que era un auténtico ejemplo, jugando en su casa como si fuera un puto parque temático.

Pero, las veces que me miraba...

Cuando le encontraba roto por el dolor y veía las lágrimas.

Cuando me abrazaba por la noche y me soltaba enseguida cuando se despertaba y se daba cuenta.

Y luego volvía a envolverme en sus brazos la noche siguiente. Y la siguiente. Y la siguiente.

Cuando por fin empezó a dirigirme la palabra, y solo quería tenerme cerca a mí. Solo a mí.

Intentó no verme. No acercarse. No mirarme ni hablar conmigo.

No quería vengarse.

No quería que lo supiera y sabía que, en algún momento, me enteraría. Sabía que, cuando me enterara, le haría daño.

Nunca le he merecido.

Levanto la cabeza y veo cómo la brisa que penetra en la oscuridad de mi habitación mece las cortinas. No puede haber pasado mucho tiempo desde el mediodía, pero, afuera, las nubes bajas tiñen la luz de mis paredes grises con tonos de azul.

Sigo la luz, desde la tela que cuelga de mi cama con dosel, pasando por mi colección de recuerdos: un carrusel lleno de animales y fotos de fiestas, viajes y ceremonias. Pasando por la vitrina llena de medallas y lazos que conseguí con cada encuentro de natación o concurso de ortografía en el que participé.

Porque cada uno de esos artefactos era como algo más que añadir a mi currículum, que demostraba que estaba viva. Que hacía cosas. Que lograba cosas, que era una persona de valor.

Demostrar que estaba viviendo la mejor vida posible evitaba que me diera cuenta de que todos mis fracasos jamás cabrían en esta habitación.

Y, ahora que soy consciente de ello, solo me importa uno.

Me pongo de pie, me seco una lágrima del rabillo del ojo y cruzo al otro lado de la habitación. Arranco el tablón de anuncios de la pared y sigo con la ristra de cinturones de kárate de cuando tenía ocho años. Me faltan los cinco últimos, porque lo dejé, pero sigo exhibiéndolos como si fuera algo importantísimo.

Tiro el carrusel sobre la cama, saco cada uno de los peluches y tiro al montón cada una de las fotos en las que no aparezca alguien a quien quiero. Agarro las finas cortinas de mi cama y empiezo a tirar. Las arranco, hago una bola con ellas y las añado a la pila de basura. Cojo la manta por las cuatro esquinas, junto con el cubrecolchón, y los meto en el armario. Parte de ello acabará en la basura, y no estoy segura de si querré volver a ver jamás algunas de estas cosas. Ahora mismo, solo quiero apartarlas de mi vista.

Me miro al espejo. Es la primera vez que lo he hecho en toda la mañana. Tengo la marca que me ha dejado en el cuello y los labios hinchados. Los doblo entre los dientes y me doy cuenta de que me duelen. No lo había notado cuando me desperté a su lado esta mañana. Me saco el móvil del bolsillo trasero. Ni una llamada, ni un mensaje.

Apretándolo en mi mano, salgo de la habitación. Me meto el pelo enredado detrás de la oreja mientras bajo las escaleras. Mi madre aún no ha vuelto a mi habitación, pero sé que está en casa. Dentro de unos años, Macon ni siquiera nos distinguirá. «Un par de tacones impolutos de mil quinientos dólares, y estés casada con un abogado o un banquero...».

Hago un cálculo mental rápido, acordándome de que mi padre no cree que Mars sea hijo suyo, pero Mars nació mucho antes de que murieran los padres de Macon. Macon estaba en el ejército. Bueno, tampoco se me ha pasado por la cabeza en ningún momento que fuera él. Gracias a Dios.

Oigo el zumbido de una batidora en la cocina, y me dirijo allí. Me apoyo en el marco de la puerta y cruzo los brazos sobre el pecho.

Mi madre está sujetando la tapa mientras el potingue amarillo gira como un remolino dentro de la máquina, y huelo a tequila y a cítricos.

Detiene la batidora, levanta la mirada por un segundo y, sin pararse a pensarlo, se sirve un vaso. Se acerca a mí para ofrecérmelo. Lo cojo y, al hacerlo, por alguna razón, no me siento enfadada con ella. En absoluto.

Me llevo la bebida a la nariz. Huele a Cointreau y a sirope de agave. Nadie hace margaritas como mi madre.

—Siempre se te ha dado genial preparar cócteles.

—Está bien tener un talento.

Yo todavía no he encontrado el mío.

Vuelve a la encimera y se sirve un vaso. Yo no lo hago.

—¿Sabes?, nunca lo había pensado, porque tampoco es que tuviera elección —le digo—, pero, si alguien me lo hubiera preguntado, diría que te prefería a ti antes que a papá. Y así es, todavía. ¿Y sabes por qué? —Vuelve a encajar la jarra en la base de la batidora y me mira—. Porque al final siempre ganas. Siempre consigues volver a la cima, cueste lo que cueste. Era la única cualidad que siempre esperaba haber heredado.

Bebe un trago y yo doy unos pasos al frente para dejar mi vaso sobre la encimera que nos separa.

Clava la mirada en el suelo.

—Nuestra aventura no duró más de...

—No fue una aventura. —Cierro los puños sobre el lomo de la silla de hierro forjado. La presión hace que me duelan los nudillos—. Tus amigas y tú os aprovechasteis de un chico joven que acababa de perder a sus padres y estaba intentando mantener a sus cinco hermanos.

Me mira fijamente, pero nada cambia en su expresión.

Sigo:

—Y no te importa haberlo hecho, como tampoco te importa que te odie por ello. Lo único que te importa es que encaje con la imagen

que quieres dar.

Por eso quería que se apartara de mí. Puedo follarme a Macon Jaeger tantas veces como me dé la gana. Puedo pagarle para divertirme. Algún día. Una vez que le haya dado a Jerome Watson un par de retoños y haga de su casa un hogar. Entonces me animará a divertirme todo lo que quiera. Pero con discreción.

—Quedaré con Jerome Watson —le digo. Enarca las cejas—. Y conseguiré que papá acceda a pagarte una pensión.

—¿Cómo...?

—¿Qué más da? —escupo—. Tendrás tus necesidades cubiertas.

Se le escapa una pequeña sonrisa. Parece satisfecha de que esté tomando las riendas de nuestros asuntos.

«Y ya lo creo que lo hago».

Pero aún no he terminado.

—Con dos condiciones —le digo—. Que te vayas a la casa de las Islas Keys hasta que te diga lo contrario. Y... —me pongo firme— que renuncies a esta casa.

—¿Qué?

—Que me la entregues a mí.

—Estarás de broma...

—O le diré a todo el mundo lo que le hiciste —la amenazo.

—¿Crees que se van a escandalizar? —Parece a punto de echarse a reír—. ¿Como si tu padre o el resto de la gente de esta ciudad no tuviera sus propios secretos?

Pongo el móvil sobre la encimera.

—A todo el mundo. —Mira el teléfono y le cambia la cara.

Inspira y espira durante varios segundos sin dejar de tensar y destensar la mandíbula.

—Mars y Paisleigh...

—Se quedarán conmigo de momento —le respondo—. Hablaremos de la custodia una vez que consiga contactar con papá.

Nos quedamos mirándonos la una a la otra, y sé todo lo que está pensando.

Sus hijos son un recurso con el que negociar. No quiere renunciar a eso. La familia se compadecerá de ella, le dará dinero, si tiene hijos a los que mantener. Y, en el fondo, sí que le importamos. No tanto como se merecen Mars y Paisleigh, pero, si nos pasara algo, lloraría. Y creo que lo sentiría de verdad.

Pero también sé que no quiere seguir con esto. Cuando se casó, jamás pensó que se iría con otra. Pensó que, si le daba un hogar, hijos y la imagen de una familia respetable, él le daría una buena vida. Fue él quien rompió ese trato.

Quiere ser libre. Después de todo, todavía es joven.

Y, de todos modos, Bateman y yo nos hemos estado ocupando de los críos el ochenta y cinco por ciento del tiempo en los últimos nueve meses. Ya hace tiempo que no contamos con ella.

—De acuerdo —dice, con voz quebrada, pero accediendo.

Se da la vuelta, coge una sartén y la pone en la vitrocerámica.

—¿Te apetece comer?

—Haz las maletas —le digo—. Vete ya.

Se gira como un resorte, asombrada.

Me dirijo a la puerta.

—Cuando hable con papá, te aviso.

Al salir de la cocina, giro a la derecha en dirección al despacho de mi padre, pasando por la habitación escondida de debajo de las escaleras. Evito mirarla, y evito mirar atrás para ver si viene detrás de mí buscando pelea. Sé que se irá. Quiere lo que le he prometido.

Y, de todos modos, no tengo ganas de discutir. No estoy enfadada. Eso solo le pasa a la gente que todavía está dispuesta a intentar

arreglar las cosas.

Entro al despacho de mi padre, dejando la puerta abierta, y cruzo la alfombra para llegar hasta el escritorio. Me siento en su silla, abro de un tirón el cajón inferior izquierdo y revuelvo todos sus papeles hasta que encuentro una carpeta en la que pone «Coche». La saco.

Necesito encontrar la documentación de mi coche para poder venderlo. No podemos seguir toda la vida con un viejo Rover, y yo necesitaré un coche, pero no uno tan caro. Y tampoco quiero el coche viejo de mi padre. No quiero nada que haya sido suyo.

Por el Rover me darán al menos cuarenta mil. Una vez que la encuentro, la saco, la pongo a un lado y vuelvo a meter la carpeta en el cajón.

Pero entonces veo otra en la que pone «Finanzas». Paso la mano sobre ella. No me cabe duda de que se llevó todo lo que pudiera ser relevante, pero bueno, ¿quién sabe? A mi madre y a mí nunca se nos han dado bien estas cuestiones. Si hubiera escondido dinero, activos, no sería mala idea echar un vistazo. Entonces sabré cuánto puedo pedirle, porque no querrá que el abogado de mi madre se entere por su cuenta. Ocultar activos es ilegal.

Le robo un cigarrillo de la cajetilla que tiene sobre el escritorio y lo enciendo mientras hojeo los papeles, pero apenas he empezado cuando el corazón me da un vuelco.

Me va a costar la vida entender todos estos datos, y hay muchísimas cuentas. Asuntos de negocios, papeles de inversiones familiares, acciones, bonos, bienes inmuebles y, aunque todo está a su nombre (excepto nuestra casa, que le cedió a ella), no tengo forma de saber si hay algo de lo que mi madre no esté al corriente. No quería involucrarse. Le dejó hacer lo que quería. Le confió todo lo relacionado con el dinero.

Lo meto todo en una carpeta para tenerlo a buen recaudo en caso de que vuelva y saco mi móvil para llamar al padre de Clay. A lo mejor él puede ayudarme a entender esto.

Pero me detengo al ver la palabra *bienes*. Hay otra carpeta en el cajón. La cojo. «Bienes del hogar».

La abro de golpe y leo en diagonal. Hay un sinfín de certificados de autenticidad y pólizas de seguros: arte, plata antigua, joyas e incluso ropa.

Pero veo mi nombre.

Y lo vuelvo a ver.

Y noto cómo el corazón me va a mil mientras asimilo lo que estoy viendo.

Cojo el móvil y saco las capturas que saqué de su correo electrónico. Todavía no me he parado a analizarlo todo con detenimiento, pero voy deslizando las imágenes. Recuerdo haber visto algo.

Me paro. «No, era un mensaje de texto»; releo los mensajes con su novia, en especial uno que había mirado por encima la primera vez, pero al que no di mucha importancia, en el que ella le preguntaba: «¿Eso era todo?».

No tengo ni idea de qué está hablando, pero debe de ser la continuación de una conversación que tenían en persona. Me pongo a leer la respuesta de mi padre: «Hay más, pero no está a mi nombre ni al suyo. Lo recuperaré de Krisjen cuando acabe todo».

Algo me sube por la garganta y empiezo a temblar. Y, entonces..., me echo a reír.

Planto las manos en el escritorio. Inclino la cabeza, dejando que el humo del cigarrillo suba hacia el techo, y suelto una carcajada que me es imposible contener.

Cojo el móvil y escribo a Clay y a Aracely.

Acabo de comprar una botella de vino de seiscientos dólares. Venid. Las dos.

Hostia puta.

Sonrío. Esto no cambiará mi destino, pero así me aseguraré de que Mars y Paisleigh puedan coger las riendas del suyo. Dejo caer el móvil sobre el escritorio, cruzo los brazos sobre el pecho y doy una calada prolongada al cigarrillo rancio.

«Así me gusta, joder».

—¡Ay, madre! —Me sobresalto y miro a la puerta, donde veo a Paisleigh—. Pienso decirle a mamá que estabas fumando.

Exhalo una nube y sonrío a mi hermana pequeña.

—Se me ocurre una idea mejor. —Apago el cigarrillo—. Vamos a bailar.

No me hace falta vender el Rover. Mi padre tenía bienes ocultos. No es mucho, pero es suficiente.

—Tengo que decir —dice Jack Hewlitt— que habría sacado más en una subasta.

Le entrego los papeles uno a uno a medida que los voy firmando. Él está apoyado en el borde del escritorio mientras que yo escribo, sentada en una silla.

—No quiero esperar.

Me he pasado los últimos dos días liquidando dos cuadros, una escultura y toda la colección de vinos, y he encontrado una cuenta pequeña que está a mi nombre. He traspasado todos los fondos a una a la que mi padre no tiene acceso. No le he preguntado por qué lo puso a mi nombre. Ya sé por qué.

Sabía que iba a dejarla. Desde hacía tiempo.

Y pensó que no me daría cuenta hasta que el divorcio estuviera tramitado. Y casi acierta.

No he encontrado nada a nombre de Mars y Paisleigh, y, aunque hay más al mío, no voy a venderlo todo todavía.

—Sí que tiene prisa —bromea el señor Hewlitt—. ¿Es que se marcha usted del país?

Sonrío un poco.

—No me voy a ninguna parte.

Me entrega la copia de los documentos y le doy la mano.

—Un placer hacer negocios con usted.

—Lo mismo digo —contesta—. Podemos sacarle un buen rendimiento a esto. Gracias.

Un excelente rendimiento. Se las he vendido por mucho menos de lo que pagó mi padre, y el arte nunca pierde valor.

Me levanto y, cuando lo hago, los pendientes que cuelgan de mis orejas se balancean de un lado a otro. Me humedezco los labios, secos del pintalabios, como una capa de arcilla. Deslizo el antebrazo por las asas de mi bolso de Gucci. Estoy lista para irme, con los papeles metidos dentro.

Me suena el móvil y asiento en dirección a Jack para despedirme.

Al rescatar el teléfono del bolso, veo el nombre de mi padre en la pantalla. Hace meses que lo sustituí por «Lachlan Conroy» en lugar de «papá».

—¿Diga? —contesto.

—Has estado ocupada.

La brusquedad de su voz me provoca un miniescalofrío. Casi se me olvida. Siempre suena como si estuviera corriendo de una reunión a otra. Con un poco de prisa. Distraído. Molesto. Carece de acento, pero finge uno a propósito. Alguna palabrilla. O una cierta entonación al final de una frase. A veces parece escocés. La mayoría

del tiempo parece que proviene de una mezcla rara, entre Inglaterra y Boston.

—Krisjen, escucha...

—No. —Camino despacio hacia la puerta principal de la galería—. Hemos estado preguntando por ti. Mars y Paisleigh también, pero, ahora que estoy vendiendo las propiedades que tenías ocultas a mi nombre... ¿Ahora soy digna de tu atención?

Están a mi nombre. Tengo dieciocho. Puede mover cielo y tierra para recuperar lo que aún no haya vendido, pero primero tendrá que encontrarlo. Lo primero que hice fue esconderlo todo.

—Deberíamos hablar —me dice. Y yo estoy de acuerdo.

—La sala Wolfe —le suelto—. Esta noche. A las ocho en punto.

—¿Cómo conoces esa sala?

Cuelgo, salgo por la puerta y empiezo a caminar por la acera. La pregunta es cómo la conoce él.

Me alegro de no haberle dedicado más tiempo al teléfono. Una parte de mí sigue recordando cuando todavía era un buen padre, y me duele. Paisleigh nunca ha conocido esa versión de él.

El viento me revuelve el pelo y me acaricia la piel del estómago, que deja al descubierto mi blusa blanca sin mangas. Apoyo el peso en mis tacones; una pierna y luego la otra, enfundadas en unos pantalones blancos ajustados. Apenas me doy cuenta de la presencia de los chicos hasta que los tengo delante.

Army. Dallas. Trace.

El corazón me da un vuelco. Solo han pasado unos días, pero parecen años. El tiempo que pasé en la bahía parece ya muy lejano.

Army va sin camisa, cosa que es impensable en la calle principal de Santa Carmen, y Trace lleva una camiseta verde, a juego con sus ojos. Los veo, y ellos a mí, y aminoro la marcha, pensando que se pararán. El tiempo se detiene. Pero no se paran.

Y yo tampoco.

Army pasa a mi lado y, mientras lo hace, esa mirada familiar me sigue por encima del hombro.

Trace y Dallas me esquivan, lanzándome miradas furtivas, pero sin decir una palabra. Se me parte el alma.

No sé si sigo andando o cómo he llegado a mi coche, que estaba al final de la calle, pero, cuando miro atrás, ya no están. Y así de fácil pueden cambiar las cosas.

30

Macon

—Un poco más arriba —le digo a Santos.

Él gruñe y exhala:

—Vale.

Levantamos la viga. Desde lo alto del andamio, en el que estoy clavando un tornillo en la madera con un taladro, noto el sol caliente. El traqueteo de la herramienta me indica que el tornillo está apretado.

—¿Ya está? —me pregunta.

—Sip.

Suelta la viga, se saca una bandana y se seca la cara. Debajo hay gente trabajando y los muros están creciendo rápido. Veo llegar a Dallas con una carga de cartón yeso.

—Cinco habitaciones más, ¿eh? —se ríe Santos—. ¿Tienes muchos planes?

—Solo hago espacio para imprevistos.

—Sí, así suelen ser los bebés.

Vuelve a reírse, y yo dejo que lo haga. El nuevo anexo de la casa se llenará antes de que nos demos cuenta, y quiero que esté listo. Iron saldrá de la cárcel y no quiero que la falta de espacio sea una excusa para que Army se vaya. O Dallas, o Trace. Liv siempre tendrá su propia habitación aquí, pero al menos puedo contar con que no

me dé ningún sobrino sorpresa hasta que esté absolutamente preparada.

—¿Sabes? —me dice Santos—, mi cuñada se dedica a pintar casas. Cuando llegue la hora de dar los últimos retoques, podría decirle que se pase por aquí.

Hago girar la llave inglesa para apretar el tornillo.

—Es guapa. Y buena chica.

Me quedo mirando la viga.

—No sería una cita —me asegura—. Solo se trataría de una noche en la que, casualmente, trabajáis hasta tarde y, a partir de ahí, todo va solo. Supongo que recuerdas cómo funcionan estas cosas.

Alzo la vista y le veo sonreír como un bobalicón. Creo que ahora todo el mundo en la bahía tiene la impresión de que me he vuelto una persona agradable, porque estoy más hablador y salgo a que me dé el aire de vez en cuando. Hasta le sonreí a un crío ayer, joder. Me miró como si estuviera a punto de comérmelo.

Santos se ríe al ver que no le sigo la corriente, y pasamos a la siguiente viga.

Pero entonces, veo a Jasmine pasar por delante de la casa con Dex. Me bajo.

—Hola, ¿ha llegado Army? —pregunta.

—Llegará pronto. —Envuelvo al niño con los brazos—. Déjamelo a mí. —Me da su mochila.

—¿Ya te han pagado? —le pregunto.

—Esta mañana. Le frota las mejillas a Dex y le dedica una enorme sonrisa—. Buen fin de semana —dice medio cantando.

Él suelta una risita y lo llevo dentro al tiempo que el reloj de pared da las cuatro. Me paro delante de él para que Dex lo escuche. Se queda mirándolo porque sabe qué es lo que produce ese sonido, y yo lo miro porque es adorable. Le encanta. He decidido buscarle un

reloj de cuco para Navidad. Uno del que salgan bailarines bebiendo cerveza. Le volvería loco.

Dejo caer la mochila, lo llevo a la cocina, lo siento en la encimera y abro el grifo para comprobar la temperatura. Le pongo jabón en las manos, me pongo a mí también y le enseño, como siempre, a enjabonarse y a frotar entre los dedos.

Intenta meterse la mano en la boca, y yo se la quito y le ayudo a enjuagarse.

—Pa-pá, pa-pá.

—Pronto llega, hombrecito —le digo.

Me hace gracia que tenga el pelo de su padre y los ojos de su madre. Yo también tengo los de mi madre. Dallas, Trace e Iron ya pueden reproducirse con mujeres de ojos marrones. Estoy cansado de ser una minoría en esta casa.

Nos secamos y lo siento en su trona. Saco el brócoli ahumado, los trozos de aguacate y de pollo a la parrilla mezclados con mayonesa y la salsa ranchera que Army dejó esta mañana. Se lo pongo en la bandeja y empieza a comer mientras le sirvo un vaso de agua.

Por el camino, abro todas las ventanas de la cocina y voy al salón, donde hago lo mismo. Cierro los ojos e inhalo. Noto menos peso en los hombros.

Pero no abro los ojos. Me alegro de que se haya mantenido alejada. Dejó de contestar a los mensajes de Mariette y no ha vuelto a buscar el cepillo de dientes, ni el bolso, ni el vestido.

Se ha ido. Ha cortado por lo sano. Es la mejor forma de hacerlo.

Niego con la cabeza y abro los ojos. Pongo música en el móvil y vuelvo a la cocina, donde veo a Dex dar patadas y comer mientras yo le corto el pan.

La puerta principal se abre y se cierra y Trace aparece en la cocina.

—Hoy has terminado pronto —comento.

—¿Qué es esto? —Levanta la tapa de la olla que está sobre la vitrocerámica y huele el chili—. Mmm.

—Han llamado de Tech Advantage. —Cuando estoy poniendo el pan en la mesa, Army y Dallas entran y todo el mundo se sirve un plato—. Querían una limpieza mañana para un evento la semana que viene.

—Tengo que... —Trace empieza a excusarse, pero se para a mitad de frase—. Nada.

Lo estudio durante un segundo y acerco la trona a la esquina de la mesa, entre Army y yo. Nos sentamos y Dallas hunde la cuchara en el chili.

—Hay algo en la playa —me explica Dallas—. Trace quiere ir.

Pero Trace le interrumpe:

—No pasa nada. Lo haré.

Hunde la mirada en su plato. No tengo ni idea de qué coño pasa aquí. A ver, sé que llevo años gritándole que a ver si madura, pero ahora que lo está haciendo... Frunzo el ceño.

Dallas vuelve a intervenir.

—Ya me encargo yo.

Trace se queda mirando a su hermano, perplejo. Arrugo aún más el ceño. «¿Qué cojones?».

—¿Seguro? —le pregunta Trace.

Dallas se encoge de hombros y se mete la cuchara en la boca.

—No tengo nada más que hacer.

—Gracias. —Trace por fin sonríe—. Te lo compensaré.

—¿Se puede saber qué ha pasado cuando no estaba?

Todos alzamos la vista y vemos a Liv, apoyada en el marco de la puerta con las manos en los bolsillos.

—¡Hola! —Trace se levanta de un brinco y la abraza como si no hubiera estado en casa hace tan solo tres semanas.

Luego, se sienta y ella se quita la chaqueta negra, dirigiéndose a la vitrocerámica para servirse un plato.

—¿Me voy a la universidad y de repente sois todos La casa de la pradera?

—¿Qué haces en casa? —le pregunta Army.

—Es Navidad.

—¿Es este mes? —Dallas echa una ojeada alrededor de la mesa—. Mierda.

Liv se sirve un plato de chili y lo huele mientras vuelve a ponerle la tapa a la olla.

—Pero ¿qué destrozo de mi receta es este?

—Yo te enseñé a hacerlo, niñata —balbuceo.

—Lo intentaste —me espeta.

Pasa la pierna por encima de la silla al otro extremo de la mesa como si estuviera montándose a lomos de un caballo y se sienta. Levanto la vista durante unos segundos.

—La mesa está muy vacía sin ti y sin Iron. —Trace le da un trozo de pan—. Y sin Krisjen.

—Gracias. —Coge el pan y echa un vistazo a su alrededor—. ¿Dónde está Krisjen? ¿En el restaurante de Mariette?

Mastico. En la mesa se hace el silencio. Nadie la ha mencionado desde que llegué a casa aquella mañana. Todos sabían que era mejor dejar estar el tema.

—Hoy la hemos visto por el pueblo —dice Dallas por fin—. Estaba diferente.

—Guapísima, de hecho —añade Army.

—Como un jarrón —murmura Trace con la boca llena—. Como un jarrón de cristal, bonito y reluciente.

Parece enfadado.

—En Santa Carmen todo el mundo es así —le dice Dallas.

Mientras hundo la cuchara en el chili, noto ojos encima de mí. Cuando alzo la vista, veo que Liv me observa.

—Pero, cuando se enamoran de ti —dice medio para sí—, es lo más tierno que vas a tener nunca entre tus brazos. —El corazón me da un brinco—. Como si estuvieran superagradecidas cuando alguien las trata bien —prácticamente susurra.

Me noto el pulso en el estómago y veo a Krisjen en mi cabeza. En mi casa, junto a mí en la bañera aquel día, en mi restaurante...

—Ya, bueno. —Army se levanta—. Que les den a todas.

Lleva el plato a la encimera. Igual que Trace y Dallas, se ha abstenido de preguntarme qué pasó con Krisjen, pero, a diferencia de ellos, no tengo claro que le importe. Y me lo merezco. A él le gustaba. Por mucho que me ofreciera compartirla.

—Estaba pensando en dar una vuelta en bici hoy —dice Liv—. Han puesto varios *food trucks* en Delgando Beach y hace un tiempo espléndido.

Trace parece animarse, pero noto sus ojos encima, como si estuviera esperando a que les dé permiso.

Termino de masticar y me pongo en pie.

—Buena idea.

Trace le da un golpe a la mesa.

—Toma ya.

—Nada de novias —oigo que ordena Dallas.

Army se gira.

—Luego acuesto a Dex y voy a ver si Aracely puede venir a hacer de canguro.

—Yo tengo que trabajar un poco más ahí fuera primero —les digo.

Dallas se levanta.

—Yo te ayudo.

Señalo a Trace.

—Te toca lavar los platos.

Estoy a punto de salir cuando oigo a Liv y a Dallas discutir a mis espaldas.

—¿Cómo que nada de novias? No le puedo decir a Clay que no venga, Dallas.

—¡Pues no puede! ¿No podemos disfrutar de tu compañía un poco sin tener que compartirte?

—Vale.

Me echo a reír mientras salgo por la puerta. Vuelvo a donde estamos construyendo el anexo, me pongo unos guantes y levanto la cabeza para mirar a Santos.

—Esa cuñada tuya... —le digo—. Dile que venga cuando tengamos que pintar las paredes.

Sonríe, y yo empiezo a subir por el andamio.

Bajamos por las escaleras.

Las botas de mis hermanos y mi hermana arañan los escalones de cemento que quedan detrás de mí por el camino hacia la puerta negra sin número. Inclino la cabeza y hago crujir el cuello.

Ha pasado una semana.

Garrett Ames quiere una respuesta a su propuesta de compra de tierras en Sanoa Bay. Y solo acepta reunirse en su territorio.

«La sala Wolfe».

Es una sala de reuniones clandestina subterránea. Aquí es donde tienen lugar las mejores fiestas del club de campo Fox Hill. Está en la planta inferior, pero cualquiera que la viera al pasar por delante en la pista de golf pensaría que es una entrada para el personal. O un

cuarto de servicio. Muy pocos miembros, y muy pocas familias, saben lo que pasa ahí dentro.

Pero Liv lo sabe. Army no quería que la trajera, ya que es el lugar donde Milo Price y Callum Ames la atacaron la primavera pasada, pero esta vez estamos con ella.

Y Milo Price tiene una cicatriz. Por ahora.

Van a pagar, los dos. Aunque todavía no lo sepan.

Llamo dos veces a la puerta y no pasan más de dos segundos hasta que se abre.

Garrett Ames nos recibe con una sonrisa. Empalagosa. Como un escupitajo azucarado.

—Pasad, por favor.

Retrocede para que podamos hacerlo y robo una mirada furtiva a Jerome Watson y a otro hombre sentados a una mesa redonda con cinco sillas. El otro me resulta familiar, pero, antes de que pueda identificarlo, Garrett habla.

—Me sorprende que accedierais a vernos aquí.

—Bueno —dice Trace—, queríamos ver cómo era por dentro.

Y luego echa una ojeada a toda la sala con los ojos abiertos como platos, como si nos imaginara jugando aquí después de ahorrar unos centimillos aquí y allá.

—Hala —se admira. Contengo la sonrisa, pero no puedo evitar sentir orgullo.

—Disculpad la tardanza. —Dejo el casco sobre la mesa redonda y me siento en una silla desocupada—. Es que estábamos dando una vueltecilla.

Jerome me mira, divertido.

—Aquí tenemos a la familia Tryst al completo. A los seis. Ah. Qué tonto, se me olvidaba. Ya solo quedan cinco.

«Por ahora, cabronazo».

Mis hermanos cogen cada uno una silla y, aunque siento la tentación de echar un vistazo prolongado a la sala de las narices, ahora que por fin la estoy viendo en persona, decido no hacerlo. No necesitan un recordatorio de que no he estado aquí antes. Lo saben.

—Acabemos con esto cuanto antes. —Ames mueve una silla, se desabrocha la chaqueta del traje y se sienta—. Los mercados están a punto de abrir otra vez en Tokio. Tengo llamadas que hacer.

Nunca me había dado cuenta del olor a cuero de las chaquetas de los Jaeger: la mía, la de Army, la de Iron, que lleva puesta Dallas, y una mía vieja que lleva puesta Liv —Trace prefiere llevar camiseta—. Sin embargo, ahora soy muy consciente del intenso olor que emanan. Los músculos de mis brazos parecen medir tres metros de ancho.

Un empleado está de pie frente a la pared que está detrás de Ames con los brazos extendidos, como si estuviera listo para servir una bebida o sacar una silla. Lanzo una mirada furtiva a la única otra persona que hay sentada a la mesa y se me acelera el pulso.

Lachlan Conroy.

Ya sabía quién era el padre de Krisjen, pero de todos modos lo habría reconocido.

Tiene sus mismos ojos. ¿Qué hace aquí?

—La misma propuesta sigue sobre la mesa —arranca Ames, y me cuesta un momento volver a centrarme en la reunión—. Ochenta hectáreas. Ya sabéis lo que estoy dispuesto a pagar —afirma—. Os lo estoy poniendo fácil porque es más rápido que hacerlo por el Gobierno, pero también puedo hacerlo por esa vía si no queréis cooperar.

No tengo potestad para vender las tierras. Pertenecen a diferentes habitantes de Sanoa Bay, pero estoy a la cabeza del consejo

ciudadano, y debo de ser la única razón por la que aún no han vendido. Puedo persuadirlos.

O disuadirlos.

Estudio la cicatriz de su mandíbula. Tres surcos unidos. Como una estrella fugaz. Es sutil. No es lo primero en lo que te fijas cuando lo ves, pero hace tiempo que sé lo que tiene.

Hay un brillo en sus ojos.

—Conseguiré lo que quiero, Macon.

—Quiero el triple de lo que me ofreces.

—Lo que ofrezco es el doble de lo que os darán cuando os expropien.

Tiene razón. Lo sabe y sabe que yo lo sé.

Aparto la mirada y me fijo en un rincón de la habitación, arriba, cerca del techo. La lente de fibra óptica oculta en la cornamenta de ciervo. Lo graba todo.

Y, a juzgar por lo que pasó en esta habitación anoche, supongo que no saben que está ahí.

—Esa cicatriz en forma de estrella que tienes en la mandíbula... —Doy golpecitos a la mesa con los dedos—. La tengo igualita. Es la marca que te dejaba el anillo de mi padre cuando te pegaba.

A mi derecha, Army se mueve, y veo que me está mirando. Ninguno de ellos sabe dónde me hice la mía. Tengo muchos arañazos. Todos los tenemos.

—Lo mío fue un accidente —le digo a Ames—. Los dos estábamos enfadados y yo le pegué primero, pero no mucha gente tiene esa marca. ¿Tú qué le hiciste? —Inclino la cabeza—. No solía ser violento.

Mi padre me pegó dos veces en mi vida, y las dos se estaba defendiendo. Aquel día, se olvidó de que llevaba el anillo.

Ames se me queda mirando, impávido.

—¿Podemos decir que hemos llegado a un acuerdo?

—¿Fue por mi madre? —insisto—. Cuando yo tenía dos o tres años, estuvo un tiempo trabajando en casa de tus padres, ¿no?

A mis espaldas, oigo que Dallas respira más fuerte.

Prosigo:

—Mi padre dijo que una noche llegó a casa y luego nunca volvió a la vuestra. ¿Qué intentaste hacerle?

Liv se levanta de un brinco, pero yo extiendo el brazo para mantenerla atrás.

—Querías probarla, ¿no es así? —le digo—. ¿Lo conseguiste?

Noto el calor que desprenden Army y Trace y oigo a Liv crujir los nudillos. Ames fue a por nuestra madre, igual que su hijo, Callum, fue a por mi hermana en abril.

—Si lo hubieras conseguido —le digo—, sospecho que no tendrías tanto rencor.

Ha ido a por nosotros desde que tengo uso de razón.

—Callum tiene los mismos gustos. —Carraspeo—. Es tu heredero, ¿me equivoco?

Sus ojos me atraviesan como los de un ave rapaz.

—Tu único hijo. ¿Correcto?

Incorrecto. Tiene otro hijo. Al menos uno. A Garrett Ames no le conviene nada que Callum se entere.

Pero, antes de que Ames tenga tiempo de reaccionar, llaman a la puerta. Me tenso. Afuera está Santos. A una llamada de distancia, si lo necesitamos.

El empleado cruza la habitación y abre la puerta. Jerome Watson se levanta antes de que pueda mirar.

—Krisjen —dice.

Al mirar por encima del hombro, la veo por primera vez en varios días.

«Un jarrón de cristal». ¿Tenía ese aspecto el año pasado, cuando iba con Liv al instituto? Lleva una falda de tenis negra y una camisa sin mangas ajustada a juego. Absorbo cada centímetro de piel dorada de su cuello, sus brazos y sus muslos. He tocado cada centímetro. Hace apenas unos días.

¿Qué hace aquí?

—Por cómo vas vestida, ¿entiendo que vas a jugar al golf? —pregunta Watson.

Me mira de reojo, pero sus ojos vuelven al frente enseguida, como si no me reconociera.

—Me gusta jugar por la noche —le dice.

Él la invita a sentarse.

—A mí también.

Ella no se sienta. Evito fulminar a Watson con la mirada.

¿Me ha invitado porque sabía que iba a estar aquí?

Liv recorre la habitación con la vista. Sé que le pasa lo mismo que a mí, está intentando averiguar qué pasa aquí.

—Krisjen... —empieza a decir su padre. Pero ella le interrumpe.

—En un minuto estoy contigo.

Se planta delante de la mesa y se dirige solo a Watson:

—Quiero tener mi propia habitación.

Me paralizo. «¿Qué cojones?».

—Hasta que esté lista para compartir la tuya —le dice.

Tengo el peso de un camión en el pecho, pero no levanto la mirada de la mesa.

Jerome sabía que iba a encontrarse con uno de nosotros esta noche y ha decidido que lo mejor era matar dos pájaros de un tiro. Quería que lo viera.

Liv se incorpora.

—¿Qué haces aquí, Krisjen? —No responde.

A Jerome Watson no parece importarle.

—¿Qué más? —exige saber.

—Mis hermanos se van conmigo.

—¿Qué? —interviene su padre—. ¿Dónde está tu madre?

Pero nadie le hace ningún caso. Me da vueltas la cabeza.

—Solo tu hermana —le dice Jerome—. Tu hermano se puede ir a un internado.

—¿Qué son estas sandeces? —ladra su padre.

Buena pregunta. Parece que Krisjen se ha dado cuenta de que puede tener una vida mejor.

A mí debería darme igual. Nunca ha mentido. Sabía que acabaría convirtiéndose en una de ellos.

—¿Quién te ha dicho que aún quiero estar contigo? —le pregunta Watson. Ahora va y se hace el difícil.

Quizá no sepa que se ha tirado a Army y a Iron, pero lo de Trace sí lo sabe. Tengo el estómago lleno de nudos. Que le jodan.

Tenso la mandíbula antes de hablar.

—Te cases con ella o no —le digo—, querrás probar a ese bomboncito. Hazme caso.

Y ahora sabe que también ha sido mía.

Su padre golpea la mesa con el puño una sola vez y Dallas se ríe entre dientes. Krisjen permanece inmóvil.

Me pongo de pie y cojo el casco. Mis hermanos hacen lo mismo. A la mierda. No tenía pensado darle nada a Ames de todos modos, pero, ahora, espero que haya una puta guerra. Que sangren todos.

—Conseguiré esas tierras —dice Ames a modo de advertencia antes de que pueda salir disparado.

—Pues a las malas —digo con voz grave—. Tengo ganas de juerga. Una juerga larga, cara y escandalosa.

—Puede que haya pérdidas.

—Siempre que eso no te suponga un problema —le digo.

Trace suelta una risita y Dallas estira los brazos en el aire.

—Ay, qué bien lo vamos a pasar.

Tiro la silla de una patada y la oigo caer a mis espaldas.

—Y, por cierto, la Bolsa está cerrada en Tokio todo el día —le digo a Ames al salir—. Allí es sábado.

31

Krisjen

Me alegra que se marche rápido.

Hago un esfuerzo sobrehumano por no mirarlo mientras pasa junto a mí. Absorbo el último vestigio de su presencia, sabiendo que quizá no lo vuelva a ver en mucho tiempo, quién sabe cuánto.

Pero lo veré, seguro. Quizá en un semáforo, dentro de un año. En las redes sociales de Liv, cuando esté con ellos el verano que viene. Tal vez un día tenga un hijo, y yo también, y lo vea al otro lado del campo, mientras los niños juegan en equipos opuestos.

El caso es que, de una forma u otra, lo veré. Esto aún no ha terminado, y eso me basta. Puedo conformarme con eso.

Aunque siento como si todo mi interior estuviera desangrándose.

Respiro hondo, oigo la puerta cerrarse y miro a mi padre.

—¿Vais a criar a los niños? —le pregunto—. ¿Tú y tu novia?

Él levanta la barbilla. Le incomoda visiblemente tratar este tema delante de sus colegas. Pero no hay debate posible.

—Se quedan conmigo —le digo, sacando un cheque del talonario que he cogido de su escritorio—. Di que sí.

—Tenemos que hablar.

—Lo haremos —respondo, dejando el cheque ya preparado sobre la mesa—. Di que sí.

Inhala y exhala tres veces antes de asentir una vez, levemente.

Puede que esté dispuesto a recorrer este camino conmigo y con Paisleigh cuando se haya casado de nuevo y tenga todo en orden, pero no cree que Mars sea suyo. No importa, porque no pienso discutirlo. Somos un paquete indivisible.

Deslizo el cheque hacia él.

—Y quiero que le pagues a mamá. Enseguida.

Baja la mirada al cheque, evaluando la cantidad considerable pero justa que he escrito. Ella no aceptará menos.

—Le dejé la casa para que la vendiera —dice.

—¿Te refieres al hogar donde viven tus hijos? —replico, mordaz—. Que te jodan.

Garrett Ames suelta una carcajada antes de tomar un sorbo de su *whisky*.

—Krisjen, ¿se puede saber qué te pasa? —gruñe mi padre, en un susurro cargado de vergüenza.

No cedo ni un ápice.

—Saca tu Montblanc —le ordeno.

«Saca el puto bolígrafo, firma y se acabó». Y así él será libre...

No aparta la mirada hasta que tiene el bolígrafo en la mano y comienza a firmar.

Me devuelve el cheque, y yo saco mi móvil, ingreso en mi cuenta bancaria y lo deposito de inmediato. Luego guardo tanto el cheque como el móvil.

—Si no se hace efectivo, el próximo cheque será mayor.

Su mandíbula se tensa, pero guarda silencio, volviendo a meter el bolígrafo en el bolsillo de su chaqueta.

—Que tu abogado prepare los papeles —le digo—. Tráelos cuando vengas a ver a tus hijos el sábado que viene. Me aseguraré de que ella los firme rápido.

—Krisjen...

—Ahora vete, por favor —le digo, alzando la vista hacia la pared detrás de él, agotada por todos los asuntos con los que me ha tocado lidiar esta noche. Dos fuera, uno más por resolver.

Se abotona la chaqueta y se marcha, cerrando la puerta de golpe.

Jerome chasquea la lengua.

—No eres tan dulce como creía.

Inclino la cabeza.

—Con vosotros hay siempre mucha tela que cortar.

Se ríe, a diferencia de mí.

—¿A qué ha venido este cambio de opinión? —me pregunta.

—No voy a ir a la universidad.

Saco algo más del bolsillo de mi falda y doy un paso adelante.

—Y te prometo que recibirás todo por lo que pagues —le digo, dejando la llave sobre la mesa—. Con una condición más.

Jerome extiende la mano para cogerla.

—¿Y cuál es? —pregunta.

La deslizo lejos de él.

—No tú —y la empujo hacia Garrett Ames—. Él.

Él la recoge, examinándola detenidamente.

—¿Y esta llave qué abre, mocosa?

Salgo lo más rápido que puedo, por miedo a que intenten retenerme. Ya me conozco estas historias. He oído hablar muchas veces de este tipo de intercambios entre adultos. Nunca le he preguntado a mi madre al respecto. Y tampoco le preguntaré a Clay si cree que sus padres participaban en ellos. No quiero saberlo.

No quiero tener nada que ver con eso.

Adultos...

Como si yo ya no fuera uno de ellos.

Mi plan ha funcionado perfectamente esta noche. Todo ha salido a mi favor. Aun así, las lágrimas amenazan con brotar a pesar de la victoria.

Se ha ido tan rápido. Me ha dejado allí. Con esos hombres. En esa sala. En esa jodida sala. Dios...

Camino por el sendero de la entrada hacia mi Rover, casi sin darme cuenta de la gente que hay en el *green.*

—¡Krisjen! —llama una voz.

Miro a la derecha, hacia un grupo de golfistas nocturnos que se congrega a unos cien metros. Una persona agita un palo de golf en el aire. Creo que es Clay. ¿Se habrá unido Liv?

He venido vestida como si fuera a jugar en el evento bianual solidario —como excusa para salir de la reunión si Jerome intentaba retenerme—, pero solo quiero irme a casa. Necesito pensar.

Sé que he hecho lo correcto, ¿no? Esto es lo correcto. Es horrible, pero es lo correcto. Ahora estará a salvo.

Pero entonces aparece.

Delante de mí. Caminando hacia mí mientras me detengo junto a mi coche.

—¿Tiene suficiente dinero para ti? —pregunta Macon, subiendo la cuesta del camino hacia mí.

No se ha ido. No parpadeo, pero siento las lágrimas en mi pecho.

«Se ha quedado».

—Tienes buen aspecto —susurro.

Y es verdad. Las ojeras siguen ahí, pero son más ligeras. Está durmiendo.

En cuanto he llegado y he visto las motos aparcadas en el borde de la vereda, me he puesto nerviosa. Pero, al mismo tiempo, me alegraba verle ahí con su familia.

Se detiene al llegar a mí y presiona su cuerpo contra el mío mientras me mira desde arriba.

—¿Cuántos metros cuadrados te ha prometido?

Dios, me encantan sus ojos. Todos se fijan en los ojos verdes de sus hermanos, pero los de Macon me hacen sentir como si estuviera acurrucada en una cabaña, en lo profundo del bosque, bajo una manta, mientras llueve. Parece un recuerdo, pero no lo es. Nunca he estado en una cabaña.

—Vais todos en moto —digo, incapaz de evitar una pequeña sonrisa. Me alegra que esté saliendo a que le dé el aire. Se le ve fuerte.

—¿Él también tiene hermanos? —responde.

Mi barbilla tiembla. Le veo genial.

—No lo sé —admito—. Pero no querrá que nadie más me toque. Al menos por un tiempo. Al menos hasta...

Apoya su frente contra la mía.

—¿Hasta? —susurra.

Pero ya lo sabe.

Agarra mi cuerpo con ambas manos, levantándome y sujetándome contra un árbol. Enrosco mis piernas a su alrededor.

—¿Cuál era aquel rumor que circulaba sobre mí? —murmura sobre mi mandíbula—. Decían que os quería dejar a todas embarazadas para tener descendencia en Santa Carmen y echaros, ¿no?

Cojo su rostro entre mis manos.

—Te amo.

Su aroma inunda mi cabeza, y cierro los ojos, mi cabello cayendo entre los dos como una cortina.

—Incluso podrías llevar a uno de nuestros bebés ahora mismo —dice, con su boca apenas rozando la mía—. Después de todo, mis hermanos y yo nos divertimos mucho contigo.

Rozo mi nariz con la suya.

—Te amo —susurro.

—Va a usarte bien.

Lo beso suavemente en los labios, sintiendo cómo su cuerpo tiembla bajo mis manos.

—Te amo.

—Yo sería el padre de todos tus hijos —murmura.

Presiono mis labios contra su frente, dejando un rastro de besos por su sien, su rostro y hasta la comisura de sus labios.

—Llámame cada vez que quieras uno —respira con fuerza, hundiendo los dedos en la parte trasera de mis muslos—. Trabajaré encantado para ti.

Se inclina, besa mi frente, me deja en el suelo y se marcha.

—Te amo —murmuro mucho después de que se haya ido.

32

Macon

Cruzo la cocina del restaurante con Aracely siguiéndome el paso.

—¿Cuándo cambia el menú?

—En enero.

Paso rápidamente las páginas de su inventario, revisando los números y los costes.

—¿Has preparado los pedidos?

—Ya están listos —responde.

Extiendo el brazo y le paso los papeles. Debería haberme consultado antes de comprar un montón de cosas sin saber si las aprobaría.

Pero para eso la contraté, ¿no? Para que tomara la iniciativa.

Y vaya si lo está haciendo. En los últimos dos días, ha rediseñado el menú del restaurante, trasladado las cuentas a un nuevo sistema al que puedo acceder desde cualquier dispositivo y contratado a un nuevo camarero. Para sustituir a Krisjen.

Empujo la puerta trasera del restaurante vacío. El aire es fresco y la vida nocturna está llena de vida.

—También quiero hablar con Mariette sobre ampliar el horario en primavera —dice detrás de mí.

—Haz lo que quieras.

Costará más mantenerlo abierto más tiempo, y necesitaremos ampliar el personal, pero que pruebe a ver si puede hacer que sea

rentable. Lo sabré ya el primer mes.

Ella desaparece y se pone a hacer sus cosas. Miro hacia un lado y veo a Torres yendo hacia el bar con el brazo alrededor de su esposa.

—¡Venga, Macon, ven para aquí! —me llama.

Le lanzo una mirada fulminante, y él se ríe. Nunca he sido el alma de la fiesta, pero eso ya lo sabe.

Si acepto la invitación, me emborracharé. Y echarla de menos será insoportable.

Gabriela Minor chuta un balón de fútbol al otro lado de la calle con su hermanita de seis años. Me detengo y miro la hora en mi móvil.

Pasan de las diez. La miro. Ella me devuelve la mirada.

Entonces aplaude.

—Bueno, ¡hora de dormir! —le dice a su hermana pequeña.

Coge la mano de la niña y la ayuda a chutar otra vez el balón para llevarlo de vuelta a casa. Sigo caminando hacia la mía.

Debería sentirme orgulloso de ella. Sé que cuidar de una niña toda la noche mientras su madre trabaja no es lo que más ilusión le haga del mundo. La mayoría de las chicas de catorce años solo quieren meter a sus hermanos en la cama rápido para poder ver la tele tranquilas. Ella juega con su hermana, como yo nunca jugué con los míos. Es buena niña.

Oigo la música antes incluso de entrar en el vestíbulo, pero tan pronto como lo hago, apago la lista de reproducción en la tele y dejo el mando en la mesa. Trace se incorpora en el sofá, y creo que hay chicas a ambos lados. No miro.

—Moved la fiesta a la piscina —les digo a todos.

Voy a la cocina, y Dallas se marcha de allí, acompañado de alguien, en cuanto entro. No veo a Army. Probablemente esté arriba con Dex.

Lleno un vaso con agua, lo bebo, lo vuelvo a llenar y bebo más.

Las luces de la piscina brillan bajo el agua. A uno le falta tiempo para tirarse de bomba y las sillas del jardín se empiezan a llenar rápidamente a medida que la casa se vacía.

Esta solía ser mi hora favorita del día. Mi familia en la cama. La casa tranquila.

El mundo en la cama, el mundo tranquilo.

Parece que han pasado siglos desde que ella se ponía el pijama y venía a mi cuarto con su almohada, aunque luego no la usara. Yo era su almohada esas noches en las que dormía en mi habitación.

Alguien entra en la cocina, veo su reflejo acercarse detrás de mí en la ventana.

Giro la cabeza y veo a Summer, una camarera del restaurante. Krisjen la formó. Cabello rubio, veintipocos, largas piernas bronceadas en *shorts*, y patines en los pies. Bajo la mirada, notando cómo mi corazón late más rápido en mi pecho.

—Iba a buscar a Krisjen para devolvérselos, pero me van bien. —Se desliza de atrás adelante, mientras se apoya en la encimera—. Deberíamos usarlos todos.

Su brazo roza el mío, y sus ojos están llenos de fuego mientras me mira, como si esperara algo de mí.

Se humedece los labios e inclina la cabeza. Si no miro su cara, casi podría imaginarme que es Krisjen. La misma piel hermosa. Los mismos muslos tonificados.

Me termino el agua de un trago y salgo de la cocina. Luego subo las escaleras y entro en mi habitación. Antes de cerrar la puerta, escucho a Van Morrison sonando en la habitación de Army. Siempre lo pone cuando intenta dormir a Dex.

Sin encender la luz, abro el grifo de la ducha, me quito los vaqueros y me meto. Me lavo el pelo y el cuerpo, inclinando la

cabeza bajo el agua caliente, dejando que el calor caiga sobre mi espalda.

«Te amo».

Apoyo mi antebrazo contra la pared de la ducha, apoyando mi frente. Todavía siento sus susurros contra mi boca. No dejaba de decirlo mientras rozaba sus labios con los míos.

Eso es lo que echaré de menos. Más que nada. Sus besos. Casi sin ser consciente de ello, abro la boca, sintiendo su lengua que me ruega entrar, como si estuviera aquí.

Llevo mi mano al grifo listo para girarlo y que caiga agua fría, como ya es costumbre al final de cada ducha. Y es que el frío despeja cada pensamiento de mi cabeza. Pero no puedo girarlo. Agarro más fuerte para obligarme a hacerlo, pero el calor es agradable, perfecto. La siento aquí, justo donde debe estar. Puedo notar su sonrisa en mi boca.

En lugar de eso, cierro el grifo. Me envuelvo una toalla alrededor de la cintura y camino hacia mi cama. Dejo un rastro de agua a mi paso, mientras la música de la piscina se cuela por la ventana. Me siento en el borde de la cama y entierro la cabeza entre las manos, odiando lo duro que me pongo por ella. Odiando el dolor en mi pecho y el vacío en mi corazón.

«Te amo».

No dejaba de decirlo, joder.

Mis ojos arden, y los cierro, sin ser consciente de que la puerta se abre hasta que un rayo de luz del pasillo entra en la habitación. Miro y veo un par de patines blancos con ruedas naranjas deslizándose hasta quedar enfrente de mí. Cuando la tengo delante, deslizo mis manos por sus piernas suaves. Lleva su mano hasta mi nuca y sube por mi pelo, mientras presiono mi coronilla contra sus muslos.

«Te amo».

No ha parado de repetirlo, como si no hubiera aceptado estar con él hacía tan solo unos minutos. ¿Me quiere? ¿De verdad cree que me quiere después de saber todo lo que he hecho?

Paso las yemas de mis dedos por sus piernas. Oigo su respiración entrecortada y el pequeño gemido que se le escapa.

Levanto la pierna de Summer, luego la otra. Le quito los patines y los sostengo en mis manos.

—Vete —le digo.

Ella se queda allí, esperando, pero no miro su rostro. Debería dejar que se quedara. Mis hermanos no la echarían de sus habitaciones, pero yo no puedo tener a nadie que no sea a Krisjen en mi cama. No todavía.

No soy consciente de cuándo se marcha exactamente, pero en un minuto la habitación está de nuevo a oscuras. Y yo me quedo ahí, mirando los patines.

Krisjen no me quiere. Quiere follarme. Por dentro y por fuera.

Sostengo un patín en cada mano.

—Has encontrado nuevas formas de romperme.

Ato los cordones de cada patín entre sí y los dejo junto a mi puerta. Me quito la toalla del cuerpo. Deshago la cama, pero cuando estoy a punto de meterme, oigo un pitido que viene desde fuera y me detengo. Lo reconozco, es el sonido que hace un camión al retroceder.

Aparto la cortina, alargando el cuello, pero todo lo que veo son las personas en la piscina, de fiesta con su música. Trace cruza la terraza, mirando a la calle, como si hubiera visto algo.

En menos de un minuto, bajo las escaleras con unos vaqueros y me calzo. Al abrir la puerta, veo de inmediato a unos obreros colocando señales y conos. El camión tiene escrito «Departamento de Transporte» en uno de los laterales.

—Joder, ¿ahora qué? —murmuro, saliendo afuera.

Corro hacia la calle, poniéndome una camiseta mientras me acerco a uno de los tipos con una camiseta amarilla reflectante. Por el rabillo del ojo veo que Trace y Liv también se acercan.

—¿Qué coño es esto? —pregunto.

El trabajador me mira, con la cara llena de polvo de donde sea que haya estado trabajando antes. Señala a otro hombre, y me dirijo hacia él.

El otro hombre lleva un chaleco amarillo sobre una camisa de trabajo azul de manga larga para protegerse del sol.

—¿Qué es esto? —le pregunto—. ¿Qué está pasando?

Él se vuelve hacia mí.

—Perdón por el ruido —me dice mientras dirige a otro trabajador —. No tardaremos mucho, lo prometo. Solo estamos preparando unas cosas para mañana.

¿Mañana? ¿Qué?

—Mucho me temo que empezaremos temprano —grita sobre el ruido del motor del camión—. Sobre las cinco de la mañana.

Miro a Trace, luego a Dallas. Ambos me devuelven la mirada, atónitos.

—Aquí tienes el programa —dice el hombre, pasándome unos cuantos papeles.

Veo que son varios con el mismo documento repetido, probablemente para repartirlos o colgarlos.

Le echo un vistazo.

Obras en los carriles: Atlantic View Avenue, Bay Hawk Road, Seminole Point y Seascape Court. Durante las próximas dos semanas. Cierre de carriles.

Van a asfaltar las carreteras.

—Habrá que despejar las calles —continúa el hombre—, incluido ese aparcamiento. Mañana. —Señala hacia el restaurante—. Sé que será un rollo, pero iremos rápido. No creo que tengáis que aguantarlo durante mucho tiempo.

—¿Así que después de seis años de hacer peticiones al ayuntamiento, ahora de repente os ponéis a trabajar?

—Disculpe, pero yo nunca sé dónde me van a mandar hasta última hora. —Se pone a ayudar a su equipo, que sigue colocando los conos para desviar el tráfico—. Se ve que alguien ha movido un par de hilos por ti.

Aparto la mirada para dirigirla a Clay, que está junto a Liv.

—¿Ha sido tu padre? —le pregunto a ella.

Niega con la cabeza, pero parece nerviosa.

—Nos vemos mañana, muy temprano —grita el hombre, despidiéndose con la mano mientras continúa su trabajo.

El camión gira, cogiendo la salida de la derecha hacia Bay Hawk. Ahora necesito saber si también van a poner aceras, señales, farolas...

Está claro que no es una coincidencia.

Me dirijo hacia mis hermanos, mientras el ruido del camión se desvanece con la distancia.

—¿Qué ha hecho?

Se me quedan mirando. Dallas y Trace se lanzan miradas, y no sé quién sabe qué, pero está claro que alguien tiene información.

—Esto es a cambio de su casa —responde finalmente Clay—. Garrett Ames se mantendrá al margen durante cinco años.

¿Se mantendrá al margen? ¿Quiere decir que me dejará en paz y que no intentará construir carreteras ni quedarse con el terreno?

¿Durante cinco años?

Entrecierro los ojos.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer en esos cinco años?

Ella se encoge de hombros un segundo.

—Encontrar la manera de que la tierra sea más valiosa para el Gobierno que cualquier cosa que Garrett Ames pueda hacer —dice —. Gracias a ella, tienes más tiempo.

No tiene sentido.

—¿Ha renunciado a un acuerdo de nueve cifras por una casa?

—No. —Pero esta vez es Liv quien responde—. Krisjen le amenazó con darnos la casa a nosotros como alternativa. Y, de haber sido así, hubiéramos podido encontrar mil formas de usarla para devaluar las viviendas de todo el vecindario.

De pronto, todo cobra sentido en mi cabeza. Es verdad, a él no le conviene en absoluto que tengamos propiedades en Santa Carmen.

—Y Jerome Watson se queda con ella —añade Liv.

Me quedo mirando los papeles en mi mano, arrugando los bordes con el puño.

—No se queda con él porque necesite dinero —dice Clay—. Sus padres habían dejado escondidos algunos de sus bienes a su nombre. Y ha estado liquidándolos. Nunca se vendería a él por dinero.

Me trago el nudo de mi garganta.

—Pero sí que haría cualquier cosa por ti —murmura Trace, mirándome.

No es una acusación, pero siento el golpe de todas formas. Llevo toda mi vida deseando que esta gente tenga carreteras en condiciones. Pese a que lo he pedido a gritos, esta no será la manera de conseguirlas. Ella no puede venir y salvarnos como si nada. Yo soy el que nos salva.

Necesito verla.

En cuestión de minutos, mi familia se une al resto en la fiesta, y yo estoy cruzando las vías de nuevo. La verja de su casa está abierta, pero no me pregunto por qué.

Cruzo su entrada a toda velocidad y veo un camión junto a su casa con las palabras «Mudanzas Bayside» escritas a un lado.

Clay estaba en lo cierto. Le ha dado su casa.

Las ventanas de la casa están a oscuras y las puertas del camión cerradas. Sin embargo, la rampa está bajada. Todavía están cargando muebles. Aún hay tiempo para parar esto.

Llamo a la puerta una y otra vez. Vamos.

No hay respuesta. ¿Dónde está? ¿Dónde están los niños?

Vuelvo a llamar, pero no contestan. Aquí no hay nadie.

Saco el móvil y marco uno de los muchos números que me juré no volver a usar.

—¿Hola? —responde Cara Conroy.

Camino de vuelta hacia mi camioneta.

—¿Estás en la ciudad?

Ella duda un momento. Puede que se haya olvidado de mi número, pero reconoce mi voz.

—No estoy lejos. ¿Por qué?

—Nos vemos en Two Locks —le digo—. En una hora.

33

Krisjen

¿Por qué no consigo hacerlo bien? Siempre sale mal.

He intentado seguir la receta varias veces. Meto el dedo otra vez, me lo llevo a la boca y chupo el relleno. No está ni siquiera cerca de parecerse a la tarta de lima mexicana de Mariette. ¿Qué coño le pondrá?

Cojo la tarjeta con la receta que me escribió y la estudio. Me dio una receta falsa, lo sé. Yo también guardaría un secreto así.

Echo más zumo de lima y remuevo.

—¿Me estás escuchando? —pregunta Clay—. No puedes seguir adelante con esto.

Está sentada en la isla de la cocina de la nueva casa de la playa de su madre, mirando mientras yo cocino. Llevo dos días aquí con Mars y Paisleigh mientras busco un sitio más modesto. No es que tuviéramos que dejar nuestra casa, pero nunca fue un hogar. No como aquella casita que Trace nos enseñó aquella noche. Quiero que vivan en un lugar así.

Pruebo el relleno con el dedo una vez más. Los músculos de mi mandíbula se tensan, y me encojo de hombros. Al menos el sabor es más intenso ahora. Pongo un poco más de zumo.

—¡Krisjen!

Levanto la vista y vuelvo a remover.

—No me quiere —le digo.

Se lo dije varias veces. Él no me lo dijo ni una sola.

—¿Eso es lo que piensas? —espeta ella—. ¿Cómo no va a quererte?

—No lo sabes todo, Clay. —Vierto el relleno en la base de la tarta —. Yo no soy lo que necesita. Le debo algo.

—Krisjen...

Pero antes de que pueda terminar la frase, suena mi móvil y dejo el bol rápidamente en la encimera, agradecida por la interrupción.

—¿Sí? —respondo de inmediato.

—Soy yo —dice Bateman—. Los niños no han ido a casa de tus abuelos.

—¿Cómo?

Me aparto de la tarta, mirando el reloj de la pared. Son casi las siete. Han salido del colegio hace cuatro horas. Mars me ha escrito para decirme que estaban allí.

—Tu abuela no le ha dado importancia —sigue diciendo—. Con todo lo de tus padres, ha pensado que se trataba de algún malentendido. Pero luego me he dado cuenta de que Paisleigh se había dejado los deberes en mi coche, así que he llamado a tu abuela para ver si podía dejárselos en casa. Son para el lunes. Ahí es como nos hemos dado cuenta de que no teníamos ni idea de dónde estaban los niños.

Me pongo las chanclas y cojo las llaves.

—¿Has llamado a mis padres?

—A los dos —responde—. Tu padre no contesta, y tu madre ha dicho... que están en la bahía.

—¿Qué? —suelto, sintiendo la mirada de Clay sobre mí—. ¿Por qué...?

—No lo sé —dice, sonando sin aliento—. ¿Quieres que llame a alguien?

Me cuelgo el bolso al hombro y le hago un gesto a Clay.

—Tengo que irme.

Empujo la puerta mosquitera y bajo las escaleras del porche corriendo.

—Aún no —le digo—. Ten el móvil cerca, por si acaso.

—Entendido. Avísame cuando estés con ellos.

—Adiós. —Y cuelgo.

¿Por qué están allí? ¿Y cómo es que lo sabe mi madre?

¿Qué está pasando?

Subo al coche. El cielo está negro, sin una sola estrella a la vista. El aire denso entra por las ventanas abiertas, y dejo que el viento me azote el pelo mientras marco números sin parar camino de la bahía.

Mars no responde. Mi madre tampoco. Dudo, tentada de llamar a Army. No quiero enfrentarme a Macon.

Pero le llamo de todos modos.

El teléfono no deja de sonar. No hay buzón de voz.

Me dirijo hacia la bahía mientras un trueno retumba en el cielo. Sigo llamando una y otra vez a Mars y a mi madre.

Unos faros parpadean. Miro al espejo retrovisor y me fijo en que hay un coche detrás de mí. Reduzco la velocidad, observando cómo se coloca a mi lado, y enseguida reconozco la camioneta de Army. Exhalo, algo aliviada.

Él asiente con la barbilla, y yo giro hacia un lado, frenando. Él hace lo mismo, deteniéndose delante de mí.

Sale de su camioneta y se acerca a mi ventanilla abierta.

—Estaba de camino para recogerte.

—¿Dónde están Mars y Paisleigh?

—Te llevaré.

Entorno los ojos.

Su mirada recorre mi cuerpo, pero de un modo que parece más condescendiente que lascivo.

—Sígueme —dice.

Abro la boca para hablar, pero la cierro de nuevo. Solo necesito llegar hasta mis hermanos, y luego podré averiguar qué demonios está pasando.

Le sigo con el coche, girando a la izquierda y luego a la derecha, pero en lugar de continuar hacia la bahía, coge otra salida a la izquierda y entra en el puerto deportivo.

Él avanza despacio sobre los badenes, y yo le sigo, con el corazón latiendo cada vez más rápido. Hay algo que no va bien. Ellos no están aquí. ¿Por qué iban a estar aquí?

Se detiene en un aparcamiento, y yo aparco a su lado, apagando el motor y saliendo del coche rápidamente.

Él me espera cerca de la parte trasera de su camioneta.

Miro a la derecha y luego a la izquierda, escuchando los barcos balancearse en el agua, mientras el peso del aire se siente más denso.

—Army...

—Tranquila —dice—. Los niños están bien.

Le sigo por el muelle hasta llegar al embarcadero, atravesando un pasillo de yates y barcos deportivos, hasta detenernos frente a un barco de pesca en alta mar. Sube a la cubierta, ofreciéndome la mano para ayudarme. Intento distinguir algo detrás de él, pero no veo nada en la oscura cabina.

Ignoro su mano y subo sola, pasando junto a él y abriendo la puerta.

Me detengo.

La sala está abarrotada de hombres, y miro a mi alrededor, reconociendo a la mayoría mientras todos giran la cabeza para

mirarme.

Jerome Watson. Garrett Ames. Un abogado llamado Stewart Cole. Trace. Dallas.

Macon está en el centro. Va en traje oscuro, camisa azul marino y corbata negra. Tiene los brazos cruzados sobre el pecho.

—Te quedas con la casa —dice.

Pero no me lo dice a mí.

Se lo dice a Garrett Ames.

—Yo me quedo con esos cinco años —continúa—. Pasado ese tiempo, si el terreno no está valorado al menos en un trescientos por ciento más que tu oferta inicial, será tuyo. Sin oponer resistencia.

—No —digo sin pensármelo dos veces.

Pero siguen hablando como si yo no estuviera ahí.

—Dilo otra vez —exige Garrett, gesticulando hacia todos los presentes—. Dilo otra vez, delante de todos.

—Sin oponer resistencia —repite Macon.

Pero ¿qué coño? ¿Acaso se hace una idea de todo lo que tuve que hacer para protegerlo?

Macon desvía la mirada hacia Jerome Watson.

—Y tú deja de mirarla.

Al dirigir la mirada hacia Jerome, veo que él me aparta la suya.

Garrett Ames extiende la mano, y Macon se la estrecha, aunque el gesto es de todo menos amigable. Ambos saben que Macon no romperá su palabra. Garrett se asegura de que todos lo vean.

En un momento, se van, dejando solo a los Jaeger en el barco.

Me acerco a Macon enfadada.

—¿Qué has hecho?

—Te he comprado otra vez —dice, levantándome la barbilla—. No tenías ningún derecho a venderte.

Niego con la cabeza. Me ha sacado de la ecuación y ha puesto a cada persona que vive en la bahía en su lugar. ¿Cómo ha podido hacerlo? Cinco años para hacer que la tierra sea más valiosa es un tiempo considerable, pero puede que no sea suficiente. ¿Y si no lo consigue? Yo no valgo tanto.

—¿Dónde están mis hermanos? —pregunto.

Él coge de la mesa un cigarrillo y un mechero.

—Haciendo sus nuevas camas y decorando su habitación nueva.

El cuarto de arte de su madre...

Me alejo, hacia las puertas.

—Me los llevaré a casa.

—Ellos ya están en casa. —Enciende el cigarrillo—. Tengo poder notarial. ¿Y tú?

—¿Qué? —susurro.

Poder notarial. Solo podría haberlo obtenido de uno de mis padres.

Él desliza un documento sobre la mesa auxiliar. Me acerco, lo cojo y lo leo mientras él espera.

Mi madre es la otorgante. Le ha dado autorización para actuar en nombre de Mars y Paisleigh en su ausencia. No significa que tenga la custodia, pero tiene más poder que yo. Aún no he logrado legalizar el proceso con mis padres.

—Acabo de pagar mucho por ti —susurra—. Ven aquí.

¿Cuánto dinero le habrá pagado a mi madre para conseguirlo? Todo eso sumado a lo que le he conseguido de mi padre la va a hacer vivir como una puta reina.

Escucho a Dallas al fondo.

—Es como si toda la bahía lo hubiera pagado.

Me acerco a Macon.

—¿Cuánto ha sido? —le pregunto—. Dímelo.

El humo sube hacia el techo. Sus ojos están clavados en los míos.

Me desato los lazos del vestido de playa, dejándolo caer al suelo. Me quedo en bikini, el mismo que me he puesto para ir a la playa hoy.

—Qué, ¿suficiente para que todos os aprovechéis de mí?

Su pecho sube y baja con respiraciones pesadas, y yo me deshago de la parte superior del bikini, quedándome en toples. Los chicos están en silencio detrás de mí.

—¿Suficiente para hacer lo que te dé la gana?

—Suficiente para dejarte embarazada —susurra—. Quiero un hijo, y lo quiero contigo.

Casi me atraganto al inhalar. Se me hunde el estómago, y apenas me doy cuenta de que apaga el cigarrillo y me levanta en sus brazos. Todo da vueltas.

¿Está hablando en serio?

—Esperad fuera —les dice a sus hermanos.

Me lleva a una habitación trasera, cierra la puerta y me deja de pie. No me atrevo a mirarle a los ojos. Me da miedo.

Desliza mechones de mi pelo entre sus dedos y me acaricia la barbilla con el pulgar.

—¿Habrías sido su esposa? —pregunta.

Intento hablar, pero me cuesta un momento.

—O tu venganza —digo en voz baja—. ¿Eso es lo que soy?

¿Me quiere? ¿Me desea?

Sus manos se deslizan por los lados de mi torso, bajan por mi ombligo, rodean mis caderas y suben por mi espalda. Luego vuelven delante. Sus pulgares rozan la parte inferior de mis pechos.

Pero lo único que realmente siento son sus ojos. Nada me hace sentir tan bien como que me mire. Me atrae hacia él y besa mi frente.

—¿Cuánto tiempo tendré que saldar mi deuda? —le pregunto.

Me baja el bikini por las piernas, me lleva hacia la cama y me empuja contra el colchón antes de desvestirse.

—Hasta que te mueras.

Retrocedo en la cama, pero él se tumba sobre mí, presionándome contra las sábanas. Planto las manos contra su pecho mientras él me mira. Ya está duro y me aprieta entre las piernas.

Clavo las uñas en su piel, y él ladea la cabeza.

—¿Y si estaba deseando ser la señora Watson? —le provoco, alzando la barbilla—. ¿Y si era él a quien quería?

Empuja mi pierna a un lado, gruñendo mientras su cadera presiona contra ese punto cálido en el centro de mi cuerpo.

—Joder, como vuelvas a decirme eso... —gruñe.

Entonces mueve las caderas, entrando en mí de golpe. Jadeo, sintiendo cómo su erección me estira, invadiéndome.

Le empujo el pecho, pero no para apartarle. Sigue empujando con sus caderas, deslizándose dentro y fuera de mí, y luego se inclina, chupándome el pezón derecho.

Me tiemblan los párpados.

Le observo lamer y morder mientras me embiste más rápido, más fuerte, follándome como si me poseyera.

—Me das miedo —susurro—. Un poco.

«Todavía».

Si vuelvo a provocarle con Jerome Watson, ¿qué hará? ¿Matar a alguien?

—Pero creo que también te gusto. —Respira sobre mi piel—. Solo un poco. ¿No es así?

No va en serio. Él ya sabe la respuesta.

Mis piernas se abren del todo, rodeo su cintura con mis brazos y arqueo la espalda, atrapando su labio inferior entre mis dientes.

Él tiembla, ralentizando el ritmo.

—Yo también te tengo miedo —dice en voz baja.

Lo sé.

Me da la vuelta, tumbándome sobre él, y yo le cabalgo, besándole el abdomen, el pecho y el cuello. Entonces empiezo a mover las caderas, dejándole entrar de nuevo mientras le miro y me balanceo lenta y suavemente.

—No ha intentado tocarte, ¿verdad? —le pregunto.

No quiero que vuelva a hablar con ella nunca más.

Él hunde los dedos en mis caderas, echando la cabeza hacia atrás mientras intenta guiar mis movimientos más deprisa.

—Nadie me toca excepto tú.

Solo yo.

—Krisjen —gime—. Más rápido.

—No.

Quiero ir despacio.

Él aprieta los dientes.

—Joder.

Deslizándome lenta y suavemente sobre él, mi orgasmo empieza a subir mientras me acaricio. Él me observa, y entonces siento cómo sus músculos se tensan.

—Más rápido —suplica entre dientes.

Dejo caer la cabeza hacia atrás y saboreo la sensación de que me quiera.

Sigo subiendo y bajando sobre él, y se incorpora. Nos envolvemos en un abrazo mientras le sigo follando y le atraigo más fuerte contra mi cuerpo a medida que el calor sube por todo mi estómago. Mis muslos empujan contra su piel, buscándole incansablemente. Cuando no aguanto más, llevo mi boca a la suya mientras noto que me estoy empezando a correr.

Gimo y jadeo, ahogando los suspiros en su beso. Pero cuando el orgasmo estalla a través de mi cuerpo, abro los ojos y le veo. Observándome.

Continúo moviéndome lentamente mientras mis labios apenas rozan los suyos. Él me agarra del culo, presionándome contra su cadera mientras... me llena el coño de semen.

Gruñe contra mi boca, sin devolverme el beso, mientras yo deposito pequeños besos sobre sus labios y siento cómo palpita entre mis piernas.

Se desploma sobre la cama, llevándome con él, y solo quiero acurrucarme a su lado para siempre. Quiere estar conmigo. Lo sé. Desea que sea suya.

Pero ¿me ama?

Me inclino sobre él, beso sus ojos, el espacio que queda entre ellos y sus mejillas. Al llegar a sus labios, le beso, saboreando cada segundo.

Me aparto y le miro, y por un momento, juro que le veo sonreír, pero luego no. Parpadea, su expresión se endurece y se levanta, apartándome de encima.

Se sienta en el borde de la cama, recoge su ropa y empieza a vestirse. Me quedo sentada con las piernas cruzadas, sujetando la sábana contra mi pecho.

—Mírame.

No me responde.

—Macon, mírame.

Niega con la cabeza.

—¿Cómo puedes mirarme tú? —susurra, apenas audible.

Se pone de pie, abrochándose los pantalones, sin levantar la vista.

—Siempre te miraré —digo, pero mi voz se quiebra, cargada de lágrimas—. Incluso cuando cierre los ojos.

Le dije eso hace menos de dos semanas.

Se vuelve a sentar, esta vez para ponerse los calcetines y los zapatos. Me acerco a su espalda, envolviendo mis brazos a su alrededor.

—Sé que me odias. Lo que ella te hizo...

Él aparta mis brazos, coge su camisa de la mesita de noche y se la pone, levantándose de nuevo.

—Sabía exactamente quién eras cuando dormías a mi lado todas esas noches, Krisjen —dice, sin mirarme.

Me quedo sentada mientras él se pone la camisa.

—Cuando subías a mi moto, cuando te sentabas en mi mesa, cuando me hacías la comida y llenabas mi casa con tu jodido olor embriagante, sabía quién eras desde el principio.

Y, aun así, me quiso. Sabiendo que era su hija.

Entonces, ¿por qué no lo dice? «Dímelo. Dime que me amas».

Es imposible no mirarle, es hipnótico.

—Estoy hecha para ti —murmuro.

Me quedo ahí, mirándole la espalda, sin más, esperando una respuesta. «Solo dímelo. Por favor». Si me ama, todo irá bien.

—Vístete —dice, poniéndose la americana, pero dejando la corbata en la cama—. Te llevarán de vuelta a casa. —Se termina de vestir. Estamos frente a frente, pero sigue sin mirarme—. O duermes conmigo o duermes sola, pero el caso es que ahora vives con nosotros.

Empieza a marcharse y yo me abrazo las rodillas contra el pecho.

—Iré a por mi almohada.

Él se detiene, con la mano aún en el pomo de la puerta.

Sonrío, un poco triste.

Iré a su cama. Eso siempre.

Sé lo que está pasando. Él piensa que todo lo que tenemos a nuestras espaldas nos pesa demasiado, y que soy demasiado joven para él. Pero está atrapado en su propia mierda. Se siente demasiado culpable como para buscarme, pero a la vez no puede dejarme ir. No quiero perder el tiempo. ¿Me quiere de la misma forma que yo le quiero a él?

Trago saliva, sintiendo cómo se cierra mi garganta.

—Cuando no era más que una cría, solía pensar que era especial —le digo.

Sigue sin girarse.

—Me decían que era lista, que conquistaría el mundo y que todos sabrían quién era yo. Que sería alguien importante, que nadie escaparía de mi influencia.

Los adultos les dicen siempre eso a los niños, que son importantes. Y ellos quieren creerlos.

—Pero la verdad es... —continúo— que no soy especial. Nunca fui tan lista. Nunca seré astronauta, ni capitana de un barco, ni profesora de Biología o Filosofía. No se me dan bien los deportes, y me conformo con ver montañas, óperas y Alaska en la tele.

Pero no deseo nada de eso en mi vida. No quiero nada de lo que me enseñaron a querer.

—Nadie se acordará de mí cuando me vaya —digo—, y nunca llegaré a ser nadie cuya historia se aprenda en los colegios.

Bajo la mirada, el calor me sube por las mejillas y el pulso se me acelera tan rápido que me duele.

—Solo quiero amarte —susurro—. Sé que eso lo haría de maravilla.

34

Macon

Salgo de la habitación dando un portazo. Hundo con fuerza la base de la palma de mis manos en los ojos, intentando contener las lágrimas. «Dios, joder si te amo».

Ella es perfecta.

Y sé, sin lugar a dudas, que no puede ser mía. No tiene ni idea de todas las posibilidades que tiene ante ella. No me seguirá queriendo dentro de cinco años. ¿Hablaba en serio? ¿De verdad quiero un hijo con ella?

No quiero que lo tenga con nadie más.

A la mierda. Nunca se sabe.

Y hoy tampoco se sabe.

No puedo parar. Ni siquiera lo voy a intentar, y si algún día acabo conmigo mismo, no será por mi puto estado mental. Será después de arruinarle la vida a ella, porque, pese a todo lo que pueda salir mal, el tiempo que pase con ella valdrá la pena.

Me abrocho la camisa, me la meto por dentro y me ajusto la corbata antes de salir del barco.

Clay está sentada en el capó de mi camioneta, con mi hermana apoyada entre sus muslos.

Le lanzo las llaves a Army.

Trace, Dallas y yo nos dirigimos hacia las puertas del vehículo.

—Lleva a Krisjen a casa —le digo a Liv—. A nuestra casa.

—¿Qué vais a hacer?

Le hago un gesto con la barbilla a Army.

—Vamos.

Él sube al asiento del conductor.

—Macon. —Liv me sigue—. ¿Qué estás haciendo?

Abro de un tirón la puerta del copiloto.

—Vete a casa.

Se nos queda mirando mientras Clay salta del coche y se coloca junto a Liv al mismo tiempo que todos subimos y Army arranca, dando marcha atrás.

Liv sabe lo suficiente, y eso incluye saber que es mejor no insistir. Tiene mucho que perder. No quiero que se involucre en todo esto.

Echo un último vistazo al barco, imaginando a Krisjen en casa cuando llegue. Pero no estará en la cama, porque nunca me hace caso. Esbozo una pequeña sonrisa. Si quiere, podemos discutir toda la noche. Cualquier cosa con tal de que no se vaya.

Arrancamos, y bajo la música mientras miro a Trace por el espejo retrovisor. Lleva un gorro de lana y una camisa de cuadros que asoma por el cuello de su chaqueta de cuero cerrada. Nunca le había visto con camisa de cuello.

Tiene la mirada fija más allá de la ventana.

—No tienes por qué venir —le digo.

Asiente, todavía mirando afuera.

—Lo sé.

Al igual que Krisjen y Liv, nunca he querido perder la ilusión de pensar que éramos buenas personas.

Army me lanza una mirada y luego vuelve a la carretera.

—¿Estás seguro de esto? —pregunta—. Cuanto más lo hacemos, más fácil resulta. Y eso es un camino resbaladizo.

Me paso los dedos por el pelo y me ajusto la corbata.

—Ya tendría que haberse hecho la primavera del año pasado —digo—. Es una amenaza para su seguridad.

—Y no se le puede detener —añade Dallas desde detrás de mí—. No del todo, al menos.

Dallas e Iron son dos caras de la misma moneda. Dentro de ellos existe ese desapego. Si deciden que algo debe hacerse, no hay vuelta atrás.

Army y Trace, en cambio, son la otra cara de esa moneda. Leales, pero con una conciencia que ocupa bastante espacio.

Liv es una mezcla de ambos. Las cosas tienen que hacerse, y acepta que a veces se sentirá como una mierda por ello.

Yo aún no estoy seguro de la cara de la moneda a la que pertenezco. Siempre me he sentido como una mierda haciéndole daño a alguien, pero al mismo tiempo me sentía igual de mal si me quedaba de brazos cruzados.

—Yo lo haré —anuncia Dallas.

—No. Lo hago yo —digo.

No quiero que sus manos se ensucien más de lo necesario.

Miro a Army.

—Dex te necesita. Tú no tienes que estar aquí.

La última vez no tenía un hijo del que preocuparse. Entendería si quisiera echarse atrás.

Se mantiene centrado en la carretera.

—Todos tenemos algo que perder.

Lo observo de reojo mientras cruzamos las vías, con la lluvia salpicando el parabrisas. Su silencio llena el coche de una forma que probablemente ni Dallas ni Trace perciben.

No hemos hablado apenas esta última semana. Ni siquiera sabría mucho mejor que él por dónde empezar.

Él sabía perfectamente en qué tenía la cabeza la semana pasada.

Esa mañana, cuando volví de casa de Krisjen.

Me vio subir las escaleras, y lo supo.

En ese momento, me alegré de que se fuera, pero ahora no paro de pensar en ello.

Se marchó.

—Lo siento —susurro.

Army gira los ojos hacia mí mientras abro el compartimento delantero para sacar un par de guantes de cuero negro.

—Por todo —le digo, poniéndomelos—. Lo que tenemos es tan tuyo como mío. Puedes quedarte con lo que quieras.

Él me lanza miradas fugaces, intentando mantener los ojos en la carretera mientras tanto.

Trago saliva, sintiendo agujas en la garganta.

—Salvo con ella, ¿vale? —añado.

Se queda callado. No dice nada.

«Está enfadado».

Pero entonces habla.

—Quiero mi propia habitación.

Sonrío para mis adentros.

Sí, supongo que es un poco ridículo que comparta habitación con Dex.

—Serás el primero en elegir —le aseguro.

La nueva ampliación estará lista antes del verano. Mars comparte habitación con su hermanita ahora mismo, pero también necesitará su propio espacio. Igual que Iron cuando vuelva a casa. Eso deja dos habitaciones libres.

—No es buena época del año —comenta Trace—. Los niveles del agua estarán bajos, y los caimanes...

—No lo encontrarán —digo.

Sé lo que le preocupa, pero esto ya lo hemos hecho antes. No docenas de veces, como dicen los rumores. Solo una vez.

Nada sale del pantano.

Volvemos a la bahía, pasamos por el centro del pueblo y nos adentramos en la vegetación oscura. Los sauces y robles se inclinan sobre el agua, que brilla débilmente bajo la luz de la luna, mientras la lluvia salpica la superficie negra. Algo se mueve bajo el agua, dejando una estela.

Aparcamos junto al camino, salimos del vehículo y caminamos hasta un puente de madera en el bosque oscuro.

Milo Price está de rodillas en el centro, con Santos agarrándole por el cuello de la camisa.

Me detengo frente a ellos, con mis hermanos detrás de mí.

—¿Dónde estaba? —le pregunto a Santos.

—En el motel.

Me quedo mirando al hijo de puta que intentó violar a mi hermana y que le hizo sangre a Krisjen. El motel no es un burdel, pero él actúa como si lo fuera.

Es un buen lugar para desaparecer unas horas, eso sí. Gente como él puede permitirse habitaciones de hotel de lujo, pero no se puede comparar con lo cachondos que les pone la mugre de un colchón barato y usado.

Le observo la cicatriz que le atraviesa el rostro. Se lo hizo la novia de mi hermana, pero se merecía algo mucho peor. Seguro que sabía que íbamos a ir a por él tarde o temprano. No confiamos en la policía de Santa Carmen para proteger a nadie más que no sea a los cabrones de su lado de las vías.

Milo me sonríe.

—Habéis esperado a que fuera yo quien viniera hasta aquí.

Asiento.

—Por las cámaras de tráfico y eso.

Hay cámaras por todas partes. Si rastrean su última ubicación, pueden rastrearlo hasta nosotros, pero cuando llega a la bahía, las cámaras de tráfico pierden su rastro mucho antes de que cruce las vías. Desde allí podría haber ido a cualquier parte. No hay pruebas de que haya venido aquí.

—Bueno, acabemos con esto —escupe—. Harían falta más de cinco como vosotros para darme una paliza que no pueda soportar.

—No te voy a pegar.

Su sonrisa se va desvaneciendo, pero aun así... no parece tener miedo.

Santos me entrega un cuchillo de caza, y el calor me recorre los brazos al aceptarlo. Aprieto el mango con fuerza.

—¿Puedo preguntarte algo? —le digo, mirándole desde arriba—. ¿Por qué pagas por ello? Por tener sexo, me refiero.

No siempre se acuesta con mujeres de la bahía. Pero sea con quien sea, siempre van al motel y después paga.

—No parece que hayas tenido problemas para conseguir echar polvos gratis —continúo—. ¿Es porque eso hace que complacerte sea un trabajo para ellas?

Nunca llegué a hacerles la pregunta a las mujeres que pagaban por mí.

Pero él niega con la cabeza.

—No —responde—. Cuando les pago, son animales. —Hace una pausa—. Animales de granja.

Aprieto tanto los dedos alrededor del mango que me duelen.

Se encoge de hombros.

—Cuando termino de comer, simplemente meto el plato sucio y pegajoso bajo la ducha para que se lo follen los siguientes.

Se me seca la boca.

Le agarro del cuello de la ropa, arrancándoselo de las manos a Santos.

—Gracias por tu sinceridad.

Levanto la hoja del cuchillo, con mis ojos fijos en su garganta, pero entonces ella aparece poniéndose en medio de nosotros dos. Escucho pasos rápidos sobre el puente detrás de mí, y solo puedo asumir que son mi hermana y Clay.

Krisjen me agarra de la camisa, a la altura del estómago. Sus ojos suplicantes me miran.

—Sal de mi camino —gruño—. No cometeré el mismo error que mi padre.

Si mi madre hubiera sido su prioridad, no habría pasado veinte años muriéndose por dentro. No voy a darle a Milo Price la oportunidad de conseguir lo que quiera la próxima vez que venga a por mi hermana o a por Krisjen. La familia es lo primero.

Clavo la mirada en Price, pero escucho las lágrimas en la voz de Krisjen.

—El único error sería hacer algo que provocara que te apartaran de mí.

Nadie me apartará de su lado.

—Mírame —suplica, y veo a Liv de reojo—. Mírame.

Encuentro los ojos azules de Krisjen.

—Te amo —susurra—. Eres lo único de lo que he estado segura en toda mi vida. Te quiero tanto. Él no tiene nada de lo que tú tienes —añade en voz baja—. Mira a tu alrededor.

Su mirada recorre el espacio que nos rodea y no necesito verlo para saber que mi familia está aquí. Mis hermanos, mi hermana, mis amigos. Estamos a salvo y estamos vivos.

—Nosotros somos lo primero —ordena, y luego se inclina para susurrarme en el oído—. Y su día llegará.

—Krisjen y yo podemos luchar nuestras propias batallas —añade Liv.

Mi mano, que aún sostiene el cuchillo, tiembla. Esto tiene que pasar. Él tiene que desaparecer.

—No me dejes —ruega ella mientras presiona su cuerpo contra el mío—. No vas a querer mirarme a través de un cristal.

Una imagen de mí hablando con ella desde la cárcel, sin poder tocarla, me atraviesa la mente. Una imagen de ella durmiendo sin mí.

Eso no es lo que hace un hombre.

Aprieto los dientes con fuerza. Tiene razón. Asegurarme de estar siempre a su lado es lo primero.

Bajo la hoja y suelto a Milo. Envuelvo mis brazos a su alrededor, la acerco a mí y presiono mi boca contra la suya, agarrando la parte trasera de su cabeza con fuerza, tan fuerte que suelta un gemido.

Dios, la amo. Entierro mi rostro en su pelo. La amo tanto.

—Eres inteligente —murmura en mi oído—. Encontrarás la manera de deshacerte de él. Dale tiempo al tiempo.

Maldita sea, tiene razón. La abrazo más fuerte, presionando mis labios contra su frente.

—Disfruta de tu puta —suelta Milo—. Solo eres un maldito fracasado más del pantano.

Aprieto los puños, separándome de Krisjen, pero manteniendo su mirada. Y ella lo ve.

—Macon...

—No lo mataré.

La beso de nuevo y luego la aparto detrás de mí, dejando caer el cuchillo y agarrando a Price por el cuello de la camisa, hundiendo mi puño en su cara.

—Dios mío —oigo a mi hermana en medio de la rabia.

Milo cae al suelo del puente, y lo levanto de nuevo, golpeándole tan fuerte que siento un pinchazo en los nudillos, como si me hubieran apuñalado.

Lo empujo hacia Santos.

—Mételo en la camioneta.

Santos lo lanza sobre su hombro y lo saca del puente. Todos le seguimos.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Krisjen.

—Solo le llevaré a casa.

Subimos a la camioneta, Santos y Milo en la parte trasera junto a Dallas y Trace, y las mujeres en los asientos de atrás. Army conduce mientras la lluvia empieza a caer, pero antes de que empiece a llover a cántaros, ya hemos llegado al centro de Santa Carmen.

Pasamos por restaurantes, la tienda de ropa donde trabajaba Liv, y el barco de pesca Harbor Point. Damos la vuelta a la rotonda.

La gente come bajo los toldos en las aceras mientras nos observa al pasar. Supongo que lo que les llama la atención es mi camioneta, no que vayamos rápido. Aparcamos, sin preocuparnos por el parquímetro, y Army y yo bajamos, dirigiéndonos a la parte trasera. Al bajar la compuerta, agarro a Milo de las manos de Santos y ni me molesto en levantarlo. Lo arrastro mientras patalea, intentando mantenerse en pie, y lo llevo hasta la comisaría. Veo a Chávez bajando las escaleras, con calma, escalón a escalón.

Suelto a Milo al pie de las escaleras.

—Diles a tus superiores que mantengan su basura fuera de la bahía —le digo al agente.

Milo escupe sangre, tosiendo mientras intenta levantarse.

—Arréstalo —balbucea.

—Cállate —le advierte Chávez.

Milo logra ponerse en pie.

—¡Arréstalos!

Me doy la vuelta, buscando a Krisjen, pero entonces veo que sus ojos se abren de par en par.

—¡Macon!

Miro detrás de mí y veo a Milo acercándose con el puño levantado.

Me golpea, tirándome al suelo, y mi pómulo se estrella contra el pavimento. Hago una mueca, sintiendo cómo el corte en mi piel se extiende como fuego por mi cara. Intento levantarme, sacudiendo la cabeza para despejarla, pero consigo ver algo de reojo que viene directo hacia mí. Me giro justo a tiempo para atrapar su pierna en el aire antes de que me dé una patada.

Estiro de su pierna, impulsándome hacia arriba y golpeándole la mandíbula.

Cae al suelo, y yo me levanto mientras una multitud se reúne a nuestro alrededor. Chávez sigue en las escaleras, sin moverse.

Doy una vuelta a su alrededor, esperando a que lo intente de nuevo.

Se levanta, clava su mirada en la mía y, de repente, carga contra mí. Me empuja al suelo, y siento las piedras del camino clavándose en mis piernas a la vez que mis codos se raspan contra el asfalto.

Rodamos y me coloco encima de él. La ropa se me mancha con la sangre que brota desde el corte de mi cara. Vuelvo a golpear una vez.

Y luego otra.

Se le ponen los ojos en blanco, y me pongo de pie, agarrándole del cuello de la camisa y arrastrándole de vuelta a las escaleras.

Chávez lo mira fijamente, sin mover un dedo para ayudarle.

Doy un paso atrás. Luego otro. Y uno más, de nuevo.

Milo es un idiota. Pero también un luchador incansable. Siempre es divertido enfrentarse a alguien que no sabe cuándo parar. La

próxima será incluso mejor, porque será más mayor. Igual que su colega Callum Ames. Y entonces, acabar con ellos empezará a ser ya un reto de verdad. Menos mal.

Me apoyo en la parte trasera de la camioneta, mirando cómo los clientes de los restaurantes siguen comiendo mientras los policías salen de la comisaría. Los camareros que trabajan aquí suelen ser de la bahía, y noto que se quedan quietos con las bandejas en las manos.

Liv sostiene la mano de Clay, y yo atraigo a Krisjen hacia mi cuerpo, pasando un brazo por encima de su hombro.

—Te quiero muchísimo. Estoy jodidamente enamorado de ti —le susurro.

Ella apoya la cabeza contra mi pecho.

—Lo sospechaba —responde. Y sonrío mientras beso su cabello.

A la mañana siguiente, todavía no hemos dormido.

Pasamos toda la noche hablando de nuestras fiestas favoritas, nuestros peores recuerdos, sobre si creíamos en Dios, mi parte favorita de su cuerpo, y de por qué la factura de la luz se había duplicado desde que había empezado a quedarse aquí estos últimos meses. Estábamos de acuerdo. Por sus largas duchas de agua caliente.

Y también pasamos mucho tiempo sin hablar. Horas sin hablar. Pero tenemos que salir de esta cama, aunque solo sea por desear volver otra vez esta noche.

La abrazo, acariciándole la espalda con los dedos de arriba abajo.

—Deberíamos esperar para tener hijos —digo—. ¿Vale?

No quiero hablar de esto ahora, pero tampoco quiero que se tome lo que dije ayer como una invitación a que deje los anticonceptivos.

—¿Los quieres? —le pregunto.

Levanta la mirada hacia mí y asiente.

—¿Y tú?

—Creo que sí. —Tengo casi treinta y dos. No quiero ser un padre mayor, pero tampoco quiero ser un mal padre—. Creo que antes debería... Necesito algo de tiempo.

Hoy me siento bien. Últimamente me siento mucho mejor, pero puede que no dure. No le puedo garantizar nada. No estoy listo para tener hijos. Aún no.

Ella me acaricia la cara.

—Quiero que hables con alguien —me dice.

Me remuevo inquieto bajo su cuerpo. No me apetece en absoluto.

—Me destrozaría que te pasara algo —susurra—. Necesitas a alguien que sepa lo que está haciendo. ¿Lo intentarás?

Trago saliva con fuerza. Haré lo que ella quiera. La verdad es que no quiero perder a nadie que esté en mi vida ahora mismo, especialmente a ella. Quiero que seamos felices.

No es que cada día tenga que ser fácil, pero quiero que sepa todos los días que la amo.

—Vale —respondo.

Ella sonríe, y siento cómo su cuerpo se relaja entre mis brazos.

—Sabes que no voy a ser fácil, ¿verdad? —le advierto.

Y no lo digo solo por mis cambios de humor.

Ella se ríe.

—Bueno, digamos que me gustan los retos —contesta.

Se desliza encima de mí, besándome los labios.

—Sé quién eres —dice—. Y quiero cada minuto de ello.

Le agarro el culo, frotándola contra mi entrepierna.

—¿Segura?

—Mira, cariño, tampoco es que yo sea coser y cantar. —Me besa intensamente, metiéndome la lengua una y otra vez—. Pero sé que te gusta que te lleven la contraria.

Sonrío de oreja a oreja. Sí, parece que es lo que me ha tocado en la vida.

En ese momento, escuchamos un grito al otro lado de la puerta.

—¡Ah!

¿Ha sido Mars?

Se oye el ruido de alguien subiendo las escaleras, y luego escucho a Dallas.

—¡Saca la ropa de la secadora!

Nos quedamos abrazados, escuchando.

—¡Macon! —me llama Trace—. No podemos vivir así. Ya estamos tardando en hacer otro baño.

Sí, necesitamos que terminen la ampliación de la casa. Y soy consciente de que se necesita para ayer. Lo cierto es que estamos al límite.

Entierro el rostro en el cuello de Krisjen, replanteándome lo de salir de esta habitación. No quiero irme de aquí nunca.

Pero ella se incorpora, aún montada sobre mí.

—Eh, ¿por qué no vamos a comprar un árbol de Navidad hoy?

Niego con la cabeza.

—Ahora mismo me niego a poner un pie en esa mierda de ciudad.

Ella me muestra una sonrisa atrevida a la vez que me enseña los pechos.

—De esa mierda de ciudad a veces salen cosas buenas. —Levanta las cejas, coqueta—. Sabes que te gusta mezclarte con lo peor.

Me incorporo y empiezo a besarle el pecho, el cuello.

—Mi pequeña princesa del lado equivocado de las vías...

Me rodea el cuello con los brazos, y ambos empezamos a perdernos el uno en el otro de nuevo.

Pero justo cuando pienso que la he distraído con éxito, se aparta y me mira.

—Esta noche —me dice—, llevaremos a todos a cenar por ahí, escogeremos un árbol, acostaremos a los niños y luego entraremos a escondidas al restaurante de Mariette para comernos un postre y tener sexo en una de las mesas.

Me río.

—¿Con los patines? —pregunto, esperanzado.

Krisjen sonríe, radiante, pero me detiene cuando empiezo a besarle el cuello de nuevo y mira por encima del hombro, hacia donde están en el suelo de mi habitación.

—Oye, por cierto, ¿cómo han llegado hasta aquí?

Me desplomo en la cama, cerrando los ojos con fuerza.

—Ah, mierda.

Joder, se me había olvidado por completo.

—¿Macon?

—Puedo explicártelo. —Me froto los ojos—. Solo dame un segundo...

Pero ella me agarra del cuello, sus ojos se clavan en mí como balas.

—¿Explicarme el qué?

—No pasó nada.

Se le frunce aún más el ceño.

—¿Qué fue lo que no pasó?

Levanto las manos en señal de rendición, disfrutando de todo lo que significa tenerla en mi cama conmigo y tratando de contener la risa.

No, está claro que esta chica no va a ser coser y cantar.

Pero estoy aquí para vivir cada segundo con ella.

Epílogo

Krisjen

Cuatro años después...

Creo que después de esto me casaré con Army. O con Trace. Es agradable y tiene potencial. ¿Por qué no? Estará genial.

O... simplemente podría dirigir la bahía por mi cuenta. Sería algo así como la recién enviudada reina que toma el mando... «¿Y a qué viene lo de viuda? ¡A que juro por Dios que esa viuda va a matar a Macon Jaeger!».

—Necesito una ducha —dice él, riéndose mientras entra por la puerta con sus hermanos.

Saco la uña del pulgar de mi boca y me giro hacia él mientras estoy de pie junto a la ventana.

Él avanza por la casa oscura; el reloj de pie marca las cinco de la mañana.

—Deja que despierte a Krisjen primero.

Sostengo en mis manos el marco de una foto nuestra. Yo estoy en sus brazos, rodeándole con las piernas. Estoy feliz, mi sonrisa asoma por encima de su hombro mientras la cámara solo captura su espalda. «Buenos tiempos. Días mejores».

La lanzo al otro lado de la habitación, pero solo le roza el hombro.

Él retrocede, tambaleándose, pero se endereza y mira en mi dirección.

—¡Ay! —Se frota el lugar donde le ha dado—. ¿Qué coño?

—¡Llegas con dos días de retraso! —grito.

Su expresión cambia de golpe, y extiende las manos como si estuviera intentando calmar a un caballo desbocado.

—Lo siento, ¿vale? Yo...

Pero no hago caso. Cojo el libro de la mesilla, uno del Parque Nacional de Mammoth Cave; lo compré en Kentucky. Fue nuestro destino de luna de miel, porque simplemente cerramos los ojos y escogimos un lugar al azar en el mapa.

Lo lanzo mientras Army, Trace y Dallas retroceden para no estorbar. Cojo el mando a distancia, una revista y una maceta con una planta. Y se los tiro a mi marido. Uno por uno. Él se agacha para esquivarlos mientras Trace se ríe ante lo que ve.

—Ya te había dicho que no sabía cuándo volvería —protesta Macon.

—¡Y yo te dije que compraras un teléfono vía satélite!

Le lanzo una vela, la pelota de fútbol de Dex, y luego agarro el cuenco de cristal que Clay nos regaló para la boda, pero me detengo y lo dejo de nuevo en su sitio. Es bonito.

—Estaba todo el día preocupada, preguntándome si te habían disparado, estrangulado, secuestrado o incluso si te habías hundido en el fondo del océano —le grito—. ¡Y ni siquiera puedo llamar a la policía!

Él se acerca.

—Ven aquí.

—¡No me caes bien ahora mismo!

—Acuérdate. Te dije que necesitaba a alguien que me supiera tragar.

¡Oogh! Le piso el pie, y él gruñe, apretando los dientes.

Me agarra y me lanza sobre su hombro.

Me retuerzo para intentar zafarme mientras pataleo.

—¡Déjame!

—Id al bar un rato —les dice a sus hermanos—. Necesito lidiar con esta.

De repente siento un azote en mi trasero. Me estremezco y me quejo.

—Podría ponerse feo... —se burla Dallas.

—¡No te atrevas a pegarme delante de ellos! —grito.

—No te preocupes, Krisjen —se ríe Trace, y escucho cómo se abre la puerta—. Sabemos de sobras que la que manda eres tú.

Las carcajadas llenan el aire mientras salen de la casa, y Macon da media vuelta para llevarme escaleras arriba.

Las lágrimas brotan de mis ojos. Estaba tan preocupada. Cada segundo. En cualquier momento podría haberse ido para siempre, y quizá nunca habría sabido qué le pasó.

—Suéltame. —Le doy una palmada en el culo mientras me quedo ahí colgada—. Mereces que esté dos días sin hablarte después de esta jugada. ¡Porque es exactamente el tiempo que llevo sin dormir!

Llegamos arriba, y me lleva a nuestro dormitorio, cerrando la puerta tras nosotros.

—¡Bájame! —grito.

Su mano aprieta la parte trasera de mi muslo, sus dedos avanzan entre mis piernas mientras me besa por encima de los vaqueros.

—Pensaba que me ibas a castigar con tu silencio —bromea.

Cierro la boca, haciendo un puchero, tratando de contenerme para no llorar de alivio mientras estoy ahí colgada.

—Conseguimos los contenedores —susurra.

Bien.

—Y luego nos lanzaron por la borda y trataron de hundir nuestro barco —dice.

Respiro hondo. «Dios mío».

Eso era justamente lo que más miedo me daba.

Entiendo que estos tratos del mercado negro para conseguir madera, acero, cemento y tuberías —cosas que los proveedores locales o bien están reteniendo o cobrando de más, gracias a Garrett Ames— pueden ser peligrosos, pero siempre espero que la reputación de Macon lo preceda.

Pero, de vez en cuando, nos encontramos con distribuidores que prefieren quedarse con el dinero, intentar matarlos y revender la mercancía. Es un negocio terrible, pero cuando vienen de ultramar, no les importa. Saben que nunca volverán a verte.

—En lugar de eso, conseguimos hacernos con su barco —me dice —. Los he dejado varados en Coral Cay. Por ahora.

Coral Cay es una pequeña isla con un solo árbol para dar sombra, pero, por lo demás, está prácticamente desierta. No hay nada ni nadie, y si algún barco o avioneta pasa cerca —lo que es probable, dado que está a solo unos kilómetros de la costa—, se esconderán. El caso es que cualquiera que Macon deje allí no quiere que lo descubran, eso está claro. Hay comida y agua, y volverá en unos días, cuando encuentre un barco de carga donde pueda meterlos para deshacerse de ellos.

Sin embargo, podría haber salido terriblemente mal. Es solo cuestión de tiempo. ¿Qué pasaría si perdiéramos a Trace? ¿O a Army? No solo me preocupa Macon. Perder a cualquiera lo destrozaría. Presiona sus labios contra mi muslo.

—Esto es lo único en lo que conseguía pensar cuando estaba allá afuera, en esas aguas negras —susurra—. Daba igual si había armas apuntándonos... Daba igual lo profundo que estaba bajo nosotros... Tenía que volver contigo.

Mi lágrima cae al suelo, y me limpio los ojos.

—¿Todavía no vas a hablarme? —me provoca.

Me pone de pie, se arrodilla y me desabrocha los vaqueros, bajándolos justo por debajo de mi culo. Aparta mi ropa interior y pasa su lengua por mi piel. Gimo, agarrándome al tocador detrás de mí. Mi clítoris empieza a palpitar.

—¿De verdad piensas que me voy a ir a alguna parte? —pregunta.

Se me llenan los ojos de lágrimas.

Muerde y juega conmigo.

—¿De verdad crees que voy a dejar viuda a mi joven esposa y permitir que otro hombre se quede con esto?

Termina de desnudarme. Se levanta y me desliza la camisa por encima de la cabeza. Luego hace lo mismo con la suya.

—Habla —gruñe en voz baja, presionándose contra mí.

Yo cierro los labios.

Me coge la mandíbula con una mano, apretando ligeramente ambos lados.

—Tu marido te ha dicho que abras la boca.

Aprieta y aprieta hasta que consigue ponerme la boca de pez, haciendo que casi me eche a reír.

Pero no lo hago. Llevo cuatro años sufriendo sustos como este. Merezco hacer un poco de berrinche.

—O tal vez ni siquiera estabas preocupada —me suelta—. Quizá piensas que he estado con otra mujer todo este tiempo.

Mis ojos se ensanchan. Eso ni siquiera se me había pasado por la cabeza, pero ahora la imagen está en mi cabeza. Hijo de puta.

Se frota contra mí, agarrándome de la cintura.

—Mira cómo me tienes, Krisjen.

Lo noto.

Siempre se le pone dura debajo de los vaqueros cuando me ve desnuda. O cuando camino con su ropa puesta, o cuando intento

coger algo de un armario alto y se me ve el abdomen. O cuando me agacho y se me ve un poco el tanga. O cuando me siento en su regazo o si le ayudo en el garaje. Le encanta verme con esa grasa en la cara.

—¿No crees que todo el mundo sabe que la santita de Macon Jaeger le tiene comiendo de la palma de su mano?

Aprieto la mandíbula, con mi corazón a la deriva.

Se inclina hacia mí.

—Dime lo que necesito escuchar —susurra.

No.

—Dilo —exige.

Ni de broma.

Me acaricia por todas partes hasta que finalmente sube para cogerme la cara entre las manos.

—Esta carita era lo único en lo que podía pensar.

Se acerca para besarme, y gimo, apoyando mis manos en él.

—Cariño... —implora.

El sonido de su voz es desesperado, y no puedo evitarlo más.

El alivio me invade, y rodeo sus brazos con los míos.

—Mío. —Presiono mi frente contra la suya.

—Eso es lo que quiero escuchar.

Me gira para ponerme de frente al espejo del tocador, y sonrío mientras me abraza por detrás y entierra el rostro en mi cabello. Es su gesto de consuelo. Así es como se siente seguro.

—Te amo —le digo.

Me da la vuelta, mirándome a los ojos mientras me levanta en sus brazos y me lleva al baño.

Le rodeo con brazos y piernas mientras se inclina hacia delante para encender el grifo de la ducha. Se quita los vaqueros y entra. Cierra la puerta. La ducha está completamente a oscuras, decorada

por las baldosas negras que elegí cuando añadimos este baño durante una de nuestras múltiples renovaciones de la casa.

La antigua habitación de Liv ya no existe. Macon y sus hermanos tuvieron que derribar las paredes para crear un pasillo hasta el ala nueva.

Liv y Clay están pensando en comprar un viejo faro abandonado a unos kilómetros de aquí, pero tenemos alguna habitación de sobra por si deciden quedarse alguna vez. Dex tiene su propia habitación; Paisleigh cuenta con un balcón donde juega a imaginarse que es Julieta; y Mars ha optado por tener su cuarto en el ático. Allí hay una ventana que da directamente al árbol donde aún permanece la vieja casa del árbol. Construyeron el ala alrededor de ella, dejando un pequeño patio en el nivel inferior. La verdad es que Mars todavía prefiere dormir en la casa del árbol. A sus dieciséis años.

Macon me deja en el suelo. Enjabono la esponja para empezar a lavarle el sudor y el salitre del cuerpo.

—Te prometo que hoy consigo un teléfono vía satélite —dice finalmente.

—Gracias.

—Estás jodidamente enamorada de mí, ¿no?

Levanto la mirada hacia sus ojos y observo cómo su sonrisa orgullosa se expande, como si me tuviera justo donde quería.

Aparto la vista del modo en que las burbujas recorren su piel dorada y le empujo hacia el asiento de piedra de la ducha. Sus ojos brillan cuando me mira mientras me arrodillo y lo acojo en mi boca. Exhala, sujetando mi cabeza contra su cuerpo.

«Sí, te amo. Y no voy a perderte nunca».

Poco a poco, ha tenido que aprender a gestionar todo lo que sucede en su mente; ha sido un camino largo y aún hay días en los

que lo olvida por completo, pero sabe que lo amo y que siempre hay días mejores.

Desde que dio con un médico que no le irritaba —y aprendió a confiar en esa persona—, hablar se volvió mucho más fácil. Sabe que no está solo. De hecho, mantienen el contacto regularmente.

Además, el tiempo entre un día malo y otro se ha ido alargando más y más. Ahora, hay muchos días en los que es él quien me cuida a mí.

Somos unos afortunados.

Cada vez que lo siento, inhalo el olor de su piel o veo que me hace un gesto con el dedo para que me acerque, con una sonrisa en su rostro, me siento increíblemente afortunada de haberle encontrado.

—¡Mamá Kris! —grita un niño.

Aparto la boca de mi esposo.

—¿Puedo comer tortitas? —grita Mato, el niño de la casa de enfrente. Veo una sombra oscura asomarse por la puerta del baño—. ¡Willow dice que no puedo!

Macon me mira.

—¿Se puede saber qué hace?

Pero el niño no puede vernos claramente a través del cristal esmerilado. No pasa nada. Me pongo de pie.

—Claro que puedes comer tortitas —le digo al pequeño de seis años—. Pero es muy temprano todavía. Vuelve a casa, prepárate para el cole y estaré abajo enseguida.

—¡Vale!

Y cierra la puerta de un golpe al salir. Miro a Macon mientras él se pasa una mano por el pelo.

—Tienes que hablar con ese niño sobre eso de entrar en nuestro dormitorio.

—Ya lo hice.

Me inclino para besarle, pero él solo me lanza una mirada de reproche.

—¿En qué momento llegamos al punto de acabar alimentando a ocho niños que no son nuestros cada mañana?

Me deslizo sobre él, montándome encima.

—Los niños no pueden concentrarse en clase cuando tienen hambre —le digo—. Y si no rinden académicamente, no acaban convirtiéndose en médicos, abogados ni presidentes. Aquí estamos jugando a largo plazo, cariño.

Él se ríe, y sé que he ganado.

Al principio no era tan exagerado. El padre de Willow y Mato trabaja en alta mar la mayor parte del tiempo, y su madre tiene que hacer turnos un poco caóticos en el hospital de vez en cuando, así que empecé a traerlos aquí para desayunar. Y luego se unieron los demás. Los niños necesitan un desayuno completo. Si yo, por ejemplo, no hubiera tenido que centrarme en pasar hambre en el instituto, también me habría ido mejor en matemáticas.

Llevo la mano debajo de mí, entre sus piernas, y me la meto dentro.

—Me estoy volviendo un hombre mayor —dice, incorporándose para abrazarme—. No puedo tener sustos como ese cuando estoy excitado.

Coloco su mano sobre mi pecho.

—Solo un hombre mayor sabe qué hacer con esto.

Y deslizo su mano por mi cuerpo, el mismo cuerpo que él se ha dedicado a besar y saborear centímetro a centímetro miles de veces, porque sabe cómo apreciar a una mujer.

Nos besamos, y me hundo en él, pero luego me detengo. Sujetando su rostro, acaricio su mejilla con el pulgar, sintiendo cómo

sus ojos me observan.

Pero no puedo sostenerle la mirada, porque si lo hago, me echaré atrás.

—Quiero un bebé —le digo.

Guarda silencio. Sigo acariciándole hasta que me obligo a mirarle a la cara por fin.

Él me observa con una expresión indescifrable.

—¿Podemos tener un bebé? —le pregunto.

Evitamos el tema durante mucho tiempo. Yo no tenía ninguna prisa. Tenía todo el tiempo del mundo y me encantaba tenerlo solo para mí.

Pero también sé que él solía evitar el tema porque le daba miedo.

Espero que rebata. O que me ponga alguna excusa para esperar más tiempo.

O, peor, que me diga que no quiere hijos en absoluto.

Sin embargo, no dice nada de eso. Coge mi mano y la coloca sobre su pecho, justo sobre su corazón.

—Dilo otra vez —ordena.

Siento cómo su corazón late más rápido.

Sonrío ligeramente.

—¿Podemos tener un bebé?

Se endurece más aún dentro de mí y jadea:

—Sí.

Entonces me besa muy profundo, con fuerza, moviéndose lentamente sobre mi boca.

Empiezo a moverme sobre él, pero luego llaman a la puerta del baño.

—¡Macon! ¡Krisjen!

Trace me da un susto, haciéndome apartarme de su beso.

—¡Nos vamos a las nueve! —grita.

Hago una mueca. Joder. Iron. Me había olvidado por completo.

Intento apartarme, pero Macon me sujeta, deteniéndome.

—¿Adónde crees que vas?

—Hay mucho por hacer —me quejo.

Como el desayuno o las mochilas. También tendré que conectarme para verificar que Mars ha entregado los deberes, porque siempre se le olvida. Además, hay que dejar la compra hecha.

Pero Macon me aprisiona, metiéndome la polla aún más profundo.

—Ni pensarlo —protesta—. Hoy vamos a por Iron. Y luego está todo lo del puto Callum Ames. El caos del verano que nos espera comienza esta noche, y necesito aunque sea un jodido minuto más contigo antes de que eso pase.

Me besa entre risas, y reanudamos nuestro polvo rápido —que al final nunca resulta serlo—, mientras muevo mis caderas y jadeo sobre él.

Iron por fin vuelve a casa, después de que le añadieran cuatro meses más por mal comportamiento. Y Callum Ames estará de vuelta, o eso dicen.

Va a ser un verano movidito. Si Macon consigue pasarlo sin acabar en prisión, será un milagro.

Roza mis labios con los suyos.

—Te amo —me dice.

Lo abrazo.

—Mío.

Agradecimientos

A todas las mujeres con las que crecí...

A mi madre, que siempre encuentra una solución.

A mi abuela, cuyo hogar sigue siendo el lugar más mágico en el que he estado.

A mi tía Carol, que siempre está ahí para los demás.

Y a mi madrastra, que me mostró el camino.

Estoy agradecida por todo lo que salió bien, pero más aún por todo lo que salió mal.

Aprendí, así que gracias.

A todas las mujeres que hacen posibles mis historias: Jane Dystel, Lauren Abramo, Kerry Donovan, Adrienne Ambrose, Lee Tenaglia, Claudia Alfaro, Elaine York, Christine Porter, Ashlee O'Brien, Michelle Chu, Ivette Portillo y Vibeke Courtney. Gracias por encontrarme y ayudarme a llegar hasta aquí.

Pasa la página para leer una escena extra de Dallas...
Tiene lugar durante *Five Brothers*, después del Bug Jam.

Dallas

No creo que me caiga mal. No es aburrida.

Supongo que de Krisjen me esperaba un poco de resistencia. Aunque solo fuera para defenderse de esas chicas durante el Bug Jam. Pero, según Aracely, hizo todo lo contrario; se limitó a recibir los golpes, lo cual me parece desconcertante.

Especialmente porque siguió levantándose.

Sonrío. La sábana fría se hunde entre mis piernas y se apoya en mi ingle. Me paso el brazo por debajo de la cabeza y miro fijamente las sombras de las ramas que revolotean en el techo de la habitación. A pesar de no estar cansado, llevo horas en la cama.

Exhalo, mi pecho se hunde lentamente. No la entiendo, pero me gusta que me desconcierten. Me gusta mucho.

Mi móvil empieza a vibrar en el suelo, me doy la vuelta y me arrastro hasta el borde de la cama. Reconozco el número inmediatamente y lo cojo. Una sonrisa se dibuja en mi boca. Me tumbo boca arriba para contestar.

—Hola —digo.

—Me has mandado un mensaje.

—Y tú me has llamado.

Sabía que me estaba mirando. La cámara que hay encima de la oficina de turismo retransmite en vivo y en directo. Y, aunque es verdad que abarca un ochenta por ciento del terreno y no sería fácil de encontrar entre la multitud, le bastaba con buscar mi moto.

Por suerte para él, Krisjen nos había arrastrado hasta allí, así que podía localizarme.

Sí, Callum Ames reconoce mi moto, me ha visto muchas veces con ella en el aparcamiento de su fraternidad en Penn State.

—Y tú has contestado —rebate.

—¿Estás celoso?

—¿Estás solo?

Quiere jugar. Ahora no puedo contener la sonrisa.

—¿Quieres decir que si tengo su coñito sudoroso y dolorido aquí conmigo en la cama? —me burlo—. Todavía no.

Sé lo que le pasa por la cabeza. Lo que lleva pensando desde que ha visto a Krisjen en mi moto a través de la webcam.

—No la quieres.

Su voz profunda se oscurece y cobra un matiz siniestro.

Apenas han pasado unos meses, pero suena diferente.

Espero que no vuelva por Navidad. O el verano que viene. Quiero volver a encontrarme con él cuando sea un hombre. Cuando la vida le haya jodido solo un poquito más.

—No sabes lo que quiero —replico.

—Sé lo que te gusta.

—A mí también me gustan las mujeres —señalo—, y eso es algo que siempre te ha cabreado, porque sabías que nunca podrías llegar a ser todo lo que yo quería.

Su voz se reduce a un susurro.

—No digas eso.

Se me aprieta el pecho, pero solo durante un momento.

Callum Ames fue uno de los millones de errores que quería cometer antes de que mi vida terminara, pero él quería exclusividad. Fue hace casi un año y medio. Yo tenía veinte años y él estaba en el instituto. No tendría que haber ocurrido.

—¿Recuerdas la primera vez que me pusiste las manos encima? —pregunta, pero su voz se ha suavizado.

—Tu mandíbula se comió mi puño derecho.

Lo recuerdo bien. Fue durante una pelea. Algunos de sus amiguitos ricos contra mi grupo.

—Estaba lloviendo... —continúa.

El agua le empapó la camisa. Y se le transparentaba todo. Su pelo se volvió rubio oscuro al mojarse.

Mi polla se hincha. Deslizo la mano hacia abajo y me la acaricio bajo la sábana.

—Llovía igual que hoy.

—Santos contra pantanosos —me dice—. El bosque estaba oscuro. Nosotros, empapados.

—Os estábamos destrozando —me burlo.

—Estábamos peleando, cuando de repente... —Gruñe, y casi puedo sentirle aquí—. Mi polla estaba en tu boca.

Me muerdo el labio inferior.

—Eras incansable. Te corriste enseguida.

No tardó nada en ponerse duro. Primero la pelea, después nos quedamos solos y, finalmente...

—Y luego me empujaste al asiento trasero de tu coche —dice—. Me recorriste la espalda con la boca y me chupaste el cuello.

—Y te tapaste la boca mientras te follaba.

Ahora la polla me llena la mano entera. Está tan gruesa y dura que tensa las sábanas.

Le di rápido, pero también suave. Para entonces, ya tenía el torso desnudo. No sé dónde acabó su camisa. Los vaqueros medio bajados por sus muslos. El pelo mojado sobre los ojos. Respiraba tan fuerte que no podía hablar, y yo respiraba tan fuerte que no podía pensar. No me lo esperaba.

—Tan alto —le digo en voz baja—. Tan apuesto. Futuro director general, rey de los fondos de inversión. Algún día rezumarás poder por cada poro. Con esa sonrisa arrogante y esos trajes de cinco mil dólares, las mujeres se mojarán con solo mirarte. Ojalá todos tus amiguitos de la fraternidad pudieran ver lo duro que te pones conmigo.

—También te la puse dura a la semana siguiente, cuando te clavé la puta cara en el mismo asiento y te la devolví —se burla.

Sonrío. Sí, eso hizo. Iron vio las marcas de mordiscos en mi espalda y se limitó a negar con la cabeza.

—¿Ahora la tienes dura? —pregunta Callum—. Yo sí.

Una mano se desliza por mi pierna y aprieta mi polla.

—No aguanto más —me dice Jessica, apartando la sábana y apretando su cuerpo desnudo contra el mío—. Esto me está poniendo cachonda otra vez.

El corazón me martillea y le agarro del muslo, tirando de ella sobre mí.

—Siéntate encima.

El otro lado del teléfono se queda en silencio mientras la chica que estaba dormida a mi lado vuelve a meter mi polla dentro de ella para hundirse sobre mí.

El calor cubre mi cuerpo como una manta que desciende lentamente sobre mi piel, y gimo, cerrando los ojos y arqueando un poco la espalda.

—Joder, sí —digo al teléfono.

—Oh, sí —gime ella, empezando a cabalgarme—. Qué gusto.

Me levanto, le rodeo la cintura con una mano y le chupo las tetas, bien redonditas. Ella gime y yo le paso la lengua por los pezones. Callum respira en mi oído.

—Lo que le hice a Liv el año pasado fue un sueño comparado con el dolor que te causaré cuando vuelva a casa —me dice, y toda la urgencia de mí y el calor de su voz desaparecen para dar paso a la rabia—. Seré tu fin, Jaeger.

Me río entre dientes, echándome hacia atrás mientras sigo mirando cómo las tetas de la chica rebotan mientras empuja sus caderas arriba y abajo con mi polla dentro.

—Si dentro de tres años y medio sigues pensando en mí —le digo —, me partiré el culo...

Cuelgo, tiro el móvil a un lado y agarro sus caderas con ambas manos mientras cierro los ojos.

«... y estaré listo».

FIVE BROTHERS
Penelope Douglas

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *Five Brothers*
© del texto: Penelope Douglas, 2024
Publicado por acuerdo con Berkley, un sello de Penguin Publishing Group, Penguin Random House LLC

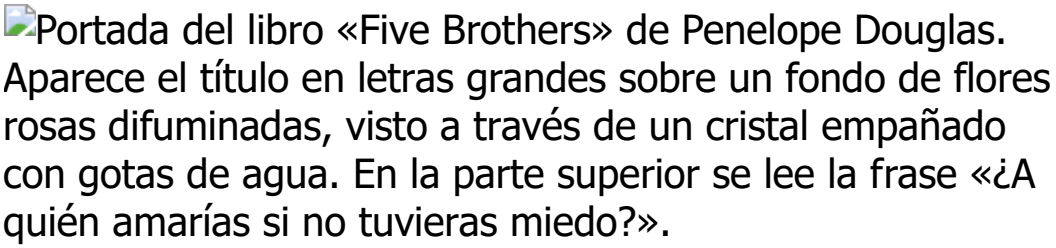
© de la traducción: Laura Navas, 2026
© Imágenes de cubierta: Hanka Steidle / Arcangel Images y Shutterstock.

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2026

ISBN: 978-84-08-31855-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta


Portada del libro «Five Brothers» de Penelope Douglas. Aparece el título en letras grandes sobre un fondo de flores rosas difuminadas, visto a través de un cristal empañado con gotas de agua. En la parte superior se lee la frase «¿A quién amarías si no tuvieras miedo?».